

ISABEL ABEDI

# lucion



Lectulandia

*¿Besarías a tu ángel de la guarda?*

Rebecca tiene 16 años y vive con su madre en Hamburgo. Su padre vive en California con su nueva familia. Suse y Sebastian, su ex novio, son sus amigos más cercanos y en quienes más confía. Pero todo cambia cuando conoce a un joven por el que se siente muy atraída. Lo único que Rebecca sabe de él es que se llama Lucian y que viste como si fuera vagabundo.

Cuando Lucian se encuentra cerca de Rebecca, todo va bien. Pero cuando Lucian sueña con Rebecca, cosas malas suceden.

¿Quién es Lucian en realidad? ¿Por qué no pueden estar juntos? ¿Por qué no pueden estar separados? Lucian no tiene las respuestas a estas preguntas. Lo único que sabe es que Rebecca, de quien se está enamorando, está a punto de morir.

**Lectulandia**

Isabel Abedi

**Lucian**

ePub r1.0

fenikz 06.03.14

Título original: *Lucian*  
Isabel Abedi, 2009  
Traducción: Manuel Arbolí

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Alex Loyek (1965-2001)



**L**a noche del miércoles nos pertenecía a Janne, Spatz y a mí. Como yo era una niña pequeña pasábamos juntos ese momento de la semana, salvo las vacaciones, siempre en el mismo lugar: en casa, en la Terraza Rainville número 9, en Hamburgo.

La idea fue de Spatz, la compañera de toda la vida de Janne. Pronto, después de llegar a nuestra casa, Spatz llamó la noche del miércoles *Ladies Night* In y para esa ocasión preparó una corona. Era de plástico con cristalitas multicolores del departamento de juguetería de la tienda donde entonces trabajaba Spatz.

Era ella también quien había fijado las reglas para nuestras *Ladies Nights*. Siempre nos turnábamos para llevar la corona la noche del miércoles, y también para decidir cómo pasaríamos la velada. Las únicas condiciones eran: debía ser algo que hiciéramos juntas y no tenía que costar nada de dinero.

Yo tenía cuatro años cuando inauguramos nuestra primera *Ladies Night* In y fui también la primera que llevó la corona. Me sentí de veras toda una reina y nombré a Spatz y a Janne mis damas de honor. Janne tuvo que prepararme mi plato preferido: crepas con chocolate caliente, y a Spatz le pedí que dibujara animales fabulosos; dragones, unicornios y grifos, que luego las tres pintaríamos.

En determinado momento ya no estuvo la corona o ya no volvimos a ponérsela, pero la *Ladies Night* continuó, y con los años se convirtió en un ritual al que solo renunciábamos cuando ocurría algo serio.

Primero fuimos Spatz y yo quienes suspiramos hondo cuando Janne abrió el enorme armario que había en nuestro desván y, tocando ligeramente la imaginaria corona, anunció: «Soltar un poco el pasado no puede perjudicarnos. ¡Así que ninguna protesta, Ladies! ¡A usar los trapos!».

Afuera arreciaba una tormenta otoñal. Golpeteaba en los cristales como con dedos

de hielo; pero aquí arriba, bajo el tejado, se sentía caliente y hasta realmente cómodo. Janne había encendido unas velas, del tocadiscos se escuchaba la sonata Claro de luna, de Beethoven, el compositor favorito de Janne, y desde la cocina subía hasta nosotras el aroma de un fresco *strudel* de manzanas.

El desván ocupaba toda la mitad superior de nuestra casa, y una retorcida escalera de caracol lo separaba de las habitaciones de abajo. El viejo entarimado lo había pulido papá en otros tiempos.

Ese espacio nos encantaba a todos. Era nuestra sala familiar, pues las habitaciones oficiales las empleábamos propiamente solo cuando teníamos alguna visita. Aquí arriba se ocultaba algo de cada una de nosotras. Yo me había apropiado del inmenso sofá con sus muchos cojines, en el que habíamos pasado innumerables noches de miércoles viendo nuestras películas favoritas. La esparmanía, mientras, había crecido hasta donde comenzaba la inclinación del tejado, Janne la compró cuando nací y era apenas una diminuta plantita; también cada semana ponía flores nuevas en el jarrón junto a la ventana. A Spatz le pertenecía el viejo tocadiscos y la estantería con una gigantesca colección de acetatos. Nuestros muebles los encontraron Spatz y Janne en bazares, donde Janne se encargaba del regateo y Spatz de la subsecuente renovación.

El único mueble heredado era el secreter de mi bisabuela Moma, en el que antes Janne escribía sus cosas.

Junto al secreter colgaba una jaula de una cadena de latón. Ahí vivían los periquitos John Boy y Jim Bob, que un antiguo cliente le había regalado a mi madre. Con sus ya trece años era todos unos señores maduros y Janne les tenía unos cuidados que conmocionaban. A Spatz, por el contrario, no le gustaba tener animales tras las rejas y, por lo mismo, llamaba a nuestros pájaros los hermanos de cárcel, lo que le merecía cada vez una maligna mirada de reojo de mi madre.

Jim Bob había escondido el pico bajo el ala y había esponjado las plumas, mientras que John Boy miraba curioso cómo, en cuclillas frente a la montaña de viejos andrajos, peleábamos acerca de cuáles de ellos podíamos desprendernos o, mejor, cuáles no.

—¡No! —exclamó Spatz con voz en grito.

De un salto de tigre, trató de quitarle a Janne un enano de goma, de sonrisa de conejo y gorro azul, que mi madre quería mandar a una caja que tenía el letrero *Good Bye Ladies*.

—¿Por qué no? —Janne se quedó mirando el enano de goma, desconcertada por el grito de Spatz.

—Porque el glotón de Antón fue la felicidad de mi niñez —gritó enojada Spatz—. ¡Solo sobre mi cadáver se va al bazar!

Tomó a Janne por la muñeca y comenzó a hacerle cosquillas hasta que mi madre, riendo, desistió y dejó caer el enano de plástico.

—Ven, Antón. —Spatz lo levantó y lo tomó en brazos con actitud protectora—. Apártate de esa reina del miércoles con su frío corazón. Desde hoy... —sonrió maliciosamente al enano—... quedarás entronizado sobre nuestro televisor.

—¿Sobre el televisor? ¿Qué va a hacer esa cosa sobre el televisor? —pregunté desanimada.

—¿Cosa? —de la nariz de Spatz salió volando un mota de polvo mientras me fulminaba como si me hubiera transformado en un enano de goma, y además malo—. ¡Lo que tu madre quiere vender en el bazar no es ninguna «cosa», se trata de un hito de la historia de la televisión alemana!

Me puso el enano de goma delante de la nariz.

—¿Puedo presentártelo? —preguntó, dejando que la cabeza del enano se tambaleara de un lado para otro—. Rebecca, este es el glotón Antón, compañero de los Enanitos Maguncitos<sup>[1]</sup> y estrella de los comerciales de TV de los años setenta. Antón, esta es Rebecca, la primogénita de Janne y mi segunda hija. Dile buenas noches.

—¡Bueenas noooooches! —dijo el enano a través de la voz cambiada de Spatz y me eché a reír.

Suspirando, Janne se retiró el rubio fleco de la frente. Una banda negra con la que sujetaba el pelo se le cruzó por la cara, algo que para nada iba con ella. Mi linda mamá, con su cuerpo de corredora de maratón, podía despertarse a las tres de la madrugada de un profundo sueño y verse siempre perfecta.

—Entonces, bien, mientras los compañeros de Antón no espíen emboscados por algún lado, se puede quedar —dijo, y de nuevo se inclinó sobre su caja—. ¿Qué hay aquí?

Janne levantó una trompeta roja de plástico y gritó:

—Ohhhh, esta me la regaló mi papá, ¿no recuerdan? Luego de la fiesta en el jardín donde Sóren vomitó su salchicha sobre mi vestido. Apesté como un cerdo y pasé mucha vergüenza; por la noche mi papá me trajo la trompeta para consolarme. ¿Quieren que les toque algo?

—Tarará —sonó Spatz y me guiñó un ojo.

—¡Gente, así no avanzamos nada! —nos regañó Janne—. La actividad de la noche no se llama «Jugar», sino «Escombrar». Así que, ¿seguimos o no?

—No —dejé la trompeta a un lado y abrí la gran caja de libros.

Entre los libros profesionales de Janne, los tomos de arte de Spatz y un par de ejemplares de cocina manchados pesqué unas viejas obras ilustradas.

Mi madre se deslizó hasta mí y abrió Donde viven los monstruos, de Maurice Sendak.

—Este era tu favorito —dijo—. Casi te vuelves loca de miedo con los monstruos que visitaban a Max en sus viajes durante el sueño. Pero siempre querías volver a oír



el cuento —me sonrió Janne—. Cerrabas los ojos y en tu fantasía te ibas de viaje con Max en su velero. Querías que te describiera a esos monstruos, querías oír sus terribles rugidos y ver cómo mostraban sus horribles dientes, cómo revolvían sus temibles ojos y mostraban espantosas garras... hasta que Max decía estense quietos y los calmaba con su truco mágico. ¿No lo recuerdas, lobita? Te sabías de memorias el texto.

Recliné la cabeza sobre el hombro de Janne y miré el velero donde estaba sentado el pequeño Max con su abrigo. El papel estaba amarillento por el completo y despedida ese olor indefinido de los libros viejos.

—Sí, todavía me lo sé —dije y lancé una mirada a Spatz—, y hasta me pintaste la nave, pero allí no estaba Max sino Rebecca.

Y así seguían las cosas. Cada objeto que sacábamos de la caja traía consigo una historia. Allí estaba el delantal «mataniñas» que mi abuela me trajo de Munich cuando entré a la escuela. Directamente sobre el omóplato se escondía un alfiler de seguridad olvidado, y la primera y única vez que me puse esa maldita cosa se abrió el seguro y cuando a la hora del recreo, jugando, me empujaron, se me clavó hondo en la piel.

Allí estaba el Gato de la felicidad que abría y cerraba los ojos, de plástico dorado, un recuerdo que Spatz le trajo de Asia a Janne. Ese mismo día, Janne le compró un boleto de lotería instantánea y ganaron treinta euros.

—¿Saben? Fuimos con Rebecca a la Feria de Hamburgo y nos perdimos en la casa de los espejos...

Y allí estaba Sharky, mi colchón inflable. Me lo había regalado Spatz cuando tenía cuatro años y no sabía nadar. El colchón tenía una cabeza de tiburón con la boca abierta y enormes dientes de goma. A una anciana casi le dio un ataque cardíaco del susto cuando yo, con Sharky, en la piscina al descubierto, pataleé hasta ella.

En una caja donde Spatz había pintado una calavera se amontonaban los regalos de Navidad de su madre; en otra guardaba sus cajas de insectos. Saqué la de más arriba y observé su interior. El Algo exiliado detrás del cristal era uno de los primeros objetos de arte de Spatz: un «pólipo campanilla» hecho a ganchillo con hilaza rosa y verde.

Yo estaba ya en segundo grado cuando Spatz comenzó a trabajar en esa serie. La llamaba *Estambre de los marineros* y tejía a croché, durante meses, anémonas, corales, estrellas y pólipos campanilla que yo luego colocaba en la caja de los insectos, que tenía forma de dado, y los tapaba con la cubierta de cristal.

Más adelante, Spatz buscó una caja que decía *Fruslerías*. Colocó al lado un aparato de radio, de un amarillo chillón, que tenía un gancho para colgarse en la ducha, un espejo de mano, una mandíbula de vampiresa color rosa y luego sacó un marco.

—Mira, la sirenita de California —dijo, y sonrió, tendiéndome el marco.

En la foto yo tenía más o menos cinco años. Dos manos sostenían mi cuerpo estirado sobre la superficie del agua de un lago: tenía los brazos extendidos, como volando, y parecía que iba a reventar de felicidad.

—Esto fue en lago Nacimiento —dijo Janne. La voz sonó débil.

Me quitó el marco de la mano y limpió el polvo de cristal.

—Ese verano fue cuando aprendiste a nadar. Papá tenía que sostenerte en el aire para que saltaras al agua desde sus brazos.

Puse cara de niña risueña y recordé que esa fue la única visita al país de mi padre. En realidad me acordaba de todo aquello, aunque solo vagamente. A ese lago siempre lo llamé el lago de los Dragones.

—¿Y? —empujé ligeramente a mi madre y señalé la foto—. ¿Me vas a vender ahora en el bazar?

—No. Pienso que este trozo del pasado tiene que quedarse con nosotras —dijo Janne, resuelta, y dejó la foto a un lado.

De la cocina llegó el estridente sonido de una campanilla.

—Din-don —dijo Spatz—. Aquí un anuncio importante. El pequeño strudel de manzana desea que su mamá lo saque del paraíso del horno —y lanzó una inocente mirada a Janne.

Resoplé con toda mi fuerza, pero la risa de Spatz superó mi sonido sin esfuerzo. La compañera de toda la vida de Janne era muy pequeña y a todas vistas delicada. Tenía cabello corto, color gris ratón, que siempre estaba desgredado, y sus ojos eran de un dorado pardo. Solo su risa estaba en exacta oposición a su aspecto: tintineaba como un saco lleno de latas vacías que alguien tirara escaleras abajo y, quisieras o no, siempre te arrastraba consigo.

—¡Ahora se hará el capricho de mamá! —dijo por fin Janne.

Sacudió el polvo de sus *jeans* y miró todo el desorden que habíamos sembrado a nuestro entorno en la última hora.

Spatz necesitaba su caos personal, que sobre todo reinaba en su cuarto de trabajo. Cosas diarias, como las declaraciones de impuestos o el manejo de la computadora, la abrumaban por completo, mientras que Janne era el talento organizativo en persona y nada podía perturbarla.

Única excepción: el orden en la casa. Las cosas dejadas aquí y allá, los trastes de cocina fuera de su lugar o una superficie de trabajo que no estuviera lisa, transformaban a mi apacible madre en una nerviosa ruina.

—Que no cunda el pánico —dije, al notar el aspecto desencajado que se asomaba en su rostro—. Mientras sacas el strudel ordenaremos las cosas. ¡Prometido!

Janne asintió agradecida y se abrió camino hacia abajo, entre las cajas. Poco después regresó con una bandeja cargada.

—¡Huelan bien, Ladies! —dijo, y distribuyó los platos en la gran mesa de bambú—. Pero después ya no habrás más charla. Vamos a arreglar todo este basurero, como que me llamo Janne Wolff<sup>[2]</sup> —y blandió el cuchillo en el aire—. En una hora tiene que estar para el bazar.

Comimos todo el strudel de manzana con salsa de vainilla. Yo me apropié de la mitad, mientras que Janne y Spatz se repartieron el resto. Luego coronamos a Janne como la reina del strudel de la *Ladies Night* y, al final, fracasamos lastimosamente en cuanto a eliminar aquel desbarajuste. Mientras la caja para vender reunió un modesto montoncito de libros profesionales, juegos de mesa y CD de Janne, los montículos con las cosas que queríamos conservar se volvían cada vez más altos.

Spatz apiló, toda felicidad, sus videocasetes sobre Goddard y las películas de Hitchcock. («Tenemos que comprar, sin falta, una videograbadora antes de que sea demasiado tarde»). Yo había deslizado los viejos libros ilustrados, como si fueran un taburete, bajo mi trasero, y Janne sacó una cosa pequeña y blanca de la última caja, cuando, de repente, sentí algo. Lo sentí como un tirón, sutil cual soplado, en mi interior. Fue apenas perceptible, como si alguien con unas pinzas me arrancara un pelillo que hubiera crecido hacia dentro. Un corto tirón y todo pasó. Lo que quedó fue una particular sensación de vacío que no podía explicar. Lo atribuí a la avanzada hora —ya pasaba de la media noche— y lo reprimí en el momento en que Janne me colocaba en el regazo un osito de peluche.

—Este fue tu primer regalo de cumpleaños —me dijo.

Era de lana de oveja, estaba bastante sucio y no era más grande que la mano de Janne. Los ojos, de color castaño oscuro, eran dos trozos redondos de fieltro; la diminuta nariz era una bolita de hilo negro y en sus blancas mejillas se notaba una mancha de chocolate.

—Seguro que no te acuerdas —prosiguió Janne—. Fue Moma quien te lo obsequió cuando te trajimos a casa luego de que naciste. Solía vigilar tu sueño, pero ni de día lo soltabas. Lo arrastrabas contigo a todas partes, y un día que lo dejamos con el Griego hiciste un berrinche tan largo que tuve que despertar al señor Papatrechas por teléfono y te envió tu osito en un taxi. Le habías puesto un nombre. ¿Cómo era...? ¿Li o La? —Janne arrugó la frente.

—Lu —susurré. No supe cómo el nombre me vino a los labios. Ya no me acordaba en absoluto del osito aquel.

De la jaula de los periquitos se escuchó algo como un rechinado. Era de John Boy. Estaba afilando diligentemente el piquito en un pedazo de concha de calamar gigante. Me quedé mirando al verde periquito sin fijarme realmente en él, y cuando me causó un estremecimiento.

—Hey. —Janne me miró preocupada—. Te ves muy pálida. ¿Te sientes bien, lobita?

Asentí, pero algo no marchaba bien. De golpe me percaté de que estaba agotada del todo.

—Creo que mejor me voy a la cama —musité—. Tengo inglés a primera hora mañana.

Spatz me miró compasivamente.

—Entonces salúdame a míster Tyger, y la próxima vez que te tenga en la mira, me presentaré durante su clase y le haré tarará con la vieja trompeta para que comience a marchar como un soldado.

—Buena idea —masculló Janne—. Deberíamos haberlo hecho desde hace tiempo.

Mi profesor de inglés no era el tema favorito de conversación entre nosotras. A Janne y Spatz les sacaba de quicio que alguien me hiciera la vida de cuadritos, en especial cuando no había ningún motivo para ello. Me levanté del suelo con esfuerzo y lancé a Janne una compungida mirada:

—¿Te parece que deje todo mi enredo hasta mañana?

Era una pregunta retórica. Para mí estaba claro que mañana no encontraríamos ni un vestigio de nuestra acción. No importaba lo tarde que fuera, no importaba lo temprano que amaneciera en la mañana, Janne no se iría jamás a la cama sin haber dejado lista la embarcación. Cuando nosotras no cumplíamos con nuestra parte del deber casero, mi madre llegaba a ponerse bastante insoportable. Hoy me sorprendió.

—Lo haré yo —dijo—. Pondré tus cosas ante tu puerta, ¿ok? —Gracias.

Le di un beso a Janne y le hice una señal a Spatz, quien de nuevo se había puesto a revisar sus videojuegos. En ese momento, de hecho, tenía en la mano un vídeo con el título de Orfeo negro.

—Admirable película —susurró—. Tenemos que comprar una video-casetera. Los videocasetes tienen algo de romántico.

—Buenas noches, Spatz —dije y volteé hacia la jaula.

Mientras, John Boy también había escondido el pico bajo el ala. Sus blandas plumas se habían esponjado y su pechito subía y bajaba con acompasado ritmo.

—Buenas noches, John Boy. Buenas noches, Jim Bob.

Spatz me contestó la despedida, como ausente, y Janne me sonrió.

—Buenas noches, lobita. Que sueñes bonito.

‡ ‡ ‡

Cuando, ya en mi alcoba, me quité la ropa, me di cuenta de que seguía teniendo en la mano el osito. Lo puse en la cama y apagué la luz. La extraña sensación en el pecho seguía allí. No sabía a qué atribuirla exactamente; lo único que sabía era que me había llegado de manera imprevista.

Mi alcoba se encontraba en el primer piso. Escuché pisadas que sonaban a Janne

y los pasitos de Spatz. La lluvia no había amainado. Golpeteaba contra los cristales. Me encantaba ese tamborileo, igual que el momento de dormirme. Siempre he sentido como algo especial esos mágicos segundos en que nos cambiamos a la otra realidad. Muchas veces se me antojaban como un caer y otra más como un hundirse, pero hoy me pareció como si el sueño me desgarrara con rudos y despiadados dedos.

En alguna parte, allá a lo lejos, retumbaba la sirena de un barco; luego, yo estaba lejos. El sueño se apoderó de mí como la acción de una fuerte droga.

‡ ‡ ‡

Me encontraba en una habitación con una alfombra de felpa verde oscuro. Las paredes estaban recubiertas de madera. Había una cama con un cobertor floreado. Encima se veía un cuadro de un paisaje de montañas horrendamente cursi. Sobre mi cabeza oscilaba una araña de luces y junto a mí había pedazos de tuestos. Estaban por todas partes: sobre mi vientre, en las manos... Despedían un olor metálico dulce y, desconcertada, caí en la cuenta de que era sangre.

¿Mi sangre? Necesitaba aire, pero en el cuarto aquel no había aire, o quizá yo no tenía aire. Jadeé, gemí, quise moverme, pero no podía y los dedos no me obedecían.

¿Dónde me encontraba? No conocía esa habitación. ¿Qué hacía aquí? ¿Estaba sola? No. Había alguien, yo lo sentía, pero no lograba reconocer su rostro. Por favor, por favor, no... no me dejes...

Incluso las palabras se sentían como cascajo, frías y agudas, e infundían angustia. Solo ahora noté que estaba mendigando por mi vida. El cuarto, ajeno, feo e impersonal, se extendió y luego se encogió: cada vez más cerca, las paredes presionaban sobre mi vientre. Sentía frío y olía a sudor. Me despertó mi propio grito.

Ante mí se encontraba sentada mi madre. Me tenía en brazos y, con un roce, me retiró el cabello de la frente. Me encontraba completamente sudada. Como a través de una pared de niebla, oía murmurar a Janne.

—Lobita, todo ha sido un sueño. Hey, todo está bien. Ya pasó.

Necesitaba aire. ¡No, no! No había pasado. Miré en torno a la habitación, mi cuarto, que me era tan familiar. Como para asegurarse, mis ojos lo tocaban todo. El puff negro. Los trofeos de los concursos de natación sobre los estantes. El dispensador de bombones color rojo encendido que Sebastian había llenado de *Smarties*. Mi escritorio con la vieja manzana de papá, en la pared el gran cuadro de hoja de lata en el que una mujer cincuentona se sube las mangas de su overol azul. Con grandes letras se leía: *We can do it* (Podemos hacerlo).

Ok. Esto de aquí era realmente mi cuarto y junto a mí estaba sentada mi madre, que me hablaba para tranquilizarme, como si fuera yo una niña chiquita. Olía su perfume, que se mezclaba con el calor de su piel. Pero ¿por qué no escuchaba mi corazón ir a toda velocidad? Casi me asqueaba el olor de mi propio sudor. Algo en mi

pecho se había desgarrado. Se sentía como una mano de hierro que me quitaba el aire. La angustia de no poder respirar era tan agobiante que cada vez buscaba el aire con mayor agitación. Ya no sentía las manos, y el rostro de Janne estaba tan estrambóticamente lejos, aun cuando permanecía sentada justo frente a mí.

—¿Rebecca? ¡Rebecca!...

Yo me esforzaba por concentrarme en la voz de Janne, pero incluso sus palabras sonaban en mis oídos como venidas de lejos.

—... Tesoro, escúchame...

Me esforzaba entre convulsiones, abría la boca, pero no podía responder.

—Ok, Rebecca —la voz de Janne se había vuelto más fuerte, más profesional, pero siempre tranquila—. Trata de sacar el aire.

Colocó la mano sobre mi pecho.

—¿Sientes mi mano? Deja que el aliento fluya. Así. Otro poco, exhala el aire, empuja el aire hacia abajo. Ahí va, ¿ves? Una vez más. Así, así está bien.

—Yo. —Por fin había encontrado de nuevo mi voz. Era un lastimoso graznidito—. Soñé que moría. Había un cuarto, mamá, con una alfombra verde. Había una cama. Un candil de brazos. Todo era... tan nítido...

De nuevo busqué el aire. Me quedé mirando fijamente a Janne.

—Había cascajo por todas partes y junto a mí había alguien, justo a mi lado. Él... aquello... yo no podía.

Me detuve. El hablar no me ayudaba. Por el contrario, mi respiración se volvía aún más frenética. Janne me apretó la mano y entonces hizo ademán de levantarse. Oí que me preguntaba si quería que abriera la ventana, pero negué con la cabeza y me así fuerte de su brazo. La mano de Janne se puso de nuevo sobre mi pecho, pero ya no la sentía bien. Su mano era demasiado pesada.

—Tesoro mío, no era más que un sueño, ¿me oyes?

Oí lo que decía, pero no lo sentí.

—Rebecca —la voz de Janne sonaba ahora delicada y conmovedora—. ¿Te agobia algo? ¿Lo de Sebastian? ¿O algo que tenga que ver con papá y Michelle? Los sueños significan algo, y a veces ayuda adivinar el significado.

«¡No!», gritó algo dentro de mí. No era nada de eso. De lo de Sebastian habían pasado ya seis semanas, y con papá las cosas no podían ir mejor. ¡Maldita sea, a mí no podía irme mejor!

Janne me examinaba. Su mirada escudriñadora estaba ahora llena de preocupación y, de golpe, yo hubiera querido que dejara de mirarme.

Mi madre era psicóloga y, en lo que se refiere a los sueños, la especialista *ad hoc*; aunque a mí su costumbre de ir hasta el fondo de todo muchas veces me sacaba de quicio, sabía que indefectiblemente estaba allí para mí, no en el sentido de «soy tu mejor amiga», sino en el mejor sentido maternal. Quería preguntarle si era normal

soñar la propia muerte y si un sueño podía parecer tan real. Pero no pronuncié nada de eso, porque algo me dio, de súbito, la certeza de que mi madre no me podía ayudar. Por primera vez en la vida sentí que estaba sola.

—Ya está bien, mamá —logré decir con esfuerzo—. Ya estoy bien de nuevo... gracias. Creo que debo tratar de volver a dormir.

Con todas mis fuerzas, me concentré en respirar con más tranquilidad y, muy lentamente, lo logré.

—Estoy bien —dije finalmente con voz firme—. De verdad.

—Entonces, bueno —repuso Janne, titubeando—, voy a dejar la puerta de mi cuarto abierta. Si te pasa algo no tienes más que llamarme. ¿De acuerdo?

—Gracias, mamá. Que duermas bien. —Tú también.

Janne se quedó todavía un par de segundos en la puerta, y luego sentí suavemente el clic del picaporte que fijaba la cerradura. Cerré los puños. ¡Para nada estaba bien! El pánico acechaba muy cerca bajo la superficie, como una bestia, lista para el ataque. Meditaba desesperada sobre qué tenía que hacer ahora. Janne había dejado prendida la luz de mi alcoba.

Yo nunca había podido dormir con luz, pero el solo pensamiento de quedarme a oscuras hacía que la angustia sacara sus garras.

De un golpe retiré las cobijas para ir a abrir la ventana. Al menos, el aire nocturno se llevaría ese repugnando olor a sudor. Al salir de la cama, pisé algo blando. Era el osito. Se habría caído de la cama mientras dormía. Lo levanté, lo apreté contra el pecho y fui tambaleándome hacia la ventana.

La tormenta había amainado. No soplabla viento. En vez de eso había subido la niebla. El aire era débil y húmedo. Nuestra casa se hallaba al final de la calle. Desde mi ventana podía ver enfrente el río Elba.

En lontananza distinguí las luces del Queen Mary, el gran trasatlántico que el día anterior había atracado en el puerto de Hamburgo. Yo había ido a verlo, con Suse y unos mil curiosos más. Habíamos comido panecillos con pescado, bebido chocolate caliente y casi me había desternillado de risa con el tonto chiste de Suse. Lo que más me habría gustado en este momento hubiera sido llamar a mi mejor amiga. O a Sebastian. De repente lo añoré.

Abajo, la casa estaba como muerta. Debía ser tarde. Todas las ventanas de las viviendas estaban oscuras y la niebla subía hasta por debajo de los autos estacionado. Solo el farol de la calle, frente a nuestra casa, enviaba una turbia luz fluctuante.

Entonces lo vi.

Se apoyaba en el farol. Era como una figura sombría, y durante un absurdo segundo pensé que quizá fuera Sebastian. Pero no encajaba. Era un extraño; no podía distinguir si era hombre mayor o un joven, pero estaba segura de que era un ser masculino.

Pequeño y oscuro, se apoyaba en el farol y entonces miró hacia arriba, hacia mí. Su rostro era poco más que una mancha pálida y su cabello más negro que la noche. Su largo abrigo se antojaba demasiado grande para sus angostos hombros.

Estaba allí como congelado. Lo único que se movía era la vacilante luz del farol, que iba y regresaba, se prendía y se apagaba. Incluso cuando se cruzaron nuestras miradas, el extraño no se movió, sino que continuaba mirando directamente a mi ventana, como si hubiera estaba esperándome.

Era una figura sumamente inquietante pero, por asombroso que parezca, yo no sentía miedo en absoluto. Por el contrario, me puse a mirar aquella extraña figura y sentí como si volviera a mí la calma.

El pánico retiró las garras y se apartó, y de repente me sentí muy cansada. Inmóvil, me quedé allí, sin hacer nada, sin pensar en nada, solo mirando al extraño. Y luego regresé a la cama, me arrojé bajo las cobijas y cerré los ojos.

Esta vez el sueño regresó con toda suavidad. Me envolvió con suaves dedos de sombras. La ventana estaba abierta de par en par, y lo último que percibí fue la lluvia que comenzaba de nuevo, como el susurro de una canción de cuna.





**D**esde muy lejos llegó a mis oídos el pitido del despertador. Se fue acercando y sonaba más exigente, más gritón, hasta que como una broca me perforó la cabeza. Al retirar las cobijas me sentí como cambiada. El cuarto estaba a temperaturas árticas; en la mano aún sostenía el osito. Aterida, me fui hasta la ventana, que estaba abierta de par en par. Al mirar hacia la calle, lo primero que hice fue fijarme en el farol. Allá abajo, la plaza estaba vacía. Uno de nuestros vecinos salía de su casa en ese momento, se metió en su coche y arrancó. Por la acera gritaba Lasse, el niño pequeño de la vivienda de la planta baja, porque se le había caído de la mano un pedazo de pan y, delante de uno de los árboles, un peludo perro callejero levantaba la pata.

La calle se veía como cualquier otra mañana, pero ¿por qué esa vista cotidiana me afectaba más que ayer? El extraño había estado mirando directamente a mi ventana, lo que resultaba una imagen escalofriante recordándolo a la luz diurna. El hecho de que el lugar en torno al farol ahora estuviera vacío debería más bien tranquilizarme, pero no fue así; por el contrario.

Moví la cabeza para liberarme de esa sensación de aturdimiento. ¿Qué me estaba ocurriendo?

Supuestamente, la pesadilla me había sacado por completo de mis casillas, la soñadora de nuestra familia era más bien Spatz, a quien muchas veces llegaba incluso a envidiar por sus aventureros viajes nocturnos, mientras que yo, a la mañana siguiente, apenas si podía recordar haber soñado algo.

¡Tenía que ser precisamente ese sueño el que se quedara, con todos los detalles, en mi recuerdo! Cosa rara, los colores de aquel cuarto se habían grabado en algún rincón de mi cerebro. Aquella afelpada alfombra verde, el cobertor de coloridas florecillas (rojas, amarillas, moradas)... atormentada, me sonreí con ironía: «Amiga

mía, te estabas muriendo en un cuarto recubierto de madera, con un florido cobertor y una alfombra verde aterciopelada. ¡A eso se le llama tener una pesadilla!»:

¿Qué diría Suse de todo esto?

Me aparte de la ventana, fui a la ducha y me metí bajo el agua caliente hasta que la llave no se abrió mas. El agua hirviendo me ayudó en realidad. Cuando Salí del baño me sentí, no voy a decir como recién nacida, pero si algo mejor.

Me metí en los *jeans* del día anterior, me puse una camisa y una chamarra con capucha y fui a la cocina. Spatz, con su kimono negro, se encontraba sentada en el desayunador. Llevaba los cabellos en todas direcciones y sus pequeñas manos abrazaban un tazón de leche caliente. Por encima del borde del tazón me lanzó una de sus típicas miradas de Spatz<sup>[3]</sup>, con las que podía contar novelas enteras; sobre todo en la mañana, cuando todavía estaba tan dormida que no podía decir una frase completa. Hoy su mirada decía: «Janne me ha contado lo que te pasó anoche, espero que estés mejor».

Mi lugar en la mesa del desayunador ya estaba preparado; Janne era un ser matinal. A las cinco y media se ponía su atuendo para trotar, se daba una vuelta por el Elba y estaba lista para el día. Usualmente recibía a sus primeros clientes a las siete y media, como esta mañana.

Quitó el palillo clavado en mi pan de ajonjolí; en el extremo superior había un papel con un monigote dientudo, y debajo decía: *Muéstrale a Tyger el tigre [que eres]. Miles de besos, mamá.*

No me quedo otra más que sonreír, sobre todo por el dibujo. Las habilidades pictóricas de Janne estaban al nivel de una criatura de cinco años. «No te rías de tu pobre madre. Ha trabajado media mañana en esta obra de arte», decía la mirada de Spatz.

Hice un intento de probar el pan, y como el estómago no se rebelaba, coloqué encima una rebanada de salami y una tacita de ensalada de camarón, no tanto por hambre sino por la esperanza de combatir esa sensación de vacío en el pecho de la que no lograba desasirme.

Mi clase comenzaba a las ocho, pero salí de la casa un poco antes y crucé la calle. Apoyé la espalda en el farol frente a la casa y miré hacia mi ventana. Estaba en el cuarto piso. Traté de imaginar qué había visto el extraño, o quizá qué buscaba, ¿a mí?

Mis ojos bajaron un piso: «¿O a la señora Dunkhorst?», dije en voz alta, tratando de desechar el talante que me enervaba, y de inmediato lo conseguí.

La señora Dunkhorst era una hipocondríaca de quien todos los vecinos se daban a la fuga por la escalera. El mes pasado nos agarró muy a tiempo a Spatz y a mí, y durante media hora tuvimos que escuchar acerca de los peligrosos síntomas de una rarísima enfermedad de los ojos que supuestamente había contraído. Cuando los cerraba veía mosquitos danzantes y dedujo que en cualquier minuto tendría un

desprendimiento de retina. Varias veces por semana llamaba al médico urgencias, y una vez se diagnosticó, por las buenas, un desgarramiento del bazo.

Me eché a reír y me marché decidida. Perfecto, la cosa quedaba del todo explicada: el tipo de anoche tuvo que haber sido alguien del servicio médico, que al borde de los nervios y protegido por la oscuridad, estaba explorando la mejor manera de despachar a la señora Dunkhorst al otro mundo.

Me fui al garaje, saqué la bicicleta y en un par de minutos iba camino a la escuela.

‡ ‡ ‡

Mi maestro de inglés estaba ya sobre la plataforma cuando entré en el aula. Se llamaba Morton Tyger. Con su cabello gris entrecano, la frente alta y unos destellantes ojos azules, vivaces e inquietantes, tenía algo de aristócrata inglés que venía a caer en la época equivocada. Como siempre, tenía un libro frente a la nariz, una taza de humeante té en la mano y llevaba un traje pasado de moda: gris oscuro con una pajarita de seda azul claro. De la bolsa del saco asomaba la cadena de oro del reloj de bolsillo, sin la cual nunca lo había visto. Que a mi susurro de «*Good morning*» respondiera arqueando las cejas estaba ya acostumbrada; pese a eso, su actitud me seguía fastidiando. Una cosa es no caerle bien a un profesor en cuya asignatura una es un fracaso, pero mi caso era todo lo contrario. El inglés, como se viera, no podía ser sino mi mejor materia porque, gracias a mi papá, había crecido bilingüe y, a diferencia de los demás, no lidiaba con el aprendizaje de las palabras. En la clase de Tyger había muchos a los que les costaba aprenderlas; no obstante, él no se ajustaba al plan de estudios ni al contenido de los libros de texto, sino que leíamos relatos cortos o novelas, sobre todo de ciencia ficción clásica o cuentos de terror de escritores británicos. Cómo es que Tyger se permitía hacerlo era un misterio para todos nosotros. Al parecer, nuestra estricta directora no se atrevía a contradecir a este caprichoso maestro.

Esta vez, cuando me senté en mi lugar junto a Suse, Tyger me observó por encima del libro durante más tiempo, y en su alta frente se dibujó un diminuto pliegue.

—¡Dios mío! —exclamó Suse, que también se puso a mirarme de soslayo—. ¿Desayunaste drogas? Te ves como si acabaras de echar las tripas vomitando.

—Gracias, yo también te amo.

Saqué de mi mochila las cosas para escribir. El salón de clase se llenó. Cuando Sebastian se acercó por mi mesa, la cosa estalló.

—¡Hi *Zombie*! ¿Tuviste una bonita *Ladies Night*? —me preguntó al pasar. El trato burlón que me había dado en las últimas semanas más bien me hacía sentir remordimiento, pero hoy me enfurecí.

—*Leck Mich*<sup>[4]</sup>! —murmuré con los dientes apretados.

—*What an interesting remark, Miss Wolf*<sup>[5]</sup>! —Tyger abrió el libro de texto—. Esa expresión la voy a apuntar para que quede para la posteridad —y sacó su lapicero de plata—. Rebecca Wolff iniciará hoy la hora de inglés con las palabras «*leck mich*» —los ojos claros de Tyger se clavaron en mí—. ¿Cómo se dice *leck mich* en inglés, Rebeca?

«*Kiss my ass*<sup>[6]</sup>» pensé, y me esforcé por adoptar una expresión de indiferencia.

—*Eat my shorts*<sup>[7]</sup> —escuché desde atrás. Era la voz de Sebastian. Había vivido cinco años con su madre en Londres, y luego se vino a vivir a Hamburgo con su padre alemán—. O también *sod you* o *bugger me*<sup>[8]</sup>...

—Encantador, Sebastian. Con eso basta por hoy —intervino Tyger con su perfecto inglés oxfordiano, e hizo una señal benevolente hacia Sebastian.

—El inglés americano —continuó con su odiosa mirada de soslayo hacia mí—, se diferencia del auténtico inglés británico sobre todo por la pronunciación y el vocabulario. Esta fina diferencia se extiende también hasta al hablar vulgar. Así que, también aquí, los americanos prefieren expresiones simples, o tienen distintas formas o no han notado en su vocabulario algunos distintos giros del inglés británico, como el imaginativo y literario *eat my shorts*, en contraposición al banal *kiss my ass*.

A mi espalda oía como Sebastian se reía por lo bajo.

La mirada de Tyger siguió colgada de mí, mientras que Suse me apretaba el muslo con la mano. El dolor hizo que desapareciera mi furor y me puse a pensar si debía aclararle a Tyger que, con toda seguridad, Sebastian no había tomado la expresión *eat my shorts* de Inglaterra, sino de la serie estadounidense *Los Simpson*. Pero mejor dejé las cosas como estaban.

—Dediquémonos al tema de esta clase. —Tyger tiró de la cadena de oro y abrió el reloj de bolsillo. Cada vez que lo hacía, se le contraía el ojo izquierdo.

—He escogido para ustedes otro relato corto de Ambrose Lovell —anunció—. Una de sus primerísimas obras. Sheila, si eres tan gentil de ayudarme... Bueno... Si es que puedes caminar con esas botas...

Tyger le entregó una pila de papeles. Esta vez lo que se le contrajo fue la comisura de los labios.

Junto a mí, Suse reprimió una carcajada y yo me apacigué. «Nueva víctima, nueva alegría», me pasó por la cabeza. Pero en el caso de Sheila Hameni, Tyger tenía toda mi comprensión. Mientras Sheila, con las botas blancas de tacón de aguja y las piernas tiasas, repartía las hojas, daba la impresión de un pollo maltratado sobre zancos, pero esto no le impidió hacerlo moviendo el trasero.

Suse se puso delante de la cara el papel del relato de Lovell.

—Recuérdame que en el nuevo grupo de *SchülerVZ*<sup>[9]</sup> escriba «no tengo prejuicios, pero lleva botas blancas<sup>[10]</sup>...».

Apreté los labios para no soltar la carcajada y me quedé mirando la hoja: *The Bell*

*in the Fog* (La campana en la niebla), por Ambrose Lovell, Suffolk, Inglaterra, 1889-1950. Antes de que Tyger nos diera la clase de inglés yo no había oído el nombre de ese autor, pero después de todo ese tiempo conocía mucho de él. Parecía que Tyger tenía sus obras completas, incluso su manuscrito de su única novela inconclusa, de la que alguna vez nos dio una diminuta probada, y la mayoría de las veces nos leía los relatos cortos de este literato.

Si tengo que ser honesta, esas clases eran las que más me gustaban. Tyger tenía una maravillosa voz de narrador, profunda y de una deleitable lentitud. Hoy, sin embargo, le pidió a Sebastian que leyera y nos ordenó que marcáramos todas las palabras que no supiéramos, para que la siguiente clase las trajéramos aprendidas de memoria.

El cuento de Lovell trataba de un *lord* inglés que, en medio de una noche nebulosa, se perdió en un pantano y súbitamente escuchó un extraño tintineo. Sebastian dominaba el idioma inglés casi tan bien como nuestro maestro y leía en voz alta con soltura, pero yo, con todo, tenía dificultad para concentrarme. En lo que a dormir se refiere, yo pertenecía indudablemente a la categoría de las marmotas. Como mínimo necesitaba dormir ocho horas, menos deprimía mi sistema nervioso, y eso lo estaba experimentando especialmente hoy. Mis pensamientos comenzaron a vagar y antes de que me diera cuenta tenía ante mis ojos la aborrecible alfombra de felpa verde que había visto en sueños, el corredor floreado, los pedazos de vidrio y la abundante sangre, y para colmo esa sensación de que alguien se inclinaba sobre mí, alguien a quien yo le suplicaba que me dejara vivir.

Las sienes me palpitaban dolorosamente, traté de cerrar los ojos, y entonces vi la siguiente imagen: la oscura figura que se apoyaba en el farol y me observaba inmóvil.

Abrí los ojos porque estaba cubriéndome de sudor. De nuevo, Tyger me tenía en la mira, lo que no mejoraba las cosas. Traté de evadirlo, pero algo en su expresión era diferente de las otras veces. Si no hubiera conocido a mi maestro de inglés tan bien como lo conocía, habría creído que se preocupaba por mí.

—¿Qué te ocurre, Becky? —me preguntó Suse en el recreo de mediodía.

Estábamos, como cada día, en el Dori's Diner, en el mostrador, esperando la comida.

—¿Es por Tyger? ¡Qué cabrón! ¿Por qué te tendrá tan mala voluntad? ¿Quizá porque tu padre es estadounidense? ¿Qué dice tu padre al respecto? ¿Has hablado con él de eso? ¿Qué pasaría si hicieras que se presentara durante una clase de Tyger? ¿No iba a venir a Alemania antes de navidad?

Tuve ganas de bostezar y reírme al mismo tiempo. Mi mejor amiga era capaz de ensartar sin esfuerzo tres docenas de preguntas, una tras otra, sin aguardar respuesta. Pero esta vez regresó al principio.

—Ahora, enserio. ¿Por qué estás tan pálida como el lord de Lovell al salir del

pantano?

—¿Estás segura...? —pregunté.

—¿Quieres un espejo? —Suse tomó la hamburguesa de pollo con papas fritas—. Pídeselo a Sheila. Quizá te preste uno de su colección.

—Gracias, Suse. Ya sé cómo me veo. Quiero preguntarte: ¿estás segura de que quieres escuchar de que se trata?

—¿Estás mal de la cabeza? Suéltalo. ¿Es... por él? ¿Estás arrepentida?

Suse señaló la mesa más cercana a la puerta, donde estaba sentado Sebastian rodeado de sus polillas y, soplando, se quitaba un mechón de pelo de los ojos. Sebastian tenía pestañas rizadas y abundantes y la boca más sensual que jamás había yo visto. El verano pasado, en una heladería Schanze, le pregunté como sabría en su lengua un helado italiano de zabaione. No tenía idea de lo que pasaba. En ese momento dejé escapar una risita histérica y hubiera preferido haberme disuelto en el aire. Pero Sebastian arqueó una ceja y dio un paso hacia mí. Y entonces respondió a mi pregunta.

Mientras esperaba mi hamburguesa y contestaba a su mirada burlona, el recuerdo volvió, vívido. No solo los besos, sino todos los meses que siguieron a mi pregunta, fueron satisfactorios. Bien.

Pero algo había fallado. Cuando luego de cinco semanas y media tuve en seco la mano de Sebastian que exploraba bajo las sábanas, me miró a los ojos y dijo: «No tienes miedo de que yo te deje; tú tienes miedo de dejarme. Por eso no quieres dormir conmigo. ¿No es cierto?».

Cuando escondí la cabeza bajo su hombro, Sebastian me apartó suavemente. Entonces se levantó y se marchó.

Desde entonces, algunas presuntuosas se apoderaron de él. Se le pegaban como moscas y, por su parte, Sebastian había dejado de oponerse.

—Aquí tienes tu hamburguesa.

Suse me dio mi bandeja y fuimos a nuestra mesa. Cuando pasamos junto al grupo que estaba con Sebastian, Sheila se me quedó mirando como si lo que más deseara fuera mandarme a la luna. Tenía a Sebastian sentado en su regazo, apretándolo con fuerza.

—Hey, Becks, siento lo de esta mañana —dijo Sebastian a media voz. Era la primera vez que me llamaba Becks desde nuestra separación—. No quisiera.

—Pero lo quisiste —masculló Suse—. La próxima vez mejor cómete tus calzoncillos Calvin Klein y así al menos tendrás la boca ocupada.

Sheila se quedó sin aire. En los labios pintados de rosa se le había quedado un pedacito de carne.

Sebastian le sonrió a Suse con ironía. Incluso cuando él y yo éramos pareja ellos dos se echaban pullas constantemente, pero en el fondo se querían bien.

—Bueno. —Suse se sentó frente a mí en una de las mesas de más atrás y se lamió un chorrillo de cátsup de los dedos—. Ahora cuéntame. ¿De qué se trata?

En la pared había un reloj en forma de hamburguesa y el segundero tenía forma de papa frita. Lo seguí con los ojos: tres, seis, nueve...

—Si no abres la boca en dos segundos, comienzo a gritar —amenazó Suse, y sacó una rodaja de pepinillo de su hamburguesa de pollo.

Unté mis papas con cátsup y empecé a contar lo que me había ocurrido la noche anterior. Cuando acabé, mi hamburguesa seguía intacta en el plato. Estaba fría y me dio tanto asco que me sentí mal de solo verla.

‡ ‡ ‡

—¿Estaba abajo, junto al farol? ¿Se quedó mirando directamente a tu cuarto? ¿Y estás segura de que no era Sebastian?

Suse se sentó en mi banca, que daba a la ventana, y miró hacia afuera, al otro lado de la calle. Sebastian ahora estaba en clase de biología, en la que la señora Donner, diminuta profesora con mejillas como de Hámster y chongo gris, seguramente estaría hablando de su tema favorito: las drogas legales e ilegales.

Suse me había convencido de que nos saltáramos las últimas horas de clase; lo que es más, fingido la voz, había llamado a la secretaria para disculparnos por faltar a clase.

—Segurísimo —me escuché decir.

—Becky, esto es tan espantoso. ¿Quién se queda por la noche delante de ventanas ajenas y observa a los que viven en las casas? —Suse se estremeció.

Sin más rodeos, había atribuido mi pesadilla a una sobredosis de strudel de manzana, pero el extraño personaje del farol daba alas a su fantasía.

—Quizás ese vagabundo es alguien que hace poco escapó de la cárcel —musitó, con los ojos abiertos como platos.

—¿A quién te refieres, por favor?

—Sí, lo sabes —dijo Suse y se puso a morder nerviosamente uno de los mechones de su pelo—. Ese trastornado que llevaba una media rosa como máscara, del que hablaron la semana pasada en el *Mopo*<sup>[11]</sup>. Sube por las noches a las casas de las mujeres solas y se sienta al borde de sus camas. Mientras duermen, les acaricia las mejillas y cuando abren los ojos, todavía medio dormidas, entonces...

—¡Suse! —grité, fuera de mí—. ¿Puedes dejar de hablar de esas estupideces? ¡Escucha, no me vas a dejar dormir esta noche!

Arrastré a mi amiga lejos de la ventana. Era asombroso, en todo el día yo no había dejado de pensar en la pesadilla o en esa extraña figura debajo de mi ventana. De alguna manera me parecía que estaba cometiendo un error serio. Al contarlo en

voz alta, todo el asunto daba la impresión de ser una cadena de raras casualidades. Pero no lo eran, no para mí... no con esa sensación en el pecho, ese vacío que no lograba explicarme.

—Mejor cuéntame como te fue ayer en el ensayo con la banda —le sugerí a Suse.

Mi amiga, con un hondo suspiro, se dejó caer en el puff, y el tema de la siguiente hora fue Dimo Jamal, vocalista de la banda de la escuela, *el Dr. No y las hermanas enfermas*, y el sueño de las noches insomnes de Suse. Según yo, ese Dimo era un estúpido bastante arrogante pero, sabiamente, esta opinión solo la guardaba para mí. Suse ni siquiera me habría escuchado.

Hace tres meses, Dimo había escogido a mi amiga como corista, y desde entonces, Suse acudió a clase de canto y consideraba seriamente la idea de someterse a una operación estética. Para mí era un enigma porque las personas, en cuanto estaba en su poder hacerlo, se sometían a intervenciones tremendas sin pensarlo un minuto. Por ese lado, Suse había tenido la suerte de estar tan bien dotada, como Sebastian, en lo que se refiere al buen aspecto.

Físicamente, Suse era muy diferente a mí, lo cual no quiere decir que junto a ella yo me sintiera como el patito feo, pero con mis redondas caderas, bien torneadas piernas y prominente busto era yo, probablemente, la pesadilla viviente de todas las anoréxicas. Y, mientras, al igual que a mi padre, era de pelo negro y ojos castaños, Suse era de un rubio que tiraba a blanco —productos de belleza *Polange*—, rizos en espiral, ojos color verde claro y el cuerpo de una ninfa.

El único defecto de Suse lo conocíamos cuatro personas en el mundo: su ginecóloga, su madre, Janne y yo. Suse tenía pechos grandes pero de diferentes tamaños, y tenía que usar sostenes con copa de distinta medida: la derecha entre B y C y la izquierda. A.

Para disimular la diferencia se mandaba a hacer sujetadores especiales, con una copa rellena de material gomoso. Por eso podía usar camisetas estrechas sin que nadie advirtiera el defecto. Naturalmente, esto no evitaba que sufriera horrores por esa deficiencia. Durante la clase de deportes salía de la cabina —conmigo como guardaespaldas— en último lugar, y cuantas horas habíamos pasado en foros de internet no lo podría calcular. En ese tiempo me sabía de memoria los nombres de algunos profesionales de operaciones de mamas. Pero Janne y yo estábamos en contra de las cirugías.

Así que cuando Suse acabó de hablar extensamente de las canciones, voz, trasero y peca en la frente de Dimo, aterrizamos también hoy, inevitablemente, en su complejo; yo tratando de probar suerte refiriéndome a las muchachas a las que les va peor. Empresa por completo sin éxito.

—Lilith Hopf nació con un hocico de cinco centímetros. A lo que Suse respondía:

—Tuvo un largo tiempo de vida para acostumbrarse. Mis pechos, por el contrario,



eran iguales el uno al otro, ¿por qué demonios el derecho no estuvo satisfecho y tuvo que seguir creciendo?

—Míralo desde este punto de vista —la molestaba yo, bromeando—: Cuando Dimo esté sobre el pecho pequeño, puedes hacerlo feliz, y cuando esté sobre el grande, igualmente lo puedes hacer feliz. Digamos que eres *two in one* (dos en una).

—Muy chistosa. —Suse cruzaba los brazos delante de sus aborrecibles partes corporales—. Antes prefiero morir como una virgen seca que mostrarme ante Dimo como una lisiada. Si al menos tuviera cáncer, tendría una excusa, pero así...

—¡Suse, no lo dices en serio!

—¡Claro que sí!

Cuando se trataba de sus pechos, Suse no conocía límites. Pero era imposible que alguien se lo tomara a mal. Nadie podía estar enojado con Suse por más de cinco minutos.

Una vez que se hubo tranquilizado, navegamos por YouTube, escuchábamos el último CD de Coolio, *Steal Hear*, y escribíamos en el celular de la madre de Suse un llamado de socorro a su asesor fiscal. Ambos mantenían una relación desde hacía seis meses. Por eso se había marchado de la casa el padre de Suse, y esta odiaba al nuevo hombre de su madre como a la peste.

«Querido. Se me descompuso el coche —me dictaba Suse, porque yo marcaba las letras con más rapidez—. Me encuentro en la caseta de la primera salida hacia Hannover. La grúa de la asociación de automovilistas tardará tres horas. ¿Puedes venir a sacarme de apuros? Me muero por verte. Tu Caracolita».

—¿Caracolita? —¡me desternillaba de la risa!

La madre de Suse era delgada como una vara y daba seminarios para ejecutivos en Hannover sobre «administración del tiempo».

—¿Él la llama Caracolita? ¿Y dónde está ahora, en realidad?

—Enferma en cama —dijo Suse, con irónica sonrisa triunfal.

Me arrancó el celular de la mano y presiono «enviar».

—Te apuesto lo que quieras a que en 10 segundos tenemos la respuesta.

Suse dejó el teléfono sobre la palma de su mano y allí apareció la respuesta:

*Voy en camino, no te muevas de donde estas. El salvamento llega. Tu Semental de números*<sup>[12]</sup>.

Me quedé mirando la pantallita. Había escrito «Semental de números».

—Me siento mal —dije a Suse, y en silencio le di gracias al cielo por haberme ahorrado problemas familiares como esos. Suse realmente tenía preocupaciones más serias que dos senos diferentes, pero me alegraba que, al menos en este caso, se lo tomara con humor.

La idea de que el Semental de números de Caracolita ahora se hubiera subido a su deportivo y, a doscientos kilómetros por hora, corriera hacia Hannover hacía que

bramáramos, gritáramos de la risa. Coolio tocaba *Keep it Gansta*, y cuando Janne regresó del trabajo y su cabeza asomó por mi cuarto, le contamos lo del mensaje.

No pudo hacer otra cosa que reírse.

—Cuando tu madre enferma de amor se ponga bien, siempre encontrarás asilo con nosotras. Bien lo sabes, ¿verdad, Suse?

Suse asintió. Desde hacia tiempo yo sospechaba que Janne era para ella la madre que siempre habría querido tener. Suse y yo nos conocíamos desde la primaria y nuestra casa era su segundo hogar.

Yo sacaba de la cocina dos platos de quiché cuando sonó mi celular. Al otro extremo estaba el padre de Sebastian, quien tenía un negocio de servicio de banquetes, y Sebastian apenas había empezado a trabajar con él a principio de año. Yo ayudaba en las tardes o los fines de semana, pero para hoy no había ningún evento en mi calendario.

—¡Qué suerte que te encuentro! —dijo el padre de Sebastian. Su voz sonaba falta de aliento, como si estuviera a punto de un infarto—. Tenemos una inauguración. ¡Un cliente súper importante! Una de las meseras está enferma. ¿Puedes sustituirla? La tienda se llama *Lights On*, está en la calle Grosse Elbe, en el conjunto Stilwerk. A las diecinueve horas. Pago el doble por hora. No se acepta un «no» por respuesta. ¿Qué dices?

Le dije que sí, aunque todavía tenía en los huesos lo de la noche anterior y hubiera querido acostarme temprano, pero el hombre sonaba tan desesperado que no tuve corazón para decirle que no.

Cuando Suse se fue, tomé una ducha —esta vez, helada—, le dije a Janne que regresaría como a las once y me puse en camino.

*Lights On* era, como dice su nombre, una casa de lámparas en Stilwerk, un centro comercial bastante elegante junto al mercado del pescado. Los invitados ya estaban cuando llegué. El padre de Sebastian me echó encima el uniforme que había escogido el cliente y me cambié en el baño. Falda negra y corta, escote profundo y delantal blanco, tacones altos. ¿Qué tal? ¿No había algo más de mujerzuela?

Pero estaba demasiado fatigada para enfadarme. Cuando me miré en el espejo, me asusté de mí misma. Tenía los ojos enrojecidos y me ardían, la piel la tenía de una blancura de queso y mi más bien redondo rostro parecía caído. Me pellizqué los cachetes y me dispuse al trabajo.

Los invitados eran hombres y mujeres cuarentones, que Spatz habría colocado en la gaveta *Mocosos nuevos ricos*. Iban de un lado para otro o estaban sentados en sofás de terciopelo rojo o en taburetes cromados de bar o aguardaban a que dos meseras y yo pasáramos con bandejas.

Junto al mostrador comenzó a tocar un conjunto: un dueto de cantantes con atuendos sexies entonaron, como un pequeño *tributo*, la canción *Lovelight* del grupo

Abba, y las luces de la tienda, que hasta ese momento se habían mantenido en una cómoda penumbra, se prendieron del todo. Centenares de lámparas de diseñador se robaron unas a otras el show; lámparas de pared, de pie, de mesa, colgantes y de todos los tamaños y formas. Las deslumbrantes luces se clavaron en mis nervios, y la cantidad de gente tampoco mejoraba las cosas. En todo ese tiempo la tienda, un gigantesco *loft* con piso tipo empedrado y techo alto, se había ido llenando de gente hasta quedar más que atestada.

Apretando los dientes, serpenteaba por la multitud. Ya solo por mi atuendo había ganado tres veces más. Los zapatos me apretaban, la ropa me raspaba y un calvo con traje milrayas miró sin recato alguno dentro de mi escote, mientras tomaba de mi bandeja huevos marmoleados, albondiguillas chinas y brochetas de camarón. De lo que me daban ganas era de estrellarle la bandeja en la calva. «Si existiera el limbo, tipos como este estarían en primera fila», pensé con repugnancia.

—¿Qué tanto mira? ¿Tiene que ver contigo? —me susurró al oído la pequeña mesera pelirroja cuando nos cruzamos.

Furiosa, iba a decirle que no con la cabeza, cuando advertí que no estaba mirando al pelón sino en otra dirección.

Y allí estaba de nuevo: aquella rara sensación de tranquilidad, en lo hondo de mi interior. Lo sentí antes de verlo a él.

Estaba apoyado en una de las paredes de un rincón al fondo de la tienda. De inmediato reconocí el rostro pálido y el pelo negro.

Ahora vi que era joven, quizás un poco mayor que Sebastian, pero no mucho. Cerca de él no había nadie. La gran lámpara de pie que estaba a su izquierda tenía forma de árbol, y las luces, que eran como docenas de diminutas hojas de vidrio blanco, colgaban de ramas y ramitos metálicos.

Y mientras los demás invitados iban de un lado para otro gesticulando o se metían algo de comer en la boca, la actitud del otro era de calma, como si posara para un pintor invisible. Tampoco su mirada se movía: se dirigía exclusivamente hacia mí, como si en esa tienda no hubiera nadie más que yo.

—¿Quién es ese? —musitó mi colega—. Para nada tiene aspecto de invitado. Dios, parece que lo hubieran desguazado<sup>[13]</sup> —y soltó una risita—. Pero es algo sexy. ¿Cómo llego aquí?

Quise decir algo, pero las palabras no me salieron de la garganta. Era pequeño, casi sutil, pero de una forma y maneras felinas. Su cabello profundamente negro estaba un poco desordenado; sus rasgos eran muy angulosos. Llevaba un suéter negro que tenía una rotura en el codo, y los desgastados *jeans* apenas si le llegaban a la cadera. Pero desguazado no era la palabra adecuada. Se veía extraño. De otro modo.

Mi mirada se deslizó de nuevo hacia su pequeño rostro. Seguía mirándome de hito en hito. No podía distinguir si sus ojos eran castaños o azules, pero desde donde

estaba podía advertir las hondas sombras bajo ellos. Sus pómulos eran protuberantes y, de repente, me pasó por la cabeza una tonta encuesta que habíamos encontrado Suse y yo en internet: «Hey, chicas, ¿les parece sexies los jóvenes de mejillas huesudas?».

En este caso, sí.

Pero no tenía nada que ver con su aspecto ¿o sí? También su apariencia, pero esto era otra cosa, una intensidad rara y casi febril, una inquietud que irradiaba, aunque no se moviera de su lugar. Hasta ahora había sentido frío por el cansancio; ahora sentía calor.

Las dos chicas de la Banda cantaban *Everything around you is lovelight; you're shining like a star in the night. Won't let you out of my sight...* y el extraño transformó la comisura de los labios en una sonrisa irónica.

—Oye, pequeña, se me antoja un dátil envuelto en tocino.

Me encogí toda; el calvo estaba de nuevo frente a mí y me bloqueaba la visión. Mi colega, mientras, se había zambullo en medio de la gente. El repugnante tipo tomó el dátil de mi bandeja y lo dejó caer bien a propósito en mi escote.

—¡Caramba, cuanto lo siento! Puedo...

El calvo iba a extender su gordinflón dedo, cuando se detuvo en seco en su movimiento.

Una mano lo había agarrado por la nuca. Pertenecía al extraño joven. Estaba detrás, pegado al calvo. Los negros cabellos le caían por delante de la frente y no pude ver su rostro.

—Deja en paz a la chica, no te vaya a pasar algo.

La voz del joven era débil, áspera, casi ronca, como si no la hubiera usado desde hacía mucho tiempo. Y tenía una tonalidad baja y peligrosa.

El pelón buscó aire y esta vez dejé caer la bandeja. Esta cayó al suelo con estrépito y una invitada lanzó un grito agudo. En segundos. El papá de Sebastian estaba presente.

De golpe, el tumulto reinó por doquier y, cuando recobré el sentido, el extraño había desaparecido sin dejar rastro.

La banda había comenzado a interpretar otra canción, y luego el gerente de la tienda pronunció un discurso: «Respetables invitados, es para mí un honor saludarles hoy... bla, bla, bla...».

De alguna manera, la noche me seguía a todas partes y cuando, poco después de las diez, me dio el aire fresco, las piernas apenas podían sostenerme por el agotamiento.

En el bolsillo llevaba un billete de cien euros que el padre de Sebastian me había dado como compensación por el pequeño incidente con el calvo, a quien, desde luego, no hubo necesidad de expulsar de la fiesta...

—¿Quiere un taxi? —una mano se posó sobre mi hombro.

Esta vez fui yo quien gritó. Junto a mí estaba Sebastian y, sonriendo, retiraba sus claros cabellos de la frente. Mi susto fue mayor que la sorpresa de ver aquí a mi ex novio.

—¡Estás loco al escabullirte así! ¿Quieres matarme?

Su sonrisa se agrandó.

—Al contrario. Me llamaron para que te salvara. Mi padre me habló hace un momento para pedirme que te lleve a casa y así no te secuestren hombres extraños. Así que, vamos. Súbete.

Sebastian me pasó el casco y, poco después, me senté detrás de él en la Vespa. Rodeé su torso con mis brazos y descansé la cabeza en su espalda. Bajo el casco de Sebastian asomaban sus cabellos, haciéndome cosquillas en la nariz. Me mantuve tan apretada como pude, pero la sensación de vacío había regresado, tan fuerte como la noche anterior. Era como si me hubieran hecho un agujero en el pecho.

—Hey, Becks, ¿debo preocuparme? De veras no te ves bien —dijo Sebastian cuando llegamos a la puerta de mi casa y me disponía a despedirme. Apretó sus manos sobre mis mejillas y sentí sus dedos como si fueran de hielo; el contacto pareció asustarlo tanto como a mí.

—Estás ardiendo —dijo, y me miró preocupado—. ¿Tienes fiebre?

Sin decir palabra, moví la cabeza. Detrás de nosotros se estacionó un coche y sus faros iluminaron el rostro de Sebastian. Era la primera vez que volvíamos a vernos tan de cerca. Su mirada me escudriñaba y supe que buscaba otra cosa. Se la habría dado con gusto, pero no podía, al menos después de lo que había pasado hoy.

Mi ventana estaba oscura y de nuevo me inundó el pánico de pies a cabeza, con suavidad, casi sin que lo tocara, pero bastó para dejarme decir algo, que era terriblemente injusto.

—¿Sebastian?

—Mmm.

—¿Duermes conmigo esta noche?



—¿**E**stán juntos otra vez? —era la mañana del domingo y mi madre estaba sentada junto a mí en una silla plegable en el viejo salón de subasta de pescado, donde tenía lugar un bazar cada tercer domingo del mes.

Janne quitó una mota de polvo de la vieja chamarra de Spatz, que colgaba de una barra junto a otros sacos, blusas y vestidos. Sobre una mesa tapizada se encontraban las cosas que habíamos desechado del desván. Mientras, se había reunido un considerable número de gente. Junto al radio para ducha de color amarillo chillón se encontraban mis viejos vestidos de carnaval, el espejo de mano plateado y los libros de Janne que habíamos eliminado por completo; sobre todo, la caja con los regalos de la madre de Spatz; una quesera de cerámica marrón, un juego para vino caliente especiado, tres platos de pared con ángeles músicos, un erizo portapalillos de cristal verde tallado y aros servilleteros de color pastel con motivos de patos.

Janne y yo habíamos salido de la casa poco después de las siete, pero de algún modo fuimos de los primeros en llegar. Por la gigantesca galería estaban repartidas unas cincuenta mesas. Como fuera, no dejaban de ser horas tempranas de la mañana, pero hoy había madrugado y me sentía casi bien de nuevo.

Más allá de los ventanales había levantado vuelo una bandada de gaviotas hacia el cielo violeta, y a través de la cúpula de cristal comenzaron a penetrar al poco rato los primeros rayos del sol; dibujaban líneas doradas sobre el pavimento y bailoteaban sobre pesadas vigas de acero. La vieja sala del mercado del pescado, con sus históricos muros de ladrillo y el techo abovedado de hierro y cristal, era uno de los motivos por los que mi madre había decidido comprar la casa cerca del puerto.

El año anterior, Sebastian y yo celebramos aquí la noche de San Silvestre (31 de diciembre). Había tocado una banda de hip-hop y cuando, a la medianoche, Sebastian me besó, sobre su lengua había un pendiente de plata en forma de corazón, que viajó

de la boca de Sebastian a la mía y de ahí al lóbulo izquierdo de mi oreja.

—*Erde*<sup>[14]</sup> para Rebecca. ¿Me oyes? *Erde* para Rebecca...

Janne me dio un codazo y me ofreció una dona. Había recogido su pelo rubio en una cola de caballo y, como siempre que no estaba en el trabajo, iba sin maquillar.

—Si no quieres hablar de Sebastian... entonces mejor lo dejamos.

Mordí la dona, suspiré y me encontré con la mirada de Janne. Su suéter azul claro de cuello de tortuga hacía que sus ojos brillaran y, como de costumbre, pensé en lo poco que me parecía a mi madre. Janne tenía una cara transparente, seria, que daba siempre la impresión de estar reflexionando, aun cuando riese. Incluso en sus fotos de niña tenía esa expresión. Pertenece a las personas que con la edad apenas si cambian, o que de niños ya tenían en el rostro algo de adultos.

Con unos golpecitos tiré los granos de azúcar de mi suéter.

—La respuesta es no —dije—. Sebastian y yo ya no andamos de nuevo, al menos no como tú piensas. Somos... amigos.

En ese momento, las cejas de Janne mostraron un diminuto pliegue.

—Ok, ok —me miré y lamí un poco de mermelada de las yemas de mis dedos—. O algo por el estilo. No tenemos sexo, es lo que quieres saber.

Ahora fue mi madre quien suspiró:

—Lobita, lobita... pronto tendrás diecisiete, sabes lo que quieres y te tengo confianza. Lo único que quiero es que seas feliz y, de algún modo, no lo pareces.

Hizo una pequeña pausa:

—¿Han hablado acerca de ustedes? O sea, ¿de la relación?

—Claro. Un poquito —aparté la dona, levanté una caja con CD viejos y la coloqué sobre la mesa tapizada.

Ayer por la tarde, Sebastian y yo los habíamos puesto por orden alfabético, de modo que Bushido venía después de Benjamin Blümchen, y los Hells Angels antes de Hexe Lilli.

La noche del viernes, Sebastian fue mi salvación. No hizo ninguna pregunta y yo no le di ninguna explicación. En realidad no habría sabido qué decirle. Mis pensamientos giraban en torno a lo mismo. Veía de pie, delante de mí, al extraño del farol bajo el árbol de luces, y pensaba que no era ninguna casualidad, que era imposible que lo fuera. No creía haber podido dormir sin Sebastian. Me miró a los ojos, hasta que al fin bajé los míos. Olía tan bien, tan reconfortante, tan cercano... Tan Sebastian. Y, de hecho, durante la noche ya no volví a soñar. Mi angustia no había desaparecido; acechaba en algún rincón escondido y la presencia de Sebastian la mantenía a raya, al igual que a mis pensamientos sobre el extraño.

A la mañana siguiente me había esforzado por olvidarlo todo y desechar el hueco sentimiento de mi interior; al cabo mi mala conciencia triunfó sobre Sebastian.

Todo el tiempo estuve pensando en el misterioso desconocido que había

aparecido de la nada y de nuevo se había esfumado y, mientras tanto, ¿no me quedaba nada mejor que hacer que darle nuevas esperanzas a mi ex novio?

Me excusé compungida ante él y traté de aclararle que, sencillamente, necesitaba algo más de tiempo. Sebastian reaccionó increíblemente. Me pellizcó la nariz y afirmó que para él estaba bien, que podíamos ser amigos. Pero en sus ojos vi que mentía.

—Mamá, ¿cómo fue lo de papá, entonces? —le pregunté. Mi madre estaba ocupada colocando los precios en los libros—. Quiero decir, ¿qué le pasó para haberte amado y que él para ti... no fuera más que un amigo?

Mi padre y Janne se conocieron cuando tenían tres años. Eran vecinos y prácticamente crecieron juntos.

Que era lesbiana, mi madre lo había sabido desde joven. Para mí esto no era nada inusual; crecí con ello y nunca me pregunté si yo era como ella. Con todo, aunque Janne nunca lo expresó, yo sospechaba que los pósteres de estrellas pop masculinas que llenaron las paredes de mi cuarto en quinto y sexto de primaria la habían aliviado tanto como mi chifladura por mi maestro de música en el séptimo curso. Janne sonrió.

—Tu padre, para mí, fue algo más que un amigo y eso lo sabes —tomó un centavo del pequeño plato con cambio y suavemente jugueteó con la monedita entre los dedos—. Tu papá y yo éramos como los dos lados de una moneda, desde pequeños. Nos encantaba la misma música, los mismos libros. Sentíamos qué le pasaba al otro, aunque estuviéramos en lugares distintos.

—¿Qué quieres decir?

Janne se me quedó mirando.

—No sé explicarlo —dijo, y se encogió de hombros—, pero cuando en la secundaria padecí una apendicitis, tu padre estaba de vacaciones en Estados Unidos. Y en el momento en que me ingresaban de urgencia en el hospital, sonó mi celular. Tu padre había pensado en mí y se preguntaba si estaría pasándome algo.

Su sonrisa pareció algo triste.

—Una cosa así no ocurre con frecuencia en la vida —prosiguió—. El amor tiene tantos rostros, y el amor entre tu papá y yo era precisamente platónico, al menos por lo que a mí se refiere. La única vez que dormimos juntos fue la noche en que te concebimos. Fue maravillosa, sobre todo porque de ahí surgiste tú. Y da igual lo que ahora sea, pero por esto le estaré por siempre agradecida.

Cuando Janne levantó la vista, en sus ojos brillaba una luz sospechosa. Iba a preguntarle cuándo había sido la última vez que se habían visto, pero fuimos interrumpidas.

—¿Cuánto cuesta esto? —una mujer con unas gafas rojas me ponía un libro ante la nariz. En la portada estaba el rostro de un hombre mayor, de frente alta y una



mirada bastante penetrante y, en torno a la boca, un no sé qué de cínico. El título era El crítico literario olvidado. Un autorretrato. Arrugando la frente miré a Janne.

—Por tres euros es suyo —le dijo a nuestra clienta.

La mujer hojeó un poco el libro y lo dejó a un lado mientras echaba un vistazo a los artículos que teníamos sobre nuestra mesa. Levanté el tomo y leí el texto de la contraportada:

*Temido, respetado y querido por muy pocos, William Alec Reed, el más elocuente crítico literario, cuenta la historia de su vida y con ello permite una mirada sorprendente al alma de una persona que en vida se ganó el título de «Hombre de la pluma mortífera». Reed, estadounidense de nacimiento y amigo de los escritores más influyentes, comenzó su carrera en el Daily Times de Los Ángeles. Pero obtuvo su fama mundial como crítico del Times de Londres, cuya Redacción de Literatura dirigió durante veinte años. Falleció en 1969 a la edad de casi noventa años en su patria, Estados Unidos.*

¿William Alec Reed? Di vuelta al libro una vez más y contemplé el rostro enjuto. Alec Reed era el nombre de mi padre. Mi abuelo, que el año anterior había muerto de un infarto, se llamaba William Reed.

—¿Este hombre... era... es mi pariente? —le susurré a mi madre, mirando la fotografía en el libro.

Ella asintió.

—Era tu bisabuelo —me aclaró. Me quedé mirando a Janne.

—Lo siento —le anuncié a la mujer cuando estiraba de nuevo la mano para tomar la autobiografía—. Mi madre se equivocó. Este ejemplar no está en venta.

La mujer se echó para atrás.

—Entonces tampoco va a recibir el dinero. Bien, pues, buenos días de todas maneras.

Se fue y le lancé a Janne una mirada furiosa:

—¡Esto es historia familiar, mamá! Nunca me contaste que el abuelo de mi papá había escrito un libro, ¡y ahora querías venderlo como si nada!

—Lo siento. —Janne levantó las manos como a la defensiva—. No me había imaginado que fueras a interesarte por algo así. Este tipo tuvo que haber sido bastante tirano. Tu abuelo Will me contó una vez de él. No lo aguantaba, y tu padre jamás habló de él. Desde luego no hacíamos nada malo vendiendo esto, pero si tanta importancia le das.

—Sí lo hacíamos —abrí el libro y hojeé el apéndice donde se mencionaban algunos de los críticos que tan famosos habían hecho a mi bisabuelo. Me sorprendió sobre manera encontrar el nombre de Lovell.

—Mira, este es el autor favorito de Tyger —dije, sonriendo maliciosamente—. Mañana se lo voy a llevar. Siento curiosidad por saber qué dirá.

—Quizá convendría que antes leyeras lo que tu bisabuelo escribió sobre ese autor —me advirtió Janne—. Me parece que solo elevó hasta el cielo a sus preferidos; al resto los destrozaría. No vaya a ser que este recuertito se refleje en tu calificación de inglés.

—De acuerdo —no pude dejar de reír al leer, por encima, las despectivas líneas que mi bisabuelo había compuesto sobre las obras de Lovell. Lo de «Pluma mortífera» de la contraportada encajaba a la perfección.

Me metí el libro en el bolso por seguridad, comí el resto de la dona y me soplé las manos. La galería no era especialmente caliente. Si permaneciéramos sentadas aquí todo el día, sería bastante incómodo.

—¿Qué piensas que puedo hacer con esto?

Janne me puso delante de un pequeño libro de bolsillo: Los sueños como expresión de temas interiores; resaltaba sobre un fondo azul nocturno y junto a una gran luna llena. La autora de este libro era Janne. Lo había escrito poco después de terminar la carrera, y la edición se había vendido bastante bien entonces, pero desde hacía algunos años ya no estaba en el mercado y, hasta donde yo sabía, Janne había regalado los últimos ejemplares a sus clientes.

—No tengo idea —murmuré.

Reflexionar sobre sueños era lo último que habría hecho.

—Está haciendo bastante frío aquí —dije—. Creo que voy a comprarme un café. ¿Quieres uno?

—Mejor un té. Y no tardes tanto, pues a lo mejor vendo otras cosas que tú quisieras tener. ¿Estás segura de que no vas a querer la quesera?

—¡Ay, Janne! Nos vemos al rato.

Me levanté y fui a buscar las bebidas, pero no me marché muy lejos. Me gustaba aquel bazar; ya desde pequeña, Janne y Spatz me traían. No paraba de hurgar entre el revoltijo hasta encontrar lo que buscaba. Incluso hoy no podía evitar pasar por los otros puestos, y con cada paso me sentía más ligera.

—¡Hola, Becks! —pensaba tranquila—. ¡Bienvenida de nuevo!

Junto a las acostumbradas figurillas de porcelana, vasos de aguardiente, relojes viejos y antigüedades, había cosas realmente fantásticas. En un stand con cosas desechadas del ejército de Estados Unidos descubrí un par de botas a media pierna con rosas bordadas y agujetas color rosa. Me quedaban como si las hubieran fabricado para mí, pero estaban por encima de mi presupuesto, así que, suspirando, las devolví. En cambio encontré un anuncio de la vieja película *Pulp Fiction*, dos CD de Mando Diao y el «despertador peludo<sup>[15]</sup>» de la banda Lorelei, de *Gilmore Girls*. Claro, no era auténtico, pero el tipo que me lo vendió lo había reconstruido para una

ex novia. Pensé si se lo podría regalar a Spatz, pero encontré algo mejor para ella: un disco de su cantante favorita, Joan Armatrading, que la propietaria me vendió por tres euros.

En otro puesto hallé un manual para hacer máscaras. Era el regalo ideal para Suse, cuyo cumpleaños estaba por llegar. Me envidiaba locamente porque mi padre y su esposa Michelle trabajaban en cine y no comprendía que no fuera a verlos a Los Ángeles.

Mi papá tenía una productora de comerciales en Santa Mónica, mientras que Michelle dirigía una agencia de asistentes personales para las estrellas del cine.

Yo veía a mi padre en Alemania, adonde venía tres o cuatro veces por año a visitarme, pero me negaba a pasar mis vacaciones con él en Estados Unidos porque con Michelle, desde hacía siete años, se habían trasladado a Los Ángeles.

Si alguna vez cambiaba de parecer, me prometía siempre llevar a Suse conmigo. Por otra parte, Suse me había jurado que la profesión de la esposa de mi padre no le llamaba mucho la atención. Por lo mismo, que se me preguntara al respecto era plantearme una situación de horror.

—Quince euros —dijo la joven cuando le pregunté cuánto quería por el manual.

El precio me pareció bastante caro, pero la mujer se negó a bajarlo y el libro se me figuraba muy bueno.

Había fotos ilustrativas de heridas, carnosidades repugnantes y todo tipo de máscaras de horror. Así que puse los quince euros sobre la mesa e iba a meter el libro en mi bolso cuando escuché una voz ronca.

—¿Se te perdió algo?

La voz venía de alguna parte cerca de mi oído izquierdo y la reconocí de inmediato.

«No existe la casualidad», gritó algo dentro de mí. «¡No existe la casualidad!».

Me di vuelta muy lentamente.

Detrás de mí estaba el extraño. Sobre su palma estirada estaba mi iPod rojo, que hasta ahora había estado en mi saco. No se me ocurrió ninguna palabra. Los dedos me temblaban cuando tomé el aparato. Algo en la palma de la mano del joven me resultaba peculiar. Pero ya había retirado los dedos.

Abrí el iPod. Sentí el latido de mi pulso, pero en mi pecho estaba de nuevo esa otra sensación tan difícil de describir. Algo dentro de mí se calmó, aunque las palabras giraban en mi mente como un torbellino.

El joven no dijo nada, solo me miró. Más o menos era de mi estatura, así que nuestros ojos estaban a la misma altura. De nuevo me percaté de aquella electricidad febril que manaba de él. Su cuerpo felino daba la impresión de que corría mucho, como si el movimiento en el aire fresco fuera algo que se diera por hecho. De algún modo olía a aire, a viento, a lluvia seca.

Esta vez llevaba un saco negro de cuero, una cosa punk con hebillas plateadas y diversas calcomanías, y era evidente que se había puesto unos *jeans* apropiados. Llevaba zapatos también negros. Su espeso pelo oscuro le caía sobre la frente de una manera que era (para utilizar la expresión de la mesera pelirroja de la tienda de lámparas) no algo, sino descaradamente sexy.

Estábamos el uno frente al otro. Sus ojos eran de un azul oscuro, casi negro. No pude determinar dónde terminaban sus pupilas y dónde comenzaba el iris, y de alguna forma me había dado cuenta de que no podía estar mirándolo durante horas para poder averiguar.

—¿Hace un par de días —carraspeé—, estuviste, el miércoles por la noche, enfrente de mi casa?

Un fino estremecimiento jugó en los labios del joven. El labio inferior estaba un poco más lleno que el superior, lo que daba a su rostro cierto aire de terquedad.

—Creo que sí —respondió con su ronca voz.

—¿Crees? —dije tragando saliva—. ¿Qué quiere decir que eso crees? —No sabía que fuese tu casa.

Una de sus comisuras subió en una sonrisa, de modo que en la mejilla izquierda apareció un hoyuelo.

—Pero ¿qué... qué hacías allí?

No podía deshacerme del maldito nudo en la garganta.

—No sé exactamente. ¿Qué has hecho?

Sus ojos azul oscuro no me dejaban. Podría decirse que me estaba analizando, como yo a él.

—¿Por qué te asomaste a la ventana?

*Eso no importa. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué te pasa que haces tales preguntas?* Eso era lo que debería haberle respondido. Pero lo que dije fue distinto.

—Estaba angustiada.

El joven asintió muy ligera y lentamente. Durante todo el tiempo no apartaba su mirada de mí; solo su sonrisa había desaparecido.

—Por eso necesitabas aire —contestó en voz baja—, y yo luz. Luz y aire. Ambas cosas son buenas contra la angustia.

—¿Luz? ¿Por eso fuiste a la tienda de lámparas?

—Entre otras cosas.

—¿Por qué?

—Había oído que la comida sería buena —ahora sonrió maliciosamente—. ¿Cómo le fue al calvo del traje? ¿Encontró el dátil?

¡Un momento! ¿Adónde se dirigía? ¿Por quién me tomaba?

—No es gracioso —le espeté, feliz de que de nuevo podía hablar con normalidad—. Y no has contestado la pregunta de qué buscabas en la fiesta. ¿Qué haces aquí? Si

lo que pretendes es perseguirme, entonces ¡cuídate!

Salté a un lado porque un joven me empujó. Llevaba un gigantesco tigre de porcelana sobre los hombros, mientras que su acompañante (una rubia con un abrigo de tigre), agitada, caminaba a saltitos detrás de él.

—¿Oyes, Robert? No te vayas a caer, no sea que...

Divertido, el joven siguió a ambos con la mirada.

—Si no me equivoco, este es un lugar público —se dirigió de nuevo a mí y añadió con ironía, en voz baja—: Podría preguntar lo mismo: «¿me persigues?».

Sus ojos me observaban, indagadores.

—¡Estás loco! —furiosa, lo fulminé con la mirada—. ¡Claro que no! ¿Quién diablos eres?

Se pasó los dedos por el negro pelo. De pronto pareció inseguro. El rostro se le transformó en una expresión débil y lesionada, como si detrás de su fachada se hubiera abierto una diminuta grieta. Pero no se había abierto; yo la había abierto.

—Ahora dime —le presioné—, ¿cómo te llamas? El joven negó con la cabeza. —Dímelo tú.

—¿Qué?! —retrocedí un paso—. ¿Cómo me llamo?

—No, yo.

Se me detuvo el corazón.

—¿Te falta un tornillo?

La vendedora de la mesa donde nosotros seguíamos se inclinó hacia mí, preocupada, y me preguntó si me sentía bien. Asentí y entonces ambos dimos un paso hacia atrás, perfectamente coordinados, como si hubiéramos estudiado un coreografía. Otra vez el joven me observó de aquella forma perturbadora. De algún modo tuve la sensación de que buscaba algo. Algo sobre o junto a mí. No sabría explicarlo.

—Olvídalo. No lo dije en serio —expresó.

¿Estaba este tipo en sus cabales? ¿Drogas? ¿O acaso era yo la trastornada?

La mirada del joven recorrió mi cuerpo de la cabeza a los pies. Sus oscuras cejas se juntaron. Parecía asombrado; lo que es más: asustado.

¿Qué estaba mirando ahora? ¿Tendría yo alguna erupción? Su siguiente pregunta me desconcertó totalmente.

—*Carpe diem?*<sup>[16]</sup> —sonó a pregunta. Extendió la mano como si quisiera tomar algo de mi cuello. Noté cómo sus dedos rozaban la tela de mi camisa, muy suavemente. En realidad no era un contacto, aunque lo sentí así. Me eché para atrás.

—¿Qué? —instintivamente agarré el dije que colgaba de mi cuello en una cadena de plata. Era un sol, del tamaño de una moneda de dos euros. Mi papá me había regalado la cadena cuando tenía seis años, el primer día de clases. Esas palabras estaban grabadas en la parte posterior del sol.

—*Seize the day* —murmuró el joven—. Aprovecha el día. Eso es lo que significa, ¿no?

De golpe, sentí la boca seca. Sí, eso significaba, y en todo este tiempo la frase se había empleado miles de veces a diestra y siniestra como eslogan publicitario. Pero, para mi padre y para mí, esas palabras tenían desde hacía mucho un significado especial, y el modo como el joven las expresó no sonaba a que las hubiera tomado de alguna revista lujosa.

Se quedó mirando el sol que colgaba de mi cuello como si quisiera atravesarlo quemándolo.

Envolví el colgante con la mano.

—¿Qué *quieres* de mí? —susurré.

El joven pestañeó varias veces seguidas y por primera vez bajó la mirada. Se mordió el labio inferior, como no sabiendo si dejar salir las palabras que tenía sobre la lengua.

—¡Hola, Becky!

Me estremecí y miré rápidamente por encima de mi hombro. ¡Suse! ¡Caramba, precisamente ahora! Se encontraba a unos veinte metros de nosotros y me hacía una señal con ambas manos antes de abrirse camino entre la gente.

No le presté más atención y me di vuelta. Pero ya no había nadie. El joven se había esfumado sin dejar rastro. Un momento después, Suse estaba junto a mí y me miraba fijamente.

—¿Y qué ocurre ahora? ¡No te vaya a dar un infarto!

Me jaló de la manga. Tuve tiempo de ocultar en la espalda el manual para hacer máscaras. Por suerte no me preguntó por el joven; quizá no lo había visto, y no había forma de que yo hablara ahora acerca de él.

—¿Todo bien? —me las arreglé para preguntarle, tratando de adoptar una expresión normal, aunque sabía que a Suse no se le escaparía nada. Pero enseguida vi con claridad por qué no acribillaba a preguntas.

—Becky, tengo una *ci-ta* —canturreó—. El próximo domingo, Dima y yo iremos al *ci-ne*. Me lo ha *en-via-do*. ¿Puedes creerlo? Mira.

Abrió el celular y me lo puso frente a la nariz. Miré la pantallita.

—¡Fantástico! —musité.

—¿Fantástico? —Suse cerró el celular—. ¡Es galáctico, Becky! La única pregunta es cómo voy a sobrevivir todos estos días. ¿No podría ser la mañana del sábado o incluso ahora mismo? Tienes que distraerme. Vamos a la feria, al museo de cera, al restaurante Strandperle. A la iglesia. Al cirujano plástico. A donde sea. O mejor de compras. Necesito algo nuevo que ponerme.

Sonreí sin emoción.

Suse traía unos pantalones de campana a rayas azul claro y oscuro, y un poncho

turco de piel aterciopelada. De los lóbulos de sus orejas colgaban llaveros de *Mägde Und Knechte* transformados en aretes y del hombro pendía un bolso de piel con un cierre de números. En caso de que le fallara su propósito de fabricar máscaras más adelante, seguro que Suse, sin problema, obtendría trabajo como estilista.

—¿Ya viste todo por aquí? —preguntó sin esperar mi respuesta—. Detrás de ti hay un estupendo *stand* de chucherías de segunda mano... y... ¡Hola! ¿A quién tenemos ahí...? —Suse señaló hacia la izquierda.

Por segunda vez mi corazón dejó de latir una fracción de segundo, pero cuando mi mirada siguió su brazo estirado, respiré desilusionada. Era solo Sheila. Estaba sentada, con Jenni y Paula, de nuestra clase, en un barandal de acero e iba tan bien arreglada como si no fuera la mañana. Su suéter color carne estaba completamente fuera de lugar; Suse había comentado sobre su profundo escote con las palabras: «Puedo verte el corazón».

Con los ojos bien abiertos y la mano estirada, Sheila miraba hacia nosotras.

—Cloooc, cloooc, cloooc, he puesto un huevo, cloooc, cloooc, cloooc, estoy tan excitada —gritó Suse con voz chillona y se puso a reír cuando las Tres Gracias<sup>[17]</sup>, como de común acuerdo, miraban en otra dirección.

—Ven, Becky, alejémonos de estas azotadoras de retinas.

Sin decir palabra me dejé arrastrar por los pasillos. Yo seguía aún bastante trastornada, y por primera vez en mi vida le estaba agradecida a Dimo de alguna forma: al menos traía a Suse tan distraída que no se había percatado de lo que me pasaba.

Pasamos por un reloj y entonces caí en la cuenta de que Janne estaba esperando su té desde hacía una buena hora.

—No era necesario ir hasta la India a comprar el té —me reprochó mi madre cuando, compungida, le coloqué la taza sobre la mesa tapizada. El cambio del platito había disminuido notablemente y parecía que la quesera había encontrado nuevo propietario.

Janne puso ambas manos alrededor de la taza y sopló sobre el té.

—¡Hola, Suse! —saludó a mi amiga—. ¿Cómo va la «bendición de la casa»? ¿Ya regresó de Hannover el semental de números?

Suse gimió.

—Ni me lo menciones. Cuando se descubrió el pastel trató de convencer a mi madre de que merezco un mes de arresto domiciliario.

Janne sonrió maliciosamente.

—¿Lo cual quiere decir que tu enredo funcionó?

—¡Y cómo! —Suse se dejó caer en mi silla—. El estupidísimo dio diecisiete vueltas a la gasolinera hasta que olió que algo pasaba. Desde luego que no contesté el celular cuando llamaba, pero entonces marcó, por desgracia, al teléfono fijo. El caso

es que tuvo viaje redondo. —Suse reía—. Por suerte, mi madre se sintió tan culpable de su vida amorosa que me perdonó. ¿Y cómo les ha ido? ¿Han vendido algo?

—Nosotras no, sino yo. —Janne sacó un par de billetes del bolso y señaló hacia los vestidos—. Dos sacos de cuero, la chamarra de Spatz y tu viejo delantal «mataniñas», Rebecca, el original con seguro —me guiñó un ojo—. Ah, también mi libro de los sueños. En realidad, el último ejemplar lo regalé.

—¿Regalado? —preguntó Suse. Janne se encogió de hombros.

—El tipo lo quería a como diera lugar y daba la impresión de que no tenía un centavo en el bolsillo. Así que se lo di.

Mi madre tenía unas ocurrencias... yo no conocía a nadie que fuera tan generoso como Janne, aunque no hacía gran alboroto por ello.

—¿En qué puedo servirle? —se dirigió a una señora entrada en años que tenía en la mano el erizo palillero.

—¡Qué cosita más encantadora! —dijo la señora con voz de arrullo—. ¿Cuánto quiere por él?

—Cincuenta centavos y el erizo es suyo —dijo Janne alegremente y comenzó a endilgarle al erizo una exagerada historia acerca de su procedencia.

En todo ese tiempo yo no había dicho ni pío. ¿Qué podía contar? «Oye, mamá; Suse, escucha. Resulta que constantemente me topo con un tipo cómico que... de alguna forma acaba irritándome, pero que al mismo tiempo también me fascina». Por más que intentara describirlo, sabía que no podría expresar con palabras lo que en realidad sentía. Tomé el espejo para contemplar el regalo de papá. El sol era de plata sterling y por ojos tenía dos diminutos rubíes. Pero en el espejo veía algo más, o quizá no veía más.

El *Carpe diem* que me había mencionado el joven no se veía, y no se veía porque estaba grabado en el reverso del dije.

En esto yo no había pensado; pero, en efecto, así era.

En vano intentaba tragarme el nudo en la garganta. ¿Habría podido voltearse el dije? Lo giraba y de inmediato volvía a la posición correcta. Los rayos del sol estaban unidos a la cadena y no podía darse vuelta, ¡imposible!

¡Cómo diablos el joven podía saber lo que estaba grabado en el reverso del dije!

Mi mirada recorrió toda la galería del mercado. Centenares de personas iban y venían entre los puestos.

Pero aquel al que yo buscaba se había marchado.





— **P**ienso, luego existo. —Tyger sopló sobre su humeante taza de té—. ¿Qué les trae a la mente esta frase?

Era la mañana del miércoles y, en realidad, debía ser el profesor de filosofía, el señor Hoppenkamp, quien estuviera ante la clase. René Descartes debía ser el tema de hoy y tendríamos que estar ocupándonos de la biografía de tal filósofo francés, pero el señor Hoppenkamp estaba enfermo y nuestro maestro de inglés estaba sustituyéndolo.

—*Cogito ergo sum* —levantó la mano Lennart. Él estuvo con Suse y conmigo en la primaria, y mi mejor amiga lo consideraba como un cruce de jirafa y el cantante Heino, porque su largo y pálido cuello se volvía rojo en cuanto abría la boca, y lo hacía bastante a menudo pese a la fea imagen consecuente—. Así es la traducción al latín de esa frase. Descartes quiso afirmar que podemos dudar de todo lo que existe, pero no del propio «yo pensante». Quería decir.

—No he preguntado acerca de los argumentos de Descartes sobre este tema —lo interrumpió Tyger, sin remilgos—. He preguntado qué les trae a la mente a ustedes.

—Que la capacidad de pensar nos hace únicos —dijo Lilith Hopf, la chica del hocico de cerdo—. Nos diferencia de los seres inferiores, los animales.

—¿Quiere decir que los animales no existen? —Suse le lanzó a Lilith una mirada despreciativa—. No creo que mi hámster filosofe en su rueda giratoria pero no hay duda de que vive.

Una risita reprimida se sintió en toda el aula.

—Los pensamientos son nuestra posesión más preciada —intervino Súper Mario. Su padre era el coordinador de la sociedad de padres de familia. Janne lo odiaba porque en cada junta se alargaba con los debates—. El que seamos gordos o delgados, ricos o pobres, no significa nada al final.

Y profundizo en su afirmación:

—Quien recibe subsidios para sobrevivir, por tanto, tiene más valor que un idiota rico que solo tiene telarañas en la cabeza.

—Pero los idiotas también piensan —saltó Sebastian, el único al que Tyger le permitía hablar sin levantar antes la mano. Jenni y Paula, quienes se sentaban a derecha e izquierda de él, estaban pendientes de sus labios, y hasta Sheila se volteó para verlo.

—Yo puedo pensar en cuántos tarros de cerveza me voy a echar esta noche, a cuantas mujeres me eché el mes pasado o cómo le puedo lustrar la jeta al turco que tengo aquí al lado. Con todos esos pensamientos no me ganaré el Premio Nobel, pero son pensamientos.

—Los pensamientos son gratis —cantó Sheila y adoptó una pose como si estuviera ante el jurado de DSDS (Alemania busca a la Súper Estrella)—. Nadie puede adivinarlos.

—Y en muchos casos es una gran bendición —comentó Tyger—. ¿Hay todavía algún par de asociaciones más inteligentes? ¿Sí, Aaron?

—*Coitus ergo sum* —el payaso de la clase entró al quite con su disparate y obtuvo una estruendosa carcajada.

Hasta en los labios de Tyger se marcó una sonrisa divertida. Solo Sheila arrugó la frente con fuerza. Quería saber qué era eso del coito, y cuando Aaron le prometió mostrárselo en la primera oportunidad, la clase explotó en risas. También yo me puse a reír, aunque aquella misma mañana me sentí mal al levantarme y, de puro cansancio, apenas si los ojos me dejaban ver. La perspectiva de dos horas de «pastillas para dormir» con Hoppenkamp no era precisamente la mejor motivación, pero si hubiera sabido que me esperaba aquí mi profesor preferido, definitivamente me habría saltado la clase. Sin aviso, Tyger a las ocho de la mañana era simplemente demasiado para mí.

Mientras la clase se tranquilizaba lentamente, dos ojos agudos me habían atrapado de pronto.

—¿Qué te ocurre, Rebecca? ¿Tendrías la amabilidad de compartir tu pensamiento sobre este tema?

Le di vueltas al lápiz con el que había garrapateado unas doce veces en el cuaderno la frase *Carpe diem* durante los últimos minutos.

¿El tema? Traté de concentrarme para pronunciar una frase completa más o menos comprensible. Por suerte me llegó sin que tuviera que reflexionar:

—Para mí, esta frase de Descartes es como una cara de la verdad —me escuché decir de golpe.

—¿Ajá? —Tyger subió una ceja—. Interesante. ¿Y cómo es la otra cara, si te puedo importunar un poco más?

Esta vez no hice caso de la ironía de Tyger. Algo en su rostro me llevó a tomarme en serio la pregunta.

—Que... muchas veces existimos mucho más cuando no pensamos. Cuando sentimos o cuando, sencillamente, existimos.

Durante un corto segundo, los ojos de mi maestro penetraron profundamente en mí, pero al segundo siguiente él tenía la fría máscara puesta de nuevo.

—Entonces —dijo con una sonrisa estudiada y maliciosa—, hagamos un pequeño experimento.

Tyger sacó el reloj de bolsillo de su saco y lo abrió.

—Cierren los ojos —ordenó—. ¡Ya! ¡Cierren los ojos!

De nuevo se oyeron unas risitas. Suse me dio una patada de lado.

—Despiértame si me duermo —susurró.

Pero de repente yo me sentía totalmente despierta. Hice lo que Tyger mandaba y cerré los ojos.

Casi de inmediato capté un suave pulsar detrás de las sienes.

—Y ahora —sonó la voz de Tyger en mis oídos—, dejen de pensar. Les doy tres minutos. ¡Ya!

Después de los primeros segundos se oyeron unos resoplidos. Los pies rascaban el suelo, los papeles crujían, alguien fingió un ronquido, pero con un carraspeo de Tyger la situación se calmó un poco. Traté de vaciar la cabeza, pero el cerebro no me obedecía. Como una máquina cuya tecla de *stop* se hubiera atorado, comencé a convertir las sensaciones en palabras y a despepitarlas una tras otra.

*Suse huele a mandarinas. Mis dedos están fríos. Alguien tiene los pies horriblemente sudados. Sebastian tiene razón, también estos son pensamientos. Pienso en los pies sudados; ¿ergo existo yo? ¡Auxilio! ¿Qué le está ocurriendo en los últimos días? Desde el lunes no me ha dicho una palabra. ¿Tengo algo?... ¡Detente, Rebecca, no pienses!*

Pero era imposible.

Lo sentía como si dentro de mí detuviera con todas mis fuerzas una compuerta, contra la cual empujara una apretada masa. La resistencia no tenía propósito.

Me rendí. La compuerta se abrió y los pensamientos que más hubiera querido reprimir se lanzaron sobre mí como un torrente.

*¿Quién eres tú? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué surges de la nada, para desaparecer de nuevo de inmediato? Y ¿qué eran esas cosas tan raras que me dijiste? ¿Por qué sabías tú lo que dice el reverso de mi dije? ¿Por qué tradujiste la frase al inglés? Dijiste *Seize the day*. Mi papá habla en inglés conmigo, pero tú no conoces a mi papá; tú no sabes nada de él. ¿O sí? ¿Por qué tengo que estar pensando en ti constantemente? ¡¡¡Oh, Dios, esto es una locura!!! No quiero pensarlo, yo...*

El clic del reloj de bolsillo de Tyger al cerrarse me devolvió al aula. ¿Me lo imaginé o de veras mi maestro había estado mirándome todo el rato?

—No lo lograron —dijo, y no era ninguna pregunta—. Es igual si fueron las botas blancas, la próxima fiesta o la resistencia contra la tarea lo que ha animado sus cerebros: ustedes han pensado. Cada diminuto segundo. Aun el deseo de no pensar ha sido un pensamiento. La observación de Rebecca, en el fondo, no era tan tonta. No pensar y, no obstante, ser podría resultar una salvación. Pero tal facultad no se les ha concedido.

Mi maestro dejó que su reloj desapareciera en el bolsillo de su saco.

—El escritor inglés Lovell preparó el final de su vida porque sus atormentados pensamientos no lo dejaban —continuó Tyger—. Ustedes son, luego piensan. Esto los convierte en seres vivientes únicos que tienen que cargar con las insuficiencias, dudas y angustias que les son propias. Solo podrán dejar de pensar cuando estén muertos.

—¿Puede esta vivencia conducir al suicidio? —preguntó Suse cuando, durante el recreo, íbamos camino de Dori's Diner—. ¡Qué barbaridad!, sesión completa otra vez, ¿no?

—Mmm —musité. Yo pensaba, sobre todo, en las frases que Tyger había dicho al final de la clase: Ustedes son, luego piensan.

—¿No te diste cuenta —le pregunté a Suse—, que todo el tiempo que estuvo hablando de que no podíamos dejar de pensar, Tyger decía «ustedes», como si él no entrara en eso?

—¡Wow! —dijo Suse, empujándome—. ¿Y qué te preocupa todo eso? ¡Y tenía que ser precisamente a las ocho y media de la mañana! Para serte sincera, todo esto me resulta demasiado elevado. El caso es que me muero de hambre. Ojalá que la siguiente clase no sea tan complicada.

Suse echó un vistazo al comedor. Sebastian esperaba cerca de la puerta, con los brazos cruzados.

—Todo el día ha estado mirándote con aire lúgubre —me susurró Suse—. ¿Qué les ocurre? ¿Algún problema entre los dos?

—No que yo sepa —le respondí, no muy segura.

Ya le había contado a Suse que habíamos vuelto a vernos, y ella recibió la noticia frunciendo el ceño.

—Bueno, pues. —Suse me golpeó en el hombro—. Pienso que tengo el azúcar bajo y, por tanto, como. Y tú grita pidiendo socorro, si piensas que lo vas a necesitar.

Suse me apretó el brazo y desapareció en el comedor.

—¿Hay algo que debiera saber —preguntó Sebastian cuando estuvimos solos—, o, mejor dicho, alguien?

Yo me encorvé involuntariamente ante esa pregunta.

—No sé qué quieres decir —respondí, dándole largas.

—Cabello negro —repuso Sebastian—. Alguien de tu estatura. Chamarra punk de cuero. ¿Te basta? ¿O necesitas todavía un par de señas más?

Me le quedé mirando, sin habla. El corazón me latía con más fuerza.

—¿Tú lo has visto?

—Sheila —repuso, conciso, Sebastian—. Y ella no lo vio, sino a los dos. Según me dijo, los dos estaban bastante concentrados en un coqueteo. Tengo que decirte que todo esto me parece muy bueno para ti. Te dejo el tiempo que quieras, Becks. Pero no por otro. Eso olvídale.

—¡Que se vaya a la mierda Sheila Hameni! —maldije al recordar cómo el domingo, a escondidas, estuvo mirándome en el mercado de pescado—. ¿Vas a creer todo lo que te cuente esa estúpida vaca? Aquello no era ningún coqueteo. Eso...

—¿Sí? —Sebastian me miró—. No necesitas tartamudear. Te escucho.

—Había perdido el iPod, ¿ok? —ataqué con fuerza sin darme cuenta—. El tipo lo encontró y me lo puso en la mano. Le di las gracias y eso fue todo. Ni siquiera sé su nombre.

Al menos eso era verdad.

—Ajá. Entonces eso es todo. —Sebastian parecía petrificado.

—Sí, así es. Y si no me crees, entonces no puedo hacer nada.

Sebastian se encogió de hombros. De repente parecía impotente.

—Es igual. Solo olvídale. Entremos.

Lo seguí y me di cuenta de que estaba toda acalabrada. Él tenía razón, lo que le ocultaba era todo menos justo para con él.

Por otro lado, al extraño joven, cuyo nombre en efecto no conocía, lo había visto solo tres veces. Siempre por poco tiempo. ¿Por qué lo sentía de un modo que le daba la razón a Sebastian para sentirse celoso?

—Becks, ¿vienes? —Sebastian ostentaba una sonrisa con la que pretendía minimizar su inseguridad. Me abrió la puerta del comedor.

—Raro lo que Tyger dijo al final, ¿no crees? ¿Por qué no se ha incluido al decir que a nosotros nos atormentan los pensamientos? ¿Crees que tenga alguna receta secreta? ¿Le ocurre a él lo mismo?

Yo no lo merecía.

Sencillamente, no merecía lo amable que Sebastian se portaba conmigo. Pero sentía un alivio casi corporal. Sebastian era mi mejor amigo y no quería perderlo por nada del mundo. Lo tomé del brazo.

—Hermano —le dije—, eso mismo me pregunto yo.

Nos sentamos en la mesa de Suse. Ella ya había ordenado y se estaba comiendo las papas fritas.

Sebastian pidió un sándwich de pavo y una hamburguesa vegetariana para mí y

pagó ambas órdenes; Suse se encargó del entretenimiento mientras comíamos. En apenas diez días sería su cumpleaños y esperaba que al menos fuera un día cálido de otoño para poder celebrar, como el año pasado, con una carne asada junto al Elba. Rezaba por que fuera Dimo. Ayer había tenido ensayo con la banda y Dimo había mandado a hacer camisetas para las coristas: eran blancas con una cruz roja y decían *Hermana enferma*.

Cada vez que Suse nombraba a Dimo, agitaba las pestañas y Sebastian me tocaba con el pie por debajo de la mesa. «Perfecto», pensé: «todo vuelve a ser como antes. Todo vuelve a ser como siempre». Respiré y me recargué en el respaldo; entonces vi la negra cabellera en la barra.

Me atraganté por la emoción y comencé a toser fuerte. Mientras Sebastian me daba palmadas en la espalda, reconocí la pequeña figura de oscuros ojos. Estaba sentado en el rincón del mostrador y levantaba un vaso de refresco de cola. Daba la impresión de que brindaba en mi honor.

Resoplé. Un pedazo de ensalada se me había atorado en la garganta y se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no aparté la mirada de él.

Entonces, el joven se deslizó del taburete de la barra y avanzó hacia nosotros a través del atestado comedor. Caminaba concentrado y, aunque su andar era lento, sus movimientos eran sueltos, ágiles, como de un depredador que, pisando sigilosamente, se acerca a su presa. Al parecer, ni Suse ni Sebastian se habían percatado, quizá por mi ataque de tos.

El joven estaba a unos pasos de nuestra mesa. Tomó aire visiblemente sin apartar la mirada de mí en ningún momento, una comisura de su boca se extendió, formando una sonrisa torcida, y pasó delante de mí.

Lo que más hubiera querido habría sido correr tras él, pero en ese momento, por fin, recobré el aire y, cuando acabé de limpiarme las lágrimas de la cara, había desaparecido por la esquina. Suse me miró, inquieta, y Sebastian me ofreció su vaso.

—Ten, bebe algo. ¡Caramba, Becks, estás roja como un cangrejo! ¿Te sientes mejor?

Bebí, tragué y volví a mover la cabeza. El que mi pulso se hubiera acelerado no se debía a la tos.

—Los alcanzo —dije cuando por fin Suse y Sebastian se levantaron y entregaron sus bandejas—. Voy al baño. Adelántense.

Cuando la puerta de salida se cerró tras los dos, me apoyé sobre el mostrador.

—Perdona —le dije a la encargada, que llevaba el pelo corto de un verde chillón y tenía un tatuaje de salamandra en el antebrazo—. El joven que estuvo aquí sentado —carraspeé—, ¿sabes por casualidad cómo se llama o lo has visto antes por aquí?

Volteó la cabeza hacia donde se había sentado el joven. El vaso de refresco y el plato seguían allí, vacíos, salvo una hoja de lechuga que había quedado solitaria en el

borde.

—*Oh shit!*<sup>[18]</sup> —gritó—. ¡El muy cabrón no ha pagado! Estaba roja de ira cuando se dirigió a mí de nuevo:

—No, no sé su nombre, y si lo supiera llamaría a la policía. ¡Muchacho de mierda! ¿Te robó algo?

Cuando negué con la cabeza, frunció el ceño.

—Aguarda un momento. ¿No estabas sentada junto a la puerta y tuviste un ataque de tos?

—Ah... sí —tartamudeé.

—¡Qué casualidad! —resopló—. El tipo me preguntó por ti. Quería saber si vienes a menudo aquí y si ese *chico*<sup>[19]</sup> rubio que te dio palmadas en la espalda es tu amigo.

Sentí vértigo.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Qué le dije? —apretó los puños—. ¿Soy una agencia de citas o qué? Eso fue lo que le dije y que, si le parecía, mejor te preguntara a ti. Y como agradecimiento se fue sin pagar —meneó la cabeza—. ¡Y no lo agarré antes que desapareciera!

—¿Cuánto? —dije, conteniendo el aliento.

—¿Eh? —las cejas de la encargada se encogieron.

—La comida —señalé el plato vacío que estaba en el mostrador—. ¿Cuánto fue?

—¡Vaya! —una sonrisa compasiva apareció en sus labios—. Parece que supo bien cómo robarte el corazón, cariño. Pero, para que no tenga que pagar de mi bolsillo... —alargó la mano—. Seis euros noventa, sin contar la propina.

—Ten —abrí el monedero y le di siete euros—. ¿Está bien?

—Muchas gracias. Y por los diez centavos te daré un consejo: aléjate de tipos así. Solo traen líos.

Luego se dio la vuelta y desapareció en la cocina.

Después del recreo de mediodía nos tocaba clase de francés, durante la cual tuvimos un examen escrito (para el que yo no había estudiado), y dos horas de inglés en las que Tyger leyó una historia de horror de Lovell (a la que no presté atención, ni a una sola palabra). «Cabellos negros», pensaba. «Más o menos de mi tamaño. Chamarra de piel a lo punk». ¿Necesitaba un par de señas más? Sí, un montón, pero de esto no le iba a decir nada a Sebastian. «¡Maldita sea, Tyger tenía razón!». Habría dado cualquier cosa por detener los pensamientos.

Después de clases me dirigí a la piscina Alster. Allí había entrenado tres veces por semana durante siete años. Mi entrenador me apreciaba mucho, pero mis colegas de equipo cada año progresaban más, así que al final ya no encajé. Mis caderas eran demasiado redondas y los pechos demasiado grandes, y si bien yo pertenecía a las mejores a pesar de ello, no contribuía a mi popularidad; así que tras cumplir dieciséis

salí del grupo y no lo lamenté ni un segundo.

Pero la natación era, lo mismo antes que ahora, el único deporte que me gustaba. Entrenaba para mí sola, medía la velocidad con mi reloj marca Polar e iba mejorando mi condición mes tras mes. Hoy no había nada especial, así que tuve todo un carril para mí sola. Comencé nadando de pecho y espalda, para calentar, luego crol y de vez en cuando buceé, en todo el sentido de la palabra. En el agua, todo era más liviano, más etéreo, oscilante. No solo mi cuerpo, sino los pensamientos. Precisamente, los pensamientos.

Nadar era para mí como volar sin alas. Y llegaba el momento embriagador en que no me daba cuenta de mi propio esfuerzo, sino solo del ritmo en el agua, el movimiento, y me dejaba llevar. Solo cuando volvía a pisar terreno firme me percataba de que había hecho seis kilómetros doscientos metros en 72.22 minutos. Sentía la pulsación de cada músculo resonar en mis oídos, pero en mi cabeza finalmente imperaba la tranquilidad, al menos por el momento.

Camino a casa decidí sacarme al extraño de la cabeza. Era miércoles de nuevo, y había pasado exactamente una semana desde que lo vi por primera vez. Se habían terminado las preocupaciones, las preguntas tormentosas, lo que él pretendía de mí o las coincidencias que llegaran a juntarnos de nuevo.

Hoy yo era la reina del miércoles, y vería *Ocean Eleven* con Spatz y Janne. Comería, disfrutaría la película y me iría a dormir, y por la mañana trataría de verlo todo con lógica.

Nuestra casa olía a las *Mil y una noches*. Según Spatz, Janne se había pasado más de cuatro horas en la cocina. Con los entremeses orientales que había preparado habría podido dar de comer a medio ejército o, como decía Spatz, a un harén oriental.

Janne era la chef en nuestra familia, y cuando sentía estrés en el trabajo, salían a relucir sus dotes de cocinera. Cuando los colegas de Janne —que también habían hecho amistad con Spatz—, venían a la casa, esta les insistía cada vez en que transfirieran a mi madre los casos especialmente difíciles. Yo siempre protestaba, decidida.

Spatz, por más que comiera, no engordaba un gramo. Pero para mí, un paciente especialmente desquiciado de Janne significaba un agujero más en el cinturón.

¿A qué iba a enfrentarme hoy? Sobre la larga mesa de centro, junto al sofá, se encontraban distribuidas más o menos dos docenas de platitos llenos. En la jaula, Jim Bob y John Boy peleaban su lugar de honor en la fresca rama de mijo. Sobre el televisor reinaba el siempre insaciable Antón, y en la pantalla Dash anunciaba a sus cómplices: «Estamos metidos en la mierda, y si no nos ponemos listos para desviarnos a Mónaco, la comeremos a dos carrillos».

—¡El culo<sup>[20]</sup>! —espetó Spatz al unísono con Dash.

Estábamos viendo la película por segunda vez en este año y Spatz tenía, además



de los chistes más pícaros, una memoria fenomenal. Quizás se debía a su doble profesión: en el teatro trabajaba de apuntadora. Estaba sentada con las piernas cruzadas junto a mí sobre el amplio sofá de nuestro desván. Llevaba una semana haciendo a ganchillo el primer objeto de su nueva serie *Spongia* beatífica (esponja de la felicidad, una planta), pero todavía no era posible entrever cómo se entrelazarían los cambiantes hilos de oro; no obstante, Spatz estaba muy entusiasmada acerca de armar su primera exposición con esta serie. El ovillo estaba sobre mi regazo y me esforzaba por no llenarlo de migajas.

Janne estaba sentada justo frente a mí, y mientras Spatz seguía apenas con el oído lo que ocurría en la pantalla, mi madre no estaba prestando atención. Al igual que yo, parecía que tenía dificultad para concentrarse en la película.

Se comió su ensalada de cuscús, que había amontonado sobre el plato, se estiró y se levantó.

—Ladies, ¿no se enojan conmigo si las dejo solas el resto de la película? Mañana tengo que levantarme temprano.

Spatz apartó la vista de su tejido.

—¿Todo bien? —preguntó preocupada, y Janne asintió.

—Todo perfecto; solo necesito unas horas de sueño. Buenas noches a las dos. Buenas noches, John Boy. Buenas noches, Jim Bob.

Lanzó un beso alrededor y caminó hacia la escalera de caracol.

—¿Van a recoger la vajilla? —oímos que decía mientras bajaba.

—¿Tendrá un caso difícil? —le pregunté a Spatz, sin quitar la vista de la pantalla.

—No que yo sepa —me contestó.

Spatz era la única persona a la que Janne, de darse el caso, le confiaba cómo iba su trabajo. Mi madre era una defensora del secreto profesional. Por lo que a mí respecta, jamás me habría confiado una palabra acerca de los problemas de sus pacientes.

Pero, naturalmente, yo imaginaba todo lo que Janne tenía que escuchar en su imagen, y con ello no me refiero a personas como nuestra vecina, la señora Dunkhorst, cuyas consultas con Janne al parecer solo servían para darle a sus numerosos síntomas nombres de todo tipo de enfermedades, sino que entre los pacientes de Janne estaban mujeres que habían sido violadas o maltratadas en su infancia, así como hombres que no podían controlar sus instintos violentos.

Para Janne, los responsables de los hechos también eran víctimas. Dos años atrás escuché alguna vez cuando ella hablaba por su celular de urgencias con un hombre que tenía fantasías de violencia. No sabía decir qué era más fuerte, si la repugnancia de que mi madre conversara de manera tan comprensiva con aquel tipo enfermo o mi admiración por ella. A menudo me preguntaba: ¿cómo lo soporta?

Al final, apagué el televisor. De pronto no tuve más ganas de ver la película, pero

tampoco quería irme a la cama. Necesitaba la compañía de Spatz, la necesitaba a ella para que me distrajera.

—¿Quieres que escuchemos tu disco? —me propuso—. Es estupendo.

Asentí. Dejó a un lado su labor de ganchillo y tomó el disco de Joan Armatrading que yo había traído del bazar el domingo. No era necesariamente la clase de música que me gustaba, pero el suave rasgueo del disco sugería algo de tranquilidad, y la cantante tenía una voz estupenda y sonora.

La canción se llamaba «*Save me*», y Spatz se quedó mirándome con expresión blanda.

—Esta canción la escuché la noche que conocí a tu madre —dijo con su voz altisonante—. La estaban tocando en la radio, cuando le llevé algo de comer en el café que estaba junto al hospital infantil.

Asentí. No recuerdo nada de ese día. Era demasiado pequeña, pero la historia, naturalmente, sí me la sabía, pues de pequeña me gustaba oírla una y otra vez. Hasta el día de hoy me sorprende que haya sido yo, sin lugar a dudas, el motivo por el que las dos se hubieran encontrado.

Spatz cerró los ojos y escuchamos el canto de Joan Armatrading:

*Like a moth, with no flame to persuade me*  
*Like blood in the rain, running thin*  
*While you stand on the inside, looking in*  
*Save me*<sup>[21]</sup>...

—Cuéntamela —le rogué a Spatz—, cuéntame la historia otra vez.

Spatz se tomó las rodillas con sus delgados brazos y me sonrió.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó.

—Sí —le respondí.

Las historias de mi infancia, y esta en particular, tenían a menudo el mismo efecto en mí: siempre despedían algo así como confianza, y confianza era lo que yo necesitaba esa noche.

—Bueno pues —repuso Spatz—. Tenías tres años...

Tomé una bolsa en forma de media luna y me recliné en los voluminosos cojines.

—... y te columpiabas en el área de juegos del parque de la ciudad. Era un hermoso día de otoño. Janne llevaba su abrigo azul de lana y te empujaba. «¡Más alto, mamá!» le gritabas, cada vez con más voz, y cada vez más entusiasmada. «Más alto, más alto. ¡Hasta el cielo!». Janne estaba detrás de ti, cada vez te empujaba más fuerte y tú lo disfrutabas más y más. Yo estaba sentada en el césped, dibujando, pero las dos me distrajeron. No, Janne me distrajo.

Spatz sonrió.

—No prestaba atención a nada ni a nadie; solo a ti. Parecía estar totalmente entregada a tu felicidad. El sol caía justo en su cabello, este resplandecía y sus ojos destellaban. Y luego, de repente, te soltaste del columpio. Te caíste cuando estabas en lo más alto. De repente fue como si el tiempo se hubiera detenido.

Fue uno de esos momentos en que nos quedamos helados: tú en el aire, Janne detrás de ti con los brazos extendidos, como queriendo atraparte, lo que naturalmente era imposible. Te diste con la nuca sobre una de las losas. Hubo un sonido horroroso y luego ya no te moviste.

Spatz cerró un momento los ojos y cambió el semblante.

—Janne lanzó un grito que sonó aún peor que tu golpe. Tenía un tono estridente que llegaba hasta la médula de los huesos y que no tenía nada de humano. Vi un reguero de sangre bajo tu cabeza y me vino el pensamiento, completamente tonto, de que la sangre roja y las losas blancas, de alguna forma, no se llevan.

Spatz meneó la cabeza.

—Es cosa de locos lo que el cerebro engendra en momentos así. El caso es que en el área de juegos había gente y en un momento se reunió una pequeña multitud a tu alrededor. Alguien llamó a una ambulancia. Cuando me abrí paso entre la gente, Janne te tenía en brazos. Nunca había visto a alguien con tanta angustia en el rostro.

Tus bracitos colgaban flácidos, y era evidente que ella no habría querido seguir viviendo si tú hubieras muerto.

Spatz pellizcaba aquí y allá su tejido de la *Spongia beatífica*.

—Alguien que no ha tenido hijos no puede llegar a entender lo que le ocurre a una madre en esos momentos —dijo en voz baja—, pero yo lo vi.

Hizo una pequeña pausa y me dio un empujoncito.

—Muchas veces me siento triste por no haber podido sentirlo nunca, ¿sabes?

Yo asentí. Spatz no tenía hijos propios. No armaba ninguna alharaca por ello, pero yo sabía que era algo que siempre le daba vueltas.

—Tu madre y tú han estado rodeadas por personas que indudablemente han actuado de buena fe —prosiguió—. El hombre que llamó a la ambulancia con su celular nos hizo un gran favor. En aquella época casi nadie llevaba consigo un celular. Había estado haciendo aspavientos con aquel cachivache para que todo el mundo se enterara de que tenía un celular.

Spatz dejó a un lado el tejido de la *Spongia* y me sonrió.

—El tipo, para ser sincera, era desagradable. Vestía el traje más horroroso que yo haya visto, y poco antes de que llegara la ambulancia, el trasto aquel sonó de repente y el tipo comenzó a hablar con algún cliente.

Spatz imitó la voz del hombre, como dándose importancia: «Para ser honesto, su llamada me llega algo intempestivamente porque yo, por así decir, estoy en un asunto privado...».

Spatz revolvió los ojos.

—Su teatralidad era casi incomprensible pero, a pesar de todo, habría besuqueado con gusto su pulida media calva, pues al cabo fue él quien te salvó la vida. ¡Cuánto lamento que fuera un payaso! —Spatz comenzó a reír a todo pulmón—. El beso en la media clava, desde luego, me lo ahorré, pero en cambio levanté tu pequeño osito blanco. Estaba junto al columpio.

—El oso de mi abuela —dije, y pensé en el miércoles pasado, cuando Janne lo sacó de la caja. Desde entonces descansa en mi cama.

—Sí, exactamente —admitió Spatz—. La ambulancia llegó poco después, pero tú seguías inconsciente, y cuando los paramédicos te tomaron de los brazos de Janne para colocarte en la camilla, parecía como si a tu madre le estuvieran arrancando el corazón. Estaba tiesa de dolor. Entonces nuestras miradas se encontraron. Yo estaba allí con tu osito en la mano, Janne estiró la mano hacia él y, de algún modo, supe que no buscaba solo el oso.

Spatz calló un momento.

—Sin decir una palabra, me uní a ella y, juntas, subimos a la ambulancia, que salió disparada con la sirena a todo volumen. Tú yacías en la camilla. El paramédico había puesto una mascarilla de oxígeno sobre tu nariz y boca. ¡Te veías tan diminuta y Janne parecía tan perdida! —carraspeó—. En el hospital todo fue muy rápido. Te llevaron a Cuidados Intensivos, adonde Janne no pudo entrar, y cuando la puerta se cerró detrás de ti, ella se derrumbó.

»Cayó de rodillas, así, sin emitir un sonido, sin decir nada. No fue tan teatral como suena, sino como si a tu madre, literalmente, le hubieran quitado el suelo bajo los pies. Fui hacia ella, me quedé a su lado y así esperamos todo una eternidad. —Spatz juntó los dedos de ambas manos—. Janne tenía el osito en una mano, lo miraba todo el tiempo y susurraba que él tenía que estar contigo, que no debías estar sola. Entonces repitió una y otra vez el nombre de tu padre: “Alec, Alec, Alec”. Le pregunté si quería que lo llamara, pero ella sabía que estaba en una filmación y no tenía manera de comunicarse. —Spatz retorció un mechón de cabello entre sus dedos—. Duró una eternidad. Yo atosigaba a todas las enfermeras que pasaban, hasta que al fin se abrió la puerta. El médico, un joven pelirrojo y pecosito, se arrodilló delante de nosotras. No sabes la manera tan profunda en que nos conmovió ese gesto. Tomó las manos de tu madre en las suyas y dijo que todo iba a salir bien. Habías estado entre la vida y la muerte durante un par de minutos, pero ahora estabas fuera de peligro.

Spatz meneó la cabeza:

—En ese momento, tu madre comenzó a temblar toda, y no paró hasta que pudimos entrar en la sala de observación. Allí sobre la cama te veías como una Blancanieves pequeñita, con tu pálida piel, los cabellos negros y los labios oscuros. Pero sonreíste, Rebecca.

Cerré los ojos un momento.

—Después volviste en ti, mas solo por poco tiempo; lo primero que dijiste fue: «¿Dónde está Lu?», y Janne te puso el oso sobre el pecho, pero estabas aún demasiado confundida y no cesabas de preguntar por él en cuanto, asustada, despertabas de un sueño intranquilo. «Patricia levantó a Lu para ti», dijo tu madre, con toda su dulzura, y apretó mi mano. En dado momento volviste en ti y me viste por primera vez. —Spatz dejó resbalar el mechón entre sus dedos—. Y entonces dijiste: «Patz ha cuidado a mamá».

Spatz cruzó los brazos y miró al techo allá arriba.

—Patz se convirtió en Spatz y así se quedó.

Cuando fui a mi cuarto ya pasaba de la medianoche. A las siete en punto sonaría el despertador, pero yo estaba totalmente despierta. Spatz y yo estuvimos sentadas en el piso del desván mucho tiempo, escuchando discos viejos, y varias veces le rogué que no se fuera a dormir; hasta que dejé de pedírselo cuando vi que estaba cabeceando en el sofá.

Tendría que reflexionar todo aquello a solas.

Durante un momento me quedé sentada allí y cavilé qué podría hacer a continuación para afirmarme en mi propósito y apartar de mí los pensamientos tormentosos. Entonces tomé los audífonos, puse el iPod a todo volumen y me senté ante la computadora para revisar mis correos electrónicos.

Tenía dos mensajes sin leer. El primer remitente era papá; el segundo correo acababa de llegar hacía un par de minutos y lo mandaba Sebastian. Abrí primero el de Sebastian: *«He reflexionado sobre tu palabras durante la clase, que nosotros existimos más cuando sentimos. Eso lo reconozco, lo he vivido. Contigo. Que duermas bien. S».*

Mi dedo presionó *Responder*.

*«Querido Sebastian: ¡Cuánto siento que últimamente...!».* Pausa, apagón, pensamientos detenidos. En el «orden aleatorio» salió una canción de Somos héroes.

*Ya no sé, no sé dónde estamos, ya no sé, de aquí en adelante, ciego...*

El dedo índice hizo clic en *Eliminar*.

Mi padre escribía:

*Hi there little Wolf, (¡Hola, lobita!). ¿Qué haces y por qué no me escribes? ¿Todo bien en el otro lado del globo terráqueo? Tengo retrasados trabajos de filmación estresantes, una modelo tonta y clientes nerviosos, y en casa tu hermanita se ha ocupado de nuevo en hacer que pasen cosas emocionantes. El lunes su maestra habló al celular de Michelle. Val*

*convenció a su compañero de asiento de que se bebiera todo el tintero. Parece que Val le contó que era tinta mágica que volvía invisible a la gente. El chiquillo está en el hospital y ahora su madre quiere demandarnos.*

*Al menos me siento feliz de tener una hija de la que ha salido algo bueno. Por lo demás, aquí todo es conmoción por las elecciones. Cruza los dedos por Obama y seize the day.*

*Te quiere, Daddy xxxooooxxx*

Al leer el párrafo sobre mi media hermana no pude evitar reír.

Val tenía el aspecto de un ángel rubio, pero en su alma habitaba al menos un diablito, si no es que toda una horda. Janne decía con hostilidad que esa vena, en todo caso, le venía de papá, pero yo sé que lo decía por resentimiento. Papá no mencionó ni una sola vez el embarazo de Michelle, y cuando nos envió la participación del nacimiento, Val ya tenía un par de meses de nacida; esto Janne se lo tomó muy a mal. Desde entonces hablaba aún peor de Michelle y la amistad con papá ya no fue lo que había sido hasta entonces.

Desde luego que también a mí me molestó, pero ahora papá enviaba fotos regularmente y me contaba sobre todas las malas mañanas de Val. Ya en el kínder, Valerie había sido la pesadilla de todas las educadoras. Metió las pantuflas en el inodoro, había soltado babosas en la olla de la sopa, y a los niños especialmente tímidos les contaba, el día destinado a acostumbrarlos al ambiente del kínder, que las educadoras eran brujas malas que durante la siesta del mediodía buscaban a un niño dormido para asarlo en el horno.

De vez en cuando me preguntaba si el estilo de educación de mi padre y de Michelle no tenía algo que ver con esto; pero mi padre no decía nada al respecto. Y en cuanto al tema Michelle, lo esquivábamos por completo.

Le envié la respuesta a mi padre y de inmediato recibí otro *mail*:

*¿Todavía estás despierta, Little Wolf? ¡PRECISAMENTE estaba pensando en ti!*

*Tu correo me llega en el lago Nacimiento. Me he permitido un pequeño descanso y te envió un par de fotos.*

*El gato que verás en la primera foto me llegó, aunque en realidad más bien he sido yo quien lo ha hecho llegar. Cuando arribé la noche del lunes, ya estaba aquí y dormía en la mecedora, como si esta fuera su casa. A menudo se va por allí, pero siempre regresa. Me recuerda un poco a ti, con su piel negra y sus ojos chispeantes.*

*¿Te acuerdas cuando pasábamos aquí el verano? Aquí aprendiste a nadar*

*y siempre decías que de mayor nadarías todo el lago del Dragón, desde la cabeza hasta la punta de la cola. ¿Qué te parece? ¿Consideras que ya estás lo suficientemente grande?*

Wish you were here!

*Love, Dad*<sup>[22]</sup>.

El nombre del lago Dragón se lo había dado al lago Nacimiento cuando mi padre me mostró el mapa del mismo. Tenía realmente la forma de un dragón, con una larga y dentada cola.

«Nuestra casa —había dicho entonces mi papá, señalando al pecho del dragón—, está aquí».

Miré las fotos que acababa de enviarme. La primera era del porche de la casa de vacaciones de mi padre. El gato dormía en la mecedora, estaba todo acurrucado con la espalda hacia la cámara, de modo que parecía una pelota de piel negra. La segunda foto era del lago de noche. Era un ambiente irreal y casi místico. En el cielo azul oscuro, entre jirones de nubes blancas, aparecía la luna llena y su halo se reflejaba en la superficie del agua. El cañaveral junto a la orilla tenía un brillo plateado, y entre el verdor aparecía el embarcadero de madera. Era brillante, como embadurnado de rojo, y daba la impresión de una larga flecha.

Cuando retiré la foto vi que sobre la tersa superficie del agua yo había dejado mi huella; en efecto, se reconocían los sutiles surcos de mis huellas dactilares.

Me levanté, tomé el osito blanco de la cama y fui hacia la ventana. La música había cesado. La habitación estaba en calma.

—Lu —murmuré, y pasé la vista de sus oscuros ojos de botón a la calle vacía—. ¿Qué diablos está pasando conmigo, Lu?



**L**os siguientes días no pasó nada, salvo que Suse, cada minuto más nerviosa por su cita con Dimo, me convenció de que la acompañara de compras la mañana del sábado para que las horas transcurrieran más rápido. A cambio, ofreció venir conmigo a natación el viernes después de clases para medirme el tiempo.

Yo realmente traté de considerar una vez más lo que me pasó desde una perspectiva lógica, pero fracasé lastimosamente. No había, sin más, una explicación racional de la enigmática aparición del joven, al menos no una razón que me sirviera. Mi única salida era distraerme.

Al bañarme antes de nadar, a propósito abrí la llave a todo lo caliente que daba para sentir con más intensidad el agua fría. El *shock* del contacto con el otro elemento, cuando durante una fracción de segundo se detiene la respiración y de inmediato un hormiguelo recorre el cuerpo entero, no se puede comparar con nada. «Quizás ese Lovell, del que constantemente nos cuenta Tyger, lo intentó también con la natación,» pensé.

Mientras Suse, en bikini y camiseta, estaba sentada en la orilla y sumergía las piernas en el agua, me puse a nadar por mi carril. De todas las disciplinas de la natación, el crol es la que más me gusta. Si nado de pecho siempre tengo la impresión de que el agua se aparta de mí, mientras que el crol lo siento como un arar, y los alternantes golpes con las piernas me parecen más fáciles y dirigidos a una meta que los movimientos de rana de la natación de pecho.

Suse tenía el cronómetro en la mano y me comunicaba los tiempos. Hoy no estaba en mi mejor forma, lo que atribuí a que los viernes había más gente en la piscina. El ruido pegaba contra las paredes de los azulejos elevando el nivel del barullo y constantemente tenía que esquivar a un gordinflón que hacía el muerto en mitad de mi carril. Cuando me insultó porque le había rozado el hombro, le devolví el insulto



y, con todas mis fuerzas, lo empujé hacia abajo.

Intenté que se esfumaran los ruidos —los chillidos de los niños, las indicaciones de los maestros de natación, el griterío de los jóvenes en los trampolines—. ¡Fuera, todo fuera! Lo que más hubiera querido era quedarme abajo, pero por alguna razón los pulmones no me respondían bien.

Cuando emergí de nuevo, debería haberme sentido sin aliento; en cambio, me inundó una energía que venía de dentro, fluía a raudales por mis venas y calentaba todo mi cuerpo.

Concentré mi fuerza y dejé que fluyera a través de mis movimientos, que ahora eran tanto sosegados como veloces. Mi ritmo se había acompasado y cada brazada que daba comenzaba a igualarse a la anterior, hasta que yo no era más que un único movimiento en forma de una línea de corriente. Nadie se cruzaba ya en mi camino, aunque no habría podido impedirlo.

—¡Wow! —Suse me mostró el cronómetro—. ¿Qué te ocurrió? ¿Llenaste el tanque allá abajo? ¡Ha sido absolutamente tu mejor marca, Becky!

Sonreí, me impulsé fuera del agua y me sacudí las gotas del pelo. Era la primera vez que me sentía perfectamente en días.

Pasamos la noche en mi casa. Con un plato enorme de palomitas, Suse y yo nos pusimos cómodas en nuestro desván. Spatz había ido al teatro y Janne otra vez estaba trabajando horas extra en su consultorio.

Suse no paraba de hablar de Dimo, pasando del disfrute de la anticipación al angustioso pánico que le provocaba la diferencia del tamaño de sus pechos, mientras yo trataba de tranquilizarla hasta donde podía.

Una vez presentados todos mis argumentos, propuse que nos distrajéramos con *Grey's Anatomy*, la serie preferida de Suse, y funcionó. El resto de la tarde holgazaneamos delante del televisor. Mantuvimos abierta la portezuela de los pájaros y, de cuando en cuando, les echábamos migajas de las palomitas; en cierto momento John Boy se posó en mi hombro y me picoteó el lóbulo de la oreja.

—¡Vamos, hermano de cárcel! ¿Estás bien? —murmuré.

John Boy gorjeó quedamente. Siempre lo había querido un poco más que a Jim Boy. Tenía maneras muy delicadas y a menudo parecía que entendía lo que le decía.

Suse se durmió un rato en el sofá. Tenía la boca abierta y roncaba suavemente. La cubrí con una cobija de lana.

No solo me sentía realmente mejor con la natación, sino que no estaba cansada. Durante el día me dormía de pie; en las noches permanecía completamente despierta. Para ocuparme, comencé un gran ataque contra el refrigerador y me llevé mi botín (lasaña fresca de la noche anterior, media baguette con mantequilla de col agría, salami con pimiento y ocho *minidickmanns*<sup>[23]</sup>), para disfrutar *Pulp Fiction*. A las once y media Janne llegó a casa, demasiado cansada para entretenerse. A las doce y

media escuché a Spatz en la cocina y, a las dos y media apagué el televisor con agudísimos retortijones en el vientre. Cuando mi mejor amiga retiró la cobija poco después de las ocho, le pedí que se compadeciera de mí.

—Qué puedo decir cuando es tu culpa por llenarte la panza de noche —me dijo seria—. Ahora vamos a bailar zapateado, y además por la ciudad.

Luego del desayuno —bebí una taza de té de manzanilla—. Suse me arrastró por el Europa-Passage en el centro de la ciudad, donde en tres pisos se probó ocho docenas de vestidos de unas doce tiendas. Era invencible en *powershopping*<sup>[24]</sup>. Como para disculparla, yo les sonreía a las empleadas, a medida que veía cómo montaña de vestidos aumentaba de altura, para que luego dejara todo allí mismo. Hubiera preferido ayudar, siquiera para no dormirse de pie. Al cabo de cuatro horas se había decidido por la primera cosa: unos calzones de seda azul claro con bordes oscuros, de *Women's Secret*.

—No es en serio —le dije débilmente—. Parece que estás comprando para desvestirte y no para vestirte.

—Esto es solo para contenerme. En estas «tiendas de fábrica» no venden más que saldos. Me temo que tendremos que ir a *Urban Outfitters* o *Schanze*, si no es que a ambos lados. En una tienda *secondhand*<sup>[25]</sup> de *Schulterblatt*<sup>[26]</sup> seguro que encontraremos algo.

—No —le contesté.

—¡Claro que sí! —repuso con un tono que no admitía contradicción—. Y vamos rápido. Dimo me recoge a las siete en mi casa, y solo nos quedan cuatro horas. ¿Vienes y te quedas en mi casa hasta que llegue?

—Si para entonces todavía estoy viva —suspiré.

Suse me pagó un café con leche —mientras mi estómago se reponía poco a poco—, y un par de tartitas dulces en uno de los restaurantes portugueses de la *Schulterblatt*.

En la *secondhand*, milagrosamente, se decidió en cinco minutos por una súper minifalda de cuero aterciopelado de color marrón claro, un suéter elástico verde con mangas de trompeta y una corbata ancha estilo años setenta, color chocolate con diminutos puntos anaranjados.

—¡Wow! —exclamé—. La corbata te sienta bien y será lo primero que verán de ti, aunque solo por unos diez segundos.

—¡Perfecto! —concluyó satisfecha—. Entonces al menos distraeré a Dimo de mis pechos. Y ahora, andando, a casa.

Suse vivía con su madre en un edificio nuevo de Eppendorf. Tomamos el metro y cuando entramos en el vagón atestado me quedé mirando con envidia una carriola en la que había un bebé dormido con un chupón del programa *Club Tigrente*<sup>[27]</sup>. Me así bien de una de las barras: «Becky, duérmete también», me dije fastidiada, y apoyé la

cabeza en el hombro de Suse, cuando de repente volví a experimentar aquello. Algo en mí se cerró. Sentí calidez, experimenté esa pujante tranquilidad que iba aumentando en mi interior y al mismo tiempo hacía que el corazón me golpeará hasta las cosquillas.

—Él está aquí —me dije.

—¿Eh? —Suse se me quedó mirando sin entender, pero no la tomé en cuenta, sino que, como una bestia, giré la cabeza hacia todos los lados. ¡Si al menos no hubiera tanta gente en el vagón! A empujones logré pasar al lado de la carriola y entre dos personas, y pisé a una señora mayor sin molestarme en pedir «perdón». La sensación era más inmensa a cada centímetro que avanzaba. Detrás de mí escuché la voz de Suse:

—Hey, Becky... espera...

Pero no le hice caso.

—Perdón... tengo que, necesito buscar... Gracias... —Deténgase, señorita.

Un hombre grande como un ropero, bronceado, con un bigote caído como de morsa, me tomó por el brazo.

—No vaya tan rápido. Inspector.

Los pasajeros comenzaron a rebuscar en los bolsillos, pero a mí me sofocaba una ola de desesperación. El convoy frenó y paso. *Hoheluftbrücke*. Las puertas se abrieron, me zafé del apretón del hombre y luché por llegar a la puerta... pero era demasiado tarde.

Con una sacudida el tren se puso de nuevo en movimiento. Al recargar la cara contra el vidrio, vi al joven en el andén.

Él me miró y en su rostro se reflejó mi propia decepción.

—Becky, esto es más que inquietante —me dijo Suse cuando nos sentamos en su gigantesca mecedora de jardín, que ocupaba casi todo el cuarto. Crujía con cada movimiento, pero no quería desprenderse de ella. Antes, cuando estábamos en la primaria habíamos representado aquí *Heidi* y *Clara*, una película de dibujos animados. Yo era Heidi, enferma de nostalgia; Suse, la parapléjica Clara; y la enorme mecedora, la silla de ruedas. El que fuera una silla de ruedas más que grande nos importaba un bledo. La mamá de Suse interpretaba a la estricta señorita Rottenmeier, y su padre, al buen señor Sesemann.

Cuando regresaba de sus largos viajes (en realidad, de la oficina), le sonábamos cada dos o tres minutos la campanilla y le rogábamos que me llevara de nuevo a las montañas, con Copo de Nieve y Niebla, con Pedro y con mi abuelo. El padre de Suse casi siempre jugaba con nosotras. Una vez incluso cargó a Suse sobre su espalda y la llevó por la casa mientras que yo, junto a él, saltaba y cantaba a la tirolesa porque iba a volver a mis verdes prados, donde me aguardaba la felicidad.

Ahora, el padre de Suse, cuando regresaba del trabajo, se iba a una vivienda de

una sola habitación en Hammerbrook, mientras que la madre de Suse iba y venía con el Semental de números.

—¿Sabía lo que tienes grabado en el dije? —mi amiga escupió el mechón de cabellos que mordisqueaba todo el tiempo.

Tras lo ocurrido en el metro ya no pude callar el asunto; tenía que hablar de lo que me sucedía. Necesitaba a alguien que me dijera que no estaba volviéndome loca, y para eso contaba con mi mejor amiga. Suse me escuchó, pero sus cejas claras se juntaban más cada vez que descubría más acerca de mis extraños encuentros.

—¿De dónde podría conocer la inscripción?

Me encogí de hombros. Yo misma me había hecho esa pregunta cómo veces durante los últimos días.

—¿Y cómo es que se aparece de la nada y te espía? ¿Se roba la comida en nuestro comedor? ¿No encuentras esto totalmente demencial?

—Sé que es de locura —me quejaba.

Previnendo la reacción, evité decirle a Suse que yo había pagado la comida del joven.

—Pero lo que experimento cuando él se encuentra presente es aún más desquiciado.

—¿Y qué experimentas? —Suse me miró como si yo estuviera a punto de leer las cartas del tarot.

Hundí la cabeza entre las manos.

—Parece una completa chifladura —señale—, pero siento en mí una extraña tranquilidad. Como existir completamente. Hace rato, en el metro, fue así. No lo había visto, pero sentí que estaba allí. ¡Maldita sea!

Me detuve y miré a Suse, quien había inclinado la cabeza y se mordía el labio superior todo el tiempo.

—¿Qué aspecto tiene Becky?

—¿Qué quieres decir? —titubeé—. *Galáctico*. Ese fue mi primer pensamiento, aunque me molesta tenerlo. Él... él tiene cabellos negros y espesos —mascullé—. Es bastante flaco, pero bien proporcionado.

Noté que me había animado; que me entusiasmaba hablar de él; que me habría gustado describirlo hasta en el más pequeño detalle.

—Su rostro es pequeño, pómulos salidos y sombras profundas bajo los ojos. Pero no parece que esté cansado, sino algo así como agotado y al mismo tiempo débil, intranquilo como si huyera de algo. Él...

—Él estaba en la piscina, Becky. —Suse interrumpió mi perorata. Se pegó en la frente con la palma de la mano.

—Estaba en los trampolines. El quinto estaba cerrado, pero se las había arreglado para trepar hasta él. El caso es que estaba sentado sobre la tabla y mirando hacia

abajo; más bien, a ti. Fue exactamente en el momento que salía del agua. Iba a decírtelo, pero te lanzaste como una potencia como un delfín dopado. —Suse meneó la cabeza.

De pronto parecía muy perturbada.

—¡Mierda, Becky! Era precisamente el momento. El tipo te miró y tú saliste disparada.

Me quedé mirando la mesa de caracterizaciones de Suse, llena de cacerolas y tubos. En la pared, con tachuelas, había fijado fotos digitales de sus trabajos: heridas reventadas, ampollas de quemados y máscaras de horror. Yo misma me había prestado de modelo para algunas de esas creaciones.

—Becky, tienes que hablar con Janne —me pidió Suse encarecidamente—. Hay algo que no cuadra. Hay algo que está completamente mal. No sé si me entiendas. Lo que quizás está ocurriendo es que estás totalmente loca por él.

Sentí como me estremecía por completo. ¿Sería enamoramiento? No, enamorada desde luego que no estaba. ¿Sería amor? ¿Amor a primera vista? No creía en el amor a primera vista. Lo que el amor obraba era algo por completo distinto. Lo veía cada día con Spatz y Janne, y también, antes, entre papá y Janne. En un principio incluso yo lo viví, con Sebastian. Eran muchos detalles que conformaban un todo, y esto no podía experimentarlo por alguien completamente extraño. ¿O sí?

Suse me miró, preocupada.

—Este tipo te persigue, y no solo de día, sino que se queda ante tu ventana. De noche. Sabe dónde vives. Es un delincuente. Se roba siempre la comida; primero en aquella fiesta extraña; luego en el comedor escolar. ¿Has reflexionado acerca de por qué no ha querido darte su nombre?

Quizá lo buscan; quizá se ha escapado de la cárcel. Quizás hasta mató a alguien. Becky, si quieres mi opinión, es un caso para la policía...

Saltó de manera repentina. La mecedora crujió. El hámster de Suse, Ozzy, se asustó en su jaula y salió de su casita a toda velocidad.

—Suse, tienes que prometerme que esto lo guardarás para ti —le advertí a mi amiga—, que no lo comentarás con nadie ¿ok? ¡Prométemelo!

Suse suspiró hondo.

—Te lo prometo, pero tú tienes que prometer que vas a contarme todo. Que vas a ser precavida. Y que, de inmediato, si las cosas se ponen raras lo hablarás con Janne. Esto me lo tienes que jurar.

—Oye, no dramatices tanto —apreté el brazo de Suse—. Palabra de honor. No te preocupes.

Iba a quedarme un rato más, pero vi el reloj.

—Oye Suse, ¿me juras también algo?

—¿Qué? —contestó, frunciendo el ceño.

—Que no perderemos el tiempo ni un segundo más con mis problemas —le contesté, seria—. En cinco minutos llega tu acompañante.

—*Oh shit!* —ahora fue Suse la que saltó de la mecedora y buscó en la bolsa de sus compras. Por suerte, Dimo se demoró un par de minutos. Olía a loción y se había recogido los rizos, que le llegaban al hombro, en una cola de caballo.

—¡Qué rara! —comentó él acerca de la corbata de Suse. Salimos juntos de la casa.

—¿Te acompañamos un rato? —me preguntó cuando estuvimos en la acera.

—¡No!

—No. Déjalo. Me voy en el metro. Que se diviertan.

Apreté a Suse, que parecía que iba a despegar del suelo de los nervios, me puse en camino a casa y me preguntaba cómo era posible que Suse no me entendiera en absoluto. A su manera, mi mejor amiga siempre me había ayudado cuando estaba en apuros. ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no podía hacerle comprender lo que yo sentía?

Al llegar a casa vi que Janne ya estaba dispuesta a distraerse de un caso difícil. A través de la mesa de la cocina se extendían incontables condimentos; junto a una botella de vino tinto casi vacía había medio tarrito de crema y un vaso totalmente vacío. Al lado del fregadero se amontonaba un Everest de cáscaras de papa. En las hornillas burbujeban distintas cacerolas y en el horno se cocinaba un asado. El suelo estaba cubierto de harina y migajas de pan. Y mi madre no parecía percatarse de aquel caos.

Spatz estaba sentada a la mesa de la cocina y jugaba futbolito con una pasa. También tenía un vaso de vino al frente.

—Hola, Rebecca —«Imagino que tienes hambre», decía su mirada.

Pasé la vista de ella a mi madre que, arremangada, estaba en la mesa de la cocina amasando una montaña de papas mondadas, huevos y harina. Tenía las mejillas embadurnadas de harina y en los cabellos habían quedado atrapados pedacitos de papas.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —me preguntó, nerviosa.

—En casa de Suse —dije, frunciendo el ceño—. ¿No te ha ocurrido nada?

Janne asintió y otra vez se volvió hacia las papas.

—¿No se te antoja una mordidita? —preguntó Spatz.

Miré dentro del horno. El asado emanaba un agradable aroma.

—Mmmm —aprobé.

—Estofado del Rhin con albóndigas. —Spatz se lamió los labios y yo noté que mi estómago comenzaba a rugir. Si tuviéramos la dirección de su paciente podríamos escribirle una carta de agradecimiento, o pedirle que se volviera un poco más loco. Al fin y al cabo nos aprovechamos de sus problemas. Debería compadecerse de estas gordas codornices.

—¡Cambio de temas, señoritas! —Janne se limpió el sudor de la frente con el brazo. Ella lo había dicho como si nada, pero me di cuenta de que lo decía en serio. Mientras hacía las albóndigas, satisfice su curiosidad contándole de nuestra odisea por las tiendas y del acompañante de Suse. Solo callé el encuentro en el metro y nuestra conversación al respecto.

—A propósito de citas —intervino Spatz—. Habló Sebastian. Quería saber si tienes tiempo esta noche. Le dije que tú le llamarías.

Sentí que el ánimo me abandonaba. No estaba segura de poder aguantar una charla con Sebastian, pero no tenía elección. Janne hacía una rabieta porque por un segundo no vigiló y sus albóndigas cayeron en agua hirviendo cuando sonó mi celular. Me retiré a mi alcoba.

—*Hey stranger*<sup>[28]</sup>, ¿dónde te metes? Te llamé al teléfono fijo.

—En casa —me dejé caer en la cama—. Acabo de llegar de la casa de Suse.

—¿Tienes ganas de un tour de zambullidas en el océano sin fin?

—¿Cómo? —le pregunté.

Sebastian se rio.

—Aaron acaba de hablar esta tarde. En su casa no amenaza tormenta y tiene esa loca pared de linóleo y quiere probar su nuevo *Wii-Play, Endless Oceans*.

—No, no estoy de humor —repuse deprisa y un poco en voz más alta—. Todo el día he andado en un *endless shopping*<sup>[29]</sup> y por hoy tengo bastante. Estoy totalmente extenuada. Janne cocinó y, además, quisiera hacer todavía algo de la escuela.

—¿En noche de sábado?

¡Mierda! Odio mentir. Odio herir a alguien, sobre todo a Sebastian, pero no quería verlo hoy.

—Oye, quizá mañana, ¿ok? La comida ya está lista. Tengo que terminar.

—¿Conmigo? —la voz de Sebastian sonó sarcástica—. Creí que eso había pasado hace mucho.

—Sebastian —suspiré—, en la mañana te llamo. Si tienes ganas podemos...

—Ah, ¿sabes? —interrumpió—. Creo que mañana no tendré ganas. Tienes razón. Mejor terminamos.

Colgó, y un segundo después recibí un mensaje en el celular.

*Besa como un dios. Oh, Becky, ¿qué voy a hacer?*

Cerré el celular y cerré los ojos. «Eso mismo es lo que me pregunto», pensé.



En las siguientes semanas, las temperaturas subieron una vez más hasta unos atípicos 18°C y el sol brilló casi cada día. La fiesta de cumpleaños de Suse junto al Elba transcurrió bajo una buena estrella: despuntó aún más porque Dimo había estado allí, y no solo para la fiesta, sino que también ayudó con los preparativos. Desde aquella noche del cine se habían visto varias veces. Dimo llamaba a Suse cada noche, y durante el receso del mediodía la acompañaba en el comedor, donde no cesaba de hablar del futuro de la banda, nos contaba de los clubes y bares donde podrían presentarse, de que iba a alquilar espacio para los ensayos y hasta se había propuesto contratar un agente para que finalmente, el *Dr. No* y *las Hermanas Enfermas* pudieran conquistar los escenarios, más allá del cursi auditorio de la escuela.

Me alteraba los nervios, pero Suse flotaba en la séptima nube. Mientras en la clase de bio mirábamos el video de Christiane F. titulado *Wir Kinder vom Bahnhof Zoo*<sup>[30]</sup> (nosotros los niños de la estación Zoo), donde ella vomita las paredes de la institución de desintoxicación de drogas, mi amiga sumida en sus pensamientos, tarareaba *Oh such a perfect day!* Y rasgaba corazones en la superficie de la mesa con la punta del compás.

Solo de vez en cuando interrumpía para preguntar, llena de pánico, qué haría cuando Dino quisiera pasar más allá de los besuqueos. Hasta ahora habían tenido éxito manteniéndolo alejado de las zonas peligrosas, pero —se quejaba Suse— a la larga las cosas no podrían seguir así.

—¡Vaya! ¿Qué quiere decir «a la larga»? —le pregunté—. No llevan de un par de días juntos; todavía hay que dominar al tipo.

Suse me miró con envidia.

—Estamos hablando del Dr. No, Becky. No de Sebastian. Tienes mucha suerte



con él. Espero que sepas apreciarlo.

Suspiré. Sí, ojalá supiera.

Y aun así, me comportaba como si fuera lo contrario. El domingo habíamos arreglado nuestros asuntos una vez más. Le llamé tres veces hasta que logré convencerlo de que diéramos una vuelta en su Vespa. Llegamos hasta el puente del Elba, y desde allí, atravesando el puerto Franco, llegamos hasta las puertas de la terminal de contenedores, en donde cargaban y descargaban los grandes gigantes del océano. Sebastian había estado aquí de niño, cuando su abuelo lo llevaba al trabajo.

Hoy había un buen puñado de hombres trabajando en la plataforma para contenedores; a los demás los habían rebasado las técnicas modernas. Pero siempre era un gran espectáculo ver cómo, en cuestión de minutos, una de esas plataformas transfería del barco al puerto un contenedor de veintiocho toneladas.

El cielo tenía un color azul acero y las gigantescas grúas que destacaban sobre los abigarrados contenedores se me antojaban como seres de otro universo. Al caer la tarde invité a Sebastian a un cóctel en el bar de la torre, y ya en la noche jugamos *Endless Ocean*, que era bastante divertido: entrábamos en un mundo acuático virtual y nos deslizábamos acompañados de música de las esferas entre coloridos peces, hasta las profundidades del mundo subacuático. En la pantalla de cine, al ser mucho más real, tenía que ser más impresionante, pero esa oportunidad la había desaprovechado yo misma.

Suse tenía razón: yo había tenido mucha suerte con él. «Hazlo por él Becks», pensaba yo. «Deja de andar mirando por la calle a ver qué encuentras, siempre como un soldado en posición de firmes, pero alerta. La cuestión del extraño no tan solo es demasiado angustiante, si no que no vale la pena que por ese detalle haya puesto en juego la amistad con Sebastian».

En lo que respecta al contacto corporal, Sebastian siempre se contenía; por lo demás, las cosas entre nosotros iban como siempre o incluso mejor.

Con Suse podría decir un montón de tonterías, pero con Sebastian era una maravilla cómo sabía callarme.

El martes, cuando Spatz entró en mi recámara para saludarnos, yo estaba sentada en mi escritorio, dibujando, mientras Sebastian se había acomodado en el puff con una novela. Era un maníaco de los libros y las historias de horror inglesas, como las de la clase de Tyger, eran sus favoritas. Muchas veces, Sebastian se quedaba junto al escritorio de Tyger, después de la clase, discutiendo con él o haciéndole preguntas.

Para este fin de semana había preparado un ensayo sobre Ambrose Lovell, el autor preferido de Tyger. Lo expuso el viernes en la última clase. Era el ochenta aniversario del fallecimiento del autor inglés.

Tyger le dejó la mesa y se sentó en la silla desocupada de mi vecino. Sus manos jugaban con el reloj de oro de bolsillo y en el ojal de la solapa lucía una rosa blanca.

—Lovell nació el 3 de marzo de 1881, en el condado inglés de Suffolk —narraba Sebastian—. Su padre fue pastor protestante, pero Lovell creció en una atmósfera de violencia familiar. En la iglesia, su padre predicaba los Mandamientos de Dios, pero dentro de sus cuatro paredes la emprendía contra su esposa y los niños. Cuando su hermano menor, por pavor al violento padre, se suicidó, Lovell se fugó de casa. Solo tenía trece años y se dedicó a lustrar zapatos por las calles de Londres hasta que, al cumplir diecisiete, redactó sus primeros relatos cortos, mismos que fueron publicados por una de las editoriales más reconocidas de aquellos tiempos. En los años siguientes, Lovell escribió como en trance, trabajaba día y noche, a menudo sin comer. Las editoriales lo apreciaban mucho y sus libros empezaron a publicarse en ediciones cada vez más cuantiosas.

»En 1921, Lovell conoció a la joven bailarina Emily Stanford, que se convirtió en su mujer a los pocos meses. El escritor inglés le dedicó su única historia de amor.

Jenni y Paula intercambiaron risas, a las que Sebastian ignoró.

—Al cabo de un par de años, Emily trajo al mundo al hijo de ambos a quien Lovell llamó David, por su hermano muerto; los años que vivió con Emily y como padre los consideró los más dichosos de su vida. Pero también su hijo murió siendo pequeño, tenía solo cuatro años cuando falleció a consecuencia de una neumonía, y en julio de ese mismo año su esposa pereció en un accidente: fue atropellada por un automóvil y se desangró en los brazos del escritor.

«¡Iiii!», exclamó Sheila. Sebastian le lanzó una mirada irritada. En ese mismo momento, Tyger dio un golpe sonoro con la palma de su mano sobre la mesa, como un azote, que hizo que Sheila se callara de inmediato. La calma reinó en la clase, y hasta ahora Aaron se abstuvo de salir con alguna gracia tonta.

—La muerte —prosiguió Sebastian—, no solo afectó la vida de Lovell, sino que posteriormente constituyó el tema principal de sus obras: y lo planteó de manera más explícita en su novela inconclusa. El último visitante, que versa sobre un solitario escritor que una noche es visitado por su propia muerte. En una esquila se dice que, sin lugar a dudas, es al propio Lovell a quien visita. Cuando escribía esta novela, ya se sentía abrumado y era alcohólico. Los aniquiladores artículos del crítico literario más influyente de Inglaterra en ese momento hundieron más a Lovell; el nombre del crítico era William Alec Reed, de origen norteamericano, pero vivía en Londres y escribía en el Times.

Sebastian citó una de esas críticas: «Lo único que le enseña a uno lo que es el miedo en las historias de terror es la indescriptible elección de palabras y la tormentosa pesadez del autor. Al llegar al final de un relato, uno ya teme la banalidad del siguiente».

Me estremecí, pero tuve suerte de que mi profesor estuviera dándome la espalda. Solo podía ver su perfil. Tyger tenía la mirada clavada en Sebastian, estaba claro que

había investigado considerablemente. Yo había guardado el libro de mi bisabuelo en el cajón de mi mesita de noche; Sebastian tuvo que haber extraído su cita de otras fuentes.

—Tras la muerte de Lovell —prosiguió—, se investigó con mayor precisión la influencia que el artículo de Reed ejerció en las publicaciones del escritor, y se ha llegado a la conclusión de que ese influjo fue significativo. Reed se distinguió por tener favoritos entre los autores, a los que brindaba atención constante. Ambrose Lovell había permanecido algún día a esos favoritos, y debió su éxito, en no menor grado, a las reseñas halagadoras del crítico. Pero, en determinado momento, ese entusiasmo por el autor viró. Las reprimendas contra los libros, piezas teatrales y relatos cortos de Lovell, poco a poco, fuera distanciándose de su otrora autor preferido. Sus libros anteriores ya no fueron reeditados y las nuevas obras no se imprimieron siquiera: el escritor inglés cayó en el olvido. El 17 de octubre de 1928 se ahorcó del tubo de la cortina que estaba detrás de su escritorio. Era su cumpleaños número cuarenta y siete, y la última frase de una medio concluida novela decía: «Tiene que existir un lugar donde el hombre quede liberado de todo aquello que carcome el alma. Y es hora de buscar ese lugar».

—Con esa palabra de despedida —cerraba Sebastian su exposición—, Lovell mostró que veía una liberación en la muerte, una mejor realidad de la que él vivía. Nunca sabremos si encontró ese lugar. Espero que así haya sido.

‡ ‡ ‡

—Querida, ha sido bastante emocionante —me dijo Suse camino a casa—. ¿Viste las manos de Tyger?

Sí las había visto. Temblaban, y la exposición también me llegó al alma, sobre todo después de que Sebastian mencionó el papel del crítico.

Cuando Lovell se ahorcó del tubo de la cortina tenía más o menos la misma edad que mi padre tenía ahora.

Estaba muy contenta de haberle hecho caso a Janne a cerca de no mostrarle el libro a Tyger. Y a Sebastian mejor no le había contado nada al respecto. Me propuse, por otro lado, echarle un vistazo al libro en cuanto tuviera oportunidad.

Por la tarde, Dino nos llevó a su desvencijado Opel hasta el metro, para que pudiéramos hacer las compras para la fiesta de cumpleaños de Suse al día siguiente. Ella se veía totalmente trastornada, y río a carcajada limpia cuando Dino metió un paquete de condones en el carrito de compras de una señora mayor. Yo no logré reírme en realidad, cosa que Suse captó de inmediato. De vez en cuando me enviaba una mirada suspicaz, pero no mencionó nada, y yo tampoco dije nada al respecto.

Me apegué a mi propósito del domingo y dejé de mirar por todas partes al ir por la calle. También me había abstenido de observar por mi ventana, lo mismo que el

comedor, de frente a la escuela y en cualquier otra parte en busca del joven; pero no lograba desterrarlo de mi cabeza. Su rostro aparecía una y otra vez ante mi ojo interior; una y otra vez sentía su mirada sobre mí y la punta de sus dedos en mi dije. Y cada vez que esto ocurría, me preguntaba dónde diablos se había metido la vieja Rebecca, la cual habría, sin más, desechado toda esa insensatez.

De acuerdo con el servicio meteorológico, el domingo sería el día más caluroso de octubre y, en efecto, el barómetro estaba en los 20°C al mediodía. Cuando Suse y yo cortábamos los tomates para la ensalada. Así que cuando regrese a casa a cambiarme para la fiesta, Spatz se preparaba para ir al teatro.

—Si al menos hubieras hablado, Desdémona —decía con dulzura—, no tendría que ir hoy al trabajo.

—¿Cómo?

Spatz sonrió.

—La protagonista olvidó el texto como trece veces. En el café del teatro, luego de la función, uno de los espectadores dijo que también deberían de haber llamado al escenario a la apuntadora. Dime, ¿sabes dónde se metió Janne?

Negué con la cabeza.

En la mesa de la cocina encontramos una notita y un pequeño paquete.

*«Tengo una consulta. Regresaré como a las ocho. Lobita, que te diviertas en el cumpleaños. El paquetito es para Suse. Abrázala fuerte de mi parte y no regreses demasiado tarde a la casa, ¿de acuerdo?*

*Besitos para ti y para Spatz.*

*MamáJanne».*

Miré de un lado a otro. ¿Qué no regresara demasiado tarde a casa? ¿Qué significaba eso? Janne sabía que podía confiar en mí. Nunca necesitó imponerme ningún reglamento, ni siquiera cuando era más pequeña.

Luego de que Spatz se despidiera, me puse unos pantalones cargo y un suéter rojo de cuello alto, apretujé una chaqueta, unos calcetines gruesos y una cobija de lana en mi bolso de colgar y salí; Sebastian ya me esperaba. Cuando lo vi en una postura relajada, de pie, recargado en el farol, las manos en los bolsillos de sus desgastados *jeans*, una torcida sonrisa en sus labios, se me tensaron las extremidades. Sebastian no se parecía al joven lo más mínimo, al contrario pero, a pesar de ello, me quedé tiesa por un momento.

Sebastian frunció el ceño por un momento.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. Fantástico —al intentar sonreír, sentí como si mis labios

estuvieran apretados por una fuerte banda elástica.

—Mmm. —Sebastian me tocó la mejilla. Sus dedos estaban calientes. Vibraron sobre mi piel y los retiró—. Te ves estupenda. El rojo te sienta bien.

—Gracias —dije medio carraspeando—. Vámonos. A Suse le dará un ataque tras otro si no llegamos.

Montados en la Vespa de Sebastian, nos fuimos por Blankenese hasta Falkensteiner Ufer, donde habíamos reservado el mejor lugar al mediodía. Hacer la fiesta ahí había sido idea mía. Me encantaba. En los últimos años había surgido toda una serie de clubes playeros juntos al Elba, con bares de cócteles, música y merenderos tranquilos. Pero en la playa natural como Falkensteiner Ufer estos clubes no debían llegar hasta el agua, o al menos esa era mi opinión. La playa Falkensteiner, que se extendía más de cien metros hasta la orilla, aún era el terreno muy salvaje, sin tiendas ni atracciones para turistas. La arena era blanca y blanda y en verano, cuando brillaba el sol, uno tenía la sensación de estar en Oceanía. En la otra orilla estaba Neßsand, una isla plana de arena que había sido convertida en una gigantesca reserva natural desde los años cincuenta. Y en el Elbhang, la zona a nuestras espaldas estaba delineada por enormes árboles que en otoño tapizaban todo de rojo, anaranjado y dorado oscuro con sus hojas esparcidas.

Cuando, detrás de Sebastian, bajé por un estrecho camino hacia la orilla, pensé de pronto en las numerosas tardes que había pasado aquí con mi padre, cuando él aún vivía en Hamburgo. Nos sentábamos en la arena, lanzábamos piedras al mar y contábamos los descomunales trasatlánticos que pasaban ante nosotros y parecían estar al alcance de la mano. Muchas veces, Janne nos convencía de que camináramos bajo las pronunciadas pendientes en la orilla. Cuando hacía mucho calor los lagartos se asoleaban sobre las piedras negras, diminutos seres de un verde iridiscente, a los que yo les había atribuido poderes mágicos. Quería cazarlos para llevármelos a casa, pero en cuanto extendía los dedos hacia ellos, desaparecían entre las grietas de las piedras.

Hoy el sol ya se había puesto, pero aún había luz, como en verano. Por todas partes se veía gente sentada, parejas y pequeños grupos sobre manteles de picnic. Escuchaban música o asaban alimentos, un par de hombres jugaban fútbol, dos perros se perseguían junto a la orilla, y a nuestra izquierda de un grupo de brasileños construía un puesto para vender su bebida, la *caipirinha*.

El área que Suse eligió para la fiesta era, por mucho, la más grande. Al mediodía, con la ayuda de su padre, preparamos dos grandes mesas cubiertas para las bebidas, ensaladas y carne para asar. El padre de Sebastian había traído unos entremeses de su empresa de banquetes, y Dimo, un enorme conjunto de instrumentos, tarima y altavoces para la música en vivo. Por todas partes colgaban abigarrados faroles chinos de papel, y un par de jóvenes apilaban la madera para la fogata.

Suse ya había llegado para prender esos faroles, que había puesto en semicírculo para marcar nuestro territorio. Llevaba botas vaqueras y un ondeante vestido color naranja, bordado con coloridas lentejuelas de vidrio. Sus largos bucles se desparramaban por sus hombros y sus mejillas refulgían cuando se abalanzó sobre mi cuello.

—Para ti con todo mi amor —le dije, y puse los regalos en la mano de mi mejor amiga.

Suse desgarró el papel que envolvía el libro sobre cómo hacer máscaras y me sonrió.

—Ajá, enseguida pensé que era para mí cuando te vi en el bazar. ¡Es genial, Becky! ¿No te he contado que en Halloween habrá un baile de máscaras en *Uebel und Gefährlich*<sup>[31]</sup>? ¡Tenemos que ir! ¡Y te llevarás la noche con la máscara de Halloween más fantástica!

*Uebel und Gefährlich* es un club en el Búnker de la Feldstrasse, y lo que allí entendían por baile de máscaras no podía sino entusiasmarme.

En el paquetito de Janne iba una camiseta azul claro con ribetes oscuros y decorados con un ángel de lentejuelas doradas, que no era del todo inapropiado para Suse, pues tenía unos nacientes cuernos de diablo y una sonrisa pícaro<sup>[32]</sup>.

Suse habló, radiante.

—Tu mamá es maravillosa, ¡y tú lo eres aún más! ¡Ay, Becky, hoy es el día más maravilloso de mi vida! Grábatelo bien, ¿ok? Y luego recuérdame la próxima vez que te diga que la vida es miserable y ruin ¿Quieres ver que me regaló Dimo? Ven...

Suse me llevó a la mesa tras la cual su padre preparaba la carne para la parrilla. La madre de Suse no apareció por ninguna parte y sentí compasión por su padre. Era un hombretón tímido, de cabello ralo y ojos cálidos y nobles. Suse le dio la espalda cuando comenzó a revolver febrilmente el contenido de su bolso, hasta que logró sacar algo envuelto en un papel delgado de color rojo.

—Que te parece, ¿eh?

Cuando Suse me mostró unos *hot pants*, con una cruz blanca en el trasero, primero no dije nada. Los labios de Suse, que hasta ahora había tenido una sonrisa de oreja a oreja, comenzaron a temblar peligrosamente. Dimo no estaba lejos de nosotras; en su sitio, se pasó los dedos por sus oscuros cabellos y devoraba a Suse con la mirada. Cuando sus pupilas se toparon con las mías, me guiñó el ojo, pero yo volteé a otra parte.

—¿No te cae bien, verdad? —los hombros de Suse se hundieron.

*Shit!* Lo último que quería era echar a perder su fiesta de cumpleaños.

—Tú eres mi mejor amiga —le dije, y traté de hablarle con la mayor confianza que me fue posible—. Y Dimo es estupendo. Los *hot pants* son *sexies* y te vas a ver súper.

Con una sonrisa de lado, Suse volvió a meter el regalo en el papel.

—Ok —movió la cabeza y sus rizos volaron de nuevo—. Ven, pasémosla bien.

Sí, eso era lo que yo quería. Estaba decidida por completo a pasarla estupendo, y la noche se prestaba como hacha justo para eso.

Suse había invitado a media clase, a la banda de Dimo y un par de amigos de afuera, así que conformábamos un grupo bastante nutrido.

Prendieron la fogata. Las astillas de madera comenzaron a encenderse una tras otras, crujiendo y crepitando. Chispas doradas salían disparadas por el oscuro ambiente, y por el Elba los barcos seguían su rumbo. Poco después, las olas comenzaron a golpear la arenosa orilla.

Asamos carnes, salchichas y papas en rodajas y, en cierto momento la banda de Dimo, alias Dr. No, se juntó en torno a él. El baterista y guitarrista harían el examen de selectividad el próximo verano; las dos *Hermanas Enfermas* estaban en el 11 b, que era una clase paralela a la nuestra. Suse le habían dado clases de repaso de matemáticas a una de ellas, Dórte, una rubia flaca con incontables piercings, y fue por ello que mi amiga entró en contacto con la banda. Su música era una salvaje mezcla de los grupos *Ärzte* (Médicos) y *Revolverheld* (Héroes del revólver).

Al grupo le gustaba la música a todo volumen, galácticamente alta, como diría Suse, y sus acordes ahora resonaban en medio de la noche. Con su contrabajo en las rodillas, Dimo rasgó las cuerdas y, al cantar, se echó a la nuca su oscuro cabello: *Exploto, vuelo hecho pedazos cuando contigo recorro el mundo...*

Cuando las *Hermanas Enfermas* entraron (*Yo exploto, yo exploto, yo exploto...*). Suse, moviendo los brazos al aire, parecía realmente un cohete antes de despegar. Sebastian me tomó del brazo, me susurró algo al oído, que no entendí; el padre de Suse, con las manos entrelazadas y apoyado en un árbol a medio caer, tenía en el rostro una expresión perdida, y durante un corto y demencial momento tuve una sensación de *déjà-vu*.

Luego de ocho piezas y un aplauso ensordecedor, el *Dr. No* y las *Hermanas Enfermas* concluyeron su show a cielo abierto, y poco después bailamos acompañados al ritmo de la música de la instalación. Dimo puso hip-hop, techno y rock, una mezclanza bastante buena. Hasta un par de viejas canciones de heavy metal de los setenta salieron a relucir. Al igual que Suse, yo también me había quitado los zapatos. Nos volvimos paranoicas con Black Sabbath, nos arrodillamos una frente a la otra y cuando Dimo, como pequeño remate para la fiesta, lanzó por los altavoces la canción de la serie animada Heidi, ni Suse ni yo pudimos aguantarnos.

—¡Heidi! —gritó Suse entre bulliciosas risas—. ¡Heidi tu mundo son los montones! ¡Sombreados pinos, verdes prados bañados de sol! ¡Heidi, Heidi, mereces la felicidad!

Mi amiga me tomó de las manos y me hizo dar vueltas hasta que el fuego, los

faroles y las luces de los barcos que pasaban se unieron en un acelerado satélite que daba vueltas en torno a mi cabeza. Lanzamos gritos y, cuando tomadas del brazo caímos en la arena, Suse me besó en la boca y me dijo que iba a morir de dicha.

Con el rabillo del ojo percibí que Sebastian nos fotografiaba. Junto a él estaba Dimo, riendo, y esta vez parecía estar contento sencillamente porque Suse estaba pasándola bien. Casi me resultó simpático en ese momento.

Era bastante tarde cuando, en pequeños grupos, nos juntábamos en torno a la fogata, sentándonos en colchonetas y arropados con cobijas. Sebastian se sentó detrás de mí y me estrechaba con ambos brazos. Suse tenía la cabeza sobre el regazo de Dimo. Aaron había traído *Black Stories*, un juego de cartas con historias tétricas y enredosas que se resolvían contestando sí o no. Por ejemplo, un hombre que conducía por la calle sin cabeza. Yo fallé, diciendo que iba en moto; Sebastian, después de mí, opinó que se trataba de un accidente, y Dimo, por fin, resolvió el enigma: un camión que iba delante de la moto cargaba planchas metálicas y cuando el motorista pretendió arrebozarlo se soltó unas de las planchas y le separó limpiamente la cabeza del tronco.

—¡Qué asco! —dijo Suse—. ¡Qué horrible muerte!

—Yo tengo una más. —Dimo levantó otra de las cartas—. «Romeo y Julieta yacen muertos sobre el suelo. Junto a ellos hay pedazos de cristal y un charco. La ventana está abierta. ¿Qué ha ocurrido?».

Fue como una premonición. Las figuras se desplegaron ante mis ojos como una película. El aposento, de paredes recubiertas de madera, la araña de luces oscilando sobre mí... de repente estaba ahí. La alfombra afelpada, el cobertor de florecillas. La figura sobre mí, a la que sentía sin verla, y yo en el suelo, gimiendo, rogando.

¡Mierda! Cerré los puños. ¡No quería estos pensamientos! Era la noche perfecta. Me sentía excelente. ¿Por qué tenía que pensar en esta basura?

Sebastian pasaba sus manos por mi cabello, y a mi alrededor todos hacían sus sugerencias, hasta que se resolvió el acertijo.

Romeo y Julieta eran dos peces en una pecera que estaba sobre el alféizar de la ventana. Un gato se había deslizado por la ventana abierta y había hecho caer la pecera.

Yo me zafé del brazo de Sebastian y dije en voz baja que quería ir al baño. Desde luego que aquí no había retretes públicos, así que me metí entre la maleza y corrí lejos de ahí, en vez de regresar con los demás a lo largo de la orilla, río arriba. Tras los árboles se divisaba la punta del faro Wittenberg. Hacía mucho más frío y también soplabla el viento, pero se sentía bien respirar aire fresco. Lo sentía en los pulmones, lo aspiré, mientras a cada paso, rechazaba los angustiantes pensamientos.

¡Cuántas veces le había dicho a Janne que yo jamás trabajaría en su área! Si yo fuera terapeuta, lo más probable que en la tercera sesión de lamentos habría



reprendido a mis pacientes y les habría dicho que hicieran el favor de controlarse. Y eso era exactamente lo que estaba diciéndome a mi misma en este momento.

En los primeros metros marchaba con pisadas firmes. Mis pies dejaban huellas sobre la húmeda huella. Era la bajamar. En el cielo, la media luna estaba más pálida y el agua se había retirado tanto que los rompeolas de piedras negras descollaban sobre el río como lenguas oscuras y gigantescas. Allí donde el agua se había recogido, había dejado transformada la arena, que relucían como mercurio líquido. De nuevo pensé en papá, que me había explicado los fenómenos de las mareas durante nuestros paseos.

—Antiguamente, los hombres no tenían noción de por qué ocurrían la pleamar y bajamar —me había explicado—. Hoy sabemos que son ocasionadas por la atracción de la tierra y la luna. La fuerza de gravedad de la tierra atrae a la luna y la fuerza de gravedad de la luna atrae a la tierra. Entre esas fuerzas se forman las mareas.

—¿Qué es la fuerza de gravedad? —le pregunté. Yo habría tenido quizás ocho años y no tenía idea de a qué se refería.

—La fuerza de gravedad —aclaró—, es como si la tierra y la luna estuvieran unidas por una banda invisible.

—¿Entonces no pueden estar la una sin la otra —interrogué a mi vez—, aunque estén tan lejos?

Mi padre asintió y yo percibí esto como algo triste.

Me quedé sumida en mis pensamientos y poco a poco me sentí mejor de nuevo. Por lo visto, la caminata había sido lo mejor; estaba más tranquila y mi congoja por la pesadilla me parecía ahora sumamente ridícula.

—Querida, ¿cuánto tiempo hace de eso... diez días, dos semanas? En todo caso, lo bastante para olvidarlo definitivamente.

Me volteé. El pequeño faro estaba unos cuantos metros de mí. Desde hacía un par de años era Monumento Nacional y se encontraba, según mi padre, entre los faros de acero más antiguos de su estilo. Para mí tenía algo de amigable, alegre. La parte superior poseía franjas rojas y blancas, mientras que la interior estaba pintada como el mar de Oceanía: azul acuoso, con peces multicolores. Aunque yo sabía que ahora estaba garabateada con horribles grafitis de todo tipo, pero en la oscuridad no se podían distinguir. Solo los faros luminosos de la torre parpadeaban como ojos vigilando la penumbra.

La playa que me rodeaba parecía muerta. Los imponentes árboles se delineaban negros contra el cielo, y en lontananza veía los diminutos puntos de las luces del puerto.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, y si no quería que los demás se preocuparan, debía regresar lentamente.

En vez de eso, caminé un poco más lejos. Una vereda angosta guiaba el camino

alrededor del faro. A la derecha, el sendero se bifurcaba: desde aquí se podía ir hasta Wedel. Pero yo me sentí atraída hasta la pequeña bahía después de las piedras. Aquí crecían unos cuantos arbustos, escuálidos y batidos por el viento. Sus ramas serpenteaban al aire. Un poco más lejos, justo en la orilla, ardía un fuego, frente al cual alguien estaba sentado.

Cuando reconocí quién era, ya no me sentí sorprendida; por el contrario, era una secuencia lógica.

Se giró y continuó sentado inmóvil hasta que me planteé delante de él, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza algo inclinada, me miró. El cabello negro le caía sobre la frente y las ramas proyectaban sombras sobre su pálido rostro. Al lado de él, en un saco de dormir extendido, había una mochila. La tomó, la hizo a un lado y me señaló el espacio que había quedado libre.

—Siéntate —me dijo.

Y prosiguió:

—Ahora tengo un nombre. ¿Todavía quieres saberlo, o no?



**N**os sentamos tan juntos como si la playa estuviera llena de gente, pero no había nadie, salvo nosotros dos. Nuestras rodillas se tocaban.

Pensaba que mi latido estaba por todas partes, en las puntas de los dedos de los pies y manos, en las corvas, en el pecho.

—Me llamo Lucian —dijo lentamente y en voz muy baja, como si en la frase se contuviera una pregunta.

Me miró de lado, de nuevo con esa mirada intensa e inquisidora que tanto me había perturbado en nuestro encuentro en el bazar. Mi caja torácica subía y bajaba, y la presión de su rodilla aumentaba ligeramente.

—¿Y quién eres tú?

—Rebecca —quise decirle más y, sobre todo, preguntarle, pero mi cabeza estaba vacía. Un esbozo de palabras relumbró en algún lado, pero no logré ordenarlas de manera que tuvieran sentido y formaran una frase entera. En algún sitio chilló un pájaro con un sonido ronco, de graznido, y ambos nos estremecimos; esa sensación recorrió nuestras rodillas, y se movieron separándose y luego juntándose.

Tocar a Lucian, apoyarme en él, aunque fuera con la mínima parte de mi cuerpo, era lo único que tenía sentido para mí.

—Es tan... estrambótico —me oí decir, al final—, que debería huir de ti...

—Y, sin embargo, viniste hacia mí —la comisura de los labios formó esa sonrisa torcida.

—¡Estupideces! —estaba furiosa de que hubiera cambiado el maravilloso curso de las cosas con su maldita frase, pero al mismo tiempo estaba aliviada de nuevo.

—¡No! —me eché hacia atrás con un impulso—. ¡Desconocía en absoluto que estuvieras aquí!

—¿Y entonces qué haces aquí? —el tono de su voz sonaba divertido, pero

entonces resonó otra cosa.

—Mi mejor amiga está festejando su cumpleaños —murmuré—. La fiesta está allá.

Señalé hacia la izquierda, en la oscuridad.

—¿Y tú? ¿No estás festejándolo también? —su mirada paseó por mi rostro.

¿Le parecía divertido? ¿Sentía curiosidad? ¿Era arrogancia? No lo entendía. Miré su tez pálida, sus grandes ojos con las oscuras sombras debajo, los pronunciados pómulos, los labios, que se habían movido ahora para crear una sonrisa interrogativa.

—¡Detente! —exclamé, sacudiendo la cabeza—. Estoy llena de preguntas. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu gente?

—Todo lo que poseo está aquí —repuso.

Tenía una piedra en la mano y la giraba de aquí para allá con sus pequeños dedos.

—¡Deja ya tanta mierda! —yo misma me asusté de la ira que expresaba mi voz—. ¡Ya basta! ¡Este juego no me interesa! Quiero saber quién eres, ¿ok? No puede ser tan difícil. ¿Quieres que diga antes quién soy yo?

Respiré profundo.

—Pues, mira, tengo dieciséis años y estoy en el Instituto de Enseñanza Media de Altona, curso el undécimo año. Vivo, como sabes, en la terraza de Rainville número 9. Al mediodía, como bien sabes, suelo comer con mis amigos en Doris' Diner, de donde recientemente saliste sin pagar la cuenta. Voy a nadar un par de veces a la semana; tampoco creo que esto te sea desconocido, y cuando voy en el metro suelo comprar un boleto. ¿Ves? Muy sencillo.

Lo miré con intensidad y al mismo tiempo experimenté el nudo en la garganta. Sentí que no tenía valor para encarar esta situación, a la que no estaba acostumbrada.

—Así que suelta, Lucian. Te escucho.

Tomó entre sus dedos un mechón de pelo que me había caído por la cara y lo colocó, con un cuidadoso movimiento, detrás de mi oreja. Cuando la yema de sus dedos rozó mi piel, ambos nos estremecimos, como si hubiéramos recibido una descarga eléctrica.

Él tenía la mirada triste y su rostro mostraba debilidad, una vulnerabilidad mucho más fuerte que en el bazar. Era como si estuviera sobre una capa de hielo delgado, como si entre los dos se extendiera un lago congelado y él se encontrara en una orilla y yo en la otra.

Y de golpe lo sentí a él, su deseo de llegar a mí desde la otra orilla, y sentí su angustia ante la posibilidad de que se quebrara la frágil capa de hielo y lo arrojara en una frialdad letal. Era una locura, pero yo verdaderamente percibía sus sentimientos. Solo lo que él pensaba permanecía oculto para mí.

Se quedó mirándome las manos, que yo tenía abiertas sobre los muslos. Parecía que buscara la respuesta en mis palmas.

—No sé —dijo sin entonación—. No sé quién soy.

Una chispa brotó de la fogata; sin ruido, se elevó hacia el cielo y se extinguió. Lucian se quedó observándola. Luego lanzó al agua la piedra que hasta entonces había tenido en la mano. Escuché el chasquido y luego todo volvió a quedar en silencio.

—¿Qué quieres decir con eso? —susurré.

—Eso es lo que quiero decir, lo que dije —su voz ahora sonaba encolerizada—. Estaba bajo un puente, allá por el puerto. Es lo último que recuerdo. O lo primero, según se mire. Yo estaba... estaba desnudo. Unos metros más allá dormía un vagabundo. Junto a él había un carrito de supermercado con ropa: un abrigo viejo, unos pantalones, un suéter, unas botas estropeadas por el uso; me puse todo aquello y me marché. En determinado momento me vi ante una ventana y entonces se prendió una luz. ¿Eh? —me miró a los ojos—. ¿Qué te parece todo esto?

Bajé la cabeza.

—No muy bueno.

Decir que me produjo una angustia de mierda es minimizarlo demasiado.

—Entonces es mejor —prosiguió Lucian—. Entonces tenemos algo en común. A mí también me pareció bastante... estrambótico, para emplear tus mismas palabras. No sé si puedo confiar en ti. Más aún, no sé si puedo confiar en mí mismo.

—¿Y tu nombre? ¿Lucian? —escuché cómo pronunciaba su nombre yo misma. Lo repetí en silencio, varias veces. Sonaba extraño y oscuro, débil y bonito.

Lucian. El nombre le iba bien.

—¿Por qué te llamas así?

—Pensando —contestó—. Ahora me falta el apellido y una edad que me quede bien. ¿Qué opinas? ¿Qué edad me darías?

Sonaba como una broma, pero no lo tomé así. «¡Qué inimaginable!», pensé y traté de digerir sus palabras. ¿Qué se podría sentir al no saber quién es uno o de dónde viene? ¿Qué queda cuando todos los recuerdos desaparecen: padres, hermanos, amigos? ¿Una amiga?

Este último pensamiento me provocó una punzada, fugaz y aguda. Sin querer, me quedé sin respiración.

—¿Y no hay nadie a quien eches de menos?

El fuego crepitó. Lucian miró las llamas y encogió sus pequeños hombros.

—No que yo sepa.

—¿Por qué no has ido con la policía?

—Ya estuve allí, —Lucian movió una brasa dentro del fuego—, aunque no fue por mi voluntad. Las ropas del vagabundo no eran muy de mi gusto, así que me agencié algo más. La tienda de ropa usada tenía un surtido bastante bueno, y la suerte inicial me volvió demasiado valiente, así que cuando en uno de los pasillos quise

llevarme un par de camisetas y ropa interior, me atraparon. Por desgracia, los policías no resultaron de mucha utilidad. Tenían más preguntas que respuestas.

Tragué saliva. ¿Se estaba refiriendo a la tienda *second band* del barrio Schanze, la misma donde habíamos estado Suse y yo? No me atreví a averiguar más.

Lucian me miró las palmas de las manos. Seguí su mirada y de nuevo advertí algo singular en ella.

Cerró los puños y se los metió en los bolsillos de su saco de cuero.

—La permanencia en la comisaría no me pareció muy agradable —prosiguió—, así que decidí poner pies en polvorosa.

—¿Escapaste?

—Así se le puede llamar.

Yo estaba desconcertada.

—¿Cómo lo lograste?

Sonrió maliciosamente.

—No tengo idea. En un momento en que el personal de la comisaría no miraba, me escabullí. En realidad fue bastante fácil.

Recordé el día del Doris' Diner, cuando Lucian se fue sin pagar la cuenta. Sus movimientos tenían casi algo de umbrátil, de sombra.

—¿Y dónde... vives ahora? —pregunté, recelosa.

—Aquí y allá. —Lucian pasó la mano por el saco de dormir, que supuestamente habría «tomado» de alguna parte. Su voz sonó elusiva; era bastante claro que no quería revelarme más que lo estrictamente necesario.

—¿Y de qué vives? —pensé en el consejo de la mesera de cabello verde—. ¿Haces lo mismo que en Diner en otras partes?

La mirada de Lucian se volvió ladina.

—No te preocupes —contestó—. No conozco mi edad, pero calculo que soy todo un joven y sé arreglármelas. Por hoy, mi hogar, como sea, está aquí.

Eché la cabeza para atrás. La luna se había desplazado un poco más y las estrellas estaban más brillantes. Lucian volvió la cabeza hacia mí.

—Y ahora —dijo sonriendo—, es tu turno, nuevamente. Te vi cuando nadabas. ¿Entrenas para algún campeonato o algo así?

—No, desde luego que no —reí—. Estuve un par de años en la asociación, pero el estrés es era demasiado. Ahora prefiero practicar para mí. Alguna vez atravesaré a nado el lago Nacimiento.

—¿Qué es?

—Es un lago en California. Mi papá vive allí.

—Bastante lejos —comentó Lucian—. ¿Cuán a menudo ves a tu papá?

—Cuando viene a visitarme.

—¿Y con cuánta frecuencia te visita?

—No mucha —dije con una mueca—, para ser exacta. Yo nunca voy a visitarlo.

—¿Por qué no?

Titubeé.

—Por mi madrastra —mascullé al fin.

—¿Es mala? —de nuevo apareció su risa callada.

—No, tonto —dije con un gesto—. Es más bien... celosa, creo.

—¿Celosa? —Lucian recorrió mi rostro con su mirada una vez más—. ¿Por qué tú eres la más bonita entre los siete enanos detrás de los siete montes?

Lo empujé.

—Ahora sé quién eres: ¡mi espejito en la pared! —me eché a reír, pero al mismo tiempo noté que me había sonrojado. Nunca antes me había sentido cómoda con los piropos, y ahora tampoco.

—Este asunto de mi madrastra tiene que ver más con mi madre —agregué apresuradamente.

—No lo entiendo.

—Es una larga historia.

—Cuéntamela. —Lucian se recostó con los brazos detrás de la nuca—. Tengo tiempo.

—Mis padres nunca fueron una pareja hecha y derecha —comencé con cierta aprensión—. Mi madre es lesbiana. Ella y mi padre eran amigos desde la infancia. Ambos fueron juntos a la escuela e incluso después eran inseparables. Mi madre dice que eran algo así como parientes de alma. En determinado momento, mi madre quiso un bebé y mi padre le cumplió el deseo.

—Entonces tú fuiste una bebé deseada —señaló Lucian.

Ahora eran sus ojos los que sonreían. Yo me quedé mirándolo, sorprendida. Así había sido en realidad, solo que yo no lo expresé tan bien. Por primera vez no supe qué decir. Estaba cohibida, confundida y sentía como si hubiera revelado algo de mí que ni siquiera comprendía.

—¿Por qué se separaron? —preguntó ahora Lucian—. ¿Se fugó tu papá en cuanto se cumplió el deseo?

—¿Estás loco? ¡Claro que no! —lo miré, enojada—. Mi padre se alegró de mi nacimiento tanto como mi madre. Él me crio junto con ella. Los primeros años incluso vivió con nosotras. Solo se marchó cuando mi madre conoció a su amiga Patrizia. Creo que percibió que se trataba de algo que iba en serio. Pero lo manejó estupendamente. Pese a todo, nos hemos visto constantemente, y para Patrizia no fue ningún problema que mis padres estuvieran tan unidos —suspiré—. Las dificultades llegaron cuando mi padre se enamoró.

—¿De quién? —Lucian me miró escudriñándome—. ¿De ti, de tu madre?

—No —meneé la cabeza—. Claro que no. —Guardé silencio un momento—. Es

complicado.

—*Try me*<sup>[33]</sup> —los ojos de Lucian volvieron a sonreír.

Apoyé la cabeza en las manos y traté de olvidarme de los latidos de mi corazón para así encontrar las palabras correctas. Por lo que se refiere a Michelle, Janne nunca ocultó su opinión. Por el contrario, nunca cesó de fastidiar a mi padre por la relación con su Barbie californiana, hasta que Spatz intervino porque vio que mi madre se estaba pasando de la raya. A pesar de todo, mi madre siempre fue cortés con Michelle. Ella, en cambio...

Suspiré.

—Mi madre tenía poca estima por la novia de papá —expresé por fin—, y esta no acababa de entender nuestras relaciones familiares. Pensaba que era morboso que mi madre, siendo lesbiana, se hubiera empeñado en tener un hijo. Pero esa no era la verdadera razón —tragué saliva—. Creo —proseguí en voz baja—, que mi padre nunca dejó de amar a mi madre, y pienso que Michelle lo nota. Siempre que él se propone venir a visitarnos, le arma escándalos, y acabó convenciéndolo de que se fueran a Estados Unidos.

Lucian arqueó las cejas.

—Entonces sí se fugó.

Aunque el comentario de Lucian no sonó a burla, me enfureció.

—¡No se fugó! —le aclaré—. Nos escribimos, viene a visitarme con regularidad y de alguna manera yo... —Me interrumpí. ¿Por qué todo sonaba como si quisiera proteger a mi papá?—. No comprendo —expresé—. Te cuento la historia de mi familia y tú... Lucian calló un momento.

—Yo habría hecho exactamente lo mismo —concluyó mi frase—, pero temía desilusionarte.

Entrecerró los ojos, pero noté que estaba haciendo un esfuerzo. De pronto parecía terriblemente cansado.

—Quién sabe... quizás una malvada madrastra me ha embrujado y me ha robado la memoria.

Su mirada cayó de nuevo en el pequeño sol que mi padre me había obsequiado el día de mi entrada a la escuela. Como si hubiera sido sorprendido, miró a otra parte y tomó una rama que yacía en la arena.

—¿Cómo supiste lo que está grabado en mi dije? —le pregunté en voz baja.

Lucian trazó pequeños círculos en la arena y luego echó la rama al fuego. Crepitó y las llamas lamieron ávidas el nuevo alimento. En pocos instantes engulleron aquella madera.

—No lo sabía —contestó.

—Eso no te lo creo ni un segundo —le repuse tajante—. Hasta la tradujiste al inglés. Mi padre habla inglés conmigo, pero tú no lo conoces, ¿o sí? —de nuevo mi



corazón empezó a latir muy rápido.

—No —dijo Lucian—, no conozco a tu papá; de otra forma no te habría preguntado por él.

Aunque las preguntas me quemaban la lengua, no tenía fuerzas para indagar más. Todo aquello era un embrollo demasiado grande, demasiado intenso para... Mejor dejé el asunto por las buenas.

Me puse los brazos alrededor de las rodillas.

En silencio, vimos cómo el fuego se iba apagando. Hacía frío. Por la derecha venía un barco hacia nosotros. Era un carguero, grande y oscuro. Se deslizó con lentitud a través del río tétrico.

—Entonces, ¿no hay nada que recuerdes? —pregunté quedo.

Como no recibí respuesta, agregué detalles.

—¿Cosas que te gusten, música, libros, algo?

El carguero se aproximaba más. Salpicaba olas a la orilla y un viento frío corrió por mi cabello.

—Y, de repente, había un velero —escuché que decía Lucian. Su voz sonó reticente—. Era solo para Max, y se embarcó, día y noche, y semanas, y casi un año completo, hasta el lugar donde viven los monstruos salvajes. Y cuando llegó...

—¡Para! —le pedí—. ¡No salgas con esto!

—¿Por qué? —Lucian me miró, tranquilo—. Me preguntaste sobre libros que me gustan. Este es uno. Lo descubrí hace un par de días en una librería. Se llama...

—... Donde viven los monstruos —le interrumpí—. Conozco ese libro. De niña era mi preferido.

—¿Ves? Entonces tenemos algo en común —sonrió, y su entusiasmo vibró en todo mi cuerpo.

—¿Y qué más te gusta? —le pregunté.

Lucian levantó la mano. La pasó por mi mejilla con un movimiento tan delicado, que sentí cómo las yemas de sus dedos rozaban el vello de mi cara.

—Tú —dijo con suavidad—. Me gustas tú. Cuando estás cerca de mí, me siento bien.

El carguero ya había pasado. Contemplé cómo navegaba contra la corriente del tenebroso río que se encaminaba al mar.

Cuando miré de nuevo a Lucian, tenía en su rostro una sonrisa irónica.

—Te buscan —dijo.

—¿Qué?

—Tu teléfono.

Aturdida, busqué en el bolso. En efecto, mi celular sonaba a todo volumen. No me había dado cuenta. Lo saqué y leí la pantallita parpadeante. Janne me estaba llamando. ¡Maldita sea! Lo apagué y miré aterrorizada la hora. Eran las dos y media

de la madrugada. ¡Mierda, mierda, mierda!

Entonces oí voces. Estaban bastante lejos, pero llamaban mi nombre. Reconocí a Sebastian, a Suse y a Janne. Sus voces eran estridentes, llenas de pánico, incluso a esa distancia.

—Tengo que irme —mascullé y me puse de pie de un salto. Tomé la mano de Lucian. Era plana y suave como la seda, y él me marcó el alto.

—Si estás cerca de mí, me irá bien.

Esta vez sentí que él no lo decía, sino que lo experimentaba en lo profundo de su interior.

—Volveré a verte —expresé—. Tengo que volver a verte. Definitivamente. ¿Cuándo? ¿Dónde?

Las voces se aproximaban más. Alguien sollozaba. Escuché la palabra «policía».

Lucian se echó para atrás. De repente pareció una bestia salvaje dispuesta a saltar.

—No es buena idea que nos vean juntos —dijo con precipitación—. En absoluto.

Las voces se acercaban más. Lucian retiró su mano y en ese mismo momento sentí que me enfriaba. También estaba ahí la sensación de vacío en mi pecho, dolorosa como una herida abierta. Miré a Lucian a los ojos. Su rostro ahora era realmente como un espejo. Vi todas mis sensaciones en él.

—Halloween —dije rápido—. Habrá un baile... un baile de máscaras. El club se llama *Uebel und Gefährlich*. Está en el cuarto piso del *Gran Búnker*<sup>[34]</sup>, frente a la Feria de Hamburgo. ¡Por favor, ven!

Los gritos sonaban ya junto a mis oídos. Sonaban a terror, estaban llenos de pánico.

Lucian levantó la mano y rozó una vez más mis mejillas.

—Ya están aquí.

Entonces se dio vuelta, tomó sus cosas y se hundió en la oscuridad. Yo corrí en dirección contraria, hacia las voces. El frío seguía en mí; solo mis mejillas ardían; donde me había tocado.

—Aquí estoy...

Cuando me encontré frente a mi madre, temblaba con todo su cuerpo.

—¡Rebecca! ¿Dónde estabas? ¿Estás bien? ¡Te he llamado una docena de veces, pero no había conexión! Y cuando logré comunicarme, se cortó la llamada. Pensé...

Janne comenzó a llorar. El padre de Suse estaba detrás de ella y puso la mano en su hombro.

—Estoy bien, mamá —murmuré acongojada, y vi de soslayo a Sebastian, quien me miraba con el ceño fruncido. Suse, quien estaba junto a Dimo, mordisqueaba un mechó de pelo y desvió la cara de mi mirada.

—Estoy bien —repetí un poquito más alto—. Solo estuve... paseando...

Janne se quedó mirando con la boca abierta.

Entonces, retirándome apenas, me plantó una bofetada.



**F**uve arresto domiciliario por primera vez en mi vida. Nunca había visto a mi madre tan fuera de sus casillas y nunca me había pegado. Odiaba la violencia y no creía en los castigos. Por lo demás, rara vez tenía motivo para quejarse de mí. Yo, para ella, era como su doble: no me drogaba, no me emborrachaba hasta perder el sentido en las fiestas y, cuando se me hacía muy tarde por la noche (lo que ocurría rara vez), llamaba a casa. Cuando tenía algún apuro que no podía solucionar sola (lo que también rara vez ocurría), ella estaba a mi lado. Hasta ayer.

Ok, me había ausentado hasta muy tarde; había desaparecido de la fiesta sin decir palabra, en medio de la noche, por una orilla del Elba abandonada de la mano de Dios. Además, todos habían estado buscándome. Mi lista de llamadas estaba llena: Suse, Sebastian, Janne; todos ellos intentaron hablarme múltiples veces. Al parecer yo había caído en una zona sin cobertura y la ansiedad los traía medio locos. Justo hacía un par de días que un asesino serial logró acaparar los titulares de los periódicos, y la semana anterior, en un espacio boscoso de Elmshorn, encontraron el cadáver de una chica.

A mí pudo haberme pasado algo así; ¡esto lo entiendo y lo siento!, pero ¿tenía Janne que llevarme como a una delincuente?

En el coche me preguntó de nuevo qué diablos había estado haciendo; si su tono de voz no hubiera sido tan increíblemente fuerte, quizá le habría contado la verdad. En cambio, no hice más que repetir lo de mi paseo, con lo que ella apretó los labios y clavó los dedos en el volante. Ya en casa, me prohibió salir.

Todos los días, hasta finales de octubre, regresaría directamente a casa después de la escuela, sin excusa. Nada de fiestas, ni de salir de compras con Suse, y hasta la natación me fue cancelada. Si no hubiera estado tan desconcertada quizá me habría reído en su cara. Era una locura: mi abierta y súper comprensiva madre psicóloga se

comportaba como todos los padres contra los que tanto habíamos despotricando juntas. Lo peor de todo eso era que esta vez yo sí tenía un problema que iba creciendo en mi cabeza. Mas, en ese momento, Janne era la última en la que habría confiado. En este plan, si para ella Suse era una histérica, a Lucian lo consideraría, sin más, como un psicópata.

Telefoneé a Suse y a Sebastian y les eché la misma mentira que a Janne. Desde luego, no me creyeron ni una palabra. Suse me acribilló con preguntas, y la reacción de Janne le pareció tan exagerada como a mí, mientras que Sebastian se mantuvo frío y no hizo ningún aspaviento.

El domingo me atrincheré en mi alcoba y pasé el tiempo viendo en internet las gacetillas de los periódicos sobre las personas desaparecidas: en el Bosque Oeste, una niña salió de la escuela pero no llegó a su casa; una joven buscaba a su enamorado, un muchacho de quince, pelirrojo, robusto, que fue sacado de su casa. Y esto era solo el comienzo, la web bullía de anuncios de parientes angustiados. En cualquier país las personas desaparecían; muchos de los boletines eran nuevos y otros viejos. Mas no encontré ninguno que tuviera algún parecido con Lucian. Al cabo de dos horas desistí, desanimada, y me tiré en la cama. No me iba a dormir ni tampoco tenía hambre; en vez de eso, mis pensamientos giraban siempre en torno a él. Lucian.

Nunca nada me había agotado e intranquilizado tanto a la vez. Para distraerme, me sumí en el libro de mi bisabuelo. Aunque parezca increíble, fue lo más acertado que podía haber hecho. Primero hojeé las críticas del apéndice. Su tono era inteligente, agudo y entretenido, y su mordacidad era indirecta y bastante sutil, de manera que provocaba la risa de sus lectores. Comprendí por qué había llegado tan lejos como periodista. Cabe sospechar que aquellos a quienes mi bisabuelo despedazaba encarnizadamente lo habían visto de otra manera; describía su propia vida con la misma falta de piedad.

Willian Alec Reed había sido hijo único. Su padre, cirujano, dirigía una clínica. Cuando mi bisabuelo cumplió tres años, su madre murió en brazos de su padre como consecuencia de una operación desafortunada. Esto lo comentaría mi bisabuelo diciendo que en los hombres de su familia no había residido el don del trabajo manual y que en adelante el Sastrecillo Valiente, como lo apodaba su padre, se dedicaría a ejercer el arte de la bebida.

Él mismo escribía mi bisabuelo, no hizo más que aprovecharse de ello. ¿De qué otra forma habría podido llegar a todas aquellas encantadoras chiquillas, en especial aquel modelo de belleza que fue la francesita con la que perdió su inocencia la noche de su decimocuarto cumpleaños? Se llamaba Lucille, y él logró que ella levantara su sonoro acento junto a sus poderosos pechos. Las lecturas subsiguientes, así fue como llamó a las historias que Lucille le leía y con las que le abrió el mundo de los libros.

Libros y mujeres conformaron el tema de su vida.

De joven le gustaron las obras de Charles Dickens y Lewis Carroll; luego vendrían Edgar Allan Poe, Julio Verne y H. G. Wells, de quien fue íntimo amigo.

Durante esos años, mi bisabuelo ya se había ganado un nombre como crítico literario; escribía para un periódico de Los Ángeles y para el *New York Times*, entre otros. Parece que por aquella época su vida consistía mayormente en el placer de asistir a diversas reuniones de afamados escritores y de otros grandes del acontecer cultural.

Pasó unos años en Europa, se divirtió aún más, se vio con más celebridades y, en Londres, donde obtuvo un puesto en el Times, conoció a la que sería la mujer de su vida. Así lo había escrito él, literalmente.

La pintó en unas pocas líneas en general, pero esas frases fueron sumamente serias: *Por primera vez —decía en su libro— experimentaría lo que se llama querer morir de amor.*

Parece que la inglesita le dio suficiente razón para ello. La noche de bodas la perdió por otro hombre. Mi bisabuelo no se quitó la vida, pero quedó conformada su cínica actitud frente al tema de la vida y del amor, el cual no constituyó para él impedimento para tener numerosas amantes y casi igual cantidad de esposas.

«Hasta aquí de sus pesares de amor», pensé, y hojeé la parte posterior del libro. Allí encontré una foto de mi padre. Aunque no logré descubrir de qué esposa de mi bisabuelo descendía él, la foto me cautivó de inmediato.

Mi padre, todavía niño pequeño, está junto a mi bisabuelo, en un embarcadero, pescando. Están sentados hombro a hombro, como fundidos con la naturaleza que los rodea. Al final del libro citaba a mi padre y también aquí tuve la sensación de que mi bisabuelo revelaba algo que había ocultado tras su cinismo en las páginas restantes.

*En mi nieto Alec encontré de nuevo algo que había perdido: el viejo anhelo de ser amado por lo que uno es. Supe a qué se refería. Mis padres me dieron ese sentimiento, lo mismo que Spatz, y era como una armadura contra todo lo que pudiera herirme, reluciente e impenetrable. Todas las fiestas, los amigos famosos el éxito que parecían no haber impedido que mi bisabuelo, en el fondo, hubiera sido un hombre solitario, al menos a mi manera de ver las cosas.*

Dejé caer el libro. Afuera comenzaba a llover; un sigiloso velo de tenues hilos entretejidos caía del cielo. El mal tiempo lo envolvía todo. Miré por la ventana y pensé en Lucian. Súbitamente caí en la cuenta de que no dejé de pensar en él, incluso en las últimas horas de lectura él había anidado en un rincón de mi cerebro.

Miré hacia el puerto, al Elba, que se veía tan gris como el cielo. Agua y aire derretidos. Parecía que alguien hubiera sustraído todos sus colores.

¿Dónde se encontraría ahora? ¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde pasaría hoy la noche? Mis pensamientos viajaron a nuestro encuentro junto al fuego. Había sido una locura, algo sobrecogedor. Una cosa así no sucede. Pero a mí me sucedió, independientemente de lo que pensara al respecto. Lo había sentido en toda su plenitud. Cerré los ojos para poder verlo mejor: su rostro ovalado, el cabello oscuro, las profundas sombras bajo los ojos. *Me gustas tú. Cuando estás cerca de mí, me siento bien.* ¿Y cuándo no estaba cerca? ¿Quién lo habría hecho sentirse bien en el pasado? ¿Qué personas habían estado cerca de él? ¿Quiénes quizá lo habrían lastimado? Y, sobre todo, ¿por qué no podía recordarlo? Un artículo de un periódico llamó mi atención. Lo había leído hacía unos dos años. Se trataba de un hombre que se despertó sin recuerdos en una playa. Estaba desnudo y no hablaba una palabra, pero en el psiquiátrico comenzó de repente a tocar el piano como un virtuoso. Janne sospechó entonces que el hombre habría sufrido un duro impacto, y que ahora su cuerpo se protegía desterrando los recuerdos. Cómo le fue luego al hombre y qué ocultaba tras su historia, ya no lo supe.

¿Y Lucian? ¿Habría sufrido un *shock* también? ¿Qué edad tenía? ¿Qué vida había olvidado? Y la pregunta más importante: ¿qué tenía yo que ver con todo esto?, ¿por qué no lograba librarme de la sensación de que yo jugaba un papel ahí, incluso si, por más que quisiese, no me quedara claro cuál?

Pensé en el libro ilustrado de Max y los monstruos que Lucian citó con tanta exactitud. ¿Realmente había descubierto el texto en una librería? ¿Estaba tejiendo, por el motivo que fuera, alguna trampa?

De golpe me enfadé por no haberle dado el número de mi celular. Faltaban semanas para el baile de máscaras, y pendía de un hilo el que yo asistiera. Por otro lado, Lucian sabía mi dirección. Sabía dónde vivía, qué lugares frecuentaba. Si realmente quisiera verme, podría encontrarme.

No va a ser bueno que nos vean juntos, había dicho, cuando los gritos se oyeron más cerca. Yo ni siquiera presté atención a lo que acababa de decir, pero ahora me percataba cabalmente de lo que significaba.

¿De qué tenía miedo? Si de verdad perdió sus recuerdos, entonces no había nada que pudiera ocultar.

De repente todo me pareció falso de arriba a abajo. ¡Alguien que hubiera extraviado sus recuerdos no se comportaría así! Solo lo haría alguien que se sintiera culpable por algún motivo.

Pensé en Suse, quien sospechaba que Lucian era un *stalker*<sup>[35]</sup>. Los *stalkerers* llegaban lejos, endemoniadamente lejos; había leído acerca de eso, e imaginármelos siempre me resultaba algo horripilante. Quizá se había enterado de mi vida... ¿y sencillamente maquinó lo que contaba? ¿Acaso podía engañarme tanto una persona?

Me sobresalté cuando de repente sentí pasos en el corredor, primero quedos y

luego se volvieron más fuertes; se aproximaron más, hasta que permanecieron quietos junto a la puerta. Todo estuvo en silencio por un largo momento; luego vi cómo la manija giraba hacia abajo lentamente. Eché la cobija sobre mi pecho y me di la vuelta hacia la pared.

—¿Rebecca?

Era Janne. Olí su perfume y sentí su presencia en el cuarto. Seguramente estaba en la puerta y me miraba. Me acalabré toda de tanto esfuerzo por no hacer movimiento alguno.

«¡Lárgate!», pensé con rabia. «¡Vete de aquí! ¡Déjame en paz!». Sentí una intensa furia, más profunda de lo que hubiera pensado que podría experimentar. Mi madre me había abofeteado delante de mis amigos y me castigó con no dejarme salir. Y lo peor de todo: no confió en mí.

¿Cómo pudo dejarme colgada justo en el momento en que más la necesitaba? De alguna forma percibía que ella se preguntaba lo mismo... y yo disfrutaba de su cargo de conciencia. Se lo tenía merecido.

Janne se marchó sin decir nada.

Cuando por la noche me escabullí hasta la cocina, oí cómo mi madre lloraba en su alcoba. Spatz le hablaba en voz baja, tanto que no capté sus palabras, pero me quedé delante de la puerta hasta que los sollozos de Janne cesaron.

Por la noche soñé que nadaba en un lago; había oscuridad. El frío del agua era agradable; lo percibía en mi piel, me hacía sentir un hormiguelo, mientras mis brazos se movían rápidamente hacia delante, cada vez más y más adelante. El agua oscura burbujeaba ante mis ojos; gotas tornasoladas se dispersaban en el aire como perlas plateadas. Y yo me sentía liviana, nadaba sin esfuerzo: era como resbalar, liberada de mis propios movimientos. Estaba sola, pero al mismo tiempo había alguien junto a mí, alguien a quien no podía ver; alguien que se deslizaba por el lago a mi costado. Sobre mi cabeza corría el viento y entonces empezó a llover. Las primeras gotas cayeron lentas y pesadas, hasta que por fin toda el agua se puso en movimiento. La sentía por doquier, me envolvía dentro de unos tamborazos cada vez más sonoros; y en todo este tiempo no dejaba de tener esa maravillosa sensación de que había alguien a mi lado, hasta que me desperté por el sonido de la lluvia. Lentamente, como a través del agua, me di cuenta de que estaba acostada en mi cama. La lluvia venía de fuera y yo estaba sola. Lo experimentaba con una claridad extraña y angustiante, tanto que me asustó. Arrojé la cobija y me deslicé en silencio por la casa.

En el desván todavía se veía luz. Subí la escalera de caracol y, con cuidado abrí la puerta. Spatz estaba sentada en el sofá y sonrió en cuanto me vio.

—¡Listo! —dijo y me puso delante de la nariz algo que brillaba y que ella acababa de terminar—. Mi primera *Spongia beatificae*. ¿Qué te parece?

Con cuidado, tomé el delicado cuerpecito esponjoso. Tenía un color dorado y



estaba atravesado por hoyos hechos con ganchillo. Parecían poros por los que podía pasar el aire o el agua. Me dio la impresión de que la pequeña esponja que se plegaba en mi mano era en realidad un ser vivo que respiraba.

—¡Es preciosa!

—Inventé una historia —dijo Spatz—. ¿Quieres escucharla?

Sin aguardar mi respuesta, sacó del bolsillo de su falda un papel arrugado, lo desplegó y me leyó las líneas que tenía escritas.

—Desde hace tiempo se conoce que el mundo subacuático alberga un gran potencial; en particular, la especie de las esponjas es de un simbolismo significativo. Las esponjas son maestras de la defensa tóxica, y su código genético presenta un gran parecido con el de los humanos. De las más de sesenta mil diferentes esponjas que se supone que existen hasta ahora, los biólogos marinos solo conocen unas cinco mil. Fue recientemente que tuvo lugar un hallazgo *exceptionnel*: la maliciosa esponja de la felicidad, la *Spongia beatificae*.

Me eché a reír. La voz de Spatz revoloteaba como una mariposa que hubiera encontrado néctar.

—A diferencia de sus compañeras de especie —prosiguió—, la *Spongia beatificae* posee sensores que le permiten rastrear momentos y lugares donde sospecha que hay felicidad. Con mágica rapidez y de un modo por completo desconocido se asienta allí y exige la atención de las personas participantes en cualquier posible situación de dicha. Su defensa química se ha especializado, además, en pensamientos angustiantes y destructivos, de modo que estos no tienen ninguna oportunidad de sobrevivir en la cercanía inmediata de la esponja de la felicidad. —Spatz dejó caer el papel. Lucía como si la esponja la hubiera cogido como primera huésped para parasitarla.

—Es solo un borrador. Tengo que elaborarlo más —dijo—. ¿Qué piensas?

—Pienso que podría llenar un nicho en el mercado —respondí riendo—. ¿Se puede limpiar la vajilla con esponjas? Entonces junto a su utilidad ideal tendría otra práctica. Una cosa así agradaría a los alemanes.

Spatz esbozó una mueca.

—Ok. Basta de eliminación de pensamientos destructivos —se inclinó delicadamente sobre la imagen y dijo, dirigiéndose a la esponja—: Tesoro, esto lo vamos a practicar un poco todavía.

Yo reí ligeramente.

—Por lo que te conozco, no le aportarás nada a las esponjas. Spatz se estiró y bostezó.

—Quizá esta vez tenga suerte con la exposición —añadió llena de confianza—. En el teatro he oído que necesitan a alguien que subalquilé un taller en San Jorge. Mañana me ocuparé de eso.

—¡Sería estupendo! —pasé las yemas de los dedos una vez más por la superficie dorada de la esponjita, antes de ponerla de nuevo en las manos de Spatz. Desde hacía años, ella andaba en busca de un taller que le complaciera, adonde pudiera llevar sus obras y exponerlas—. Te deseo suerte.

En la jaula, John Boy se prendió del columpio. Gorjeando, miraba hacia abajo y hacia mí con sus ojos negros. Me vino el pensamiento de mi arresto domiciliario.

Spatz me lanzó una de sus miradas.

—¿Estás bien, hermana de cárcel? —añadió.

Revolví las pupilas.

—Sí. Quizá llame a la farmacia para que me traigan un par de píldoras para encogerme y meterme con John Boy y Jim Bob tras las rejas. ¿Sabrán que tienen alas y para qué son?

Ahora quien soltó una risita fue Spatz y, de golpe, se puso seria, me miró, con el ceño fruncido e intranquilidad en sus ojos color castaño. Luego me rozó la mejilla.

—No tengas rencor contra tu madre, Rebecca. No logra conciliar el sueño.

Pensé que tampoco yo, pero no por eso me golpeaba ni me imponía castigos exagerados. Puse la mano en el hombro de Spatz.

—Buenas noches, Spatz —dije.

—Buenas noches, Rebecca. Que duermas bien.

Los sucesos de las semanas siguientes no tuvieron nada de especial, y esto era precisamente lo que me enloquecía. Si hubiera algo que hacer, si hubiera tenido jornadas normales, quizá podría haberme distraído. Pero, así, estaba continuamente ensimismada. Al igual que yo bajo mi arresto domiciliario, mis pensamientos estaban también encerrados y corrían alocados por mi cabeza, me interrumpían el sueño y la poca compostura que aún conservaba.

Spatz estaba súper contenta porque finamente parecía haber encontrado el taller. Me habló de la comunidad de artistas de San Jorge, que se alojaba en una vieja fábrica de máquinas y por eso se llamaba El Acoplamiento. Artistas de todas partes de Alemania trabajaban allí en sus talleres, y necesitaban que alguien subarrendara uno de ellos. El artista quería verse con Spatz sin ningún compromiso; pero al menos era un primer paso.

También parecía que la suerte se enganchara a Suse. Me había perdonado el haberme desaparecido de su fiesta de cumpleaños sin decir nada. De la misma manera en que nadie podía enfadarse con Suse mucho tiempo, tampoco ella estaba dispuesta a guardárselas a nadie. Y sumé a su favor que no hubiera intentado averiguar lo que había pasado exactamente. Al contrario que Janne, Suse confiaba en mí.

En el intervalo, Dimo había dado con un lugar para los ensayos, y Suse, como no podía ser de otra manera, le dijo que «la renta era galácticamente baja». Este

descubrimiento traía a Dimo, por fortuna, tan en trance que sus encuentros con Suse giraban casi exclusivamente en torno a la banda. Solo una vez se aproximó peligrosamente a su sujetador, y fue del lado derecho, el que no requería relleno.

—Las yemas de los dedos estaban ya allí —me contó, y giraba los ojos a todos los lados—. Estaba salvajemente decidido, pero entonces sonó el teléfono y el propietario del lugar para los ensayos le anunció que podíamos firmar el contrato. ¡Mierda, Becky! ¿Crees que debo hablar antes con él? ¿Pero qué le debo decir? ¿Qué harías tú en mi lugar?

«Darle vueltas a la misma pregunta», pensé. La respuesta madura sería, supuestamente, que buscara un novio al que una cosa así le diera igual. Pero incluso en ese caso, ¿le iría mejor en realidad? De cualquier modo, yo lo dudaba.

Sin poder auxiliarla, respondí.

—Yo esperaré, Suse. ¡Cuando llegue el momento sabrás qué tienes que hacer!

Suse suspiró, y deseé que esa ocasión tardara en llegar.

La única salvación en este momento era la escuela. Nunca habría creído que fuera decir una cosa así, pero añoraba la enseñanza. Para mi alivio, nuestro maestro de español nos bombardeó con gramática y vocabulario y, a diferencia del inglés, este idioma tenía que aprenderlo de pe a pa. En biología nos pidieron redactar un trabajo acerca de la acción de las drogas sobre el sistema nervioso. Aaron, en preparación, se había fumado un porro rebosante durante el receso, y se quedó mirando su hoja en blanco como un conejo hipnotizado. Sheila, nerviosa, mordisqueaba el bolígrafo y observaba a Sebastian, que, con la cabeza metida en el cuaderno, llenaba hoja tras hoja como un salvaje. Nos encargaron toneladas de tarea de matemáticas, y Tyger nos dio un trabajo especial, que esta vez no tuvo nada que ver con Ambrose Lovell.

—Busquen la primera frase de una novela o de un cuento que encuentren digna de nota —nos ordenó—. Si es una frase alemana tradúzcanla al inglés, y escriban un ensayo sobre cómo la sienten. Si la encuentran simpática, si la encuentran prometedora, si algo les atrae de la historia y, si sí, por qué les atrae. —Se quedó un momento delante de mi lugar y me miró de nuevo de esa manera tan rara que poco a poco me iba incomodado.

—¿Ocurre algo? —le pregunté, molesta, pero solo se encogió de hombros y se fue.

Pasé la tarde, más que nada, revolviendo los estantes de libros de Janne y Spatz. Por mi parte, no eran muchos los volúmenes que poseía. Leer me ponía nerviosa y, al cabo de unas cuantas hojas, me entraba un urgente deseo de moverme, y por lo general no había ningún obstáculo para salir. Hojeé las novelas de Barbara Vine, la autora preferida de Janne, tomé un par de libros de Dostoievski y me quedé con *Rebecca*, de Dane du Maurier. Era un libro viejo cuyas hojas ya estaban completamente amarillas. La primera frase decía: *Anoche soñé que, de nuevo, me*

*encontraba en Manderley.*

Me estremecí y dejé de nuevo el libro en la estantería. Finalmente, tomé *El proceso*, de Kafka. Su novela comenzaba con las palabras: *Alguien tuvo que haber calumniado a José K., pues sin haber hecho nada malo se encontró una mañana en la cárcel.*

«Vaya, esto sí me agrada», pensé, malhumorada. Me llevé el libro a mi alcoba, pero dejé el ensayo para después. Más bien hice la tarea de matemáticas, le telefoneé a Sebastian, quien, al igual que Suse, no había mencionado ni una palabra de la tardeada junto al Elba, pero para mi alivio ya no era tan estupendo conmigo; y también le mandé un *mail* a mi papá.

Valerie ya sabía escribir y practicaba con diligencia, aunque hacía sus tareas, literalmente, sobre la mesa del comedor. Había pintarrajeado la superficie de la mesa de antigua madera de rosas con un marcador indeleble, y con palabras como *cat*, *fat*, *hat*...

—¿Qué cuentas de nuevo? —preguntó mi padre.

Callé lo del arresto domiciliario y lo que lo había causado; en cambio, le pregunté sobre mi bisabuelo. No pensaba que mi padre lo recordara bien, pero la cuestión me interesaba.

Al siguiente día me llegó la respuesta.

Ah, sí, la biografía del abuelo William Al. ¿La tienen en casa? ¡No puedo creer que Janne quisiera venderla en el bazar! ¡Aplaudo que rescataras nuestra historia familiar heroicamente!

Sonreí maliciosamente y seguí leyendo.

*Yo era bastante pequeño cuando murió, seis o siete. Tu abuela siempre decía que él por nada del mundo le dejaba un cabello sano a nadie, pero parece que a mí me quiso. Fue una locura que hubiera metido en el libro la foto del lago Nacimiento. Mis visitas a este son los únicos recuerdos que aún conservo. ¿Te conté que él fue quien me heredó la casa, o no? Como haya sido, allí pasó sus últimos años, y además solo. Fue en el embarcadero del lago donde me enseñó a pescar. Una vez conseguí que una trucha grande picara el anzuelo. Grité como loco y cuando, todavía en el muelle, la trucha continuaba agitándose, tu bisabuelo me puso un palo en la mano y me indicó que tenía que pegarle en la cabeza para atontarla. Puedo decir que el golpe fue bastante fuerte, y que fue solo el comienzo, tu bisabuelo me dio su cuchillo y me dijo que la acuchillara entre las aletas pectorales en dirección a la cabeza, para que pudiera alcanzar el corazón.*

*Entonces el pescado moriría. Así lo hice. Pero cuando la trucha se me quedó mirando con el ojo muerto, me eché a llorar. Tu bisabuelo quiso saber*

*si la trucha me había hecho daño, pero no era eso. Lloré porque acuchillarla había hecho que me sintiera mal. Fue como una embriaguez. Me avergoncé y se lo dije a tu bisabuelo. Y entonces me lanzó una mirada que todavía recuerdo con total exactitud. Me explicó que había muchas formas de matar y que esa era honrosa y que la borrachera que había sentido era normal y que no tenía que avergonzarme.*

*Cuando reflexiono sobre ello me parece horripilante, pero en ese entonces quedé tranquilo con su explicación.*

Leí el *mail* varias veces. Que mi padre hubiera heredado de mi bisabuelo la casa de vacaciones junto al lago Nacimiento era algo que nunca había sabido (o al menos no recuerdo que me lo hubieran dicho), pero ahora yo me preguntaba muchas otras cosas. ¿Qué quiso dar a entender mi bisabuelo cuando dijo que existían muchas maneras de matar? Me puse a pensar en el apéndice de su libro, en su fama como crítico literario —el hombre de la pluma mortífera—, en el suicidio del autor preferido de Tyger, cuya obra había aniquilado mi bisabuelo...

Reflexioné un corto rato sobre si mi papá debería escribir al respecto, pero en vez de eso le pregunté acerca de la campaña electoral. Papá contaba detalladamente que era la primera vez que se sentía comprometido políticamente. Creía firmemente que Obama se imponería a McCain, pero la verdadera lucha vendría después. Ahora ya no era posible disimular la crisis económica, como si no existiera.

El correo terminaba, como siempre, con las palabras: *Wish you were here, little Wolf* (Ojalá estuvieras aquí, lobita); y justamente hoy, en la posdata, preguntaba: *¿Cómo le va a la loba grande?*

Suspiré. ¿Pues cómo podía irle? En cuanto Janne regresó del trabajo, transformó la cocina en un restaurante de tres estrellas, con platillos gourmet de todo el mundo. Cada día aparecía un banquete sobre la mesa: espagueti negro con leche de coco y camarones, ragú de corzo al vino tinto y licor de cerezas, lenguado con setas, papas y salsa bechamel, lubina con salsa de tomates y albaricoques, pechuga de pollo rellena en salsa de marsala a las espinacas con queso gorgonzola. Durante la comida, el silencio se escuchaba tan alto que yo apenas logre engullir un bocado. A diferencia de Suse, guardaba bastante rencor cuando me sentía tratada injustamente.

Pero aquí, además, se trataba de un espectáculo diferente. Normalmente, las peleas entre Janne y yo tenían algo de tormenta veraniega: un vigoroso impromptu y luego el aire volvía a estar limpio. Lo de ahora —esa nada, nebulosa y agobiante— era tierra desconocida para las dos. O, mejor dicho, para las tres.

Durante la comida, Janne y yo manteníamos la cabeza baja, y luego que Spatz nos había lanzado más o menos un centenar de sus elocuentes miradas, pegó con el tenedor sobre la mesa y dijo que ya estaba harta. Y con justa razón.

También yo lo estaba, pero no tenía ninguna gana de dar el primer paso. Janne estaba cometiendo una injusticia, y cualquiera que hubiera sido la mosca que le había picado, a mí me daba igual y no era mi responsabilidad. La última *Ladies Night* no se llevó a cabo, pero tampoco esto me importó. Lo único que me preocupaba era cómo me las arreglaría para ir el siguiente viernes al baile de máscaras.

Desde nuestro encuentro en la playa, Lucian no se había vuelto a dejar ver. Cada vez se asomaba con más fuerza la idea de que ya no quería volver a verme. Y las probabilidades de que se apareciera en el Halloween en ese club eran tan pequeñas como las mías de dejar la casa. El 31 de octubre era el último día de mi prohibición de salir. Había marcado el día en mi calendario con una crucecita roja y, cuanto más se acercaba la fecha, más nerviosa me ponía. Cada mañana miraba el calendario y, cuando lo hacía, una jaula mental se hacía más y más pequeña.

—Quizá Janne te deje ir —opinó Sebastian cuando me visitó en mi soledad el fin de semana. Con las últimas llamadas telefónicas nos habíamos un aproximado un poco cada vez.

Estábamos sentados en mí cama comíamos *tacos*<sup>[36]</sup> con queso derretido y nos entretuvimos con un viejo juego: *Disco for two* (Discoteca para dos), que consistía en alternarnos para extraer canciones de mi colección de CD y de los que había traído Sebastian, y las escuchábamos. Tratábamos de orientarnos temáticamente por la melodía precedente, pero a menudo los géneros salían sin ningún orden. Al final, quemamos un mix de canciones, al que le poníamos la fecha y lo denominamos *Lo mejor de todos los tiempos* de Beck y Basti. Hasta entonces, nuestra edición especial constaba de diez discos. Gimiendo. Sebastian había soportado mi canción *Thriller*, de Michael Jackson, y después metió el CD *Sawdust*, de The Killers. Afuera caía la lluvia, como todos los días previos; el día anterior habían avisado por la radio que el Elba venía crecido. Desde luego que no le conté a Sebastian por qué quería estar sin falta en el baile de máscaras.

—Olvídalo —gruñí, como respuesta a su sospecha de que Janne iba a dejarme ir—. Ayer le pregunté.

Me había costado un gran esfuerzo preguntarle, y sentí su respuesta como otra bofetada. No. Ninguna respuesta. Ninguna discusión. «¿Podemos cambiar de tema?».

—Está visto —se resignó Sebastian—. Entonces tampoco iré. Ni creas que te vas a perder de algo grande.

Callamos, seguimos metiéndonos los tacos en la boca, masticábamos al ritmo de *Read My Mind* y, de sopetón, Sebastian habló.

—*En el verano de 1963 me enamoré y mi padre se enfermó...*

Dejé de masticar y me quedé mirándolo, estupefacta.

—*Agua salada*, de Charles Simmons —me aclaró Sebastian—. Es la primera frase de su novela, y es ahí donde se contiene todo el argumento. Es genial. Uno sabe

de qué se trata y, a pesar de ello, la curiosidad sobre lo que viene hace que uno no pueda dejar de leer. Todos los hechos están sobre la mesa, los crees de inmediato, adivinas que va a ser su primer amor, el amor de su vida, un amor grande y fatal. Y sabes que alguien va a morir, no, no alguien, sino el padre del narrador. Uno ama, el otro muere. Ambas cosas dependen una de la otra. Sientes cómo está terminado quien cuenta la historia, y cómo allí hay otro que está comenzando. En el fondo lo sabes ya todo, pero aún no lo ves. Es como si el autor hubiera abierto la puerta con su primera frase y te hubiera empujado a un gran aposento totalmente oscuro. Sospechas dónde se encuentran los muebles: aquí una mesa, allí una cama. Ves sus sombras, pero no sus colores, sus contornos. Tus pensamientos vagan, pero aún no saben la dirección. Es algo estupendo. Me gustaría una cosa así.

Miré a Sebastian.

—¿Escribir?

—Sí.

—¿Lo has intentado?

Sebastian se echó un bocado de taco. La canción seguía.

*Can you read my mind*

*The good old days, the honest man*

*The restless heart, the Promised Land...*

—Cambio de tema —interrumpió Sebastian.

Me empujé los tacos hacia adentro, como Sebastian.

—Ok. ¿De qué quieres hablar?

Sebastian me sonrió con picardía.

—Sobre el queso que te ha quedado junto la boca, o del mejor modo de alejarlo.

—¿Dónde?

Fruncí el ceño y moví las comisuras de los labios.

—¿A la derecha o a la izquierda?

Sebastian tomó mi barbilla con su mano, y movió ligeramente mi cara hacia la izquierda, hasta un punto en que nuestras miradas todavía se encontraban.

*I got a green light*

*I got a little fight*

*I'm gonna turn this thing around*

*Can you read my mind...*

Sebastian sonrió, pero sus ojos resplandecieron. En su mirada se mezclaban angustias y deseos. Luego se inclinó hacia adelante hasta que su boca estuvo justo

frente a la mía. Olía a tacos y a sí mismo, ese olor tan familiar de Sebastian, por el que lo reconocería entre miles.

Mi mano estaba sobre su pecho. Sentía cómo latía su corazón, con fuerza y velocidad. Con la punta de los dedos lo mantuve a distancia.

*Can you read my mind...*

—No vayas a estropearlo todo —susurré—. Por favor, no lo vayas a estropear. Dame un poquito más de tiempo.

Sebastian apretó los labios. Experimenté su desilusión como si se pudiera tocar, y también sentí mi propia tristeza, que era más profunda de lo que hubiera querido.

La boca de Sebastian se abrió, más antes de que dijera algo se escuchó la puerta.

—Tu celular... ¡Ah, perdón!

Janne estaba en el cuarto. Se nos quedó mirando a ambos. Nos separamos, y quería subrayar tercamente que mi arresto domiciliario no significaba que no pudiera recibir visitas, cuando me di cuenta de que el rostro de Janne resplandecía. Se veía completamente aliviada. Oprimí la tecla de stop y la música cesó de golpe.

—Lo siento —expresó Janne apresuradamente—. ¡Qué tonta he sido al entrar de repente! Hola, Sebastian. Sonó tu celular, Rebecca. Es el padre de Sebastian. ¿Quieres hablar con él?

Le quité el teléfono de la mano. No me cabía en la cabeza que Janne hubiera contestado mi teléfono y que, encima, hiciera como si fuese lo más natural del mundo.

El padre de Sebastian tenía un trabajo para mí.

Una actriz de Hamburgo había fallecido y sería enterrada el jueves en el cementerio de Ohlsdorf. Los consiguientes servicios fúnebres, que serían atendidos por su empresa de banquetes, tendrían lugar en la residencia de la finada, pero a falta de espacio para estacionarse, el padre de Sebastian había contratado un servicio de autobuses, así que yo debería llevar a los asistentes al vehículo luego del entierro, y trabajaría como mesera durante las honras fúnebres.

En realidad, quería declinar, pero Janne, quien ya había desaparecido por el pasillo, me dio a entender que no existía problema en que fuera, siempre y cuando regresara a casa sin tardanza.

Con el celular en la mano, me fui a mi escritorio para anotar el horario y luego me despedí. Me volteé hacia Sebastian. Seguía sentado en mi cama, con los pies levantados y observaba por la ventana.

—¿Qué quería mi padre? —preguntó sin mirarme.

Tragué saliva.

—Tengo que hacer de mesera en un entierro.



Por un momento no supo qué debía decir. Luego me miró.

—¿Vas a ir? —me preguntó, serio.

Lentamente me senté junto a él. Sebastian se levantó. Se situó delante de la cama y se quedó mirándome. *Oh, fuck!*<sup>[37]</sup> Yo había hecho algo mal. ¿Cómo diablos iba a hacer que comprendiera lo que me estaba pasando? Ya no era como antes, cuando sentía que algo faltaba entre los dos. Las cosas estaban bien entre nosotros; mucho mejor que antes. ¿Cómo podría explicarle a Sebastian que esta vez lo había reemplazado por un tipo que tenía problemas psíquicos, que no se había dejado ver desde nuestro último encuentro, y que quizá tampoco volvería a hacerlo?

—Escúchame, Becks —dijo Sebastian.

Ok, tampoco tenía por qué intentar decirle nada. «Así son las cosas. Becks». Junté los dedos. El aspecto de Sebastian era un poquito más sombrío. Frunció el ceño y masculló con voz más profunda y tenebrosa.

*—The foulest stench is in the air  
The funk of fourty thousand years  
And grizzly ghouls from every tomb  
Are closing in to seal your doom...*

Su cuerpo se tensó. Con los ojos desencajados y los brazos extendidos caminó hacia mí. Y cuando no pude contener las risitas, y como si sus caderas se tambalearan, cayó de rodillas frente a mi cama, tomó un micrófono imaginario y cantó a voz en grito.

*Cause girl, this is thriller, thriller night...*

Luego retiró el cabello de su frente y sonrió hacia mí con ironía.

—Que te diviertas en el entierro, bebé. A diferencia de ti, todavía no muto en esperpento meditabundo; en mi tribulación merodearé los cementerios, y para que escuches mi plegaria todavía tendrán que pasar un par de milenios.

Me dio un golpecito en la nariz.

—Ok, ok —dije, y casi grito de alivio.

El jueves luego de la escuela tomé el autobús hasta la estación de Altona, subí en el S1 a Ohlsdorf, y recorrí la avenida Fuhlsbutteler hasta el portón de entrada del camposanto. Era la primera vez que iba, y cuando divisé el gigantesco parque detrás de las puertas negras de hierro me sentí sobrecogida.

El día anterior, el padre de Sebastian me había enviado un folleto informativo donde leí que este lugar, con sus cuatrocientas hectáreas, era el mayor cementerio-parque del mundo, pero nunca había entendido qué significaba el término.

Hay jardines de rosas, estanques de ensueño y senderos bordeados por frondosos árboles que conducen a tumbas de todo tipo: alcaldes, senadores, poetas, músicos, han encontrado en este camposanto su última morada. En el folleto leí acerca de tumbas de niños, un jardín de mariposas y un bosque de descanso, en torno a cuyos árboles se agrupan los sepulcros excavados en el suelo. El cementerio tiene autobuses.

Volvía a llover a cántaros, mas los árboles contrariaban al grisáceo cielo con tonos otoñales de ruego. Decidí recorrer el camino hacia las tumbas. A los costados de este se levantaban maravillosas estatuas de ángeles; daban la impresión de ser seres humanos con alas y, no sé por qué, de golpe pensé en Sebastian, y en cuánto trabajo tuvo que haberle costado manejar aquel momento en mi cuarto haciendo una broma.

Mientras, durante noches insomnes, me había devanado los sesos acerca de cómo podría escabullirme de casa para el Halloween. Si Lucian vendría al baile de máscaras, qué diría, haría o le preguntaría en caso de que se apareciera, y cómo actuaría en caso de que no ocurriera nada... sería Sebastian quien estaría allí. ¿Por qué no podía darme por satisfecha con eso? Cuando estás cerca de mí, me siento bien.

En alguna parte tañó una campana, y al mirar mi reloj me di cuenta de que llegaba bastante tarde. Con el folleto en la mano me apresuré hacia la histórica Torre del Agua, que marcaba la entrada al Jardín de las Mujeres. La torre era pequeña y blanca, con hermosos gabletes y diminutas ventanas. Por un momento me sentí trente al faro de la orilla de Falkensteiner.

Aterricé en una asombrosa estructura con rododendros gigantescos y claras losas sepulcrales sobre las cuales crecían flores multicolores. Según el folleto, las mujeres aquí enterradas habían dejado huella en la historia de Hamburgo. Por el padre de Sebastian, supe que la actriz fallecida había pertenecido al Conjunto de la Casa del Actor de Hamburgo durante muchos años. Yo nunca había oído de ella, pero las numerosas personas que se congregaron en torno a la tumba abierta indicaban, sin lugar a dudas, que tuvo un gran séquito de fans. El ataúd ya había sido bajado al interior del sepulcro, y todo el lugar estaba colmado de montañas de flores y coronas abigarradas. Los niños correteaban por allí, dos niñas jugaban a atraparse, mientras los adultos, con sus atuendos oscuros, se alineaban para despedirse. Un par de personas lloraban, y a la izquierda de la tumba estaba un señor mayor de níveo cabello blanco. No sé cómo, pero de inmediato tuve la impresión de que era el viudo. Su rostro estaba completamente tranquilo; parecía resignado, abandonado, pero en sus ojos se advertía una honda tristeza.

Me puse a mirar en derredor para ver si daba con el chofer a cuyo autobús, acto seguido, debería encaminar a los asistentes, cuando descubrí a un hombre de pelo gris y traje anticuado. Se encontraba cerca de una encina y veía el cielo, en el que las

nubes ya se limpiaban.

Era Tyger. Me estremecí. ¿Qué hacía aquí mi profesor de inglés? ¿Había conocido a la actriz? Un rayo de sol se abrió paso y súbitamente lo iluminó todo con un brillante resplandor dorado. Los colores irradian tan nítidos que no pude ver aquello como algo bello u horrible.

En ese momento, Tyger dirigió su vista hacia mí. Sonrió. Entonces levantó las manos y comenzó a aplaudir. Por un momento, la turba de los presentes se quedó como pasmada, pero luego unos cuantos siguieron su ejemplo, descompasadamente, y después otros se les unieron. Al cabo de un rato todos estaban aplaudiendo con un ritmo apaciguado y respetuoso. Los ojos se me llenaron de lágrimas. «Ella era actriz», pensé. Esta mujer, cuyo nombre no había oído ni una sola vez, estuvo muchos años en los escenarios. Este era el último telón y el último aplauso. No fui la única en llorar. También al señor mayor de níveas canas le corrían las lágrimas por las mejillas. Tenía las manos dobladas.

Cuando el aplauso cesó y de nuevo miré al encino, Tyger había desaparecido.

Cuando me dirigí a casa al atardecer, mi mente seguía en el servicio fúnebre, de manera que no advertí a la gente que salía de nuestra casa.

Corrí a la sala y allí, en el suelo, frente a la escalera de caracol, yacía Janne. Su rostro estaba desfigurado por el dolor y emitía quejidos. Delante de ella, estaba arrodillada Spatz. De un salto llegué junto a ambas.

—¡Me caí! —resopló Janne—. No puedo... creo... ¡mierda!

—Llama una ambulancia, Rebecca —dijo Spatz.

Media hora después estábamos sentadas en la sala de observación del Hospital del Puerto. Mi madre se había roto el tobillo y el médico quería que pasara la noche hospitalizada para operarla al día siguiente.

Janne se oponía con todas sus fuerzas, pero la decisión prevaleció. Cabe mencionar que debería pasar de dos a tres días en el hospital.

Tuve que aguantarme una risita maliciosa. Aunque de inmediato tuve un remordimiento de conciencia, me paso por la cabeza que ahora era Janne la que estaba bajo arresto domiciliario.

Spatz y yo nos quedamos junto a ella hasta poco después de las diez, Janne había recibido una inyección contra el dolor. Se encontraba en una habitación con dos camas, pero la que daba a la ventana estaba vacía.

Se sentía raro estar allí, como luego de un forzado alto al fuego. Janne lucía terriblemente tensa; no paraba de mover las manos nerviosamente por encima de las cobijas. El más mínimo ruido la acalabraba. Yo sabía lo que le estaba pasando. A mi tan controladora madre, que siempre se estaba moviendo, este lugar debía parecerle una pesadilla hecha realidad. Aunque aquí reinaba un insoportable orden, no era el de su gusto.

Spatz hizo lo imposible por aligerar la atmósfera. En cuanto se decidió que mi madre se quedaba fue a la florería de la planta baja a traer un enorme ramo de magnolias, las flores preferidas de Janne. Y hablaba como si la vida de Janne dependiera de esto.

Primero contó de su encuentro con el artista, que había tenido lugar hoy.

—Cree que sí hay necesidad de esponjas de cocina, y confía en que vengan chicas de la limpieza a nuestro taller en busca de la felicidad —contó Spatz con una mirada de soslayo hacia mí, y soltó lo mejor de su sonora risa, a la que Janne y yo nos unimos de manera forzada.

Después de que describió con todo detalle la vieja fábrica de máquinas en la que se encuentran los talleres, le tocó el turno al entierro. Spatz admiraba mucho a la actriz. La vio muchas veces en distintos papeles, y hasta sabía que había escrito una pieza teatral. Esto también lo contó con todos los pormenores, hasta que se quedó callada con un profundo suspiro. Las palabras le salían fácilmente.

Tras un silencio angustiante, Janne me preguntó si todo estaba bien en la escuela. Contesté.

—Sí.

Preguntó cómo le había ido a Suse.

Respondí.

—Bien.

Le pregunté si sentía dolores. Ella contestó.

—Apenas.

Le pregunté si necesitaba algo.

Finalmente, Spatz se levantó de la silla.

—Ya va siendo hora —dijo.

Janne y yo afirmamos a la vez. Cuando estuvimos afuera, ambas respiramos hondo el aire, como si en el cuarto de Janne hubiera habido poco.

Cuando a la mañana siguiente abrí mi agenda, me apareció la crucecita roja. Era 31 de octubre, y estaba tan nerviosa que sentí vértigo, Spatz fue a recogerme a la escuela, y cuando llegamos al hospital, mi madre acababa de despertar de la anestesia. Tenía enyesado el pie izquierdo, y su cara, pálida, parecía punzante.

—¡Hola, lobita! —dijo—. Spatz. Qué alegría verlas.

Me puse junto a ella y tomé su mano, eché una mirada a la mujer que ahora ocupaba la cama junto a la ventana, Tenía una laptop sobre el regazo y un celular en la oreja, desde el cual, sin cesar, le daba órdenes a la persona que estaba en el otro extremo. Era cuestión de inmuebles, plantas en macetas, declaraciones de impuestos y una cita para un tratamiento de botox.

Sonreí irónica y Janne movió los ojos para todos lados.

—Esta tipa me desespera —gruñó por lo bajo.

Spatz se había colocado junto a la cabeza de Janne. Le retiró los mechones de la cara y la beso en la frente.

—¿Cómo estuvo la operación? —preguntó—. ¿Sientes dolor?

—No —contestó Janne—. Me dieron algo. Lo que tengo es hambre.

Me reí, tensa.

—Pregunta si te dejan entrar en la cocina. Los pacientes se alegrarían. Janne suspiró.

—Esto va a durar. Debo tener el pie levantado. Durante las próximas semanas van a tener que cocinar ustedes. ¡Cuánto me gustaría estar en el consultorio! ¿Y cómo les va? ¿Van a hacer algo agradable esta noche?

Le lanzó una mirada larga y penetrante a Spatz. Yo sabía qué quería decir con esto y apreté los dientes.

—Esta tarde tengo una cita con mi futuro casero en El Acoplamiento —repuso Spatz—. Queremos saber cómo nos vamos a repartir el taller, y eso puede tomar tiempo. Tu hija tendrá que entretenerse sola.

Nos quedamos todavía una larga hora. Luego llegó la enfermera con comida: pan y rodajas de queso, un yogurt y jugo de naranja. Janne torció la boca. En la cama de al lado, la mujer se había dormido sobre su laptop.

Cuando, al despedirme, besé a Janne de pasada, ella me retuvo firmemente la mano.

—¿Puedo confiar en ti? —dijo. Sonó a amenaza. Le dije que sí con cabeza.

Poco después de las siete, Spatz se preparó para ir al teatro. Cada dos minutos tocaban el timbre de la puerta sin soltarlo, eran brujitas, vampiros y demonios, pidiendo «dulce o amargo<sup>[38]</sup>»; me alegré de que, antes de su caída, Janne nos hubiera provisto de chucherías para darles. Antes de salir de casa, Spatz asomó la cabeza en mi cuarto.

—Cuando regrese —me dijo—, voy a estar muy cansada; así que me iré directamente a la cama. Nos vemos mañana por la mañana para el desayuno. Como siempre. ¿De acuerdo?

Debería haber besado a Spatz.

—De acuerdo —respondí.



**E**uando Suse me abrió la puerta de su casa, necesité un par de segundos para convencerme de que la criatura ataviada en vinilo, toda de negro, era, en efecto, mi mejor amiga. Mi vista iba de sus botas a la rodilla, la elevada plataforma y los altos tacones, hasta una corta bata sin mangas, unida por cantidad de cadenas a un top de vinilo que dejaba ver la panza. Manos y antebrazos iban dentro de unos guantes negros de látex. La mano izquierda venía armada con una jeringa del grosor de un martillo de aire comprimido y sobre sus rizos, formando un tupé, se encontraba entronizada una cofia de laca con una cruz de color rojo sangre.

—*Voilà!* —dijo Suse, abriendo los brazos y dando una vuelta completa sobre sus altos tacones, para que yo pudiera ver los *hot pants* que le había dado Dimo y que resaltaban su vista posterior.

—Saludos, *Hermana Enferma* —musité—. ¿A quién vas a curar? ¿Al Dr. Jekyll o a Mr. Hyde?

—Estoy tratando al Dr. No —dijo, sonriendo maliciosamente—. Ya está recostado sobre la camilla y aguarda su maquillaje. ¿Cómo te va? Que buen corazón de Spatz que te ha dejado venir. Pero ¿no traes nada para ponerte?

—Sí —señalé la bolsa de Fairy Tale, la tienda de alquiler de disfraces en Altona.

En tiempo récord de siete minutos y medio tuve la tranquilidad suficiente para encontrar lo que buscaba: un vestido de baile del año de la canica, de seda color marfil con abundantes encajes, mangas de trompeta y escote profundo. Además de esto, pesqué unos guantes de encaje, peinetas plateadas y un antifaz de satín color madreperla, cuajado de lentejuelas plateadas.

—¿Qué es esto? —preguntó Suse.

—Blancanieves en veneciano —repuse.

Suse frunció el ceño.

—¿No crees que es demasiado cursi?

—¡Desde luego! Al menos mientras tú estés junto a mí, pareceremos polos opuestos. ¿Puedo entrar?

—¡Perdona! —mi amiga hizo un movimiento de brazos invitándome a pasar.

Desde su cuarto sonaba *Killer Kaczinsky*, de Mando Diao.

—¿Dónde está tu madre? —le pregunté a Suse mientras la seguía por el largo pasillo. Entendí Semental y Hotel, y no quise saber más. Dimo estaba sentado en el columpio techado. Llevaba ropa de cirujano de color azul claro y tenía una botella de cerveza en la mano.

—¡Hola! —dijo Dimo cuando Suse bajó la música a un volumen aceptable en la habitación—. ¿Todo bien? ¿Qué se siente ser fugitiva?

—¡Fantástico! —le respondí.

Lo último que deseaba era conversar. Estaba de tan buen humor... que no podía concentrarme y menos con los comentarios de Dimo...

—¿Dónde está tu rubio amorcito? —preguntó ahora.

—Sí, claro —dijo Suse, dejando la jeringa a un lado—, ¿dónde anda Sebastian?

Me senté en la cama de Suse. Al lado estaba la jaula del hámster. Ozzy caminaba sin parar dentro de su rueda.

—No tenía ganas —respondí, desviando la conversación—. Ya lo conoces. No le gustan estas fiestas.

—¿Le dijiste que venías? —dijo Suse, mirándome fijamente.

No me sentía bien y no tenía ganas de justificarme. Pero tenía razón, Sebastian estaba seguro de que yo me quedaría en casa. Se molestaría. Reflexioné brevemente si debía pedirle a Suse que no le contara nada. Pero no encontré ningún motivo. O, mejor dicho, ningún motivo del que yo querría hablar. ¿Vendría Lucian? ¿Llegaría disfrazado? ¿Lo reconocería? Y si no viniera, ¿volvería a verlo alguna vez?

—Oye, —Suse arrugó la frente—, ¿qué les está pasando, están disgustados? ¿Otra vez?

Dimo se reclinó en el columpio.

—Esto suena a que me vaya. ¿Salgo por la puerta?

—Está bien —dije rápido—. Todo va muy bien. Lo llamaré ahora.

—Bien. —Suse se arrodilló frente al columpio y acercó la mesita de ruedas con sus utensilios de maquillaje; de un neceser sacó un tubito con un líquido transparente que parecía pegamento.

—Esto es una goma especial —expresó como una profesional, mientras extendía una gruesa tira sobre la frente de Dimo—. Se endurece enseguida y se moldea muy bien.

—Interesante —murmuró Dimo.

Suse se puso muy roja. Yo reí por lo bajo. Ella misma había metido la pata con su

propia explicación. Distribuyó una pasta de color amarillo pus sobre la cara de Dimo y se dedicó a crear el efecto de una herida sobre la frente. Cuando se formó una gruesa protuberancia con la goma especial seca, la pintó de rojo y le inyectó sangre artificial con una jeringuita.

—¡Iiii! —exclamó Dimo cuando sintió que la roja liquidez le corría por el lado derecho de la frente.

Suse le ordenó con una risita:

—Cierra los ojos.

Transformó el ojo izquierdo de Dimo en una flor de violeta azul liliáceo, y debajo le pintó, además, un par de sombras que parecían reales.

Mientras, Dimo se puso a echar pestes de la canción de Linkin Park que ahora se escuchaba.

—No van a llegar a nada —dijo—. Alguien argumentará que estos jóvenes se sienten tan seguros que renuncian a experimentos. Pero si siguen así van a mutar en una especie de charla Nu-Metal-Modern. Esta sopa de la generalidad sencillamente no es respetable. ¿Dónde están los entrantes y salientes? La verdadera belleza no es perfecta. Al menos esta es mi modesta opinión.

Suse se detuvo y me lanzó una mirada. Leí su pensamiento, pero esta vez no sonreí. Aunque Dimo quizá tuviera razón, me disgustaba que tales pseudoprofesionales secretaran sus juicios como si de esta forma se sintieran mejor.

Tomé la revista Stern que Suse tenía sobre su mesita de noche y cuyo titular decía Mujeres bajo el cuchillo, que, con toda certeza, mi mejor amiga no había escogido por azar para lectura de buenas noches. Me lanzó una intensa mirada y apretó los labios.

—Oye —dijo Dimo—, ¿es cierto que tu madrastra trata a estrellas de cine? ¿Conoces a Angelina Jolie en persona?

Ahora fui yo quien fulminó a Suse, pero ella, perpleja, se encogió de hombros. ¡Maldita sea! Ella sabía de sobra cómo me enojaba que alguien me mencionara a Michelle.

—¿Estás listo, Dimo? —preguntó, antes de que yo pudiera contestarle algo—. ¿Quieres verte?

Cuando Dimo se levantó del columpio, murmuré un agradecimiento entre dientes. Suse realmente sabía lo que estaba haciendo: por el pómulo derecho, la piel de Dimo colgaba a pedazos; de la nariz asomaba sangre seca, y el ojo violeta y la herida en la frente infundían temor.

—El Oscar por la mejor caracterización va para ti, Hermana —exclamó, luego de contemplarse detenidamente en el espejo.

—Ahora vas tú, Becky —me señaló Suse—. ¿No te vas a cambiar?

Arqueeé las cejas.



—Ah —mascullé.

—Entendido. —Dimo tomó la botella de cerveza—. El Dr. No espera en la sala. Rebeca, si tu madrastra necesita un asistente personal para Angelí...

—¡Fuera! —gritó Suse, y amenazó a Dimo con la jeringa.

Cuando Dimo cerró la puerta tras de sí, Suse se dirigió a mí.

—Mis padres se divorcian.

Cerré la revista y olvidé que todavía estaba furiosa con mi amiga.

—¡Caramba, Suse! —respondí, honestamente afectada, y noté cómo mi mala conciencia daba un paso atrás. No era la única que tenía problemas y, de golpe, me avergoncé de que últimamente no hacía más que girar en torno a mí misma—. Esta situación debe dolerte mucho.

—Sí —dijo Suse, y metió cajas y tubitos en el neceser con un solo movimiento de la mano—. Duele como una mierda. Anoche mi padre estuvo aquí. Hablaron cinco minutos sobre la cita y luego se estuvieron peleando por la máquina del café exprés durante una hora bien sonada. ¿A eso se reduce todo? ¿Después de veintitrés años de matrimonio? ¿A una maldita máquina de café?

Pensé en Janne. A las cosas así les llama «conflictos sustitutos». Un problema más profundo se traslada a algo banal, porque a la gente le resulta más fácil exacerbarse con cosas triviales, que con aquellas que se encuentran en lo hondo del alma. ¿Sería el motivo auténtico de Janne, al darme la bofetada e imponerme el arresto domiciliario, un problema que yace más profundo? Si es así, ¿por qué no estoy enterada de ello? ¡Maldita sea, otra vez volvía a lo mismo! ¡Ahora no se trataba de mí, sino de Suse! Sus ojos brillaban y su labio inferior temblaba sospechosamente.

—Me sentí tan mal por mi padre, me dio... —susurró.

Apreté su brazo.

—No —dije resuelta—. ¡Yo me siento mal por ti! Tú no puedes hacer nada al respecto. Para ti ha de ser un infierno tener que soportar todo esto. Escucha: cuando te caiga el techo sobre la cabeza, te vienes con nosotras, ¿ok? Y si necesitas a alguien con quien llorar, aquí estoy yo.

Suse asintió. Parecía que en cualquier momento se pondría a llorar, pero tomó aire y recobró la compostura.

—¡Ay, Becky! —contestó con una sonrisa que mostraba su disgusto—. Gracias. ¡Y ahora cámbiate lo más rápido que puedas!

Agarró la bolsa con mi vestido y entonces recordó algo.

—Espera. Querías hablarle a Sebastian...

Obedientemente, saqué el celular del bolso.

—Le voy a mandar un mensaje.

*Spatz me ha dejado libre. Voy a la fiesta. ¿Vienes? R.*

La respuesta llegó en otro mensaje.

*Tengo que hacer algo. Que te diviertas. S.*

—¿Y?

—No puede.

—Bueno, pues. —Suse me lanzó una mirada—. No parece estar triste...

¿Becky?

Me tomó por la muñeca.

—También yo tengo oídos. Lo sabes, ¿no?

—Sí, desde luego —asentí con fuerza.

—Tú a mi no me engañas —dijo—. Me ocultas algo. Y no me parece bueno, pero no puedo hacer nada. Dejemos las cosas como están. Déjame ver qué podemos hacer por ti.

Sacó el vestido de la bolsa. No parecía estar muy satisfecha con mi elección, pero cuando me miré en su espejo media hora después, ella misma reconoció su labor.

—El bosque no es suficiente<sup>[39]</sup>, nena. ¡Dios, qué guapa eres!

Sonreí a mi imagen en el espejo, y cuando me puse el antifaz, de verdad parecía un extraño ser del mundo de los cuentos.

Suse me había pintado pálida la cara, los labios, rojo sangre y con el cepillo alació mis cabellos a todo lo largo que daban, hasta que cayeron brillantes sobre los hombros. Entonces encajó la peineta plateada y, para cerrar con broche de oro, rizó un par de mechones. Sobre mi mejilla izquierda resaltaba una cortada con salpicaduras de sangre, el único detalle de Halloween al que se apegó Suse. En cuanto a mi amiga, se había pintado un par de ampollas de quemaduras y una herida de disparo en medio de la frente, de la que sobresalía un cartucho de bala. En torno a los ojos, una sombra negra, hecha con pasta kajal.

—¡Genial! —exclamó Dimo cuando lo despegamos del televisor—. Las dos se ven increíbles. ¿Nos damos prisa? ¡Ya son las diez y media!

El club se encontraba en el cuarto piso del búnker antiaéreo. La edad mínima para entrar era de dieciocho años, pero Dimo trabajaba en Amptown, la tienda de música del primer piso, y conocía al de la puerta, así que nos colamos sin problemas.

Los organizadores transformaron el de por sí macabro club, con sus salas y cuartos en las torres, en recinto del miedo. A través de niebla hasta las rodillas, pasando por espejos distorsionadores, calaveras empaladas e instrumentos de tortura medievales, llegamos a la primera sala, donde el baile de máscaras estaba en todo su apogeo. Látex y laca parecían estar a la orden del día o, mejor dicho, de la noche. Suse parecía decepcionada, porque no era ni la única ni la más atrevida *Hermana Enferma* de la noche. Desde los primeros minutos nos topamos con media docena de su tipo. También había médicos del horror para aventar para arriba. Desde luego, *Gothics* y *Grafties*<sup>[40]</sup> y toda suerte de criaturas de otro mundo: estrafalarios zombies, hombres lobo, vampiros, brujas con correas o látigos, *drag queens* con medias de red,

hadas malvadas con largos harapos por vestido.

En una enorme jaula que colgaba del techo estaba sentada una figura de Aníbal el caníbal, y en escenario tocaba una banda estilo neo-new-wave.

El nivel de ruido era para dejar sin aliento. La música se me metió de inmediato bajo mi piel, vibró en mis huesos y la sentí hasta en las encías.

Me dejé llevar por la muchedumbre hacia una barra sobre la que oscilaba una gigantesca cruz de cirios encendidos. Un mesero vestido de pingüino me preguntó qué quería. Ordené un refresco de cola y retiré la cara, furiosa porque me miró con lástima.

—¡Es una locura! —gritó Suse, que se sentó junto a mí en un taburete de la barra—. ¡Qué bien se ve todo desde aquí! ¿Has visto a Dimo?

—No —al menos ahora tenía un motivo para buscar entre el gentío.

—¡Allá! —señalé hacia el lado derecho de la pista de baile.

Dimo, recostado en una columna que había sido transformada en un patíbulo, trataba con manos y pies hacerse comprender por el doble de la cantautora inglesa Amy Winehouse. Cuando los dos se acercaron a nosotras, vi que era el baterista de su banda. Se llamaba LeRoy. Se inclinó sobre la barra con sus enormes pechos falsos, pidió un vodka con limón y brindó con los dedos extendidos hacia mí.

—Dime, ¿tu madre se llama Marijanne Wolff? —gritó en mi oído.

¿A qué venía aquello?

Asentí, irritada.

LeRoy sonrió maliciosamente y se arregló la rubia peluca.

—Mi hermana lleva tres meses en terapia con ella. Depresiones, pensamientos suicidas, todo lo que te imagines. Se la pasaba en la cama gimoteando, pero parece que tu madre es muy inteligente. La semana pasada, mi hermana por primera vez de nuevo...

El resto de la frase se la tragó la música. LeRoy se encogió de hombros, riendo, también se arregló el escote y señaló, preguntando, mi vaso vacío. Negué con la cabeza. Nerviosa, escaneé la muchedumbre. Constantemente llegaban nuevas criaturas a la sala. Toda una tropa de *dementores*<sup>[41]</sup> cayó sobre la pista, y se mezclaron con desarrapados ángeles de la muerte, calaveras gritonas, un puñado de Michael Myers, monjes y, desde luego, figuras de la muerte en distintos variantes.

Pero nada de Lucian. Es una locura pero igual que lo sentía cada vez que estaba presente, también sentía cuando no estaba. En eso, Suse me golpeó el costado.

—Mira —gritó—, ¡qué cómico!

Seguí el dedo de Suse y reventé de risa. Algún gracioso se había disfrazado de un gran conejo: ropa acolchada de piel blanca, con orejas de cuchara pintadas color carne, enormes ojos y alargadas con pestañas verdes, y se puso a saltar como muñeco de trapo en la pista. Llevaba una zanahoria descomunal en la mano. Después de hacer

cabriolas entre *dementores* y ángeles de la muerte, vino al bar, dejó la zanahoria sobre la barra, buscó en su bolsillo y sacó una agenda junto con su lápiz. Garabateó, inclinó la cabeza, la movió como diciendo que sí, caminó con torpeza hacia nosotros y me puso la agenda ante la nariz. Leí:

*¿Quieres...*

*a) mordisquear mi zanahoria?*

*b) brincar conmigo en la pista?*

*c) acariciar mi peluche?*

*d) jugar a las escondidas?*

*Marca lo que deseas.*

¡Dios mío! No tenía ganas de ligar. Seguramente este pobre diablo se atrevía porque nadie podía ver quién era. Marqué d) y al lado escribí entre paréntesis: Primero buscas tú. Cierra los ojos y cuenta hasta un millón.

Ahora siquiera tenía una excusa para escabullirme. Le hice señas a Suse de que quería ver por allí un rato, pero como LeRoy y Dimo estaban enzarzados en una conversación, o mejor dicho, en un griterío, ella se me pegó. Nos marchamos por un largo pasillo escaleras arriba, seguimos por corredores y tumbas, nos deslizamos entre parejas que se besuqueaban, grupos, gente sola, perdida, aburrida, ansiosa, sentada, buscando.

¿Dónde estaba él? ¿Dónde estaba Lucian? Cada vez me ponía más nerviosa.

La segunda sala era todavía más grande que la primera. Del lado derecho había una gigantesca pantalla donde se proyectaba el vídeo *Locura de medianoche* de los Chemical Brothers. Un *disco-gollum*<sup>[42]</sup> con brillante vestimenta dorada trepaba por un contenedor de basura con un cartel que decía Desechos comerciales, y se lanzaba como un demente Superman por los tejados de las casas cercanas. Delante de la pantalla y en la pista de baile se amontonaba espíritus, *gravelords* y otros seres aterradores. ¿Sería Lucian uno de ellos? ¿Era seguro que estuviera aquí? ¿Llegaría?

La pista era como un teatro rodeado de altos palcos, sobre los cuales cabía adivinar que estaría el techo. Busqué una escalera que llevara más arriba, pero Suse me tomó del brazo y me arrastró a la pista, detrás de los dos *disc-jockeys* que ofrecían la mejor mezcla de baile de la casa.

Golpeteos ensordecedores, un gemido, un grito, la música tomaba aliento, una larga y profunda inhalación. Un tamborileo, luego puros sonidos bajos, retumbantes y martilleantes, tomaron posesión de mí. *One night in Bangkok and the World is your Oyster...* (Una noche en Bangkok y el mundo es tu ostra). Era un salvaje y agresivo remix de la vieja canción disco. Comencé a bailar.

Me sumergí, cerré los ojos y me entregué a ese sordo trance que desconectaba

todo pensamiento. El ritmo martilleante era lo único en que tenía que concentrarme, lo único que contaba aquí y ahora.

*One night in Bangkok and the World is your Oyster...* Parpadeé y capté al conejo blanco en el borde de la pista. Nos miraba con sus ojos de largas pestañas, luego hizo cosquillas con su desmesurada zanahoria en la nuca de una bruja vestida de látex, que levantó su látigo, furibunda.

Yo reí, los ojos de Suse pestañeaban, miraba en derredor, sus largos rizos revoloteaban, perlas de sudor me cayeron sobre el brazo desnudo. También tenía los cabellos sudados y me quité las peinetas. El sudor descendió por mi espalda, por mi escote, entre los pechos.

La música se volvía cada vez más agresiva, giraba en torno nuestro y, en determinado momento, Suse me hizo señas, apuntó hacia sus piernas y torció la lengua: tenía que ir al baño. Pero yo no, yo quería quedarme allí y bailar.

El tema era interminable, extendí los brazos, me puse a girar, eché la cabeza hacia atrás y, entonces, él estaba allí.

Estaba en uno de los altos palcos. Tenía cubierta la parte de los ojos por una máscara negra de pájaro, con un pico largo y curvo. Debajo se advertían claramente barbilla, pómulos y boca. Incluyó la cabeza hacia mí. Era casi como una reverencia, pero mantuvo de nuevo esa suave ironía. Con lentitud, levantó la mano para saludar.

Pensé: «Está aquí por ti; solo por ti».

Cerré los ojos y sentí calor dentro de mí. Sentía cómo se acercaba, bajando hacia la pista, y cuando abrí los ojos estaba a unos pocos metros de distancia.

Su máscara de pájaro destelló fantasmagóricamente entre la luz de los reflectores. Llevaba el largo abrigo negro de la primera noche; la tela caída estaba recubierta de plumas blancas, como si la *Madre Nieve*<sup>[43]</sup> le hubiera sacudido su almohada encima.

Como en cámara lenta, nos fuimos acercando en medio de la aglomeración palpitante, que cada vez se volvía más vehemente, entrando a un ritmo del todo distinto. Nos movíamos con lentitud, como bajo el agua. Nuestros dedos se tocaron y entonces Lucian tomó mi mano. Me atrajo hacia él y estuvimos quietos un momento, pecho contra pecho, latido contra latido.

Me pareció tan extraño, increíblemente extraño y tan terriblemente familiar. Aspiré el olor de su abrigo; olía a polvo, a tierra y a pegamento seco, seguramente con el que se había adherido las plumas. Hundí el rostro en la tela negra, y de inmediato me vino un estornudo.

Por el ligero vibrar del pecho de Lucian noté que se estaba riendo. Tenía las manos en mi espina dorsal, sus dedos la recorrían, tocando y examinando mis vértebras. Comenzamos a girar muy lentamente, aunque la música exigía exactamente lo contrario. En medio de la gente que bailaba a lo salvaje, nosotros girábamos solo en torno a nosotros, en total armonía.

—Hola —musitó Lucian en mi oído, de lo que se sintió como una eternidad—.  
Hola, Blancanieves. Te he extrañado.

—También yo.

Cuánto, solo ahora podía confesarlo. Por primera vez lo admitía sin remedio.

Sobre el hombro de Lucian vi a lo lejos a Suse. Regresaba, llevando a Dimo a la pista; su mirada recorría la muchedumbre, buscando. Rápidamente, me agazapé y llevé a Lucian en otra dirección.

—Vamos a otra parte, ¿de acuerdo?

En el piso superior del club, el tercero, estaban los palcos. Desde ahí se divisaba la pista. Vi al gigantesco conejo blanco. Se movía torpemente por la pista en la que Suse y Dimo giraban, en medio del hervidero de la multitud. Los rizos sueltos de Suse azotaban el aire; echó la cabeza hacia atrás y rio. Me alivió que, desde arriba, ella y Dimo se vieran pequeños e inalcanzables. Yo no quería que me vieran con Lucian, con o sin máscaras.

Más allá de los palcos había diversos cuartos pequeños: también ahí se escuchaba música, pero más tranquila. Aquí la gente se relajaba, fajaba, bebía, charlaba. Había una terraza de luz cálida y pequeñas mesas de café con ceniceros. De la mano, fuimos hacia allá. Del lado izquierdo, dos brujas, un *Freddy Krueger*<sup>[44]</sup> y tres zombies fumaban. Nos colocamos del lado derecho, pegados junto a una lámpara. El aire era frío, pero la lámpara daba calor. Lucian daba calor.

Me soltó las manos, dio un paso hacia atrás y me contempló.

—No puedo dejar de contemplarte —dijo en voz baja.

Tragué saliva y sentí cómo el calor aumentaba y subía de pronto por todo mi cuerpo. Tampoco yo podía dejar de mirarlo.

Parecía tan enigmático. Excitante. Hermoso. Con la máscara puesta se me antojaba todavía más, como si fuera mi secreto.

—No viniste sola, ¿verdad?

Asentí y mi mirada se deslizó por encima de él. Las plumas se movían al viento, un par de ellas se soltaron y flotaron sobre la barandilla de la terraza-balcón, hundiéndose en la noche como copos de nieve. Me quedé mirándolas ondear hasta que no fueron más que unos diminutos puntos que se perdieron en la oscuridad.

Bajo nosotros corría la calle que daba a la iglesia del Espíritu Santo, *Sankt Pauli* y el estado Millerntor, donde la próxima semana se inauguraría de nuevo la Feria de Hamburgo. En los primeros encuentros, Lucian siempre me había parecido irreal; ahora era al revés. Todo se me presentó de súbito como irreal, y solo él era la realidad.

—¿Tuviste problemas la última vez? —me preguntó.

Asentí.

—Mi madre me impuso el primer arresto domiciliario de mi vida. Lo del bofetón

me lo callé.

—¡Oh! —se apoyó en el pretil.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Cómo has pasado las últimas semanas?

—Sin ti —inclinó la cabeza. Bajo la máscara, su boca esbozó una sonrisa y descubrí el hoyuelo en la mejilla—, pero al menos me he ahorrado el arresto domiciliario, lo cual es una gran ventaja.

Me eché a reír, pero de inmediato me puse seria de nuevo.

—Entonces tienes... una vivienda... un cuarto... ¿De qué vives? ¿Dónde duermes?

Lucian titubeó.

—En cualquier lado.

Sus palabras me sobrecogieron.

—No importa —respondí, pues sabía que no soportaría que comenzara a hablar con acertijos de nuevo.

Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un paquete de cigarrillos. Prendió uno, inhaló largo y hondo, y luego exhaló el humo. La blanca bocanada nubló el antifaz.

—No creo haber sido fumador —dijo—. El primero me supo horrible, pero uno se acostumbra. ¿Tú fumas?

Sin hablar, negué con la cabeza.

Lucian inhaló dos veces más.

—Conocí a un tipo —prosiguió—, el me dio un cuarto y me consiguió un trabajo.

—¿Un trabajo? ¿De qué?

Lucian quitó la ceniza del cigarro.

—En un bar. Limpiar, arrastrar barriles de cerveza, comprar, hacer composturas. Cosas así.

Sentí como crecía en mí la decepción. ¿Por qué se distanciaba de nuevo? ¿Por qué no confiaba en mí?

—Un bar —dije lentamente—. Un tipo, un cuarto. ¿Y eso es todo?

—Escucha. —Lucian tomó el cigarro entre el pulgar y el dedo cordial, y lo tiró por entre la reja del balcón—. No sé si esto es bueno.

Fruncí el ceño.

—¿Qué no es bueno...?

—Esto de aquí. —Lucian apartó la cabeza de mí—. Esto de nosotros.

Ahora su voz sonó brusca.

—¿Cómo?

No podía creer lo que oía. Sus palabras taladraron mi cabeza y al momento siguiente todas las angustias de las últimas semanas estaban de nuevo presentes. Aquí estaba yo, con las rodillas que me temblaban, con esa corrosiva sensación en el

pecho, y preguntándome cuánto tiempo estaba dispuesta a seguir ese juego de «ven, ahora vete».

—¿Ah sí? —trataba de tragar el nudo que se me había hecho en la garganta—. Esto sonó por completo diferente...

Los ojos de Lucian se movieron detrás de las pequeñas ranuras de la máscara. Vi el blanco de sus ojos y me sentí aturdida.

—Rebecca, yo... —carraspeó—. Tengo miedo de meterte en dificultades. No es bueno que sepas demasiado. No es... al parecer no es bueno que nos veamos.

—¿Por qué? —grité de inmediato—. ¿Por qué nos vemos entonces?

Lucian levantó los hombros y los bajó de nuevo, pero no fue lo que se dice «encogerse de hombros», sino más bien como un ademán de impotencia.

—Hacemos lo que no deberíamos permitir, según juzgo —repuso quedo.

Hundí los hombros. Estaba agotada.

—Escucha, Lucian —intervine—. No puedo soportar esto. Apareces en mi vida, lo trastornas todo y luego me dejas que ande a tientas en la oscuridad. Esto es lo que me causa dificultades. Durante las últimas semanas no he dejado de pensar en ti. He tenido problemas, te quiero... ¡Ay, maldita sea, dejemos esto! Pero aun cuando no sepa de tu pasado, quiero al menos conocer de tu presente. Quiero saber cómo vives, qué te ocurre.

Di un paso hacia él. Me disgustó mostrar ese descaro, pero no lo pude evitar.

—Por favor —dije de nuevo, y me sentí como una niña impertinente—, dime siquiera si hay algo, después de este tiempo, de lo que te acuerdes, o bien algo que has averiguado acerca de ti.

Lucian no dijo palabra. Del otro lado del balcón estalló una risa sonora. Uno de los zombies había contado un chiste y los demás soltaron la carcajada.

Luego todo estuvo en silencio. Solo los autos corrían por la calle, allá debajo de nosotros. En algún lugar en lontananza resonaba una sirena y, por fin, detrás de la puerta abierta del balcón se escuchó otro tema musical.

Lucian se asomó por el balcón y miró hacia abajo, a la calle.

—No me gustan los plátanos —dijo, como hablándole a la oscuridad que había abajo—. Los bistecs me dan náuseas y, en cambio, me gusta la carne de cordero. Me gusta el pescado y los huevos cocidos, pero solo cuando la yema está blanda, y la clara, dura. Me gusta el pan negro y la mantequilla con sal. Me gustan las manzanas verdes, mas no las rojas. Asesinaría por el chocolate amargo y el mazapán me sabe divino. La cerveza es amarga y su espuma me repugna. El whisky me hace sentir calor, pero al cabo de dos vasos me olvido de que no puedo acordarme de nada. Por el contrario, el *hashish* no me sabe tan bueno. Creo que las drogas no son para mí.

Levantó la cabeza y me miró directo a los ojos.

—Pero lo que es de locura es que todo lo que como, bebo o tomo, se siente como



si fuera la primera vez. Mi sentido del gusto no recuerda. Tampoco el sentido del tacto. Cuando alguien me toca, cuando... —Lucian pasó las yemas de sus dedos por mi mejilla—, cuando te toco siento algo indescriptible, como si nunca hubiera tocado a nadie.

Sus dedos se deslizaron por mis pómulos, por mi mentón, hacia el cuello. Cerré los ojos. No podía creer que un toque suave como un ala pudiera sentirse de manera tan intensa. Blancos relámpagos corrieron por mis venas e hicieron estremecer mi vientre, directamente en el abdomen. Cuando noté que Lucian iba a retirar los dedos, detuve su mano con firmeza, pero se zafó de mi apretón con suavidad.

—No me gusta el hip-hop —prosiguió—, el techno y todos esos aparatos electrónicos —hizo un movimiento hacia la puerta—, me ponen los nervios de punta. Hace poco pasaron un concierto de piano por la radio. Ludwig van Beethoven. Sí, era de él. Corrí de inmediato a la biblioteca, leí todo lo posible de él y me robé un CD. La novena sinfonía es lo más bello que jamás he escuchado. ¿Sabías que Beethoven escribió esa obra cuando estaba completamente sordo?

—Sí —le contesté—. Janne me lo contó. Mi madre es una auténtica fan de todo lo que se refiere a Beethoven. Tiene todas sus obras, pero la Novena es la que más le gusta.

—¡Qué bien! —dijo sonriendo—. Entonces invítame a tu casa. Quizá me preste algo.

Me mordí el labio inferior. Miré más allá de la barandilla, en dirección al puerto, donde estaba el hospital en el que se encontraba mi madre. Mañana sería dada de alta.

—Quizá no sea una mala idea —contesté—. Quizá debería presentarte a mi madre. Una vez que te conozca, quizá te pueda ayudar. Ella...

Lucian puso un dedo sobre mis labios.

—No —respondió decidido—. No creo que sea buena idea. No conozco a tu madre, pero con el problema que tuviste la otra noche con ella, no creo ser el tipo que quiera como amigo de su hija.

—Pero es que ella no es así —repliqué insistentemente—. No tengo idea de lo que le está pasando últimamente, y quien sabe, dado que Beethoven te gusta tanto, si fuiste un famoso compositor...

Pensaba en la historia del pianista y me puse a reír.

—¿Puedes imaginar entonces la impresión que lograrías causar?

—Suena seductor —sonrió Lucian—. Esa fantasía ya me había venido a la mente. En la biblioteca vi la partitura, pero no fui capaz de leer ni una nota. Beethoven perdió el oído, pero mantuvo su memoria. Escuchaba la música en su espíritu o en el alma.

Lucian puso las manos sobre mis hombros. Entonces se inclinó hacia delante hasta que la punta del pico de su antifaz rozó mis labios con toda suavidad. Sentí su

aliento, mientras el mío se aceleraba ligeramente.

—No quisiera causarte temor —dijo en voz baja.

—¿Por qué lo dices? —pregunté, y traté de tomar sus manos—. No tengo ningún miedo de ti. Al contrario. Me siento segura cuando estás conmigo. Cuando estás cerca me siento bien. Y la noche junto al Elba tú también experimentaste lo mismo, ¿o acaso —mi voz comenzó a temblar—, han cambiado las cosas?

Lucian se apartó de mí. Dio un paso hacia atrás y se me quedó mirando. En su boca había un gesto inesperado.

—No, nada ha cambiado —musitó—. Solo que hay algo más. No puedo explicarlo. ¡Lo que siento por ti es... es *demasiado fuerte*, Rebecca! Tengo miedo de mí mismo y de lo que he olvidado. ¿Qué tal si fuera algo horrible?

Lucian dio otro paso hacia atrás hasta estar de espalda a la baranda.

—Quizá soy malo —masculló—, peligroso, con alguna enfermedad mental, quizá...

Pareció no poder concluir la frase.

—¿Puedes entenderlo?

—¡No! —le espeté, y añadí—: No sé. Quizá.

De nuevo pensé en aquel artículo del periódico y en la teoría de Janne de que el cuerpo, tras una experiencia brutal, se protege desterrando los recuerdos mortificantes. ¿Quizás él tenía razón? ¿Podría ser que el *shock* de Lucian consistiera en que hubiera hecho algo espantoso? ¿Qué él —para hablar con las palabras de Janne— fuera la víctima de su propia violencia? Bajé la cabeza.

—Sí —balbuceé por fin—. Puedo entenderlo.

Lucian me miró. Incluso a través de su máscara noté lo triste que estaba.

—¿Ves? —dijo en voz baja.

—¡No! —di un paso hacia él e intenté tomar sus manos de nuevo—. No quise decir eso. Entiendo lo que piensas. Pero te equivocas. Tú no eres malo. Yo lo sé. Yo lo siento.

Antes de que Lucian contestara algo, proseguí:

—Tienes que dejar que te auxilién. Tienes que encontrar a alguien en quien confiar, alguien que sepa de estas cosas.

Reprimí un gemido. *Parece que tu madre es muy inteligente*, había dicho LeRoy. Sí, desde luego que lo era, pero contarle a Janne del problema de Lucian o mandarlo a su consultorio parecía, así de golpe, impensable.

De repente me sentí increíblemente aliviada de que Lucian no la hubiera mencionado.

Si Lucian fuera algo así como un extranjero, un compañero de clase, alguien conocido... pero no lo era. Me afectaba con mayor fuerza que cualquier otro ser humano con el que me hubiera encontrado en la vida. Y parecía que a él le ocurría lo

mismo conmigo. Si Janne juntara las piezas del rompecabezas de esta historia, si se enterase cómo nos habíamos conocido, de cómo se quedaba de noche bajo mi ventana y con qué temores se movía, lo primero que haría sería no dejarme salir por la puerta y él, posiblemente, lo denunciaría.

—Hay alguien. —Interrumpió Lucian mis pensamientos. Espantada, miré por encima de su hombro.

Se habían acercado los tres zombies: Freddy Krueger y las dos brujas. Una de ellas se asomaba por encima de la baranda del balcón, mientras que Freddy Krueger fajaba con la otra.

Lucian rio.

—No quise decir aquí —puntualizó—. Hay alguien al que le he contado de mí, y hay un par de cosas que he averiguado.

¿Había alguien? ¿Quién? ¿Se refería al tipo del bar? No, desde luego que no. ¿O sí? De súbito no supe si me sentía aliviada o celosa. ¿Por qué se confiaba con alguien más y no conmigo?

—¿Y quién es él? —interrogué—. ¿Y qué has averiguado?

Lucian respiró hondo. Agachó la cabeza; parecía una máscara. Luego me miró.

—¿Puedo... preguntarte algo? —apenas si entendí lo que me dijo.

—Sí —contesté rápidamente—. Sí, claro.

—Tu padre... —prosiguió—, ¿habla inglés contigo?

—Sí —dije desconcertada—. ¿A qué viene eso? —ya se lo había dicho.

Con la punta de los dedos, Lucian tocó el pequeño sol que yo, incluso hoy, llevaba al cuello.

—El dije —prosiguió—, ¿te lo regaló tu padre el día que entraste a la escuela?

Tragué saliva. Esto no se lo había mencionado. ¿O sí? No me acordaba.

—¿El vestido que llevabas... —continuó—, era blanco? ¿Un vestido esponjado, azul cielo, con un pez de colores estampado?

La garganta se me cerró.

—No sé —dije con un hilo de voz.

En realidad no lo sabía, pero me sonaba familiar. Mi corazón latía deprisa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tu mochila escolar —prosiguió Lucian, en vez de contestar mi pregunta—... ¿era roja con puntos blancos?

Mi corazón se detuvo, y luego siguió latiendo.

—No sé. ¡Espera! ¿Eres... somos...? —el relámpago de una posible aclaración me sacudió.

—¿Eres *León*?

De repente tuve ante mis ojos el delgado niño de cabello negro con el que fui a la escuela primaria. El día de inicio de clases llevaba un traje gris milrayas. Siempre lo

traía su abuela y su pan con mantequilla iba aderezado con huevos cocidos y salsa tártara; toda el aula quedaba impregnada del olor.

—Podría ser —repetí, y comencé a reír tontamente—, que los dos hayamos ido a la misma escuela primaria y que tú...

Lucian miró más allá de mi absorto. Esta vez giré con toda lentitud, con la esperanza de que mi temor, mientras tanto, se deshiciera en el aire. Pero no fue así, Suse me había encontrado. Estaba en la puerta del balcón y su horrorizada mirada dejaba ver claramente que reconocía a Lucian. Lo que me irritó fue el tipo con el disfraz de conejo. Venía detrás de Suse y ahora se había quitado la parte que le cubría la cabeza.

Sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—¿Qué haces aquí? —le espeté.

Sebastian reía. Sonaba a risa maliciosa, pero se percibía como quejosa. Tenía el rostro rojo y sudado. El pelo se le había pegado a la frente. Se veía totalmente grotesco en ese disfraz blanco acolchado, y también terriblemente herido.

—Eso me pregunto yo también —dijo—. No podía imaginarme que hubieras encontrado otro compañero de juego para esconderte.

Sebastian pasó la mirada de Lucian hacia mí.

—«No estropees las cosas. Dame un poquito de tiempo». ¡Mierda, Rebecca! ¿Por quién me tomas? ¿Por un tonto de capirote?

—No —mascullé, consternada—. ¡Sebastian, por favor, puedo explicar esto!

Sebastian meneó la cabeza y dio un salto hacia adelante; antes de que Lucian pudiera esquivarlo, le había arrancado el antifaz. Entonces se volteó hacia Suse, quien hasta ahora permanecía allí como petrificada.

—¿Es este?

Los ojos de Suse pasaron sobre mí. En silencio, le suplicaba, por favor, que no lo hiciera.

—Sí —repuso ella—. Este es el psicópata que sigue a Rebecca por todas partes.

A mi lado, Lucian intentaba desesperadamente recobrar el aliento. Su mano estaba sobre la baranda, y por un momento tuve la terrible angustia de que fuera a lanzarse al vacío.

Sebastian cerró los puños.

—¡No! —grité, y quise meterme entre los dos, pero Sebastian me apartó.

Golpeó a Lucian en el pecho con la punta de los dedos, e insistió.

—Tendría que darme lo mismo —no lograba dominarse—, pero no es así. Voy a decirlo solo una vez: ¡Deja a Rebecca en paz! ¡Que no vuelva a verte cerca de ella o llamaré a la policía! ¿Entendiste?

Lucian asintió.

—Claro como el agua —le respondió—. ¿Pueden disculparme ahora?

Con estas palabras, le quitó de la mano el antifaz a Sebastian, pasó junto a él, mirándolo de reojo, y desapareció.

Yo me quedé como plantada.

Suse se me acercó.

—Becky —me dijo—, no te enojas; tampoco con Sebastian. Estamos preocupados. Solo queríamos ayudarte.

No le contesté, sino que la dejé parada y me fui.

Fuera del búnker, en un charco brillante, estaba el antifaz de pico de pájaro de Lucian. De él no había ni rastro.



**E**l mirlo era demasiado grueso para la ramita. Se había posado en ella, pero comenzó a aletear asustado en cuanto sintió que se doblaba bajo su peso; se prendió de ella de nuevo y, dando tres afanosos aleteos hacia arriba, buscó un lugar más seguro. Al llegar ahí, inclinó la cabeza y me miró a través del cristal manchado de la ventana. Al siguiente instante había vuelto a levantar el vuelo hacia el cielo gris. Me quedé mirándolo.

*Can you hear me, can you hear me through the dark night, far away...  
(¿Me escuchas, me escuchas a través de la noche, allá lejos...?).*

La voz llegó a mis oídos como a través de la niebla. Sonaba queda, ronca y un poquito irónica. Conocía aquella melodía y también la letra: *Sailing* (Navegando), de Rod Stewart. En segundo plano se escuchaban risitas. Penosamente, aparté la vista de la ventana y noté que la sangre me subía a la cabeza. El objeto de la diversión general era yo. Era Tyger quien cantaba esa canción, y me había convertido en el hazmerreír de toda la clase. No entendía que no lo hubiera captado de inmediato. Pero ¿dónde diablos se encontraba Tyger? No estaba en la tarima, tampoco en la ventana o en la pared junto a la puerta.

*Can you hear me, can you hear me...?*

Las risitas en el aula se transformaron en incontenibles risotadas. Todas las miradas estaban clavadas en mí, con excepción de la de Sebastian que, haciéndolo notar, estaba sumido en su libro. También Suse luchaba por contenerse. Presionaba su rodilla contra la mía y señalaba discretamente hacia atrás con el pulgar. Tyger se

encontraba justo detrás de mí silla, tan cerca que con el codo rocé su traje gris claro al darme vuelta.

—*Hello there, Miss Wolff!*<sup>[45]</sup> —dijo con su irónica sonrisa—. ¿Ya hemos regresado de nuestro viaje en velero por las nubes? Más bien deberías haberte quedado en tierra con tus pensamientos. Para ser más exacto, en clase. Pero seguro que no quieres perderte nada, ¿verdad?

—No —le espeté irritada.

—*Very well*<sup>[46]</sup>. Tyger me puso la mano en el hombro. Era un contacto que contrastaba con el frígido tono de su voz—. Entonces te recomiendo que te concentres en el aquí y ahora. Hay personas que, soñando, se lanzan contra un auto que viene en dirección contraria. Ensuciar la vida de otros de esta manera no es lo correcto.

Furiosa, traté de tomar aire, pero Tyger había vuelto a su mesa. Sorbió el té y pidió voluntarios que quisieran leer lo que habían redactado. Yo ni siquiera había comenzado mi escrito, y deseaba que Tyger me dejara en paz por el resto de la clase.

Para mi sorpresa, fue Sheila quien levantó la mano. Tyger elevó una ceja al verla. Sheila había escogido la primera frase de *El retrato de Donan Grey*, de Oscar Wilde. A cambio de nunca envejecer y seguir siendo siempre tan bello, el joven Donan Gray estaba dispuesto a sacrificar su alma.

La novela comenzaba con las palabras La fuerte fragancia de las rosas impregnaba el *atelier*<sup>[47]</sup>, y Sheila, con su horrible acento, describió impecablemente cómo el escritor irlandés Oscar Wilde, ya en esta primera frase, dejaba claro que la belleza de la naturaleza es perecedera. El aroma que ahora era fuerte, desaparecería. Las rosas que todavía estaban lozanas, se marchitarían. No era intrascendente que esta fatalidad la volviera más bella y su dulce perfume fuera aún más intenso.

—*Excellent work!*<sup>[48]</sup> —señaló Tyger, al tiempo que Sheila concluía su ensayo.

Mas su mirada no se dirigió a Sheila, sino que se orientó hacia otro lado.

—¿Qué has sacado de esto, Sebastian? ¿Este encomio de la belleza que ha hecho Sheila ha sido suficiente para esta pequeña composición?

Otra vez las risitas reprimidas de la clase cobraron volumen. Tampoco yo pude aguantarme una. Que ese trabajo no había salido del cerebro de mierda de Sheila era evidente, pero que Tyger hubiera descubierto con tanto tino al verdadero autor, me sorprendió.

—No sé qué quiere usted decir —expresó Sebastian, esforzándose por lucir incólume. Pero Sheila se puso roja hasta la raíz de sus cabellos.

—¡Yo lo escribí! —se defendió ella.

—Esto no lo he dudado ni un segundo —la halagó Tyger benévolamente—. Hagamos lo siguiente: tú me das tu texto, y si el trabajo de Sebastian resulta sin faltas, añadiré a tu seis un plus como signo de mi espíritu deportivo. ¿De acuerdo?

Sin aguardar la respuesta, Tyger se apartó de una Sheila a punto de las lágrimas.

—¿Y qué libro has escogido para ti. Sebastian?

Sebastian carraspeó y se puso a leer su trabajo, de cuyo contenido me había comentado la semana anterior, poco antes de que intentara besarme.

Habían transcurrido cinco días desde el baile de máscaras. Cinco ácidos días durante los cuales estuve entregada a la enervante montaña rusa de mis sentimientos. Me sentí aturdida, desconcertada, triste, angustiada, impotente, perpleja. Pero ahora estaba frenética contra Dios y contra el mundo. Ese mundo serían: Tyger, con sus cínicas bromas y su mirada de rayos X; Suse, quien, arrepentida, buscaba mi cercanía; Sebastian, quien mostraba indiferencia para conmigo y actuaba como si yo fuera de aire; Janne, quien dada de alta el domingo, me saludó con fingida amabilidad, y Lucian, quien me había dejado llena de preguntas.

Pero, sobre todo, estaba furiosa conmigo misma. Aborrecía ese pensativo y distorsionado. Algo en el que había mutado: el vacío en mi pecho, ese mierdoso anhelo hacia un joven que estaba sumido en problemas hasta el cuello y solo representaba enigmas. Para decirlo con las palabras de Tyger; No, no tenía que correr contra otros autos para ensuciar vidas ajenas. ¡Quería recuperar mi vida! Deseaba divertirme, hacer tonterías. Como siempre, como antes.

En vez de eso, iba por el país como un solitario cangrejo blindado, sin dejar que nadie se me acercara, y no lograba concentrarme en nada, excepto cuando me lanzaba a la piscina.

Desde que Janne había levantado mi prohibición de salir, era ahí adonde huía cada tarde, pero igual que en los últimos días, hoy me sentía pesada e inerte, y cuando dos viejas con gorros de baño floreados obstruyeron mi carril en el momento en que ya había avanzado, bufé contra ellas convertida en una furia descontrolada.

Las dos tipas chillaron asustadas y huyeron al siguiente carril. «Sí, por favor, márchense», pensé, enfurecida. El camino quedó libre para mí.

*¿El vestido que llevabas... era blanco? ¿Un vestido esponjado, azul cielo, con un pez de colores estampado? Tu mochila escolar, ¿era roja con puntos blancos?*

Como fuese, mi memoria parecía tener su escala de valores. Mientras que no tenía la menor idea de lo que había llevado el primer día de escuela, sabía extrañamente y con toda precisión qué había comido aquel día; sopa de letra en Mama Leone, restaurante italiano de Altona, del que durante muchos años fuimos clientes asiduos. Me acordaba de papá, Janne y Spatz que estuvieron sentados a la mesa conmigo, junto al bar, y recuerdo al grupo mesero que todo el tiempo me llamaba *signorina*. Tenía pestañas como las de Liza Minelli (había constatado Spatz) y una sonrisa que me habría gustado llevarme a casa en una *doggy bag*<sup>[49]</sup>, porque lo ponía a uno de buen humor. Pero todo lo demás se había desvanecido, hundido en alguna profundidad cuyo contenido tendría yo vedado.



Desde luego que existían fotos de ese día, y toda la noche del sábado me la había pasado revolviendo el desván en su búsqueda, pero no di con ellas. El álbum completo había desaparecido. Janne, Spatz y yo lo ordenamos durante una lluviosa *Ladies Night*, cuando yo tenía diez u once años. Vaciamos una caja de cartón llena de fotos, y Janne se rio cuando tuvo la ocurrencia de decir que aquello era un rompecabezas completo del pasado, revuelto por el azar. Escogimos las fotos, las pegamos y quedaron bien fijadas en el orden correcto: Janne encinta, Janne en labor de parto en el hospital Barmbek, Janne conmigo como un diminuto paquete en sus brazos, y yo con los ojos fuertemente cerrados, como si el sueño fuera un trabajo duro en el que tenía que concentrarme. Bajo la foto estaba el poema de *Rilke*<sup>[50]</sup> que Janne y papá habían escogido como lema de mi nacimiento.

*Geheimnisvolles Leben du, gewoben  
aus mir und vielen unbekanntem Stoffen,  
geschieh mir nur.  
Mein Sinn ist allem offen,  
und meine Stimme ist bereit zu loben.*

(¡Vida llena de misterio tú,  
tejida de mí y de numerosas telas desconocidas!  
¡Sucede solo para mí!  
Mi sentido está abierto a todo  
Y mi voz está lista para la alabanza).

Antes de que Spatz saliera rumbo al hospital para traer a Janne, le pregunté por el álbum, pero no sabía dónde estaba; y Janne, a quien le pregunté por la noche, solo meneó la cabeza sin decir palabra. Olía a sudor y a hospital. Con esfuerzo había logrado llegar a la puerta con muletas y cojeando, taciturna, nerviosa e infinitamente fatigada.

Por la noche le mandé un *mail* a papá diciéndole que tenía un par de preguntas que hacerle, pero solo recibí una respuesta automática de ausente.

Y hoy, cuatro días después, no había logrado avanzar más. Luego de la natación vine a casa y traté de hacer la tarea, pero eché pestes porque no pude concentrarme ni una sola vez.

Mi madre estaba extrañamente eufórica. Testaruda, y a pesar de las muletas y el tobillo roto, subió por la escalera de caracol y anunció (hoy le tocaba a ella ser la reina del miércoles) que deseaba una noche de juegos. Jugamos *canasta*<sup>[51]</sup> y *scrabble*. Me reí histéricamente por lo bajo cuando vi que con las letras que me habían tocado podía formar L, U, C, I, A, N. Traté todo un cuarto de hora de formar un

*anagrama*<sup>[52]</sup> con ellas, pero no lo logré; así que separé las letras formando *Luchs* (lince) y *Anis* (anís). Escuchamos a Mozart. John Boy y Jim Bob gorjearon al compás de la música, y cuando Spatz formó la palabra *Kalender*, supe de inmediato que podría avanzar con mis preguntas. Ya no tenía que esperar a que mi madre y Spatz se fueran a dormir.

Definitivamente, esta vez Janne no tenía para cuándo acabar. Eran casi las once y media cuando bostezó en la quinta ronda del scrabble.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Lo que Spatz reforzó con otra pregunta.

—¿Aún no estás cansada?

—Todavía voy a ver las noticias —mentí—, por las elecciones en Estados Unidos.

Spatz asintió. Toda la noche se mantuvo eufórica porque en dos semanas ya estaría en el taller.

—Lo logrará —dijo—, Obama ganará. Apuesto cualquier cosa.

Sintonicé la NTV, donde habían venido presentando los pronósticos para las elecciones presidenciales. Parecía que Obama le iría bien. Todos creían en él, en el cambio, en su luminoso *Yes, we can* (Sí, podemos), pero en estos momentos me importaba un bledo si ganaba él u otro cualquiera. Solo necesitaba una excusa para poder quedarme allí arriba, sin que nadie me perturbara.

Cuando Janne y Spatz me gritaron buenas noches desde abajo, y John Boy y Jim Bob escondieron sus cabecitas bajo el ala, me dispuse a abrir el secreter de Janne, que antaño pertenecía a mi bisabuela. Janne sentía mucho afecto por Moma, pues ella le había dado algo que jamás recibió de su madre: reconocimiento, ternura, consejos. Cuando Janne se enamoró por primera vez de una chica, abrió su corazón a Moma y fue esta quien también la animó a que cumpliera su deseo de tener un bebé y estudiar psicología.

Moma vivía en Dusseldorf, en una pequeña *mansarda*<sup>[53]</sup> con balcón y vista al Rin. Si bien ya era muy anciana para subir tantas escaleras, se negó obstinadamente a mudarse a otro lugar. Janne y yo la visitábamos cada año durante las vacaciones de primavera. Me acuerdo de la dentadura postiza de Moma, que por la noche depositaba en un vaso de agua sobre su buró, y también recuerdo su debilidad por los *Ko-diamanten*, bombones de chocolate amargo, mazapán y trufa, que contenía ron jamaicano. Janne los compraba en la dulcería de Otto Bittner, en la misma Dusseldorf. Mientras Moma, sentada en su floreado sofá (para mi fascinación, sin la dentadura), saboreaba los chocolates, me contaba historias de su niñez y me pedía que le hablara de mis cosas.

Poco después de mi décimo cumpleaños, Moma falleció de una neumonía. Un joven del edificio, que le traía el mandado y le subía el correo la encontró sin vida en

la cama. Moma dejó unos dos mil euros, muchos libros y sus muebles, de los cuales mi madre solo quiso el secreter, que trasladamos hasta Hamburgo en la camioneta de Janne.

Yo sabía que en una de las gavetas estaba la caja floreada de cartón con las cartas que Janne le escribió a Moma. Debajo de todo lo que había en la caja, hallé lo que andaba buscando. Janne envió a Moma un calendario-álbum con fotos de cuando estuve en el kínder y en la primaria.

Fui hojeándome a lo largo de los meses. La foto de mi primer día de escuela primaria la encontré en agosto. Era una mañana soleada, sin nubes. Yo estaba frente a la escuela. Detrás se veía un fragmento de los banderines de tela en los que, con colores brillantes, estaban los nombres de los pichones de primer año. Llevaba trenzas y tenía la mirada concentrada en la cámara; abrazaba fuertemente mi mochila escolar, que era roja, roja con puntos blancos. Mi vestido de esponjosa tela azul cielo llevaba estampado en el pecho un pez de colores, y de mi cuello colgaba resplandeciente el pequeño sol.



**L**a luna brillaba a través de la ventana. Ya casi era luna llena. Nubes oscuras pasaban delante de ella en precipitado cortejo, como si alguien hubiera presionado la tecla *fast forward* (avanzar rápido). La ocultaban, la dejaban libre, cubrían con un velo su rostro de plata y se apresuraban, impulsadas por el viento, a lo ancho del cielo nocturno. De las bocinas de mi estéreo sonaba *Ode to Ocracy*, de Mando Diao. Eran las dos cuarenta y cinco.

Estaba sentada en la alfombra de mi cuarto, en medio de cuadernos, pinturas mías y viejas boletas de calificaciones de la primaria. Increíble que hubiera guardado todo eso. A diferencia de Janne, que normalmente se dedicaba a escombrar, a mí me costaba separarme de las cosas. Siempre sentía que algo de mí se desprendía. Pero ahora no buscaba nada mío. Buscaba a León, el joven en traje de milrayas y el pan de mantequilla y huevo. Con sus rizos negros y ojos tristes, me había espiado un día lluvioso después de la escuela para obsequiarme una margarita. Esos eran los fragmentos que recordaba, y me había aferrado a la esperanza de que Lucian pudiera ser León. Lo que yo necesitaba era el apellido de este último. No era un apellido común; de eso todavía me acuerdo. Entre dos cuadernos encontré un periódico escolar con el ocurrente título de *Manchas de Tinta*. Durante el cuarto grado hubo una semana de proyectos, en la cual nos dividíamos en grupos, en los que se trataba un tema y elaborábamos artículos para el periódico. Suse y yo entrevistamos a una autora de libros infantiles, de Hamburgo. Vivía en Winterhude y cada tarde se le veía con su laptop sentada en un café, escribiendo. En ese entonces, Spatz era mesera en dicho establecimiento y preguntó a la autora si podíamos entrevistarla; por suerte, accedió. Para Suse y para mí fue algo terriblemente emocionante. Con las mejillas encendidas, nos sentamos en la mesa del café de la escritora y nos turnamos para hacerle preguntas: *¿Cómo se le ocurren las ideas? ¿Cuántos libros lleva escritos?*

*¿Qué tal se gana como escritora? ¿Harán películas de sus libros?*

La entrevista apareció en la segunda página del periodiquito. En la página contigua había historias de alumnos, todos de cuarto grado. Una de ellas me llamó la atención de inmediato.

Llevaba el título de «Reflejo en el espejo».

*Me miro en el espejo,  
Pero nadie me mira desde él.  
¿Quién soy yo?  
¿Qué soy yo?  
¿He sido inventado?  
¿Estoy soñando?  
Y cuando despierto,  
¿estaré entonces muerto?*

El nombre de su autor venía inmediatamente debajo: *León Schimrokta*. Minutos después estaba sentada frente a mi computadora, buscando el nombre en Google. Encontré una sola entrada y di gracias al cielo de que no se apellidase *Müller*, de los que habría millares. León Schimrokta iba en la undécima clase de la secundaria Kaifu, era el presidente de la sociedad de alumnos y tocaba el chelo en la Gran Banda del Curso Superior. Había una foto de la banda y lo reconocí de inmediato<sup>[54]</sup>. Estaba en primera fila y tomaba a una bella muchacha por el talle. Seguía siendo bastante delgado. Llevaba corto el pelo oscuro y en vez del traje milrayas vestía unos *jeans* a la cadera, así como camiseta color claro y chaleco rojo Burdeos. León miraba serio y seguro de sí. Tenía algo del tipo de Lucian en todos los aspectos, pero no era Lucian.

Frustrada, apagué la computadora.

Es claro que cualquier otro chico de mi primaria pudo haber perdido la memoria. Quizá Lucian era alguien que había vivido en mi barrio. A lo mejor era el hermano o primo de algún compañero mío. Por un momento tuve la idea de que mi padre pudiera tener un hijo secreto, alguien cuya existencia desconociera del todo.

«¡Eso es, Rebeca!», dije en voz alta.

Como siguiente elucubración consideré la posibilidad de que fuese un mellizo que habrá sido raptado luego de nacido o, mejor, un medio hermano del que nunca se ha hablado, producto de otro affaire que Janne, como es comprensible me habría ocultado, porque a pesar de su preferencia por las mujeres y contra todas las reglas morales, su pasión por uno de sus clientes se habría encendido; y él, para ver las cosas desde una excelente perspectiva, se habría fugado de la cárcel, se parecería sospechosamente a George Clooney, y a cada consulta le traía magnolias, en cuyos cálices ocultaba diamantes...

Y al siguiente miércoles enchufaría de nuevo mi cine mental cuando sonara la melodía de mi telenovela preferida, *Desperate Daughters* (Hijas desesperadas), ¿no es así?

Me duché, me eché agua fría en el rostro y regresé corriendo a mi alcoba.

Pero ¿la inscripción de mi dije, mi vestido, mi mochila escolar, mi padre (que hablaba inglés conmigo)? ¿Por qué Lucian habló de todo ello con tanto detalle?

Embutí todo aquel viejo montón de papeles en la gaveta, apagué mi CD-player, que no podía escuchar en medio de la noche, y, en cambio, busqué en mi iPod la canción más salvaje que tuviera. Titubeé entre un remix de *Funky Town* y *Robot Rock*, y me decidí al final por la *Radio Edition 2005* de *Pump Up the Jam*. Giré el volumen hasta el tope y bailé sobre mi cama al ritmo de la canción hasta que bajo mi peso se rompió la base.

*So What!* (¡Qué más da!). Para dormir ya era demasiado tarde; o, mejor dicho, demasiado temprano. Eran casi las cuatro y media. Pero al menos me sentía un poco mejor.

Me fui a la cocina por algo de beber. En el cuarto de Janne y Spatz había luz que se colaba por el ancho espacio entre la puerta y el piso de parquet. No quise esforzarme por escuchar. Hablaban en voz baja, pero por la brecha de la puerta se oía todo. Se entendía claramente cada palabra.

—Me enojé tanto contigo —decía Janne—, pero al final fue lo mejor dejarla ir. Creo que ahora todo está bajo control.

—¿Bajo control? —Spatz parecía sobresaltada—. ¡No entiendo lo que dices! ¿Qué significa toda esa cosa con John Boy? ¿Y qué le ocurre a Rebecca? Tu hija está trastornada por completo. ¿De verdad crees que va a dejar las cosas por la paz? ¡Entonces te engañas! Tratará de volver a verse con ese joven, y a la inversa.

—¡No después de esa noche! —Janne sonó enérgica—. Sebastian ha hecho lo que tenía que hacer al amenazar a Lucian con denunciarlo con la policía. Estoy feliz de que Suse y Sebastian se toparan con él en el mejor momento.

—¡Pero no estás haciendo lo correcto, Janne! ¡Tienes que hablar con ella!

—¡No! —el cuchicheo de Janne que siguió apenas se escuchaba.

Spatz suspiró, y de repente en el pasillo solo hubo oscuridad. Habían apagado la luz. Todo era quietud.

Yo solo pensaba en quién me había traicionado. ¿Suse o Sebastian? ¿Sebastian o Suse? ¿Quién de los dos había hablado con Janne?

La mañana siguiente cacé a Suse antes de entrar en la escuela. Bajo su saco verde de cuero traía la camiseta que Janne le obsequió en su cumpleaños.

—No tengo nada que ver con eso —me espetó Suse, mirándome enfadada—. Ni siquiera sabía que Janne estaba vuelta en tu casa. ¡No le he dicho ni una palabra! ¡Becky, por favor, cuéntame qué quiere ese tipo de ti! ¿Qué significa todo este

asunto? ¿Por qué no me has contado nada?

Dio un paso hacia mí. Su mirada tenía algo de súplica.

—¿Por qué no te hablo de esto? —bufé—. Quizá por la misma razón por la que no debería haberte contado nada de Michelle. Conoces de sobra la manera tan alérgica en que respondo a esto. ¿Y qué haces? Se lo gorjeas a Dimo en la oreja. ¿Qué necesidad tenías? ¿No tienes ninguna historia tuya que le pudieras despepitar?

Suse se paró como si yo fuera una serpiente venenosa.

—No entiendo —me respondió con lentitud—, no entiendo cómo has cambiado.

Callé. Me di cuenta de que estaba siendo vil con ella, que la estaba lastimando, pero no pude hacer otra cosa. En vez de irme en reversa, apreté el acelerador a todo lo que pude.

—¡Y yo tampoco comprendo que puedas ser tan ignorante! —reviré—. Están tan ocupados tú y tu estúpido Dr. No que no captas en absoluto lo que me ocurre. *Quizá se ha fugado de la cárcel* —remedé el tornillo de Suse—. *Quizás ha matado a alguien. Si me lo preguntas, este tipo es un caso para la policía...* ¿Crees que eso es de alguna ayuda? ¡Ni siquiera has intentado entenderme! En vez de eso corres con Sebastian y me delatas con él. ¿O también vas a negar eso?

Suse se puso pálida pero eso no me impidió seguir hostigándola.

—¡No necesito deladoras! Lo que requiero es una amiga en la pueda confiar y que este a mi lado. Pero parece que no la tengo. Así que, si de veras quieres saber por qué no te cuento nada, parece que existen motivos.

—Sí —la voz de Suse se volvió de repente baja—. Hay motivos de sobra. Si ves la cosa desde ese punto de vista, entonces no tengo nada que añadir ni qué preguntar —con esto dio media vuelta y se marchó.

Me quedé mirándola. Mi furor había salido. Me sentí tan aniquilada como nunca antes en la vida.

Ese día Sebastian no asistió a la escuela y Suse tomó su asiento; luego de haber pasado dos horas de mate, un examen de español y una soporífera hora de francés, me dirigí a casa de Sebastian.

No vivía lejos de la mía, en la avenida de Pescadores, en Ottensen, y cuando toqué, me abrió la puerta su hermanastro menor, Karl.

—No puedes entrar —me dijo—. No debo abrir la puerta.

—Pero abriste —le contesté, riendo—. ¿Dónde está tu mamá?

—De compras.

—¿Y Sebastian?

—Se la pasa vomitando. —Karl apartó la cara. Me caía bien el pequeño. Tenía rizos rojos, un rostro redondo lleno de pecas, y una honestidad que desarmaba—, y además tiene que cagar todo el tiempo. Vomitar y cagar. Todo el baño apesta.

—¡Oh! —demasiada información—. ¿Dónde está tu hermano entonces?

—En la cama. Duerme. —Karl levantó la nariz—. Y tú tienes que irte.

Ya me iba a cerrar la puerta en la nariz, cuando coloqué el pie.

—Tengo que darle algo a tu hermano. De la escuela. ¿Me dejas entrar un poco? Por favor, ¿sí? —suplicante, le sonreí—. Tú me conoces. No soy ninguna extraña. Tu mamá no te regañará si me ve.

—¿Y si lo hace, te echarás la culpa? —los ojos del pequeño mostraban su temor.

—¡Claro! —acaricié sus rizos rojos—. Yo cargaré con toda la responsabilidad.

—Entonces está bien —titubeando, se echó para atrás y yo toqué suavemente en la puerta del cuarto de Sebastian. Como nadie contestó, bajé la manija. Las cortinas estaban cerradas y él se encontraba acostado bajo la cobija, con la espalda contra la pared. Con precaución, entré en la habitación, y cuando se volteó hacia mí, ambos nos asustamos.

—¿Qué quieres aquí? —rezongó, y se echó la cobija sobre el pecho, como un escudo.

—Hablar contigo.

—No quiero escuchar —su voz era fría y de rechazo.

—¿Cómo entraste?

—Yo no tengo la culpa. —Karl había entrado en la alcoba y llevaba las manos en los bolsillos de los pantalones. Miraba a su hermano mayor, intranquilo.

—Así es —intervino rápido—. Lo tomé por sorpresa. Karl, ¿nos dejas un momento a solas, por favor?

Meneó la cabeza y dio un paso hacia delante, pero Sebastian, con un movimiento del brazo, le indicó que se marchara.

—Haz el favor, enano. Está bien. Le diré a mamá que yo la dejé entrar. Vete a tu cuarto, ¿ok?

—Ok —y, a regañadientes, Karl salió.

No sabía dónde sentarme. En la habitación de Sebastian reinaba el caos. En la mesita de noche se amontonaban los libros. Por todas partes había ropa esparcida: en el suelo, en la silla del escritorio, en un taburete. En un rincón, bajo el saco de boxeo advertí el disfraz de conejo. Sus enormes ojos redondos me miraban fijamente, y me sentí incómoda.

—Bueno, pues —se incorporó en la cama y le dio un trago a la botella de agua que tenía en la mesita de noche. Se veía pálido y malhumorado—, ¿qué quieres?

—Quiero saber por qué hablaste con mi madre —dije con toda la tranquilidad posible.

—¿Con tu madre? —Sebastian arrugó la frente—. ¿De qué mierda hablas?

—Tú le contaste de Lucian. Al menos reconócelo —me senté a los pies de la cama. Sebastian se retiró como si fuera yo quien tuviera una enfermedad contagiosa.

—No conozco a ningún *Lucian* —expresó despectivamente—. Solo conozco a un



tipo que te espía desde hace semanas y que, de acuerdo con Suse, es un merodeador trastornado. Pero ¿por qué debería haber hablado con tu madre sobre él? ¿Por quién me tomas?

—Pero... —estaba desconcertada por completo. Sebastian decía la verdad: él no podía saber cómo se llamaba Lucian. Yo no había mencionado su nombre nunca antes, ni siquiera a Suse. A nadie le había contado de mi encuentro junto al Elba.

—Pero mi madre —susurré—, sabe que lo vi en el baile de máscaras y que tú amenazaste con denunciarlo a la policía. Ella sabe su nombre. ¿De dónde sabe todo esto si no es por ti o por Suse?

—¿Soy acaso James Bond? —me miró de manera burlona—. No tengo idea de cómo lo sabe. Quizás hasta él mismo se lo dijo.

Esta última frase tenía que ser un chiste, una observación cínica, pero me sentí terriblemente mal. Cerré los ojos y pensé en las palabras de Lucian en la terraza del búnker: *Hay alguien a quien le he contado de mí, y hay un par de cosas que he averiguado.*

¿Podría ser? ¿Sería posible que ese alguien fuera Janne? ¿Mi madre?

Como en una serie de diapositivas, brotaron imágenes en mi interior, una tras otra: el bazar, el libro de Janne, el libro de los sueños que ella había obsequiado a alguien que tenía toda la pinta de no llevar un centavo en el bolsillo. La rara manera en la que Janne se había comportado las últimas semanas. Sus descontroladas orgías culinarias para transferirse a otros pensamientos. Sus extrañas miradas de soslayo, su exagerada preocupación, hasta abofetearme aquella noche en el Elba. El arresto domiciliario...

Cuadraba. De un modo absurdo pero, de golpe, todo encajaba. Tenía sentido, pero al mismo tiempo era impensable. ¿Lucian yendo a verse con mi madre? En tal caso, ella lo sabría todo; no solo lo que yo le había ocultado, sino hasta lo que él no me había contado: los problemas, las angustias de Lucian y hasta la respuesta a las preguntas que me había hecho en el baile de máscaras acerca de mi primer día de escuela.

—¡Dios mío! —murmuré. El álbum de fotos, ¿lo habría escondido Janne?

—¿Rebecca? —dijo Sebastian, tocándome ligeramente—. Estoy tremendamente molesto contigo, pero no dejo de preocuparme. ¿Quién es ese tipo? ¿Qué sabes de él?

Me quedé mirando a Sebastian. Sus ojos bailaban. De súbito, parecía indefenso, como si su armadura interior se hubiese deshecho. Me inundó una oleada de calidez. Con gusto me habría acurrucado con él bajo la cobija.

—No mucho —repuse—. Él... él perdió la memoria. No tiene idea de quién es, pero de alguna manera parece que yo le atraigo. Y él. —Bajé la cabeza—, y él a mí.

—Eso es lo que he observado —declaró Sebastian. Esbozó una sonrisa torcida; era un gesto de decepción, y su voz era baja—. ¿Entonces te viste con él en el Elba en

la fiesta de Suse?

Asentí.

—Casi caí en sus brazos. Es todo un misterio, pero no logré resistirme. No quiero causarte dolor, Sebastian, de veras que no, pero es algo que no entiendo. Él... sabe cosas de mí —abracé el dije con los dedos—. Conoce detalles de mi niñez. Creo que ni él tiene idea de cómo lo sabe. Cuando nos vemos, entonces siento...

—¡Hey, alto! —Sebastian puso un dedo sobre mis labios, y su mirada estaba llena de decisión—. No pregunté acerca de tus sentimientos. Si los quieres expresar, que no sea conmigo, por favor. Para eso tienes a tu mejor amiga; si no la has ofendido ya.

Me mordí el labio. «¡Diste en el blanco!», pensé.

Nos quedamos callados un momento.

Sebastian apartó de su frente el cabello lleno de sudor y suspiró.

—Ok —prosiguió—. Supongo que lo que dices es así. ¿Cómo ha llegado tu madre a saber todo esto?

Le conté a Sebastian del libro, del bazar y de mis sospechas de que Lucian se hubiera confesado con ella.

Pero Sebastian movió la cabeza.

—¿Por qué habría de contarle que se ve contigo? Eso equivaldría a bloquearse el paso. ¿Janne no ha hablado de esto contigo?

—Calla como una tumba, pero ahora al menos puedo explicarme por qué está tan rara conmigo.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —se me quedó mirando.

—No sé —contesté al cabo de un rato.

Pero nada de esto tenía pies ni cabeza. Lo sabía yo de sobra.



Janne había trazado una frontera radical entre sus dos vidas, como llamaba al área laboral y a la privada. Antes, cuando yo todavía iba al kínder, ella solo pasaba medio día en el consultorio, todo el trabajo escrito se le traía a casa; pero ahora todo, salvo los casos urgentes, lo hacía en Eimsbüttel, que era la parte de la ciudad donde atendía. En bicicleta estaba como a media hora de nuestro domicilio, y el viernes de verano, cuando concluía mi quinta clase, a menudo recogía a Janne para pasar con ella el descanso de mediodía.

Al igual que Ottensen, Eimsbüttel parecía un pueblo en medio de la ciudad, todo lo que se necesitaba para vivir se encontraba aquí, agrupado en un angosto espacio: librerías, tiendas, farmacias, pescaderías, comercios turcos de frutas y verduras, heladerías y todo tipo de restaurantes se mezclaban entre bellos edificios antiguos. Janne tenía tres lugares favoritos que frecuentábamos alternativamente: el vespers, donde preparaban la mejor ensalada César; el Esszimmer (comedor), restaurante de exquisiteces que cada día ofrecía una comida corrida diferente; y el Nico, pequeño y manejado por una familia italiana que cocinaba unos platos de pastas suculentos.

Cuando hacía sol, nos sentamos afuera, en largas mesas plegables, y luego nos dedicábamos a pasear por el barrio y a hacer las compras. Cada par de metros la saludaba alguien, y el personal de los restaurantes la llamaba por su nombre.

A Janne le encantaba mostrarme las tiendas y demás casas del lugar que le gustaban.

Me llevaba de compras cuando veía algo que creía que me quedaría bien (en lo que atinaba la mayoría de veces), y cuando me presentaba a alguien había una nota de orgullo en el tono de su voz.

En el único lugar que no nos deteníamos era en su consultorio. Este se encontraba en el Eppendorfer Weg, entre el restaurante italiano y el exquisiteces, en un bello

edificio antiguo con fachada amarilla claro y coloridas flores en la ventanas; pero siempre que llegaba a recoger a Janne me sentía como rechazada. Me parecía como si quisiera sacarme de allí lo más pronto posible.

Antes eso me fastidiaba.

—¿Por qué haces esto? —le había preguntado a mi madre—. ¿Tienes miedo de que me tope con algún loco?

—No realmente —me respondió en aquella ocasión—. Simplemente no quiero que te relaciones con todo lo de aquí. Dentro de estas parees hay mucho dolor, aun cuando a ti quizá te suena cómico.

Eso fue todo. La actitud de Janne me pareció bastante retorcida, pero al final me conformé.

Cuando la mañana del jueves me salté clases y recogí la llave de repuesto del consultorio de Janne guardaba en el secreter de Moma, mi madre todavía estaba en casa, tenía una cita con el médico a las nueve y media, y Spatz quería llevarla. Por tanto, yo contaría con apenas dos horas antes de que ella se encaminara al Eppendorfer Weg, si es que iba a presentarse hoy a dar consulta.

Eran las ocho y cuarto. Una mañana fría de apenas 5°C, pero había salido el sol. El cielo era de un azul claro. El camino estaba sembrado de brillosas castañas. Un grupo de niños de Kínder, tomados de la mano y acompañados de dos educadores, pasaron junto a mí. Una niña, de cara redonda y gruesas trenzas negras, gritó cuando le cayó una castaña en la cabeza.

—Annalena llora —dijo el chiquillo que iba junto a ella, y de inmediato acudió una de las educadoras a consolar a la pequeña.

Al abrir la puerta de la casa, me temblaban tanto los dedos que me costó meter la llave en la cerradura. El consultorio estaba en el primer piso. Los escalones crujieron mientras subía. A mitad de la escalera venía bajando una mujer de edad. Me sonrió y yo me apresuré a subir al segundo piso, pues no quería que me relacionara con Janne. Cuando me pareció que la mujer había salido del edificio volví a bajar.

Como un raterillo —que al cabo eso era yo—, me introduje en el pronto cuadrado. Junto al guardarropa había un jarrón alto con dos largas ramas de flores otoñales, rojas y amarillas. A la izquierda del zaguán estaban la cocina y el baño; a la derecha, la sala de espera, enfrente, el cuarto de tratamientos y, contiguo, el despacho. Ambas habitaciones estaban separadas por una puerta de dos hojas. Lo primero que llamó mi atención fue la nueva alfombra, blanca y peluda, en medio del cuarto de tratamiento; diríase que era una nube caída del cielo. Aquí no se notaba nada que denotaba sufrimiento o desesperación, todo parecía claro y amistoso.

Delante de las ventanas había una silla de cuero color marrón claro y, al frente, un cómodo asiento reclinable de ratán. A los pies se amontonaban cobijas de lana de distintos colores: rojas, verdes, amarillas, azules, blancas, gris, negras. Janne decía a

menudo que los colores son los espejos del alma. Y seguramente la elección de la cobija dejaba asomar algo del estado emocional de los pacientes ¿Cuál sería el más escogido? ¿Cuál habría tomado Lucian? ¿Habría estado aquí recostado? ¿Aquí, en el consultorio de Janne, frente a ella, mi madre?

Mis manos estaban frías y húmedas, al tiempo que el rostro me ardía. En una pequeña mesa de madera, junto a una caja de pañuelos desechables, había un jarrón rojo con una flor blanca.

El despacho de Janne era el mayor de ambos cuartos. La pared estaba totalmente cubierta por un libreto gigantesco; delante, con vista al otro cuarto, estaba el escritorio, sobre el que se encontraban papeles bien ordenados. A lo largo de la pared larga había alacenas con compartimentos, portezuelas y gavetas. Había más jarrones distribuidos por la habitación, con flores aún frescas, de las que emanaba un dulce aroma. El único elemento personal era una escultura de madera de tamaño humano, compuesta de tres cubos, unos sobre otros. Los cubos eran giratorios y el superior tenía grabados cuatro rostros diferentes, uno por cada lado. Sus ojos, ordenados asimétricos, tenían cierto parecido con las figuras de Picasso, Janne había descubierto la escultura en una galería de arte en Italia y ordenó que se la trajeran de Hamburgo.

Del lado que daba adonde yo estaba, la nariz y la boca habían intercambiado sus lugares, mientras que los ojos se juntaban, formando uno solo en el centro de la frente. El ojo me miraba fijamente. Me observaba de manera inequívoca.

Me aparté y me fui al escritorio de Janne. ¿Por dónde comenzaría? Su laptop estaba abierta sobre la mesa. Presioné la tecla de encender y maldije en voz baja. ¿No conocía la contraseña? Con una ciega esperanza tecleé *Wolfchen*, luego Spatz, luego Rebecca. Todo fue en vano, callejón sin salida.

Abrí las dos gavetas del escritorio, en una había clips, lápices, clics y post-its; en la otra, tabletas para la ronquera, aspirinas, palanquetas de almendras con miel y tampones.

Bien. ¿Y en los estantes? Aquí había todo tipo de compartimentos y portezuelas. Papeles de los servicios de salud, informes, solicitudes, en fin, lo de siempre. ¿Tendría que revisar todos esos papeles completos? El cerebro se me iluminó con la velocidad del trueno: si Lucian realmente estuvo con mi madre, no habría ningún seguro que se lo pagara. Aún en caso de que tuviera uno, no lo recordaría, no tenía ninguna identidad.

Abrí otro compartimento, que estaba lleno de carpetas ordenadas por orden alfabético. Los nombres de los pacientes no me decían nada. En el siguiente compartimento había casetes que daban la impresión de estar pasado de moda y me recordaban como Janne, hacia un par de años, se compró una grabadora, algo que me extrañó a más no poder.

—¿Grabas las conversaciones con tus clientes? —le pregunté—. ¿Es legal que lo

hagas?

Janne sonrió.

—Cuando los paciente están de acuerdo, sí, y lo hago solo con algunos.

La grabadora no se veía por ningún lado. Solo las cintas estaban ordenadas con cuidado en los oscuros casilleros de madera de la estantería. Algunos casetes conservaban todavía la envoltura de plástico, mientras que otros habían sido usados y tenían un nombre escrito. El casete de Lucian no estaba entre ellos. En el siguiente compartimento encontré agendas de cuero negro, depuestas también en orden alfabético con pequeñas letras doradas que les habían pegado al encuadernarlas. Saqué una de ellas al azar para revisar lo que contenía. Era obvio que Janne había escrito algunas anotaciones sobre uno de sus pacientes; se trataba de una mujer de nombre Anne B. Mi mirada se detuvo en las escuetas frases:

*Anne b.*

*12.4. 2008*

*Hermano discapacitado, fue el preferido de la madre*

*Padre frío, taciturno. Divorcio cuando A, tenía 5 años.*

*Cubierta de cama, pesada como el plomo.*

*Rasguños, zarpazos, ave de presa autolesiones.*

*Agresividad contra los demás y dirigida contra sí misma.*

*Pareja sin trabajo. Alcohólico.*

*Frío, taciturno (paralelismo con el padre).*

Cerré la agenda y la devolví a su lugar. Ok ¿Dónde estaba la letra L?

Había cuatro tomos:

*Fernando L.*

*Johanna L.*

*Kathalina L.*

*Sven L.*

*Shit!* Vi el reloj. ¡*Shit* otra vez! Había desperdiciado veinte minutos. Además todas esas L. eran iniciales de apellidos, y Lucian no tenía ningún apellido.

¿Me habría equivocado? ¿Estaba errada al pensar que él estuvo aquí?

¿Había sido una locura toda mi búsqueda?

Tenía que hacer algo aquí ¡Tenía que hacerlo, tenía que hacerlo, tenía que hacerlo!

Jalaba gavetas y abría compartimentos, cada vez con más frenesí, cada vez más desesperada (así deben sentirse los drogadictos en busca de sustancias), pero todo lo

que me saltaba a la vista eran gruesos portafolios y carpetas; era imposible revisar pieza por pieza, me llevaría días. Sentía un sudor frío en la frente. Tuve que ir al baño; tenía sed. Lo que no tenía era tiempo.

El maligno ojo doble de la escultura de madera seguía mirándome fijamente.

Furiosa, con saña y sin titubear, le devolví la mirada... Y entonces caí en cuenta. Me fui sobre la escultura, giré el cubo del medio (uno, dos, tres veces) y encontré la pequeña trampa oculta a simple vista.

Tiempo atrás, Spatz le había recomendado a Janne que buscara un compartimento secreto, dado que estaba a solas en su consultorio.

—No es un escondite —le había espetado Janne—, sino un lugar para determinadas cosas.

Oprimí la madera. La trampa saltó con un chasquido seco. El hueco interior estaba tres objetos: el álbum que yo andaba buscando, la grabadora y una agenda de cuero negro con la letra L dorada en el lomo.

Durante un momento no supe por dónde comenzar. Tomé la grabadora, pero la volví a dejar. Titubeé, eché un vistazo nervioso al reloj y me decidí finalmente por la agenda de cuero.



8.10.2008

*Último recuerdo consiente: de noche bajo el puente. ¡Desnudo!  
(Amnesia, ¡¿memoria a largo plazo?!).*

*Ninguna notificación de desaparición. Sin pasaporte; ningún objeto personal de valor.*

*Carece de nombre Contacto conmigo: Libro sobre sueños, bazar.*

*¡Nombre! Dirección encontrada en el directorio telefónico. ¡Comprensión idiomática intacta!*

*Habla alemán e inglés (acento americano) con soltura. Además, buen conocimiento de francés y del español (¿segunda enseñanza?).*

*Calles, ambiente: ajeno.*

*Personas: ajenas.*

*Excepción: «Hay una chica».*

*Es más o menos de su edad. Encuentros casuales: varios. ¿Puede alguien conocer a alguien a quien no conoce?*

*Suena con una niña pequeña (unos 5 años de edad).*

*En el sueño: una niñita y él en el agua. Aleta, tiburón. (¿Hermana pequeña? ¿Ahogada? ¿Shock?). Ningún sentimiento al despertar. Fuerte sensualidad y culpa: «No debo estar aquí».*

*La amnesia parece creíble. No hay lesiones visibles. Mirada intensa. Evasivo en cuanto a la muchacha con la que se ha visto. Al mismo tiempo, agitado cuando habla de ella. Ha mencionado una cadena que llevaba la muchacha. Le resulta conocida. Se negó a hablar al respecto. Desconfiado en*



*extremo. Muy inteligente.*

*¡Generar confianza! ¡¡¡¡Lentamente!!!!*

Las últimas frases fueron escritas con otro lápiz, e incluso la escritura era menos apresurada que antes. Probablemente Janne había escrito estos apuntes de la sesión.

Dejé el libro y estaba en el cierto. Lucian asistía al consultorio. Y, de hecho, había confiado en mi madre. Y la chica de su misma edad, a la que Lucian había encontrado, era... era yo.

¿Lo habría sabido Janne? ¿Ya desde ahora? Parece que no, ¿o sí?

Volví a tomar la agenda y releí las líneas por encima. Me quedé pensando en lo de la niña pequeña: mi madre supuso que se trataba de una hermana que se habría ahogado. ¿Dónde podría sido ese suceso el que desencadenara el *shock* que llevara a Lucian a la pérdida de la memoria? En caso de que así fuera, ¿tendría esa niña, su hermana pequeña... quizás algún parecido conmigo?

Me restregué las manos sudorosas en los *jeans* y volví a hojear. El 8 de octubre había sido el miércoles siguiente al bazar. También aquí yo sospeché bien: Lucian estuvo en nuestro puesto mientras yo me paseaba por la galería en busca de algo de beber para Janne y para mí. ¿Había descubierto el puesto antes o después de nuestro encuentro? No importaba cómo fuera, en todo caso encontró el libro de Janne sobre los sueños y mi madre se lo obsequió; era obvio que podía haber dado con la dirección del consultorio por el nombre de mi madre.

Era incomprensible que Lucian se hubiera sentado aquí. Era incomprensible que yo estuviera aquí sentada, leyendo.

Pasé la página.

11.10.2008

*Continúan los encuentros con la muchacha de su misma edad. No tiene recuerdos de antes y después.*

*Por otro lado, los sueños sobre la niña pequeña se vuelven más intensos; ahora cada noche. La muchacha en la entrada de la casa. Sola, mochila escolar roja. Una margarita en la mano.*

*La muchacha ante el espejo. Muchos espejos. De nuevo solo. Primero alegre, luego temerosa «¿Dónde estoy? ¿Dónde están ustedes?».*

*La chica con un hombre (?) en la orilla de un río. Conversación sobre la gravedad (tierra, luna, liga invisible). ¿Se pertenecen la una y la otra aunque estén tan alejadas entre sí?*

*Digno de nota: sus sueños no tienen que ver con la chica.*

*Siempre está de observador. Cuando le hablo al respecto, su primera*

*reacción es de desconcierto y luego de tristeza.*

*Antes y después se muestra muy desconfiado. Constantemente me observa: quiere saber qué escribo.*

*Excepción importante: esconde las manos.*

*Reacciona con pánico a la mención de la policía.*

Al mencionar a la chica en la entrada de la casa se refería a mí. De mi mochila roja todavía no me acuerdo bien. Y no hay duda de que la margarita es mi mano era el regalo de León Schimrokta.

Los espejos: fue en la feria de Hamburgo, donde derrochamos lo que Janne había ganado con el billete de lotería instantánea. Habíamos entrado a la casa de los espejos, nos perdimos y, durante unos cortos minutos llenos de pánico, yo perdí a las otras dos.

¿De dónde podía Lucian saber esto? ¿Cómo podía soñarlo? ¿Y Janne? ¿Sabía en ese momento de qué chica se trataba?

La orilla del río, el hombre junto a mi... ¡era mi papá! Nuestra conversación, como yo la conservaba en mi memoria.

Mis dedos temblaban tanto que tuve que cerrar los puños antes de dar vuelta a la página.

16.10.2008

*Tiene trabajo. Parece más abierto.*

*No ha vuelto a encontrarse con la chica.*

*Dos nuevos sueños.*

*De nuevo sin contacto directo:*

*1) Chica (edad normal), mono de papel maché, olla de color se cae (roja como la sangre).*

*2) Chica (pequeña), en la piscina a la intemperie.*

*Tiburón... colchón inflable... blanco... Sharky.*

Fue en este momento cuando ella comprendió. Lo supe por su escritura, que se volvía más nerviosa con cada palabra. El temblor de la mano se reflejaba en cada letra: luego, en el nombre de Sharky, el lápiz se le deslizó. Un trazo más largo y en caída torcida, como si hubiera sido el lápiz y no Janne quien se desmayara. Cerré los ojos, apretándolos. Delante de mi frente bailaban puntos grises; me sentí mal, y eso no mejoró al volver a abrir los ojos.

«Está bien, Rebecca. ¡No pierdas los estribos!». Miré por la ventana y parpadeé ante la brillante luz del sol que caía directamente en el cuarto. Fui a la ventana, la abrí

y aspiré el aire.

Sin contacto directo. Esta era la frase que me había tocado de manera más profunda. Me llegaba exactamente al lugar donde sentía ese vacío, la sensación de hueco en mi pecho.

Sin contacto directo.

Regresé a donde estaba, tomé la grabadora y oprimí la tecla de retroceso hasta que la cinta se detuvo, Luego empecé a escuchar.

Interferencias. Un carraspeo. Oí la voz de Janne.

Se escuchaba clara y dueña de sí; pero, conociéndola, advertí el estremecimiento interior.

—Lo que quisiera probar con usted hoy es algo como un viaje —decía mi madre—. Un viaje en sueños hacia el pasado. Quizá de esta manera logremos que usted haga contacto con la chica.

Pausa.

—Recuéstese. Busque una postura en la que se sienta cómodo. Así está bien. Ahora contaré lentamente del diez al uno. Simplemente déjese guiar por mis palabras. Déjese guiar por ellas. ¿Está listo?...

Ninguna respuesta.

—Diez —comenzó Janne. Su voz estaba ahora completamente tranquila, me llegaba casi como algo ajeno—. Sus ojos poco a poco se sentirán cansados... Nueve. Imagine que de sus párpados cuelgan pequeñas pesas que se vuelven pesadas, cada vez más y más pesadas, lentamente...

—Ocho. Sus ojos ahora están cerrados y se deja caer...

—Siete. Más profundo. Se deja caer lentamente, cada vez más y más hondo.

—Seis. Una onda de relajamiento recorre su cuerpo. La onda comienza por los pies.

—Cinco. Le sube por las pantorrillas, a los muslos. —Cuatro. Al vientre, y de ahí hasta el pecho.

—Tres, a sus brazos, a sus manos, A su rostro, a toda la cabeza...

—Dos. Ahora se siente cálido, tranquilo, relajado...

—Uno... —percibí cómo Janne respiraba hondo—. A partir de ahora usted está en una hipnosis profunda y sumamente agradable... ¿Cómo se siente?

Ninguna respuesta.

—Va a estar bien. Vamos a ir con lentitud —dice Janne en voz baja—. Usted regresa, muy atrás. A la primera vivencia que surja en su memoria.

¿Qué ve?

—Ahí. hay un edificio.

La voz de Lucian sonaba apagaba, muy lejana.

—¿Qué ve? —habló otra vez Janne; esta vez claramente más tensa.

—Banderas. Hay unas banderas blancas grandes. Con apellidos, nombres.

—¿Puedo leer los nombres?

—Josefine, Karlotta, Tom, Christiane, Susanne, León, Rebecca. Pausa, un ligero gemido.

—¿Qué más? —la voz de Janne temblaba—. ¿Qué más ve?

—Hay niños —oí cómo murmuraba Lucian—. Muchos niños. Padres. Ahí está la chica. Llevaba trenzas negras y un vestido azul con un pez estampado. Un pez de colores. Tiene una mochila en el brazo. Es roja... con puntos blancos. La chica mira a alguien hacia arriba. A un hombre. Tiene cabello negro, igual que la chica. Es el hombre del río. Lleva algo en la mano. Una cadena. Está sobre la palma de su mano. La cadena tiene un dije. Un sol. El hombre lo voltea. En el reverso hay algo escrito.

—¿Qué? —la voz de Janne no era más que un susurro—. ¿Qué había en el dije?

—Yo... no lo sé. El hombre dice algo. Dice... *Carpe diem... Seize the day*. La niña arruga la frente, como diciendo: *That sounds funny* (suena gracioso). El hombre sonríe. Le acaricia el cabello a la chica. Dice: *But it isn't. It is wise. You will get the meaning some day. Now go. This is your day! Mommy and I will pick you up later*<sup>[55]</sup>.

Pausa.

*Mi chica*. Lucian había dicho mi chica. Me calaba más y más, aunque con todo eso ya estaba más allá de la excitación y más de la incredulidad.

Lucian continuó hablando.

—La chica se da vuelta y se va. Sus trenzas saltan. Yo corro tras ella. La alcanzo pero no puedo dirigirle la palabra.

Una larga pausa.

—Esto... esto estuvo bien —carraspeó Janne. Su voz parecía tensa hasta el desgarró—. Ahora trate de ir un poco más atrás.

Silencio, y poco después un murmullo.

—¿Qué ve?

—Nada. Está... —Lucian pareció titubear—. Está oscuro... y ahora... una luz. Un haz de luz. Es... una linterna. Estoy... en mi cama. La chica está muy cerca de mí. Tiene los cabellos desordenados. Va a tomar algo... un libro. Hay una barca... Hay palmeras. Hay un monstruo. La chica dice: *Te leo algo. Sé leer...*

—¿La chica habla... con usted? —dijo la voz de Janne.

—No lo sé. Sí. No. No lo sé. Tiene algo en el brazo... Una ovejita o... no... es un oso... Se abre la puerta. Alguien entra. No veo quién es... es una mujer.

Janne tose. Lucian se detiene.

Yo supe de qué libro estaba hablando: *Donde viven los monstruos*. Lucian no había encontrado el libro; había soñado con él. Y la mujer que entraba tenía que ser Janne, cuya voz en la cinta se volvió de golpe terriblemente agitada.

—Dejemos este lugar —le reprimió—. Vayamos todavía más atrás. ¿De acuerdo?

—siento cómo suspira aliviada—. Así vamos bien. ¿Dónde está usted ahora? Dígame qué está viendo.

Esta vez la pausa fue muy larga. Y cuando Lucian continuó hablando, su voz era tan baja que tuve que pegar la oreja al aparato para entender.

—Un cuarto, pero no una sala. Una puerta giratoria. Metal... Hay voces. Y entonces, ahora.

—¿Qué? —la voz de Janne apenas se percibía—. ¿Qué ocurre ahora?

—No quiero seguir adelante —de golpe, Lucian alzó la voz con energía.

—Ok —la decepción de Janne se notaba claramente.

Lo trajo de regreso, le dijo que abriera los ojos y comentó:

—Quizá la próxima vez avanzaremos más.

—Quizás.

Ambos callaron.

—¿Qué ha ocurrido en los últimos días? —quiso saber Janne, finalmente—. ¿Se ha vuelto a ver con la chica?

—No.

—Bien —nunca había oído a Janne más aliviada. ¿No habría notado nada Lucian?

—Creo que es mejor así —prosiguió mi madre—. Sería un error molestar a la chica. Aléjese de su camino.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. —Lucian sonó airado.

—Entonces procure —agrego Janne insistentemente—, no confiar en nadie más que en mí, mientras no sepamos qué le ocurre a usted.

—¿Qué le ocurre? —en la voz de Lucian había muchas cosas; inseguridad, enojo, desconfianza.

—¿Qué quiere decir? —Janne no desistía. Ahora atacaba.

—¿Puedo confiar en usted?

—Sí. —Janne se mostró completamente tranquila—. Sí, desde luego que sí.

Ahora fue Lucian quien carraspeó.

—Necesito un nombre —comentó—. Se me ha ocurrido uno. Me llamaré Lucian.

—¿Cómo tomó esa decisión? Escuché un ruido.

—Ya me voy —dijo Lucian—. Gracias por lo que hace por mí. Sin dinero y todo lo demás, quiero decir.

—Con gusto. Deseo ayudarle, y sí lo ayudaré, Lucian. ¿Qué le parece el sábado 25? ¿De nuevo a las siete?

—Ok.

Hubo un sonido metálico. Janne había apagado el aparato.

Mi cerebro también parecía apagado. En mi cabeza todo daba vueltas. No lograba pensar con claridad. De golpe, experimenté un repentino impulso de destrozarse algo

que perteneciera a Janne. *Aléjese de su camino.*

Ese no era el consejo de una psicóloga, sino de una hipócrita. Me importa una mierda si Janne quería protegerme con eso. ¡Me había engañado a sabiendas! El porqué Lucian se había comportado de manera tan tímida me resultaba ahora totalmente claro. ¿Qué más le habría aconsejado Janne? ¿Qué otra cosa le habría sacado? Lancé una inquieta mirada al reloj. Las diez y cinco. Janne podría estar aquí en cualquier momento, pero yo quería escuchar más. Ahora no podía desaparecer de aquí. Avancé un poco la cinta, oprimí *play* nuevamente y caí en medio de la siguiente grabación.

—Ahora sé su nombre —oí que decía Lucian—. Se llama Rebecca.

—¿Cómo lo sabe? —la voz de Janne sonaba llamativamente neutral. Me pareció que había sacado valor y tranquilidad de algún lado.

—Me vi con ella anoche, en el Elba.

—¿Se habían citado?

—No. Yo no lo llamaría así. Ella vino... para visitarme —dijo con una risa queda.

—Rebe... —Janne se tragó el resto de mi nombre y comenzó de nuevo—. ¿Sabía ella que usted estaba allí?

—No. No lo sabía, pero llegó hasta mí. Hablamos.

—¿De qué? —Janne hizo una pausa—. ¿Le ha contado algo ella?

—No mucho. Nada de los sueños. Solo de mi... ¿amnesia?

—Sí. ¿Y? ¿Qué ha dicho ella? —cerré los puños: qué amigable, participativa y al mismo tiempo profesional sonaba Janne.

Pero Lucian no contestó su pregunta.

—Siento miedo —escuché que decía, en vez de contestar la pregunta—. ¿Cómo puede saber todas estas cosas sobre ella y a la vez no saber quién soy yo? ¿Y por qué constantemente tengo esta sensación de que soy peligroso?

Miré de reojo el reloj. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Las diez y diez! En cualquier momento Janne regresará del médico. Presioné avanzar y de nuevo *play*.

—... dijo algo de un baile de máscaras. Quería verse allí conmigo. Llegaron quienes la acompañaban.

Adelanté la grabación un buen tramo. Mi corazón latía con locura. Las diez y cuarto. Era urgentísimo desaparecer de aquí. Oprimí de nuevo *play*.

—... ella dijo el nombre de Sebastian. Iba vestido de conejo. —Lucian rio, con su risa suave y ronca—. Un furioso conejo gigante. Me amenazó con la policía. También conocía a la chica que venía con él...

Presioné avanzar. En el lugar donde oprimí *play* me pareció que a la grabadora le pasaba algo. Hacía ruidos y se saltaba determinadas frases. Yo entendí:

—... de nuevo soñé con ella... mayor, igual que... más corto... poni... Rebecca se me acercó... escalera de caracol... la señora Dünn, cabellos cortos. Bonita.

Llevaba... de rayas azules y blancas... se volteó hacia nosotros. Pálida... segundos se quedó mirando fijamente a Rebecca... dijo: «Está muerto. John Boy ha muerto».

Ya no podía continuar. Apagué la grabadora y me levanté para cerrar la ventana. Entonces vi el taxi. Se paró directo frente al consultorio. Afuera, una mujer con muletas subía penosamente.



En cuanto giró la llave en la cerradura, me metí en el baño, con el puño apretado contra la boca. No había tenido tiempo de dejar el consultorio, porque habría caído directamente en los brazos de Janne. Por suerte, no dejé cerrada la puerta por dentro, así que no sospechó echó nada.

Mi madre entró por el zaguán, escuché sus pasos y el clac hueco de las muletas cada vez más cerca. Se paró junto a la puerta del baño.

Con sumo esfuerzo, contuve la respiración y cerré los ojos, mientras en mi cabeza giraban las imágenes. Aquello de lo que Janne se había enterado por etapas a mí me cayó encima en unos minutos. Tenía la sensación de que iba a reventar. Pensé que si Janne abría la puerta en ese momento, yo saltaría por los aires en miles de pedazos. No la abrió. El sonido de las muletas empezó a escucharse por el parquet de nuevo, y se alejó en dirección al despacho.

Me apoyé en el lavabo. En un estado febril repasé en mi mente si había vuelto a dejar en su lugar las cosas del despacho; si hice alguna estupidez; si me había delatado por alguna otra cosa. Y entonces me di cuenta de que de nada me servía reflexionar...

Presioné la manija de la cerradura en cámara lenta y pasé por el zaguán, de la manera más silenciosa que pude.

No había moros en la costa. En tres pasos estuve en la puerta y salí. Fue mucho más fácil de lo que había pensado. Cuando cerré la puerta detrás de mí, sonó el timbre. Fue un sonido agudo, estridente. Me encogí, solté la manija y me lancé escaleras abajo, sin voltear. Llegué hasta el segundo rellano y entonces lo vi.

Sobre mí escuché un chirrido: Janne había abierto la puerta del consultorio. En mi cabeza surgió un pensamiento: «Ya puedes estar tranquila, él ya llegó».

Lucian se detuvo dos escalones más abajo. Se me quedó mirando frunciendo sus



negras cejas, pero esta vez no había miedo en sus ojos, sino una franca hostilidad.

Pasó a mi lado sin decir una palabra, y siguió subiendo. Todavía pude escuchar la voz de Janne. Luego oí que se cerraba la puerta y quedé sola en las escaleras.

Afuera había comenzado a lloviznar; era una lluvia que no caía en gotas sino en hilos finísimos. O quizá no; entrecerrando los párpados, miré el velo gris que caía frente a mis ojos. «Estos no son hilos, Rebecca. ¡Está lloviendo cintas!». Así es como se dice, al menos en alemán. En inglés se dice: *It's raining cats and dogs* (llueve gatos y perros). Levanté la cabeza y me quedé mirando la lluvia. «Gatos y perros», pensé, «¡que descabellada expresión!». Me puse a pensar que si a alguien le llovieran gatos y perros en el pleno rostro sentiría bastante dolor. La «lluvia de cintas», por el contrario, apenas sí la sentía, o prácticamente no. Sencillamente una quedaba mojada. Todo estaba solo húmedo: las calles, los autos y la hoja azul cielo que se encontraba en la acera y que daba la impresión de estar tan sola. ¿Estarían también mojadas las letras de ese volante o se habían vuelto borrosas? Me incliné y lo tomé. Se percibían todavía con claridad.

*Se limpian ventanales desde 1.99 euros —se leía caracteres gruesos sobre el papel azul cielo—. ¿Desea una solución confiable para la limpieza de las ventanas de su oficina o desea sencillamente ventanas limpias en su hogar? ¡Entonces llámenos! Nuestros afables y confiables limpiavidrios que habla alemán le ofrecen limpiar sus ventanas desde 1.99, IVA incluido.*

Ventanas limpias desde 1.99 euros. ¡Uf qué ganga! Limpiar ventanas es un trabajo duro y peligroso, sobre todo cuando se tiene que hacer en un piso alto. Un volante como este era importante. Mucha gente debería enterarse. ¡Este volante tenía que pegarse en muchas, muchísimas entradas de casas!

Yo sabía pegar volantes, pues lo había hecho a menudo en la primaria con Suse, para su madre, cuando los seminarios sobre gestión del tiempo todavía no eran conocidos. Nos pagaban a Suse y a mí cinco centavos por volante repartido, y habíamos caminado ufanas por las calles hasta concluir la repartición. Esta vez Suse no estaba aquí, así que tendría que hacer el trabajo yo sola. Metí el volante bajo mi chaqueta y me dirigí a la esquina de la calle, donde estaba un servicio de fotocopiado.

Prendí una copiadora, marqué siete y dos ceros, oprimí *start* y me quedé mirando cómo el aparato iba escupiendo las hojas sueltas con un apacible y monótono ritmo, aunque increíblemente efectivo. Era la lluvia de volantes más limpia. Una vez salidas todas las copias, compré tres rollos de cintas Tesa, pagué con un flamante billete de cincuenta euros y regresé a la calle con una bolsa de plástico llena de volantes en la mano.

En la calle Oster predominan los concretos, mientras que el volante iba dirigido

más bien a oficinas y viviendas, y yo no quería desperdiciar el mensaje en el grupo de clientes que no venía al caso. Así que doblé hacia la calle Bismarck, más tranquila, y puse manos a la obra. Aquí había más viviendas, bellas construcciones antiguas de ventanas grandes y, algunas, de maravillosas estructuras. Muchas de las casas incluso tenían invernaderos contruidos completamente con ventanas de básicamente de asesores fiscales, médicos o de terapeutas ocupacionales. Empecé a repartir casa por casa. La lluvia había arreciado y tuve que esconder la bolsa bajo la chaqueta para que las hojas no se humedecieran. Una vez recorridas todas las puertas de las casas de la calle Bismarck, ya había conseguido un buen ritmo: dirigirme a una entrada, guarecerme, sacar la bolsa de plástico, extraer un volante; con la mano derecha, en la que tenía la cinta adhesiva, presionar contra la placa de timbres donde estaban los nombres de los inquilinos; con la mano izquierda sacar un pedazo de cinta, pegar con firmeza, y otra entrada. Apenas si me topé con residentes, y cuando los encontré estaban ocupados en resguardo en un auténtico vendaval. En una tormenta. El gélido viento azotaba la lluvia, y las gotas se habían vuelto tan gruesas que la expresión «gatos y perros» era ahora muy apropiada. El agua me caía por los cabellos y tenía las manos tan frías que apenas podía abrirlas, pero me empeñé en seguir adelante. Todavía me quedaba como la mitad del montón. En una de las casa, una mujer que salía de la entrada me increpó, diciéndome que allí estaba prohibida la propaganda, pero en cuanto dobló la esquina pegué la hoja en medio de la placa con los timbres. Un par de casa más adelante, la cinta adhesiva se me cayó de los dedos y, cuando me agaché para tomarla, se me resbalo la bolsa del brazo. Se deslizó escalera abajo y fue a dar a un lodoso charco. Se salió buena parte de las hojas. Quise recogerlas, pero ya estaban completamente blandas. Se veían tan deslucidas: el azul cielo sobre el verde y húmedo asfalto.

Les di una patada, regresé a la entrada y empeñé en sacar alguna hoja seca del montón restante y pegarla en la placa de timbres. La maldita cinta no quería adherirse y las manos me quemaban del frío; cuando leí el nombre Rossman en una de las placas, se me escapó un grito ahogado. Ese apellido me hizo olvidar lo que hacía: era el mismo de Suse. Ella, desde luego no vivía aquí, pero de pronto me pareció imposible llevar a cabo este trabajo sin ella, era casi como una traición. Me arrodillé y me quedé mirando las cenagosas hojas que por la lluvia nadaban por la calle, y entonces caí en la cuenta de lo que estaba haciendo. Había pagado treinta y cinco para copiar volantes azules para un servicio de limpieza de ventanas y pegarlas en medio de una torrencial lluvia en entradas de casa ajenas; ¿estaba loca? Eché el resto de los volantes en el primer bote de basura, tomé el celular y pasé el resto del día tratando de comunicarme con Suse. Llamé a su número; nadie respondió. Dejé tres mensajes largos y dos cortos. Aguardé a que acabara la escuela y traté de llamar a su casa. Estuvo ocupado media hora y luego nadie contestó. Fui a su domicilio y toqué

instantáneamente. En determinado momento, su madre habló por interfono, y con voz cortante y nerviosa me contestó que Suse había salido y que no podía esperarla arriba.

Traté de averiguar dónde estaba la sala de ensayos de Dimo, pero no sabía su número de celular ni el que ningún miembro de su banda, ya tampoco conocía su apellido.

De nuevo intenté llamar al celular de Suse, y me di cuenta de hasta qué grado me rechazaba. No se lo tomé a mal; por lo contrario, me lo tenía merecido, pero no lo desistí. Dejé otro largo mensaje en su celular, que ahora estaba apagado, y luego volví a probar, en vano, en su teléfono fijo.

En casa, Spatz salió a mi encuentro rociándome con la esponja de la felicidad, y me contó algo que Obama había ganado las elecciones presidencial, pero no registré lo que me decía. Incluso cuando Janne entró en mi recámara y me preguntó amablemente cómo había pasado el día (y era claro que no albergaba ninguna sospecha), no sentí nada. Ni siquiera pensé en Lucian. Le dije a mi madre que había tenido un buen día y que tenía que hacer un montón de tarea de la escuela; pero no dejaba de pensar en Suse, porque quería disculparme y congraciarme con ella. Le escribí un correo, y una vez en la cama reflexioné sobre las palabras que le diría temprano en la mañana, antes de la escuela.

Al día siguiente no logré alcanzarla antes de entrar en el aula, y cuando la vi ya había comenzado la clase. Su aspecto era terrible: tenía los ojos totalmente hinchados, la cara abultada y enrojecida. Dos chicas de mi salón, Vanessa y Zoe, se alejaron de ella de inmediato. Sebastian seguía enfermo y Suse se sentó en su lugar también hoy, sin tomarse la molestia de mirarme. En el receso, salió del aula, y regresó justamente al reiniciar la clase, así que no me dio ninguna oportunidad de hablarle.

La última lección fue la de química, y llevamos a cabo un experimento para el que nos dividieron en pares. La maestra, la señora Steinmeyer lo llamó «*ositos de goma en un infierno de llamas*<sup>[56]</sup>». Yo quede con Sheila. Fastidiada, me senté junto a ella en la banca, me puse los guantes protectores y me coloqué los lentes de seguridad.

—¿Me veo tan ridícula como tú? —me preguntó mientras me miraba a través de sus lentes amarillos.

Opté por no contestarle y mejor coloqué el tubo de ensayo sobre el trípode y lo llené de los quince gramos de cloruro de potasio que nos había ordenado. Sheila me acercó el recipiente de lata lleno de arena (como extintor, en caso de que el vidrio se fundiera) durante la reacción.

—¿Ahora el osito de goma? —preguntó.

—No, eso viene después. Antes tenemos que fundir el material —le contesté.

Preparé el mechero Bunsen y puse el encendedor de aquí para allá y al final lo

arrojó.

—Inténtalo tú —dijo.

Tomé el encendedor y, al prenderlo, grité por la enorme llama, como de soplete, que se disparó hacia arriba.

—¡Oh, no! —chilló Sheila, histérica—. ¡Oh, no, oh, no...!

Mi cabello se prendió y todos se pusieron a gritar. Mientras, yo tomaba los mechones encendidos en mis manos y los golpeaba como una salvaje, intentando apagarlos. Por suerte llevaba puestos los guantes protectores. Apestaba horrible, pero logré acabar con el fuego. En segundos había pasado todo el lío. Mi maestra y Suse se pararon junto a mí de inmediato. Suse me tomó del brazo, mientras que la señora Steinmeyer, blanca como la cal, preguntaba cómo me sentía.

—Estoy bien —musité—. Estoy bien.

Me llevé la mano al lugar donde hacía un momento estaban mis cabellos. Sheila se había ido hasta el rincón posterior del aula y retorció sus largos rizos negros en torno a la muñeca. Su mirada estaba perdida, pero lo que no pude evitar notar fue la mueca de desprecio en la comisura de sus labios. Y Suse también lo percibió. Crispada, miraba de Sheila hacia mí.

—¿Alguien tiene ganas de comer ositos de goma? —saltó Aaron. Su sonrisa burlona mostraba amistad.

—¡Desde luego! —respondí—. ¡Al menos el infierno lleno de llamas lo acabamos de tener!

Dirigiéndome a Sheila le dije:

—¿Quieres que te devuelva el encendedor? Funciona de maravilla.

Sheila apretó los labios, pero no dio ninguna excusa, y cabía sospechar que hubo un propósito maligno, pero no se podía demostrar.

Mientras tanto, Suse había vuelto a su lugar y, cuando al poco tiempo sonó el fin de clase, salió corriendo del aula de química sin dirigirme una sola palabra. Tomé mis cosas, corrí al estacionamiento de las bicicletas y en dos minutos estaba fuera de la escuela.

‡ ‡ ‡

—Hola Rebeca —la madre de Suse me había abierto la puerta de su casa—. Siento lo de ayer, yo, —se interrumpió y miró la gorra de lana en la que yo traía escondido el pelo—. Hace bastante frío afuera, ¿eh?

—Así es —respondí, eludiendo. Al parecer Suse no le había contado de mi accidente. La señora Rossman enderezó los hombros y me miró a los ojos buscando ayuda.

—Ayer Suse estuvo presente durante una desagradable discusión entre su padre y yo —me soltó—. ¿Te ha... te ha contado algo?

Callé molesta, y la madre de Suse tomó aire.

—¿Sabes cómo está?

En realidad no era algo que pudiera fingir no haber escuchado. La música punk que venía del cuarto de Suse hablaba por sí sola. Los bajos resonaban por el piso. Pero ¿en serio esperaba su madre una respuesta de mi parte?

—¿Por qué no le pregunta a su hija? —le contesté.

La señora Rossman pareció estar al borde de las lágrimas.

—Se cierra por completo —se quejó—. ¡Dios mío! Entiendo que todo esto no es fácil para ella, pero ¿qué puedo hacer? ¿Tengo que seguir soportándolo?

—Eso pregúnteselo a alguien más —contesté, con la mayor cortesía posible—. ¿Puedo pasar a ver a mi amiga?

—Claro, naturalmente, claro que sí —abrió la puerta por completo—. Pasa. Suse está en su recámara.

Ah, vaya, ¿de veras?

Pasé junto a ella sin una palabra.

Con el ruido que salía de los altavoces de Suse se podría llamar a la superficie a un buzo medio sordo en la profundidad del mar.

Mi amiga estaba sentada en su columpio cubierto y con las piernas cruzadas.

Tenía a Ozzy en su mano, y yo me preguntaba si los hámsters eran inmunes a la sordera inmediata.

—¿Puedo bajar el volumen? —rugí.

Suse se encogió de hombros, sin mirarme a los ojos. Desde luego que no me había oído, pero quizá me leyó los labios.

—Oye —dije al tiempo que bajaba el volumen, me quitaba la gorra y me sentaba en la alfombra delante de Suse—. Estaba furiosa contigo, no logro entender hasta qué punto lo estuve. Sé que es una excusa muy pobre, pero tenía los nervios destrozados; no hacía más que dar vueltas en torno a mí misma. Tú eres mi amiga, Suse, la mejor que existe.

Puse la mano.

—Lo he lamentado tanto. Honestamente.

Suse miraba al suelo Ozzy. Los pelitos de su bigote temblaban todo el tiempo.

Hasta que Suse, al fin, levantó la cabeza y me miró. Tenía los ojos enrojecidos.

—Tu peinado es una mierda infernal —dijo, y sonrió torpemente.

Me eché a reír, aliviada, y al mismo tiempo me brotaron las lágrimas.

—Oye, no hay motivo para llorar —agregó, levantándose—. Llegas en el momento preciso para que pueda desahogarme con alguien.

Desapareció en el baño y salió con peines y su rizador. Me restregué las lágrimas. Mi amiga, que desde niña les cortó el pelo a sus muñecas Barbie, había hecho prácticas con una estilista, y había ensayado también con algunas modelos en los

últimos años. Desde que yo tenía trece años siempre me cortaba las puntas, pero nada más que eso porque nunca quise separarme de mi larga caballera.

Cuando al cabo de un momento escuché el chasquido de las tijeras, apreté los dientes, *chas, chas, chas...* Delante de mis ojos llovían mechones de pelo. Suse trabajaba concentrada y rápido, así que no volvimos a hablar hasta que degafiló las últimas puntas.

—¿Desahogarte con alguien? —pregunté cautamente. Todavía no había podido verme en el espejo.

—¡Súper sexy! —comentó su obra y guardó las tijeras.

—Supe que ayer hubo tensión aquí —comencé, y miré de reojo a Suse. De inmediato, su rostro se oscureció.

—¿Te lo contó mi madre? —refunfuñó.

—Habría querido —le contesté—, pero no la dejé. ¿Pues qué pasó?

—No te imaginas lo poco que me importa lo que paso ayer —no pude ver su rostro, porque seguía encorvada en su tarea de rizar, pero su voz sonaba de nuevo ahogada por las lágrimas—. Que ellos limpien su mierda. Yo tengo otras preocupaciones.

—¿Quieres contarme?

Siguió un fuerte meneo de cabeza, y cuando quise tomarle el brazo, lo retiró.

—No. Dejemos esto. Como dices, los problemas no mejoran con lamentarse —mas, al mismo tiempo, las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, enrojecidas. Fue a refugiarse a su cama. La seguí.

—¿Dimo? —pregunté en voz baja y me senté en el suelo delante de su cama.

Suse asintió. No podía hablar de tanto que lloraba.

Ozzy, al que de nuevo había dejado en su jaula, siseaba en las cortas pausas para tomar el aliento, como si quisiera aliviar el dolor de su dueña desde lejos. Me levanté y me incliné sobre ella, la apreté fuertemente contra mí y esta vez no me rechazó. Permanecimos así largo rato, sin decir nada. Nada lo que se me ocurría era acertado.

Cuando Suse se quedó seca de lágrimas, se desprendió lentamente de mi brazo. Mi suéter estaba hecho una sopa de tantas lágrimas, y su rostro estaba ahora tan hinchado que sus ojos eran unas pequeñas rendijas.

Se levantó, fue hacia la ventana y miró afuera.

—Ayer, cuando mis padres se decían las peores cosas en la cocina, me largué. Vi que me habías llamado, pero...

Guardó silencio, y yo me mordí los labios.

—Fui a buscarlo —no pronunció el nombre de Dimo—. Sus padres se habían ido al cine. Nos quedamos en su habitación. Él era todo amor. Me escuchó y me consoló y entonces... —bajó la vista—, me besó y me acarició. En determinado momento, metió los dedos en mi sostén. Me di vuelta y murmuré que debía esperar, pero se

impacientó y yo acabé... acabé quitándome los pantalones y el calzón. Pero me dejé la camiseta. Él también se quitó los pantalones y entonces... nosotros... Sí, ya sabes.

Suse continuaba mirando por la ventana.

—¡Ocurrió todo tan rápido! Cuando él estaba dentro de mí, de nuevo metió la mano bajo la camiseta y entonces no pude hacer otra cosa. Lo dejé, hasta que... — Suse se giró hacia mí. Mantenía sus brazos cruzados delante del pecho, como un escudo... llegó. Primero el izquierdo y luego el derecho. Y entonces...

Suse se detuvo.

—¿Y entonces? —inhalé hondo—. ¿Qué sucedió entonces?

—Entonces... entonces. —Suse meneó la cabeza y hundió el rostro en las manos—. Entonces, ya dentro de mí... se le volvió pequeño. Sencillamente estaba plácido. Sabes qué quiero decir... —no aguardó mi respuesta.

—Se echó en la cama —prosiguió diciendo Suse, entre sus dedos, como sin piara, y me volvió la espalda—. Me dijo que debí haberle advertido. Que eso debía digerirlo y que quizá fuera mejor que me marchara Y así lo hice.

Suse se retiró los dedos de la cara y me miró. Parecía una niña pequeña.

«¡Ojete!», pensé. «¡Tú, miserable, insignificante, asqueroso ojete!».

—¡Estoy avergonzada! —susurró Suse—. ¡Ay Dios, siento tanta vergüenza! Dimo tiene razón, yo...

—¿Tu? —grité y salté—. ¡Ese tipo es el que debía avergonzarse del diminuto gusano que lleva en los pantalones! ¡Él es quien debiera arrastrarse hasta el más hondo agujero de esta tierra de Dios y nunca más volver a salir, porque de otra forma yo le cortaré los huevos! ¡De eso le debes advertir! O mejor no. Mejor lo sorprende. ¿Tienes por casualidad una tijera de huevo en tu colección?

Durante un momentito, Suse sonrió.

—Si alguien te oyera pensaría de inmediato que tienes por madre a una lesbiana hardcore.

—Pero es verdad —bramé, y de pronto me sentí más culpable que antes—. ¡Cuánto siento no haber estado ayer contigo! Si lo hubiera sabido...

—Entonces es probable que te le hubieras ido encima... —Suse jaló mocos.

—Es una cosa rara, ¿no? —dije de repente—. Primero soy yo la que pierde los estribos y tú eres la que tienes que apaciguarme. Y ahora es al revés.

Se restregó la cara.

—¡Me duele tanto! No solo lo que ocurrió con él, sino este miedo de... si... yo... alguna vez...

—¡Suse! ¡Oye, Suse! —corrí hacia mi amiga y la tomé con fuerza por los hombros—. Puedo entender lo que piensas, pero te juro que Dimo es un culero tan excepcional que no hay otro igual. No todos son así. ¡Desde luego que no son todos! Tienes que creerme. ¿De acuerdo?

Suse jaló mocos de nuevo.

—No —dijo—, pero por lo que él respecta, tenías razón. Desde un principio te cayó mal y, a pesar de todo, siempre estuviste a mi lado. Es lo que debería haber hecho contigo. Lo siento, Becky.

Negué suavemente con la cabeza.

—No digas estupideces. No podías estar conmigo. Casi no te había contado nada.

—De todas formas —se limpió los mocos con el dorso de la mano. Tenía mis cabellos en la palma, así que ahora se le pegaron bajo la nariz como un bigotito.

—Aguarda, Adolfo. Un momentito —le quité los pelos con mi dedo índice. Suse se echó a reír, pero enseguida volvió a ponerse seria.

—Cuéntame de él, por favor. Te comprenderé, de veras.

Al no ver remedio, moví la cabeza. En primer lugar, no era el momento de descargarle a Suse mis problemas, y en segundo, no sabía cómo reaccionaría al abrirme del todo. Lo que había hecho ayer al menos propició algo: reprimí todo aquello de lo que me había enterado en el consultorio de Janne, lo mismo que el consiguiente encuentro con Lucian. Ahora sentía cómo todo se agolpaba dentro de mí. Comencé a jadear y caí de rodillas, como si alguien me hubiera propinado una patada en el estómago.

Suse acudió de inmediato arrodillándose frente a mí y me abrazó. Sus ojos seguían hinchados, pero su voz enérgica y su tono no admitía contradicciones.

—¡Suelta la sopa! —me dijo—. ¿Quién te delató con Janne? ¿No habrá sido Sebastian?

—No —mascullé y sentí como mis pensamientos reprimidos, la ira y la angustia se empeñaban en salir, arrollándome.

—No fue Sebastian. Fue Lucian.

—¿Lucian? —Suse soltó mis brazos—. ¿Así se llama? ¿Lucian? Él... —ella sonrió—, se veía genial con su máscara de pájaro. Misterioso pero también sexy. Creo que entiendo lo que ves en él.

—¡No! —me quedé mirándola—. Creo que no lo entiendes en absoluto. Pero tampoco puedes comprenderlo.

—Entonces acláramelo.

Seguí con la vista a Suse mientras se dirigía al columpio.

—Lucian está en la terapia con mi madre —exclamé con total incoherencia.

Suse se quedó boquiabierta, pero no hizo ninguna pregunta. Solo me miró embobada y yo no tenía idea de por dónde empezar. Todo se me vino encima.

—No lo sabía —proseguí—. Fui atando cabos poco a poco, luego de que escuché una conversación entre Janne y Spatz. Parece que Janne sabía del baile de máscaras, y fue por eso que pensé que alguno de ustedes dos me había delatado. Pero fue al revés. En la última sesión, Lucian le contó a mi madre acerca de la noche del baile, y



también de sus sueños y de todo lo demás. Y cuando ayer salía a escondidas del consultorio me topé con Lucian en la escalera. Él no sabe que Janne es mi madre. Al parecer creyó que yo le había... ¡Oh, Dios, Suse! Se veía increíblemente furioso y ahora... —me llevé las manos a la cara—... ¿Ahora qué pasará si no quiere volver a saber de mí?

—¡Oye, no hagas drama! —Suse me sacudió por los hombros—. Lo siento, Becky, pero no acabo de hilar las cosas. ¿Podrías intentar de alguna manera empezar por el principio?

Suse reflexionó.

—¿Quizá por el metro? Eso es lo último en lo que me quedé. Lo viste en el metro, y creo que entre ese día y el de ayer han pasado un montón de cosas. Por ejemplo, que tú no fuiste solo a dar un paseo por la orilla en Falkensteiner Ufer. ¿Tengo razón?

Asentí, y de pronto no podía creer que hubiera excluido a Suse de todo aquello. Inhalé hondo y comencé a contar.

Los ojos de Suse se agrandaron a cada minuto que pasaba; a veces carraspeaba o se ponía la mano delante de la boca, pero no me interrumpió hasta que llegué a mi irrupción en el consultorio de Janne. Al hablar de las grabaciones de Janne, se sobresaltó. Para mi máxima sorpresa no comentó nada sobre lo que me enteré de Lucian en el consultorio. Fue Janne quien la horrorizó.

—Por lo que me ha hecho mi madre en los últimos meses, podría mandarla disparada a la Luna —expresó entre gruñidos—, pero al menos ha sido honesta. Lo que tu madre ha hecho contigo pasa de castaño oscuro, Becky. Janne ha visto lo que te está pasando, sabe lo que le sucede a Lucian y, pese a todo, los ha tenido embaucados a ambos durante semanas, sin pestañear siquiera; y, lo que es más, te condenó al arresto domiciliario para espiar a Lucian. ¡Te deseo lo mejor con esa madre!

Suse hablaba rápido y llena de enojo.

—¿Y tú eres la que quiere una tijeras para los huevos de Dimo? ¿Qué le pasa a tu madre? ¿Cómo pudiste mirarla a los ojos ayer? Quiero decir... perdón, pero... sin soltarle un golpe con la muleta.

Me encogí de hombros sin decir palabra. De todas formas lo hice.

Estuve totalmente tranquila. Quizá porque, luego del *shock* de ayer, mis pensamientos giraron exclusivamente en torno a Suse. Y quizá también...

—Porque estoy igual que tú, Suse —susurré—. Estoy tan herida y tengo tanta angustia... ¿De dónde sabe Lucian todas esas cosas sobre mí? ¿Por qué conoce mi bata azul? ¿De dónde sabe de mi padre y de nuestras conversaciones, palabra por palabra? ¿Cómo es que se acuerda de la casa de los espejos, de mi colchón inflable en forma de tiburón y mi libro ilustrado favorito? Y luego —apenas si pude pronunciar las últimas palabras—... todas esas cosas que he soñado. El mono de papel maché, y

esa última noticia del pony, la mujer de la buhardilla y John Boy. ¿Por qué Lucian sueña que monto a caballo y que mi periquito muere?

—¿Por qué no se lo has preguntado a él? —saltó Suse con rapidez.

Rara vez había visto a mi amiga tan pragmática.

—¿Por qué no lo esperaste enfrente del consultorio?

«Porque me puse a repartir volantes en Eimsbüttel», pensé, y suspiré.

—Porque ya no podía más. Se me acabó la seguridad.

—¿Y no tienes ni idea de dónde podría estar ahora? —Suse miró el teléfono—.  
¿Ningún número, ninguna dirección?

Meneé la cabeza y a través de mis dedos resbaló un mechón recién cortado.

—Solo sé que trabaja en un bar y que vive con un tipo. ¿Tengo que ir a buscar en todas las viviendas y bares de Hamburgo?

Suse suspiró.

—De acuerdo —admitió—. No es una buena idea. ¿Y en el periódico? ¿En las noticias? ¿No has visto nada que pudiera relacionarse con él?

—Nada —me quedé mirando a Suse—. ¿Y si realmente es un psicótico? ¿O un merodeador? O...

—Nunca he oído que los merodeadores sean videntes —subrayó Suse—. Y si Lucian ha soñado realmente con todo eso que estuvo bajo la cobija de la cama cuando aún eras una niña pequeña, o ese momento en el hospital... todo esto me suena a un gemelo vuelto a nacer.

—¡Estupendo! —me eché a reír, aunque me sentía perdida por completo—. Este pensamiento ya lo había tenido, y al final llegué a pensar en escribir una telenovela que se llame *Desperate Daughters*, que me daría la gloria y mucho dinero. De momento no saco nada de ahí...

—Ok, dejémoslo. —Suse sonrió con suavidad y presionó sus dedos sobre el párpado hinchado—. Quizá sea un mentalista —especuló.

—Si realmente sueña cosas que están en el futuro, todo esto no es tan aberrante. ¿No crees?

Tronó los dedos.

—¡Ya lo tengo! —gritó emocionada y señaló hacia su cesto de papeles, donde asomaba la revista *Stern* que la semana pasada estaba en su mesita de noche—. Allí hay un artículo sobre una masajista que afirma que en una vida anterior fue herrero y se llamaba Josef. Se acordaba todavía de cómo se sentía el yunque en su mano.

—Sí, claro —dije seca—. Y yo en una vida anterior fui el Niño Jesús en la cuna y escuché cantar a los angelitos. En serio, Suse, Lucian tiene sueños donde yo aparezco. Se acuerda claramente de mí, de detalles insignificantes, y todos cuadran.

—Ah, sí. Hasta ahora solo cuadran las cosas de tu pasado —replicó Suse para calmar las cosas—. Lo referente al futuro todavía no se ha cumplido.

Suse me dio un empujoncito en un costado.

—¿Cómo era lo del mono? ¿Ensangrentado, de papel marché? ¿Un pony de patas cortas?

—No, nada de patas cortas —distráida, me sacudía las puntas de pelos de los *jeans* cuando, de repente, Suse lanzó un grito estridente.

—¿Qué?! —me encogí toda—. ¿Ahora qué mosca te pico? ¿Por qué te quedas mirándome así?

Suse no dijo nada. Se levantó y tomó un espejo de su mesa de maquillaje. Lo puso ante mi cara y, cuando miré, mi imagen tembló.

Vi mi nuevo peinado. Mis cabellos eran notoriamente más cortos y llevaba pony (flequillo).

—¡Dios mío! —exclamé. Suse dejó caer el espejo, pero yo ya estaba en la puerta. Al llegar a casa, oí hablar a Spatz.

—Janne, ¿eres tú? No respondí.

—¿Rebecca? —la voz de Spatz sonaba llena de pánico—. ¿Puedes subir?

Subí corriendo la escalera de caracol y vi a Spatz ante la jaula de la que salía un trino claro y desesperado. Jim Boy se había posado en el columpio y aleteaba sin control.

Spatz se volvió hacia mí. Se quedó mi cabello por un segundo. Puso una cara como si le fuera dar un ataque. Luego observó la palma de la mano.

—Es cierto —murmuró—. Ha ocurrido. John Boy está muerto.



**E**l veterinario sospecha que se trató de algún *shock*.

—En los pájaros de cierta edad no es raro que ocurra esto —nos dijo cuándo llamamos a su consultorio para preguntar sobre la posible causa de la muerte súbita de John Boy—. Los síntomas señalan hacia un paro cardíaco. Sin previo aviso, el ave se encoge y muere en segundos.

Exactamente así había ocurrido. El viernes, cuando Spatz se sentó en el desván a tejer con ganchillo, John Boy cayó de su palo con un fuerte sonido, y en unos segundos dejó de respirar.

Lo enterramos esa misma noche en el patio trasero de la casa. Janne, quien llegó poco después de mí, chapuceó una crucecita para la tumba de John Boy y al martillar el clavo por poco se lo hundió en el dedo.

Estaba totalmente fuera de concentración, igual que Jim Boy, que se quedó en su jaula, solitario y aturdido y no quiso salir, aunque todo el tiempo le abrimos la puerta.

Lo que se escondía tras la actitud de Janne era evidente. En cuanto vio mi nuevo peinado se puso pálida como un cadáver e intercambió una mirada con Spatz, quien levantó ambas manos, a la defensiva. Todo era interminablemente extraño: Spatz estaba enterada; Janne estaba al tanto; yo también lo sabía. Pero para Janne la cosa no era clara, y yo callé, tan obstinadamente como ella.

Suse me llamó por el celular una vez que las dos ya estuvimos en nuestras casas. Cuando le conté que el sueño de Lucian se había hecho realidad, reaccionó con casi mayor aturdimiento que yo. Y yo no dejaba de pensar que tenía que hablar con Lucian. Quizás se debió a que el *shock* fue cediendo lentamente, o que, con la muerte de John Boy, se había agrandado. Quizás lo que desease fuera cerciorarme de que no era yo quien estaba soñando. Me importaba una mierda lo que fuera. El caso era que yo debía hablar con él.

Suse pensaba lo mismo y me dio gusto ya no estar sola con todo esto. La tarde del sábado pasó por mi casa a recogerme. Había niebla y hacía frío, aunque no llovía. Fuimos en bicicleta por los alrededores y recorrimos, al azar, unos cuantos bares de Sankt Pauli del Schanze y preguntamos si allí trabajaba un joven llamado Lucian, pero no tuvimos suerte, cual era de esperar. Mientras, estaba tan nerviosa que ya me había decidido a decirle a Janne que me explicara, pero Suse me contuvo:

—¿Qué tal si las cosas te salen al revés? —me señaló. Si a tu madre no le nace espontáneamente hablarte, mejor déjala en la creencia de que tu no estas enterada de nada.

En cambio, Suse me recordó que me mantuviera vigilante en las zonas cercanas al consultorio de Janne. Suse faltaba a la escuela los lunes y yo los martes. Durante tres días, nos metimos por las tardes en un cafeticho que había enfrente del consultorio. Dos veces vimos a Janne subir a un taxi, pero de Lucian ni sus luces.

Pensé que la mirada hostil que me lanzó en la escalera. Lucian debió saber que yo no había estado allí por casualidad, pero ¿habría sacado las conclusiones exactas? ¿Habría sospechado que yo estaba haciendo traicionada por mi madre, como él por su terapeuta? ¿Habría llegado a la conclusión de que Janne era mi madre?

Como sea, parecía que él no le había contado nada de nuestro cruce en la escalera; si no, Janne se hubiera comportado de otra manera.

De todos modos yo me preguntaba cómo fue esa sesión, y si él seguía con la terapia.

Pero todas esas cavilaciones no me servían para nada, pues no había nadie que se diera respuesta a mis preguntas.

Sebastian se había recuperado. Pero su actitud mostraba claramente que se mantendría lejos de mí. Comentó que mi nuevo corte de pelo era «bonito», y eso fue todo lo que me habló en semanas. Parecía querer desprenderse de Sheila y del resto del grupo. En el receso, la mayoría de veces se sentaba con unos compañeros del aula de al lado, o se ponía a leer un libro.

El siguiente sábado, Suse me pidió un favor. Todavía tenía cosas en la sala de ensayos de Dimo (un par de CD que le gustaban, una chamarra y una gorra de cuero). En el patio de la escuela, Dimo nos evitó sin sutilezas, y a mí no me dieron ganas de armar líos delante de toda su clase. Así que la tarde del sábado tomé el metro a la estación principal y de ahí me fui a Lange Reihe, una de las calles más hermosas del casco viejo de Hamburgo, donde estaba el lugar de ensayos de Dimo. Yo no había avisado que llegaría pero, por Suse, sabía que Dimo estaba allí casi siempre.

La casa, según me había indicado Suse, era el número 22 y en una placa de mármol de la entrada leí que ahí había nacido el popular Hans Albers, en septiembre de 1891. Dos esculturas barbudas, en piedra, al estilo de los dioses griegos, me miraban desde la fachada con aspecto combativo.

La sala de ensayos de Dimo se encontraba en el patio trasero, al que conducía un pasillo con arcos. Los viejos muros estaban cubiertos de grafitos y, a diferencia del frente histórico, el patio no invitaba a que lo visitaran. Descendí hasta una puerta metálica azul, toqué varias veces el timbre, y tardaron como dos minutos en abrirme. El aire era húmedo y olía a basura y a ratas. No había luz. En la entrada de la estancia de ensayos se encontraba el amigo de Dimo, LeRoy, quien me miró sorprendido.

—¿Qué haces aquí?

—Eso prefiero tratarlo con Dimo —le respondí seca, y me metí.

Dimo estaba sentado en un descuidado sofá de cuero, e improvisaba en su bajo cuando me planté delante de él.

—¿Quieres cantar algo? —me preguntó sarcástico, pero no se me escapó el destello de inseguridad en sus ojos.

—Con gusto —le respondí—. Conozco una buena canción sobre impotencia. ¿Quieres oírla?

LeRoy resopló detrás de mí, y en el cuello de Dimo aparecieron unas manchas rojas.

—No, gracias —dijo, apretando los dientes—. ¿Qué quieres, pues?

—Las cosas de Suse —respondí.

Dimo se levantó, fue hacia el *locker* de Suse y sacó la chamarra y la gorra de cuero.

—Aquí tienes.

—Los CD —le ordené.

—Los tengo que buscar —suspiró.

Me senté en el sofá.

—Tengo tiempo.

Dimo se pasó los dedos por el cabello, echó una mirada a LeRoy, quien, sonriendo, se encogió de hombros y se dirigió a la colección de CD que se encontraba delante, en un anaquel junto a la ventana.

—Aquí ha de estar todo —dijo, poniendo en mi mano un puñado de discos—. ¿Algo más?

—Sí —murmure—. La verdadera belleza no es perfecta. ¿Te acuerdas? Tú mismo lo dijiste. Pero no tienes sin idea, lastimoso gusano, y por eso te digo: su a mí me llega un, escucha bien, si un solo chisme sobre Suse llega mis oídos, entonces que Dios te agarre confesado. ¿Entendiste?

Dimo trató de poner cara de indiferencia, pero no lo consiguió.

—¿Entonces qué? —gruñó—. ¿Vendrás con tu «mamita querida» para que me pegue?

Solo me quedé mirándolo y me marché.



Originalmente, Sankt Georg era conocido por su escena homosexual, pero en los últimos años fueron apareciendo muchos cafés y restaurantes los que acudían también los heterosexuales. Camino a casa pasé por puestos de carne estilo turco<sup>[57]</sup>, tiendas asiáticas, supermercados indios, restaurantes persas, portugueses, italianos. Miré las vitrinas de los establecimientos pequeños, que siempre entusiasmaban a Suse porque no seguían las tendencias de moda de las grandes cadenas; pasé por un par de idílicos<sup>[58]</sup> patios traseros, y luego giré a la derecha hacia la calle Spadenteich, hasta que di con una plaza circular adoquinada. Los cafés y bares que la rodeaban estaban a reventar en verano, pero también hoy había movimiento; de una pequeña iglesia salía mucha gente y, en torno a una figura artística de tamaño humano, hecha con placas oxidadas, un par de niños jugaban al escondite. En una de las placas alguien había grafitado: «*Dúho ama a su monstruo*».

Resultó mejor no haber tomado el metro; el paseo por el barrio fue lo más acertado que hice; en mi interior hervía de ira contra Dimo porque no me quitaba de la cabeza lo mucho que había herido a Suse.

Me metí en un callejón, pasé por un taller de calzado y me quedé frente de a un bar de nombre Max y Consorte; en otro letrero decía: Destill. Fundada en 1885.

Entré. Tras la barra había una chica de mi edad, quien, distraída y canturreando, le servía una cerveza a un tipo. En una de las mesas estaba sentado un hombre de negocios con una laptop; en otra, una señora mayor que bebía un vaso de aguardiente (por sus movimientos oscilantes, no era el primero). Me senté en una mesa redonda con taburetes altos, sobre la que había una figura de bronce, y pasee la mirada por el lugar. El bar tenía algo de pub. Sobre el mostrador colgaban farolillos chinos que habían dejado atrás sus mejores tiempos, y bajo el techo se bamboleaba un ventilador, que ahora permanecía apagado. Varias viejas lámparas de luz penumbrosa llenaban el espacio, y en una gran pizarra de corcho resaltaban incontables billetes de países extranjeros. Las paredes estaban repletas de retratos y carteles.

En un póster negro se leía *Melodía mortal o el V de hora del poeta*, de Sven Lange, donde figuraban tres cabareteras. En la parte posterior del pub se encontraba el espacio para fumadores, y en la parte delantera había dos puertas. En una decía Cocina y en la segunda *Privado. Prohibido pasar*.

—¿Qué desea? —la chica, rubia, de cabello corto y sonrisa amable, estaba frente a mí.

«Me dicen que yo no bromeo», pensé y carraspeé.

—Una *bionade*, por favor. De saúco.

Soné como un cuervo con gripe. La chica fue al mostrador y echó una mirada a la

puerta donde decía *Privado*.

—Bueno —oí que pronunciaba el hombre que estaba en el mostrador—. ¿Estás esperando a que tu precioso amado se tome un descansito?

Era una locura, pero supe de inmediato de quien hablaba. Por eso había entrado en esta taberna sin titubear.

Cuando la chica se inclinó para recoger la corcholata de una cerveza que se había caído, me levanté del asiento y fui hacia la puerta, la abrí y me encontré con un pequeño y caótico corredor, de donde salía una escalera que conducía al sótano. Abajo se escuchaba música clásica. Baje y abrí la puerta.

Lucian se encontraba en medio del cuarto, subido a una escalera de mano. Llevaba unos *jeans* agujereados y una camiseta negra llena de polvo. Tenía un destornillador en la mano y estaba montando una lámpara para techo de la que colgaban muchos cables. Por un momento tuve la sensación de no poder sostenerme en mis piernas. Vi la musculatura de sus brazos y el sudor que dejaba un fino rastro bajo la nuca.

Pareció notar que yo lo miraba. Traté de sobreponerme, pero me costó trabajo apartar la mirada. Las paredes desnudas estaban recién retocadas; el piso, cubierto por una lona de plástico. Encima se encontraban cubetas de pintura, brochas, rodillos y un viejo reproductor de CD, del que salía música de Beethoven. Usando el dorso de la mano, Lucian se limpió el sudor de la frente, y se sacudió el polvo de la camiseta. Entonces se giró hacia mí sin decir palabra.

—Tu cabello —dijo tranquilamente—... te lo cortaste...

Asentí.

—Y mi periquito está muerto.

—Lo siento —comentó. Su voz vibraba tal frialdad que me encogí toda.

Antes de que pudiera contestarle, la puerta del sótano se abrió.

—Oye —la chica rubia se puso entre nosotros—, ¿qué pasa aquí? ¿Qué es esto? ¿Qué se te perdió aquí abajo? ¿No sabes leer? En la puerta dice *Privado* —exclamó enfurecida y fulminándome con la mirada.

—Está bien, Sid —intervino Lucian antes de que yo pudiera contestar algo. Le sonrió a la chica y esa sonrisa me sacó de quicio—. Es solo una amiga.

¡Vaya! ¿Solo una amiga? De repente me sentí como una idiota. Quería dar la vuelta y marcharme, cuando Lucian bajó de la escalera.

—Lo siento —le dijo a la muchacha, excusándose—. Tenemos que tratar algo. ¿Puedes decirle a Jorge que no vendré esta tarde?

—Si es así... —masculló la chica y me echó una mirada de desprecio.

—¿Qué pasa con lo que quedamos? —se dirigió a Lucian de nuevo, colocando la mano sobre su brazo desnudo—. ¿Me recoges luego?

—Veremos. Yo te aviso. ¿Ok?



Lucian se deshizo de ella y me hizo una señal escueta, pasó delante de mí y subió la escalera, acompañando a la chica.

Ella me miró como si yo hubiera raptado a su novio frente al altar, pero ya no le presté mayor atención, sino que subí a saltos la escalera, tras de Lucian.

Cuando salimos del bar, la chica vino detrás de nosotros.

¡Oye! —gritaba—, ¡oye!, ¡tú! Voltee. La chica extendió la mano.

—La *bionade* —señaló entre dientes.

Lucian me miró, sonriendo.

—Al parecer te fuiste si pagar... —y dando la vuelta hacia la muchacha—. Déjalo. Añádelo a mi cuenta.

Refunfuñando, la rubia se dio media vuelta y regresó al bar.

Lucian me miró. La sonrisa había desaparecido de sus labios y su aspecto era de nuevo rígido y distante.

—Me pregunto —dijo irónico—, como puedo hacer para apartarme de ti, si por todas partes me persigues. ¿Están tus amigos otra vez escondidos detrás de alguna esquina? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no me dejas en paz de una vez?

—¿Yo... a ti?

Me quedé boquiabierta. Buscaba aire como un pez fuera del agua. De pronto me dieron ganas de gritarle, pero mi garganta estaba hecha nudo, de tal manera que de mis labios no lograba sacar sonido. Las lágrimas asomaron a mis ojos, lo que me puso aún más furiosa. Giré y corrí por la calle, sin mirar a la derecha ni a la izquierda y sin prestar atención a la voz a mi espalda; en el momento en que el rechinado de unos frenos llegó a los oídos, era demasiado tarde. Un sordo dolor de cadera, al golpearme contra el radiador de un coche azul; rodé por encima de él, al tiempo que, por instinto, me cubría el rostro con los brazos y aterrizaba del otro lado, estrellándome con el occipucio sobre el duro asfalto.

Antes de que yo comprendiera bien que me había ocurrido, Lucian ya estaba mi lado. Se inclinó sobre mí. Su mirada era de susto mortal.

—Rebecca —murmuraba—, Rebecca, ¿estás bien? ¡Di algo, por favor, di algo!

—¡Tipo de mierda! —mascullé con una débil sonrisa despreciativa.

El dolor de la cadera pulsaba con fuerza, pero no parecía que se hubiera roto nada. Solo me dolía la cabeza y todo me daba vueltas. Las palabras de Tyger surgieron en mi mente y me puse a reír.

Lucian movió la cabeza, aturdido.

—¿De qué te ríes?

—De mi maestro —musite—, al que debería haberle hecho caso.

Allí estaba el conductor, con el pesar de su conciencia, y a quien por un pelo no le había desgraciado la vida. Pálido, me preguntaba cómo me sentía; otros transeúntes también se sintieron atraídos, lo que no me gustó en absoluto.

—¿Llamo una ambulancia? —el conductor era bastante joven y ya había sacado el celular.

—No, para nada... —le prohibí, decidida—. Creo... —reprimí un gemido—... creo que no me paso nada.

Traté de incorporarme y observé como Lucian pasaba su brazo en torno a mí y me sostenía. Se había agachado detrás de mí.

—¿Estás segura de que no necesitas ninguna ambulancia? —preguntó. Su boca estaba muy cerca de mi oreja.

—¿Para poder fugarte otra vez?

—¿Yo? —rio Lucian por lo bajo—. Quien quería fugarse más bien eras tú.

—Está bien —respondí—. Tenía que dejarte en paz, ¿lo olvidaste?

—Al parecer no lo consigues sin meterte en dificultades. —Lucian trató de hacerlo pasar por un chiste, pero su aspecto era lastimoso y me hice consciente de lo feliz que eso me hacía.

Se levantó.

—Mi amiga se siente bien —le dijo al conductor—. Creo que no necesitamos ninguna ambulancia.

Asentí, me mordí los labios y extendí una mano. Lucian me ayudó a levantarme.

—¿Mi amiga? Antes sonó de otra manera —dije con voz baja. Me dirigí al conductor.

—Lo siento. Espero que a su coche no le haya pasado nada.

—No tiene nada —exclamo el hombre—, pero la próxima vez ten más cuidado para no estamparte con un auto. ¿De acuerdo? No eres la única que ha salido de esto solo con un susto.

—Prometido —contesté, y de nuevo pensé en Tyger.

Lucian recogió mi bolso del suelo, ya que se me había salido de las manos en la caída, lo cargó y puso mi brazo en su hombro; si bien la cabeza me retumbaba y las piernas me seguían temblando, yo sentía como si me hubieran dado una fuerte droga o un medicamento.

También del bar había acudido gente, incluyendo a Sid (como Lucian había llamado a la chica). Tenía las manos en la cintura, y nos miraba molesta, me habría gustado mostrarle la lengua, como una niña pequeña.

—Ven —dijo Lucian—. Vayámonos de aquí. Te llevaré a casa y allí estaremos seguros.

—¿De qué? —no pude resistir a preguntar—. ¿De mis amigos o de tu amiga?

No recibí respuesta.



**L**ucian vivía en Holzdam, muy cerca del bar. Era una bonita casa antigua, no diferente de la casa de Eimsbüttel donde Janne tenía el consultorio.

—¿Te encuentras bien? —volvió a preguntarme cuando abrió la puerta de su vivienda.

Yo asentí con la cabeza, aunque la cadera seguía causándome un dolor horrible, pero definitivamente no tenía nada fracturado o dislocado y, afortunadamente, la sensación de vahído había disminuido. Me aparté el cabello de la cara y me asusté al ver sangre en mis manos y Lucian también se alarmó al darse cuenta.

—Veamos —se me acercó, me quitó el cabello de la frente con cuidado y examinó la herida.

—Parece peor de lo que es —dijo—. Tenemos que subir hasta el quinto piso. ¿Crees que podrás llegar?

—Sí, claro.

Decidida y cojeando, subí las escaleras al lado de Lucian, pero cuando llegamos yo ya no podía más. Lucian abrió la puerta y me hizo entrar antes que él. En cuanto estuve dentro, quedé perpleja.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucian.

—Nada —contesté desconcertada pero, por algo, el lugar se me hizo conocido. Era el olor. No sabía con qué relacionarlo, pero estaba segurísima que no era de Lucian.

Miré en derredor. Esperaba una especie de casa de citas, un sórdido agujero en un lugar ruinoso, pero esta vivienda era exactamente lo contrario: se veía por el ancho pasillo de reluciente parquet. Tras las laqueadas puertas de dos hojas había señoriales aposentos de techos artesonados. Por la ventana penetraba en sol del atardecer y, hasta donde pude ver, todo el conjunto era de muy buen gusto: enormes estanterías

repletas de libros, una chimenea y muebles antiguos, junto a los cuales nuestros muebles parecían de bazar.

—¿Quién vive aquí? —pregunté suspicaz. En mi cerebro de repente tomó vida una idea horripilante.

—Un millonario homosexual —me contestó Lucian con indiferencia—. Le pegó al gordo de la lotería y ahora cada mes contrata a un amante. A mí me corresponde noviembre. ¿No soy un tipo con suerte?

—¡Idiota! —refunfuñé.

—Pero eso es exactamente lo que pensaste, ¿o no? —me pareció que Lucian iba a soltar la carcajada.

—Ahora en serio —dije—. ¿Quién vive aquí? ¿Tu amiga tiene un papá rico?

—Ella no es mi amiga —contestó Lucian—. Es solo alguien que me... distrae.

—¡Fenomenal! —resoplé—. ¿Y qué haces con ella... para distraerte?

En vez de responderme, me tomó de la mano y me llevó a un cuarto ubicado al final del pasillo. Cuando sentí la lisa y cálida piel de su mano, me quedé sin aliento. Era una sensación tan fuerte que no la lograba captar. Instintivamente apreté más la mano de Lucian, pero entonces me la retiró. Abrió la puerta de su alcoba y señaló hacia la cama.

—Siéntate —dijo—. Voy a traer algo para tu cara.

Mi cuerpo entero tembló cuando me dejó en la cama, aunque no debido a la sien que de nuevo comenzaba a sangrar. Esta forma de excitación nunca la había vivido. No conocía la sensación de que las células del cerebro fueran a fundirse con un lastimoso grumo, y me molestaba mucho que fuera algo tan poderoso.

El cuarto estaba bajo el tejado, y por la ventana se divisaba el sol vespertino. Las paredes eran de un azul brillante y en la que estaba ubicada junto a la puerta se encontraba el retrato de una joven bailarina. Por lo demás, apenas si había algo personal en la habitación; solo junto a la silla de mimbre tenía unas ropas y, junto a la cama, en la mesilla de noche, descubrí el libro de Janne sobre los sueños. Lo miré como si fuera un insecto venenoso.

—Bien. —Lucian había regresado al cuarto.

Se arrodilló delante de mí, lo que hizo que mi concentración en el libro se interrumpiera abruptamente. El corazón me dio un vuelco y un hormigueo me recorrió desde la punta de los pies hasta el cráneo. Mientras, con esmero, Lucian daba ligeros toques con un paño húmedo; yo apreté los dientes.

—¿Te duele? —preguntó preocupado.

«Sí», pensé. Me dolía, mas no la herida, sino el soportar ese distanciamiento, y saber que estábamos completamente solos por primera vez no me ayudaba en absoluto.

Lucian revisó mi sien y arrugó la frente. Su máscara de agonía pareció hacerse

pedazos. Parpadeé aturdida. El impulso de atraerlo hacia mí era irresistible. Me eché para atrás, pero fue como si intentara resistir la fuerza de un imán gigantesco.

¡Qué cosa! ¡Era algo ridículo! Aquí estaba yo, en la cama de Lucian, miles de preguntas me quemaban el alma, en el estómago me bailoteaba la ira contra aquella chica del bar, y todo lo que pensaba era: «Bésame, tómame en tus brazos, haz conmigo lo que quieras». ¿Era una demente? ¿Había visto demasiadas películas sentimentales? Lucian seguía ocupado con mi frente. Con movimientos tranquilos, concentrados, limpió mi piel y por fin puso un vendaje.

—Esto bastará —dijo apenas—. ¿Quieres beber algo?

Señaló el vaso de agua que había traído. Acepté sin decir palabra, tomé un largo trago y comenté simplemente.

—Conozco a la autora —señalé el libro y, de nuevo, el aspecto de Lucian se volvió rígido.

—Es lo que noté —repuso con sequedad.

Se levantó del piso, tomó la ropa de la silla de mimbre, la tiró sin cuidado al rincón y se sentó.

—¿Por qué estabas allí? —me preguntó con frialdad—. ¿Y qué tenía que ver con lo del pájaro? ¿Por qué me lo mencionaste?

Esta vez fui yo la que se abstuvo de contestar a la pregunta.

—No me traicionaste... —dije con precaución—. ¿No mencionaste que me encontraste en la escalera?

—No —me miró de mala gana—, no lo hice, pero quiero saber qué se te había perdido allí. Dímelo. ¿Qué buscabas? ¿Me seguiste?

Carraspeé. No sabía por donde empezar.

—Esa mujer, tu... terapeuta —comencé—. ¡Bah, mierda!

Crucé los brazos.

—Me llamo Rebecca —y agregué—: Rebecca Wolff.

Lucian se echó para atrás, como si le hubiera pegado.

—Eso quiere decir...

Asentí.

—Marijanne Wolff es mi madre.

Lucian se levantó de un salto, con tal ímpetu que la silla se cayó. Cerró los puños tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡No! —exclamó.

—Es mi madre —repetí—. No lo sabía...

—¿Qué? —me miró, sarcástico—. ¿No sabías que Marijanne Wolff es tu madre?

—No sabía que fuera tu terapeuta. No me había dicho nada. Ni una palabra.

—¡Eso no te lo crees ni tu misma! —golpeó la silla con tanta fuerza que salió disparada por la habitación, y por la mirada que me dirigió me pareció que lo que más

le habría gustado era aplastarme.

—¡Pero así es! —insistí—. ¡Así es! ¡Te estoy diciendo la verdad, maldita sea! ¿No puedes detener un momento tu amarga desconfianza? Le estás haciendo caso a quien no debes. Ese es el problema que tienes...

—¿Que le estoy haciendo caso a quien no debo? —la voz de Lucian era ahora tranquila. Estaba en la puerta, cruzado de brazos—. Entonces dime cómo es que has averiguado que tu madre es mi terapeuta.

Me sentí como la acusada de un juicio.

—Lo deduje —mustié—. Cuando me preguntaste acerca de mi primer día en la escuela, busqué el álbum para cerciorarme de qué vestido llevaba puesto ese día. Ese álbum ya no estaba en su lugar, pero no fue eso lo que me hizo caer en la cuenta. Por casualidad, oí hablar a Janne, mi madre, con su novia. Hablaba del baile de máscaras, de que Sebastian te había amenazado con ir a la policía. Pero todavía no me daba cuenta. Pensé que mis amigos me habían delatado con mi madre, pero cuando Sebastian me aclaró que no sabía tu nombre, me cayó el veinte. Esto —señalé el libro de Janne—, lo tomaste del bazar, ¿no es cierto?, poco después de conocernos.

—De acuerdo —dijo arrugando la frente.

—Y luego, unos días después, fuiste con ella. ¿Tengo razón?

Lucian bufó. Diríase que con gusto se habría dado una bofetada por su estupidez.

—Tienes razón —rezongó y dio un paso hacia mí—. ¡Qué buen trabajo detectivesco has hecho! ¿Ya estás satisfecha?

De nuevo me ganó el enojo.

—¿Cómo puedes decirme eso? —refunfuñé saltando de la cama—. ¿Quién comenzó con este jueguito de adivinanzas, tú o yo? —señalé mi sol, que me quemaba el pecho como un fuego, e imité la voz en el bazar—: *Seize the day* = *aprovecha el día*. Eso quiere decir, ¿o no? ¿Qué crees que descartó en mí esa pregunta cuando me di cuenta de que esas palabras estaban grabadas en el reverso del dije? *No sé quién soy*, me dijiste en Falkensteiner Ufer. Y luego, en el baile de máscaras, ¡ay!, tu pregunta tan misteriosa sobre mi vestido del primer día de escuela. ¿Qué pensabas, Lucian? ¿Que durmiendo me vendría la solución? ¡Me pasé todo ese maldito día, y los siguientes, con sus noches, buscando respuestas! —nada me habría gustado más en ese momento que lanzar por los aires lo que había en el cuarto—. Si hubieras confiado en mí en vez de en mi madre, me habría evitado toda esa mierda del consultorio. Me metí a escondidas y por un pelo no me pescó. Y para responder a tu pregunta: no, no me quedé *satisfecha* al descubrir que mi propia madre procedía conmigo con alevosía desde hacía semanas. Cuando encontré lo que habías dicho, casi me vuelvo loca.

La voz se me quebró, pero rápidamente volví a controlarme.

—No era la «lectura» que yo había esperado, pero lo peor fue haberme enterado

de esa manera —lo fulminé con le mirada—, y no por ti.

—¡Maldita sea! —volvió a cerrar los puños y golpeó la puerta una y otra vez, con fuerza, firmeza y repetidas veces; luego me miró y me reprochó.

—¡No tenías que haberlo descubierto! Debí haber sabido que confiar en alguien era una idea estúpida. ¿Qué leíste? ¿Qué pudo haber escrito tu madre salvo lo del pájaro?

Callé un instante. En la vivienda de abajo se escuchó un inodoro y luego los gritos de un niño.

—No lo escribió —dije en voz baja. Había desaparecido mi ira y ahora la angustia ocupaba su lugar—. Lo guardó. En una grabadora.

—¿Hizo... *qué*? —me miró azorado.

—Solo escribió sobre las primeras sesiones —mustié—. El resto lo grabó. Lo escuché todo. Todos tus sueños... sobre mí.

—Esa infeliz... —no concluyó la frase.

Su rostro afilado estaba totalmente desfigurado por el odio que albergaba, y pude entenderlo. Había confiado en Janne y ella lo había traicionado peor que a mí. Mi comprensivísima madre terapeuta no había pensado ni un segundo en los sentimientos de su paciente. Lejos de ayudar a Lucian, lo había engañado, aun bajo hipnosis.

Me miré la mano. La uña del dedo anular estaba rota.

—El sueño en el que tú —tragué saliva—, me colocabas en la cama. La mujer que de repente se presentó en la puerta y que por poco reconoces era mi madre. Durante tu hipnosis...

Lo miré y noté que no le importaba lo que yo decía, y que no lograría llegar a él. Precisamente ahora, que estaba más cerca de mí, no me daba oportunidad alguna.

Cuando habló, su voz era suave y ausente:

—Escucha. Estoy harto. Definitivamente, me importa una mierda por qué sueño contigo, se trate del futuro o del pasado. Renuncio. Dile a tu madre que se vaya al infierno. Si lo que quiere es proteger a su niña, haría mejor en encerrarte, y si cree que tiene algo contra mí en su poder, entonces se equivoca. Voy a desaparecer. Debe haber algún lugar adonde no puedas seguirme. Y ahora vete.

Las últimas palabras las dijo con tal desprecio que más bien las escupió. Se apartó de la puerta y la mantuvo abierta.

—¡Fuera! ¡Vete! ¡Para pronto es tarde! ¡Lárgate!

Me quedé como tullida.

Sin decir más, se fue. Poco después me puse en movimiento. No sentía nada, ningún dolor, ningún temblor. Todo era vacío.

Tambaleante, recorrí el largo pasillo. Cegada por las lágrimas, empujé la puerta del apartamento y descendí la escalera a trompicones. Me quedé en la entrada. Puse

la mano en la manija, pero no logré abrir. No era fuerza lo que me faltaba, sentía como si se me hubiera desprendido la mano de las funciones de mi cerebro.

Me di la vuelta y recorrí todo el camino hacia arriba. Al llegar al quinto piso me faltaba el aire como si hubiera subido el Everest. En la placa del timbre no aparecía ningún apellido, sino el nombre de una empresa: *Eternal Funds* (Fondos Eternos).

No hablé, no toqué, no salía de mí ningún sonido. Solo apoyé la frente contra la fría madera. Cuando la puerta se abrió, casi caigo de bruces. Lucian tomó mi muñeca, y con un rudo movimiento me metió en la vivienda. Con la otra mano cerró la puerta de un golpe y luego me empujó contra la pared. Me sujetó por los hombros y noté que todo su cuerpo temblaba. No me miraba; su vista estaba fija en un punto invisible junto a mi cabeza, y sus ojos oscuros ardían con desesperación pura. Sus manos me oprimían con más firmeza, y por un momento pensé que iba a golpearme pero, extrañamente, ese pensamiento no me producía ningún temor. Me apreté aún más contra su pecho hasta sentir cómo las costillas subían y bajaban bajo su piel, cada vez con más intensidad, cada vez más rápido, como si allí dentro se desencadenara una tormenta. Entonces apartó la vista de la pared, pero el destello en sus ojos no se apagaba; entonces me miró. Y luego desistió.

No fue un beso. Fue como el momento decisivo de una lucha salvaje. Nuestros labios se encontraron ciegamente; sonó un jadeo, no sé si suyo o mío.

Cerré los ojos y busqué sus manos, las moví brazos arriba hasta los hombros, luego al cuello, al cabello, de manera tanto suave como firme... Luego hacia las orejas, las mejillas, en donde sus vellos se sentían como fina arena. Sus manos estaban en mi pelo, en mi nuca, se agarraban de mí. Yo seguía con los ojos cerrados, no quería ver nada, solo sentir, abandonarme a esa calidez, esa tranquilidad, en él, en nosotros. Y sentí que a él le ocurría lo mismo.

Tras un momento interminable, sus dedos rodearon los míos y se apartó de mí, suave pero decidido.

—¡Oye! —escuché su voz suave y ronca—. ¡Mírame! Tomó mi cara con ambas manos.

—¡Oye!

Como en cámara lenta, abrí los ojos.

—Quiero mostrarte algo —dijo—. ¿Estás lista?

Lo miré. Me soltó, levantó las manos y me las mostró con el dorso hacia mí, milímetro a milímetro con un movimiento fluido, en cámara lenta. Cuando estaban ante mi rostro, las giró con la misma lentitud de movimientos, hasta que ambas palmas quedaron abiertas frente a mí.

Era la primera vez que yo miraba las palmas de sus manos de manera real y consciente, y necesité un momento para entender lo que me quería mostrar.

Entonces comprendí.



Le faltaban las líneas, el patrón, los diminutos senderos entrelazados que todo ser humano tiene en sus palmas, en los dedos y hasta en las yemas.

Las palmas de Lucian eran lisas.

—¿Entiendes ahora? —rompió el silencio—. ¿Entiendes ahora lo que quiero decir cuando digo que no sé quién soy?



**M**e quedé toda la noche con él.

Primero le hablé a Suse y luego a Janne, a quien le dije que pasaría la noche con Suse. Janne aceptó y pareció, también esta vez, que no sospechaba nada, y si manifestara alguna suspicacia, Suse me cubriría. Esta no me hizo ninguna pregunta, por lo que estuve infinitamente agradecida. Se contentó con que le diera la dirección, «solo por si acaso», dijo, y le aseguré que lo primero que haría por la mañana sería llamarla.

Los cortos minutos empleados en telefonar fueron los únicos en que Lucian y yo estuvimos separados. Yo entré en su habitación y él se quedó en el corredor. Luego nos pegamos el uno al otro como siameses.

Nos acostamos en su cama, tan cerca el uno del otro cuanto nos fue posible, y por el lado de mi cuerpo que tocaba al suyo fluía una cálida corriente continua.

La mano izquierda de Lucian estaba abierta sobre la mía, mientras que yo, con las yemas de los dedos de la otra mano, investigaba la lisura sin imperfecciones de su palma. Estaba completamente fascinada por cómo se sentía: cual si fuera seda o mármol, como una indescriptible hoja de papel.

Tardamos un rato en encontrar de nuevo las palabras.

—¿Cuándo supiste... que eras diferente? —susurré—. ¿Lo notaste en seguida? Después que bajo el puente...

—No —me interrumpió—. Al principio no sospeché nada. Solo me di cuenta por la mesera del Diner, donde ustedes siempre van al mediodía. Cuando me ponía los platos, noté las líneas de su mano. Eran bastante profundas; casi me parecieron cicatrices, y yo debo haber estado muy asombrado porque me preguntó si leía las manos. Lo dijo bromeando y dejó abierta la mano un momento frente al plato, encima del mostrador. Quizá quería flirtear, no sé. Lo único que recuerdo es que en un primer

momento pensé que *ella* tenía algo anormal, pero luego comencé a mirar las manos de otras personas, y pronto caí en la cuenta de que el anormal era yo.

Pensé de nuevo en la tarde de Falkensteiner Ufer. Lucian también había mirado mis manos.

—Quizá... —comenté—, es un defecto genético, una tara hereditaria o algo así.

—¿Una tara? —sus dedos se cerraron en torno a los míos—. Entonces me gustaría saber de quién la he heredado. El propietario del bar en el que trabajo me deja usar su computadora y he buscado en internet, pero nunca he encontrado a una persona sin líneas en las manos ni huellas dactilares —rio por lo bajo—. Quizá mis padres son extraterrestres. Se lo podría plantear a tu madre, cuando la visite de nuevo.

Espantada, le miré.

—Lo que no me he propuesto en serio —agregó.

—¿Y lo de marcharte?

Apreté mi mano en torno a su muñeca y me di cuenta de lo mucho que seguía temiendo que se levantara y se despidiera de nuevo.

—No me voy —dijo y me rodeó con el brazo—. No sin ti, en dado caso. Si eso ocurriera, ¿nos fugaríamos juntos? ¿Qué tal Río de Janeiro?

¿Había sido él siempre tan bello? Conteniendo el aliento contemplé su cara con su pequeña nariz, los pronunciados pómulos, las largas y oscuras pestañas y los ojos de un azul nocturno, hasta que me miró de hito en hito.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Por qué siempre me miras tanto? Arrugó la frente:

—Tú también tienes algo diferente. Tragué saliva. —¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros y luego meneó la cabeza:

—No sé. No lo puedo expresar con palabras, pero ya lo he notado un par de veces. Se me ocurre que conmigo te faltarían cosas que los demás tienen, pero no logro asociar qué podría ser.

Me eché a reír.

—Hasta donde sé, todo está en su lugar. Y ahora deja de estar mirándome. Sonrió.

—Si así lo quieres —se había estirado y se inclinó sobre mí para besarme.

—Creo que soy adicta —susurré, luego de que nos separamos después de media eternidad.

—Sé lo que quieres decir —tomó uno de mis mechones en la mano y dejó que se deslizara por sus delicado dedos—. Te ves bien con el cabello corto. ¿A qué se debe?

—Nada bueno —y le conté sobre la clase de química. Me escuchó sin decir palabra y luego el rostro se le oscureció.

—¿Y lo del pájaro? —preguntó quedo.

—Como tú lo soñaste —le respondí, también en voz baja—. Palabra por palabra, incluida la última frase de Spatz.

No me dieron ganas de reírme por la cómica e involuntaria rima<sup>[59]</sup>; tampoco Lucian rio.

—¿La novia de tu madre?

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué fue diferente? —preguntó.

—Spatz dijo: «Es cierto. Ha ocurrido. John Boy está muerto».

—Tienes razón. Las primeras frases no salieron en mi sueño —miró pensativamente sus palmas. Lisas. Es incomprensible que yo no haya caído en la cuenta.

—¿Lo sabe Janne? —pregunté—. ¿Mi madre? ¿Sabe lo de las palmas de tus manos?

Meneó la cabeza.

—No. Sidney... —Lucian titubeó—. Una vez... se empeñó. Quería verme las manos, pero entonces apagué la luz.

Su respuesta me pegó de inmediato, pero evité comentar.

—¿Y no tienes ninguna idea de por qué sueñas esas cosas? —le pregunté en vez de eso.

Meneó la cabeza.

—No tengo ni la más ligera noción. Lo que más me asustan son los sueños de tu futuro. El de tu periquito no ha sido el único sueño en que tú tenías la misma edad que ahora. Estaba también aquel...

—... ¡Mono! —se me escapó. Los apuntes de Janne volvieron a mi mente—. En la agenda de mi madre se leía *papel mache* y algo sobre una cubeta de pintura y un color rojo sangre.

Lucian asintió.

—Estábamos en una cocina, era pequeña, angosta y bastante sucia. Una pared estaba pintada de rojo, y cerca del refrigerador de encontraba ese mono. Era una escultura que tenía un montón de cosas pegadas. En el antebrazo derecho lucía una bandera americana y en el pecho tenía pegada una caja vacía de pañuelos desechables. Su rostro era una asquerosa mueca y sus dientes eran muy filosos. Tú lo tomas, te echas para atrás y lo lanzas contra una estantería. Luego cae esa cubeta de pintura directamente sobre ti. Llevas una camiseta blanca y un paño en la cabeza anudado en la nuca, al estilo de los piratas. Da la impresión de que estas bañada en sangre.

—¡Wow! —ahora era yo quien meneaba la cabeza—. Eso me suena más bien a una película de horror. ¿No sueñas nada bonito sobre mí?

Sonrió, tomó mis manos entre las suyas, se las llevó a la boca y besó cada una de las puntas de mis dedos.

—Sí —dijo lentamente—. Anoche soñé que los dos estábamos en una playa.

—¿Por eso lo de Río? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

—No tengo idea. No, no creo —se encogió de hombros—. No sé dónde está esa playa. De todos modos, parecía bastante movida. En el agua había surfistas, unos cuantos jóvenes jugaban voleibol y junto a nosotros estaba sentada una chica. Tenía rizos de un rojo fuego y llevaba un vestido pasado de moda, gris plata. Estaba dibujando un niño y nosotros lo miramos.

No supe qué comentar. Lucian sonrió.

—¿Tienes o no idea de lo que estoy diciendo? ¿No sabes de monos de papel maché con una mueca en la cara, sentados arriba de un refrigerador, o de chicas pelirrojas que se vistan pasadas de moda y que vayan a sentarse en la playa y dibujen?

Sin saber qué decir, me encogí de hombros.

—Y tu cumpleaños número diecisiete, ¿no lo has planeado todavía?

—No —me eché a reír—. ¿Dónde será la fiesta?

—Allí. —Lucian señaló hacia arriba.

—¿Qué quieres decir?

—Estábamos en un globo y volábamos encima del Elba, pero en realidad se veía toda la ciudad.

—¿Quieres decir que íbamos en un globo de aire caliente? —pregunté, entusiasmada—. Siempre he querido hacerlo. Pero eso... solo lo sabe Sebastian —dije, tragando saliva.

—Mmm —la sonrisa había desaparecido de los labios de Lucian—. Entonces tiene sentido. Él también va.

Me espanté.

—¿Y cómo sabes tú que yo cumplía diecisiete?

—Porque te besó —dijo, suspirando—. «Todo mi amor en tus diecisiete, Becks».

Hundí la cabeza. Mi cumpleaños es el 16 de febrero; en tres meses. Lucian me apretó contra sí.

—Y ahí acabó el sueño.

Pasé las puntas de los dedos por los labios de Lucian, primero por el labio superior, luego por los dos y después por el de abajo, y la idea de estar besando a Sebastian me resulto tan ajena como nunca antes.

—Este sueño no se lo has contado a mi madre, ¿o sí? —traté de asegurarme, angustiada.

—No, porque ocurrió después de mi última sesión —tocó mi mejilla con la punta de la nariz.

—¿Qué crees que piense? —murmuré—. Quiero decir, si ya no vas con ella. ¿Crees que trate de encontrarte? O, peor aún —añadí, cavilando—, ¿que te denuncie?

Seguía sin caberme en la cabeza que la persona que más nos preocupaba fuera

precisamente mi propia madre.

—No tengo idea —contestó Lucian—. Mi siguiente cita es el miércoles. Mientras, a ver qué se me ocurre, pero ahora quiero pensar en otras cosas.

Lucian hundió la nariz en mi cabello. Sentí cómo inhalaba y luego cómo soltaba su cálido aliento. Toda la piel de la cabeza comenzó a cosquillearme.

—Te sentí —murmuró—; antes, en el bar. Sentí que estabas allí. ¿Cómo hiciste para encontrarme?

—No hice nada —dije y suspiré—. Fue pura casualidad. Venía de verme con alguien que tiene su sala de ensayo en la Langa Reihe, y regresando a casa pasé por el bar... y entré.

Involuntariamente, meneé la cabeza. Hasta aquí, todo casualidad.

—¿Con quién estuviste, pues? —la voz de Lucian sonó un poco a celos—. ¿Es otro amigo?

—No te preocupes —reí—. Solo un ojete con quien tenía que aclarar algo referente a mi amiga.

—Ajá —me miró divertido—. ¿Secretos de mujeres?

—Algo parecido —asentí—, pero algo que no es para reír. ¿Y qué me dices de ti, de tu chica? —torcí la boca, mientras se me formaba un nudo en el estómago.

—Mi chica está sentada aquí —dijo, y se acercó más a mi cara, pero en vez de besarme, pasó la punta de la nariz por mi mejilla. Retuve el aliento y en ese mismo instante mi estómago me hizo observar que, vergonzosamente, lo había dejado olvidado desde el desayuno.

—¡Wow! —rio—. Parece que hay mucha furia ahí. Espera un poco y te traigo algo de comer.

—¡Ni hablar! —tomé su mano—. Sin mí no vas a ningún lado —lo dije en serio.

—Como quieras —me guiñó un ojo—. ¿Tienes ganas de un picnic?

Arrugué la frente, interrogando. Me llevó a la cocina. Era muy grande y con instalaciones modernas, con mucho cromo, madera clara y un gigantesco refrigerador, que estaba bien surtido. Había un bar con un considerable conjunto de botellas de whisky, y en el alfeizar de la ventana, unas plantas anquilosadas.

Lucian tomó del refrigerador queso, pan, aceitunas, un grueso salami, un vaso de pepinillos en vinagre y, por último, una botella de champaña, que a todas vistas era bastante cara.

—Oye —le dije—. ¿Todo esto es tuyo o de tu...?

—¿De mi qué? —sonrió y tomó cubiertos, un plato y dos vasos de la vitrina—. ¿No te puedes librar de esa fantasía, verdad?

Le di un codazo en el costado.

—Pero no sueltas prenda, ¿verdad? ¿Dónde está tu misterioso anfitrión? ¿Y ese nombre de la placa de la entrada? ¿Es una empresa o qué?

—No tengo idea —repuso—. Y mi anfitrión viene en camino. Llegará de un momento a otro.

Regresamos al cuarto, juntamos tanto las provisiones como un saco de dormir y unas cobijas de lana en una gran mochila y, para mi asombro, abrió la ventana.

—Ponte la chaqueta —me dijo—. En el restaurante podría estar fresco. No tienes vértigo.

Me lo dijo sin preguntar; no obstante, accedí. Luego, detrás de Lucian, que se había puesto su saco de cuero y la mochila, salté desde la ventana al aire libre.

Tuve que agarrarme del marco un momento. Justo debajo del alero, donde me encontraba, se veía directamente hacia abajo. El frío aire nocturno me dio en la cara y Lucian se rio de mí con ojos avispados.

—¿Listos? —me tomó la mano y me llevó hasta la esquina, donde una cornisa llana llevaba a la vivienda vecina. El edificio sobresalía unos dos buenos metros por arriba de la casa en la que vivía Lucian. Una angosta escalera de incendios pegada a la fachada llevaba a la parte superior.

Con agilidad felina subió los peldaños, y una vez que estuvo arriba me hizo una señal.

—No pienses —me gritó—. Solo sube hasta mí.

Tomé aliento y luego trepé hasta arriba, aunque sin ninguna habilidad gatuna.

El aliento se nos convertía en blancas nubes, mas no sentí el frío. Las cinco o seis casas cuyos tejados cruzamos tenían la misma altura y estaban unidas unas con otras, pero solo me atreví a mirar hacia abajo cuando Lucian se detuvo.

Habíamos llegado al extremo de la casa. Frente a nosotros, en la calle que atravesaba, se encontraba el legendario hotel Atlantis, que el próximo año iba a celebrar su centésimo aniversario. Lo había visto muchas veces; desde abajo, claro. Su tejado de pizarra estaba coronado por dos estatuas, sentadas espalda contra espalda entre un estilizado globo terráqueo. Este se encontraba iluminado con una brillante luz plateada, mientras que los rostros de las pétreas mujeres destellaban una digna impassibilidad.

—Para un globo aerostático me falta bastante dinero —dijo Lucian—, pero todo esto no está mal, ¿no crees?

No podía negarlo. Muda, observé la ciudad nocturna a nuestros pies. Desde aquí se podía mirar en todas la direcciones. Ante nosotros se divisaban las lagunas Binnenalster y Aussenalster, separadas por el puente Kennedy de varios carriles, con sus diminutos coches. Por allá la estación Dammtor, en medio de la noche, campeaba la esbelta punta de la torre de la TV con sus destellos rojos; detrás de nosotros estaban la estación principal y el Palacio De Bellas Artes. Reconocí la iglesia de San Nicolás<sup>[60]</sup>, cuya torre más alta parecía una tiara papal, y la iglesia de Hamburger Michael, cuyos cuatrocientos peldaños subí una vez con mi padre en un lluvioso

domingo, y habríamos hecho bien en haber evitado todo aquello.

El cielo parecía boca de lobo de tan oscuro, y tampoco se veía la luna en parte alguna, por lo que las luces de la ciudad resplandecían mucho más. Los faroles amarillos y anaranjados, los anuncios espectaculares y los carteles iluminados, los blancos faros delanteros de los coches y las rojas luces traseras, las relucientes fachadas de negocios y hoteles parecían brillar con empeño. En muchos edificios altos destellaban luces verdes de neón, y pude ver los anuncios azules y rosas del Cinemax al que Suse y yo siempre íbamos.

Mi mirada se deslizó sobre las copas de los árboles, cuyas ramas ya estaban desnudas, los diferentes puentes y los jardines abandonados que ahora tenían un largo invierno por delante.

—Se ve bonito desde aquí —expresé finalmente.

—Sí —contestó—. Este es mi lugar preferido.

Extendió su saco de dormir. La pendiente del tejado, interrumpida por las ventanas de las buhardillas<sup>[61]</sup> y las numerosas chimeneas, resultaba tan plana que uno podía sentarse con toda comodidad. El piso estaba caliente por las calefacciones y las chimeneas de las viviendas, y me apretujé contra el costado de Lucian. Puso ambos vasos en mis manos, descorchó la botella de champaña y sirvió. Luego tomó el suyo y se volteó hacia mí.

—¡Por ti! —dijimos como si fuéramos una sola boca, y nos echamos a reír.

—¡Por nosotros!

El tráfico se incrementaba abajo, pero no oí nada salvo el tintineo de nuestros vasos.

Estaba tan henchida de sentimientos que creí que no podría engullir nada, pero cuando Lucian me puso un pedazo de salami entre los labios, me di cuenta de lo hambrienta que estaba.

—Más —proferí.

Lucian rio, me puso un trozo de queso y luego algo de pan y un trago de champaña de su vaso.

—¡Cuidado! —me quejé, cuando la perlina fluidez se derramó por las comisuras de mis labios—. ¡No tan rápido!

—Así sabe todavía mejor —musitó—. ¿Quieres más?

Se puso el vaso en la boca, tomó un trago y apretó sus labios contra los míos. Lentamente, gota a gota, dejó que el champaña fluyera de su boca a la mía.

—Basta —dije, jadeando—, a menos que quieras que me caiga del tejado.

Se echó a reír. Sus ojos destellaban como oscuras estrellas.

—Hubo un sueño que no quisiste contarle a Janne —me escuché decir de repente—. No sé de qué hablabas, pero mencionaste que había una puerta giratoria y metal. Mi madre inquirió más, pero tú te cerraste.



Lucian se quedó muy quieto. Se quedó observando las ventanas de las casas y yo seguí su mirada en espera de la respuesta. Siempre se prendía una luz aquí, se apaga otra allá, mientras detrás de muchas ventanas se podía ver las luces empañadas de las pantallas de los televisores. Increíblemente se podía ver incluso cómo cambiaban de programa. Cerca de nosotros, en el cuarto de un hotel, una pareja se peleaba por el control remoto.

—En ese sueño es donde encontré mi nombre —exclamó por fin—, o, más bien, tú lo descubriste.

—¿Qué quieres decir?

—Eras muy pequeña. Era un hospital, estabas sobre una camilla. Me miraste y dijiste Lu. Querías preguntarme algo, pero entonces...

Lucian se encogió de hombros.

—Ya no sé qué más pasó. Pero Lu al menos era un comienzo —sonrió—. El resto lo añadí por mi cuenta. En un comienzo pensé en Lucas, pero me pareció demasiado común.

—Janne pensó que yo me refería a mi osito —comenté, con la voz baja—. Y Spatz lo encontró junto al columpio.

Lucian me miró inseguro.

—Yo me había caído del columpio —proseguí—. Tenía tres años, pero Spatz volvió a contarme la historia hace poco. Me golpeé la cabeza contra una losa del suelo y me tuvieron que operar. Spatz recogió el osito de al lado del columpio y luego nos acompañó al hospital. Cuando estaba en la sala post-operativa pregunte por Lu. Spatz dice que me puse muy contenta. Janne me entregó el osito en las manos, pero es evidente que no era lo que quería.

Miré los dedos de Lucian. Completamente quietos, estaban sobre el dorso de mi mano y luego me acariciaron suavemente la piel. De golpe me puse a pensar en la alocada teoría de Suse sobre el gemelo renacido, que yo habría tenido.

—¿Sueñas también... con alguien más? —pregunté luego de un rato. Primero asintió y luego meneó la cabeza.

—Muchas veces —dijo—. Tengo sueños difusos sobre sombras o paisajes. Muchas veces hay oscuridad y oigo voces, pero no sé de dónde vienen, y en varias ocasiones sueño que me sumerjo profundamente en el agua. Eso es lo que más me gusta. Me siento tan ingrávido, casi como si fuera volar.

—Sí —susurré—. Yo también conozco eso. Exactamente así es como me siento cuando nado.

—¿Y qué se siente tener padres? —preguntó.

No supe qué contestarle. Nunca había pensado en una pregunta así. Todo el mundo tenía padres, o al menos todos los que yo conocía. Era lo más normal del mundo. Y, a diferencia de muchos otros, yo había tenido bastante suerte con los míos,

si no se toman en cuenta los sucesos de las últimas semanas.

—Se siente muy bien —respondí—. ¿Cómo lo sientes tú? ¿Cómo se siente no saber dónde se encuentra la familia de uno?

Lucian calló. Miró al cielo, que de repente se iluminó. Se escuchó un trueno, mas no llovió.

Frente a la rueda de gigante de la Feria de Hamburgo se iniciaron los fuegos artificiales. Como estrellas en explosión, se elevaron chispas por el cielo con múltiples colores y formas. Ardían, regalaban belleza y se extinguían.

—*Phone home* (telefona a casa) —dijo con voz ronca desfigurada. Dobló los dedos y señaló a la destellante torre de la TV, que desde aquí parecía un ovni.

—*E. T. phone home...*

—¡Cabeza de chorlito! —reí—. ¿De dónde conoces esa vieja película?

—La pasaron hace un par de días en la tele —explicó—, pero la idea no es tan mala. ¿Qué dirías si ahora llegara una nave espacial para llevarme? ¿Te irías conmigo?

—Desde luego —dije sin titubear—, siempre y cuando allí arriba hubiera piscinas o lagos.

—O mar —sonrió Lucian. Por unos instantes, contemplamos embebidos los fuegos de artificio. Duraron mucho tiempo. A cada momento saltaban nuevas chispas, y nosotros permanecemos callados, hasta que se apagaron las últimas luces en el negro cielo nocturno. Lucian me había tomado firmemente los brazos.

—Solicitaré la nave espacial para más tarde. ¿De acuerdo? —susurró finalmente—. Ahora más bien parece necesitar una cobija caliente.

Asentí. No me había dado cuenta de que los dientes me castañeaban. Cuando regresamos al cuarto de Lucian, de pronto nos sentimos desconcertados. Estábamos ante un nuevo umbral y no sabíamos como cruzarlo.

Lucian tomó la iniciativa. Se quitó el saco, luego los zapatos y finalmente me quitó la chaqueta de los hombros y me llevó nuevamente a su cama. Se arrodilló delante de mí para sacarme los zapatos y luego los calcetines. Sus dedos fríos se plegaban en torno a mis pies, y yo sentía cómo la sangre se calentaba bajo mi piel. Me desabroché los *jeans* y traté de respirar acompasadamente, en lo cual fracasé de forma penosa. Cuando Lucian jaló de las piernas el pantalón, este fue resbalando lentamente por mi cuerpo, y por cada milímetro de mi piel se me iba poniendo la carne de gallina. Cada broche daba su propio y suave clac, hasta que no quedaba encima más que la camiseta y el calzón.

—¡Cómo tiembles! —dijo.

Me echó encima la cobija, me arropó y entonces se quitó los *jeans*. Vi sus piernas, delgadas pero marcadas, sus potentes pantorrillas. Los músculos parecían danzar bajo su piel. Se dejó la camiseta y se acurrucó junto a mí bajo la cobija.

—Esta vez —susurró—, es de verdad; no es un sueño. Estoy acostado junto a ti en la cama.

Me sonrió y luego me pellizcó la mejilla con suavidad.

—Y has crecido mucho desde la última vez.

No emití ningún sonido. Estiré los brazos hacia él, pero el meneó la cabeza.

—Date vuelta —me ordenó con voz suave—, voltéate boca abajo.

Así lo hice. Lucian levantó mi camiseta cada vez más. Sus dedos lisos y blandos recorrieron mi columna vertebral con una lentitud suave, deliciosa e interminable. *Cuando te toco* —había dicho Lucian en la terraza del búnker—, *siento algo indescriptible, como si nunca hubiera tocado a nadie*. Y así exactamente me ocurrió ahora. Como si yo fuera la primera, la única, a la que él jamás había tocado. No me sentí de otra manera. Toda la piel me hormigueaba, bajo sus dedos todo se convertía en otra cosa, en algo nuevo. ¿Qué era yo, en qué me había convertido, qué éramos nosotros?

De golpe, los dedos de Lucian se detuvieron:

—Ahí esta —murmuró—. Tu cicatriz. Te caíste, ¿verdad? Jugando. Esto lo soñé anteayer. Eras pequeña. Te peinabas con cola de caballo y llevabas un *dirndl*<sup>[62]</sup>. Estabas en el patio de juegos, corriste, pero con ese vestido no te podías mover, y cuando el niño te jaló, tú volteaste y él te empujó. Moviste los brazos y te caíste. Comenzaste a gritar como loca, y se te clavó una aguja de seguridad en la espalda.

Sentí como Lucian se doblaba sobre mí. Sus labios rozaron la piel de mi omóplato.

—Yo estaba contigo —susurró—. Yo estaba justamente junto a ti, pero no te ayudé, ni siquiera te dirigí la palabra ni te consolé. Rebecca, tenía tanto miedo de que algo mal...

—Shhhhh...

Me giré y cerré sus labios con un beso. Noté como sus manos se cerraban en puños sobre mi espalda; todo su cuerpo estaba ahora excitado. Arquee la espalda y me empujé cada vez más adentro de su abrazo; entonces aplané mi cuerpo para quitarme la camiseta, pero Lucian me retuvo la mano con fuerza.

—Nada —susurró con esfuerzo—. No sé si yo ahora... o si puedo soportar esto, ¿de acuerdo?

Siguió sosteniendo fuerte mi mano. Asentí y entonces comencé a llorar. No sabía por qué; sencillamente el llanto se apoderó de mí. Lucian me besó las lágrimas de los ojos, me miró y su mirada era un contacto, una caricia profunda en mi interior.

—Te amo, Rebecca —dijo.

Me espabilé y vi que hablaba en sueños. Estábamos igual como nos habíamos acostado, estrechamente abrazados, con su pecho pegado a mi espalda. Primero pensé que escuchaba su voz en mi sueño, pero luego me di cuenta de que era él quien

soñaba.

—... yo también... —escuché que él decía. Sonaba atormentado, impotente—... pero debes... mas no... no conmigo... cesa... deja... de rogar... no puedo... de lo contrari...

Se sobresaltó y vi que el sudor le corría por el rostro. Sus cabellos estaban húmedos.

—¡Oye! —le dije—. Estabas soñando. ¿Qué... era?

Prendí la luz, Lucian parpadeó. Se le veía por completo aturdido y pareció necesitar un buen rato para registrar dónde se encontraba.

—No sé —murmuró azorado—, no sé qué soñaba. Normalmente lo veo justo frente a mí, pero ahora ha desaparecido.

Sonrió, torciendo la boca, y reclinó la cabeza sobre mi pecho.

—Ha de ser culpa tuya, porque tú puedes desechar los sueños de inmediato —me atrajo a sus brazos, pero ya no dormimos.

—Tengo sed —dijo en determinado momento y se iba a levantar, cuando lo detuve.

—Deja que yo vaya —comenté—. De todas formas tengo que ir al baño.

Recorrí torpemente todo el pasillo a oscuras y en la cocina llené un vaso de agua del grifo; busqué el baño mientras regresaba al cuarto de Lucian. Abrí la puerta de lo que resultó ser un guardarropa, un trastero, y en la tercera búsqueda tuve suerte. Busqué a ciegas el interruptor y me topé con una enorme sala de baño con lavabo de mármol y una lavadora de ropa. Había ducha y bidé, pero no inodoro. Mientras pensaba si debería usar el bidé, la puerta se abrió. Me di vuelta y, asustada, dejé caer el vaso.

Frente a mí se encontraba una mujer desnuda. Era más o menos de la edad de Janne, llevaba cabello largo y castaño, con un aspecto revuelto que decía con mucha claridad qué había estado haciendo hasta unos momentos antes.

—Yo. ah —tartamudeé y hubiera querido que me tragara la tierra, lo que la mujer en cueros advirtió, en un abrir y cerrar los ojos.

—Bueno, por lo visto hoy no soy la única visita femenina —dijo, divertida—. ¡Hola!, me llamo Kim. ¿Y tú quién eres? —me sonrió, como si nos hubiéramos encontrado en un cóctel.

—Yo. yo —¡cielo santo, no me pareció tener que decir mi nombre!

—Déjalo, cariño —dijo la mujer—. Está bien. ¿Qué te parece si regresas a la cama y me dejas que arregle lo del vaso?

No necesité que me repitiera la pregunta. Con la velocidad de la luz, salí pitando hacia el cuarto de Lucian.

Cuando le conté lo que había pasado comenzó a reír.

—¡Bueno! —repuso—, al menos ahora ya tienes una prueba acerca del sexo de

mi anfitrión.

—Muy chistoso —bufe—, pero ¿no me vas a presentar?

—¿Ahora? —preguntó arqueando la ceja.

Con una sonrisita, respondí que no.

—Quizá mañana —dije mirando a la puerta, aprensiva—. ¿Y crees que en realidad esto... está bien?

—¿Qué? ¿Que mi anfitrión reciba mujeres?

—No, que tú... recibas muchachas.

—No he leído ningún reglamento de la casa que lo prohíba —aclaró—. Tranquilízate. El tipo es a todo dar. No me va a retorcer el cuello.

—¿Lucian?

Me miró interrogativo.

—¿Dónde está el baño? —pregunté algo avergonzada.

—Oh —sonrió—. Es muy fácil. Justo al lado de mi cuarto.

Cuando regresé, Lucian tenía el libro de mi madre y lo estaba hojeando.

—Quisiera saber —musitó—, en que parte cesan.

—¿Cesan? —arrugué la frente—. ¿Qué quieres decir?

—Mis sueños sobre ti —me explicó—. Vienen al azar como escenas de una película que se hubiera roto y luego la hubieran pegado en desorden. Pero ¿dónde está el comienzo, dónde el fin? ¿Entiendes lo que quiero decir? En realidad quería preguntarle a tu madre esto, pero... no sigue —dijo mirándome.

Asentí, y de inmediato me di cuenta de algo. Tome el libro, abrí las últimas páginas y se las mostré a Lucian.

—¿Has leído este capítulo sobre sueños lúcidos?

—No creo. ¿Qué dice? —preguntó, levantándose de la cama.

—Es muy parecido al estado de trance en que te pone mi madre —contesté—, solo que tú mismo lo puedes hacer. Antes de dormirte puedes intentar desear un sueño. Yo nunca lo he probado, pero con la mayoría de las personas parece que funciona, según dice Janne. Solo es necesario concentrarse con la suficiente fuerza.

De repente me sentí terriblemente excitada.

—Quizás esto sea una pista. Quizá deseaste soñar cuando me viste la última vez. Antes de que... perdieras la memoria —comenté, titubeante.

Lucian asintió con lentitud.

—El intento vale la pena —respondió, extendiendo los brazos—, pero no ahora. Ven acá. Durmamos un poco.

Apagué la luz, me acurruqué otra vez en los brazos de Lucian y olí la noche en su cabello y a mí misma en su piel. La siguiente vez me despertó el celular. Era Suse, quien dio la alarma. Janne había hablado a su casa al teléfono fijo.

—Le dije que estabas en la ducha —me explicó—. No creo que sospeche nada,

pero es mejor que regreses.

Suspiré. Lucian no apartó los ojos ni un momento de mí mientras me vestía.

Se le veía algo trasnochado, los cabellos revueltos, el rostro desencajado, pero la febril intranquilidad que le rodeaba había desaparecido y, por primera vez desde que lo conocí, se vea feliz.

—¿Cuándo te vuelvo a ver? —me preguntó cuando estuve lista, y añadió sonriendo—: Tú ya sabes dónde vivo y dónde trabajo también.

Dudé que hoy pudiera desaparecerme otra vez. Lo que menos deseaba era arriesgar mi felicidad y despertar las suspicacias de Janne.

—A más tardar mañana, ¿de acuerdo? —le respondí—. Después de la escuela tengo que ayudar a Spatz en el traslado. Se muda a un nuevo *atelier*, pero luego le diré simplemente que me voy a nadar.

Lucian se levantó de la cama y me abrazó. Hundió la nariz en mis cabellos y murmuró:

—Te estaré aguardando. Vigila. No corras delante de coches.

—Prometido —de mala gana me desprendí de su abrazo—. Hasta mañana, a más tardar.

Cuando bajaba las escaleras, sentí de nuevo la pesadumbre en mi pecho, pero esta vez no era mala.

Afuera brillaba el sol, y mientras iba por la calle tuve la sensación de flotar.



— *P*erdón, ¿tengo concertada una cita con usted?

*Digna y corpulenta, los espejuelos en la mano, está la anciana señora ante un libro mayor abierto, sobre el que se encuentra acurrucado un gato negro. Sonriendo afablemente mira a Pierre a través de los espejuelos.*

*—Desde luego, señor.*

*—Entonces, ¿me puede decir que estoy haciendo aquí? —prosigue Pierre, acaricia al gato, el cual se estira y arrima.*

*—¡Régulus! —amonesta la dama al gato—. ¿Quieres dejar en paz al señor?*

*Sonriendo, Pierre toma al gato en brazos, mientras la dama continúa.*

*—No lo detendré más rato, señor. Lo necesito para una pequeña formalidad del Registro Civil.*

La sonora voz de Tyger llenaba el aula. Hoy, excepcionalmente, no había escogido a Lovell para la lectura, ni a otro escritor inglés, sino el guión de Jean-Paul Sartre para su primera película. La suerte está echada.

El libro de la traducción al inglés del filósofo y escritor francés que Tyger tenía en la mano parecía viejo y manoseado.

Me costaba trabajo concentrarme, pero cuanto más tiempo leía Tyger, más me atraía el texto. El protagonista Pierre Dumaine era un revolucionario francés nacido en 1912, el cual fallecía a la misma hora en que una señora de alta sociedad moría asesinada. Sin embargo, hasta ahora Pierre no conocía a su compañera de sufrimiento, pero sabía que ya no estaba entre los vivos. Una misteriosa voz proveniente de la nada lo había conducido a un callejón sin salida de nombre

Laguénésie. Ahora se encontraba allí, en la trastienda de un pequeño negocio, y hablando con una señora mayor. Estaba sentada ante un escritorio y hojeaba un libro abierto.

Da, da, di, di, do, du... prosiguió Tyger la lectura, luego dio un trago a su té, por lo cual elevó la voz un par de octavas y, en efecto, sonó como una respetable dama anciana.

—*Dumaine, aquí lo tenemos... ¿nacido en 1912?* —*Junio de 1912, sí...*

—*¿Usted era capataz en la fundición de Amberes?* —*Sí.*

—*¿Y esta mañana a las diez treinta y cinco ha sido muerto?*

*Ahora Pierre se inclina, apoyándose en la mesa con las manos, y observa a la anciana señora como aturdido. El gato salta de su hombro al libro mayor.*

—*¿Asesinado?* —*profiere Pierre, incrédulo.*

*La anciana dama se lo confirma amorosamente. Pierre se endereza y suelta una carcajada.*

—*Entonces, pues, es... Eso es... Estoy muerto.*

*Calla su risa de inmediato y, casi risueño, quiere saber.*

—*¿Y quién me ha matado?*

—*Un segundo, por favor...*

*Con los espejuelos, aparta al gato del libro mayor.*

—*¡Fuera, Régulus! Estás sobre el nombre del asesino. Luego descifra lo asentado en el libro mayor.*

—*Ajá. Usted ha sido asesinado por Lucien Derjeu.*

Con las últimas palabras, y también con esfuerzo, solo puede transformar en un tos el asustado sonido que se me pegó en la garganta. Tyger se dio cuenta, divertido, mientras Suse me daba un golpecito por debajo de la mesa y Sebastian se dio vuelta tras una mirada corta y azorada. Mis amigos, a todas vistas, se extrañaron, igual que yo, con el nombre del asesino.

—*... por favor, ¿quiere firmar?* —*continuó leyendo Tyger—. Durante un segundo, Pierre pareció desconcertado. Al final, regresó a la mesa, tomó la pluma fuente y firmó.*

—*Así —le declaró la anciana señora—, ahora está usted muerto del todo.*

En ese momento, Tyger cerró el libro, volvió a sorber el té y sacó de la chaqueta el resplandeciente reloj de bolsillo. El ojo izquierdo se le contrajo.

—*Time for lovely Lovell*<sup>[63]</sup> —*me susurró Suse—. Tengo curiosidad por saber*



cómo va a ligar las cosas.

Mi amiga, que al menos durante los últimos días se había recuperado un poco del horrible suceso con Dimo, se reclinó en la silla, atenta. Luego que nuestro maestro de inglés había guardado de nuevo el reloj en el bolsillo de su chaqueta azul claro, recorrió con sus ojos azules todo el salón de clase y luego sacó un segundo libro de su portafolios grasiento.

—La famosa leyenda de Sartre sobre la falta de libertad de nuestra existencia —continuó—, se publicó en 1947. Ambrose Lovell, por el contrario, se dedicó en su cuento corto, *Second Chance Lost* (Perdida la segunda oportunidad), muchos años antes, a un tema muy parecido. Los protagonistas se llaman aquí Steven y Dalia. Su destino fue que, durante su fuerte altercado matrimonial mueren en un coche, y cuando ambos, en el más allá...

Tyger había abierto el libro de Lovell. Pero, a pesar de mi mejor voluntad, no estaba en condición de seguir las palabras de mi maestro de inglés. Solo mantuve la vista fija en él para que no volviera a pescarme *in fraganti*, mas mi pensamiento se enfocó hacia atrás, al domingo. Si bien no había encontrado ninguna oportunidad, bajo pretexto alguno, para escabullirme de casa, me encontraba en una situación por completo imposible con respecto a Lucian.

Como Janne continuaba incapacitada, Spatz me había rogado que la ayudara a empacar sus objetos de arte, que la mañana del domingo sacamos del sótano de un conocido suyo para subirlos a un transporte alquilado. En el *atelier* del artista, Spatz había llegado al acuerdo de que este le prestara a llave, pero cuando estuvimos delante de la vieja fábrica sonó su celular. El tipo había dejado su bolsa, junto con las llaves, en Lübeck, donde había tenido una exposición, y con compungidas excusas postergó el asunto para el día siguiente.

Janne, quien venía en el asiento del copiloto, echó maldiciones y Spatz, suspirando, quiso una cerveza para deglutir su ira. Arrancó de nuevo, dio vuelta en dos esquinas y se estacionó. Cuando vi dónde habíamos aterrizado, casi se me para el corazón. ¡Estábamos frente a *Max und Consorten*!

—Mejor... no... nos es... —tartamudeé desesperada, pero Spatz ya se había apeado y me hizo una señal, impaciente.

Con dificultad, calculé mis posibilidades: podía quedarme sentada en el vehículo o marcharme, o entrar en la taberna como si nada. Me incliné por esto último. Incluso si inventaba una excusa tonta, de inmediato despertaría suspicacias en Janne si encontraba a Lucian en el bar. Solo me restaba esperar que no se encontrara y que la fulana rubia hoy tuviera su día libre. Pero estaba detrás del mostrador y cuando yo, tras Spatz y Janne, entré al bar, me miró sin disimular su hostilidad. Desvié la mirada, me oculté detrás de la carta y dejé que Spatz ordenara; para mi gran alivio, la rubia no me dirigió la palabra.

Ordené un refresco de cola, Janne quiso té y Spatz, *Ratsberren*<sup>[64]</sup>. Mientras yo estudiaba el menú estoicamente, Janne observó divertida el aspecto del lugar. Por primera vez en días se comportó medio normal conmigo.

Ella y Spatz renegaron algo sobre el nuevo arrendador de Spatz, en tanto yo, desesperada, me esforzaba por concentrarme en el desayuno campesino con pepinillos o el *labskaus*<sup>[65]</sup> con huevo estrellado.

Llena de nervios, no hacía más que mirar de reojo hacia la puerta, pero cuando Lucian se encontró con mi espantada mirada, ya estaba en medio del local. Detrás de él, directamente frente a la puerta, había dos mesas juntas. Un grupo de jóvenes brindaban riendo, claramente estudiantes que celebraban un examen aprobado.

Lucian miró al mostrador y luego a mí; al descubrir a Janne, se sobresaltó. Mi madre, quien estaba sentada de cara a la ventana, hizo una observación sobre un busto dorado en la pared al que alguien le había puesto unas gafas de sol hechas con dos tapas de botellas de cerveza. Luego giró en dirección a la puerta. En ese instante, Lucian mostró una expresión resuelta y concentrada en su rostro. Su mirada estaba fijamente dirigida al bar. Le sonrió a la rubia, pero este gesto tenía algo de intencionado, como si el bar fuera un punto de mira para él. Luego se deslizó, con esos fluidos movimientos típicamente suyos, pasando junto a nosotros, hacia la puerta en que estaba el cartel del *Privado*. La abrió, le guiñó el ojo una vez más a la rubia y desapareció.

El gesto triunfal de la chica solo lo vi por el rabillo del ojo. Mi atención estaba por completo dirigida a Janne. Cuando ella se volvió hacia nosotras, mi corazón por poco estalla. Janne me sonrió y su expresión no parecía descompuesta u horrorizada. Si acaso, se mostraba ligeramente desconcertada, algo así como si hubiera tenido una alucinación. Al segundo siguiente tomó su taza de té, bebió el último sorbo y pidió la cuenta.

No sabía cómo expresarlo. ¿No habría notado a Lucian? ¿Había mirado directamente en su dirección! Desde luego, estaban los estudiantes, pero Lucian se había quedado en medio del local, ¿cómo podría no haberlo visto? ¿Cómo habría interpretado todo esto él? Y, sobre todo, ¿qué pensaría ahora de mí?

Esto me lo pregunté toda la horrible noche que pasé sola en mi cama. La idea de que él pudiera, de nuevo, malinterpretarlo, y pensar que yo había llevado a Janne y a Spatz adrede al bar, no me dejaba dormir ni un segundo. Hoy por la mañana me había saltado las dos horas de deportes y corrí hacia él. Seguí con el dedo todos los nombres de la placa de timbres hasta arriba de todo, a la izquierda: *Eternal Funds*.

Llamé y llamé, pero nadie abrió. Aguardé frente a su puerta, corrí luego al bar, pero Max und Consorten no abría sino hasta las diez.

—*Miss Wolff?* —tuve un sobresalto. ¡Maldita sea! Los ojos claros de Tyger me atravesaban, y en sus labios jugaba aquella fina sonrisa.

—¿Sí? —nada me habría gustado tanto como salir corriendo del aula. ¡Estaba harta de esos eternos ataques! ¿Por qué yo, por qué siempre yo?

—¿Qué contestó Dalia cuando su marido Steven le gritó en el coche? —me preguntó Tyger.

Ávida de lucha, resistí su mirada.

—*Go to hell!* (¡Vete al infierno!) —me escuché decir.

Junto a mí, Suse se quedó sin respiración, y durante un momento me asustó mi propia desvergüenza. «Sí, ¿y qué?», pensé tercamente y me quedé mirando fijo a los ojos de Tyger. «Haz lo que quieras, pon me un seis, repórtame por mala conducta, déjame en ridículo, suspéndeme de tu clase. Me da igual».

Tyger no hizo nada de eso. La expresión con que él ahora me veía tenía casi algo de asombro.

—Todos presten atención —dijo, como percibiendo algo—. Al parecer, usted puede leer el pensamiento del autor. Yo no había leído aún la respuesta que Lovell pone en la boca de su Dalia, pero esas eran exactamente las palabras. *Go to hell!*, fue lo que le espetó a Steven y, en el mismo momento, un relámpago deslumbrador recorrió el cielo. Los caballos se encabritaron, se desbocaron y llevaron a la pareja, por segunda vez, a su muerte, juntos. El autor dejó a la fantasía de sus lectores si Steven aterrizó en el infierno, como se le había deseado.

Tyger me guiñó el ojo.

—¡Diablos! —susurró Suse—. ¿Lo sabías? ¿Conocías la historia?

Meneé la cabeza. Quizá no estaba en el texto y Tyger no quiso más que burlarse de mí. De él no lo dudaría un momento.

De nuevo, Tyger se dirigió a la clase.

—Su tarea: búsqense un compañero y escriban una discusión dialogada sobre la frase *El hombre muere siempre demasiado pronto*. Uno estará a favor de la frase y el otro en contra. Cada uno de ustedes ha de convencer al otro. Desde luego, en inglés.

Tyger me miró de nuevo.

—Inglés británico, ténganlo presente. Entrega: próximo martes. Les deseo una bonita tarde.

Aguardé en el estacionamiento de bicis a Suse, quien había olvidado su equipo de deportes en el gimnasio. Me enojaba que Sebastian se me adelantara y hubiera escogido a Suse como compañera para la tarea.

Sobre mí había caído Aaron, quien era un «súper-cero» en inglés, lo que significaba que yo sola cargaría con todo en mis espaldas. Daba lo mismo; total, todavía quedaba mucho tiempo hasta el próximo martes.

—¿Qué tal tu coche? —preguntó Suse cuando salió del gimnasio—. ¿Pudiste dormir o a escondidas...?

—No —respondí, meneando la cabeza—. Me quedé en casa. Después de lo

ocurrido ayer era demasiado peligroso.

—«Cuando tienes la razón, tienes el derecho» —dijo Suse, quien por la mañana me había pedido que le contara con pelos y señales lo de mi fin de semana. Por lo que respecta a la noche con Lucian, me reservé algunas cosas, pues no quería que le viniera a la mente su experiencia con Dimo.

Nuestras conversaciones, las manos lisas de Lucian y el suceso del bar el domingo, por el contrario, se los había contado con todos los pormenores.

—No lo acabo de creer —insistió Suse—. ¿Cuántos bares hay en Hamburgo, cientos, miles? ¡Y tu vas a dar, dos veces seguidas, precisamente donde trabaja Lucian! El escritor que pintara una escena así en su libro sería comidilla fácil para todos los críticos literarios —dijo sonriendo irónicamente.

—Probablemente —murmuré—, pero cómo lo ha hecho Lucian me interesa mucho más.

—¿A qué te refieres?

—A lo de Janne. Esa mirada que lanzó cuando mi madre miró hacia donde él estaba. Si él la hubiera visto, habría pensado que la hipnotizó, pero él miró hacia otra parte intencionalmente. Y parece que ella no notó nada. Ella no lo percibió. Estas no son cosas que sucedan, Suse.

—En efecto —suspiró mi amiga—. Todo esto cuadra con lo que me has contado de él. Lo de John Boy, por ejemplo. O lo de las manos. ¿Y estás segura de que no tiene ni *una* línea?

—Suse, ¿me crees idiota o ciega? ¡No había absolutamente nada!

—¿Todo lo demás está en su lugar, o qué? —me sonrió, y yo le di un codazo en el costado.

—Tan lejos no llegamos —le dije, y de inmediato me vino a la mente Sebastian. Con él yo había pintado mi raya, mientras que con Lucian fui yo quien tomó la iniciativa.

—Anoche —suspiré—, entré en Google. Lo menciono por lo de las líneas de la mano. Lucian tiene razón. Hay incontables artículos al respecto, sobre nuestro pasado y nuestro futuro. Supuestamente, el arte de la lectura de la mano se remonta a las primeras grandes culturas de la humanidad. Hay líneas cordiales (del corazón), de la felicidad, del destino, de la vida... y hasta del sexo o del amor. Pero sobre la falta de ellas solo he encontrado una entrada —torcí el gesto—, me llevó a los extraterrestres. El artículo se refiere a un cuento corto de un autor irlandés de ciencia ficción.

—Becky —me interrumpió, poniéndose seria—, ¿no te has puesto a pensar que a lo mejor Lucian... no es... *ningún humano*?

Bajé la cabeza.

—No —susurré, pero lo que pensé fue «sí».

No di la vuelta para pasar por la casa de Lucian porque Janne y Spatz me

esperaban en casa para llevarme a St. Georg.

Había decidido acabar con lo de la mudanza cuanto antes. Cargué todo mi equipo de natación para que la excusa fuera creíble.

La sociedad de *ateliers* estaba exactamente entre Lange Reihe y la casa de arte Koppel, y esta vez, en la entrada, nos aguardaba el arrendador de Spatz, un tipo con barba y pelo cano, ojos despiertos y una amplia sonrisa.

Spatz tenía razón: la antigua fábrica de maquinaria era en realidad un edificio grandioso. Bajo su techado de vidrio, que dejaba pasar la luz, se habían instalado un café vegetariano y doce talleres. Una escalera de caracol con barandilla de un rojo chillón unía cada uno de los pisos, en los cuales tenían sus talleres diseñadores de accesorios y de moda, encuadernadoras, carpinteros, fotógrafos y pintores. El *atelier* del artista con quien Spatz compartiría el espacio estaba en el tercer piso, por lo que la mudanza se convirtió en una operación que requirió tiempo y esfuerzo, al grado de que el buen hombre se excusó de no poder participar por una hernia discal.

Junto a la esponja de la felicidad y la serie de historias de marinos sacamos del coche su serie de trabajos *Organs*. Las esculturas de resina plástica coloreada eran estupendas y para nada livianas, pues Spatz las había atornillado a pesadas bases de madera. Tuvimos que cargarlas una a una.

Tomé a mi cargo un objeto verde, al que Spatz había bautizado como *Chlorophyll cerebrum*, y haciendo equilibrio subí con él los numerosos escalones. Spatz cargó con una figura naranja que parecía una concha.

—Coloquemos las cosas sobre la mesa —nos dijo cuando llegamos a la entrada del *atelier*, y se limpió el sudor de la frente con el codo—. Antes de pensar dónde debe ir cada cosa, hay que limpiar.

Y me lanzó una mirada que decía: *Al parecer, es la primera vez en todos estos años que mi arrendador lo habita.*

Janne, que con sus muletas y todo andaba muy movida, parecía más atenta al arte que al polvo del poseedor del taller. Renqueando, se acercó a sus obras, consistentes en figuras de gran formato en fuertes colores acrílicos de motivos abstractos, y en las que uno podía ver lo que le pasara por la cabeza... si uno estaba en la tarea de remolcar cosas.

Mientras Janne le preguntaba al artista sobre su vida (era oriundo de la República Checa y había estudiado construcción de naves, trabajado de domador en un circo y viajado por el mundo en un junco construido por él, hasta que se asentó en Alemania), Spatz y yo habíamos realizado unas buenas tres docenas de subidas y bajadas.

—Tengo ganas de un refresco de cola —gemí, no sin cierta intención. Tuve suerte.

—En eso, por desgracia, no puedo auxiliarlas —intervino el artista.

—Voy a traerles algo de café —propuso Janne.

—Es demasiado caro —maniobré—. ¿Qué tal si voy rápido al súper?

—¡Súper idea! —Spatz dejó una de sus cajas de insectos y sacudió las manos—. ¿Me traes un *Schweppes*?

Salí disparada al Penny, me abrí paso a codazos hasta la caja y, con las cosas en la mochila, me lancé hacia Holzdamm. Toqué y toqué el timbre, y minutos después no paré de echar pestes porque tampoco esta vez me abrió nadie.

«Te esperaré», había dicho Lucian. Tras una ojeada al reloj, me eché a correr al bar.

—¿Te quieres convertir en clienta regular o qué? —bufó la rubia, que hoy estaba sola tras el mostrador; pero yo no tenía ni tiempo ni ganas de rudezas.

—Quiero ver a Lucian. —No está.

—¿Sabes cuándo regresa?

—¿Qué me preguntas a mí? Si él quisiera verte, te lo habría dicho, ¿no te parece?

La sangre se me subió a la cabeza, y los celos me bajaron al vientre.

—Regresaré —le espeté, y volé al *atelier*, donde Spatz había comenzado a repartir sus objetos. Por todas partes veía relucir sus esponjas de la felicidad; había terminado unas doce en las últimas semanas.

No se veía por ninguna parte al arrendador. Janne se dispuso a ocuparse de las estanterías, que realmente estaban llenas de polvo. Se había recogido el pelo en cola de caballo y se puso una gorra.

—¿Puedes encargarte del estante que está junto a la ventana? —dijo Spatz, echándome un trapo.

Con un suspiro me quité el suéter y puse manos a la obra. El polvo en los estantes tenía un centímetro de altura, y al cabo de unos segundos comencé a estornudar.

—Ten, —Spatz, que llevaba una gorra tejida, se me acercó y me dio una mascada a cuadros—, mejor cúbrete con esto.

Paré de limpiar, tomé la mascada, hice un triangulo, y me la iba a anudar, cuando me detuve; las palabras de Lucian resonaban en mí como un eco: *Llevas una camiseta blanca y un paño en la cabeza anudado en la nuca, al estilo de los piratas.*

Me miré y la camiseta que llevaba era blanca. Dejé caer el trapo con que limpiaba y atravesé corriendo el *atelier*. Detrás de la primera puerta, que abrí, estaba el baño. Detrás de la segunda descubrí la cocina; era pequeña, llena de basura y olía a pintura reciente. Alguien había pintado de rojo la pared trasera. El refrigerador ocupaba un rincón y junto estaba sentado el mono del sueño de Lucian. Era de papel maché, con un laqueado lustroso, y me sonreía maliciosamente desde sus ojos vacíos.

Vi la bandera norteamericana sobre el brazo y en el pecho la caja de toallas higiénicas. Reteniendo el aliento, me acerqué y toqué sus dientes. Eran agudos como puntas de sable. En cámara lenta, me di vuelta y miré hacia arriba, a un anaquel,

donde entre cajas de *corn-flakes*, pan tostado enmohecido y lastas de atún, había una cubeta de pintura. Estaba sin tapadera y por los lados corría un brillante rastro rojo. Di un paso para atrás y luego otro, y cuando me topé contra algo blando, lancé un grito.

Janne estaba detrás de mí. Su rostro estaba blanco como la tiza. Miraba fijamente al mono y luego a mí. Vi cómo su mirada pasaba de mi camiseta hacia arriba, a mi pelo, y luego a la alacena donde se encontraba la cubeta de pintura.

Enderecé los hombros, traté de sobreponerme y me eché a reír en las narices de Janne.

—Oye, ¿por qué tan silenciosa? —le pregunté con el tono más alegre del que fui capaz—. ¡Hasta me asustaste! ¿Por qué me estas mirando así? ¿Tengo alguna erupción en la piel?

Janne meneó la cabeza sin decir palabra y se hizo la disimulada. Al parecer no creía que yo adivinara nada.

—Pensaba... quería... —tartamudeó—... quería lavarme las manos.

—Va a ser difícil —forcé una vez más una sonrisa y le mostré las tazas sucias que se amontonaban en el fregadero—, pero quizás puedas poner algo de orden aquí y yo me encargaré de las estanterías, ¿de acuerdo?

Janne asintió, confusa.

—De acuerdo.

Cuando Spatz y yo quitábamos el polvo de la ropa ya eran las cuatro y media, y yo no tenía ya fuerzas para nada. Mientras Janne estaba sentada en la silla de la ventana y miraba callada hacia fuera, yo aún representaba mi rutina de buen humor. Las comisuras de los labios comenzaban a dolerme.

—¡Felicidades, Spatz! —grité, feliz como unas campanillas—. ¡Ahora sí ya terminamos!

No sé quién se veía más feliz, si la espuma de la felicidad o la propia Spatz. Los objetos orgánicos ya estaban en los anaqueles altos, y ella misma se ocuparía mañana de la serie marinera. Tomé mis cosas de la natación, y con esa excusa iba a marcharme, cuando sonó mi celular.

—¿Y? —Suse estaba en el otro extremo—. ¿Lo has visto? Me vino una idea.

—¡Ay, amiga! —exclamé, fingiendo preocupación—. ¡Pobre! ¿Quieres que vaya?

—¡Claro! —comprendió de inmediato—. Lo mejor es que sea ahora; y si te parece, pasas la noche conmigo. ¿Te dejará venir Janne?

Miré a mi madre.

—Es Suse —murmuré—. Tiene un problema. ¿Puedo quedarme esta noche con ella?

Janne arrugó la frente.

—Precisamente quería invitarlas a las dos a cenar para festejar este día —y su

mirada pasó de mí a Spatz.

—¡Estupenda idea! —dijo Spatz, sonriendo—, pero puedes invitarme a mí sola. —Y, fingiendo desencanto, añadió—: ¿O ya no me quieres?

Janne tuvo que reírse contra su voluntad. Le dio un beso a Spatz y me dejó ir.

‡ ‡ ‡

Él seguía sin estar allí y tampoco volvió. Estuve regresando a la casa de Holzdamn cada hora y pasé un par de veces por el bar, para ver si se había aparecido. No fue así.

Se me hacía cada vez más tarde. Le tocaba el turno a otra chica, de pelo castaño corto. Se mostró afable y dispuesta ayudarme, pero hoy no había visto a Lucian y no creía que fuera a regresar. Llegué incluso a atreverme a preguntar por la rubia, pero la chica de ahora no sabía dónde vivía.

Poco antes de la medianoche empezó a llover. Suse llegó con una pizza y una tetera caliente para hacerme compañía. Nos pasamos a un portal frente a la casa de Lucian. Cuando le conté a Suse la historia del mono, se quedó boquiabierta.

—Pero la cubeta no se cayó —comentó al final, arrugando la frente.

—No —contesté, calentándome las manos con el vaso de plástico lleno de té caliente—. No. Ni me anudé la mascada.

—Entonces los sueños de Lucian se cumplen solo en parte o. —Suse pescó un salami de la pizza—... o tú puedes cambiar lo que él ha soñado. ¿Quién sabe?

Y, animándome, agregó:

—Entonces tu podrías celebrar tus diecisiete años no con Sebastian, sino con Lucian, y navegar por el cielo de Hamburgo con él. Aunque yo...

—Suse —susurré, cerrando los ojos—. Fue él quien me preguntó cuando iría a verlo. Me dijo que aguardaría. Tengo que verlo, tengo que hablar con él.

Suse me tomó de ambos hombros y me miró fijamente.

—Tienes que venir conmigo a casa —movió la cabeza con energía—. Ahora se terminó, Becky. ¡A la cama! Mañana será otro día, y si te quedas aquí afuera por la mañana temprano estarás helada. ¡Estamos en noviembre!

Quise protestar, pero Suse no aceptó ninguna contradicción.

Su madre estaba ausente de nuevo. Escuché como regresaba a la casa hacia las tres de la madrugada y, por la sonora risita, no venía sola. Suse dormía, respiraba pesadamente, y nombró a Dimo en sueños. Al día siguiente no quiso hablar de él, insistiendo en que el tema estaba terminado. Con amabilidad, le pasé la mano por sus rizos hasta que se tranquilizó.

Ozzy Osborne rotaba en su rueda, y por el ruido infernal que hacia diríase que entrenaba para el campeonato mundial de carreras de hámster. De vez en cuando me hundía en un agotador duermevela; pero, como a las seis, el corazón se me aceleró a más no poder. Mis nervios estaban en blanco y mi excitación se había transformado



en un intenso pánico.

No dejaba de pensar en la promesa de Lucian de que me esperaría. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué no estaba en casa? ¿Por qué nadie en el bar lo había visto? ¿Le habría ocurrido algo? Mi preocupación por él era ahora tan terrible como mi sospecha de que su desaparición tenía que ver con mi llegada al bar. ¿Realmente habría creído que yo llegué allí con Janne y Spatz con toda la intención? Por un momento me pasó por la cabeza que no volvería a verlo y eso no lo resistí. Sin hacer ruido, me vestí, le dejé una nota a Suse y salí de la casa.

Fui de nuevo a Holzdamm. Me preparé un café en una panadería cercana, me dirigí una vez más a mi puesto y esperé hasta que dieron las ocho. Entonces me pasé a la casa de Lucian y volví a tocar. Nada. Toqué en los demás pisos hasta que conseguí que me abrieran la puerta. Entonces corrí escaleras arriba, golpeé salvajemente la puerta, me detuve y escuché.

En la vivienda todo estaba callado.

Esta vez me coloqué en la escalera y aguardé.

Poco antes de las doce, corrí al bar, en donde hoy estaba tras el mostrador otro tipo, un individuo joven con peinado de erizo. No conocía a ningún Lucian. Él estaba allí como sustituto porque su compañera había caído enferma.

—¿Cuál? —el último resto de mi dignidad hacia tiempo que lo había echado por la borda—, ¿la de pelo castaño o la rubia?

—La rubia, Sydney —respondió, arrugando la frente y con una sonrisa compasiva.

Suse me habló por el celular cuando yo regresaba de Holzdamm.

—Sebastian me preguntó por ti —me advirtió—. Le dije que tenías fiebre. No hagas locuras, Becky. ¿Me escuchas? Tranquilízate, o al menos inténtalo. Seguro hay una explicación de dónde está. Quizás en realidad te está evitando porque está enojado por lo de antier con Janne.

Al mediodía fui brevemente a mi casa y les dejé una nota a Spatz y a Janne, diciéndoles que estaba en la natación. Luego me dirigí de nuevo a Holzdamm y toqué el timbre sin parar.

Cuando sonó el zumbido de que abría la puerta, casi lloro de alivio. Me lancé escaleras arriba a saltos salvajes y no paré hasta el quinto piso. En la puerta de la vivienda estaba la mujer de cabello largo castaño; esta vez vestida, naturalmente.

—¿Por qué la prisa<sup>[66]</sup>? —preguntó—. Tu amigo no está.

—¿Puedo... podría... pasar un momento a su cuarto? Quisiera dejarle algo.

—No sé si... —titubeó—... bueno. Está bien. Pasa, pues.

Cuando entré en el cuarto de Lucian, que tanto olía a él, me habría querido encerrar allí. La cama estaba revuelta. Su ropa, tirada por el suelo. El libro de Janne estaba en la basura.

Me tendí sobre la cama, tomé la almohada y la oprimí contra mi cara, absorbiendo su olor. No quería marcharme. Quería quedarme, hasta que llegara y me contara qué había pasado. Pero un par de minutos después tocaron la puerta.

—Lo siento —dijo la mujer—. Tengo que salir y creo que lo mejor es que te vayas.

—Por favor, un momento todavía —le supliqué—. ¿Tiene algo para escribir?

La mujer me trajo un cuadernillo y lápiz.

*Lucian, ¿dónde estás? Comunícate.*

Anoté mi número de celular y salí de la casa. Había comenzado a llover de nuevo. Esta vez eran gotas como puntas de alfiler, cuya humedad me calaba hasta los huesos. Los árboles estaban casi desnudos y la hojarasca caída en las aceras había perdido su color. Pardas, mojadas, desconsoladas, las hojas yacían por doquier.

Una vez en casa, saqué de su jaula a Jim Bob, que en los últimos días se había vuelto muy manso, y me encerré con él en mi cuarto. Janne había cocinado. Llamó a mi puerta, pero fingí un dolor de cabeza y le dije que quería acostarme temprano. Me senté frente a la computadora y revisé mis correos, siquiera para distraerme un poco. Jim Bob se colocó en mi escritorio y picoteaba mi cuaderno de matemáticas; de vez en cuando emitía unos suaves gorjeos.

Papá había escrito. En los Ángeles el clima era veraniego y habían recibido un considerable encargo de anuncios de helados para Venice Beach. Val me mandaba saludos, y le había preguntado a nuestro padre si para la siguiente visita que realizara a Alemania podía llevarla con él para que por fin nos conociéramos. Qué había dicho al respecto Michelle, mi padre lo callaba, pero él anunciaba su próxima visita para Navidad.

*How is life, little Wolf? (¿Cómo va la vida, lobita?).*

*It is like fucking hell. (Como el jodido infierno).*

Me metí en la cama, apreté el oso blanco contra mi pecho y observé a Jim Bob, que ahora se había saltado al alféizar de la ventana.

—Hola, compañero de cárcel —le dije, bajo—. ¿Cómo te va sin John Boy?

Jim Bob no me tomó en cuenta. Daba brinquitos en el alféizar de aquí para allá, luego se quedó de nuevo quieto y empezó a dar con el pico en el cristal. La lluvia arreciaba y el Elba, desde mi ventana, era una sopa gris.

Me levanté de la cama, anduve de aquí para allá en el cuarto, miraba cada par de segundos el celular, echaba maldiciones, observaba por la ventana y cavilaba cómo y cuándo podría escabullirme sin que Janne sospechara. Cuando vibró el celular, casi me muero del sobresalto.

—¿Qué pasa contigo?

¡Oh no! Cerré fuerte los ojos. Era Sebastian.

—Nada —contesté sin fuerzas—. Nada malo. Tengo solo un poco... de fiebre.

—Esa respuesta ya la conozco —sentí suspirar a Sebastian.

—Becky, ¿qué te pasa? ¿Por qué no fuiste hoy a la escuela? ¿Es... por él?

—Sebastian, yo... —desesperada, buscaba las palabras—. Ahora no puedo hablar, ¿ok?

—¿Quieres que pase?

—¡No! —me esforcé por no gritar—. No. Ya estoy bien. Mañana hablamos. Nos vemos en la escuela.

Un carraspeo.

—No estás normal —prosiguió Sebastian—. Algo anda muy mal. Yo capto siempre que... que, ¡ay, mierda!, que te está pasando algo y mi sentido me dice que estás enredada en algo.

—¿Has hablado con Suse? —mi voz se había vuelto tajante.

—¡No, maldita sea! ¡Te hablo a ti!

—Pero ahora no puedo hablarte.

Colgué.

Entonces me senté en el piso, delante de la cama, y miré la hora. Las once y media. Cuando Janne se meta en la cama, volveré a salir.

Me enrollé en la alfombra para tomar fuerza.

Afuera había una tormenta. Incluso a través de la ventana cerrada podía oír cómo el viento desgarraba los árboles y aullaba en torno a las casas.

Supe que me había dormido cuando un penetrante ruido me hizo despertar espantada.

Era el timbre de la calle. Alguien llamaba fuerte.

En el corredor me topé con Janne, quien ya estaba en pijama y me miraba desconcertada. Me encogí de hombros.

¡Por favor, no! ¡Por favor que no sea Sebastian!

—Quizá Spatz olvidó las llaves —murmuró mi madre, y se dirigió a la puerta—. Todavía está en el *atelier*. ¡Cielos, son las dos y media! ¡Ya voy!

No era Spatz.

No era Sebastian.

Frente a nuestra puerta estaba Lucian. Estaba blanco como una pared, calado hasta los huesos, el agua goteaba de sus cabellos.

—Tenemos que hablar —dijo con brusquedad—. A solas.

Pero no estaba mirándome a mí, sino a Janne.

—Tenga —y le puso un pedazo de papel en la mano—. La espero.

Luego, sin añadir palabra y sin siquiera dirigirme aunque fuera una mirada, desapareció en la noche.



**E**n segundos, Janne se había vestido con cualquier cosa. Mis preguntas u objeciones no sirvieron de nada, lo mismo que mi irrisorio intento de impedirle el paso.

Cerré la puerta, la insté a que hablara conmigo, que me dijera dónde se encontraría con Lucian, pero sin decir ni pío y con sorprendente fuerza, me apartó y salió renqueando con sus muletas.

La seguí, jalé su chaqueta, me aventé frente a su coche, pero puso la reversa, dio media vuelta y salió disparada rechinando los neumáticos.

Corrí tras ella con los pies descalzos sobre el gélido asfalto, grité y vociferé hasta que ya no la vi.

Spatz me encontró en la calle. La tormenta tiraba de mis cabellos, la lluvia me azotaba el rostro.

Me llevó a casa, me envolvió en una cobija, me curó los pies, pues había pisado pedazos de vidrio sin que lo hubiera notado, echó pestes contra Janne (era la primera vez que lo hacía en mi presencia) y me preparó un té caliente, que ni toqué.

Cuando Janne regresó eran las ocho y media de la mañana. Estaba muy tranquila y dijo exactamente tres frases.

—Te vas a tu cuarto, Rebecca, y empiezas a empacar. He estado hablando por teléfono con tu padre y nos ha reservado un vuelo. Te llevo a Los Ángeles.

20



**Remitente:** Susanna Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** viernes 21 noviembre 2008, 10:08

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** ??????????????

¿¿¿Becky???

¿¿¿Estás en los Ángeles???

¿¿¿¿¿¿Y VIVIRÁS allí un tiempo indeterminado???????

¡¡¡Por favor, dime que esto es una BROMA, y además la más MIERDOSA que jamás he oído!!!

¡¡¡Desde ayer intento como una idiota contactarte!!! ¡¡¡Tu teléfono está muerto!!!

Spatz me dio el teléfono de tu papá, me dijo que no quieres hablar con nadie. Dice que en tu cuarto tienes una laptop y que a más tardar por la tarde estará conectado tu e-mail. Dice que te escriba.

¡¡¡Lo HAGO ahora!!! ¿¿¿QUÉ???

¿¿¿PASÓ???

¿¿¿Tiene esto algo que ver con LUCIAN???

*La confundida SUSE. Saludos*

**Remitente:** Aaron Middlehauve <aaronmiddlehauve@freenet.de>

**Enviado:** lunes 24 noviembre 2008, 18:09

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Tarea en casa

hola, rebecca:

¿es cierto que estás en amiland?

suse mencionó algo así en clase de inglés.

¡¡¡qué mal!!!

pero... erm?... ¿qué pasará ahora con nuestro diálogo sobre esa mierda de que «se muere siempre demasiado pronto»? yo estaba a favor y tú en contra, ¿o al revés?

Tyger dice de todas maneras que es mi mala suerte que mi mancuerna (cito) «se haya trasladado a los bárbaros», lo que quiere decir que si no entrego el trabajo me pondrá un seis, así pues ¿has empezado ya, por casualidad?

(no con el morir, naturalmente :-)) sería fantástico que me enviaras algo, igual si es a favor o en contra ¿o quizá ambas cosas?

¡sería estupendo!

*contesta, saludos con cariño, aaron*

**Remitente:** Marijanne Wolff <marijanne-Wolff@t-online.de>

**Enviado:** jueves 27 noviembre 2008, 20:15

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Converse blancos

Querida Rebecca:

En el vuelo de regreso estuve sentada junto a una niña que todo el tiempo me pegaba en la tibia con sus tenis Converse blancos. En dado momento comencé a llorar, pero no pude convencer a su asustada madre de que su hija no tenía nada que ver con eso. Todo lo que pensé fue que cuando eras niña tenías los mismos zapatos Converse y un día gris y lluvioso querías salir a jugar. Yo te lo prohibí porque afuera todo estaba fangoso. Me lo pediste, insultaste y al final saliste con las botas de goma de Spatz y tu cubeta de playa. Al regresar fuiste al armario de tus zapatos con la cubeta llena de lodo y echaste un monto de fango en todos tus Converse y luego me dijiste: «Ahí tienes, tonta mamá». Entonces me eche a reír y tú te pusiste aún más furiosa, pero con el tiempo olvidaste por qué estabas enojada conmigo y todo regresó a la normalidad.

Lobita, este *mail* lo he comenzado más o menos mil veces, y mil veces lo he vuelto a borrar, porque no sé cómo escribirte. No ceso de desear que todo volviera a ser fácil, al mismo tiempo sé que esta vez ninguna cubeta de lodo en este mundo es lo bastante grande para remediar las cosas. Lo que he hecho ha sido lo peor, y todo intento de aclararme las razones de mi conducta fracasará porque no puedo explicarte

las razones de mi conducta contigo. Suenan tan fútiles y crueles que me siento mal, y sé que todo lo que aquí escribo no te ayudará, pero solo intento ayudarme a mí misma. Y, con todo, lo que quiero, más que ninguna otra cosa, es ayudarte.

La sugerencia de papá de que volara de regreso a Hamburgo cabe suponer que fue la única atinada.

Rebecca, yo te amo, aunque tú realmente me odies. Te amo más que ninguna otra cosa en el mundo.

*Tu mamá*

**Remitente:** Susanna Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** jueves 27 noviembre 2008, 20:20

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** ¡Espero!

Queridísima Becky:

Tu mamá está de regreso aquí. Me dijo que estabas en los Ángeles para protegerte y no me quiso decir más. Sebastian y yo hemos tratado de convencerla, como dementes, de que nos diga algo, pero no suelta prenda.

¿¿¿¿Qué PASÓ????

¿Y por qué no contestas el teléfono?

Tu papá dice que te quedas en tu cuarto y te dice que cheques tus *mails*. ¡Y justo ahora!

Me la paso frente a la computadora aguardando tu respuesta.

*Tú amiga, Suse*

**Remitente:** Susanna Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** jueves 27 noviembre 2008, 21:20

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** ¡¡¡ESPERO!!!

¿BECKY?

¿¿¿¿¿¿Hola???????

¿REBECCA?





**Enviado:** jueves 04 diciembre 2008, 18:09

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** ¡Lucian!

Bec:

Me encontré a Lucian.

Quisiera hablarte al respecto.

Si quieres saber qué, me tienes que llamar

O acudir al teléfono cuando YO te llame.

Lo que en los últimos días he hecho  
33493324523934234243324323343430234034833 veces.

Podría ser que tu madrastra me encargue a algún asesino profesional. O al menos a eso sonaba. Entonces, llámame. Ya te contaré más.

*Suse*

**Remitente:** Susanna Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** viernes 05 diciembre 2008, 06:22

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** La verdad

Becky:

Perfecto. Fue quizá un vil intento, pero a todas vistas no funcionó.

Naturalmente NO he encontrado a Lucian.

De todos modos he TRATADO de encontrarlo.

En la casa nadie ha abierto y ya no trabaja en el bar.

(La rubia azotarretinas me lanzó una mirada bastante cáustica).

Así pues, esta es la verdad.

Mis padres se divorcian la semana que viene.

Lo que me importa un jodido pito, con tal que oír (o leer) algo de ti.

*Tú mejor amiga, Suse*

**Remitente:** Patrizia Vargas <patricia-vargas@web.de>

**Enviado:** miércoles 10 diciembre 2008, 21:19

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** *Ladies Nigth*

Hola, hermana de prisión. Las *Ladies Nigth in* están *out*.

Te echo de menos horriblemente.

Spatz

**Remitente:** Susanna Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** jueves 11 diciembre 2008, 22:05

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Fotos

Hola Bec:

Le pedí a tu papá que me envíe fotos de la casa de ustedes

¡Guau! Ahora al menos sé por qué te va tan jodidamente mal.

¿Has mirado en algún rato perdido la piscina?

¿Has metido el dedo pequeño del pie? En caso de que no: vale la pena intentarlo.

Hasta yo me metería en ella. Junto contigo, incluso sin nada arriba.

Para el caso de que no hayas salido todavía de tu cuarto, recaudé información sobre la parte de la ciudad donde estás:

*Pacific Palisades es un lugar agradable, principalmente de viviendas con grandes fincas y numerosas casa pequeñas, a menudo antiguas. Existe un bonito distrito comercial céntrico en el Sunset Boulevard, donde se encuentra restaurantes, negocios, bancos y oficinas. Además, hay amplios parques. La Pacific Palisades Charter High School, llamada Pali High, se ha dado a conocer por las numerosa películas, como la serie de Halloween con Jamie Lee Curtis. Durante la época del nacionalsocialismo vivieron en Pacific Palisades famoso inmigrantes alemanes (como Thomas Mann y Lion Feuchtwanger).*

Por lo que respecta a salud y *shopping* en Estados Unidos, PP me parece bastante aburrido, pero la ventaja es que se puede obtener el permiso de manejar a los dieciséis años. Tu papá dice que en cualquier momento te compraría un coche. Entonces podrías ir a Venice Beach. ¡Ha de ser GALÁCTICO! Además, tu hermanita tiene una niñera de tu edad que ha de ser bastante buena onda y quisiera conocerte.

Caramba, Becky, sé que este correo es una pesadilla, pero no se me ocurría nada que decirte. ¿No tengo que escribirte más? ¿Quieres que vaya? Mi padre dice que me pagaría el vuelo, pero tu padre dice que ahora no sería el momento oportuno. ¿Cuál es el momento oportuno para TI, Becky? ¿Qué puedo hacer? Por favor, ¡¡¡ayúdame a ayudarte!!!

*Miss you so much!!!! (Te extraño mucho) Suse*

Posdata: mis padres ya se divorciaron.

**Remitente:** Sebastian Goldmann <sebastian-goldmann@web.de>

**Enviado:** domingo 13 diciembre 2008, 23:45

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** fotos

Querida Becky:

Hoy por la tarde Karl me preguntó por ti. Le dije que estás en Los Ángeles. Dijo que te va a pintar un tomate. No sé cómo le saldrá, pero yo te he pintado un tomate<sup>[67]</sup>. Aquí lo tienes: *rojo, rellenito, inarrugable, blando por dentro, perfecto, vulnerable*.

Estoy pendiente de ti.

*Sebastian*

**Remitente:** Susanna Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** martes 16 diciembre 2008, 07:05

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Novedades

Becky:

Tu madre dice que no desista. Tu papá afirma que te sigues encerrando en el cuarto como desde que llegaste, Michelle (*voz agria*) dice que si vuelvo a hablar a la hora del sueño profundo, porque soy lo bastante estúpida por no distinguir los tiempos, va a contratar un número secreto para la casa (preferiría lo del pistolero profesional). Y tu hermanita (*luego de cantarme Rudolf, el reno de nariz roja, Jingle Bells y Mi corazón seguirá*) dice que tendrán que mandarte a un manicomio porque

no comes y te das de cabezazos contra la pared. Beck, no voy a desistir. ¡Jamás!  
Incluso si me llegara tal mierdoso consejo de tu más mierdosa madre.

iiiiiiiiiiii¡Suse!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

**Remitente:** Sebastian Goldmann <sebastian-goldmann@web.de>

**Enviado:** domingo 21 diciembre 2008, 01:12

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Chismes

¡Buen provecho, Becky!

Te mando unos cuantos chismes desde el Viejo Mundo.

Karl tiene varicela (la llama «puntos del deseo» y tiene todo el aspecto de *Sams*<sup>[68]</sup>).

El sábado, Spatz celebró :-)) su primera exposición en Koppel (lo sé porque mi padre se hizo cargo del servicio del banquete).

La señora Donner está embarazada (sospechamos que fue, o por inseminación artificial, o por el Espíritu Santo).

Tyger tiene una nueva costumbre: antes de leer fuma en pipa. Antier entró la directora, abrió la puerta de golpe, luego su boca, después se quedó mirando fijo a Tyger como si fuera un espectro, y acto seguido se marchó sin decir esta boca es mía.

La banda de Dimo (sin Suse, naturalmente) da un concierto en PonyBar.

Ayer en la tarde me fumé un porro con Aaron, luego nos vinieron unas implacables ganas de comer: maxi-pizza de salami, nachos de queso con pepperoni, dos cucuruchos de *smarties*, media salchicha al curry. (La noche fue, como diría Aaron: *fett*<sup>[69]</sup>).

Para concluir, el tiempo: frío sin ti.

S.

**Remitente:** Patrizia Vargas <patrizia-vargas@web.de>

**Enviado:** lunes 22 diciembre 2008, 21:19

**Destinatario:** Destinatario: Rebecca Wolff

**Asunto:** Hallazgo *exceptionnel*

Rebequita

Tu madre te iba a mandar un correo diciéndote que tienes que comenzar a comer, porque de lo contrario comenzarán a alimentarte artificialmente, pero la convencí de que no te lo enviara. También le aconsejé que no tomara el siguiente vuelo para ir allá (cosa que se propone cada día). Con esfuerzo he logrado explicarle que ya no puede ayudarte.

¿Qué es lo que te podría seguir ayudando?

Quizá no mi arte culinario, pero a lo mejor otra receta. Una vez te la leí, pero ahora te la escribo:

*Desde hace tiempo se sabe que el mundo subacuático alberga un gran potencial. En especial el género de las esponjas cobra, al respecto significa especial las esponjas son maestras en defensa tóxica y tu código genético presente gran parecido con el de los humanos. De las 60 mil especies de esponjas que supuestamente existen, los biólogos marinos conocen unos 5 mil. Y muy recientemente se ha logrado un hallazgo excepcional: la Spongia beatificae, la común esponja de la felicidad. A diferencia de sus compañeras de especie la Spongia beatificae posee sensores que le permiten rastrear momento y lugares donde sospecha que hay felicidad. Con mágica rapidez y de un modo por completo desconocido, se asienta allí y exige la atención de las personas participantes respecto de cualquier posible situación de dicha. Su defensa química se ha especializado, además, en pensamientos angustiantes y destructivos, de modo que estos no tienen ninguna oportunidad de sobrevivir en la cercanía inmediata de la esponja de la felicidad.*

Le he suplicado a tu padre que ponga en tu mano tu esponja de la felicidad, personalísima tuya. ¡Espero que se asiente en ti!

*Tu segunda madre, Patz*

**Remitente:** Alec Reed <alecreed@gmail.com>

**Enviado:** miércoles 24 diciembre 2008, 21:19

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Por favor, háblame

Lobita:

No sé si lees los *mails*, pero este es mi último intento de llegar hasta ti. No nos hagas esto. Háblanos. Come algo. Abre tu puerta, en el doble sentido de la palabra. Si no por ti, al menos por tu hermanita, que desde hace semanas te prepara regalos y desea que mañana temprano te sientas con ella junto al árbol de Navidad.

Permite que hablemos entre nosotros.

¡¡¡Deja que encontremos una salida!!!

*All my love from next door and merry xmas* (todo mi amor desde la puerta de al lado y feliz Navidad).

*Daddy*

**Remitente:** Susanna Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** miércoles 24 diciembre 2008, 22:55

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Hoy en la tele

Querida Becky:

Sé que no debería escribir esto, pero hoy por la tarde me cayó en las manos por casualidad un cómic de Heidi y me puse a gritar A MÁS NO PODER: *Heidi, Heidi, regresa a casa, aquí está tu felicidad. Regresa, pues*

*xxx Klara*

**Remitente:** Sebastian Goldmann <sebastian-goldmann@web.de>

**Enviado:** miércoles 24 diciembre 2008, 22:56

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Me rindo

*Wake in a sweat again / Another day's been laid to waste / In my disgrace / Stuck in my head again / Feels like I'll never leave this place / There's no escape / I'm my own worst enemy / I've given up / I'm stick of feeling / Is there nothing you can say / Take this all away / I'm suffocating / Tell me what the fuck is wrong with me / I don't know what to take / Thought I was focused but I'm scared / I'm not pretend / I hyperventilate / Looking for help somehow somewhere / And no one cares / I'm my own worst enemy / I've given up / I'm stick of feeling / Is there nothing you can say /*

*Take this all away / I'm suffocating / Tell me what the fuck is wrong with me / Put me out of misery*<sup>[70]</sup>.

Becky, ¿te sientes así?  
*I care* (Me importas)  
¡Feliz Navidad!

**Remitente:** Susana Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** jueves 25 diciembre 2008, 23:15

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** ¿j!?

Querida Becky:

Acabo de hablar por teléfono con Janne. Me dijo que está terriblemente asustada porque rechazas todo alimento y que quizá se tengan que tomar «otras medidas».

¡Tu padre y tu madrastra-MIERDA no me han dicho NI UNA PALABRA! Y yo pensaba que tu hermanita me estaba tomando por tonta.

Le he suplicado a tu madre que te traiga de regreso. Ninguna posibilidad. Y la mía me dice que no me entrometa tanto.

¡Odio a las madres!

Becky, Becky, Becky, ¡mi maravillosa Becky! ¡Por favor, no te abandones!

¡Una pequeña señal tuya y ahí estoy! De inmediato. Pero no haré nada contra tu voluntad.

¡Y POR FAVOR, COME ALGO!

*Suse*

**Remitente:** Dimitros Arvanitis <dimitrios-arvanitis@yahoo.de>

**Enviado:** lunes 29 diciembre 2008, 00:02

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Así nada más

Hola.

Me he enterado (por LeRoy) que tus cosas no están bien Lo siento ¡De verdad!

Te escribo porque quiero decirte que tenías razón en lo se refiere a mi relación con Suse.

Fui un ojete. Pero las personas pueden cambiar.

No te lo digo para que se lo digas. Eso ya se lo dije yo (decirle que fui un culero). Solo quería que lo supieras (que las personas pueden cambiar).

No soy un artista de la redacción, lo que probablemente has notado. Con todo, quiero hacerte saber que tu mejor amiga, etc.

A propósito: comunícate con Suse. Creo que todo el tiempo está dándole vueltas a lo que te pasa (lo que no sé, sino que solo lo creo porque se ve mega-desesperada).

Saludos, con cariño,

*Dimo*

**Remitente:** Sebastian Goldmann <sebastian-goldmann@web.de>

**Enviado:** jueves 1 enero 2009, 08:09

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** No sé nada

Rebecca:

Suse me dijo que mañana te internan en una clínica.

Tecleo y borro desde hace una hora en el intento de encontrar una frase de ánimo (*una frase de ánimo ¿eso escribí?*)

Como ves, no sé qué decir.

Tralará, no sé dónde estoy, no sé nada...

*I eat my shorts*<sup>[71]</sup>

*Take care* (Cuídate),

**Remitente:** Susanna Rossman <susana-rossmann@gmx.de>

**Enviado:** lunes 16 febrero 2009, 19:55

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Hoy es TU cumpleaños

Happy Birthday, Becky:

Tu papá dice que hoy te darán de alta en la clínica. Afirma que lo peor ya pasó, pero tú no me dices ni una palabra.

En adelante dejaré de escribirte, y confío firmemente en que alguna vez te comuniques y que no me olvides.

Espero que te haya llegado mi paquetito de cumpleaños.

*Con eterno amor, Suse*



**Remitente:** Marijanne Wolff <marijanne-Wolff@t-online.de>

**Enviado:** lunes 16 febrero, 07:45

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Lo mejor para ti

Todo mi amor en tu cumpleaños, Lobita.

Estoy tan feliz de que de nuevo estés con tu padre, y me gustaría tanto estar junto a ti. Pero entiendo que no quieres verme. Te amo.

*Tu mamá*

**Remitente:** Patrizia Vargas <patrizia-vargas@web.de>

**Enviado:** lunes 16 febrero 2009, 14:20

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Mis deseos

Querida Rebecca:

¡Enviando deseos de felicidad!

*De mí para ti. Spatz*

**Remitente:** Sebastian Goldmann <sebastian-goldmann@web.de>

**Enviado:** lunes 16 febrero 2009, 20:09

**Destinatario:** Rebecca Wolff

**Asunto:** Tu regalo de cumpleaños

Hoy volé sobre Hamburgo en un globo aerostático.

Tú estabas junto a mí.

Happy Birthday, Becky,

*Sebastian*

**Remitente:** Rebecca Wolff <rebeccaWolff@web.de>

**Enviado:** lunes 16 febrero 2009, 23:30

**Asunto:** Correos

Querida Suse, querido Sebastian, querida Spatz,

Acabo de revisar mis correos

Gracias por estar aquí.

Los quiero.

Después les escribo más.

*Rebecca*

**Remitente:** Rebecca Wolff <rebeccaWolff@web.de>

**Enviado:** lunes 16 febrero 2009, 23:30

**Destinatario:** Dimitros Arvanitis

**Asunto:** Tu correo

Hola, Dimo:

Gracias por tu correo.

*Rebecca*

**Remitente:** Rebecca Wolff <rebeccaWolff@web.de>

**Enviado:** lunes 16 febrero 2009, 23:30

**Destinatario:** Aaron Middlehauve

**Asunto:** Mi opinión

Hola Aaron:

Respecto a la tarea de Tyger: *I have no fucking opinión about this* (No tengo ninguna jodida opinión sobre esto).

(Ahora es un poco tarde para la entrega, pero puedes entregarla más tarde).

Saludos con cariño,

*Rebecca*





**E**l primer ser humano con quien volví a hablar después de doce semanas y tres días fue mi hermana pequeña.

Me había quitado los audífonos de las orejas cuando escuché unos gemiditos delante de mi puerta. La canción del correo de Sebastian corría de manera continua en mi iPod, y la laptop que me había regalado papá estaba abierta sobre mi escritorio. Todos los correos de mis amigos estaban abiertos y la esponja de la felicidad de Spatz se encontraba sobre mi regazo. Mi papá siguió las indicaciones de Spatz y había dejado su regalo de Navidad en la cama. Esto ocurrió el día anterior a mi internamiento en la clínica.

Esta mañana me habían dado de alta y pasé mi cumpleaños número diecisiete en este cuarto, que por primera vez contemplaba con plena conciencia. Era una linda alcoba con muebles claros, una alta y amplia cama con dosel, baño contiguo, un vestidor y una ventana con vista al mar. En una mesa junto al sofá había un jarrón con girasoles. Por allí se agrupaba una montaña de envoltorios y paquetes. Todo el día estuve sentada frente a mi escritorio y me la pasé mirando primero el mar y luego la pantalla.

Al final, el mar ya no era visible y mi cumpleaños se pasó corriendo. Delante de mi puerta, se escuchó de nuevo el gemidito, y esta vez lo oí con toda claridad.

—¿Quién? —el sonido de mi propia voz me sobrecogió.

El cuello me raspaba, era una sensación extraña; ¿era yo quien hablaba? Intenté de nuevo.

—¿Quién?

Las ventanas estaban abiertas y en el árbol que daba a la mía susurraban suavemente las hojas. Salvo ese no había ningún otro ruido de afuera. La casa, en torno a la cual se ceñía en una curva una calle con palmeras, estaba rodeada de un

enorme terreno. Mi padre me había contado una vez que la casa fue un regalo de bodas del padre de Michelle, que era un conocido arquitecto. Nunca me envió fotos. Su vida en Los Ángeles permanecía como algo abstracto.

El gemido se hizo más fuerte. Fui a la puerta, empujé suavemente la manija hacia abajo y vi a mi hermanita.

Se encontraba sobre el piso, encogida, formando una bola diminuta. Llevaba un camisón blanco y sus rizos rubios estaban húmedos de sudor. Dormía, y era claro que soñaba. Junto a ella había un pequeño pastel con diecisiete velitas que ya se habían consumido. Esa imagen me afectó de manera extraña, más que todos los correos de mis amigos.

Val parecía un ángel que hubiera caído del cielo. Me incliné sobre ella, le toqué suavemente el hombro y, como no se despertaba, la levanté, la llevé a mi cuarto y la coloqué en la cama.

—¡Hey! —susurré cuando recuperé el aliento. Val no pesaba, pero hacía mucho que yo no había cargado otra cosa que no fuera el peso de mi cuerpo—. ¿Hey?, ¿sueñas? ¡Despierta! ¿Sueñas...?

Val abrió los ojos.

—¿Puedes hablar?

Asentí. Solo eso. Por lo visto también podía oír.

Oír correctamente, no como a través de algodón.

Val me miró incrédula.

—Otra vez. Di algo otra vez.

—Hola —dije—. Tenías una pesadilla.

Val bostezó con toda la boca y dejó ver toda una hilera de dientes blancos y puntiagudos.

—Ya lo sé —su voz era de timbre alto y tenía algo como un sonido cantarín—. A menudo tengo pesadillas.

—¿De qué?

—De monstruos.

—¿Te quieren comer?

—No —se restregó los ojos. Eran grandes y de color azul marino, con pestañas largas y tupidas—. Yo me los quiero comer. Son monstruos muy pequeños y me tienen miedo, y cuando empiezan a temblar yo también siento temor. ¿No es tonto tener miedo de una misma?

—No —le dije, meneando la cabeza.

—Entonces es bueno —contestó, mirándome tranquila—. Creo que los monstruos no huelen muy bien que digamos. Te hice un pastel.

—Todavía está en la puerta —respondí, asistiendo.

—Tómalo —la voz cantarina de la niña adoptó un fuerte tono de mando.

Era un pastel de chocolate con rodajas de plátano y nueces. Quiso que lo partiera y las dos nos comimos un pedacito. Sabía increíblemente dulce y pensé que ojalá no me ocasionara dolor de estómago.

—¿Ya estás sana de nuevo? —preguntó.

Torcí la boca y me di cuenta, asombrada, que también la sonrisa exigía fuerza corporal. Los músculos de mis brazos y mis piernas los había entrenado con la fisioterapeuta, más no los músculos de la risa.

—Sí —dije como intentando—; ya estoy bien de nuevo.

—Yo estuve una vez en el hospital —me contó—. Fue cuando caí de la casa del árbol a la cerca. ¡*Pof!* Y luego me quedé sin fuerzas.

Se dejó caer en la cama y abrió los ojos.

—¿Tú también te quedaste sin fuerzas?

—Algo parecido —respondí, porque me pareció lo más apropiado. Había estado tres meses imponente por dolores. Sebastian lo había adivinado cuando me mandó la canción de Linkin Park, solo que la letra no cuadraba. Yo no lograba encontrar las palabras para explicar lo que me había ocurrido. Los dolores habían comenzado en el avión y cada vez se tornaban más y más fuertes, empeorando cuanto más tiempo pasaba aquí.

No me había negado a comer ni estuve callada por terquedad, ira o desesperación, como todos sospechaban. De haber abierto la boca, lo único que hubiera hecho habría sido gritar y ya no habría cejado, porque el dolor tampoco cedía. Me tenía en sus garras como un monstruo voraz al que me hubieran entregado con total desamparo, y se sobreponía a todas las sensaciones y los pensamientos de que tal vez sea capaz el ser humano.

Por suerte fue la clínica, de la que todos me advertían tan insistentemente, la que me salvó. El día que mi padre me llevó, los dolores se habían vuelto tan insoportables que yo habría hecho lo que fuera con tal de que cesaran. Hasta me habría matado de haber tenido la posibilidad de hacerlo. Hecha un ovillo en la cama del hospital, me di cuenta de cómo todos se agitaban en mi derredor. Lo que me dieron los médicos ese día, fuese lo que fuese, me ayudó. A partir de ahí me sentí mejor, muy lentamente. En un comienzo me alimentaron artificialmente, pero el caso era que ya podía comer otra vez. Mi cuerpo recordaba con esfuerzo que tenía músculos y que era capaz de activarlos. En el gimnasio y en la piscina recuperé mi fuerza física, y cuando mi padre vino hoy a recogerme, los médicos dijeron que estaba restablecida en cuanto al cuerpo, pero no podían adivinar mi estado de ánimo. Tampoco podía yo, pues a medida que los dolores corporales remitían, yo había encontrado otro camino para diluir los pensamientos peligrosos. Fue Spatz quien me ayudó con eso. Si bien hasta ese momento no había leído sus *mails*, recordaba muy bien el texto de la defensa tóxica. Se había convertido para mí en una especie de mantra que no cesaba de repetir

cuando los pensamientos prohibidos amenazaban con aflorar a la superficie de mi conciencia.

—¿Te volviste muda otra vez? —quiso saber Val, que se había sentado en la cama delante de mí y estudiaba mi rostro. Su mirada era tan intensa y escrutadora, como si yo fuera una mercancía que hubiera pedido y estuviera meditando acerca de conservarla o devolverla.

—No —dije, y traté de sonreír de nuevo—. Gracias por el pastel. Está muy rico. Val no apartaba su mirada de mí.

—Me parece que eres *igualita* a mi papá —concluyó, finalmente.

Cavilé si a sus ojos esto era una ventaja o una desventaja. Contrariamente a mí, Val no se parecía en nada a mi papá.

—Mi mamá dice que no es así —prosiguió Val—. Dice que tú tienes, a lo más, aspectos incompatibles de mi papá. ¿Qué son aspectos incompatibles?

—Eso quizá te lo pueda explicar mejor tu mamá —dije, pero Val ya estaba en la siguiente pregunta.

—¿Vas a abrir ahora tus regalos? —quiso saber con ojos chispeantes.

Miré la montaña de regalos. Lo hice por Val, quien se lanzó sobre mis obsequios con ardiente celo. Lo papeles fueron despedazados, las cintas volaron por el aire y, como si se tratara de su cumpleaños, me entregaba felizmente un regalo tras otro. Yo los tomaba mecánicamente: una cámara digital, un vale de lecciones de manejo y un lujoso libro de fotos de Los Ángeles eran de papá. Sebastian me había enviado un paquete de supervivencia: un botiquín de primeros auxilios, consistente en mis dulces preferidos y una colección de CD que él había *quemado*.

De Suse recibí un traje de baño rojo chillón y una pulsera de plata con un colgante: un medio corazón en el que estaba grabada la frase: *Friends forever* (Amigos para siempre).

—¿Y qué hay ahí dentro? —preguntó mi hermana, señalando la cajita abierta que tenía el rotulo *Spongia beatificae*.

—Una esponja de la felicidad —contesté en voz baja y miré hacia el escritorio, donde la había dejado. El último paquete decía: *De mamá*, pero cuando Val se dispuso a abrirlo le detuve la mano.

—Este no —le dije decidida—. ¿No crees que ya es hora de que te vayas a dormir? Es bastante tarde.

—¡Todavía no! —exclamó, y me presentó un paquetito—. Primero tienes que ver mi regalo.

Le sonreí y las cosas se volvieron más fáciles.

—Pero tú ya me regalaste el pastel... Val se me quedó mirando, sorprendida.

—¡Un pastel no es ningún regalo! ¡Ya, ábrelo!

Obedecí. En el paquetito iba un retrato de Val. Había sido pintado con un simple

lápiz y era muy bonito: Val estaba sentada en la ventana, llevaba un camisón blanco y los rizos claros le caían sobre los hombros. Sus grandes ojos con espesas pestañas me miraban directamente. Se veía muy seria, tranquila, completamente relajada. Quienquiera que hubiera hecho este retrato había descubierto en ella algo que a primera vista no se advertía. Pero no solo esto volvía el retrato tan fuera de lo ordinario. Los contornos del lado izquierdo estaban duplicados y la segunda línea era muy tenue y delgada, apenas insinuada.

—¿Qué significa esto? —le pregunté.

—No tengo ni idea —me contestó, encogiéndose de hombros—. Faye lo pintó así.

—¿Faye? —dije, arrugando la frente.

—Mi niñera —repuso—. Es buena onda y sabe hacer que nadie la vea. ¿Te gusta el retrato?

Val me miró fijamente.

—Tienes que agradecerme que me quedara quieta para tu regalo.

—Gracias —le dije, y la tomé en brazos—. Pero ahora, ¡a dormir! Mañana tienes que ir a la escuela, ¿verdad?

Se sorbió los mocos y, por primera vez, sonó tímida.

—¿Puedo quedarme a dormir contigo? —me miró tan suplicantemente que accedí.

Con la confianza de un cachorro, mi hermanita se metió bajo la cobija. Estiró los fríos dedos de sus pies entre mis piernas, y un momento después ya estaba dormida. Escuché su tranquila y acompasada respiración, que de vez en cuando se interrumpía con un suave sollozo y, como cada noche, traté de luchar contra el sueño.

Ya no recordaba si alguna vez el sueño había significado reposo para mí. Cada noche soñaba que me moría. Era siempre el mismo sueño de muerte, que había tenido por primera vez un miércoles en Hamburgo. En Los Ángeles regresó; ni siquiera en la clínica dejé de tenerlo: me encontraba en la extraña habitación de la mullida alfombra verde, el cobertor floreado sobre la cama y la oscilante araña de luz sobre mi cabeza. Junto a mí, sobre mi vientre y mis manos, estaban los pedazos de porcelana rota y un olor metálico dulzón subía hasta mi nariz. Noche tras noche sentía que necesitaba un aire que no había, y suplicaba con la misma desesperación por mi vida: *Por favor, por favor no... no por favor... no me dejes...* La esponja de la felicidad de Spatz estaba en mi mano y el cuerpo de Val se había llenado de calor; se ajustó a mi vientre como una gran bolsa de agua caliente para los dolores. Sentía sus suaves cabellos y el dulce aroma a fresas de sus manos, y de algún modo estaba convencida de que no podía resistir el sueño. Me estremecí todavía un par de veces y luego ya estaba ida.

Desperté porque una fuerte luz pegó en mis párpados. Pestañeeé desconcertada. Desde mi ventana, el cielo tenía el color de la leche diluida. ¿Había logrado dormir de



un jalón hasta en la mañana? Evidentemente.

Val seguía en mis brazos. Delante de mi cama, se encontraba arrodillado mi padre. Estaba mirándonos como si fuéramos una aparición. En su negro cabello se vislumbraban mechones plateados, tenía el rostro esmirriado y los ojos se encontraban en lo hondo de sus fosas, pero ahora comenzaban a iluminarse. Se veía que quería decir algo, cuando desde el piso de abajo sonó una voz agitada.

—¿La encontraste?

Mi padre se estremeció, se levantó rápido y corrió a la puerta:

—Aquí está —oí que decía tranquilo—, aquí con mi... con Rebecca. Está dormida.

—¡Entonces despiértala, caramba! ¡Ya perdió la primera clase!

Papá cerró la puerta. Se acercó de nuevo a la cama, me besó en la frente y después acarició los rizos rubios de Val.

—Nos dormimos pequeña —dijo—. Te tienes que levantar; ya es demasiado tarde.

Val murmuró, desganada, rechinó los dientes y se volteó hacia mí y escondió la cabeza en mi hombro. Con cuidado, mi padre retiró la cobija.

—Val, pequeña. Levántate. Tienes que ir a la escuela.

—No quiero —protestó Val, todavía en sueños—. Estoy enferma. Prefiero quedarme.

—Ven, tesoro —suspiró mi padre. Metió las manos bajo el cuerpo de Val y la levantó de la cama. Mi hermana, bufando, se debatió y su puñito dio en la nariz de mi padre.

—¡Oye! —exclamé—. ¡Eso no se hace!

Mi padre se me quedó mirando boquiabierto.

—Tú... tú... tú dijiste algo —pronunció. Val abrió los ojos y sonrió.

—Pero antes ya había hablado conmigo.

Algo se quebró en el rostro de mi padre. Comenzó a llorar como un niño pequeño. Val lo besó.

—No te pongas triste —le dijo—. Contigo también va a hablar, ¿verdad?

Papá me miraba como si no lo pudiera creer. En alguna parte de la casa, Michelle gritaba:

—¡Alec, son las ocho y cuarto! ¡Si no llegamos en diez minutos, Val perderá también la segunda clase!

—Llevo rápido a Val con Michelle y regreso enseguida —me explicó.

—No es necesario, papá —contesté, meneando la cabeza—. Yo... yo creo que quisiera estar sola un poco.

—¡Ah, naturalmente! No hay problema; de veras que no. Lo comprendo perfectamente.

Me miró radiante. Parecía estar sobrecogido de escuchar de mi boca palabras salidas que no fueran de reproche.

—Pero me quedaré en casa por si me necesitas.

—No, por favor —dije con trabajo—. Me las puedo arreglar sola.

Papá parecía estar luchando consigo mismo.

—Bien. Te dejo mi número de celular —añadió—. En cuanto estés despierta o desees estar con alguien o quieras algo, llámame y enseguida vendré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repuse.

Por fin, la puerta se cerró detrás de mi padre. Respiré hondo, pero no de alivio. Cada sílaba de nuestra conversación me había costado esfuerzo. Mis sentidos estaban como si alguien les hubiera arrancado su cubierta protectora. Los ruidos sonaban más altos; los contornos eran más agudos; los olores eran más intensos. Estaba «despierta» en el sentido más verdadero de la palabra, y supe de inmediato que no podía quedarme ni un minuto más en ese cuarto. La esponja de felicidad de Spatz ya no bastaría. Tenía que salir de aquí antes de que los pensamientos prohibidos se abrieran camino hacia mi conciencia.

De repente me pareció que no hacía las cosas lo bastante rápido. De un salto entré en el baño, me duché, abrí las puertas del vestidor. Repasé los estantes con la vista y vi mi blusa con broches a presión que por última vez... *Stop!*

La quite de la percha, la metí detrás de un montón de suéteres y saqué una camiseta lila. Cuando me puse los *jeans*, subieron rápido hasta las caderas. Tomé un cinturón, lo ceñí tres agujeros menos que antes y salí. En el corredor me detuve y escuché para ver si se oían mi papá, Michelle o Val. Todo estaba tranquilo; al parecer ya habían salido. Tenía la casa para mí sola.

Recorrí cada piso, abrí cada puerta y miré cada habitación. ¿Cuánto tiempo había estado aquí antes de ser llevada a la clínica? ¿Cinco, seis semanas? Pero parecía inimaginable. Había quedado como recortada, separada de todo lo que había pasado y era tan bueno. Todo era reciente, bueno y esta casa parecía nueva, en todos los aspectos. Un arquitecto la había diseñado, de vidrio y luz, probablemente como un sueño moderno.

Todos los cuartos tenían ventanales gigantescos que llegaban desde los pisos de parquet hasta los altos techos. Era una casa de tres plantas. La parte superior era el recinto de papá y Michelle. Tenía varios cuartos para vestidores; uno solo para zapatos. Recorrí cada uno, luego el baño de mármol y el dormitorio, cuyo ventanal daba a las montañas, donde se divisaban colinas verdesas con distintos senderos. Mi cuarto estaba en el segundo piso, junto con una habitación para visitas y el reino de Val, en donde había una pared para escalar, un acuario enorme e incontables juguetes.

En la planta baja se encontraba la sala de estar. Aquí los ventanales daban a dos lados, de manera que a la izquierda miraban a los montes y a la derecha se podía ver

el mar, por encima de jardines ingleses. El conjunto era caro e impersonal. Delante de sofás de cuero había mesas de cristal con grandes tomos sobre arte moderno, fotografía y arquitectura de interiores, que daban la impresión de que nunca habían sido abiertos. Un piano de cola *Steinway* ocupaba un rincón del salón; en otro se asentaba una gran estatua de Buda de bronce negro. En una mesa alta, sobre la que colgaba un espejo enmarcado en metal, un jarrón de acero inoxidable con lirios blancos. Estanterías para libros no había ninguna, sino una gigantesca pantalla plana y anaqueles llenos de DVD ordenados alfabéticamente: desde *American Beauty* hasta *El Zorro*.

Todo era tan frío y lindo que dejaba a uno sin aliento. Salvo el cuarto de Val, solo la cocina daba la idea de que aquí vivía alguien. Tenía refrigeradores formidables, un bar, una imponente estufa y un comedor. Sobre la pulida superficie de acero inoxidable encontré una taza de café medio vacía, junto a una caja de cereal volcada.

Detrás de la cocina estaba el jardín, rodeado por altos árboles, y daba la impresión de un parque perfectamente cuidado. El centro lo constituía la piscina. Suse tenía razón: definitivamente habría valido la pena meter el dedo gordo del pie, y de repente me vinieron unas ganas tremendas de echarme al agua.

La natación habría sido ahora mi salvación, pues ya había visto toda la casa y no tenía ni idea de adónde podría fugarme. El problema era que la piscina no tenía agua.

En un momento me quedó claro que no podría escapar. Antes de la clínica había estado ocupada con mis dolores; ya que en ese lugar estuve concentrada en recobrar la fuerza física. Ahora los dolores habían desaparecido y recuperé la fuerza física. Anoche, Val había roto mi silencio. Y los pensamientos prohibidos subían peligrosamente a la superficie. Al final descubrí la casita del jardín. Estaba al otro extremo, entre limoneros en flor. En cuanto bajé la manija me di cuenta de que este lugar pertenecía a mi padre. Era una sola habitación con dos plantas. La superior, a la que se llegaba por una pequeña escalera de caracol, tenía un colchón grande en el suelo. La ropa interior revuelta dejaba bastante claro que había sido bien utilizada últimamente.

En la planta baja había una chimenea, y frente a ella una gran alfombra gruesa y mullida, con enormes almohadones, periódicos echados por doquier, alteros libros y la guitarra de papá, que mamá le había regalado hace muchos años en su cumpleaños. El mueble principal era el escritorio, que tendría unos buenos cuatro metro de largo y dos de ancho; ahí estaba la computadora. Alrededor se agrupaban docenas de piedras, conchas y una cantidad de fotos enmarcadas; en una se veía a Michelle. Estaba sentada en un caballito de carrusel, y el cabello rubio se le iba para atrás. Lanzaba un beso a la cámara con la mano y reía. No solo con la boca, también con los ojos. Todo su rostro era una amorosa y dichosa iluminación. No había ninguna duda de quién era el fotógrafo.

Tres fotos eran de Val; en el resto —unas diez—, estaba yo, y en casi todas reía. Aparté la vista rápidamente. No podía soportar mi rostro contento; era terreno peligroso. Mi atención se detuvo en un grabado dorado, sin marco, apoyado en la computadora. Parecía bastante antiguo. En el borde inferior derecho decía *London 1912*. La tenue firma en la parte baja no se lograba descifrar.

En el grabado había dos hombres de unos cuarenta años, y entre ambos una joven llamativamente bella. Estaba colocada delante de una glorieta de jardín, pero el fondo estaba solo vagamente diseñado.

La mujer era toda una beldad. Llevaba el cabello negro peinado en cola de caballo, y sus grandes ojos negros despedían chispas. Me recordaba un poquito a Audrey Hepburn de joven en la película *Desayuno en Tiffany*. Se veía grácil, casi quebradiza, y se mostraba muy tiesa. El hombre rubio y apuesto que estaba a su derecha me pareció conocido, pero no lograba identificarlo. Tenía a la mujer tomada por el talle, con el brazo en orgulloso ademán de posesión, y miraba engreído a la cámara. El hombre a la izquierda de la mujer era de cabello oscuro. Su frente era alta; sus ojos, despiertos y muy serios, igualmente estaban clavados en la cámara.

Mi vista regresó al rubio y ahora supe dónde lo miré antes. Era mi bisabuelo, William Al.

—No te espantes —escuché una voz clara a mis espaldas. Fue algo tan repentino que el grabado se me cayó de la mano. En el primer instante del susto había pensado que se trataba de Michelle. Pero en la puerta de la casa del jardín estaba una muchacha. Era pálida y delicada, y primero pensé que sería una amiguita de Val, pero al fijarme bien caí en la cuenta de que era mayor, quizá de mi edad, algo más joven a lo mejor. Su vestimenta era bastante anticuada; una boina vasca negra y un vestido pasado de moda, del mismo color de sus ojos: gris plateado.

—¿Quién eres tú? —me oí preguntar, sorprendida de que las palabras hubieran encontrado el camino para salir por la boca.

—Me llamo Faye —dijo, y levantó el grabado—. Soy la niñera de Val.

Su voz tenía un acento de otros tiempos; no parecía que fuese americana. Sonriendo, me observó:

—¿Y tú eres la Bella Durmiente del Bosque?

—¿La Bella Durmiente? —me encogí y sentí que una chispa brotaba del ser humano que había en mí y que antes fui, y que no permitía una cosa así.

—Rebecca —bufé—. Me llamo Rebecca.

La chica que dijo llamarse Faye volvió a sonreír, se movió hacia adelante y me entregó el grabado.

—¿Has visto esto? —preguntó, señalando al hombre de cabellos negros, o al menos pensé que se refería a él, pero entonces vi lo que quería mostrarme. El dorso de la mano del hombre de cabello oscuro y el dorso de la mano de la joven se

tocaban. Pero eso no era todo. Sus meñiques estaban enganchados. Era como es esos dibujos donde se tienen que buscar cosas. El diminuto detalle solo lo captaba quien contemplara con atención, pero esto daba al cuadro una dimensión del todo nueva.

—¿No sería interesante saber cómo se va desde este punto en adelante? —preguntó Faye.

—¿Qué? —exclamé, mirando fijamente a aquella muchacha tan curiosa—. ¿Qué quieres decir, de qué mierda hablas?

Faye se encogió de hombros.

—Podemos hablar de otra cosa —dijo—. He oído que estuviste en una clínica. ¿Cómo te fue? ¿Estuvo bien? ¿Conociste a otros locos?

Inclinó la cabeza a un lado. No me miró, por nada del mundo, con hostilidad, sino más bien curiosa, como seriamente interesada. Me quedé boquiabierta.

—¿Ya terminaste de decir tonterías? —estallé—. ¿Qué haces aquí? Si entendí bien, eres la niñera de Val, no la mía... o... —suspica, di un paso hacia atrás—. ¿Acaso estás aquí por mí? ¿Me encargó contigo mi padre?

—No —respondió Faye.

—Entonces —mascullé—, lárgate y déjame en paz.

—¿Hacemos las paces? —sonrió Faye; esta vez parecía divertida—. No quería molestarte. Venía de darle un recado a Michelle y me iba a la playa, pero vi abierta la puerta de la casa del jardín. Así pues —sonrió de nuevo—, hasta luego. Te dejo en paz.

Antes de que Faye saliera de la casa del jardín, se quitó la boina vasca con un ligero movimiento. Lo que apareció con eso hizo que un calambre eléctrico recorriera todos mis miembros: los largos rizos que le llegaban hasta el talle eran rojo fuego.

—Espera —avancé—. Espera un poco. ¿Ibas... a la playa?

—¿Sí? —dijo, girándose hacia mí. Sonó casi a una pregunta.

*Anoche soñé que estábamos sentados en la playa. No sé dónde está esa playa. Parece bastante animada. En el agua había surfistas, unos cuantos jóvenes jugaban voleibol y junto a nosotros estaba sentada una chica. Tenía rizos de un rojo fuego y llevaba un vestido pasado de moda, gris plata. Estaba pintando a un niño y nosotros mirábamos.*

El regalo de Val. Lo había pintado su niñera. Me quedé mirando a Faye. La energía que ahora corría por mi cuerpo se podría comparar con una dosis de adrenalina.

—Si no te molesta —dije, falta de aliento—, ¿podría quizás... ir contigo?

—Claro —respondió con toda parsimonia, encogiéndose de hombros.



Con su sueldo de niñera, Faye no habría podido costear el Bentley convertible color crema con asientos rojos de cuero en el que recorríamos la sinuosa calle que conduce a Sunset Boulevard y de ahí a la autopista de la Costa del Pacífico. Quizá tenía padres ricos o era un coche de mi padre o de Michelle.

Faye les había dejado a ambos un recado en el que les comunicaba que me llevaría a dar una vuelta y que, a más tardar, estaríamos de regreso en casa para la cena. Qué opinaría de eso mi padre, no lo sabía, pero me daba igual.

Faye callaba. Conducía concentrada, como si el ir en coche la tensara; y a mí, en lo fundamental, me parecía bien. El paisaje a nuestra izquierda era de colinas. Aquí y allá se habían construido casas en las montañas. Había hoteles en cuyos tejados ondeaba la bandera norteamericana y había también gran cantidad de palmeras. Del lado derecho de la carretera, que igualmente estaba orlada de palmeras, se extendía el mar.

Era de un azul plateado y en su superficie se reflejaban millones de puntos luminosos. El fuerte oleaje atronaba con fuerza contra la orilla. Casi instintivamente, dejaba que el viento diera en mí; olía a sal, a frescura y la respiración, de golpe, se volvió más fácil. Faye se giró hacia mí, sonriéndome. De repente me pareció familiar, como si nos hubiéramos visto alguna vez. Por el amplio paseo marítimo, venía en contraflujo gente que hacía *jogging*, iba en bicicleta o en patines en línea. En determinado momento apareció un viejo carrusel que formaba parte de un pequeño parque de diversiones. Una larga pasarela atestada de gente conducía al parque. Faye bajó el volumen del radio.

—Este es el Santa Mónica Pier —me aclaró—, uno de los lugares preferidos de Val. Cuando ha tenido uno de sus días fuertes, tengo que subirme a la montaña rusa veinte veces seguidas.

Asentí, ausente.

Del lado izquierdo de la autopista se divisaban ahora anchas superficies cubiertas de verde césped, sobre las que los niños jugaban fútbol; y mujeres, adineradas por lo que se podía deducir, con caros atuendos de *jogging*, sacaban a pasear a sus perros. Luego aparecieron los primeros indigentes. Habían plantado tiendas de campaña y extendido sus sacos de dormir en los prados, y se les veía sentados en grupos, o estaban delante de destartaladas viviendas móviles pintas de manera abigarrada, en cuyos techos habían amontonado cajas, sillas viejas y todo tipo de cachivaches. Faye redujo la velocidad.

—Enseguida llegaremos —dijo—. Esto también era Santa Mónica. Ahora viene Venice Beach. Estoy buscando un lugar para estacionar el coche y luego bajaremos a la playa, ¿te parece?

*Anoche soñé que estábamos sentados en la playa. No sé donde estaba esa playa.*

Faye estacionó el Bentley en una callecita lateral. En un estacionamiento público. Dos jóvenes surfistas con sus trajes de neopreno y relucientes tablas de surf bajo el brazo chiflaban detrás de nosotras. El moreno encargado del estacionamiento le sacó a Faye cinco dólares y la llamó sweetheart (cariño). Me guiñó el ojo y preguntó: *How are you today, love?*

—*Fine, thank you* (Bien, gracias) —mascullé, e involuntariamente traté de imaginarme cómo me habría saludado un vigilante de estacionamiento en Alemania: «¿Cómo estás hoy, preciosa?».

Faye tomó una vieja bolsa de cuero del asiento trasero y me hizo una señal de que la siguiera. Dimos vuelta a la izquierda por la calle lateral y nos topamos con un dibujo de grafiteros que habían pintarrajeado la pared de una casa. Era Art Comic: una gigantesca cabeza de mujer de cabellos negros. El flequillo le caía deshilachado sobre la frente, la piel era lila, los ojos almendrados, pero su mirada era increíblemente seria. A la izquierda, en grandes letras negras, se leía la orden: *Remember who you are!* (¡Recuerda quién eres!).

—Me gusta Venice. Allí donde vive tu familia no lo aguantaría —dijo Faye y sonrió.

«Tampoco lo aguanto yo», pensé, y corrí junto a Faye, quien ahora viraba a la derecha.

—Todavía podemos estar un rato —me tranquilizó.

—No hay problema —repuse, y agradecí internamente a la seria enfermera que había reconstruido mi cuerpo. La primera vez que me levanté de la cama en la clínica, las piernas, literalmente, se me doblaron, y en los días subsiguientes la sola ida al baño fue para mí una especie de deporte extremo.

Al paseo marítimo por el que ahora caminábamos, Faye lo llamó *Ocean Front Walk* (Paseo frente al océano), y entendí lo que Suse en su correo había calificado

como galáctico de Venice Beach. Este paseo tenía cierta similitud con el barrio Schanze, de Hamburgo, pero era mucho más que eso. En contraposición al lugar donde vivía mi padre, aunque yo solo lo conocía por haberlo recorrido en el coche, aquí palpaba la vida. Faye me contó del fundador del lugar, Abbot Kinney, millonario tabacalero que había transformado el húmedo pantano del sur de Santa Mónica en un parque temático cruzado por canales con góndolas y un muelle de recreo. En 1920, un incendio destruyó la mayoría de los edificios.

—Jim Morrison —prosiguió Faye—, fue uno de los que conocieron el encanto de este lugar. El ayuntamiento prestó dinero para la restauración, y desde finales de los años noventa Venice se cuenta entre los lugares selectos de Los Ángeles.

*Anoche soñé que estábamos en una playa. No sé dónde está esa playa. Parece, de todos modos, bastante movida.*

El paseo estaba lleno de gente: niños, bebés, negros, blancos, personas de todas las edades y de todos los niveles sociales se congregaban aquí, de modo que en algunos tramos solo podíamos avanzar a paso de caracol. Por todos lados sonaba música, una salvaje mezcla de percusiones, rap, rock, electro pop; a nuestra izquierda se alineaban pequeños hoteles playeros, tiendas de curiosidades, cafés, cuchitriles de videntes, locales de tatuajes, puestos de accesorios y camisetas. Músicos callejeros tocaban la guitarra, de un gigantesco amplificador tronaba hip-hop, un rapero con largos rizos rastas se retorció estrambóticamente sobre el suelo, un hombre en zancos se inclinaba hacia una niña, y un indio con turbante y barba gris pasó deslizándose sobre sus patines en línea.

Faye caminaba junto a mí sin decir nada, solo de vez en cuando nuestras miradas se encontraban y me sonreía. Algo en ella me recordaba a Spatz. Pasamos lectores de manos, danzantes y músicos callejeros. En una enorme jaula con la significativa designación de *Muscle Beach* (Playa de los Músculos) se entrenaban hombres de protuberantes bíceps. En largas mesas tapizadas, los artistas exponían sus obras, en su mayoría trabajos sencillos, arte callejero, pop-art y material puramente esotérico. Algunos de los artistas saludaban a Faye, y ella se detenía ante muchos de estos e intercambiaban unas cuantas frases. Miré hacia la playa: *En el agua había surfistas.*

El paseo estaba ahora más tranquilo. Al parecer habíamos dejado atrás la parte más frecuentada. De todas maneras, las viviendas aquí tenían el aspecto de construcciones artísticas. Todas Lucian enormes ventanales con vista al mar, pero eran más modernistas y cálidas que la fría casa donde vivía papá con Michelle.

Faye se dirigió a un malecón y pude contemplar de cerca a los surfistas. En la orilla aguardaban la ola perfecta. Todos llevaban trajes de neopreno negros y parecían cuervos sin alas que hubieran caído al agua. Justo antes del malecón, Faye se detuvo finalmente en un muro levantado en la playa.

—Hemos llegado —dijo.



El sol, aunque ahora estaba en el cenit, no calentaba gran cosa. Quizá 20°C. Yo llevaba una camiseta delgada y de inmediato se me puso carne de gallina.

Faye sacó una manta de su mochila, la extendió sobre la arena y nos sentamos. Ella callaba. Sus largos rizos rojos le caían sobre los hombros hasta la mitad de la espalda y sus manos jugueteaban con el dobladillo de su vestido.

*Junto a nosotros estaba sentada una chica. Tenía rizos de un rojo fuego y llevaba un vestido pasado de moda, gris plata.*

Detrás de nosotras se escuchaban los ruidos de fondo de Venice Beach. Me volteé y miré hacia la derecha. Dos jóvenes extendían una red y junto a ellos había una pelota blanca. *Un par de jóvenes jugaban voleibol.*

—¿Buscas a alguien? —preguntó Faye de repente. Sus ojos grises me miraban escrutadores.

—No... —respondí, mordiéndome los labios—. Aquí no conozco a nadie.

—Claro —dijo sonriendo—. ¡Qué pregunta más tonta!

De nuevo miró al mar durante un largo rato. Tenía la mochila junto a los pies.

*Estaba pintando.*

—¿Llevas ahí cosas para pintar?

Me salió espontáneamente. Sabía que la pregunta iba a sonar por completo fuera de lugar, pero Faye la tomó como algo que saltaba a la vista.

—Sí —contestó—. Siempre.

—¿Y... deseas quizá... pintar algo?

—¿Por qué no? —sacó de la mochila un pequeño bloc, un lápiz y un sacapuntas.

Mientras le sacaba punta al lápiz, me miró, examinándome. Pasó un hombre con una caña de pescar acompañado de un niño.

—Me quedo aquí para esperar a mamá —le gritó a su padre.

El hombre asintió y siguió adelante. El chiquillo se sentó en la arena y comenzó a hundir en ella los pies descalzos. *Estaba pintando un niño.*

Faye se giró y ahora el niño estaba en su campo de visión. Cruzó las piernas y comenzó a pintar. El niño, mientras, casi había enterrado las piernas en la arena. Una gaviota se posó cerca de él, picoteó un par de veces en la arena y luego reanudó el vuelo. El pequeño no prestaba atención a nada ni percibía a nadie, incluida Faye. Esta había doblado la cabeza sobre lo que pintaba y sus rojos cabellos me impedían ver. Miré a la derecha, a la izquierda, hacia atrás y hacia adelante hasta que me dio vértigo. Nada. Al cabo, Faye me mostró el dibujo.

—Ten —me dijo—. Para ti.

Me quedé mirando el dibujo. Era como observar al espejo en el que hasta ahora todavía no me había atrevido a verme. Mi rostro, que antes era redondo, ahora se veía delgado y esmirriado. Nariz y boca estaban indicadas apenas con pálidas rayas. Lo que propiamente sobresalía en mi cara eran los ojos. Eran grandes, oscuros, y tan

vacíos que tuve miedo de mí misma. A mi aspecto le faltaba vida. *Estaba pintando un niño y nosotros lo mirábamos.*

¡No, no! ¡No *nosotros!* Hundí las manos en la arena y sentí cómo los duros granos se hundían dolorosamente en mi blanda piel.

¿Qué esperaba? Había sido una locura venir hasta aquí. ¿Por qué tendría que estar aquí luego de que me había traicionado de esa forma y me había dejado sola? ¿Por qué...? ¡Para! No debía volver a pensar, tenía que...

—A ti te paso algo —la voz de Faye era muy queda, pero de golpe tuve que taparme los oídos. Las palabras zumbaban por toda mi cabeza y quemaban en cada rincón de mi cerebro.

Me curvé, uní los brazos frente al pecho y comencé a gimotear.

*Las esponjas son maestras en defensa toxica y su código genético presenta gran parecido con el de los humanos, de los humanos, de los humanos...*

Me asía de mi mantra como desquiciada, aunque sabía que era demasiado tarde. Había perdido. Mi mecanismo de defensa cayó hecho pedazos y yo no podía hacer nada, pero nada en absoluto.

El pelo rojo de Faye resplandecía al sol como fuego. Levantó la mano y la puso en mi espalda. Sentí cómo el espacio entre los omóplatos se cargaba de calor al tocarme. Ella irradiaba a través de mí, hasta el blindaje que se había asentado en torno a mi pecho y que ahora había saltado en miles de millones de pedazos, dejando libres todos los pensamientos prohibidos.

Comencé a llorar y me puse a gritar tan alto que el niño que estaba delante de nosotras se asustó, sacó las piernas del agujero de arena y echó a correr por el malecón.

—¡Te odio! —grité—. ¡Te odio, Lucian!

El viento había enfriado y el sol se había hundido más. Seguíamos en la playa y Faye callaba como antes, pero ahora yo tenía la cabeza en su regazo. Me acarició el cabello y me miró de esa forma tranquila y en cierto modo ajena a este mundo. Cerré los ojos durante un rato inacabable.

—Fue una tarde perfecta —oí que me decían—. Era un miércoles. Nuestra *Ladies Night in*. Mi madre, su novia Spatz y yo estábamos sentadas en nuestro desván. Acabábamos de escombrar todos los enseres que pretendíamos vender en el bazar. Habíamos reído y hablado de los tiempos pasados. Y yo había tenido de repente esa extraña sensación. Era como una ruptura interna. Muy tenue; al principio pensé que me lo estaba imaginado. Esa misma noche tuve una horrenda pesadilla y luego ese extraño joven se encontraba frente a mi casa.

Faye me miraba inmóvil. Le conté toda la historia, todo cuanto me había ocurrido en los últimos cuatro meses y cómo mi vida estaba de cabeza y, al final, había sido arrancada de cuajo. Le conté también de los sueños de Lucian, de los cuales algunos

se habían vuelto realidad. Le expliqué por qué me urgía venir a la playa. Faye no hizo ningún gesto. No me interrumpió con preguntas. Simplemente me escuchó.

Cuando llegué al momento en que Janne regresó a casa de su cita nocturna con Lucian y me ordenó que empacara mis cosas, cerré los ojos.

—Entonces aún tenía la ilusión de ser una persona con voluntad propia —susurré—. Me lancé sobre mi madre y la golpeé con los puños. Pero no dijo ni pío. No me explicó por qué yo debía marcharme, ni lo que Lucian le había contado. En vez de eso, me amenazó con que, si por la mañana no iba por voluntad propia al aeropuerto, ella hallaría la manera de llevarme. Supe que hablaba de medicamentos y en ese momento comprendí que no tenía ya sentido oponerme. Por la noche, Spatz había hecho mis maletas, y fue la primera vez que la vi llorar —lentamente, abrí los ojos y vi que la mirada de Faye estaba fija en mí—. Por la mañana, Janne me llevó al aeropuerto y subió conmigo al avión. Luego, para colmo, tuve ese terrible dolor que cada vez se ponía peor.

Me levanté de nuevo y miré el mar. A la derecha, en lontananza, se podían ver las montañas. Se veían envueltas en neblina y el mar había adoptado un fuerte tinte oscuro. No podía creer que hubiera pasado tanto tiempo, pero al menos tenía que ser ya el amanecer. A lo lejos pasaban veleros, y directamente frente a nosotras, sobre una estaca se había posado un pelícano. Era muy grande: el largo pico girado, el delgado cuello inclinado como un cisne negruzco, me miraba solo con un ojo.

—El resto de la historia lo conoces. Para responder a tu pregunta anterior sobre si la clínica estaba bien: sí y no; no vi a ningún otro loco. Tuve suficiente con que ocuparme de la loca en que me había convertido.

Faye asintió. En sus ojos no solo había compasión, sino también comprensión. Parecía entender todo lo que me había pasado.

—Pero después te ha ido mejor —intervino finalmente—. Me refiero a los dolores. Se han calmado, ¿no? ¿En la clínica?

—Sí —murmuré, encogiéndome de hombros—, ya.

Faye asintió.

—¿Qué harás ahora? —preguntó, luego de que ambas estuvimos un rato calladas. Lo dije antes de que pudiera pensarlo:

—Encontrarlo.

—Pero ¿dónde?

Me encogí de hombros.

—Cuando comprendí que tú eras la chica del sueño de Lucian, pensé que él estaría aquí. Era una idiotez. Si esas situaciones pasaban en la realidad, yo estaba cada vez sola. Como ahora. Siempre estaba sola, y además tú no conoces a ningún Lucian, ¿no es cierto?

—Por desgracia, no. —Faye me miró con sus ojos grises. Su rostro había

cambiado y hasta su voz sonaba diferente—. ¿Puedo darte un consejo?

No esperó a que respondiera.

—Deja de quejarte. Deja de estar pensando en cómo te sientes. Si quieres encontrar a Lucian deberás buscarlo, y si lo quieres buscar, primero tienes que tomar la vida en tus manos.

Puse la mano en torno al dije que me regaló mi padre, el pequeño sol con la inscripción *Carpe diem*. De golpe, me quemaba la piel. Faye miraba al cielo, a lo lejos. Una bandada de gaviotas pasó sobre mi cabeza y allí iba también un par de cuervos. Detrás de mí se escuchaban tamborazos, y ahora volvía a escuchar otros ruidos. El movimiento de las olas, el zumbido de un avión muy arriba de nosotras, la risa de un niño, los ladridos de un perro, una mujer que cantaba.

Me giré. Las casas junto a la playa y todo el paseo marítimo se veían ahora sumidos en una mística claridad. Detrás estaba la ciudad, cubierta por la niebla.

—Quizá tengas razón —le contesté.

—Quizás —insistió—, pero quizá no. Lo que es seguro es que debes moverte con tus propias piernas lo más rápido posible. Emocionalmente, quiero decir. —Faye sonrió—. ¿Sabes por casualidad que tu pequeño «tiempo fuera» ha trastornado bastante la paz de la casa?

Hundí la cabeza. ¡Mierda! Sí, podía imaginarlo. Al parecer, en circunstancias normales, Michelle no se mostraba precisamente entusiasmada con mi visita. Pensé en los correos de Suse sobre el asesino profesional y, de súbito, en mi boca se dibujó una sonrisa maliciosa.

—¿Qué te divierte? —quiso saber Faye.

—Mi madrastra —le contesté—. Al menos ahora tiene una auténtica razón para no quererme.

—Esfuézate —dijo poniéndose seria—, por ganarte su confianza, así te irán dando más libertad. Ponles en claro que quieres seguir en la escuela, y cuanto antes mejor. Si te pasas todo el día sentada sin hacer nada, te harás un agujero en la cabeza.

Me eché a reír.

—¿Has visto qué escuelas te convendrían?

—No tengo idea —le contesté, encogiéndome de hombros.

—Val va a una escuela privada —continuó torciendo la nariz—. Aquí las escuelas privadas tienen mejor fama que las públicas, pero hay largas listas de espera, y los exámenes de admisión no favorecen precisamente a la esfera privada. Quieren saberlo todo sobre ti: tu familia, tu educación, porque viniste a Estados Unidos...

Faye me miró, como queriendo ver qué efecto habían producido sus palabras. Lo de los exámenes de admisión y, en especial, lo de las preguntas personales, sonaba bastante horripilante.

—Pero también hay escuelas públicas que son igual de buenas, por lo menos —

prosiguió—. La Pali High, por ejemplo.

Yo estaba trazando pequeños círculos en la arena.

—Todo esto me suena a que es demasiado para mí —repuse—. ¿A qué escuela vas tú? —me volteé hacia Faye—, ¿y qué edad tienes?, ¿dónde vives? No sé absolutamente nada de ti.

Me sorprendió a mí misma de dónde salía mi repentino interés. Las preguntas que acababa de hacerle las dije con toda seriedad. De verdad me interesaba quién era y qué vida llevaba. Me sentía mal de que una persona completamente extraña hubiera extraído de mí más sentimientos que mis mejores amigos, a quienes conocía de tantos años y casi enloquecían de preocupación por mí.

En el horizonte, el cielo se tornasolaba en un brillante naranja que parecía irreal. En los extremos los colores eran más pálidos, casi pastel.

Faye se levantó.

—Vamos —dijo—. Es hora de que regresemos.



**E**l tiempo que Faye estacionaba el Bentley en nuestra entrada, la puerta de la casa se abrió y Val salió corriendo. Llevaba un traje de baño a rayas amarillas y negras, y encima el saco de un *smoking* que, por lo grande, parecía pertenecer a mi papá. Su atuendo me pareció una cruce entre la abeja Maya y Batman, mientras que su rostro estaba borroneado de puntos azules que, sospechosamente, daban la impresión de haber sido hechos con un marcador.

Faye se echó a reír.

—¡Yo hubiera querido ir también! —gritó Val y se echó en los brazos de Faye—. ¡No me han esperado!

Faye la agitó en el aire. En el zaguán apareció mi padre. Llevaba unos *jeans* y una camisa negra, abierta. Suse siempre me envidió por mi apuesto padre, pero ahora más bien era una sombra de él mismo: tenía el rostro pálido, y me pareció que se desgarraba entre el pánico y el alivio. Intercambió una mirada con Faye. Ella había checado el celular en el coche y había encontrado cinco mensajes suyos. Había llamado brevemente a mi padre para comunicarle que estábamos camino a casa.

Ahora no podía ver el rostro de Faye, pero mi padre evidentemente leyó en su aspecto que todo estaba bien. Su actitud se distendió y sus ojos, que habían estado acuosos, tomaron una expresión de puro alivio. Esperé que no irrumpiera en lágrimas.

—Estuvimos en la playa —dije—. Faye me mostró Venice Beach. Papá miró a Faye.

—Mil gracias por haberte llevado a mi hija. ¿Se divertieron un poco? —y me sonrió—. ¿Qué te pareció la playa de los hippies, Lobita?

—Bien, aunque con muy poco movimiento.

—Espera a que la veas el fin de semana —prosiguió mi papá—. Entonces parece que se desata el infierno.

—¿Cómo estás? —dijo, dirigiéndose a Faye—. ¿Te quedas para cenar? Iba a cocinar lasaña, que es el plato preferido de Rebecca. Estás cordialmente invitada.

Val puso una mirada de perrito que pide algo, pero Faye meneó la cabeza.

—Tengo que irme —respondió—. Tengo un trabajo que terminar. Mañana por la mañana recogeré a Val de la escuela.

Y añadió, dirigiéndose a mí:

—Por cualquier cosa, llámame; simplemente llámame. Tu papá tiene mi número de celular.

Mientras mi padre metía la lasaña en el horno, escuché que abrían la puerta de entrada de la casa. Michelle. Venía hablando con alguien, y cuando entró en la cocina llevaba el celular en la oreja. Por lo visto, la persona que hablaba desde el otro lado había sufrido un colapso nervioso, mientras que la voz de Michelle sonaba tranquila y clara. De todas maneras presté poca atención a lo que decía y aproveché la oportunidad para ver a mi madrastra con el rabillo del ojo. Salvo un pequeño arete, no llevaba adorno alguno. Pantalones blancos y camisa de lino también blanca y abierta; debajo asomaba una camiseta roja. Las uñas de los pies, en sus sandalias de tacón alto, estaban igual que las de las manos: pintadas de rojo; traía el cabello rubio claro prendido con dos pasadores de madera. Dos mechones perfectos caían a la derecha e izquierda de la frente. Su pequeño y marcado rostro daba la impresión de que había pasado un rato considerable en maquillarlo, al grado de que pareciera natural. Las cejas habían sido punteadas hacia arriba en un fino arco, y la piel, lisa y con cierta tonalidad, no mostraba arrugas.

Val se había retirado a su cuarto. Mi padre puso la mesa. Silbaba, como queriendo sonar alegre, pero su nerviosismo era risiblemente evidente. Cuando Michelle cerró el celular, me encogí toda. Estiró los hombros y luego, desde el otro extremo de la cocina, se me acercó. Yo estaba apoyada en el refrigerador, con los brazos cruzados, y me esforzaba por evitar el contacto visual. Al final estaba tan cerca de mí, que podría haberme tocado los hombros con sus brazos, pero no lo hizo. Me miró serio con sus ojos verde claro, y mientras torcía la boca en una sonrisa.

—Rebecca —exclamó, como si leyera el nombre en mi frente—, ¡qué bien! Hoy vamos a poder cenar juntas por primera vez.

—Sí, a mí también me da gusto —contesté, asintiendo—. Y... lamento que las últimas semanas no he hecho las cosas fáciles.

Mi padre se acercó a Michelle, y con un movimiento anguloso colocó el brazo sobre sus hombros y me miró.

—No necesitas excusarte, tesoro. Estamos muy contentos de que estés mejor de nuevo. Y ahora cenemos, porque si no se va a quemar la lasaña. Querida, ¿traes a Val?

Michelle fue a buscarla. La lasaña estaba en realidad un poco negra por arriba y

en el centro no se había cocinado bien, pero nadie comentó nada y Val, que estaba sentada junto a mí, no pareció notarlo. Hizo gárgaras con el jugo de naranja y se arrastró, al cabo de tres bocados, hacia el regazo de mi padre, al parecer porque desde allí podía contemplarme mejor.

Mi padre la instó a que nos contara de la fiesta de cumpleaños que había tenido al terminar las clases. La había recogido saliendo del trabajo de camino a casa, pero Val se comportó como si le hubieran dado píldoras para callar. Se metió el pulgar en la boca, lo chupó y no dejó de mirarme de hito en hito.

Así pues, mi padre tuvo que platicarnos de su jornada en el set. Habían grabado un anuncio para un cosmético facial, pero la modelo tenía gripe y parecía trasnochada; por suerte, la maquillista que Michelle había recomendado resultó ser una auténtica maravilla. Mientras mi padre hablaba, me fijé en las pequeñas arrugas de su cara, y por primera vez tuve la sensación de que envejecía.

—¿Cómo le va a Suse? —me preguntó—. ¿Está firmemente decidida a seguir esta carrera?

—Creo que sí —respondí, y traté de reprimir la imagen del baile de máscaras que me vino a la mente.

Mi padre le contó a Michelle que Faye me había llevado hoy a Venice Bach y me preguntó otra vez qué me pareció. Me sentí como exhibida y callé, molesta. Mi padre dejó el asunto y se dirigió a Michelle.

—¿Cómo pasaste el día, tesoro? —le dijo.

Estaba sentada junto a él, de manera que yo me encontraba sola en mi lado de la mesa y tenía ante mí a mi familia norteamericana.

—Shally tiró la toalla —suspiró Michelle—. Pamela llamó anoche desde la cama porque había perdido el celular. Luego de que Shally había buscado por Hyde Lounge, recorrió Sunset Strip y en varias comisarías de la policía, llegó a casa de Pamela y encontró el celular en la bata de baño de ella. Cuando Pamela le dijo que se quedara para ordenar los archivos, Shally renunció.

Mi padre arrugó la frente y luego me miró, divertido.

—¿Y tú, pobrecilla —le preguntó a Michelle—, has tenido que cargar con la frustración de Shally?

Michelle levantó una ceja.

—Con la de ella no. Más bien ha sido con Pamela. Se puso a gritar diciendo que no podía comprender que le hubiera recomendado una persona tan incapaz. ¡Querido, dejemos esto!

Michelle jaló el brazo de Val. Mi hermanita se sacó el pulgar de la boca y trató de meter el índice en la nariz de mi padre.

—Deja que papá coma en paz, ¿oyes? ¡Te extrañé tanto hoy! Después me enseñas qué hiciste en la escuela. Ven acá, corazón mío.



Sentó a Val en su falda y escondió la nariz en sus rubios rizos.

—Te vamos a llevar a la tina de baño. Quizá logre quitarte los «puntos del deseo» de la cara. ¿No te ha dicho papá que esos colores son tóxicos? No puedes pintarte la piel con ellos.

Mi padre trató de no reírse y Val torció la cara. El tono de Michelle había cambiado. Era como si hubieran echado miel en un té helado. También su rostro se había ablandado. Traté de averiguar cuál era el parecido entre madre e hija. Ambas tenían cabello rubio claro, pero eso era todo.

—¡Rebecca me llevará mañana temprano a la escuela! —comentó Val, rompiendo la tranquilidad.

Carraspeé y me dirigí a mi padre.

—A propósito de que Val ha mencionado la escuela... Faye me preguntó a qué colegio iría. He reflexionado y quisiera ir a Pali High.

Mi padre dejó de masticar y Michelle se me quedó mirando como si acabara de decir que mañana me iría a la calle en busca de clientes.

Mi padre carraspeó.

—Rebecca —señaló, titubeantemente—, me gusta que hayas tocado este tema, y además en este momento, pero en Estados Unidos las escuelas no funcionan así. No sé si Janne te ha dicho que las escuelas públicas aquí están bastante por debajo de tu nivel. Las privadas, por el contrario, son realmente excelentes. Ya hemos visto algunas. Michelle tiene contactos importantes, y por lo que al dinero se refiere...

Ya ni quise escuchar más. No supe si fue porque mi padre había mencionado a mi madre, o por la expresión de repugnancia en el rostro de Michelle, o simplemente porque yo deseaba ser una persona que tomara sus propias decisiones.

—Quisiera ir a una escuela pública —respondí tranquilamente y miré a mi padre a los ojos—. He oído que Pali High no le pide nada a ninguna escuela.

Papá puso cara de impotencia y Michelle dejó el tenedor.

—¿Por qué no? —comentó—. Si así lo desea Rebecca, no tenemos por qué echar el dinero por la ventana. La Pali High no es mala. Mañana puedes inscribirla, y cabe suponer que mañana mismo podría empezar.

Mi padre suspiró.

—¿De veras no quieres mirar otras escuelas, Rebecca? ¿O quedarte todavía un poco más en casa?

Antes de que pudiera contestar, Michelle se levantó de la mesa llevando en brazos a Val.

—Hora del baño, tesoro. Dejemos a papá y a Rebecca un rato a solas, ¿de acuerdo?

Val no parecía estar en absoluto de acuerdo, pero no rezongó. Cuando ambas salieron, mi padre abrió la boca de nuevo para proseguir con su labor de

convencimiento, pero yo le interrumpí.

—¿Por qué estoy aquí, papá?

—¿Qué quieres decir? —contestó pestañeando, indeciso—. Yo.

—Quiero decir que no sé por qué estoy aquí. ¿Qué te ha contado Janne? ¿Cuál fue el motivo de que en una acción «noche y niebla<sup>[71]</sup>» haya sido desterrada acá?

Al oír la voz de *desterrada* mi padre se encogió como si le hubiera golpeado.

—No sé más que tú —admitió, y percibí que decía la verdad—. Solo sé que Janne habló de ese joven Lu...

—¡Está bien! —interrumpí, levantando los brazos en el aire. No quería escuchar su nombre de los labios de mi padre. Me miró angustiada.

—No hay problema —repuse—. Ya no volveré a perder la compostura. Solo quería saber si Janne te había dicho algo más que a mí.

Mi padre negó con la cabeza.

—Entonces todo está aclarado —concluí.

Capté que esto afectaba a mi padre, me di cuenta de que había sonado dura y casi sentí lástima por él. ¡Se había esforzado tanto por hacer como que no había ocurrido nada o que, como por arte de magia, todo había tomado un rumbo favorable...! Pero dejar que creyera eso era ir demasiado lejos. Que yo tuviera acceso a mis sentimientos no quería decir que fueran buenos sentimientos.

—Y respecto a la escuela —proseguí—. Mi decisión está firme. ¿Me puedes despertar mañana para que me inscriba, o tienes que trabajar?

—No —contestó mi padre—. Quiero decir que no, que no tengo que trabajar. Te despertaré, Lobita. Te llevaré a tu escuela y te inscribiré.

Luego sacó la cartera y me entregó una tarjeta de crédito.

—Esta es para ti. El día de tu cumpleaños te abrí una cuenta. Ya sabes —sonrió maliciosamente—, en Estados Unidos no eres nadie sin una tarjeta.

—Gracias —dije, y miré el nombre en la tarjeta—. La comida también fue estupenda. Estoy muy contenta. Pero, papá, hazme el favor de no llamarme Lobita. Tengo diecisiete años y tengo un nombre.

Me levanté y quise recoger los platos, pero mi padre lo impidió.

—Yo lo haré —dijo, cansado.

Fui a mi cuarto y me quedé media hora bajo la ducha. Los sucesos de este día, tan irresistibles y tan reales al mismo tiempo, como hacía tanto tiempo que no lo eran, giraban atropelladamente en mi cabeza. La conversación con Faye me había dado seguridad, y me así de esa sensación.

La cena había transcurrido bien, la mitad de mal de lo que había temido. Michelle se había esforzado, evidentemente, y quizá todo le parecía bien. Yo logré imponer mi decisión en lo que se refería a la escuela, y en lo que tocaba al siguiente paso, el de tomar el control de mi vida, estaba del todo segura. De repente tuve un gran deseo de

que así fuese.

Me puse una sudadera y los pantalones de *jogging*, me acomodé en el sofá y tomé el teléfono. Eran las diez de la noche; en Hamburgo comenzarían las clases, pero si tenía suerte no sería demasiado tarde para llamar.

Marqué el número, contuve el aliento y, tras dos tonos, contestaron.

—¿Diga?

—Hola —dije, tragando saliva. Silencio en el otro extremo. Y luego:

—¿Rebecca? ¿Becky? ¿Mi Becky? ¿Eres tú? ¿De veras eres tú?

Suse comenzó a llorar y yo, de repente, también tuve que luchar contra las lágrimas. Escuchar su voz a la que tan acostumbrada estaba, que sonaba tan cercana, me puso en un bumerán que me llevaba de regreso a mi antigua dirección.

—Oye, Klara —dije carraspeando—. Deja de llorar, si no también voy a comenzar yo y entonces no nos vamos a decir palabra alguna.

—Oye, babosa. —Suse se rio y se sonó con todas sus fuerzas—. ¡Cuenta, cuenta! ¿Cómo te va?

—Bien —contesté, segura—. Estoy bien gracias a ti, gracias a ustedes. Los *mails* fueron galácticos. Y tenías razón: Venice Beach es súper bello.

—¿Has estado allá? ¿Cuándo? ¿Con quién?

—Con Faye —respondí—. La niñera de Val. Hoy la conocí. Es muy buena onda.

—¿De veras? Ah, Becky, esto... —Suse se detuvo y se escuchó un incómodo crujido en la línea durante un par de segundos. Percibí lo insegura que se sintió de golpe. Hablar con ella era algo tan familiar y al mismo tiempo tan de otra forma.

—Cuéntame —le supliqué—. ¿Cómo te va? ¿Qué pasa con tus padres? ¿Te sentiste mal con el divorcio?

Escuché cómo suspiraba.

—Algo —contestó—, pero de algún modo fue bueno. Una vez concluido, mi padre fue por mí a la escuela y comió conmigo. Era un lugar muy elegante. Estuvimos en el puerto. Primero, yo estaba muy incómoda imaginando que tendría que consolarlo o algo así, pero fue al revés. Nos entendimos por completo, hablamos durante horas y al final yo. —Suse tragó saliva—, le conté hasta lo de Dimo. No tan detalladamente como a ti, solo a grandes rasgos. Se portó muy dulce, Becky —se escuchó una risita—. Tomó el tenedor, y como un furioso Neptuno lo blandió en el aire; los de la mesa vecina miraban como atontados. No dejaba de afirmar que yo era tan perfecta como lo puede ser un ser humano y luego me dijo lo mismo que tú: ojetes como Dimo son solo la excepción.

—Me envió un *mail* —le dije.

—¿Quién? —escuché que Suse se había quedado estupefacta—. ¿Mi padre?

—No, Dimo. Me escribió diciendo que se había disculpado contigo.

—¡Wow! —Suse jaló aire—. Jamás lo habría pensado. Pero es cierto. El 31 de

diciembre tocó de repente a mi puerta cuando yo iba a despedir a Sebastian.

Cuando escuché el nombre de Sebastian, me sobrecogí de una manera que me causó sorpresa a mí misma. Fue como un diminuto tropezón en el pecho.

—¿Cómo reaccionaste?

Suse sonó como si sacudiera la cabeza.

—Raro, Becky, ahora que lo preguntas... fue como, nada importante. Lo pasado, pasado, y eso fue lo que le dije. Y a su mierda de «¿no podemos ser amigos?» no le hice mayor caso. Por suerte, Sebastian aguardó en mi cuarto y fue una buena excusa.

De nuevo el tropezón.

—¿Cómo le va? —pregunté.

—Muy bien... creo —ahora la voz de Suse sonó a que se contenía y percibí que tomaba aire—. Becky, se siente bastante deprimido. Escucha: no sé propiamente lo que debo o no debo decir, pero a nosotros todo esto que te ha sucedido nos ha llegado hasta lo más hondo. Estás tan jodidamente lejos, estamos tan jodidamente lejos de ti y esto lo ha vuelto todo peor. Sobre todo porque no sabíamos nada de ti. Muchas veces pienso que todo esto es un sueño y en algún momento despertaré y te encontraré sentada en mi columpio, y muchas veces he sentido como si tú... como...

Se le quebró la voz. Mi mano agarraba bien el auricular para dominarme y no colgar. ¡Maldita sea, no estaba tan lejos como hubiera querido estar!

—Lo siento —dije, sonando como si piara—, siento que les haya causado tanta angustia. No podía... —las manos se me asían aún más fuerte del auricular. Supe que no podría contarle a Suse lo que me había ocurrido. Era tan extraño. Hablar de ello con Faye me había resultado casi fácil, precisamente porque ella me era extraña y nada tenía que ver con el asunto. Suse, por el contrario, era mi mejor amiga y había vivido todo conmigo, hasta que volé, y no soportaría imaginarme lo que ella y Sebastian pasaron durante todo este tiempo. En tres largos meses no habían oído de mí ni una maldita palabra.

—Está bien, Becky —la voz de Suse volvió a sonar firme—. Me siento tan feliz de que hayas llamado, de que tu voz siga siendo la misma. ¿Has sabido algo de...?

—¡No! —corté la frase de Suse antes de que pudiera concluir—. No he sabido nada, y de mi madre no sé más que ella de mí.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Quisiera matarla!

«Sí», pensé, «yo también».

—¡Oye! —Suse comenzó a reír de pronto—. Sheila Hameni salió otra vez en la televisión. ¿Adivina en qué programa?

Sonreí aliviada. Por lo regular, era partidaria del cambio de tema y este era el correcto.

—¿«La siguiente *Top Model* de Alemania»? —respondí adivinando.

—No.

—¿«Alemania busca a la superestrella»?

—No. —Suse reventó de risa—. Era «¿Sabe divertirse?». ¡Sheila Hameni besó a un chimpancé!

—¿Hizo *qué*? Ah, vamos, bromeas...

—¡Nooo! —gritó—. Es la pura verdad. Tomaron a unas diez mujeres que encontraron por la calle y las llevaron a una perfumería con la frase de: «Investigación de mercado sobre el cuidado de los labios». Sobre un taburete estaba sentado un modelo hombre, al que tenían que besar las personas de la prueba, con los ojos vendados, para que el modelo pudiera juzgar mejor los diferentes productos. Cuando les vendaron los ojos, sustituyeron al tipo por un chimpancé. ¡Y Sheila lo besó en la boca!

Suse no podía seguir hablando.

—No lo puedo creer —dije, muerta de risa, y tomé conciencia de que era la primera vez que reía desde hacía tres meses.

—Pero fue buena onda; eso hay que concedérselo —añadió Suse, quien todavía reía—. Casi todas las demás gritaron como locas cuando les quitaron la venda de los ojos. Sheila solo lanzó un corto chillido y luego dijo que la diferencia respecto de la mayoría de los tipos no era tan grande.

Volví a reírme.

—Fue realmente inteligente.

Luego Suse contó algo más sobre la escuela: la señora Donner iba por el sexto mes de embarazo; desde hacía una semana tenían un sustituto de inglés y en abril viajarían una semana a París con la clase de francés.

—¿Crees que —preguntó finalmente—, que para las vacaciones de primavera pueda ir a verte? Mi padre me paga el vuelo.

Le dije que hablaría al respecto con mi padre y que mañana por la mañana me inscribiría en Pali High, la misma escuela que Suse mencionaba en su correo.

Mi amiga suspiró.

—¡Eso es tener clase, Becky! —su risa sonó triste, pero se había esforzado—. Apostaría que ahora vas a obtener súper calificaciones en inglés —carraspeó—. ¿Vas a hablarle también a Sebastian? Desde tu *mail* está mejor que antes.

Me mordí los labios.

—Yo. no. no puedo —le contesté, impotente. Era la verdad. Y añadí vacilante—: ¿No le habrás contado de...?

—¡Ni una sola palabra! —me cortó resueltamente, y yo la habría besado por su comprensión.

—Dale un abrazo de mi parte, ¿sí? —le supliqué—. Le hablaré más adelante. Y, ¿me quieres hacer todavía otro favor?

—El que sea.

—Llama a Spatz de mi parte y dile que la quiero. Yo no quisiera hablar a casa...

—Desde luego —me contestó.

—Gracias —repuse—. También por los regalos. Por todo. Eres la mejor, Suse.

Pronto te vuelvo a hablar.

—¿Becky?

—¿Sí?

—¡Mucha suerte mañana en la escuela!



**P**or la mañana, mi padre y yo fuimos en coche a la escuela. Luego de la charla con Suse me había metido de inmediato en la cama y me entretuve un rato largo recordando la historia del chimpancé, pero no sé cómo se mezclaron entre los demás pensamientos y se arremolinaron en torno a mí hasta que me fui sumiendo en el sueño. Pero al menos quedé libre de mi pesadilla por segunda noche consecutiva.

La escuela estaba, en coche, a diez minutos de la casa. El inmenso estacionamiento que había frente a la puerta de entrada me dejó en claro desde un principio el número de estudiantes que llegaba a clases en auto. Mi padre me aconsejó que sacara la licencia de conducir cuanto antes.

—Vas a ver que no tarda mucho lo de la licencia —prosiguió—. Una vez que hayas pasado el examen, buscaremos comprarte un coche para que te sientas más independiente.

Pensé en el Bentley en el que fui con Faye hasta Venice Beach y le pregunté a mi padre si el coche era suyo o de Michelle.

—No —me respondió, riendo—. No tengo idea por qué lo tiene. Quizá tiene padres ricos y hace de niñera de Val solo por gusto. Es muy amable, ¿no crees?

Asentí.

—¿Cómo la encontraron?

—En realidad, ella nos encontró a nosotros —contestó mi padre, y paró el motor—. A principios de diciembre llegó a la casa y dijo que había oído que necesitábamos una niñera. Lo cual no era cierto. Val tenía una especie de empleada, pero no se llevaban bien —mi padre sonrió con malicia—. Tú no eres la única que nos ha traído complicaciones recientemente. Dos días antes de que se presentara Faye, Val había encerrado a la empleada en el baño. La pobre pasó allí media tarde. Mientras, Val

aprendió por su cuenta a nadar en la piscina. Michelle tuvo un ataque de nervios. Así que Faye se presentó en el momento oportuno y Val la quiso desde el primer instante. Últimamente tampoco ha sido fácil tratar a Val. La alteró bastante que su hermana mayor hubiera llegado y no quisiera hablar con nadie.

Aparté mi vista y jugueteé con el borde del suéter. De todo eso no había entendido ni pizca.

—¿Estás lista? —me preguntó.

Asentí y le acompañé hasta la entrada de la *Pacific Palisades Charter High School Home of the Dolins*<sup>[72]</sup>. A la izquierda estaba una pared llena de color con figuras de delfines, y en el muro de enfrente, en estilo moderno, había pintados árboles de una selva virgen, entre los cuales asomaban un tigre. Junto se leía: *It can be a jungle out there... keep your life alcohol and drug free* (Puede ser como una jungle allá afuera: mantén tu vida lejos del alcohol y las drogas).

Las instalaciones eran amplias y parecía tratarse de uno de esos colleges que se ven en las películas norteamericanas y, de hecho, como me contó mi padre, aquí se habían rodado numerosos filmes. Junto a las películas de Halloween que me había escrito Suse, aquí también se filmaron viejas cintas como *Vaselina*, así como *Crazy/Beautiful*, con la actriz Kirsten Dunst.

Parecía que mi papá ya había desechado los prejuicios que tenía contra las escuelas públicas. Me tomó del brazo y me encaminó al patio. Eché una mirada a la cafetería, miré las cuidadas extensiones de césped, los largos pasillos con *lockers*, el corredor rumbo a la piscina al aire libre y los cuidadores uniformados que patrullaban los predios en pequeños carritos de golf. Enseguida nos detuvieron y, cortés pero inequívocamente, nos instaron a que nos encamináramos directamente a la Dirección de la escuela. Para detenerse en los predios era necesario portar una autorización.

—Así funcionan las cosas en el país de las posibilidades ilimitadas —comentó mi padre y esbozó una sonrisita—. Necesitas una autorización para cualquier actividad, por mínima que sea. Incluso si quieres orinar tienes que ir con el maestro para que te dé una autorización. Pero no te preocupes, pronto te acostumbrarás.

Recorrimos un pasillo con incontables departamentos: Oficina de Salud, *Magnet Office*<sup>[73]</sup>, Despacho del Counselor, Departamento de Recursos Humanos, una Dirección General, una Oficina de Noticias (donde un alumno, por el altavoz, comunicaba los actos del día) y, finalmente, la Oficina Principal, la famosa Dirección. Era una habitación grande y cuadrada, cuya instalación dejaba ver que existía mucho movimiento.

Sobre la desgastada mesa de madera que había detrás del mostrador de entrada había viejas computadoras, de las paredes salían los extremos de cables retorcidos, y en los estantes se amontonaban carpetas. En las paredes colgaban fotos de los maestros y en un gran anaquel se alineaban unos tras otros los trofeos y diplomas de



los triunfadores.

Sobre el mostrador: folletos sobre la prevención de adicciones, programas antidrogas y líneas telefónicas permanentes (*hotlines*) de chicos que ayudan a otros chicos. Pero, en total, la atmósfera reflejaba un seductor y amistoso caos.

Los alumnos entraban y salían, algunos miraban curiosos con el rabillo del ojo, y de la mesa se levantó una robusta afroamericana de dos metros de estatura, labios pintarrajados de rosa y hondos hoyuelos en las rebosantes mejillas.

—Tú eres Rebecca Wolff —me saludó con atronador vozarrón y me presentó una gigantesca zarpa—. ¡Qué bien que te hayas decidido por nuestra escuela! Hacía mucho que no teníamos una alumna de Alemania. Me encanta Alemania. Una vez estuve allí de vacaciones, en ¿Hedelbarg, Hodelber? —se desternilló de risa de su pronunciación—. El caso es que fue absolutamente maravilloso. Desde luego que ustedes tienen la mejor cerveza. ¡Y el café!

La gigantesca mujer palmeó las manos ante su pecho, juntándolas como si fuera a rezar.

—¡Y el pan alemán! Me encanta el pan alemán. ¡Me envenenarían con él! ¿Cómo lo llaman? ¿*Schwarzenbroad*?

Pronunció la palabra como si, con diecisiete chicles en la boca, hubiera querido decir *Schwarzenegger*<sup>[74]</sup>, y soltó otra serie de risas. Antes de que me sintiera desconcertada sobre qué responder, se abrió la puerta del cuarto posterior. Apareció un individuo algo y enjuto, de cabello ralo. Se presentó como Míster Stromberg y nos invitó a que lo siguiéramos a su despacho.

Mi padre y yo nos sentamos en dos cómodos sillones de cuero. Mientras Míster Stromberg revisaba mis calificaciones y los certificados de vacunación (que era muy probable que hubiera enviado o traído consigo Janne), dejé que mi vista vagara por las altas estanterías de libros que cubrían las paredes. Para mi sorpresa, vi toda clase de literatura europea; las obras de Kafka, Goethe, y Thomas Mann llenaban medio anaquel; y también Agatha Christie y Charles Dickens parecían pertenecer a las lecturas favoritas de mi nuevo director escolar.

Finalmente, Míster Stromberg me hizo un par de preguntas sobre mis aficiones y materias favoritas. Luego de que mi padre le explicó que me criaron bilingüe, optó por evitar una prueba de ingreso y enviarme de inmediato al undécimo grado.

—Si tienes dificultades con algo, puedes venir conmigo todas las veces o con el tutor que corresponda, que también te ayudará a estructurar tu plan de estudios —el director se quedó mirándome y añadió—: ¿Tienes alguna pregunta?

Yo no tenía preguntas. Al contrario: ya de por sí el término «plan de estudios» sonaba tan aburridamente normal, que de inmediato comprendí que Faye había tenido completa razón. Este era el único camino correcto.

Pocos minutos después, estaba sentada en el locutorio de mi tutor, un tipillo de

bigote, gordo y chaparro. Se llamaba Míster Stone, y escogí mis asignaturas a velocidad récord. Como obligatorias estaban prescritas inglés, historia de Estados Unidos y matemáticas, y entre las optativas escogí cerámica, español y natación.

—¿Deseas recorrer parte del plantel —preguntó Míster Stone—, o conocer a un par de alumnos o profesores?

Meneé la cabeza.

—Entonces tu jornada comienza mañana a las siete, con natación.

Míster Stone me puso un montón de carpetas en la mano:

—Estas son las cosas que requieres para tu aprendizaje. Bienvenida a Pali High. Esperamos que te guste tu estancia con nosotros —concluyó.

La lista de útiles escolares que repasé en casa junto con mi padre era bastante larga: carpetas archivadoras especiales, cuadernos, lápices de colores, libros y un traje de baño con cremallera. Cuando nos disponíamos a salir de compras, llegó Michelle.

—¡Hola! —dijo mi padre—. ¿Ya llegaste?

Michelle asintió.

—Hoy no hubo gran cosa. En cualquier momento llegará Val con Faye. ¿Le puedes enseñar a leer?

—Pensaba salir de compras con Rebecca —repuso mi padre—. Todo ha salido a pedir de boca. Mañana comienza en Pali High. Pero necesita un montón de cosas.

—Y Val necesita un papá que esté con ella más a menudo —saltó Michelle con una gélida sonrisa—. ¿Qué tal si tú te quedas y yo voy de compras con Rebecca?

Mi padre me echó una mirada insegura y luego se dirigió a Michelle.

—Por supuesto... si Rebecca no tiene nada en contra.

Michelle me miró:

—¿Tienes algo en contra, Rebecca?

—Aaaa... no.

—Bien. —Michelle puso la mano en mi hombro. Era la primera vez que me tocaba—. Entonces, ¡en marcha!

Me llevó en su pequeño deportivo hacia Santa Mónica. Ayer yo solo había visto el malecón; hoy Michelle me llevó por la Calle 3, lujosa milla de tiendas con elegantes cafés, caras tiendas de marca y un grandioso centro comercial, el Santa Mónica Place.

Michelle se mostró atenta conmigo y muy eficiente, e involuntariamente me vino a la cabeza la idea de que en este punto era parecida a mi madre. En apenas media hora habíamos comprado diversos tipos de carpetas. Los libros los encargamos en una gran librería en la que Michelle saludó a la dependienta con un *Hi, sweetie*, besitos a derecha e izquierda, me presentó como la hija mayor de Alec y luego respondió detalladamente a la pregunta sobre la angelita de su hija Valentine.

—Se ha adecuado maravillosamente al colegio. Le gusta dibujar y escribir. Alec y

yo quisiéramos matricularla en una escuela privada de pintura. Nos asombra mucho la rapidez con que crece nuestra pequeña bebé. Y ahora tiene aquí a su hermana de Alemania.

La dependienta, quien lucía como una modelo, me mostró unos dientes deslumbrantes de blancos:

—¿Cómo te sientes en Estados Unidos? —me preguntó.

—Bien —contesté, y respiré porque, enseguida, Michelle se despidió, de nuevo con besitos a derecha e izquierda.

Luego compramos el traje de baño. Michelle me mostró distintos modelos y me contó que antes fue nadadora, que le encantaba el entrenamiento y le habían gustado mucho los torneos, y aguardó pacientemente a que saliera del vestidor con un traje de baño que me cuadrara. El motivo por el que me entretuve tanto en el vestidor no fue el traje de baño, sino el *shock* de verme en el espejo. Estaba tan delgada que fácilmente habría cabido en los pantalones de Sheila.

Finalmente, me invitó una taza de latte macchiato en un establecimiento llamado Urth Café. Estaba atestado y la mayoría era exclusivamente de la alta sociedad, pero llevaban ropas descuidadas estudiadamente. En la mesa junto a la nuestra hablaban emocionadamente dos jóvenes sobre el piloto de la nueva serie, los cuales saludaron a Michelle con una sonrisa.

Mientras bebíamos nuestro latte, la atención de mi madrastra estaba clavada por completo en mí. Se mostró interesada en saber cómo había ido la inscripción en la escuela y me preguntó si deseaba comprar todavía un par de vestidos, cuándo y cómo sacaría la licencia para conducir y si quería algo más.

Negué, y cuando Michelle sacó el coche del estacionamiento del café faltaba poco para las siete. Apagó el motor.

—Una cosa más —lo dijo con una voz tan baja y cortante que se me puso la carne de gallina—. Si te atreves a seguir trastornando nuestra vida, o si ejerces un mal influjo sobre Val, entonces me conocerás. ¿Me has entendido?

Se volteó hacia mí y me sonrió.

El estómago se me estrujó como si un boxeador me hubiera encajado un puñetazo bien dirigido.

Asentí.



**N**uestra maestra de natación, la profesora Stratton, tenía un rostro tosco, el pelo rubio claro corto, anchos hombros y una piel curtida por el sol como cuero.

La piscina estaba a la intemperie, situada en la parte posterior del predio escolar, y era tan grande como el recinto de la piscina de Alster, en Hamburgo. Los mosaicos de color azul claro hacían que el agua brillara con mayor fuerza y sobre el suelo se podían divisar las marcas de los carriles de azul oscuro, mientras el césped recién cortado que orlaba la piscina era de un verde brillante, casi deslumbrante.

Mientras mis compañeras me observaban con curiosidad, la entrenadora me saludó lacónica, luego nos dividió en cinco grupos y, por turnos, hizo que nos acercáramos al borde de la alberca. A mí me tocó en el primer grupo, o sea, nadie había tocado el agua y se veía plana como un espejo, como esperándome.

Había pasado una noche horrible; la última vez que miré el reloj eran poco más de las tres y media, y cuando al fin me dormí me sobrevino de inmediato mi pesadilla. Para la hora del desayuno, Michelle ya estaba despierta y había preparado la mesa para Val y para mí, pero no comí ni un solo bocado. Val se comió los *corn-flakes* sobre las piernas de Michelle. Se le había quedado la leche en la barbilla y se acurrucaba en su madre como un gatito. Había puesto los pies descalzos sobre la mesa. Michelle le pellizcaba el dedo gordo y, con una afable sonrisa, se ofreció a dejarme en la escuela, que quedaba de camino a la de Val. En el radio del coche, un alegre locutor pronosticaba un estupendo día. Chubascos y aguanieve habría correspondido más a mi talante; al menos se habrían adecuado al frío en los pies que me vino de golpe. Me preguntaba como ayer todavía pude haber estado tan confiada. Pero ahora estaba aquí, y la fría presión sobre las sienes, cuando me sumergí en el agua y el mundo desapareció sobre mí durante un par de segundos, me hizo bien.

Habría preferido no reaparecer más, pero el cuerpo se las arregló para devolverme a la superficie.

El luminoso día se ocultaba todavía tras un vaporoso telón, pero para nadar no estorbaba. El agua fría me dejó experimentar que yo existía, y casi escuché como me susurraba: *en casa, en casa, en casa, aquí conmigo estás en casa...*

La voz de la profesora Stratton me espantó. Nos gritó las órdenes para los ejercicios de calentamiento con palabras escuetas: dos rondas de natación de pecho, luego de espalda, luego delfín, luego crol. Eran procedimientos que dominaba y que mi cuerpo había almacenado admirablemente.

Tras nosotros fueron entrando los siguientes turnos. Mis compañeras estaban muy en forma y se mostraban increíblemente ambiciosas: cada una habría batido por millas a mis ex compañeras del equipo de Alemania. Todo aquí ocurría en competencia, lo cual era perfecto para mí.

Mientras la antes intacta agua se arremolinaba en torno a mí en una masa bullente, yo luchaba contra mis pensamientos. Con cada movimiento los apartaba de mí. Como si fueran algas de la superficie del agua que, con viscosos y untuosos brazos, se asieran de mí y pretendieran envolverme, jalarme, apartarme, tomar aire, exhalarlo, jalarme, apartarme.

Ahora nadaba para incorporar un pedazo de la antigua Rebecca; quería regresar a mi antiguo yo, a cualquier precio y con todas mis fuerzas.

Y luchaba por no pensar en Lucian.

Mientras, habíamos sido agrupados en nuevas unidades: cada grupo se concentraba en una disciplina. Yo quedé en el crol. Éramos seis, y nos entrenamos en natación rápida, empezando con crol de cincuenta metros, luego cien y después ciento cincuenta. Yo iba mejorando, ganaba terreno, me abría paso por el agua con los brazos extendidos, y en el último tramo llegué a la meta en segundo lugar. Cuando me alcé en el borde de la piscina con lo que me restaba de fuerza, estaba tan agotada que me sentía bien.

Al irme a duchar con mis compañeras, traté de prepararme internamente para las siguientes clases.

—¿De dónde eres? —me preguntó una chica con largo cabello pelirrojo que, para mi desconcierto, se presentó como «Suse, pero mis amigos me llaman Suzy»; también quiso saber si era de la costa este.

Sopesé brevemente si debía mentirle, pero después le dije a media voz que era de Alemania. De cualquier forma acabaría descubriéndolo.

—¡Ah, caray! ¿De Alemania? —de rostro bonito y pequeño tenía se grácil cuerpo cubierto de pecas por todas partes—. ¿Y qué te trajo a Los Ángeles?

—Mi padre vive aquí —le contesté, concisa.

—¿Es estadounidense?

Asentí, me restregué con el pañuelo seco que olía a perfume de Michelle y me dirigí a mi Locker. Seguida de cerca por Suzy, quien parecía contemplarme como su fuente personal de emotividad. Las demás compañeras quedaban en segundo plano, pero claramente me daba cuenta de que me había convertido en el centro de la atención.

Me puse la camiseta y me metí en los *jeans* a puro tirón con las piernas aún húmedas. Había llevado la ropa menos llamativa para pasar desapercibida lo más posible.

—Mi papá es irlandés —comentó Suzy, quien llevaba *jeans* y camiseta como yo, solo que la suya era más angosta y quedaba tensa por los grandes pechos, donde llevaba el nombre del equipo de la escuela, y prosiguió—; pero creció aquí. Nosotros nunca hemos estado en Irlanda. Y a ti, ¿te gustan Los Ángeles?

—Sí —tratando de enfatizar esa palabra. Y con mordacidad añadí—: Me encanta.

—Dime algo en alemán. —Suzy inclinó la cabeza y me miró con curiosidad, tal como si fuera una rockola en la que hubiera introducido una moneda y oprimido un botón al azar.

—*Ich hasse meine Mutter* —dije.

Suzy dijo con una risita:

—Suenan divertido. ¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir *Mutta*<sup>[75]</sup>?

Un sonoro timbrazo me ahorró la respuesta.

—Ahora tengo cerámica —dijo Suzy—. ¿Y tú?

—También.

En ese momento lamenté no haberme decidido por el curso de diseño. Quizás pudiera cambiar, pero de todos modos cualquier otra chica me haría las mismas preguntas.

—¡Súper! Ven. Yo te muestro dónde queda. ¿Qué música te gusta? ¿Qué escuchan en Alemania? ¿Sabes cantar? Quiero decir algo en alemán; ¿me cantas algo?

Dio unas palmaditas como una niña chiquita y rio, esperando. Podría haber simpatizado con ella; podría haberla tomado del brazo; podría haber ido con ella a cerámica y luego al almuerzo; le podría haber preguntado si me presentaría a sus amigos o si me invitaría a alguna fiesta; podría haber cantado *Gekommen Um Zu Bleiben*, de *Wir Sind Helden*; o *Die Lösung*, de Annett Louisan, y haberle contado de mi amiga íntima Suse; podría haberle dicho que me llevaría bien con ella. Podría. Sí. Aquí. Estuviera. Libremente. Pero me había metido en la escuela para librarme del gran averno que era la cárcel lujosa de Pacific Palisades. Por tanto, no estaba dispuesta a contenerme y actuar como si fuera una nueva colegiala de Alemania en el primer día de escuela en un país extranjero. Así que respondí a Suzy que no sabía cantar y que luego traería mi iPod con lo que recibí un convencido, «¡Fantástico!» y,

tomándome del brazo, me escoltó por el patio a unos numerosos edificios. Las siguientes clases fueron el infierno. En la cerámica teníamos que dejar correr la fantasía, lo que naturalmente no hice, sino que pasé el tiempo encorajinada un florero de lo más realista y súper aburrido. Suzy no paraba de hablarme y de hacerme preguntas, que le contestaba, pero sin importarme nada. Me había puesto en «automático» y estaba centrada en el barro que tenía entre los dedos. En la clase de matemáticas, que fue también en otra aula, pusieron un examen que, para mi frustración, acabé en treinta minutos antes que concluyera la clase.

‡ ‡ ‡

Luego en el horario llegó historia americana, a la que Suzy, muy a pesar suyo, no asistió porque tenía una entrevista con el presidente del alumnado; con todo, me mostró donde se encontraba el aula, que de nuevo se hallaba en otro sitio del predio, como a cinco minutos antes que concluyera la clase.

El profesor, un individuo flaco de cabello desordenado, fue ignorado persistentemente por los alumnos. Me coloqué en la última fila, junto a un tipo con peinado punk, quien en este día, por primera vez, me soltó cierta risita. En una camiseta sin mangas se leía la recomendación de *No se te ocurra hablarme*. El tema de la clase fue la guerra de Independencia de Estados Unidos y, mientras mis compañeros cayeron en una especie de coma, traté con todas mis fuerzas en concentrarme en la vocecita de pío de mi maestro, quien captó eufóricamente mi interés.

En el recreo de mediodía, Suzy me atrapó de nuevo y me llevó con ella para presentarme a sus amigas. Granizaron preguntas:

—¡Di algo en alemán!

—¿Por qué viniste?

—¿Te gusta Los Ángeles?

—¿Cuáles son tus bandas favoritas?

—¿En Alemania se puede beber alcohol a los dieciséis años? —¿Fumas?

—¿Tienen clubes? ¿Discos?

—¿Tienes un amigo?

—¿Traerás mañana fotos de Alemania?

No, pensé, porque mañana ya no regresaré. ¡Fin del camino! Tomaré la última clase y, entonces, ¡adiós, Pali High!

La última clase fue inglés. Tuvo lugar en un salón con buena iluminación y cuidado, con paredes recién pintadas y cuya brillante mesa de madera parecía acabada de comprar.

Suzy me llevó consigo a un lugar junto a la ventana, charló del concierto de Mando-Diao que tendría lugar la siguiente semana en el Hollywood Bowl y de la

posibilidad de conseguir una entrada para mí, cuando desde la cátedra se escuchó un suave carraspeo y luego un cuchicheo de gente fastidiada. A continuación, silencio absoluto en la sala. Era como si alguien, con el control remoto, hubiera bajado el volumen de un aparato de música. Suzy calló en medio de la frase y miró, como todos, al lugar del maestro, al que también yo dirigí la mirada. Me quedé sin aliento.

—¿Qué es esto? —masculló Suzy, irritada—. ¿Quién es este?

Esa pregunta podría haberla respondido yo si hubiera tenido la capacidad de hablar.

El hombretón de traje gris de lino que ahora colocaba una taza de vaporoso té sobre la mesa era Morton Tyger.





**M**i maestro de inglés en Hamburgo estaba frente a la clase como un zorro en un gallinero que gustoso se relamiera en los últimos segundos antes de su gran acometida. Que Tyger se dio cuenta de mi cara de *shock* no lo dudé ni un segundo, pero mis condiscípulos no parece que lo notaran. De la generalizada irritación deduje que ellos lo habían esperado tan poco como yo.

Como hipnotizada, seguí la mirada de Tyger, quien se paseaba de un rostro a otro hasta que la dejó colgando en la última hilera. Yo estaba sentada con la espalda a la ventana, y vi que tenía en la mira a mi compañero que había sido vecina de asiento en la clase de historia y que llevaba aquella camiseta impresa. Tyger arqueó la ceja izquierda y sus labios formaron una diminuta sonrisa.

—¡Qué interesante recomendación! —comentó sobre lo escrito en la playera del joven—. *No se te ocurra hablarme.* Voy a cumplirte con gusto ese deseo, Pero ¿puedo en cambio conversar contigo?, ¿comunicarte algo?, ¿informarte?, ¿susurrarte algo?, ¿o GRITARTE?

Esta última palabra salió disparada como un tiro por toda el aula. El punk se sobrecogió como si Tyger lo hubiera golpeado con un objeto pesado, pero este ya tenía en los labios su sonrisa cortés de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó suavemente.

—Aaah... —el punk pareció como lo que más hubiera querido era desaparecer debajo de la mesa—... soy Randy.

—¿Ah, sí? —la sonrisa de Tyger se volvió radiante, y al momento siguiente comprendí por qué.

—Esto da pie para tocar mi tema preferido —dijo embelesado—. La sutil diferencia entre el inglés americano y el británico. En la tierra de ustedes «Randy» es un nombre de persona muy difundido. Si en Inglaterra alguien se presenta diciendo:

«Hola, soy Randy», está diciendo nada menos que: «Hola, soy lascivo».

Tyger esperó hasta que la risa perpleja de los alumnos se hubiera calmado, y entonces le hizo una seña con la cabeza al punk y susurró:

—Hola, soy Morton Tyger, su nuevo profesor de inglés en este semestre. Y te comunico, Randy, que la decisión de si en el futuro puedo dirigirte la palabra o no dependerá de tu atención a mis lecciones. ¿Me he expresado lo bastante claro?

El punk asintió. Un mudo asombro había petrificado la clase.

Tyger me ignoró todo el tiempo, o mejor dicho, actuó como si yo fuera, como todos los demás, una adolescente norteamericana entre tantas, a la que veía por primera vez. Y cuál era su actitud frente a los adolescentes *norteamericanos* me lo había dejado claro, inequívocamente, en Alemania.

La razón de que hubiera venido a caer en América y más exactamente en Los Ángeles y más precisamente aún en la Pacific Palisades High School y, todavía más justamente, en mi clase se la guardó, de todas formas, para sí. Por mi parte, no estaba en condiciones de preguntarle al respecto.

Tyger sorbió de su taza de té, se puso tras la mesa y solicitó a una muchacha de la tercera hilera que afablemente le dijera qué tema habían venido tratando. La chica estaba tan nerviosa que saltó de la silla. Quizá tenía miedo que le preguntara cómo se llamaba, pero no lo hizo. Revolvió su taza, y luego sus resplandecientes ojos azules la miraron de hito en hito.

—Re... —tartamudeó la chica—... vemos re... rece... recesiones —lanzó un suspiro de alivio y se dejó caer de nuevo en su lugar.

—¡Sumamente interesante! —en el rostro de Tyger apareció de nuevo esa expresión de embeleso—. Cuénteme más al respecto... señorita... ¿cómo te llamas?

Tyger ladeó la cabeza y Suzy se dispuso a lanzar un desanimado resoplido que quedó ahogado en cuanto la mirada de Tyger apuntó hacia ella. Luego se dirigió de nuevo a la muchacha de la cola de caballo, que estaba a punto de saltar.

—Angie —masculló.

—Angie —sonrió satisfecho Tyger—, ¿no es dulce? Ahora bien, Angie, soy todo oídos. ¿Qué saben sobre crisis económicas?

—Yo... nosotros... quiero decir... nosotros. —Angie calló.

Un joven flaco, que estaba sentado a mi izquierda, con valor pidió permiso para hablar.

—Angie se equivocó. No quiso decir recesiones, sino recensiones. Sí, estamos haciendo recensiones.

—¡Re-cen-sio-nes! —Tyger inclinó la cabeza hacia delante, como si hubiera escuchado mal. Luego, se reclinó en la silla y cruzó los brazos—. Esto, naturalmente, le da un sentido por completo nuevo —dijo—. Entonces dime, junto con tu nombre, qué saben de recensiones. ¿Qué es una recensión exactamente?

Tenaz, el joven delgado se quedó mirando a los ojos de Tyger.

—Me llamo James, y por recensión... —el muchacho abrió su cuaderno y leyó—: *... se entiende el juicio de una obra artística que ofrece un llamado crítico. Cuando se trata de libros, a esos especialistas se les denomina críticos literarios. Estos aquilatan el valor de una obra escrita y explican por qué es buena o mala. Una recensión favorable puede hacer que el precio o el renombre de una obra suba, mientras que una recensión negativa puede perjudicar y hasta arruinar un libro. Por eso, a una recensión negativa se la denomina también «crítica acerba».*

—¡Amén! —los ojos azules de Tyger echaban chispas.

El hábil enjuto había dado en el clavo sin siquiera percatarse. Por primera vez, Tyger se dirigió hacia mí. Su sonrisa adoptó rasgos de crueldad.

—Señorita Wolff —dijo—. Como ha llegado a mis oídos, eres nueva en esta escuela. ¿Tienes acaso experiencia en este tema o, por casualidad has leído alguna vez la recensión, o acaso la crítica acerba de un crítico literario?

No supe qué estaba ocurriendo dentro de mí. No tuve que esforzarme. Las palabras salieron por sí solas.

—Por casualidad, sí —le contesté—. En la clase de mi antiguo profesor de inglés se nombró precisamente a un crítico literario. Su nombre era William Alec Reed. Era llamado el hombre de pluma mortífera porque sus recensiones eran declaradamente agudas. Leí una de ellas, y me enteré de que un escritor al que Reed atacaba se quitó la vida.

Traté de apagar los murmullos de mis compañeros y resistí la mirada de Tyger.

—Algunas personas —proseguí—, culpan a ese crítico literario del suicidio. En lo personal, creo que eso es ir demasiado lejos. Desde luego que las críticas acerbas pueden acarrear que el futuro de un escritor quede truncado, pero cuando alguien decide darse muerte, él solo es responsable en última instancia.

El ojo de Tyger comenzó a parpadear, mientras mis compañeros no cesaban de observarme. ¿Notarían que había aquí un duelo oculto, o adivinaron que ese antiguo profesor mío era justamente Morton Tyger que, como uno de esos diablos con un resorte o muelle salen disparados de una caja, había aparecido en mi nueva escuela en Estados Unidos?

Me daba igual, y Tyger procuró que no hubiera claridad en este punto.

—Mis más sinceras gracias por la filosófica explicación en materia de suicidios —contestó, escueto—. Pero, siguiendo —apartó la vista de mí y se dirigió a toda la clase—, ¿sabe un crítico literario, por principio de cuentas, si una obra de arte es buena o mala?

Suzy pidió permiso para hablar.

—Lo sabe porque ha estudiado literatura —expresó—. Tiene experiencia. Es... como se dice, objetivo.

La ceja de Tyger se levantó de la frente casi hasta arriba, casi totalmente.

—Objetivo. Más o menos... —de nuevo sorbió el té y, al dejar la taza, su mirada me tocó como la punta de una daga.

—Ahora, bien, vamos a elaborar más este argumento. Supongamos que en esta aula... —Tyger hizo un amplio movimiento de brazos—... hay treinta y cinco críticos literarios. Personas profesionales que han estudiado, experimentadas y objetivas.

La mirada de Tyger apuntó de nuevo hacia mí.

—Ahora les leeré un fragmento de la novela inconclusa de un escritor —continuó—. Su nombre es Ambrose Lovell, y su obra lleva por título *El último visitante*.

Tyger tomó un fajo de papeles de su portafolios de piel.

—Sobre su contenido no anticiparé mucho —aclaró—. Solo les leeré un par de líneas y deberán juzgar. De este modo, se familiarizarán con una de las cualidades más importantes de todo crítico literario. Esos profesionales objetivos consideran, en la mayoría de los casos, que no es necesario leer toda la obra de un autor. Un pequeño mariposeo les basta para juzgar el todo. Así que escuchen simplemente, y luego... —de nuevo la mirada de Tyger me rozó—, hagan las veces de Dios. El juicio de ustedes decidirá sobre el ensalzamiento o hundimiento del escritor. ¿Entendieron?

Un inseguro murmullo se extendió por el aula.

—Este tipo tiene algo de estrafalario —susurró Suzy, y se agazapó ante la mirada de Tyger.

Este sacó del bolsillo del chaleco su reloj de oro. Lo abrió. Su ojo izquierdo parpadeaba. Luego revolvió una pila de papeles, carraspeó y comenzó a leer:

*El telón bajó silencioso y, durante un momento, la fastuosa sala del teatro cayó en un profundo silencio, enseguida estalló un aplauso atronador e inacabable. El telón se levantó de nuevo y los actores hicieron reverencia en el escenario.*

*Alan estaba sentado junto a Emma en el palco de honor. Las perlas de su vestido resplandecían a la luz de las arañas de luz, y sus ojos se iluminaron cuando ella volteó la cabeza hacia Alan: «Tus palabras —le susurró al oído — ahora toman vida».*

*Alan tomó la mano de Emma. La rodeó delicadamente y, mientras la sala explotaba de nuevo en una estruendosa ovación, Alan percibió en el interior de su pecho una tierna y al mismo tiempo firme atracción. Sintió como si dedos invisibles le hubieran arrancado un pelito de los entresijos de su corazón. Alan se estremeció y Emma lo miró desasosegada: «¿No te sientes bien?».*

*Alan respondió a su mirada con una sonrisa. No atribuyó ninguna*

*importancia al incidente, e hizo lo que todo ser humano normal haría si le ocurriera algo que su inteligencia no lograra entender, pero que al mismo tiempo fuese comprendido en toda su magnitud por otra parte más oscura de su conciencia. Reprimió su peculiar sensación y, en vez de cualquier otra cosa, apretó la mano de Emma todavía más y dirigió la mirada de nuevo al escenario, donde acababa de haber sido estrenada una obra suya. Sí, sus palabras habían cobrado vida, y Emma estaba a su lado. Ninguna otra cosa en el mundo contaba.*

En el momento en que Tyger dejaba el manuscrito sonó el timbre de la escuela. Nadie se movió. Los demás quizá lo atribuirían a la autoridad que este hombre irradiaba, pero yo tenía otro motivo: había sido herida.

—Bien —añadió Tyger alegremente—. Parece que tendremos que suspender esta tarea. Propongo que la hagan en sus casas. A quien este breve fragmento le baste para expresar un juicio objetivo de esta obra, no tendrá que esforzarse. Para el resto, —Tyger levantó de la mesa un cúmulo completo de papeles—, he copiado la obra inconclusa de Ambrose Lovell. Así pues, les deseo, damas y caballeros, una excelente tarde.

Tyger golpeó sobre la mesa con los nudillos, se inclinó ligeramente y se fue hacia la puerta.

Solo entonces desperté de mi aturdimiento. Me levanté con tanta vehemencia de mi silla que esta cayó al suelo, y me fui corriendo hacia Tyger, pero cuando llegué al corredor había desaparecido. Y por más que lo busqué por toda la escuela, fue como si la tierra se lo hubiera tragado.



Desde el jardín llegó a mi cuarto la risa de Val. Al llegar a casa de la escuela, en la tarde, se había puesto a pintar sentada en la mesa del comedor junto con Faye, quien me miró con la frente arrugada, me hizo preguntas, por lo que le quedé bastante agradecida. Por el contrario, Val, quien llevaba un enorme sombrero con plumas y un camión rojo que le llegaba hasta los pies descalzos, corrió hacia mí y me arrastró hasta la mesa, pero me zafé de ella y desaparecí en mi cuarto. Encontré un recado de mi padre avisando que regresaría al atardecer.

Cerré la ventana y la voz de Val enmudeció. Una bandada de pájaros levantaba el vuelo desde alguna parte hacia el cielo, estructurando formaciones como si fuera una coreografía estudiada: primero una V y luego una línea. En fila, se seguían unos a los otros hasta desvanecerse en el horizonte. Me senté a la mesa y me quedé mirando un fajo de papeles que tenía ante mí: la novela a medio concluir de Ambrose Lovell. Su protagonista era el escritor de cuarenta y siete años, Alan, y la primera frase rezaba:

*La habitación donde Alan contó su última historia tenía cortinas de color marrón.*

Tras una escueta y casi objetiva descripción del pobre estudio, Lovell pasaba la noche en el teatro donde se estrenaba la pieza teatral de Alan y donde el escritor había experimentado la fina ruptura en lo íntimo de su pecho. Poco después apareció en su vida un extraño por el que Alan sintió una rara atracción. Ese hombre carecía de recuerdos de su pasado y tampoco tenía líneas en las manos, pero sí sueños, los cuales siempre versaban sobre situaciones dramáticas. Soñaba que el editor de Alan se alejaba de él luego de que su obra había recibido críticas acerbadas durante años.

Soñaba que Alan se encontraba arrodillado frente a una cama en la que yacía un joven moribundo. Soñaba que Alan tenía en brazos a una mujer que sangraba. Soñaba que Alan se ahorcaba en su estudio porque no quería seguir viviendo.

Y todo lo que el extraño soñaba se convertía en realidad.

Las obras teatrales de Alan ya no se escenificaron. El hijo de Alan murió a consecuencia de una neumonía, y su hermana Emma, bailarina, fue arrollada por un automóvil. Se desangró en los brazos de Alan, y apenas un año después, el escritor se quitó la vida.

Repasé las hojas y de nuevo me dediqué a leer frases sueltas y algunos fragmentos. Tuve la sensación de que las palabras me saltaban como si tuviera vida.

*—Usted debe tener un nombre, señor —dijo Alan—. Todo el mundo se llama de alguna manera.*

*—Por lo visto yo no soy como todo el mundo —contestó el extraño, y contempló sus manos de delgados dedos—. No sé mi nombre, ni sé mi edad, ni mi lugar de nacimiento.*

*Su rostro parecía fatigado y, de repente, Alan se sintió abatido por una tristeza que no conseguía explicarse. Era como el eco del extraño que le tocaba en lo hondo de su ser.*

*—Las palabras son mi profesión —dijo Alan y su voz sonó firme—. Le voy a obsequiar un nombre...*

*Por mi alma, no las vi venir...*

*Las palabras del conductor resonaron en la noche, al tiempo que él se alejaba con pasos rápidos para pedir auxilio. Alan estaba sentado en la acera. Sin decir palabra, tenía a Emma en sus brazos. La sangre manaba de sus sienes y caía sobre el oscuro pavimento. Era de rojo carmín como las cortinas de aquella iluminada noche de estreno en el teatro. Allá a lo lejos rugía un trueno, y Alan supo que ahora iba a suceder lo que el extraño había soñado. Acomodó la cabeza de Emma en su regazo. Los brillantes ojos de ella lo miraban, pero Alan permaneció mudo. Él, que nunca se había sentido confundido por palabras, no tenía ninguna para ella.*

*Emma le sonrió.*

*—No te angusties —dijo con suavidad—. Ya no estoy sola.*

*Con estas palabras, cerró los ojos. Su pálido rostro, siempre tan bello, resplandecía a la luz de la luna. La lluvia caía sin ruido y ahora solo se escuchaba el tictac del reloj de Alan. Latía como un pequeño corazón vivo en el bolsillo junto a la solapa. Alan pensó en el día en que lo había encontrado: su muerte, su último visitante, y en ese momento tomó conciencia de que este era el principio del fin.*

La última línea del manuscrito inconcluso ya la conocía. Me la había citado Sebastian en su reseña sobre Lovell. Me había dicho que no quedaba ningún rastro de duda acerca de que la novela contenía rasgos autobiográficos.

*Cuando Alan tomó la decisión se colmó de profunda confianza. Tenía que existir un lugar donde el hombre quedara liberado de todo cuando le carcomía el alma, y era momento de buscar ese lugar.*

Escuché el eco del gritito «iiiiii, ¡qué asco!» de Sheila cuando Sebastian contaba cómo la mujer de Lovell se desangraba en los brazos del escritor, y vi a Tyger sentado en el pupitre de Sebastian, golpeando el canto de la mesa con la mano plana.

Sentía los dedos entumidos, y al mirarlos noté que de la punta de mis dedos había desaparecido la sangre por completo. Se veían céreos de tan blancos. Esto me ocurría usualmente en el invierno, cuando hacía muchísimo frío; a este fenómeno lo llamaban «dedos cadavéricos». Reflexioné sobre si debería llamar a Sebastian, pero no me dieron ganas, sino que opté por llamar a Suse, mas nadie descolgó. Volví a la mesa y hojeé el manuscrito, pero las líneas desaparecieron de mis ojos. Una vez más, me levanté para marcar el número de Suse. Dejé que sonara unas veinte veces, pero tampoco respondió nadie. Entretanto, mis dedos parecieron morir, ya ni siquiera los sentía; me metí en el baño y dejé que los recorriera agua muy caliente, los froté unos contra otros, pero la vida no quería regresar a ellos.

Volví al escritorio y otra vez hojeé el manuscrito, pero ahora noté que las dos últimas páginas se habían pegado, y las separé.

En la última página encontré una semblanza de Lovell. Debajo había una imagen fotocopiada, pero el rostro en ella sobresalía con claridad. Tenía ojos despiertos, de aspecto adusto y frente alta, sobre la que caían oscuros mechones. Bajo la foto se leía en letras cursivas: *Ambrose Lovell, nacido el 3 de marzo de 1881 en Suffolk; fallecido el 17 de octubre de 1928 en Londres.*

Dejé caer la hoja. Conocía ese rostro y supe de inmediato dónde lo había visto: en el viejo grabado al aguafuerte que había observado en el jardín de la casa de mi padre, y que hacía dos días había tenido en la mano, poco antes de que llegara Faye.

No necesité más que segundos para estar en el jardín. Había dos hombres llenando la piscina y escuché el chorro de las mangueras. Ambos me saludaron afablemente. Sin tomarlos en cuenta, los pasé, camino de la casa y el jardín. El grabado todavía estaba en su lugar.

Yo tenía razón. El hombre de cabello oscuro y cara adusta, que entrelazaba sus pequeños dedos con los de la bella mujer, era Ambrose Lovell. Mi mirada voló de él a la mujer y de la mujer al hombre rubio que tenía del lado derecho, mi bisabuelo.

Con pánico y sin escoger, comencé a abrir las gavetas del escritorio de mi padre,



una tras otra. Quería información. Tenía que saber qué diablos significaba todo aquello. Mi cerebro comenzó a desvariar, sentía que todo era un conjuro, en el que participaba mi padre; él o Michelle o Janne lo habían tramado todo. Alguien quería acabar conmigo; alguien quería que yo perdiera los estribos. Por mi cabeza se dispararon los pensamientos más descabellados, mientras mis manos revolvían las gavetas, cada vez con mayor desbarajuste. Saltaron papeles con cuentas, lápices, sacapuntas, clips, postales, tarjetas, fotos.

Tiré al suelo la foto con la cara de Janne, la pisoteé; saque otra gaveta y luego otra, hasta que un grito furioso me detuvo. Michelle estaba en la puerta.

—¿Te has vuelto loca?! ¿Qué diantres te está ocurriendo?! ¿Qué haces aquí?!

Me quedé mirándola y luego contemplé el caos que había armado. Aquí concluyó mi propósito de encargarme de mi vida. Michelle se me aproximó, me tomó por la muñeca y me sacó del escritorio de mi padre.

—¡Fuera! —me encaró. Su voz era gélida.

Le enseñé los dientes.

—¡No! —le grité en plena cara—. ¡Me quedaré aquí todo el tiempo que quiera! ¡Y más vale que no te importe una mierda lo que yo haga en el cuarto de mi madre! ¿Entendido? ¡Porque es mi padre! En todo caso le tiene que importar a él, no a ti. ¡No a ti!

Michelle se quedó totalmente paralizada. Lo sentí en la mano con la que me tenía tomada la muñeca.

Pensé que si ahora despegaba sus dedos, se romperían.

—¿Qué es lo que está pasando?

Ahora mi padre estaba en la puerta con Val en los brazos, quien, fascinada, contemplaba el desorden que había en el suelo. Michelle corrió hacia ella y la quitó de los brazos de mi padre.

—¿Quiero saber quién es este? —dije a mi padre, y le presenté el grabado—. ¿Quién es este hombre de cabello oscuro? ¿Qué sabes de él?

Mi padre observó la imagen y luego me miró. Estaba totalmente desconcertado.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Por qué te interesa este viejo grabado?

—Porque yo, maldita sea, quiero saber qué está pasando aquí —grité—. Quiero...

—¡Se acabó! —Michelle se había puesto entre los dos—. ¡Esto se está pasando del a raya, Alec! No quiero bramidos en esta casa. ¡Quiero que... —Michelle me señalaba como si yo fuera una epidemia o una maldición—, esto acabe de una vez! ¿Por qué nosotros? ¿Por qué nos tenemos que ocupar nosotros de esto? ¿Qué nos importa? Dímelo. Dime por qué su maldita madre.

Ya no siguió, porque ahora la que había comenzado a gritar era Val, tan alto y con un timbre tan elevado que pensé que los vidrios de las ventanas iban a saltar en miles de pedazos.

Michelle presionó la cabeza de Val contra su pecho y le habló suavemente para tranquilizarla. Se dirigió a Val como si fuera un bebé.

—Está bien, pequeñita. Lo siento tanto. Todo va a estar bien. Tu mamá está contigo. Vamos afuera. Vamos a ver cómo van los hombres de la piscina. ¿Quieres que nos bañemos?

Ya estaba en la puerta. Allí se giró una vez más hacia mí.

—Piensa en lo que te dije en el coche —siseó entre dientes—. Te lo dije en serio.

Mi padre cerró la puerta. Se me acercó con los brazos abiertos.

—Lobita, ¿qué es lo que te está pasando? Tú...

—¡Rebecca! ¡Me llamo Rebecca! —bufé—. ¡Y quiero saber quién es ese hombre que está con tu abuelo!

Mi padre se encogió de hombros. Su desconocimiento parecía auténtico; parecía no entender qué me estaba ocurriendo.

—No lo sé —dijo, desconcertado—. Encontré el grabado luego de que tú me mandaste ese *mail* sobre el testamento de mi abuelo. Se me cayó y por eso lo recogí. No conozco a ese hombre. Lo único que sé es que la mujer que aparece en la foto fue la prometida de tu bisabuelo. Su nombre es un tabú en nuestra familia. Parece que en ese entonces se armó un escándalo tremendo. Hasta donde sé, era bailarí y casi deja a tu bisabuelo vestido y alborotado. Por...

Mi padre contempló el aguafuerte. De pronto, arrugó la frente. Ahora parecía que las circunstancias se aclaraban en su mente:

—... Creo que por culpa de él.

Empecé a pensar en la biografía de mi bisabuelo. Había conocido a una joven inglesa que lo dejó por otro la noche anterior de la boda.

*Por primera vez experimenté lo que es desear morir de amor.*

—¿Y qué más? —le pregunté a mi padre—. ¿No sabes más?

Mi padre meneó la cabeza.

—Yo era demasiado pequeño —dijo—. Lo poco que te he contado es todo lo que sé. Pero ¿por qué te interesa esto? ¿Por qué precisamente ahora sales con esto?

Me mordí los labios. Antes por poco exploto con Tyger por la absurda creencia de que mi padre o Janne tenían que ver con la repentina aparición de mi profesor de inglés.

Pero aquí no había ningún conjuro, sino un callejón sin salida. La presencia de Tyger tenía que obedecer a otras circunstancias, y mi padre no podía sacarme de apuros.

—Solo quería saberlo —respondí—. Eso es todo. Miré a la puerta y luego a mi padre.

—Quisiera saber otra cosa. Michelle. ¿Por qué me odia tanto?

Mi padre dio un paso hacia mí. La boca le temblaba y luego miró las cosas de su

gaveta que yo había desparramado. Cuando descubrió la foto de Janne que yo había pisoteado intencionalmente, contuvo el aliento. La levantó y pasó la mano por la mejilla de Janne.

—Últimamente no le has hecho la vida fácil a Michelle —musitó.

—Su odio no tiene que ver con esto y eso tú lo sabes bien —le contesté a bocajarro—. Siempre ha sido así. No era mayor que Val cuando viniste a Estados Unidos con Michelle. Yo era una niña pequeña, no una psicópata de atar, como ahora. ¿Por qué, papá? ¿Es por Janne? ¿Qué culpa tengo? ¿Qué le he hecho yo a Michelle?

—Tú eres mi hija —mi padre me miró a los ojos—. Tú eres de mi carne y sangre. Yo no había contado con esto. Me le quedé mirando.

—¡Eso no es motivo! Ustedes tienen a Val. Ella es... —repetí la expresión anticuada de mi padre—... ella es de la carne y sangre de ustedes.

Mi padre meneó la cabeza.

—No es así —dijo—. Michelle no puede tener hijos. A Val la adoptamos.

Dejó la foto de Janne sobre su escritorio. Se dio media vuelta y salió de la casa del jardín.

Val alborotaba en la piscina. Llevaba flotadores en los brazos y había dejado toda mojada a Michelle, quien, sentada en el borde de la piscina, bamboleaba las piernas dentro del agua. En cuanto Val me vio, me llamó con ambos brazos.

—¡Métete al agua! —gritó—. ¡Métete al agua!

Negué fuertemente con la cabeza. Mi padre había desaparecido en la casa y yo no podía permanecer aquí un segundo más. Era demasiado para mí. Delante de la puerta de entrada, apoyada en el Bentley, estaba Faye. Se fue a la puerta del copiloto y la abrió.

—Súbete —dijo—, y dile a tu padre que vas a salir a dar una vuelta conmigo.

De nuevo meneé la cabeza, pero Faye me puso en la mano el celular.

—Si sigues comportándote así, te van a encerrar. Mejor llámale.

Le mandé un mensaje, y de inmediato llegó la respuesta de mi padre, diciendo Ok. Cabe suponer que se sintió aliviado de que alguien se llevara a su hija perturbada mental.

Faye me llevó por ahí. Durante un rato me mantuve callada junto a ella, mientras se escuchaba la radio. El sol se había puesto. Corríamos por la costera del Pacífico, siempre junto al mar, en dirección opuesta a Venice Beach. Los montes eran más altos, el mar más revuelto, el cielo más oscuro.

Le conté a Faye de la aparición de Tyger en mi nueva escuela. Reaccionó de manera parecida a como lo había hecho ayer en la playa. Estuvo escuchando sin comentar gran cosa. Solo cuando le conté de la novela de Lovell reflejó en su rostro alguna sensación: parecía sentirse mal, herida, como si la conducta de Tyger le hubiera afectado. Por un momento me pareció que iba a detener el coche, pero

aceleró de nuevo.

—Esto roza la tortura —dijo, con la mirada fija en la carretera.

—Yo solo me pregunto por qué —murmuré—. ¿Qué quiere de mí?

Faye se volteó hacia mi lado.

—Eso lo tienes que averiguar tú —indicó—; y si no te queda claro, me llamas. A la hora que sea. ¿Me lo prometes?

Asentí y pensé que Faye era un regalo del cielo.

La lección de inglés era la cuarta clase del día, justamente antes de la hora del almuerzo. En cuanto Tyger entró en la clase, de inmediato fue directo al grano, preguntándonos con autosuficiencia cuáles habían sido nuestros juicios.

Mis dedos salieron disparados hacia lo alto.

—¿Sí? —Tyger me sonreía con sus dejas bien arqueadas—. ¿Qué dice la crítica literaria de ayer sobre esta obra artística? ¿Es buena? ¿Es mala? ¿Qué voy a escuchar?

Me levanté y fui a la mesa de Tyger. Sabía que mis compañeros estaban mirándome, pero me importaba un comino.

—En lo personal, encontré la obra artística en extremo emocionante —bisbiseé—. Me gustaría tratar el asunto con usted. Y en lo que se refiere al crítico literario...

Saqué el grabado de mi bolsa y lo puse sobre la mesa de Tyger.

—¿Podría ser que tuviera otro motivo para atacar al escritor? ¿Podría ser que William Alec Reed quisiera vengarse de algo?

Tyger no pareció sorprendido en lo mínimo. Se encogió de hombros y lució su sonrisa más irónica.

—¿Por qué no mantenemos esta conversación a solas? —preguntó—. Ven a mi oficina después de la clase. Y ahora, siéntate otra vez en tu lugar.



**L**a oficina de Tyger es un cuarto pequeño, de estilo antiguo, con librero, un sillón acolchado y un escritorio oscuro, detrás del cual se sentó mi maestro de inglés. El lugar olía a tabaco frío.

Tyger llenó una taza de té, prendió un puro y se arrellanó. Yo contuve la respiración para quitarme el hipo que me había venido cuando, entre los murmullos de mis compañeros, salí del aula siguiendo a Tyger. El hipo seguramente se debió a que, durante el resto de la clase de inglés, mi pulmón se había concentrado solo en la inhalación, mientras que la exhalación había funcionado por sí sola en pequeños y dolorosos impulsos.

Coloqué el grabado sobre la mesa.

—¿Qué hace usted aquí? —le apremié—. ¿Qué significa este manuscrito? ¿Por qué lo ha leído ante la clase? ¿Por qué precisamente este episodio? ¿Qué sabe usted...?

Necesité aire, y el hipo se soltó otra vez, de modo que apenas si logré expresar las últimas palabras.

—¿Qué sabe usted de mí?

Tyger sorbió el té y miró divertido cómo cruzaba los brazos.

—Vayamos frase por frase —dijo—. ¿Quieres saber por qué estoy aquí? Bien, digamos simplemente: tu pequeñez desempeña en esto un papel no insignificante del todo. Por lo que se refiere al manuscrito —sonrió levemente—, encontré el lugar y la ocasión apropiados. Lo que sé de ti —de nuevo sorbió el té—, lo trataremos después. Como veo, hiciste la tarea y, además, has encontrado una bonita obra de arte.

Tyger giró la imagen de manera que yo la veía cabeza abajo.

—¿Por qué tienes esto?

Reprimí un nuevo hipo y señalé al hombre rubio del grabado.

—Usted sabe quién es —le contesté—. Usted conoce la historia que se desenvolvió entre los dos hombres.

—Oh, sí —respondió—. La conozco. El rubio es William y el de cabello oscuro se llama Ambrose. Ambos podrían haber sido buenos amigos; de hecho, lo fueron al principio. A Ambrose le encantaba escribir buenas historias y a William le gustaba leer buenas historias.

Tyger se rascó, cavilante, el labio superior.

—Tu bisabuelo se sentía en extremo atraído por las historias de Ambrose, y participó en su fama de manera un tanto esencial, puesto que sus primeras críticas fueron auténticos himnos laudatorios con los que hizo que la obra de Ambrose fuera conocida por un vasto público, hasta que se interpuso entre ambos otro amor.

Tyger señaló a la mujer.

—Ambrose se enamoró de la prometida de William, y la prometida de William se enamoró de Ambrose. —Tyger señaló los dedos entrecruzados de ambos, diminuto detalle que yo no había notado en un principio—. Cuando se hizo este retrato el asunto aún era un secreto, pero pronto ninguno de los dos pudo callarlo. Sabían que ambos estaban hechos el uno para el otro. Hicieron lo que era lo correcto: ir con William y contarle la verdad. Emily rompió su compromiso y se casó con Ambrose.

Tyger me sonrió.

—Como dijo el poeta alemán Heine tan hermosamente: «Es una vieja historia que siempre sigue siendo nueva y, a quien le pasa, el corazón se le parte en dos».

—Entonces es cierto —dije. El hipo se me había pasado y había recobrado la voz de nuevo—. Mi bisabuelo criticó acerbamente las obras de Ambrose por pura venganza.

—Venganza... —ahora era Tyger quien inhaló fuertemente y yo pensé que esta era la primera reacción espontánea que había presenciado de él—... ¿Venganza de qué? Ambrose no se la quitó. William la había perdido mucho antes. Las personas no son propiedad de nadie. Ambrose y Emily hicieron caso a sus sentimientos. Pero lo que tu bisabuelo hizo fue un crimen. Echó por el suelo la obra de Ambrose por un solo motivo: para destruirlo. Tu bisabuelo era un embustero, un estafador y un descarado y cobarde asesino —los ojos azules de Tyger se veían fríos como cristales de hielo.

Mi corazón latía a toda velocidad.

—¿De dónde sabe usted esto? —le pregunté—. Y, sobre todo, ¿por qué lo altera a usted tan terriblemente? ¿Está emparentado con Ambrose Lovell?

Tyger soltó una voluta de humo. Su rostro no mostraba emoción alguna, pero las venillas de su frente pulsaban y palpitaban. De repente, me pareció que esa frialdad se despedazaba. Algo en él comenzó a encenderse; pero no era odio, era otra cosa que le quemaba y le carcomía y lo impulsaba a contarme la verdad contra su propia

voluntad.

—Emparentado —repitió—, no es necesariamente la expresión correcta. Podría decirse más bien que estoy ligado a Ambrose Lovell. Sí, creo que dicho así cuadra mejor. Ambrose Lovell y yo estuvimos muy vinculados.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué significa? ¿Usted fue amigo de Lovell? —pregunté, y al momento supe que eso había sido un disparate, pues no podían haber sido amigos; la edad de Tyger era difícil de estimar, y su pelo entrecano engañaba: a mitad de los cuarenta, finales de los sesenta. Podía considerar posible cualquier edad intermedia, pero Ambrose Lovell se quitó la vida en 1928, a los cuarenta y siete años, si lo recordaba bien.

—Éramos más que amigos —repuso Tyger—. Ambrose Lovell era mi hombre.

No entendí lo que quería decir. Pero entonces me topé con su mirada y vi cómo se apagaba el irónico fulgor de sus ojos. Tyger me mostró un nuevo rostro, del que se habían desvanecido la ironía, la arrogancia y la superioridad; habían desaparecido como los colores de una imagen. Su aspecto era tan pálido, vacío y hueco como la superficie de sus palmas, que ahora arrastraba lentamente hacia mí sobre la mesa. Eran manos sin líneas, manos sin huellas, manos sin una historia propia.

Eran manos como las de Lucian.

Sobre el tejado del edificio escolar volaba un helicóptero. Su poderoso y retumbante ronroneo atravesó mi cabeza, e hizo que mis pensamientos se arremolinaran en el cálido polvo sobre una calle en verano. El ronroneo se apaciguó, el polvo se posó, lenta y silenciosamente, y se fue repartiendo de nuevo; y cuando todo se calmó, encontré las palabras:

—¿Quién es usted? —bisbiseé—. ¿Qué es usted?

Con toda lentitud regresó la vida al rostro de Tyger. Sus mejillas recobraron el color, las venas de su frente volvieron a pulsar y a sus ojos regresó su frío brillo.

Retiró las manos de la mesa, prendió el puro (que también se había apagado), echó un par de bocanadas y se reclinó en el sillón.

—Hagamos un pequeño experimento —dijo.

Tomó el teléfono y marcó. Por el auricular sonó la voz de una mujer. Tyger le suplicó que viniera a su despacho. Colgó, tomó la taza de té, de nuevo se reclinó en el sillón y comenzó a revolver la cuchara en la taza.

Cuando se abrió la puerta, Tyger tenía la mirada fija. La había dirigido hacia mí, pero parecía que me atravesaba. Era la misma expresión que tenía el rostro de Lucian cuando aquella tarde llegó al bar en que yo estaba con Spatz y Janne. Era como ocurre con los niños que se tapan los ojos con las manos con la seria convicción de que desaparecen para todos los demás.

Una mujer regordeta entró:

—*Yes please?* (Sí, ¿qué desea?) —miró el sillón donde estaba sentado Tyger.

Luego arrugó la frente y me miró. Su rostro se volvió cada vez más confuso. Me observaba y yo veía que trataba de correlacionar la voz que había escuchado por teléfono conmigo, cosa que no lograba. Meneó la cabeza:

—¿Estaba aquí el señor Tyger? Me acaba de llamar.

Las palabras se me atoraron en el cuello. La secretaria lanzó una risita.

—Regreso luego —y salió del cuarto con paso vacilante.

Tyger aguardó a que cerrara la puerta.

—¿No es bonito? ¡Y tan práctico!

—¿Quién es usted? —dije, tratando de atenerme a mi pregunta. Esta vez me contestó:

—Ahora —dijo, y su sonrisa se volvió triste—, yo soy como un acompañante fracasado. Alguien que no lo ha logrado.

—¿Quién no ha logrado qué?

De repente, en la cabeza se me formó una imagen: el Tyger que en el entierro de la actriz de Hamburgo había estado bajo un árbol y había aplaudido.

—Salvar a mis hombres —completó la frase—. No he logrado salvar a mis hombres. A Ambrose Lovell se le ha adjudicado el descanso eterno y a mí, la vida eterna. Y, para responder a tu pregunta de antes, yo soy algo así como el Dorian Gray de la novela de Oscar Wilde —durante un momento regresó a señorear su sonrisa, al tiempo que añadía—:... quizá no tan bien parecido.

No lo soltaba de mis ojos:

—Cuénteme su historia —le insté, y mi voz tuvo un sonido de chirrido que no supe a qué atribuir. Me imaginé un cuchillo afilado que hubiera estado en la mano de Tyger y ahora estuviera en la mía.

—Cuénteme su historia —repetí—, de principio a fin.

La mirada de Tyger me tocó en la médula, pero no aparté la vista.

—En el principio —respondió al cabo Tyger—, nace el hombre. Pero no solo. Con todo hombre viene un segundo ser al mundo, que le acompaña. Desde el nacimiento... hasta la muerte.

Tyger lanzó otra voluta de humo y siguió con la mirada la silenciosa danza de la misma en el aire hasta que el humo se disolvió. Ahora quedaba en el cuarto solo el acre olor.

—¿Se refiere usted a algo así como... un ángel?

La pregunta había llegado a mi boca, pero la sentí como si no la hubiera planteado yo.

Tyger torció el rostro, como si le hubiera ofendido.

—Por desgracia, tengo que decepcionarte, corazoncito —insinuó—. Los seres de los que hablo no se elevan con poderosas alas en la anchura infinita. Para ser honesto, nunca aletean ni llevan blancos vestidos de ballet, ni deslumbran a los terrestres con



su resplandeciente faz. Tampoco se mueven por los lugares para, con invisibles manos, recoger a los mocosos que se caen de los árboles ni transmiten luminosos mensajes como aquellos con los que condimentan sus perspectivas diarias los chiflados del esoterismo. Si te interesa ese tipo de seres, mejor inscríbete en un seminario de angelología.

Le obsequié solamente la compensación de una diminuta pausa. Luego de nuevo arremetí:

—Ya he captado cabalmente lo que estos seres no hacen —expresé lentamente—. Ahora queda la pregunta: ¿qué hacen?

—Estamos *ahí* —repuso Tyger. Mi reacción pareció agradarle. Muy comprensiblemente cambió el pronombre personal—. Estamos cerca de la persona con la que hemos llegado a este mundo. A donde vaya, vamos nosotros. Eso es todo. Nada más. Al menos no hasta donde me acuerdo.

Tyger se sirvió otro té.

—¿Seguro no quieres uno? —me dijo en plan de tertulia—. *Earl Grey*, un auténtico clásico inglés, aunque los delicados frutos de la bergamota fueron importados de Calabria, al sur de Italia. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—En sus recuerdos —le ayudé. Tyger asintió.

—Sí, los recuerdos son una cosa muy especial para nosotros —su voz sonó todo el tiempo ligera, pero el todo cambió varias veces. Una sombra pasó como una exhalación por su lisa cara, una expresión que no iba con él. Carraspeó.

—¿Qué hace usted? —pregunté por segunda vez.

—Como te he dicho: estamos ahí —respondió, tomando de nuevo el hilo—. Acompañamos a nuestro ser humano desde el nacimiento hasta su muerte. Hasta entonces nos encargamos nosotros. Cuando llega la muerte, cambiamos los papeles, por así decir. Nosotros guiamos y nuestra persona nos acompaña.

—¿Guían hacia dónde?

Mi voz era resuelta, pero mis manos habían comenzado a temblar y el rostro de Tyger de nuevo se volvió cínico.

—Esta pregunta les ha preocupado siempre a ustedes las personas —prosiguió—, y hasta donde sé nadie ha encontrado la respuesta. ¿El gran más allá?, ¿la reencarnación?, ¿cielo e infierno? —Tyger resopló—. Todo eso son imágenes que se han hecho de este lado. Hacia dónde se encamina en realidad el viaje nadie lo sabe. Tampoco nosotros. Sabemos únicamente que nosotros nos encargamos cuando el corazón de ustedes cesa de latir. Y lo único que en ese exiguo lapso de tiempo de la agonía de nuestro ser humano no podemos hacer es... dudar; de lo contrario...

Tyger se detuvo. Se levantó del asiento, se fue a la ventana y miró al predio escolar. Su hombro ocultaba la mayor parte de la vista y yo solo podía ver un pedazo de cielo azul y una palmera cuyas hojas se mecían al viento. Se columpiaba por la

mejilla de Tyger y no cuadraban en absoluto las hojas de la palmera y la faz de Tyger.

El silencio se alargó un atosigante rato. Una parte de mí quería lanzarse fuera de lo incomprensible de todo aquello; otra, a todas vistas más fuerte, se adhería a Tyger como a un poderoso imán.

—De lo contrario *¿qué?* —le grité.

Tyger se volteó y su mirada repasó los libros del librero, luego regresó y se quedó fija en el bolsillo de su chaleco, donde se encontraba el reloj. Tiró de la cadena hasta que el artilugio aterrizó en su mano. Por primera vez, Tyger habló por su cuenta:

—Cuando Ambrose comenzó a pensar en ahorcarse en su estudio —dijo una voz que sorprendía por lo delgada—, se me despertaron dudas. Sentí angustia, angustia moral, para ser más preciso. Y esas débiles dudas despertaron otros sentimientos humanos en mí. Sentí que amaba a mi hombre, que yo había endiosado sus historias y que no podía soportar el pensamiento de que su vida iba a terminar de esa manera. Era demasiado pronto. Eso fue lo que pensé. Quería salvarlo, protegerlo. Pero un acompañante no puede nunca salvar a nadie ni protegerlo; eso solo lo puede hacer un ser humano.

Tyger se interrumpió. Volvió a poner el reloj en el bolsillo del chaleco. El silencio se volvió ensordecedor.

—¿Y entonces? —Mi voz era apenas un susurro—. ¿Qué sucedió luego? ¿Qué hizo usted?

Tyger fue al librero. Se colocó como a la distancia de un metro del mismo y habló de espaldas a mí, como si los ordenados lomos de los libros fueran sus oyentes y no yo.

—Era en el fondo una pregunta fácil —dijo quedo—, un simple pensamiento humano. ¿Qué ocurriría si...? —Tyger tomó aire; vi cómo se le ensanchaban los omóplatos—: ¿Qué ocurriría si yo me transformara en su ser humano? ¿Qué ocurriría si el tiempo regresara? ¿Si a Lovell y a mí se nos otorgara otra oportunidad? ¿Qué ocurriría entonces?

Esta vez ambos nos callamos. A mí me pareció que juntos esperábamos una respuesta imposible. Entonces Tyger se giró.

—A todos los escritores —hizo un movimiento con la mano hacia el librero—, les resultarían mucho más fáciles las historias de viajes en el tiempo. No se necesitarían ni píldoras, ni máquinas, ni caídas a la Madre Tierra desde altos tejados de edificios. Tronó los dedos, resbalando el pulgar sobre el dedo corazón, al tiempo que decía:

—Ocurrió simplemente así: el tiempo se giró y yo me convertí en ser humano —inclinó la cabeza y pareció esperar lo que sus palabras desencadenaban en mí.

«El tiempo se volteó», pensé yo. «Él se convirtió en ser humano», pensé. «El tiempo se regresó y él... Lucian... se convirtió en ser humano».

¡No! ¡Oh, no! El que Tyger me odiara y por qué me odiaba lo acababa de

comprender. Pero que ahora quisiera engañarme era pasarse de la raya. Este hombre era un perturbado mental y pretendía volverme loca. Quería embaucarme con que esa abstrusa novela a medio hacer de Ambrose Lovell correspondía a la realidad. Había llegado a ponerse de acuerdo con la secretaria en que condescendiera a su facilota jugarreta y casi había logrado que le creyera. Pero le mostraría que no iba a seguir siendo víctima de su enfermiza charla. Le miré fijo a los ojos:

—Si esto es en realidad tan... fácil como usted afirma —intervine—, ¿por qué no lo hace todo el mundo? Con todo respeto, hay casos de muerte peores, mucho peores que el de Love... que el de su hombre. ¿Qué ocurrió con Emily, que se desangró en sus brazos? ¿Qué pasó con el hijo de Lovell, que murió niño? ¿Por qué sus acompañantes no dudaron? ¿Por qué sus acompañantes no decidieron salvar a su ser humano?

Tyger sonrió compasivamente:

—Para cada pregunta hay una única respuesta. No cualquiera lo hace. Para ser más exacto: ¡no lo hace casi nadie! Ya solo por la razón de que nosotros los acompañantes no sabemos que podemos tener esos sentimientos humanos, por principio de cuentas. En la vida de Lovell hubo incontables circunstancias que pudieron despertar en mí el deseo de salvarlo de su destino. Estuve presente cuando su padre le pegó hasta hacerle perder el conocimiento; estuve presente cuando encontró a su hermano que, por miedo al padre, se tiró por la ventana; estuve presente cuando huyó de su casa y cómo hizo por sobrevivir prácticamente con nada; estuve junto a él cuando escribía y construía sus historias como si fueran casas que muchas veces se derrumbaban porque los cimientos no eran los debidos, pero que siempre volvía a levantar. Yo leí sus palabras, incluso aquellas que nadie más veía porque las desechó y las sustituyó por otras.

Tyger regresó a la mesa. Apoyó las manos en el respaldo del sillón me miró a los ojos:

—Para decirlo de una vez: compartí sus sufrimientos y sus alegrías, pero no sentía como las personas sienten; yo no pensaba como piensan los seres humanos. Jamás tuve la más ligera duda sobre mi encomienda. Yo no era ni visto ni oído por él, y así ocurrió todo el tiempo, pero cuando quiso suicidarse, sucedió: sentí como ser humano y por eso quise ser como una persona para salvarlo.

El rostro de Tyger era ahora por completo límpido:

—Yo no puedo hablar por otros acompañantes. Hablo solo de lo que me impulsó en esos segundos. Con la diferencia de que aprendí el precio que por eso se tiene que pagar.

Mi sensación de triunfo se diluyó:

—¿Qué precio? —pregunté sin énfasis alguno—. ¿Con qué tenía usted que pagar?

—Con mi recuerdo —repuso—. Cuando yo vine a mí, era yo una persona sin pasado, sin ropas, sin líneas de la mano, y sentía un dolor en el pecho que no me podía explicar. Solo remitía ese dolor cuando podía estar cerca de ese ser humano: Ambrose Lovell. Era como un enlace invisible. —Tyger frotó sus cuidados dedos unos contra otros. Noté que las lúnulas de sus uñas habían tomado un tono azulado, como de frío intenso.

«Lovell aparecía en mi vida una y otra vez —continuó—. Primero lo considerábamos una casualidad, pero en determinado momento no fue ya posible esa ilusión: donde él estaba, estaba yo; donde yo estaba, estaba él. Juntos, las cosas marchaban bien; separados, todo resultaba mal. Entre nosotros. —Tyger me miró de soslayo—, no había pasión alguna, lo cual aligeraba algo la situación; pero, por otro lado, no podíamos estar el uno sin el otro. No lográbamos entender esa atracción. Se nos aclaró solo a través del inconsciente».

Antes de que prosiguiera, supe a qué se refería. Dijo:

—Soñaba con Ambrose y se me representaban todas las situaciones posibles e imposibles, pero eran solo fragmentos, recortes, piezas de rompecabezas del pasado y del futuro. —Tyger tomó el grabado, lo revolvió en sus manos y luego lo volvió a dejar—. En una ocasión soñé la muerte de Ambrose y lo vi colgado de la barra de la cortina.

Sentí un espasmo en el pecho, mi corazón marchaba a ritmo constante y al mismo tiempo el cerebro me producía imágenes. Cada latido parecía desencadenar una nueva imagen.

*Pum* —mi pesadilla de morir—. *Pum* —Lucian bajo mi ventana—. *Pum* —Lucian en la tienda de lámparas—. *Pum* —Lucian en el bazar—. *Pum* —Lucian frente al faro en Falkensteiner Ufer—. *Pum* —Lucian en el baile de máscaras—. *Pum* —Lucian en su casa de Hamburgo—. *Pum* —su beso—. *Pum, pum, pum...*

Uní las manos y apreté los dedos entrelazados.

—A partir de ahí siguió un golpe tras otro —continuó Tyger—. El hijo de Lovell moría; poco después, su esposa. Esas escenas yo las había soñado, pero no pudimos impedir que acaecieran. Aparecían de nuevo, muchas veces con pequeñas divergencias, pero sucedían. Ambrose, quien había comenzado a beber fuerte y luchaba con los primeros pensamientos suicidas, me juró resistir hasta que averiguáramos quién era yo. Hasta ese momento, yo seguía sin saber quién era, y aún no lo sabía cuando semanas después leí en el periódico que su editor se había desentendido de él. Ambrose, en el ínterin, se había parapetado en su cuarto. Solo una vez me dejó entrar. Había bebido y apenas si estaba en sus cabales. Me llamó su Muerte, su último Visitante, pero al mismo tiempo me expresó que no me necesitaba, que se las podía arreglar perfectamente sin mí y entonces me echó con violencia de su habitación.

Tyger dejó el sillón y parecía más que viejo, como si alguien le hubiera quitado una máscara de la cara.

—Encontré ayuda —prosiguió—. Averigüé quién era y que yo era el único que podía ayudar a Lovell. Regresé a su cuarto, pero llegué demasiado tarde.

Una vez más, Tyger sacó su reloj de oro del bolsillo del chaleco. Ahora levantó la tapa y su ojo izquierdo se contrajo con vehemencia:

—El 17 de octubre de 1928, a las veintitrés cuarenta y cinco, abrí la puerta del despacho de Lovell. Llegué un minuto tarde. Estaba muerto. Su reloj se encontraba en el suelo. Se había parado.

Tyger me entregó el reloj de bolsillo. Su manecilla mayor marcaba el minuto cuarenta y cuatro de las veintitrés horas.

—Sobre su escritorio estaba la novela a medio acabar. No había llegado a un final que fuera aceptable ni para él ni para mí.

Yo estaba sentada en mi silla y no me movía. Tenía la sensación de que no me podría mover de nuevo.

Tyger cerró la tapa del reloj y se volvió a sentar en su sillón:

—Llegamos al final de esta pequeña clase privada —señaló.

Su rostro otra vez se había alisado y tenía el aspecto de siempre; las emociones habían desaparecido de su voz:

—El enlace se había roto. Yo sabía quién era y supe que había fracasado. Mi ser humano había muerto y yo vivía. Supe que a partir de entonces no me volvería más viejo y nunca moriría. Yo...

—¡Pare! —grité—. ¡Pare! ¿De dónde? ¿De dónde sabe eso?

—Primero, porque traté de matarme —contestó Tyger, seco—; segundo, hubo alguien que me lo explicó. Por suerte o desgracia, no soy el único acompañante que haya fracasado que hay sobre la tierra. Cuando un nuevo miembro pisa el club, —Tyger sonrió amargamente—, los viejos hacen todo lo posible para aliviarlo del peor dolor —hizo un movimiento con la mano, como si quisiera espantar una mosca—. Como siempre, no me concilié con mi pérdida, pero aprendí a sobrevivir con ella. Y conseguí dinero. Muchos sueños tienen también su lado positivo. La Bolsa es un estupendo invento cuando alguien posee ciertas informaciones por adelantado, ¿no es cierto? Mi firma *Eternal Funds* es muy exitosa.

Me quedé mirando fijo a Tyger, pero él apartó su mirada. ¡Era el nombre de la firma escrito en la placa del timbre en Holzdam!

—¡No! —exclamé con voz ronca.

—Pues sí. —Tyger asintió—. El altruista anfitrión de Lucian en Habsburgo fui yo.

—¿Dónde? —grité—. ¿Dónde? —bufé—. ¿Dónde está Lucian? ¿Dónde está? ¿Dónde está ahora?

Tyger me miró de hito en hito. Su rostro, toda su actitud, era de calma, pero detrás cayó algo que hasta ahora parecía que había sabido mantener. Tyger, el zorro tan dueño de sí, en unos segundos se había transformado en un perro apaleado. En sus ojos se reflejó inequívoca e indudablemente su mala conciencia. Tyger se sentía culpable:

—No sé dónde está Lucian —respondió con suavidad—. Desde tu vuelo a Los Ángeles, no le he vuelto a ver.

Con esto se levantó y fue a la puerta. Al pasar delante de mí, se detuvo. Por un diminuto instante puso la mano en mi hombro. Era un ademán de indefensión.

Me sacudí su mano. Su contacto me quemaba la piel y noté que brotaba en mí una furia demencial. Me sentía como una fiera que hubiera estado enjaulada demasiado tiempo y ahora, súbitamente, le habían abierto la portezuela de su jaula. ¿A dónde, a dónde podía yo ir ahora? ¿Qué debía hacer ahora?

—Dirígete a Faye —dijo Tyger, como si yo hubiera planteado la pregunta en voz alta—. Habla con la niñera de tu hermana.

Un momento después había desaparecido.



**M**e resultó imposible pescar a Faye siquiera un minuto. Val la tenía sitiada como un dragón joven a su princesa. Al salir de la escuela, las dos habían transformado la sala en un enorme campo de aventuras. Apenas si reconocí aquella habitación antes esterilizada: los cojines se amontonaban en tambaleantes torres, los sofás estaban cubiertos con trapos abigarrados. Ante el piano de cola *Steinway* había tenido lugar, sin duda alguna, una granizada de palomitas de maíz. El suelo estaba sembrado de pegajosas migajas que Val ya había pisado y repisado.

Faye estaba acurrucada bajo la mesa. Tenía las manos amarradas con un chal de seda que parecía bastante caro, y estaba encadenada a una de las patas de la mesa, mientras Val giraba ejecutando una danza de guerra. En la mano llevaba una olla y tamborileaba sobre ella con una espumadera. El ruido atronador retumbaba por toda la casa, mientras Val cantaba y gritaba. Faye, fingiendo angustia, revolvía las pupilas y balanceaba la cabeza. Sus largos rizos pelirrojos le caían por los hombros como un telón. También hoy llevaba su vestido de jovencita, demasiado grande, demasiado largo y, a pesar de ello, se veía de una belleza perturbadora.

—Tú eres el caballero —me gritó Val—. Ven, tú tienes que ser el caballero. Libérala, lucha conmigo. ¡Grrrr! —bufó contra mí y siguió golpeando la olla con el cucharón y, cuando quise asirla, se me escurrió de entre todos los dedos como un húmedo pez. La miré y no noté qué estaba buscando yo, pero luego todo se me aclaró:

*En el principio nace el hombre. Pero no solo. Con todo hombre vienen un segundo ser que le acompaña al mundo. Desde el nacimiento... hasta la muerte.*

Observé a Val, quien a todas las vistas poseía algo que yo había perdido. Yo estaba a la expectativa de un signo, de una prueba visible de que Tyger me había

contado la verdad. Pero solo vi sus cabellos que flotaban en el aire, su cuerpecito rebosante de vida que revoloteaba por toda la estancia.

También mi cabeza era un torbellino que no cejaba, y las preguntas acerca de Lucian batían en mi pecho al unísono con los tamborazos de Val. ¿Dónde estaba? ¿Qué le habría sucedido?

*¿Qué ocurriría si yo me transformara en su ser humano? ¿Qué ocurriría si el tiempo regresara, si a Lovell y a mí se nos otorgara otra oportunidad? ¿Qué ocurriría si...?*

—Grrrr, grrrr —Val gritaba más alto, con un timbre más agudo, cada vez más eufórica en su juego de dragones, mientras Faye, bajo la mesa, estaba por completo tranquila. Me miró y sus ojos grises no se despegaban de mí. Solo cuando Val la miraba, se ponía a balancear la cabeza, pero no parecía ya estar en el juego.

—¡Te voy a cortar la cabeza, zas, zas! ¡Te comeré, grrrr, grrrr, zas, zas!

*En una ocasión soñé su muerte y lo vi colgando de la barra de la cortina.*

¿Y si hubiera ocurrido una cosa así con Lucian? ¿Si Lucian hubiera soñado mi muerte? Quizá veía lo mismo, noche tras noche, lo mismo que a mí no me dejaba en paz: los pedazos de cerámica, la abundante sangre, me veía a mí suplicando por mi vida... ¿Había ocurrido ya esa muerte soñada? ¿Había sido nuestra muerte? ¿Lucian había querido salvarme, protegerme? ¿Se había planteado también la pregunta Qué ocurriría si...?

Por un momento traté de detener ese pensamiento, pero se me deslizó, como antes Val se había escurrido entre mis dedos.

Lucian había acudido con Janne, había hablado con ella y Janne me había exiliado hasta aquí, lejos de él. Si Tyger me dijo la verdad. ¿Por qué Lucian me había traicionado?

—¡Grrrr, grrrr... zas, zas!

—¡Para! —tomé a Val por las muñecas, tan fuerte que no pudo zafarse—. ¡Para, que me sacas de quicio!

Val levantó la mirada. Sus ojos azules mostraron decepción. Su labio inferior temblaba, apretó los labios, luego se inclinó, y con esos agudos dientes suyos me propinó un mordisco en la mano. El dolor tuvo casi algo de liberador. Las impresiones de la mordida de Val habían atravesado mi piel y en un lugar incluso sangraba.

—¡Esto es lo que te has ganado! —dijo con una fingida voz de adulta—. Por ser tan tontita. ¡Ahí lo tienes, tontita, tontita, una idiota tontita, grrrr!

—¡Dios santo! ¡Qué...!

Volteé rápido la cabeza. Michelle acababa de llegar a la sala. Su mirada se dirigió primero a mí, pero cuando vio a Faye acucillada bajo la mesa, le pareció comprender quién había armado aquel caos esta vez. Respiró fuerte y luego, con las manos en la



cintura, pregunto a Val con enojo fingido: «¿Ha tenido otra vez una batalla campal mi bandida?».

—¡No soy ninguna bandida, tontita! —gritó Val—. Grrr, soy un dragón y te comeré, grrrr.

Se lanzó contra Michelle, quien extendió los brazos riendo y la atrapó. Mientras la niña extendía sus bracitos en torno a Michelle, y esta vez suavemente, como un gatito, le mordía la nariz, Michelle volvió a reír.

—¡Eres una ardillita loca y mordelona...!

Ambas desaparecieron de mi vista, y cuando las miraba tras el velo de mis lágrimas, me pareció ver a Janne delante de mí.

—¿No vas a liberar a tu víctima? —preguntó Michelle, y señaló bajo la mesa.

Val sacudió sus rizos rubios y yo aproveché la ocasión. Me metí bajo la mesa y deshice los nudos de la mordaza de Faye.

—Tengo que hablar contigo —susurré—. ¡Sin falta!

Faye revolvió las pupilas de nuevo y me ofreció las manos atadas.

Val estaba sentada en los brazos de Michelle y observaba mi acción de salvamento desde su elevada posición.

—¡Bah! —dijo despreciativamente—. Ahora es fácil, pero conmigo no habrías podido pasar.

Desamarré el chal de seda de las manos de Faye. Val había realizado un trabajo perfecto. Las muñecas de Faye estaban tan bien atadas que sus dedos parecían haber quedado sin sangre, y en las muñecas se dibujaban marcas rojas.

—¿Cuándo —le susurré mientras retiraba la última parte del chal de sus muñecas—, cuándo puedo hablar contigo?

Faye no me contestó. Solo me miró, con los ojos bien abiertos y tristes. Luego abrió los dedos y mantuvo las manos en alto, al aire como una muestra, para Val, de que se rendía.

Val y Michelle estaban a solo un par de metros de nosotras, de manera que no podían ver lo que me decían las manos de Faye: ¡ella era una de ellos!

Aquello no fue una sorpresa para mí, sino que, por el contrario, me sentí segura y protegida por primera vez desde mi llegada a Los Ángeles.

Faye se arrastró por debajo de la mesa, levantando las manos.

—Poderosa dragona Valentina —suplicó con voz alta—, ¿me dejas al hermoso caballero Rebecco para que me lo lleve a mi castillo? ¿Me concedes este inconmensurable don de tu corazón?

Michelle reía, y Val, quien pareció comprender que el campo de batalla se cerraba por hoy, respondió condescendiente:

—Bien, llévate a tu tontito, pero ella no es ningún caballero. Es una aguafiestas.

Mi hermanita me sacó la lengua.

—Gracias, Faye —dijo Michelle—. Yo me encargo del comando de limpieza. ¿Te verá Val el lunes? —le pellizcó la nariz a su hija.

—Dile adiós, ratoncita.

—Adiós, tontita —contestó Val. Se liberó del brazo de Michelle y salió de la habitación.

Cuando Faye iba a la puerta, caí en pánico. Pero ella se volteó y le comentó a Michelle:

—Mi madre me preguntó si podía invitar a cenar a Rebecca —rio—. Iba a hacer caballeros pobres. Es el único plato alemán que conoce y ha prometido no decepcionarla.

Faye pasó la mirada de mi madrastra a mí.

—¿Qué dices? ¿Vas a aguantar una probadita? Mi madre se sentiría felicísima.

Tuve que esforzarme por no lanzarme tras ella. Torpemente, me esforcé por mostrar indiferencia, encogiéndome de hombros, y miré a Michelle como interrogando.

Ella también se encogió de hombros.

—Desde luego —señaló, y se puso a arreglar la habitación. Dirigiéndose a mí todavía, añadió—: Llama cuando quieras que vayamos por ti.

Faye me sonrió.

—Ven —sugirió—, vamos a mi casa.



Cuando tenía la edad de Val, una vez traté de hundir una pelota de *ping-pong* en un recipiente con agua. Primero con asombro, pero luego cada vez más furiosa, intentaba hundirla hasta que me convencí de que aquella pequeña cosa subía cada vez a la superficie con una asombrosa rapidez. Entonces Spatz me explicó, sonriendo, que esto se debía a la forma en que estaba hecha la pelota, al grosor y al peso del material, pero yo no comprendí qué me estaba diciendo.

Cuando me subí al Bentley con Faye y fuimos a lo largo de la costa en dirección de Venice Beach, me vino de repente aquel recuerdo a la cabeza. Yo era el recipiente con agua y las bolas de plástico que subían a la superficie eran mis preguntas a Faye.

—¿De qué conoces a Tyger? ¿Qué sabes de mí? ¿Cuál ha sido tu historia? ¿Tú también eres una acompañante que no lo logró? ¿A qué persona fuiste asignada? ¿Qué edad tienes?

La única pregunta que se quedó en el fondo, pesada como una piedra, fue la referente a Lucian. Esto me hizo pensar que no encontraría ninguna respuesta a esa pregunta, y por ello quise protegerme.

Faye no vivía en Venice Beach, sino en los Canales, de los cuales me había hablado el martes. Cuando caminaba detrás de ella por los diminutos puentes pintados de blanco, cuyos tabloncillos de madera crujían bajo nuestros pasos, noté cuánto iba con ella a ese lugar, porque el sitio tenía algo de ajeno al mundo, algo de ensueño, exactamente como ella. Las casitas estaban cubiertas de hiedra, había flores por doquier, los jardines se extendían justo hasta el agua y en la orilla flotaban un de barcas. La superficie del agua se rizaba como un enorme y apacible ceño fruncido. El aire tenía un aroma dulzón, casi un poco sofocante, aunque hacía fresco. En la casita gris claro con tejados de dos aguas en la que entré detrás de Faye, pareciera que no viviese nadie salvo ella. La habitación de techo alto que terminaba en un vértice era

la cocina, estancia y dormitorio, todo en uno. Los muebles viejos, la pequeña chimenea, la cama sin hacer y la ropa tirada por doquier las vi solo de pasada, porque mi atención fue seducida por las pinturas que llenaban las paredes: dragones que vomitaban fuego, serpientes de múltiples cabezas, enormes tortugas sobre las que cabalgaban enanos, unicornios, ondinas, trasgos, gnomos y duendes con sonrisa de conejo. Y también hadas, nada más que simples hadas, todas con la cara de Faye.

—Finn ya pintaba antes de empezar a hablar o a caminar —comenzó diciendo Faye. Se sirvió un vaso de agua del grifo, bebió a traguitos entrecortados como un pájaro sediento y se lamió a los labios con la lengua.

Enseguida capté de quién estaba hablando:

—Finn fue la persona que se te asignó —sugerí con voz queda.

Faye asintió. Se quitó las sandalias y se sentó en el suelo sobre uno de los cojines, el único sobre el que no había ropa. No me ofreció ningún lugar, así que luego de un par de segundos de estar de pie, indecisa, quité la ropa de uno de los cojines y me senté frente a ella.

—Ya de tres años, Finn pintó sus primeros animales fabulosos —prosiguió—. Al principio fueron dragones, luego gigantes de un solo ojo, más tarde llegaron las ondinas, las hadas, los duendes. No tengo idea de dónde le venía esa fantasía, pues en casa no había libros. Diríase que esos seres crecían en la cabeza de Finn. Nacimos en Coggeshall, una provinciana ciudad inglesa cerca de Ipswich, y vivíamos en una cabaña de madera en las afueras de la ciudad. También allí morimos. ¿Quieres? —dijo, ofreciéndome un vaso de agua.

Meneé la cabeza, asustada por lo incidental de su pregunta. Bebió hasta vaciar el vaso y lo bamboleó en sus pequeñas manos mientras proseguía.

—Hacía semanas que no llovía. El aire estaba tan polvoriento que Finn no cesaba de toser en cuanto salía de casa. La noche en que murió hacía tal bochorno que se puso a dormir sobre el piso de piedra de la cabaña. Su madre no estaba en casa; trabajaba en una hilandería cercana. Cuando...

—¡Espera! —interrumpí a Faye—. ¿En qué año Finn... quiero decir... nacieron, pues, los dos?

Todo el rato tuve que tomar conciencia de que lo que estaba oyendo no era un cuento, sino una historia verdadera, pero la respuesta de Faye no me lo puso más fácil.

—¿En 1806 —respondió Faye frunciendo el ceño—, o 1807? —añadió con una ligera impaciencia—. Las cifras no se me quedan en la memoria. El caso es que esa noche se desató un incendio. La casa era pequeña y la madera ardió con yesca. Finn, por lo que parece, ni siquiera se despertó. Lo sofocó el propio humo.

Faye se levantó, fue a la pared y paseó frente a los cuadros. Doscientos dos —pensé— o doscientos tres. La chica que estaba delante de mí y que parecía más joven

que yo tenía más de doscientos años, y además, era casi cien años más vieja que Tyger, quien podría haber sido su padre. Faye se quedó parada delante de unos de los dragones, cuyos hinchidos orificios nasales despedían un ígneo vapor.

—Este cuadro lo pintó Finn antes de acostarse aquella noche —y diciéndolo se giró hacia mí.

El sol había caído y la casa se volvía más y más oscura. A pesar de la penumbra, los cabellos rojos de Faye brillaban, y hasta en sus ojos grises apareció ahora una chispa.

—En mi caso fue el deseo de pintar —prosiguió—; no se trató de nada de Finn. Lo que me hizo dudar en nuestra muerte fue una necesidad que de súbito experimenté en mí misma. Quise saber cómo se sentía que surgieran tan maravillosas criaturas a partir de puntos, líneas y rayas. Quise saber cómo era crearlas por una misma.

El rostro pálido de Faye resplandeció y nuevamente me recordó a Spatz, quien estaría por los primeros años de la cuarentena, vivía la vida de una persona normal, y su tipo de arte no podía compararse con el de Faye o Finn. Pero habitaba el mismo mundo extraño de Faye... y habría entendido mejor que yo el motivo de ella por convertirse en ser humano.

—¿Qué pasaría si yo llegara a ser una persona y pudiera probar la pintura? —continuó Faye—. Cuanto más Finn buscaba el aire en el sueño, tanto más fuerte se volvía en mí ese pensamiento.

Faye pasó la mano por la pintura del dragón.

—Cuando volví en mí, estaba desnuda. Me encontraba en medio de un bosque. Estaba sola y no sabía quién era; no sabía quién era; no sabía cómo había llegado a ese lugar. No eché de menos a ninguna madre ni a ningún padre. No sentía angustia: no estaba herida. Lo único que me intranquilizaba era un débil pero constante dolor en mi interior. —Faye se llevó la mano al pecho. Yo hice lo mismo, como un movimiento automático. El dolor estaba de nuevo ahí. No tan intenso como en las últimas semanas, pero lo sentía.

Ahora la habitación estaba tan oscura que los contornos habían desaparecido: los cuadros, los muebles, Faye. Todo se volvió difuso como en un sueño.

Faye fue a la chimenea, que estaba en un rincón de la estancia. Amontonó unas cuantas astillas, echó tiras de una casa de *corn-flakes* en medio, y lanzó un fósforo prendido. La pequeña llama lamió los pedazos de cartón y el aire se llenó del olor del humo. Faye se inclinó, sopló hacia las llamas y el fuego ascendió crepitando por la chimenea. Faye se sentó delante, en el suelo.

—Aquella misma noche vi a Finn —prosiguió—. Me encontró en el bosque. Había dormido mal y salió a caminar fuera de casa. Al verlo me sentí mejor y me pareció que a él le ocurría lo mismo. Su madre me recibió de manera natural y, cuando notamos que nadie me buscaba, me quedé en la casa. Me llamó «Faye» y me

dijo que yo era un hada buena para aquella casa.

—¿Cómo averiguaron —pregunté—, cómo supieron quién eras tú? ¿Alguien también —busqué las palabras que había pronunciado Tyger—, te lo explicó?

Faye negó con la cabeza.

—Lo averiguamos por nuestra cuenta. La falta de líneas en mis manos, mis peculiares capacidades, mis sueños sobre Finn que siempre se cumplían, o se cumplieron, con pequeñas variantes aquí y allá pero coincidiendo con lo esencial. De algún modo llegué a saber qué significaba todo aquello. Para nosotros era casi un juego, una aventura que no cuestionábamos. También Finn soñaba reiteradamente acerca de la noche en que el fuego acabó con su casa; cuando en su sueño se estableció la lucha contra la muerte, me vio.

Una ola de calor me atravesó el pecho.

—¿Y cómo... era tu aspecto —susurré—, cuando fuiste acompañante de Finn?

Faye se encogió de hombros vagamente.

—Finn no podía describirlo. Un par de veces trató de pintarme como me había percibido en aquellos segundos, pero jamás lo consiguió. Yo no tenía cara, forma, manos, brazos o... alas. —Faye sonrió, no cínicamente como Tyger en su despacho, sino más bien divertida—. Finn dijo una vez que quizá como niebla o como una sombra pálida. Tampoco esto logró pintarlo. Me dijo que había sabido que yo estaba allí. Incluso llegó a hablar conmigo en sueños. Él...

—¡No! —grité—. ¡Espera!

Presioné las manos contra mi boca y cerré los ojos. Pero no fueron las imágenes de mi pesadilla las que afloraron en mí. Fueron las imágenes del hospital luego de mi caída del columpio. Hasta ahora, conocía todas las imágenes solo por lo que me habían contado, pero ahora me veía, de repente, en la camilla. Vi a los médicos que se inclinaban sobre mí, vi la agitación en la sala del hospital, los aparatos, los utensilios, las mangueras. Pero todo eso no me importaba; lo que me atraía era exactamente lo que la persona de Faye había visto en sueños. Ese ser del que de inmediato supe que... había estado conmigo. Era como lo que Finn había dicho de Faye. Lo que percibí no lo podía describir... pero me pertenecía, y yo lo había evocado.

Del crepitante montón de leña de la chimenea se soltó una chispa, se movió silenciosamente por el aire y se extinguió. Me vi sentada con Lucian ante la fogata de Falkensteiner Ufer, y la piedra que había en mí se hundió aún más profundo. Mi aliento se volvió plano pero rápido.

—¿Prefieres que no siga? —preguntó Faye. De golpe pareció insegura.

—No —la apremié—. ¡Continúa!

Dejó que el vaso vacío le cayera en el regazo.

—Yo también había soñado la muerte de Finn —prosiguió—. Propiamente no teníamos que hacer mucho, salvo permanecer despiertos por la noche y dormir a la

mañana siguiente. Al llegar los días de calor, fuimos advertidos, y cuando se desató el incendio salimos corriendo de la casa y contemplamos cómo esta desaparecía en medio de las llamas.

La leña amontonada en la chimenea ahora con fuerza, mientras que por la habitación las sombras danzaban lentas y titubeantes.

—Pero entonces... —traté de entender qué quería decir aquello—... pero entonces tú lo lograste. No perdiste a tu ser humano, sino que lo salvaste.

Faye enredó el cabello rojo que le caía por el cuello como si fuera un chal o una cuerda. Asintió.

—Yo salvé a Finn y entonces podría haber vuelto a ser su acompañante. Había sido del todo sencillo —me miró—. Aparentemente, el camino de regreso funciona así. Un simple pensamiento basta. Solo hace falta que ambos lo quieran.

Faye miró las puntas de su cabello y luego encogió sus hombros.

—Pero no lo hicimos. Finn no quería dejarme ir y a mí me pareció bien. Me gustaba convertirme en ser humano. Amaba a Finn como a un hermano, éramos inseparables, siempre juntos... y compartíamos una pasión idéntica. En el ínterin supe cómo se sentía pintar. —Faye sonrió—. No pintaba seres mágicos, ni dragones, monstruos o duendes. Lo que yo plasmaba eran seres humanos. Eran los que más me fascinaban.

Me le quedé mirando. Se había soltado el cabello, que ahora caía sobre su anticuado vestido y brillaba a la luz de las llamas como una segunda fogata.

Ahora me acordé del regalo de cumpleaños que me había hecho Val, el retrato con sombras, y luego el cuadro que Faye me había pintado en la playa. Instintivamente busqué en las paredes de la habitación más de sus obras.

—Solo cuelgo los de Finn —me explicó Faye, quien parecía haber captado lo que estaba pensando—. Con ellos al menos se queda conmigo una parte de él. Cuando concluyo, las cosas que pinto no significan tanto para mí. Me gusta más el hecho de estar pintando, lo que se descubre en un rostro, en una actitud o en el ser de una persona mientras se pinta, y lo que se le añade. Igual que con Ambrose y Emily y tu bisabuelo —dijo, sonriendo de nuevo.

—¿El aguafuerte era tuyo? Pero ¿cuándo... cuándo?

Me quedé atónita.

Traté de comparar el grabado con los dibujos que Faye había hecho de Val y de mí. Pero eran estilos completamente diferentes. El retrato de Val era el carboncillo, con trazos suaves y fluidos. El aguafuerte que encontré sobre el escritorio de mi padre era mucho más perfilado, más preciso. Cada movimiento de la cara y cada diminuto pliegue habían quedado fijados con todo detalle.

—Luego hablaremos del grabado —prosiguió—. Finn y yo debemos haber tenido diez dichosos años. Nos planteábamos cada vez menos la pregunta de si quizá sería

mejor que yo volviera a ser su acompañante. Y a partir de determinado momento ni siquiera volvimos a hablar de ello. Solo nos interesaba estar juntos.

Faye colocó dos pedazos más de leña en el fuego. Avivó las brasas con el badil, hasta que el fuego crepitó de nuevo, llameando. De cálida, la estancia había pasado a estar casi muy caliente. Mis mejillas estaban encendidas y miré a la ventana, por la que soplaba un viento más frío.

—Finn murió de una gripe cuando ambos teníamos diecinueve años —relató Faye—. No dimos importancia a la fiebre, y luego todo se sucedió con gran celeridad. Por ese tiempo, su madre padecía un avanzado reumatismo, así que me pidió que fuera por el médico. Me encontré desgarrada entre dos posibilidades: quedarme junto a Finn y volverme de nuevo su acompañante y evitar que muriera solo, o ir por el médico para que lo salvara. Fue Finn quien decidió: quiso el médico. Cuando regresé, era demasiado tarde: había fallecido.

Faye se me quedó mirando, como si estuviera más preocupada por mi estado de ánimo que por el suyo. Afuera ya había oscurecido por completo. Yo estaba sentada en plena oscuridad, mientras que ella era iluminada por el fuego, como si este fuera las candilejas de un teatro.

Me agarré una mano con otra, como en una convulsión.

—Sigue —susurré.

—Durante un par de años fue un infierno —comentó—. Dejé a la madre de Finn, me dediqué a caminar por ahí y hurtaba para sobrevivir, hasta que finalmente encontré a otros como yo, que habían experimentado lo mismo y me podían explicar por qué fracasaban mis intentos de suicidio. Una vez me arrojé desde un campanario, otra me clavé un cuchillo en pleno pecho, también tomé veneno. De nada servía. Así, me convencí de que nunca moriría ni envejecería.

Su rostro mostraba completa seriedad.

—Nuestra vida depende de la del ser humano con el que nacimos —expresó—. Si a la hora de su muerte estamos junto a la persona como su acompañante, nos vamos con él; o para decirlo mejor: nuestro ser humano se va con nosotros. Si este muere solo, nos quedamos para siempre de la misma edad, como la persona a nuestro cargo a la hora de su deceso. El nexo entre ese ser humano y nosotros se rompe.

De nuevo, Faye colocó su mano sobre el pecho.

—El tirón interno que experimenté en los escasos instantes en que Finn y yo nos separamos no regresó luego de su muerte. En vez de eso ahora hay algo así como un agujero.

Faye se puso de pie. Fue al fregadero, llenó el vaso y agarró otro de la alacena. Esta vez estiré la mano para tomarlo cuando ella regresó. Sentía la garganta sumamente reseca.

—Al cabo de setenta y cinco años aterricé en Londres. —Faye prosiguió su



narración—. Me había acostumbrado a ir siempre con mi caballete, en busca de un motivo que pintar. De hecho, estaba pintando a una chica vendedora de pescado cuando se me acercó un hombre preguntándome si pintaba por encargo.

—¿Mi bisabuelo?

—No —respondió, negando con la cabeza—. Era el editor de Ambrose. Tenía una estrecha amistad con él y quería un retrato de este y de tu bisabuelo, quien como crítico literario había influido mucho en los inicios de Ambrose.

Me acordé de lo que había contado Tyger. Él había estado allí y todavía no lograba entenderlo.

—Acepté —continuó Faye—. Necesité dos días para completar el retrato. Los dos posaron en la glorieta del jardín de tu bisabuelo, y por deseo de Reed, su amante también estuvo presente. Capté de inmediato la relación entre Ambrose y Emily.

Esta vez, la sonrisa de Faye tenía algo de socarrona.

—Naturalmente, sus dedos no se cruzaban en la realidad —explicó—, pero era muy claro a quién pertenecía el corazón de Emily. Y era notorio que Ambrose estaba desgarrado por sus propios sentimientos: amaba a la mujer de su amigo y benefactor. Eso fue lo que yo plasmé como un pequeño detalle a la imagen. No sé si tu bisabuelo lo notó. El caso es que resultó la razón por la que Ambrose y Emily dijeron la verdad.

Faye bebió otro trago de agua.

—Seis o siete años después encontré a Ambrose en la calle. Fue por pura casualidad. Su aspecto era espantoso, y de inmediato noté que carecía de acompañante. Me lancé a la búsqueda y al poco tiempo encontré a Morton. Lo puse en antecedente, pero llegamos demasiado tarde. Ambrose murió solo, y Morton se quedó.

Tardé un segundo en comprender que ese Morton que acabada de citar Faye era mi maestro de inglés, al que ella conocía desde hacía casi cien años.

—Morton regresó conmigo luego de haber encontrado a Ambrose —prosiguió Faye—. Al comienzo me ocupé de él, pero después nuestros caminos se separaron. Morton se dedicó a viajar; no estaba mucho tiempo en un lugar, y a mí me pasó más o menos lo mismo. Luego de haber viajado bastante por todo el mundo, aterricé aquí. Siempre ha habido una relación mutua entre Morton y yo.

Faye se detuvo. El fuego llameaba detrás de su espalda, mientras que el resto de la estancia se encontraba en profunda oscuridad.

—Cuando llegaste acá en noviembre, él me llamó y me contó que eras una de sus alumnas —la voz de Faye vino acompañada de una sonrisa—, una alumna peculiar, según se expresó. Añadió que tú eres la bisnieta de William, y que un día... llegaste sola a la escuela.

Entendí enseguida a qué se refería Faye.

—Él lo vio —susurré.

Ahora aquello tenía sentido: las constantes miradas de soslayo de Tyger desde esa noche de octubre, que fue con lo que todo esto comenzó; sus enigmáticas observaciones, la elección de sus lecturas, que cada vez trazaban un círculo más estrecho en torno a mí; el fragmento del libro de Jean-Paul Sartre sobre la segunda oportunidad; el correspondiente cuento corto de Lovell, hasta la tarea que Tyger nos impuso hasta poco antes de mi viaje: el controvertido diálogo sobre la frase *Se muere siempre demasiado pronto*. Me vino un escalofrío de angustia al pensar ahora sobre todo aquello.

—Sí —corroboró Faye—. Él vio que a ti te faltaba algo, o para decirlo mejor, quién te faltaba. Y entonces se lanzó en su busca. Encontró a Lucian y lo acogió.

Faye se detuvo. Frunció fuertemente el ceño y su mirada se volvió airada.

—Morton supo que era su deber ayudarte a ti y a Lucian; pero, al mismo tiempo, atisbó de repente la oportunidad de vengarse. —Faye sacudió la cabeza—. Eso no lo comprenderé nunca y, aunque viva toda la eternidad, como supuestamente ocurrirá, nunca entenderé por qué la culpa se hereda, por qué pervive a través de generaciones que nada pueden hacer para remediarlo.

Rechazó ese pensamiento como si se tratara de un feo insecto y regresó a Tyger.

—Hizo, por así decir, lo mínimo; quizá porque le resultaba más fácil tener a su lado a Lucian que a ti. Le dio un techo, y con ello una base que le permitiría construir una especie de vida y estar cerca de él. Pero Morton no le aclaró nada a Lucian. Su sed de venganza lo llevó a estar siempre posponiendo, y para Lucian fue demasiado tarde.

Traté de respirar, pero solo lo conseguí con esfuerzo. Todas las preguntas estaban respondidas, menos la última. Cerré los ojos.

—¿Sabes dónde está Lucian o no?

Mientras Faye callaba fui abriendo de nuevo los ojos, con toda lentitud. Por primera vez una profunda compasión apareció en la mirada de Faye. Su rostro pálido mostraba dulzura. Me causaba dolor verla. De golpe, todo me causó pesadamente.

—No —respondió Faye—. Ni Morton ni yo sabemos dónde se encuentra. Esta fue una de las razones por las que no te expliqué todo esto recientemente en la playa. Estabas tan afectada que tuve miedo de que no pudieras resistirlo.

¿Una de las razones?

—¿Es esto cierto? —mi voz había perdido toda tonalidad.

¿Cómo podía haber visto lo que yo podía o no aguantar? Este desconocimiento había sido, pues, lo que hizo que ella me dejara perder los estribos.

—Lo siento —dijo escuetamente.

Seguro que lo sentía, pero en ese momento entendí que su amistad con Montor Tyger iba mucho más allá de lo que yo alguna vez podría imaginar.



**E**n la casa me esperaba mi padre. Estaba sentado en la sala leyendo el periódico, mientras en el televisor había un reportaje sobre Barack Obama. Al parecer, Michelle y Val todavía dormían.

—¿Te la pasaste bien? —me preguntó mi padre—. ¿Qué tal estuvieron los *caballeros pobres*?

Me miró con tal interés que de momento no capté a qué se refería. Finalmente, murmuré que sabían rico y me sentía cansada.

Eran las diez y media. Pasaron las once y media, las doce y media. La una y media. A las dos en punto seguía yendo de un lado para otro dentro de mi cuarto, devanándome los sesos: no se me iba de la mente la idea de que Lucian andaba en mi busca. Era la única tabla de salvación a la que podía asirme en un mar de posibilidades. ¿Qué ocurriría si realmente estuviera aquí y tratara de buscarme?

Pero ¿dónde? Suspiré profundamente.

No había de dónde asirse; nunca le dije en qué ciudad vivía mi padre no conocía la dirección. Tampoco sabía ni el nombre ni el apellido de mi padre. Él no se apellidaba Wolff, como Janne y yo, sino Reed.

Y no era probable que Lucian pidiera la dirección de mi padre. No podía adivinar que su generoso anfitrión en Hamburgo me conocía, y apenas si podía saber que Suse estaba de mi lado, además de que ella me comunicó por correo que no había encontrado a Lucian, y Janne sería la última a la que hubiera buscado después de aquella noche. Todo eso lo tenía muy claro.

Febrilmente buscaba en mi cerebro indicios ulteriores: ¿qué sabía él de mí?, ¿le había mencionado algún nombre que le pudiera ayudar? No se me ocurría ninguno... ¿o sí? Le había mencionado a Michelle. En un impulso de euforia, escribí el nombre de Michelle en Google. El número de resultados era un puñetazo en plena cara: 220

millones para Michelle, y los resultados más destacables se referían a la esposa de Barack Obama.

«¡Mierda! ¡Rebecca, piensa!». ¿Le había mencionado la profesión de mi padre? No. ¿La profesión de Michelle? Desde luego que no. Apagué la computadora y comencé a moverme por mi cuarto de nuevo: cama, escritorio, ventana, puerta, cama, escritorio, ventana, puerta, vestidor. Recorrí las estanterías, abrí gavetas; como si la respuesta a mi pregunta la hubiera escondido entre calcetines y calzones. Por fin miré mi maleta. ¡Carajo! Golpeé la pared con el puño. Tenía la sensación de que estaba pasando algo por alto, algo me carcomía. ¡Tenía que acordarme! Pero ¿de qué?

De repente tuve un atisbo de lo que podía hacer Lucian. Todo lo que él había tenido, todo lo que posiblemente tendría aún eran los retazos de sus sueños.

Me quedé quieta. ¡Eso era! Corrí hacia el cajón de mi mesita de noche y saqué el dibujo que me había hecho Faye en Venice Beach. El sueño de Lucian acerca de una playa. Seguramente sospecharía que Janne me había enviado a California con mi padre. Era muy probable. Y, por lo mismo, me buscaría por las playas de aquí. Lo mismo que habría hecho yo.

Fui al teléfono, llamé al celular de Faye y estuve dándole vueltas a lo tontas que habíamos sido, hasta que ella interrumpió mis pensamientos con voz adormilada.

—Tan solo la ciudad de Los Ángeles tiene más de cien kilómetros de playa —me contestó luego de que le describí una y otra vez los detalles del sueño de Lucian—, para no hablar del resto del estado de California. En todas las playas hay multitudes de gente. En todas partes hay gente que juega voleibol o surfea. Aun si Lucian trata de encontrarte en la playa, sería como buscar una aguja en un pajar.

—Pero Tyger tuvo a Lucian en Hamburgo...

—En Hamburgo fue donde Lucian se convirtió en ser humano —me interrumpió Faye—. Tuvo que haber ocurrido cerca de donde vives. No fue nada complicado que tú lo hubieras sentido. Lo mismo que con Morton y Ambrose.

—Precisamente —grité—. Pero ¡entonces también puede ocurrir aquí! ¿Por qué no da conmigo?

—Porqué Lucian ha roto el lazo que los unía a los dos. Por eso buscó el modo de que tú fueras enviada al otro extremo del mundo. Aquí solo te encontrará por pura suerte. A menos que recuerdes algo más que hayas podido contarle.

No recordé nada. En mi desesperación, convencí a Faye para que nos viéramos la tarde del sábado para tentar a la casualidad y, a pesar de todo, recorrer las playas, para poder sentir que por lo menos estaba haciendo algo.

Primero buscamos por la playa de Santa Mónica, donde se reúnen familias con niños pequeños en el parque de atracciones. De allí nos fuimos en patines y bicicleta hacia la playa de Malibú, el paraíso de los surfistas donde hay lujosas casas junto a la playa, en las que pasan sus fines de semana los ricos y la «gente bonita».

—¿Cómo es que ves tú —le pregunté a Faye cuando nos cruzamos con una chica de mi edad que llevaba unos diminutos *hot pants* y caminaba por la playa sumida en sus pensamientos—, que alguien tiene un acompañante?

—Es como el cuadro de Val —repuso—. Solo vislumbro como una sombra. Muchas personas afirman que pueden ver el aura de otros. En el fondo no es más que esto. Es simplemente algo que nos rodea.

Nos dirigimos a Manhattan Beach, donde los surfistas aguardaban la ola perfecta; luego seguimos a Hermosa Beach, donde tienen lugar torneos de vóleybol a lo largo del año, y al final a Cabrillo Beach, donde las coloridas velas de los surfistas se deslizaban sobre el mar como mariposas gigantes. El sol brillaba caliente como en el verano, y toda la gente a la que encontramos en el camino estaba de un humor radiante. Por la noche, en mi cuarto, me deshice en lágrimas, hasta que caí dormida de tan agotada.

Y de nuevo se posesionó de mí la pesadilla; eran las mimas imágenes que había soñado centenares de veces, pero su efecto fue peor que nunca antes, pues ahora sabía que esas imágenes no eran fantasías de mi inconsciente, sino que mi sueño realmente reflejaba el futuro, y con cada día, cada hora y cada minuto que Lucian y yo permanecíamos separados, ese instante se aproximaba cada vez más.

Pero no era el hecho de saber que fallecería lo que me llenaba del más indecible horror, sino la posibilidad de que muriera solo, porque entonces Lucian tendría que vivir solo, como Faye y como Tyger.

Para pasar la noche prendí la luz, tomé en las manos la esponja de la felicidad de Spatz y musité varias canciones infantiles que me venían a la cabeza, únicamente para alejar de mí la peor de las angustias. Cuando llegó la hora de levantarme, me aboqué al puro «accionismo»: haz algo. «Rebecca, no pienses», era el mantra. A la hora del desayuno le pregunté a mi padre si quería enseñarme la ciudad. Michelle, quien tenía otros planes, torció la boca, y Val quedó decepcionada. En su escuela celebraban el Día de la Puerta Abierta y mi hermana tenía un pequeño papel en una obra de teatro. Pero mi padre se sintió tan feliz con mi deseo de hacer algo con él que le lanzó a Michelle una mirada explicativa, consoló a Val y le prometió asistir sin falta a la siguiente representación. Como un faro gigantesco, el solo se iba hundiendo en la ciudad por cuyas calles me conducía mi padre. Me había preguntado adónde quería ir, qué quería ver, pues había muchas cosas por descubrir en esta fábrica de sueños de cuatro millones de habitantes. Le dije que me llevara por donde quisiera.

Las palmeras proyectaban largas sombras, las calles estaban llenas de coches, pero nadie intentaba rebasar ni tocaban el claxon. Todos parecían tener tiempo. A diferencia de las calles de Hamburgo, las avenidas y bulevares eran más anchos, lucidores y rectos. Mi padre me contó que la calle más larga de Los Ángeles tenía cien kilómetros. Todo era largo, todo era grande; los supermercados, las plazas, las

deslumbrantes modelos de los anuncios espectaculares. Comparada con esta ciudad, Hamburgo era una aldea de maqueta.

Mientras mi padre me señalaba determinados edificios y me explicaba cosas, que pasaban por mi vago sonido, yo trataba de imaginarme que en el coche no íbamos dos sino tres: yo, mi padre y su acompañante. ¿Dónde estaba el mío? ¿Dónde estaba Lucian?

La ciudad parecía cada vez más grande, y mi esperanza de encontrarlo era cada vez más pequeña. En un enorme anuncio luminoso de lencería se leía la frase: «Hacemos realidad los sueños». La modelo, una chica de pelo castaño y piernas largas, dejaba que resplandecieran sus ojos con un blanco como perlas. Su sonrisa me antojó una mueca sarcástica. Fuimos hacia Westwood, donde se extendía hacia el cielo edificios descomunales de oficinas; cruzamos Beverly Hills, donde autobuses turísticos ofrecían *tours* a las casas de las estrellas; giramos hacia Sunset Strip, la famosa milla del entretenimiento de Hollywood, que Suse habría considerado tan galáctica como el pasado marítimo de Venice Beach, y luego entramos en el Hollywood Boulevard, en cuyo *Walk of fame* había visto la luz la industria cinematográfica. Elvis, Lassie y cerca de dos mil estrellas más quedaron inmortalizadas, cada uno en una estrella de mármol en la acera. Mi padre y yo nos quedamos a ver la estatua de Charlie Chaplin, cuando divisé a un joven con una desgastada chaqueta de cuero y pelo negro que prendía un cigarro. Me dirigí hacia él, pero este se había volteado y me daba la espalda. Le tomé el hombro para hacerle girar.

—*Hi there!* (¡Hola!).

—¿Nos conocemos? —sonrió sorprendido.

—No, perdón —solté un profundo suspiro y regresé hacia mi padre con los hombros caídos.

—Quiero regresar a casa —dije.

Todo el recorrido había servido para una sola cosa: dejar bien en claro que podía enterrar la esperanza de encontrar a Lucian en esta enorme jungla citadina.

Y ahora que todos mis intentos habían fracasado y las paredes de mi cuarto parecían oprimirme, ya no pude contener la angustia.

Lo hice sin pensar. Era algo completamente natural, y apenas si comprendo por qué no lo había intentado antes.

Contestó al tercer timbrazo y sonaba como adormecido.

—Tu tomate —dije—. Lo imprimí y me ha ayudado mucho. No sabía que pintarás tan bien.

En el otro extremo reinó el silencio. Era un silencio diferente que con Suse, y tuve la incómoda sensación de que debía añadir algo, pero de pronto me abandonó la seguridad que sentía.

—¿Sebastian? ¿Estás ahí todavía? Soy yo... Becks.

—Sí. Te estoy escuchando.

—Hi!

—Hi!

—Hi!

—Hi!

—¿Qué? —dije con una risita forzada—. Escucha: un cucú vuela y se encuentra con un tiburón. El tiburón le dice: ¡cucú! Y el cucú responde: ¡tiburón<sup>[76]</sup>!

Este silencio del otro lado no auguraba nada bueno.

—Lo lamento, Becky, pero no me siento de humor para bromas —contestó Sebastian con voz comprimida. Inhaló, exhaló. Hizo una pregunta tonta—: ¿Cómo te va, Becks?

—Bien —respondí rápido y demasiado alto—. Otra vez estoy bien. ¿No te dio Suse mis saludos?

—Sí. Lo hizo. La semana pasada. El miércoles de la semana pasada. Me dijo que las dos se la pasaron riendo. Y que sonabas casi como antes, —Sebastian inhaló y exhaló—, pero no le creí. No suenas como antes. No sé cómo te lo tengo que decir Rebecca, pero los últimos cuatro días han sido para mí como cuatro años, o como cuatro eternidades. Digamos que un poco... demasiado largos. Necesito... tiempo, ¿de acuerdo?

—Claro. Lógico. De acuerdo —me prendí fuerte del auricular y miré en torno a la habitación cuyas paredes de nuevo se pegaban peligrosamente a mi cuerpo.

En determinado momento ya no resistí:

—Sebastian —susurré—. ¡Por favor!, ¡por favor!, ¡di algo!

Al mismo tiempo pensé: «Ayúdame, haz que desaparezca esta terrible angustia».

—Me preocupas, Rebecca. Por cómo te escucho me doy cuenta de que no estás bien. ¿Qué te ocurre en realidad?

—Me. Va. Bien —señalé con premura—. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

—Tyger ya no está en nuestra escuela —dijo Sebastian—. A principio del mes se despidió de mí. No tengo idea de dónde se encuentre; quizá regresó a Inglaterra. Luego de la clase me llamó y me dijo algo que en un principio no comprendí, pero desde hace un par de días sus palabras no se me van de la cabeza.

—¿Qué fue? —mascullé. Tenía las manos completamente sudorosas.

—«Hay cosas en la vida por las que hay que luchar, porque el tiempo que queda a menudo es más corto de lo que creemos» —expresó Sebastian con lentitud—. En un principio creí que se refería a mi aprovechamiento en la escuela o quizás a mi deseo de escribir. Pero de repente tuve la sensación de que se refería a algo totalmente diferente. O, para decirlo mejor, a alguien más. ¿Podría ser eso?

—No sé —musité. Había sido un error haber llamado a Sebastian, un terrible error que surgió del puro egoísmo, y eso se había más que vengado.

—¿Podríamos hablar, por favor, de alguna otra cosa? ¿De berenjenas o...? —la voz se me quebró.

—¡No, Rebecca! —en la voz de Sebastian ahora desbordaba algo—. Toda la noche he estado despierto pensando en ti. Las cosas se han puesto peores cada vez. Comparados con el presente, los últimos meses fueron un chisme, y el que ahora hayas hablado es para mí como... como... —no concluyó la frase—. Pero ahora no voy a hablar de berenjenas ni tomates —dijo con firmeza—. Quiero saber cómo estás. Quisiera ayudarte y...

—¡Mierda! —grité—. ¿Por qué crees que te llamé? Pensé: me ayudará a que no pierda los estribos; pensé: me distraerá, y en cambio.

—¿De qué quieres que te distraiga? —Sebastian siguió divagando sin compasión—. ¡Estás igual que Janne Wolff! Ella no suelta ni una palabra acerca de por qué, así nada más, te mandó al otro extremo del mundo. ¿Todo esto tuvo que ver con Lucian? ¿Sí o no? La propia Suse no dice ni una palabra cuando toco el tema. Dice que te lo pregunte a ti, y es lo que estoy haciendo. ¿Qué ocurre, Rebecca? ¿Por qué desde tu correo de respuesta no has hecho las cosas fáciles, sino que todavía tengo que preocuparme más? ¿Alguien me ha desbancado? ¡Por favor, Becks cuéntame!

¡Wow! Disparaba tan lejos del blanco, que de nuevo se habían vuelto cómico. Comencé a reírme con risitas histéricas.

—Pues bien, como quieras. Te voy a contar qué está pasando: tralarí tralará, no sé por qué, pero voy a morir. Y tralarí tralará, lo sé porque cada noche sueño mi muerte. Voy a morir en una habitación con una alfombra verde pepino y un cobertor de florecitas. No sé todavía cuándo, pero veo que de eso se trata. ¿Qué te parece esta historia? ¿No te suena a humor negro? —casi me atraganto de la risa—. Oye, te digo algo: escríbelo antes de que sea demasiado tarde; quizá sea un maldito buen argumento para un cuento corto. Hasta puedes dedicármelo.

Con estas palabras, colgué.

Inhalé aire, lo exhalé y me sentí sumamente rara. La charla fue del todo diferente a como la había pensado, pero el efecto fue el mismo. De pronto me sentí vacía y mortalmente agotada. Me acosté y me dormí enseguida. Cuando abrí los ojos, por la mañana, mi primer pensamiento fue Tyger. No lo había visto desde la conversación con Faye, y en realidad no me había propuesto a ir a la escuela, pero ahora estaba convencida de que era la única opción.

Si Morton no me proponía nada, podría al menos darle una bofetada en plena jeta, lo que sería mejor que no hacer nada. Jamás había odiado a nadie tanto como a él. Bueno, vistas bien las cosas él, desde luego, no era nadie.

Las dos primeras horas fueron de natación. Suzy y otras dos chicas que se habían



sentado juntos a mí en la clase de inglés del viernes me miraban con más atención que en mi primer día de clases. Al parecer, durante el fin de semana habían comentado ampliamente mi extraña conducta en la clase.

—¿Qué fue eso —fue lo primero que me preguntó Suzy cuando nos cambiamos para la natación en los vestidores—, que le pusiste el viernes a Tyger sobre la mesa, y qué le dijiste en voz baja? No creo que logremos soportar todo el año escolar con él. ¡Qué ojete! Me gustaría saber si todos los ingleses andan tan drogados como él.

—Desde luego que no —dije, lacónica. Guardé mi ropa en el *locker* y corrí a la piscina.

Hoy hacía más frío y se me erizó la piel de todo el cuerpo, lo que también se debió, sin duda, a mi falta de sueño. Cuando salté al agua y me puse a nadar de crol confirmé a las indicaciones de la profesora Stratton, encaucé toda mi ira contra Tyger en mis movimientos: me abría paso por el agua como una energúmena, como si se tratara de vida o muerte. Y, de repente, se me presentó la angustia de mi muerte, fría e inmediata como el agua. En mi conversación telefónica con Sebastian me había puesto a reír como histérica, lo que consideré que fue una crisis nerviosa, una seguridad demencial, pero ahora las imágenes oníricas caían sobre mí con cada movimiento que hacía, se presentaban ante mi ojo interno cada vez que me zambullía y emergía del agua. La habitación ajena, la alfombra verde, el cobertor floreado. Los pedazos de cerámica, la sangre, el candelabro, mi súplica desesperada: *por favor, no me dejes...*

¿A quién? ¿A quién le rogaba? ¿A Lucian? ¿Era él a quien suplicaba que no me dejase morir? Nadaba en crol, cada vez con más desesperación, y comencé a luchar, a luchar contra de la muerte, contra esas imágenes de las que quería librarme, de las que quería huir. Nadaba como si detrás tuviera al diablo y no quisiera desistir, sino seguir luchando.

El agudo pitido me paró en seco.

Me agarré fuerte del borde de la piscina, que ya había alcanzado. Mi pecho estalló y apenas si lograba inhalar aire. Miré hacia arriba los rostros atolondrados de mis compañeras. Estaban sentadas en el borde y yo era la única que aún permanecía en el agua. La profesora Stratton estaba en el bloque de salida.

—¡Wow! —dijo, auténticamente desconcertada—. ¿Te preparas para el campeonato mundial o algo así?

No hice caso de los puntos que centellaban delante de mis ojos. Me quedé mirando a mi instructora, mientras mezclaba sus palabras con un eco: *Te vi en la piscina ¿Te preparas para el campeonato mundial o algo así?*

No guardo conciencia de cómo salí de la piscina. De pronto estaba delante de la instructora tartamudeando:

—Tengo, tengo...

Y salí corriendo disparada.

En el vestidor, abrí el *locker*, saqué *jeans* y camiseta, me embutí la ropa sobre el traje de baño mojado y corrí a la dirección.

—El señor Tyger —dije precipitadamente—. Necesito ver al señor Tyger, de inmediato.

La secretaria que me había recibido con mi padre al inscribirme me miró preocupada.

—*Are you okey, sweetheart?* (¿Estás bien, querida?). No, no me sentía bien.

Tyger estaba dando clases en el séptimo grado y no capté bien la dirección que me dio la perpleja secretaria, pero lo encontré. Abrí la puerta. Una alumna que, toda sonrojada y con los ojos llenos de angustia, estaba delante de todas, me miró como si fuera un ángel para salvarla. Tyger estaba sentado tras el escritorio, revolviendo su taza de té. Me miró y comprendió de inmediato.

—Ya lo sé —me dijo cuando estuvo conmigo en el pasillo—. Lucian está en el lago Nacimiento.

—¿En el lago Nacimiento?

—¿Qué puede estar haciendo allí? —comentó, frunciendo el entrecejo.

—¡Buscarme! —El rostro se me llenó de lágrimas—. Mi padre tiene una casa junto a ese lago y yo le conté de esta; nunca le dije nada de Los Ángeles. Solo le hablé de California y del lago Nacimiento, el mismo que yo pretendía atravesar a nado alguna vez.

El agua goteaba de mis cabellos y olía a cloro; todo mi cuerpo olía a cloro. Bajo mis pies se había formado un charco. Un profesor que venía por el corredor nos miró a Tyger y a mí, extrañado.

Tyger me tomó del brazo.

—Te llevo —me ofreció.



**E**alles, semáforos, autos. Demasiados autos que avanzan lentamente; demasiados autos que se detienen, luego avanzan a paso de tortuga y luego se paran de nuevo. Semáforos en rojo, asientos de cuero rojos. Manos pálidas, flacas y largas, puestas en el volante. Los tobillos, blancos; el volante, color café; el volante a la derecha. Tyger, a la derecha; yo, a la izquierda. Entre los dos, silencio. Bajo nosotros, el motor ronroneante del *Oldtimer* inglés de Tyger, un Morris Minor. Y una interminable, interminable aceleración.

Ante nosotros, Santa Mónica Beach; ante nosotros, Malibú Beach; junto a Tyger, la carretera; junto a mí, el mar; junto a mí, la costa; junto a Tyger, los montes; ante nosotros, la carretera, vacía, la ciudad, Los Ángeles. Interminable lo que quedaba ahora detrás de nosotros.

Las carreteras, curvas y más curvas que serpentean y avanzan dejando atrás la ciudad. Lejos de los coches, lejos de los seres humanos, de los rascacielos, de las palmeras, de las promesas palpitantes; avanzando, avanzando, por la Highway One, montes más cortados a pico, el mar más profundo. Todo esto ahora bajo nosotros.

A la orilla de Elefantes Marinos, llana, gris, tosca, muy atrás, en el azul, los veleros, blancos y elegantes como los cisnes. El sol detrás de nosotros, el sol sobre nosotros, encendido, echando chispas. Ahora Beethoven en la radio, violines tocando notas bajas, pausa suave y luego una flauta; las curvas más empinadas, más lejos, siempre más lejos; los violines más rápido, montes escarpados, desgredados por las tormentas. El mar: un océano ya sin casas ni personas. Los violines, suaves ahora, y una pausa corta. El paisaje quita el aliento. Santa Bárbara, Goleta, Gaviota, una gasolinera, Tyger afuera, Tyger de nuevo en el coche, más lejos, más lejos, las carreteras más angostas ahora, cada vez más angostas, cada vez con más curvas, siempre subiendo, lejos de la costa. Lampoc, Guadalupe, Océano; el océano una

última vez.

Y luego, más montes: San Luis Obispo, Atascadero, Templeton, Paso Robles. Mis ojos cerrados, mis manos en el pecho. No ver, solo sentir. El tirón en mi interior, suave, tan maravillosamente suave; solo un susurro, un susurro conector. Él estará allí, estaré con él, lo hallaré. Paz, por fin paz ahora.

—Ya llegamos —señaló Tyger—. ¿Sabes dónde está la casa de tu padre?

Bajé del coche y me dirigí al pequeño mirador ante el cual Tyger se había estacionado. Mis piernas, que no se habían movido en las últimas cinco horas, se sentían tías y entumidas, pero ahora comenzaban a hormiguearme, y mientras miraba abajo, al lago, fue todo el cuerpo el que experimentó esa sensación.

¡Volví a reconocerlo todo! Quizá se debió al olor, quizás a las sombras que proyectaban las encinas, quizás al modo en que se movía el aire ahora cuando el sol se hundía sobre el lago del Dragón. Teníamos que dirigirnos al extremo superior, estar en el corazón del lago. Yo conocía las rocas empinadas desde las que mi padre se echaba al agua y las numerosas bahías y minúsculas playas orladas de altos árboles. Luego vi el embarcadero de madera. Su color rojo se imponía al crepúsculo. Estaba a nuestra izquierda, quizás a unos cien metros, en un recodo, y conducía al agua como una larga flecha. Desde donde estaba lucía muy pequeño. Me giré hacia Tyger, quien ahora se había bajado del coche.

—La casa no es de mi padre —le dije—, sino que pertenecía a mi bisabuelo. Aquí pasó los últimos años. Quizás hasta murió aquí. Mi padre la recibió como herencia. Una vez salieron a pescar juntos; mi padre aún se acuerda de eso. Mi bisabuelo le explicó aquella vez que hay muchas formas de matar, y consideraba la pesca con caña como una manera noble de hacerlo. Le dijo a mi padre que no había razón para avergonzarse de ello.

Miré el embarcadero. Mi padre debería haber tenido entonces la edad de Val. Tyger se había acercado a mí.

—Nunca conocí a mi bisabuelo —proseguí—, pero creo que se avergonzaba de lo que le había hecho a Ambrose Lovell.

Durante un rato, Tyger no respondió. Únicamente miraba el agua. Todo estaba tranquilo. Solo se rizaba la superficie del lago en la parte que se extendía entre las colinas y los árboles.

—Un buen lugar para morir —comentó finalmente Tyger. Me miró—. Pero no para ti.

En los labios de mi maestro apareció una sonrisa triste, como nunca se la había visto.

—Ve ahora. Aguardaré aquí hasta que sepa que te encuentras segura. Luego se giró y se metió en el coche.

Bajé corriendo por la estrecha senda que conducía a la orilla, y luego por la arena

y el alto cañaveral. Me sentía tranquila por completo, tan tranquila como alguien que se duerme y se desliza por un maravilloso sueño.



**E**l estaba allí. Lucian estaba en el embarcadero, frente a la casa de mi bisabuelo. Estaba mirando el lago.

Pero yo sabía que estaba sintiéndome. Y, cuando pisé el embarcadero, se volteó hacia mí.



No supe cómo llegamos a la casa. Quizá Lucian me tomó de la mano; quizá corrimos por la blanda hierba lado a lado. Como sea, aquí estábamos, uno en los brazos del otro. El porche cubierto se me antojó como un espacio protegido que solo estaba abierto al lago. Una mecedora, una mesa, dos sillas, una ventana abierta y, en medio del porche nosotros.

Lucian me acariciaba con su mano, pasando las yemas de sus dedos por mi cara, mis labios, las aletas de la nariz; luego siguió por el lado de esta hasta la sien, y desde allí de nuevo bajó hacia la mejilla, que yo había colocado sobre su palma, donde estaba caliente, por dentro y por fuera, hasta que no supe dónde terminaba mi cara y comenzaban sus manos. El pedazo de cielo que se avizoraba desde el porche se coloreó lenta y sigilosamente, como si alguien desde arriba estuviera echando color al crepúsculo, un azul oscuro, un gris más profundo, un negro más espeso.

Y cuando menos miraba Lucian, tanto más lo sentía, como si de repente me hubiera despertado de mi propio sueño, o como si viera con los ojos cerrados.

A él le ocurría lo mismo; yo lo sabía. Y cuanto más tranquilos estábamos, nos movíamos con mayor lentitud, el sueño se volvía más real y nosotros en él.

Palpé su cara y comprendí cómo ven los ciegos. El rostro de Lucian surgía nuevo bajo mis dedos. Allí estaba la frente alta de líneas finas, que recorrí a lo largo hasta el nacimiento del cabello, donde se agolpaba la sangre de sus venas con un ritmo palpitante, cada vez más rápido, cada vez con más calidez, hasta que las yemas de mis dedos comenzaron a encenderse. Mis dedos se deslizaban hacia abajo por sus pómulos, una viga puntiaguda, hasta que sentí los finos pelillos de su mejilla. Mi dedo se movió hacia el suave arco de su labio superior y hacia arriba hasta la curva en forma de corazón y luego hacia abajo a la comisura de la boca y desde allí hacia abajo por el rebosante y curvado labio inferior.

Cerré los ojos con fuerza, en una completa oscuridad. Era todo tan tranquilo que yo no oía nada, salvo la sangre que corría a raudales en mí.

Lo besé. Me besó. Ambos nos besamos.

Y el beso fundió nuestro sueño en uno, y todo se volvió real. De súbito, la calidez estaba por todas partes: en nuestras manos, en mi pecho, en mi vientre, en mis piernas y hasta en la punta de mis pies.

La calidez se transformó en calor vivo. Ahora las manos de Lucian ardían, quemaban mi piel y luego, de repente, sonó un crujido apenas perceptible.

Asustados, escudriñamos en derredor, ambos al mismo tiempo.

Sobre el porche brillaba la luna, plateada, y su claridad danzaba sobre el piso de madera. Un suave viento soplaba, y noté que había una ventana abierta en la casa. Las cortinas blancas se habían henchido y debajo de mí escuché un débil maullido, directamente junto a mis piernas. Cuando vi levantada la cola negra del gato, comencé a reír. También Lucian se echó a reír imperceptiblemente.

El gato negro, el nuevo habitante de la casa de mi padre, acerca del cual me había escrito, estaba frente a nosotros y nos miraba con sus ojos brillantes, primero a Lucian y luego a mí, y después de nuevo a Lucian, como si quisiera preguntarle algo: ¿A quién has traído hasta aquí?

Reímos de nuevo. Eran los primeros sonidos que salían de nosotros, y por poco nos asustan más que el gato, que ahora se había girado, ofendido y dueño de sí mismo, y se iba caminando por el jardín con el mismo sigilo con que había llegado.

Lucian tomó mi rostro entre sus manos, se apartó un poco y pude mirar sus ojos. Tenía su cara frente a mí una vez más. Su pálida piel resplandecía a la luz de la luna, sus cabellos eran negros como el carbón, y sus ojos yacían grandes y oscuros en sus cuencas. Sentí su mirada, que se posó sobre mí, suave como una caricia. Dije:

—Te amo.

Las palabras quedaron en el aire hasta que se deshicieron lentamente y luego salieron de su boca.

Me besó con suavidad, primero en las sienes, luego en el cuello, después en la boca. Finalmente, reclinó su cabeza sobre mi pecho.

—¡Estás aquí! —susurró—. ¡Estás aquí de verdad!

—Sí —repuse—. Ahora estoy aquí, y no me mandarás lejos otra vez. Ahora, por fin, estamos juntos.





**L**a luna había avanzado un poco más. Ahora se encontraba entre los árboles y su argéntea luz pasaba entre las hojas oscuras y llegaba al prado. Nos habíamos sentado juntos en los peldaños de la escalera del porche. Nuestras rodillas se tocaban; era casi como en la Falkensteiner Ufer, solo que esta vez había puesto el brazo en torno a mí y yo me había pegado fuertemente a él.

El gato había regresado con un ratón muerto entre sus dientes. Lo colocó en la hierba delante del porche y se acostó con la cabeza bien erguida. Desde donde estábamos daba la impresión de ser una negra esfinge en medio de la espesura. El viento rozaba suavemente las copas de los árboles: era como un suave murmullo, casi un susurro. La hierba oscura estaba crecida, en algunos lugares había brotado maleza y en uno de los árboles se apoyaba una pala roja de juguete.

Era extraño; antes, para mí solo existía el porche; quizá no propiamente este sino la persona que estaba en ese lugar. También en este momento contaba solo Lucian, pero el mundo circundante ahora participaba de nosotros, se había fusionado con nosotros y con la noche que irrumpía.

El gato se levantó, subió los escalones con sus patas almohadilladas y se estiró entre las piernas de Lucian. Me pregunté si los animales experimentaban lo que los seres humanos no podemos explicar con palabras. Cuando Lucian acarició la pelambreira negra del animal, este comenzó a ronronear suavemente y luego se escabulló. Nos volteamos y vimos que el minino había saltado a la mecedora; giró un par de veces en torno a sí mismo y se acurrucó, haciendo un ovillo, con la cabeza dirigida hacia nosotros; cerró un ojo y mantuvo el otro abierto.

Nos colocamos el uno frente al otro, Lucian tomó mis manos.

—Tengo que decirte algo —era solo una frase, pero la dijimos al mismo tiempo, como si los dos fuéramos una sola persona.

Yo quise continuar, pero Lucian me apretó la mano con firmeza.

—Primero tienes que escucharme a mí —me sugirió insistentemente.

Torció el gesto. La mandíbula y las venas de su frente pulsaban y capté lo mucho que estaba luchando consigo mismo. Comprendí entonces que debía dejar que primero se expresara él para presentarle mi verdad con cierto tiento, pues no tenía duda alguna de que aún no sabía quién era.

—¡Hey! —dije, y le sonreí—. *Try me*. Tengo tiempo.

—¿Recuerdas —me preguntó con suavidad—, que me dijiste que debía tratar de soñar acerca de cuándo fue la última vez que te había visto?

Asentí y miré hacia el prado. La luz de la luna caía ahora directamente sobre la pala de juguete. Su color rojo brillaba en medio del oscuro verdor.

—Lo intenté —prosiguió—. La misma noche en que te encontré con tu madre y tu amiga en el bar. Primero no lo conseguí, pero luego seguí las indicaciones del libro de tu madre. Deseé tener ese sueño una y otra vez, pero me concentré en ello cada vez con más fuerza, hasta que... lo conseguí, —y cerró los ojos.

El viento nos trajo el aire frío del lago.

—Estábamos ante una puerta —continuó—. Tú bajaste la manija y entonces ambos entramos en el cuarto.

—¿Con una alfombra verde, una araña de luces? —le pregunté sin ningún énfasis.

Lucian me miró desconcertado y luego reanudó su narración; la voz sonaba áspera, como si se le hubiera formado un nudo en la garganta.

—La alfombra era verde —repitió—. Era una cosa blanda escandalosamente fea. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de madera. Del techo colgaba una araña de luz, un candelabro enorme y pesado. En algún lado tenía que haber una ventana abierta, pues las gotas de cristal de la araña se movieron por la corriente de la puerta abierta y sonaron al darse unas contra otras.

Involuntariamente, me giré y miré la ventana, tras la cual se henchían las cortinas. Lucian movió la cabeza con una sonrisa apenas dibujada.

—No sé de qué habitación se trataba —continuó—. Desde luego no esa. En el medio había una cama con un cobertor floreado. Sobre la cama había un cuadro cursi de verdes prados y montes, y tú... —Lucian pasó los dedos por los barrotes de madera del barandal de la escalera—... eras lo único hermoso en ese cuarto. Como siempre, no había contacto entre los dos, pero parecías feliz. Pasaste la mano por el cobertor, te reíste y entonces sucedió.

—¿Qué? —me quedé sin aliento. Era como si el sueño de Lucian se hubiera iniciado unos minutos antes que el mío—. ¿Qué sucedió?

—Comenzaste a cantar —reanudó la conversación—, una cancioncita tonta: Heidi, Heidi... Te veías tan traviesa —me miró triste—... de repente sentí que te amaba. Era la primera vez que yo sentía algo y reaccioné ante ti. Y luego se

despertaron en mí otros sentimientos. Quería tocarte, hablarte, reír contigo, besarte. Y tú... —meneó la cabeza—, dejaste de cantar. Miraste en derredor, sorprendida, y comenzaste a girar por el cuarto. Se veía que estabas buscando a alguien.

Lucian dirigió la mirada a la mecedora. Seguí su mirada. Ahora el gato había cerrado ambos ojos y parecía dormir. Extrañamente, se podría afirmar que entendía cada palabra que decíamos.

—Creo que estabas buscándome, Rebecca —prosiguió—, pero no me veías. Estabas confundida y luego triste. Yo no podía decir nada, pero todo el tiempo tuve ese pensamiento: hacerte ver que estaba presente, tocarte. De repente sentí que daría cualquier cosa por poder tocarte aunque fuera una vez. Y entonces...

Lucian se interrumpió, mortificado. El gato erguía las orejas. Una parte de la cortina salía por la ventana, impulsada por el viento; un velo blanco y tenue.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Apagón —expresó—. El sueño se transformó en pesadilla; de repente, como si la escena de una película se hubiera enganchado con la de otra. Había fragmentos de cerámica. Había sangre. Me miraste directamente a los ojos. Y luego me suplicaste que te dejara vivir. —Lucian ocultó la cara en sus manos—. ¡Santo Dios, Rebecca! ¿Qué hice? ¡Tengo tanto pavor de que vuelva a ocurrir! ¡De que se vuelva realidad, como ha ocurrido con los demás sueños! ¡De que yo sea el culpable...! Por eso fui con tu madre: ella tenía que mandarte lo más lejos posible de mí...

Lucian hundió la cabeza y, por un rato, solo nos quedamos allí sentados y callamos.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté—. ¿Qué ocurrió después de esa noche, luego de que hablaste con Janne?

Lucian levantó una hoja que se encontraba en el porche. La aplanó pasándole el dedo.

—Tuve dolores, dolores indescriptibles y que, simplemente, no cesaban —estrujó la hoja entre sus manos—. Debería haberme abstenido, pero vi claro que tú no lo soportarías.

No necesité siquiera asentar.

—Por eso —prosiguió—, y solo te he seguido.

—¿Te acordaste, entonces? —dije sonriendo.

Lucian asintió.

—Cuando el avión aterrizó en San Francisco, los dolores cesaron.

Abrió la mano y echó la hoja desmenuzada al prado. La luna desapareció tras los árboles y, de repente, todo en derredor nuestro quedó sumido en tinieblas. Lucian se levantó de los escalones y se fundió con la negrura. Brotó la llama de un encendedor y vi que Lucian prendía la luz de un quinqué que había sobre la mesa del porche.

El gato maulló.

Cuando Lucian regresó con el quinqué en la mano y se sentó frente a mí en los escalones, su rostro quedó entre luz y sombras.

—¿Por qué no tienes ningún miedo de mí, Rebecca? —preguntó a media voz, y colocó el quinqué en el escalón entre ambos—. ¿Por qué no huyes gritando? Yo podría ser tu asesino.

«No lo eres», pensé. «Tú eres mi ángel». Nuestras sombras danzaban ahora sobre el piso de madera del porche. Pensé en Faye, quien averiguó quién era Finn. Pensé en Tyger, quien había descubierto lo de Lovell gracias a Faye. Y reflexioné acerca de cómo ambos, Faye y Tyger, me aclararon, de diferente manera cada uno, quién era Lucian.

Ahora era mi turno hacerlo.

No había meditado cómo debería empezar y dije lo primero que me pasó por la cabeza.

—¿Te acuerdas del sueño de la chica en la playa? ¿La pelirroja de vestido plateado?

—Sí —corroboró, desconcertado—. ¿Por qué lo preguntas?

—La conocí —repuse.

Lucian se apoyó en la barandilla de las escaleras. En lontananza llegaba el ronroneo de una moto.

—Se llama Faye —proseguí—. Es la niñera de mi hermanita; viajé con ella a la playa; nos sentamos exactamente en el lugar donde tú nos viste en el sueño, y ella me contó que la razón de que mis dolores cesaran de repente fuiste tú, porque me habías seguido.

—¡Momento! —me interrumpió Lucian, meneando la cabeza—. ¿Cómo supo esa chica lo que hice? ¿Quién es ella? ¿De qué me conoce?

—A ti no te conoce —repliqué—, pero lo sabía porque ella, igual que tú, no... —titubeé—... porque ella, al igual que tú, no tiene líneas en la mano. Puede volverse invisible, no muere y antaño fue un ser humano sin pasado. ¿Te acuerdas de tu anfitrión en Hamburgo? —Lucian asintió y juntó el entrecejo, aturdido—. También él es como tú. Por eso te encontró en Hamburgo. No fue ninguna casualidad, Lucian. Morton Tyger te acogió porque eres diferente; él se enteró de tu existencia.

—¿Cómo sabes todo esto? —me preguntó, desconfiado—. ¿Y cómo es que conoces, así de golpe, su nombre?

—No de golpe —suspiré—. Yo conocía a Tyger mucho antes que a ti. Era mi profesor de inglés en Hamburgo. De todos modos, yo no sabía entonces que él te había permitido vivir en su casa.

—¿Qué? —ahora Lucian estaba totalmente pasmado y se inclinó hacia atrás ligeramente—. Pero ¿por qué... él no me ha contado nada de todo esto?

Meneé la cabeza. Las razones de los actos de Tyger no pertenecen a este mundo;

al menos era mejor que esto lo dejáramos por las buenas.

—Cuando desapareciste aquella noche luego de hablar con Janne, ya era demasiado tarde —proseguí—. Él te buscó por todas partes y luego supo, por Faye, que andabas cerca de mí. Así que voló a Los Ángeles. Ha sido por él y por Faye que me he enterado de todo lo que sé acerca de nosotros dos.

Levantando la mano, Lucian interrumpió lo que yo decía.

—Lo siento —dijo—, pero no entiendo nada.

Se me quedó mirando y su voz sonó en extremo suspicaz.

Torcí la boca; no sabía si había comenzado como debía, pero ahora ya estaba metida en esto y, aunque lentamente, tenía que llegar al fondo del asunto. Pero ¿cómo?

Me arrodillé allí mismo, en los escalones, delante de Lucian, de modo que nuestros ojos estuvieran a la misma altura. Su pálido rostro relucía a la luz del quinqué.

—¿Qué pensarías si te dijera que no venimos solos a este mundo? —susurré—. ¿Qué pensarías si con cada ser humano nace un ángel que lo acompaña desde el nacimiento hasta la muerte? ¿Y qué pasaría —puse mi mano sobre la suya—, si un ángel amara?

Lucian se encogió repentinamente. No parecía estar comprendiendo. Igual había reaccionado yo cuando Tyger me lo explicó. Lucian apretó los labios y meneó la cabeza, pero no me contradijo. Solo me observó con una mirada vacía.

—Todos los sueños que has tenido sobre mí en los últimos meses —susurré—. «No hay contacto», dijiste. Tú no tuviste nunca ningún contacto conmigo, salvo una sola vez. Cuando yo era una niña pequeña y estaba en el hospital porque me había caído del columpio, me ingresaron a Cuidados Intensivos y casi morí. Entonces te vi, Lucian. Tuviste contacto conmigo, porque en ese momento te vi por primera vez. Tú eras Lu. Pero los médicos salvaron mi vida y de nuevo te volviste invisible.

Acaricié con mis dedos la palma de la mano de Lucian.

—¿Qué dirías si —le pregunté—, en los breves segundos en esa habitación de la alfombra verde hubiera notado de nuevo que estabas allí y hubiera estado buscándote y tu deseo de estar cerca de mí hubiera coincidido repentinamente con el mío?

Las cejas oscuras de Lucian se juntaron, abrió la boca, pero yo le puse el dedo sobre los labios.

—Que tu deseo de tocarme haya conducido a mi muerte tuvo que haber sido una horrenda casualidad —conjeturé—, pero no fue tu culpa. Supliqué por mi vida y tú quisiste salvarme, pero no podías hacerlo porque eras un ángel y los ángeles no pueden hacer nada, salvo acompañar.

Me aproximé más a Lucian y seguí hablando.

—Quizás en ese instante deseaste convertirte en ser humano y tu deseo se

cumplió —continuó con voz queda—, y entonces te presentaste como persona ante mi ventana, sin líneas en la mano, sin recuerdos de tu existencia previa, sin nada salvo tus sueños. ¿Te puedes imaginar eso?

Lucian callaba. Su cuerpo flaco proyectaba una larga sombra sobre el porche, y el gato saltó con sigilosas patas por esa sombra, de modo que se volvió invisible por un momento. Luego reapareció a la luz del quinqué, se deslizó sin ruido delante de la ventana, se dispuso a saltar de nuevo y se esfumó en el interior de la casa.

—La noche que me quedé contigo —susurré, y mi rostro estaban tan cerca del suyo que sentí en mi piel la respiración de Lucian—, me miraste y dijiste que te parecía que me faltaba algo que los demás tienen. Lo que me faltaba eras tú, Lucian. Me faltabas porque ya no estabas a mi lado como un ángel, sino como una persona.

Lucian levantó las manos, asombrado, y comprendí que tras su rostro se derrumbaba un mundo y de los pedazos surgía uno nuevo. Lucian había comprendido quién era.

—¿Me crees? —susurré.

Seguimos al gato, y la reducida habitación a la que llegamos era la misma en la que había dormido de niña. Lucian había pasado aquí su última noche. Cómo había llegado hasta aquí, yo todavía no lo sabía, pero tampoco tenía la menor importancia.

La sábana sobre la que estábamos sentados todavía olía a él, y el quinqué seguía sobre la mesita frente a la ventana. El cielo había tomado un azul muy profundo y la pequeña llama hacía que nuestras sombras danzaran por el cuarto. El gato había desaparecido en algún lugar de la casa.

—Sí te creo —susurró Lucian.

Me quité el suéter, luego el traje de baño; él se quitó los *jeans* y la camisa. Sentí su cercanía cálida y viva. Era más real que nunca antes, y yo no recordaba haberme sentido alguna vez como ahora. En su rostro había una luminosidad completamente humana. Me atrajo hacia sí con un suave movimiento, y entonces sus manos comenzaron a explorar todo mi cuerpo; también yo palpé el suyo entero: sus brazos, sus hombros, la columna de su tersa y musculosa espalda, y los omóplatos, que se contrajeron bajo las yemas de mis dedos.

Aunque no hablábamos, ya no estábamos quietos. El aliento de Lucian y el mío fusionaron, ya no había manera de distinguirlos, y el ruido llenó la habitación. Su cuerpo se deslizó sobre el mío, y lo que siguió fue como zambullirse en lo hondo del agua, solo que infinitamente más bello.

La cabeza de Lucian se sumió sobre mi pecho, el quinqué se había apagado hacía rato, y el cielo que se veía tras la ventana estaba pálido por la madrugada.

—¿Quieres dormir conmigo? —murmuró, mientras mis dedos acariciaban su cabello húmedo—. ¿Quieres dormir conmigo, Blancanieves?

Yo asentí, sonreí, y me sentí tan maravillosamente cansada como no me había

sentido desde hacía mucho tiempo.



**L**a clara luz del sol me despertó. En un primer momento no tomé conciencia de dónde me encontraba y, parpadeando, miré en torno de la habitación. Del lado de la ventana había una mesa café de madera; en la pared, un armario rústico pintado de azul; en un rincón, una silla de tela. Por el suelo había ropa desperdigada: una camisa de franela azul oscuro, zapatos desgastados, mi sudadera de capucha, y dos pares de *jeans* con las piernas enredadas entre sí.

Mi sonrisa se amplió más. Toqué el brazo que pesadamente estaba sobre mi pecho, me giré con cuidado y vi a Lucian. Estaba acostado sobre mi vientre, con el rostro hacia mí. El cabello negro le cubría la frente, y sus labios, ligeramente abiertos, eran de un rojo casi irreal. Sus pestañas proyectaban diminutas sombras y sus párpados ni siquiera se movían. Respiraba tranquilo y hondo, y daba la impresión de estar tan feliz como yo.

Lo besé en la mejilla. En sueños murmuró algo y luego, con cuidado, me deslicé fuera de su brazo, tomé su camisa y, envuelta en el olor de su cuerpo, toqué el piso; a la izquierda estaba el baño, a la derecha un dormitorio y más lejos una amplia sala con una cocina, sin separación. Aunque no recordaba nada, me sentí en casa de inmediato. Todo estaba pintado de colores claros y los muebles daban la impresión de ser más cómodos que el frío espacio de la casa de Los Ángeles. Había unas sillas gruesas y rojas de óxido, una alfombra mullida, un armario rústico abierto con un estéreo y estanterías llenas de libros y juegos. Sobre una gran bocina colocada en el suelo había piedras pintadas, y en una pequeña cómoda se veían fotos enmarcadas.

Fui a la cocina. En mi mente imaginé a cada uno de nosotros con una enorme rebanada de tocino frito, huevos estrellados y una pieza de pan tostado con mantequilla, desayunando en la cama, pero la realidad pronto me frenó. Del refrigerador me miraban un puerro enmohecido, una botella de concentrado de limón



y una de cátsup.

—¡Oye!, no está permitido el cambio de ropa.

Me giré y me eché a reír.

Lucian estaba en el marco de la puerta. Llevaba sus *jeans* y tenía estrujado su tórax dentro de mi angosta sudadera de capucha. Rio y señaló hacia el refrigerador con la cabeza.

—Puerro al limón con cátsup. Ayer me preguntaba si era un platillo nacional estadounidense.

—Al menos no sería un platillo que probaría —le respondí, riendo, y miré a la ventana a través de la cual pasaban los rayos del sol.

—Ven, vamos a desayunar.

Lucian se quitó mi sudadera y los cabellos le quedaron revueltos. Estiró la mano para tomar la mía:

—Primero a ducharse —dijo, sonriéndome.

No fuimos a desayunar sino que «viajamos» a desayunar, y justo en un coche que me pareció robado. Solo cuando estuvimos delante de la casa y me quedé mirando a Lucian con el ceño fruncido, me percaté de que anoche no me había contado todo (por ejemplo, que había volado en primera clase a Estados Unidos, sin pagar, claro, y que había conducido personalmente por las calles de San Francisco).

El coche era un viejo Chevy azul cobalto que golpeteaba por todas partes. En el cristal posterior había una calcomanía de un hombrecillo negro con capucha que blandía un arma. Encima había un letrero que decía *Voldemort votes Republican*<sup>[77]</sup>.

—Buena elección, *brother* —le dije, y me senté en el asiento del copiloto. El aire era bastante frío, pero olía maravilloso: a mar, montañas y sol.

—¿Y cómo diste con la casa? —le pregunté luego de que nos pusimos en marcha. El lado que daba al lago en que se encontraba la casa de mi bisabuelo estaba bastante solitario. No había visto ninguna otra casa por allí. Unos doscientos metros más adelante pasamos un amplio espacio para camping y descubrí asentamientos de pequeñas casas de verano de dos plantas, pero casi todas parecían estar vacías y solo en alguna que otra había un coche estacionado en la entrada; la mayoría de los establecimientos de alquiler de barcas por los que pasamos estaban cerrados.

—Los primeros días no lo logré —contestó Lucian.

Conducía bien, con una sola mano, mientras la otra la tenía sobre mi pierna.

—Di vueltas por todas partes. Este lago es malditamente gigantesco. Tiene una orilla de doscientos ochenta kilómetros. No hay ninguna ciudad, solo incontables casas en torno de él. Te has mantenido bastante encubierta.

—Mi padre y Michelle viven en Los Ángeles —mascullé, avergonzada—. Esta casa solo la usa mi padre en vacaciones.

—En realidad fue una casualidad loca —prosiguió Lucian—, aun que no era el

único que merodeaba por aquí. El caso es que, de pronto, apareció ese gato negro. Salió del bosque y se dirigió directo a la casa. Lo seguí; no me preguntes por qué.

El lago ahora se encontraba a nuestra derecha. Un par de barcas habían zarpado y hasta divisé a unos surfistas en el agua. Las casas construidas en los montes de nuestro lado parecían más grandes y caras que las viviendas de vacacionistas por las que pasamos antes. Había caballos pasciendo en los prados verdes y lozanos.

—El gato me condujo directamente a la entrada posterior del jardín —siguió narrando—. Ahí desapareció por la gatera, y por la ventana vi tu foto.

Meneé la cabeza. Sabía tan bien como él que no se había tratado de ninguna casualidad. Lucian pareció captar lo que yo pensaba y me empujó la pierna.

—¡Oye, Blancanieves! —exclamó—. Creo que más bien tú eres el enano, pues esta vez comí en tu platito y dormí en tu camita.

Me eché a reír y Lucian señaló hacia la izquierda.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó y bajó la velocidad.

Detrás de un estacionamiento, donde había tres autos y un camión, vi un restaurante pasado de moda. La marquesina estaba pintada de rojo y blanco, y en el anuncio que había sobre el tejado se leía *Uncle Tom*.

—Perfecto —dije.

Cuando entramos tomados del brazo no puede menos que pensar en el Doris' Diner de Hamburgo, donde había pasado incontables almuerzos, pero este parecía más auténtico. El piso era de mosaicos blancos y negros, los asientos de cuero eran de un rojo chillante y en cada mesa, detrás de un tubo de mostaza y una botella de cátsup, una pequeña rockola con canciones viejas. En la pared había fotos de Elvis Presley, James Dean y Marilyn Monroe. Apenas si había movimiento, solo un par de hombres bebiendo café.

Nos sentamos en una mesa para dos junto a la ventana, uno frente al otro, pero nos echamos a reír porque incluso la pequeña mesa que estaba entre los dos era demasiado.

—¿Para mí o para ti? —preguntó Lucian y arqueó una ceja. Apreté su mano y lo senté a mi lado. Puso el brazo en torno a mí y yo me le pegué. La mesera vino a nuestro lugar y preguntó qué deseábamos. Llevaba el pelo negro con un tupé alto, y sus labios pintados de rojo nos sonrieron amistosamente.

Me eché a reír. ¿Deseábamos? Yo no tenía ningún deseo. Pensé en las palabras de Lucian en Falkensteiner Ufer. Todo lo que yo deseaba estaba aquí. Pero, bueno, mi estómago tenía otra opinión y dejaba sentir su ronroneo. Ordenamos jugo de naranja fresco, huevos estrellados con tocino, papas fritas, un bagel y queso crema.

Nos dedicamos a besarnos mientras esperábamos la comida, nos reímos de los hombres mayores de la otra mesa, los cuales nos veían disimuladamente, e incluso mientras comíamos no nos desligábamos de las manos del otro. En la rockola

encontré una vieja canción de Abba, *Lovelight*, que era la que tocó la banda durante la fiesta de la tienda de lámparas. Lucian sacó del bolsillo del pantalón una moneda para que yo pudiera escucharla. Cuando las chicas de Abba cantaron *I'wont let you out of my sight* le di un empujoncito a Lucian:

—Hubieras visto la jeta del calvo cuando lo agarraste por la nuca.

—Con gusto lo habría agarrado por otra parte —masculló Lucian, y otra vez nos echamos a reír.

Lucian untó una papa frita en la cátsup y me la ofreció. Cuando la quise morder la dirigió a mi nariz.

—Oye, pequeña, tienes algo ahí —y, diciéndolo, besó la cátsup de la punta de mi nariz. Luego vino la mesera para llenar nuestros vasos con agua fresca.

—¿De dónde son ustedes dos, tórtolos? —preguntó. En lo que me tardaba en responder, Lucian saltó:

—De la cárcel —y de nuevo puso el brazo en torno a mí—. A los dos nos dieron cadena perpetua, pero luego nos liberaron por buena conducta.

—Está bien —la mujer nos guiñó un ojo—. Disfruten, pues, de la libertad.

Teníamos mucha ante nosotros. Yo presenté mi nueva tarjeta de crédito, y cuando pagamos, Lucian me levantó de la silla.

—Ven. Te quiero mostrar algo.

Tomados del brazo, fuimos al Chevy, nos besamos, reímos de un perrito que estaba delante del restaurante y le ladró a una señora mayor que, espantada, casi deja caer el bolso, y arrancamos.

Parecía que Lucian había aprendido a orientarse bien durante los días que estuvo en el lago en mi búsqueda. Viró de ese camino hasta una carretera de terracería llena de baches que, montaña arriba y serpenteando, conducía a un bosque sombrío. Se detuvo en un claro pavimentado de cascajo. Al apearnos, un águila emprendió el vuelo, a un par de metros de nosotros, y algo grueso se lanzó por la maleza hacia la espesura. Solo vi una parte trasera marrón y unas piernas veloces que se desvanecieron al momento siguiente.

—¿A dónde me trajiste? —pregunté.

Pero Lucian solo me tomó de la mano y caminamos por la arboleda. Era un bosque de árboles variados. Un tortuoso y angosto sendero conducía camino arriba. De nuevo percibí con qué agilidad gatuna se movía Lucian. Solitarios rayos solares pintaban manchas en el piso selvático, las altas copas de los árboles susurraban, y de súbito tuve la sensación de que éramos los únicos seres humanos a leguas de distancia. Al cabo de un rato, la senda se aclaró y Lucian me guio hacia la derecha hasta que llegamos a un amplio espacio rocoso que daba a un acantilado. Reteniendo el aliento, me detuve, llena de aprensión; pero cuando Lucian me condujo al borde del abismo, me olvidé de todo el miedo. Al fondo se extendía la punta de la cola del

lago del Dragón. El verde curso de un río claro como el cristal corría por el paisaje, formando meandros estrechos. Los montes se erguían altos y potentes y, en medio de ellos, prados de un lozano verdor, y sobre nosotros no había más que el cielo, limpio de nubes y de un claro y profundo azul. Una parvada atravesó el aire.

—He estado aquí un par de veces —mencionó Lucian—, y si no hubiera sabido que nada me traería, probablemente me habría lanzado a lo hondo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté asustada—. ¿Qué otra cosa te habría traído a ti... si no la muerte?

Lucian rio sin ganas.

—Pero ni siquiera así, pues esto ya lo había averiguado en Alemania. —Sentí cómo la sangre desaparecía de mi cara—. ¿Trataste de quitarte la vida?

Lucian asintió.

—¿Cuándo? —musité—. ¿Cómo?

—Antes de seguirte —explicó—. Me tomé unas pastillas. Salté del puente, y hasta con una hoja de afeitar... —Lucian se detuvo, movió la cabeza con resolución—. Digamos simplemente que he probado todos los medios, pero no funcionó.

Me mostró la muñeca. Miré la plana y entera piel sobre las venas del pulso y pensé en Tyger y Faye, quienes también habían intentado quitarse la vida. Pero ellos ya estaban solos, mientras que yo aún vivía.

—Me parece increíble, Rebecca —dijo Lucian quedamente, y añadió refunfuñando—: No acabo de comprender que Morton me haya ocultado quién soy yo.

—¿Dónde encontraste por primera vez a Morton? —le interrogué. Lucian se agachó y tomó una piedra del piso.

—En alguna parte en el *Kiez*<sup>[78]</sup> —contestó—. Era de noche, luego de que tu gente te llevó de Falkensteiner Ufer. Me fui a algún bar de mala muerte para emborracharme cuando, de improviso, Morton se sentó junto a mí en el mostrador y me preguntó si no preferiría ir a beber a un lugar más agradable. En un principio creí que el tipo quería seducirme, pero tenía los nervios tan deshechos que casi todo me daba igual. Tyger me llevó a su casa y me ofreció el cuarto. La mañana siguiente yo tenía un panecillo sobre la mesa, y por la noche me propuso trabajar en Max und Consorten. El pub es de su propiedad. Me dijo que lo había comprado hacía setenta años, lo que entendí como una broma tonta.

—¿Qué edad tiene? —me preguntó, mirándome.

Me agaché junto a Lucian y bamboleé la cabeza.

—Algo así como ciento cincuenta.

—¿Y su... persona se llamaba Ambrose?

—Sí, Ambrose Lovell. Era escritor; se enamoró de la novia de mi bisabuelo y se casó con ella. Por eso, mi bisabuelo destrozó las obras de Lovell. Este se suicidó.

Tyger llegó un minuto tarde. No pudo ayudarlo; y, por lo tanto, tampoco a sí mismo.

Acaricié el brazo de Lucian, quien, caviloso, tenía una piedra en la mano, como sopesándola. Su piel era muy blanda y con el sol había tomado un tono ligeramente café dorado.

—¿Todavía puedes acordarte de algo? —le pregunté cautelosamente—. Quiero decir, ¿de lo que fuiste?

Lucian calló. Miró hacia abajo a los diminutos árboles y colinas entre los cuales serpenteaba el angosto curso del lago. El agua era tan verde que casi parecía artificial, como si alguien la viera a través de los cristales coloreados de unas gafas de sol.

—En realidad, no —dijo, por fin—; al menos, no con la cabeza. Ahora sé que lo que me dijiste ayer es verídico. Podía... puedo sentirlo. Pero no tengo ninguna imagen de mí. Solo te veo a ti. Y veo esos temibles sueños. Lucian lanzó la piedra al abismo. Voló por los aires, permaneció una fracción de segundo en el azul del cielo y cayó verticalmente a la profundidad.

—Cuando descubrí tu foto en la casa de tu padre fui de un lado a otro de la habitación como demente, y busqué alfombras verdes y candiles de techo.

Le di la espalda y miré la senda boscosa. ¡Maldita sea! ¡Estaba tan harta de darle vueltas a todo esto! ¿Cómo era posible que hubiéramos regresado a este tema? Resuelta, me giré y me colgué del cuello de Lucian.

—¡Quiero nadar en el lago!

Lucian sonrió y comprendió de inmediato. Me dio un beso, y luego otro, tierno, en la nariz.

—No sé si puedo...

—¿Qué quieres decir? —y me eché a reír—. Yo nado y, por tanto, también tú has de saber hacerlo.

—Entonces, está bien —me llevó al coche—. Lo intentaré, pero solo si tú conduces.

—¡No sé!

—¿Qué quieres decir? —Lucian arqueó una ceja—. Yo sé conducir; entonces tú también has de saber hacerlo.

Lo besé. Si él estaba junto a mí, podía hacerlo todo. Cuando llegamos al coche; Lucian me abrió la puerta del lado del piloto y me senté al volante. Tomé la llave y la puse en el interruptor de encendido.

—¿Y ahora? —pregunté aprensiva.

—Enciende. —Lucian se había sentado a mi lado. Tenía la cara seria. Reí.

—Gracias por la indicación, señor maestro de conducción. ¿Cómo? ¿Dónde enciendo?

—Aquí, tonta, en el interruptor —me lo mostró—. Gira la llave hacia la derecha. Así lo hice. El motor rugió, pero no ocurrió nada.

—No marcha, tonto.

—Claro que sí. Embraga. Tienes que pisar el embrague.

Pisé el embrague y giré la llave hacia la derecha. El motor rugió. Me puse a gritar:

—¡Ya tiene marcha! ¡Lo logré! ¡Ya sé arrancar un coche!

—¡Fantástico! —Lucian sonrió adusto—. Ahora me tienes que mostrar que también sabes conducirlo. Aquí —me mostró la palanca de cambios—. Tienes que colocarla en primera y oprimir el acelerador.

Puse primera y apreté el acelerador. El coche se lanzó hacia adelante. Pisé de nuevo el embrague y de nuevo me eché a reír.

—Así —dijo Lucian—, no sucede nada. Ten un poco más de concentración, si me permites que te la pida.

—No puedo —le saqué la lengua—. Estoy débil. Necesito un beso. O dos. O diez.

Lucian suspiró, divertido.

—Si es indispensable —sonrió con su maravillosa sonrisa torcida, me atrajo hacia sí y oprimió sus labios contra mi boca. Sus manos se deslizaron bajo mi camiseta y mi corazón comenzó a latir alocadamente. Ambos nos estremecimos, asombrados de la potencia de nuestros sentimientos. ¿Tan fuertes? ¿Tan fuertes?

Carraspeé, luego aceleré lentamente y traté de mantener el control sobre el coche, que ya salteaba por la senda de cascajo. Era una sensación demencial.

—¡Manejo! —grité—. ¡Manejo un coche! ¡Dios mío, Dios mío!

Conduje el coche por el sendero lleno de hoyancos. Aunque quizá no marchábamos a más de diez kilómetros por hora, a mí me parecía que iba disparado. Cuando llegamos a la carretera, aceleré. El auto se desvió y en ese momento venía otro vehículo en dirección contraria y ya se echaba sobre nosotros. Viré, gritando, y frené. Nos proyectamos hacia adelante y el coche aterrizó en una zanja.

El cinturón de seguridad me apretó dolorosamente el pecho. El otro coche pasó dando claxonazos y el conductor, furioso, sacó el puño por la ventanilla. Pero yo no cesaba de reír.

—¡Oye, quieres que nos...! —Lucian se detuvo—. Yo creo que mejor me vuelvo a poner al volante. Espero no nadar tan a lo tonto como tú al conducir.

Solté una risita, más animada que la última vez.

—Eso ya lo veremos.

Llegamos a una caleta pequeña y arenosa rodeada de altos peñascos. Lucian tomó una toalla del asiento trasero. Era de un amarillo estridente y tenía impreso a Winnie Pooh.

—Es preciosa —dije.

—Sí, ¿verdad? —sonrió maliciosamente—. Llegó gratis con el Chevy. Espero

que su propietario no la eche de menos con gran dolor. ¿Vamos?

En la caleta no había nadie. Las peñas, de un gris que tiraba a café, la envolvían como una concha. En la orilla crecían unos matorrales y del otro lado había monte. Casi hacía tanto calor como en Alemania durante el verano, y el hecho de que aquí no hubiera nadie se debía a que estábamos en el paso de una temporada a otra.

Por un momento medité si me podía dejar la camiseta, pero me la quité de todas maneras. Deseaba experimentar el agua en mi cuerpo. Corrí por la blanda arena y me lancé al lago, que estaba tan frío que grité.

—Ven, métete —llamé a Lucian—. ¡Anímate, ven, cobarde!

Renuente, tocó el agua. Sus rodillas desaparecieron, luego los muslos, sus caderas y, al final, solo se veía su cabeza sobre la superficie del agua. Dio un paso, movió los brazos como remos y se zambulló.

—¡Mierda! —nadé hasta el lugar donde había desaparecido, tragué agua, lo llamé por su nombre—: ¡Lucian! ¡Lucian!

Fuera de mí, me sumergí, pero la cristalina superficie del lago engañaba. Mis brazos se veían pálidos y verdosos, bajo el agua, y en la arena arremolinada no podía ver más allá de dos metros. Solo desde arriba, la luz del sol producía un resplandor irreal sobre el agua. Cuando volví a emerger, llena de pánico, sentí de golpe que algo me tomaba por la pierna y me jaloneaba hacia abajo. Grité, hice *glu-glu* y vi a Lucian bajo el agua. Estaba frente a mí y reía con toda su cara. De su boca brotaban burbujas y luego, ágil como un pez, se giró y desapareció como deslizándose. Manoteé hacia la superficie, saqué agua, tosí... y Lucian ya estaba de nuevo en la superficie. A unos buenos cinco metros de distancia de donde yo me encontraba; estiró el brazo haciéndome señal de que fuera.

—¡Vaya señora maestra de natación! ¿Qué dices ahora? —se burlaba—. ¡Ven, alcánzame, medusa coja! —y se alejó nadando de crol como si no hubiera hecho otra cosa en la vida.

Lo perseguí, pero luego de un rato me paré y me quedé mirándolo. Había dejado de hacer crol y nadaba ahora como delfín, con una ligereza que jamás había observado en ningún otro nadador.

En sus movimientos elásticos y fluidos había una fuerza juguetona que me dejaba simplemente pasmada. Su tórax surgía de la superficie del agua, movía los brazos hacia adelante con aleteos de mariposa, luego volvía a sumergirse con la espalda curvada y todo parecía un flujo único, como si el agua hubiera sido en realidad el elemento natural de Lucian.

¿De dónde sabía todo aquello? ¿Cuántas veces habría estado en el agua junto a mí? ¿Cuántas veces me había acompañado, sin ser visto, sin ser oído?

Mientras, Lucian había practicado un amplio arco por el lago y ahora nadaba hacia una roca del lado derecho, en cuyo interior había sido construida una especie de

escalera de piedra. Con pies ligeros, trepó por ella. El agua se irisaba en su piel, y cuando llegó hasta la parte superior se giró hacia mí, abrió los brazos, riendo, y yo nadé hacia él. Se sentó en las rocas y me miró desde una altura de unos buenos tres metros. Al salir del agua, la piel se me erizó. Resistí el impulso de cubrirme los senos con los brazos, y me fui hasta las rocas lentamente. Me di cuenta de que estaba mirándome; sus ojos me pegaban como diminutas saetas, y yo lo disfruté. Desde ayer me sentía transformada, como nueva en mi piel, más grande, más fuerte, más femenina. Me así de una saliente de la roca y trepé hasta Lucian. El sol desapareció un momento tras una nube. Hubo un golpe de viento, pero Lucian me tomó por un brazo. Su piel era fría y lisa; cuando me besó, sentí el latido de su corazón.

—Ven —me tomó la mano—, saltamos juntos. ¿Te sientes segura?

Le dije que sí y, tomando aire y al contar hasta tres, saltamos a la profundidad. Tocamos el agua al mismo tiempo y nos sumergimos. La resaca pretendía separarnos, pero nos mantuvimos firmes, tomados de la mano. Cuando volvimos a surgir, me abracé al cuello de Lucian y me apreté contra su flexible cuerpo, y así estuvimos girando un rato en el agua, en torno a nosotros mismos, formando un lento círculo. En la orilla, Lucian me envolvió en la toalla de Winnie Pooh y me talló hasta secarme; luego nos sentamos juntos en la arena y envolvimos la toalla alrededor de ambos.

El sol se había hundido un poco más y el viento pasaba por la hierba y la orilla. En lontananza cantó un pájaro, pero por lo demás todo estaba en calma.

—No querías salir —señaló Lucian de repente, sin levantar la voz.

—¿Qué? —lo miré desconcertada.

—No querías salir del agua —me sonrió—. Tu madre estaba en la, orilla y te llamó. Dijiste, rezongando: «No quiero salir. Ahora sé nadar y quiero quedarme aquí». Hasta que tu madre entró al agua y te tomó. Tenías los labios azules y castañeteabas los dientes como una loca. Luego te agarraste fuerte de sus hombros y nadó contigo hasta la orilla. Tu padre recogía leña y luego, los tres, se sentaron ante la hoguera. Tus padres te colocaron en el centro y tiritabas toda.

—Pero estabas junto a mí... —susurré.

—Sí. —Lucian me tomó la mano y la besó—. Siempre estuve junto a ti.

Me rodeó con el brazo y así nos quedamos sentados en la orilla, hasta que hizo demasiado frío. Entonces agarramos nuestras cosas y regresamos al coche. Una vez en casa, tomamos un par de recetarios que había en los estantes. Tras acordar que ambos cocinaríamos, nos peleamos durante una larga media hora acerca de la receta que escogeríamos. Lucian eligió una lista de platillos, tanto los que le gustaban como los que le disgustaban. Asombrados, llegamos a la conclusión de que nuestros gustos no podían ser más distintos.

—Yo no como bebés de animales —dije, mientras Lucian señalaba una receta de



cordero cortado en tiras con aceitunas y nueces.

Hojeó dos páginas más adelante:

—¿Qué te parecen medallones de cerdo horneados con crema?

—¿Cerdo? —gruñó Lucian—. ¡Qué asco! Pero los pimientos rellenos suenan bien.

—El pimiento es la única legumbre a la que soy alérgica. ¿Pollo con plátanos?

Lucian se agarró la garganta y sacó la lengua.

—Lasaña —dijo.

—Me gustaría. ¿Risotto?

—Aburrido.

—¡Horror! —me quejé y le di un codazo en el costado—. ¡Haz una propuesta que me entusiasme!

—Con gusto —los ojos de Lucian brillaron y me quitó el libro de recetas de las manos. Entonces me tomó por los hombros, me jaló hacia él y comenzó a besarme, suavemente, y luego de manera cada vez más apremiante. Sentí la punta de su lengua en mi cuello, mis manos se hundieron en su cabello. Ciegamente, le quité la camisa, me sacó el suéter por la cabeza y, estrechamente abrazados, fuimos a tumbarnos al sofá, donde Lucian me atrajo hacia sí.

—Esto —susurró, tomando mi cara entre sus manos, mientras que su tórax debajo de mí se henchía y bajaba—, esto no es un sueño, ¿no crees?

Sonreí y meneé la cabeza, cerré los ojos y aspiré profundamente. Esta vez no nos quedamos en el lago, sino que fuimos en el coche hasta Paso Robles, la ciudad por la que también llegó Tyger. Luego de que nos vimos obligados a admitir que nuestras artes culinarias tenían fronteras muy modestas, nos decidimos por espagueti Nápoli con ensalada, y helado con chocolate caliente como postre.

Afuera era ya el crepúsculo, y el paisaje del lago me pareció más solitario que hoy por la mañana. El agua resplandecía plateada, y cuando el sol se esfumó detrás de los montes, el cielo se coloreó de tonos luminosos, desde el violeta hasta un impresionante naranja.

También el paisaje por el que nos conducía la carretera era asombroso. Por lo que se veía, esta comarca era conocida por sus vinos: a nuestra derecha se extendían los viñedos, todos verdes, hasta perderse en el horizonte, donde este se interrumpía con colinas boscosas por aquí y por allá. Al frente se erguían enormes robles como solitarios vigilantes que apuntaban a un cielo que cada vez se oscurecía más. Se veían pasar parvadas, mientras que apenas si algún coche venía en dirección contraria. Poco antes de Paso Robles pasamos un letrero que decía *James Dean died here* (J. D. murió aquí). Los dos lo vimos. Lucian aceleró, y pronto el letrero quedó atrás. Nos estacionamos en el centro de Paso Robles. Es una vieja ciudad histórica con una iglesia pequeña, un quiosco blanco en que tocaba un grupo de músicos, numerosos

restaurantes y abundantes vinaterías que invitaban a catas de vinos. Estas pequeñas tiendas eran más bien turísticas, con todo tipo de baratijas y *souvenirs*, y las aceras de adoquines estaban tan limpias que parecía que las barrían cada dos horas.

Lucian y yo caminamos por las calles, tomados del brazo y no llamábamos la atención por nada. La gente que pasaba junto a nosotros nos sonreía, muchos nos saludaban con un *Hi* o con un *How are you?* (¿Cómo les va?), y una señora mayor, que estaba delante del escaparate de una dulcería, dijo que éramos *a beautiful couple* (una bonita pareja).

En un pequeño estacionamiento descubrí un espacio con juegos: una resbaladilla, una estructura para trepar y un columpio. Nos sonreímos y corrimos hacia allí, sin habernos puesto de acuerdo con palabras. Lucian se sentó y yo me senté en sus piernas, de manera que nuestras caras se veían, y luego tomamos impulso, volamos cada vez más alto, reíamos y echábamos las cabezas para atrás. Fue un momento interminable.

—*So, who is cooking tonight?* (¿Quién cocina esta noche?) —nos preguntó la cajera del súper donde finalmente hicimos las compras.

—Cocinamos los dos.

Al regresar a casa eran un poco pasadas las diez. Yo había encontrado velas en una gaveta, mismas que coloqué en candeleros sobre platitos, mientras Lucian había puesto un CD de Beethoven.

Con la música a todo volumen, preparó la ensalada, mientras yo cortaba tomates en pedacitos para la salsa del espagueti. Cuando les tocó el turno a las cebollas y no sabía si cortarlas en pedazos o en tiras, se escuchó el piano de la sonata *Claro de luna*.

—Esta pieza la escuché la noche en que pasó —dije, y Lucian frunció el ceño—. El miércoles en que estuviste bajo mi ventana y tuve por primera vez esa sensación en el pecho. Estaba con Janne y Spatz en el desván, seleccionando cachivaches para el bazar. Esa noche también volví a encontrar el osito.

«Y por primera vez tuve la pesadilla», añadí con el pensamiento. Los ojos me lloraban por las cebollas. Lucian tomó el cuchillo de mi mano y me abrazó.

—También yo lo sentí —comentó, y colocó mi mano en su pecho—. Una fina ruptura ahí dentro, en lo hondo. Supe que estaba separado de alguien, pero no sabía de quién.

Me apartó el pelo de la cara.

—Esa noche, mientras estuve bajo tu ventana, todo era oscuro, fuera y dentro. Entonces, de improvisto, se prendió la luz y tú me miraste desde arriba; llevabas una camiseta de tirantes. ¿Extraño, no? En ese momento fuiste mi ángel.

Sonrió, torciendo la boca.

—Pero como cocinera realmente eres bastante mala. —¿De veras?

Me colocó un pedazo de tomate bajo la nariz.

—¿Nadie te ha dicho que debes pelar los tomates para hacer una auténtica salsa? Hasta yo lo sé.

—Puedes volar de regreso a Hamburgo y dejar que la jefa de cocineros te consienta —lo amenacé.

—No, gracias. Creo que prefiero una salsa con cáscaras —contestó Lucian, y sonrió con su callada risa áspera.

Cenamos en el porche. Lucian extendió una cubierta y dos cojines en el suelo de madera y prendió dos quinqués que había encontrado en la casa. También el gato regresó y se restregó ronroneando en nuestras piernas. En el súper compré comida para gato, que puse en un plato. Ávido, se lanzó sobre ella y después, de un salto, se sentó en la mecedora, bostezó a gusto, se lamió el hocico y se enrolló, formando una bola negra.

Colocamos la cazuela con el espagueti y el plato con la ensalada en una mesita delante de nosotros y nos alimentamos el uno al otro, por lo que la mayor parte del tiempo nos la pasamos con risitas, pues estábamos más ocupados en comernos con los ojos y las más de las veces nos salpicábamos. Como aquella noche en el techo de la casa de Tyger, bebimos champaña que habíamos descubierto en la cava y nos pusimos borrachos con bastante rapidez. Nos comimos el helado de vainilla en el mismo envase, echándole encima el chocolate caliente, y Lucian me ordenó que cerrara los ojos.

—¡Abre la boca! —me mandó—. Aquí te va una cucharadita.

Yo saqué la lengua, y lo expulsé todo cuando, en vez del helado, saboreé la salsa de tomate.

—¡Oye, tipo antipático! —grité, y traté de arrebatarle la cuchara, pero la levantó alto, y entonces le hice cosquillas hasta que cayó de espaldas como un escarabajo y, riendo, pidió misericordia.

Yo me tumbé a su lado. Todavía no era visible la Luna, pero el cielo estaba ahora colmado de estrellas. Incontables puntos de luz temblorosa salpicaban el profundo negror. Durante un momento, nos quedamos el uno junto al otro, callados, con los pies en dirección a la casa, las cabezas en dirección al cielo. En la mecedora maulló el gato suavemente, en sueños, y a través de las hojas de los árboles murmuraba el viento.

—¿Te puedo preguntar algo, Rebecca? —inquirió Lucian en medio del silencio. Sonó tan serio que me sobrecogí.

—Sí —le contesté, y me apoyé en ambos codos—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo se juega el *Spitz pass au*<sup>[79]</sup>?

—¿Qué? —me vino una tos—. ¿A qué viene eso?

—Como siempre. —Lucian me rozó la nariz. Sonrió, aunque solo con una

comisura de los labios y, exactamente como aquella vez en el bazar, apareció un hoyuelo en su mejilla—. He soñado con ese juego. Tú querías jugar, pero tu padre no tenía ganas. Parecía que habían jugado unas siete mil veces en los últimos días. Al llegar aquí vi que hay uno en la estantería.

Solté unas risitas. Me acuerdo muy bien con cuánta frecuencia le gané a mi padre. En realidad, siempre.

—Te puedo enseñar a jugarlo —le dije a Lucian—, pero te advierto que soy invencible.

Un momento de espera mientras Lucian se levantaba y regresaba en seguida con el juego. Decidimos que el vencedor pediría un deseo.

—Listo, Spitz —dije, al tiempo que repartí siete fichas a cada uno y coloqué mi cono sobre la base redonda. El cordón atado a mi cono lo mantuve bien agarrado entre pulgar e índice, y le pasé el cubilete a Lucian—. Toma el cubilete y lo pones con la abertura para abajo. Yo lanzo el dado. Si sale el seis, tienes que atrapar mi cono con el cubilete. Si logro retirar mi cono antes de que tú lo atrapes, gano una de tus fichas. Si atrapas mi cono, tú recibes una ficha mía. Pierde el primero en quedarse sin fichas. ¿Entendido?

—¡Uf! —expresó Lucian. Solté una risita, tomé un trago de champaña y comencé a lanzar el dado: saqué un cuatro, un tres, un uno... y otra vez un uno. Me carcajeé. Mientras Lucian tenía en la mano el cubilete boca abajo, me estuvo mirando a los ojos todo el tiempo. Traté de resistir su mirada y observé brevemente el dado.

Mis músculos se tensaron, mi corazón latía con fuerza y lancé el dado de nuevo. Saqué un cinco, un cuatro, un uno y un seis. Jalé rápido el cordón, pero Lucian fue más veloz: el cubilete cayó sobre mi cono, del que ahora solo se veía el cordón.

Lucian se sopló un mechón de la frente y estiró la mano a la ficha, con una burlona sonrisa de vencedor.

—¡Bah! —rezongué—. ¡No te hagas ilusiones! Fue pura suerte de principiante.

Le pasé una ficha.

Lucian rio malicioso y de nuevo eché el dado: un tres, un cinco, un cuatro, un seis. Como relámpago, jalé el cordón, pero de nuevo tardé demasiado. Lucian levantó el cubilete y le lanzó a mi cono una sonrisa de conmiseración.

—No te pongas triste, abuelita. La siguiente ficha, si tienes la bondad de pasármela.

Resoplando, le di la otra ficha, y volví a echar el dado: un seis... Lucian rio de nuevo.

—Siguiente ficha.

Un par de segundos después:

—Siguiente ficha.

Saqué un dos, un tres, un dos, un uno, un tres, un seis, jalé del cordón y me quedé

mirando enfadada el cubilete invertido.

—¡No vale! —exclamé sin aliento.

—¡Oh, sí! ¡Vale por todos los lados!

Le pasé la quinta ficha y, furiosa, le saqué la lengua. Mientras, decidí tomar de nuevo el timón: apreté el cordón entre pulgar e índice, saqué un cuatro, luego un seis. El cubilete sonó sobre la base y yo solté una maldición:

—¡Qué nefasto eres!

—Siento mucho pedirte una ficha —dijo, levantando una ceja, y me quitó la penúltima ficha.

Saqué un tres, un tres, un tres, un tres, un seis... y perdí mi última ficha.

—No comprendo —rebufé.

El gato se levantó de la mecedora, se dirigió hacia nosotros, se quedó quieto un momento, movió la cola, se giró con toda dignidad, nos dio la espalda de manera algo despectiva y desapareció en la oscuridad.

—Ahora tú —le ordené, ávida de lucha. Le pasé el dado a Lucian y tomé el cubilete con la otra mano.

Lucian colocó el cono en la base, agarró fuerte el cordón y lanzó el dado. Me quedé mirándolo y solté un rezongo por lo bajo, luego tragué saliva y solté una risita. Lucian no mostró ningún gesto y yo me concentré. Sacó un cinco y luego un seis. Jaló del cordón y en ese mismo momento lancé el cubilete.

—¡Ja! —triumfal, estiré la mano a la primera ficha.

Poco después, pedí la segunda y diez minutos más tarde Lucian me había tenido que entregar la séptima. Satisfecha, me eché para atrás.

—¿Sabes por qué podemos hacerlo? —preguntó—. ¿Verdad que sí?

Asentí, y de inmediato me dio un mareo. Lucian sentía lo que yo sentía. Yo sentía lo que él sentía. Era la misma armonía como en todos los momentos anteriores. Funcionaba a fracción de segundo. Con ojos relampagueantes, nos miramos.

—Tablas —dije—. ¿Y ahora qué?

—Considero que ahora debemos negociar nuestros deseos —propuso, inclinando la cabeza—. ¿Cuál es el tuyo?

Señalé hacia el lago.

—Nadar.

Él rio quedamente.

—Vaya, por casualidad yo también quería lo mismo.

Nos desnudamos, nos envolvimos en dos cobijas y corrimos al embarcadero. Hacía frío. Las nubes cubrían el firmamento, así que ahora no era posible ver ni la luna ni las estrellas. El viento penetraba por mi cabello y me rozaba la piel y, de repente, el ambiente olió a lluvia.

—¿De nuevo uno, dos, tres? —me preguntó Lucian cuando estuvimos en la orilla

del embarcadero. Le dije que sí. Nos soltamos las manos, estiramos los brazos y nos lanzamos de cabeza al agua.

La oscuridad me envolvió, pero Lucian de inmediato estuvo junto a mí. Lo sentía más fuerte que el agua fría que rodeaba mi cuerpo como una segunda piel. Con poderosos impulsos nos dirigimos hacia lo hondo, siempre unidos, hasta que yo apenas si tenía aire en los pulmones, pero cada vez quería ir más al fondo. Se alternaban capas de agua fría y caliente, y solo contra mi voluntad me vi obligada a regresar a la superficie. Lucian vino conmigo, emergimos al mismo tiempo y comenzamos a nadar de crol. Uno al lado del otro, aramos el lago nocturno con movimientos tranquilos pero vigorosos, sin hablar, sin pensar; sencillamente estábamos juntos, allí, en ese lugar mágico.

El viento se colaba por la copa de los árboles, rizaba la superficie del lago y, cuando llegamos a la mitad de este, comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia, vacilantes pero pesadas. Aterrizaban en la superficie con un suave *plaf*, y dejaban pequeños círculos, hasta que, en un rato, toda el agua estaba en movimiento. Las gotas se fueron haciendo más gruesas, nos golpeaban sobre la piel, en la cabeza, en los hombros y brazos desnudos. Yo sentía el agua por doquier: sobre nosotros, bajo nosotros, en torno a nosotros; nos envolvía con tamborilazos cada vez más sonoros, y mientras estábamos tomados de la mano, en medio de esos diminutos surtidores que cada gota de lluvia dejaba en el lago, pensé en aquella noche en Hamburgo, en la que soñé este preciso momento.

Lentamente, la lluvia amainó, como voces que se convierten en murmullos y luego en un susurro hasta callar por completo. El lago parecía resoplar en un gran respiro. La niebla se nos echó encima, arrastrándose desde los bosques, y se apoderó de la superficie del agua. En un lugar, las nubes se desgajaron y dejaron ver una única estrella.

Las gotas que ahora me caían sobre las mejillas eran calientes y salinas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó asustado Lucian—. ¿Por qué lloras?

—¡Porque soy muy feliz! —susurré entre lágrimas, y me eché a reír.

Luego de una ducha caliente, nos acurrucamos en la cama bajo una cálida cobija.

—Te amo, Rebecca —masculló Lucian—. Te amo más que a mi vida. Apreté su cabeza contra mi pecho. —Yo también te amo, Lucian. Estrechamente abrazados, nos dormimos.



Escuché el sonido como en sueños. Venía de lejos, pero fue acercándose más y más, y haciéndose cada vez más alto, hasta que se volvió estridente en mis oídos.

Abrí los ojos. Afuera el día clareaba, y en el cuarto hacía frío y yo tiritaba.

Lucian estaba despierto. Tomó mi mano y no se movió. Tampoco yo lo hice.

El teléfono sonaba. Era el sonido más desagradable, ajeno y al mismo tiempo real, que yo hubiera oído. Duró poco. Cuando calló, nosotros seguimos también callados.

El gato estaba a los pies de la cama, bostezó y abrió un ojo, como si quisiera cerciorarse de que aún estábamos allí.

Fue Lucian quien rompió el silencio.

—Volverá a suceder.

—¿Qué quieres decir? —susurré, aunque no había ningún motivo para hablar bajo.

—El sueño —señaló Lucian. Estaba acostado de lado y me miraba de hito en hito.

Sus ojos nunca habían estado tan luminosos, ni las sombras debajo de ellos tan profundas. De pronto, su piel me pareció demasiado delicada, casi permeable.

Sacudí la cabeza. Era el primer movimiento que hacía desde que me desperté, y fue uno muy fuerte.

—No —dije, y mi voz sonó tan aguda por todo el cuarto que el gato, espantado, saltó de la cama y desapareció por la puerta—. ¡No, porque lo impediremos!

—No podemos impedirlo, Rebecca —la voz de Lucian sonó tranquila.

—¿Qué estas diciendo? —me incorporé—. ¡Claro que podemos impedirlo! Estamos aquí y no hay ningún candil ni alfombra verde. Tú mismo lo has dicho. Aquí estamos seguros.

—Volverá a suceder —repitió Lucian sin tonalidad.

—¿Cómo lo sabes? —ahora grité. ¡¿Maldita sea, cómo podía estar ahí acostado y decirme una cosa así?! Cerré los puños. Me venían deseos de golpetearle el pecho—. ¿De dónde?

Lucian me tomó del brazo y me atrajo hacia él.

—Rebecca —me susurró al oído—. Rebecca, escúchame, ¿quieres? Por favor, escúchame.

No tuve energía ni para asentir.

—Ayer, cuando estábamos en aquella montaña y mirábamos la punta de la cola del lago, me preguntaste si podía acordarme de quién había sido yo. Te respondí que no lo recordaba, pero que lo podía sentir. Y así es. Siento de dónde vengo, Rebecca. Y siento que lo ocurrido volverá a pasar. Solo que no tengo palabras para expresarlo y por eso no puedo explicártelo.

Se apartó un poco de mí, para poder verme la cara. Sus pómulos resaltaban más que antes.

—No tengo palabras para explicarlo, pero siento que ha ocurrido.

Tiré de la punta de la cobija y la retorcí en una estrecha espiral hasta que me quemó la piel de los dedos.

—Inténtalo —le dije—. ¡Por favor, inténtalo siquiera!

Lucian también se incorporó e inclinó la cabeza hacia la pared. Parecía agotado.

—Ayer me hablaste de esa muchacha pelirroja de la playa, la niñera de tu hermanita.

—Faye —murmuré.

—Esta noche he vuelto a soñar con ella —las manos de Lucian estaban en su regazo con las palmas vueltas hacia arriba; las contemplaba pensativamente—. Estábamos sentados con ella en la playa, pero esta vez había alguien más. Una niña pequeña de rizos rubios.

—Val —dije—. Es mi hermana pequeña.

Lucian asintió casi sin darle importancia y se quedó mirando sus manos fijamente.

—Estaba sentada en el regazo de Faye y le jalaba los cabellos rojos. De repente le preguntó: «¿Si me muero, estaré sola?». Faye rio y le contestó: «No estarás sola». Y luego nos miró, y añadió: «Tú nunca estarás sola. Siempre hay alguien contigo».

Nuestras miradas se encontraron, se entrelazaron e intentaron adherirse una a la otra.

—Cuando Faye levantó la mano para apartarse el cabello de la cara —prosiguió Lucian—, le vi las palmas y eran como dijiste anoche. Faye no tenía líneas y supe que no era un ser humano, sino... como yo, pero no tenía a nadie a su lado.

Lucian me tomó la mano y siguió las finas líneas con las yemas de sus dedos.



—¿Qué había pasado con el ser humano de Faye? —preguntó en voz baja.

Mortificada, gemí. No quería que tuviera que hablar de esto aquí. Prefería que todo quedara como estaba. Pero, pese a todo, se lo narré. Le relaté cómo Faye y Finn habían salido corriendo de la casa antes de que ardiera y sobrevivieran al incendio. Esto lo remarqué obstinadamente. Lucian me acarició la mejilla con la punta del dedo.

—¿Y luego? —preguntó con suavidad.

—Entonces permanecieron juntos —le dije.

—¿Cuánto tiempo?

Me mordí los labios.

—Diez años —dudé sobre si había dicho diez minutos.

—¿Y qué ocurrió luego?

Cerré los ojos:

—Finn se enfermó —susurré—. Faye quiso ir por un médico. Cuando regresó, Finn había fallecido.

—Y Faye se quedó sola. —Lucian dijo esto como una afirmación, no como pregunta.

—Sí —corroboré. Me sentía mal. No quería pensar en Finn y Faye. No quería pensar en la muerte. Sobre todo, no quería pensar. Quería echar la cobija sobre nosotros dos, y que bajo ella ambos desapareciéramos para siempre.

—¿Qué significa esto para ti ahora? —le pregunté a Lucian—. ¿Qué significa para los dos?

Me dolía expresarlo; era un auténtico dolor corporal, diferente del que ocasionó nuestra separación pero igual de insoportable.

—¿Puedes... quieres... regresar?

Pensé en las palabras de Faye: «Ambos tienen que querer», dijo. Me así fuerte de Lucian y él puso el brazo en torno a mí, pero esta vez me sujetó tan fuerte como yo a él.

—No —susurró en mi cuello—. No quiero regresar. No te dejaré sola. Me he convertido en ser humano porque te amo. Me transformé en hombre porque quise salvar tu vida, y los ángeles no pueden salvar, ¿no es así?

Tomó mi cara en sus manos.

—Tenemos que tratar de vivir juntos hasta que ocurra. Hemos de intentar no separarnos. Esta es nuestra única oportunidad.

—¿A qué viene eso de *intentar*? —grité como loca—. Deja de decir que sucederá. ¡No tiene que ocurrir! En el caso de Finn, la casa se incendió. Novell se suicidó. Un incendio nadie lo puede evitar y el suicidio no entra en mis planes. ¡Con nosotros es diferente, Lucian! Con nosotros se trata de un cuarto extraño que ni siquiera conocemos, que nada tiene que ver con mi vida. ¿Quién dice, pues, que debo aterrizar

en ese cuarto de mierda?

—Rebecca —acarició mi pelo—, tú acabas de preguntármelo y yo te he dicho que sucederá.

—¿Cómo lo sabes?

Yo no podía, no quería quedarme tranquila con sus explicaciones; ¡ni siquiera lo eran!

Lucian miró por la ventana. Afuera ya casi había clareado del todo.

—¿Cómo sabes que tu vida está por acabarse? —preguntó, en vez de responderme—. ¿De dónde sabes que un día vas a tener que morir?

—¿Cómo va a ser de otra forma? —bufé—. No hay comparación. Todo. ser humano sabe que alguna vez tiene que morir.

—Eso es correcto —asintió—. Pero ¿cómo lo sabe?

—Pues porque todos mueren en determinado momento.

—¿Y de dónde sabes tú que no será diferente en tu caso, que contigo no se hará ninguna excepción?

—Porque... porque... ¡Ay maldita sea! —gemí, acorralada—. Me importa una mierda el que alguna vez tenga que morir; no se trata de eso. Se trata de ahora. Se trata de nosotros. Si creyera que no es posible cambiar nada, no estaría aquí, me habría quedado en Los Ángeles y me habría conformado con mi asquerosa suerte. ¡Pero no lo he hecho ni lo voy a hacer!

Callé rabiosa, mientras Lucian me acariciaba el pelo suavemente. A diferencia de mí, guardó silencio con más suavidad, pero eso me lo dijo todo: mis palabras no le habían llegado.

El cuarto se enfriaba cada vez más. Cuando tomé mi blusa recordé el sueño de Lucian acerca del mono de papel maché y la cubeta con pintura. ¡Esa es la mejor prueba! Le conté de *atelier* en Hamburgo y de la cocina sucia.

—Me pasó tal como lo soñaste, pero estaba preparada, de modo que impedí que la cubeta me cayera encima... Por tanto... —miré a Lucian, triunfante—, no pasó. El aspecto del cuarto según el sueño lo conocemos de sobra. Por principio de cuentas, a nosotros no va a sucedernos, como a Faye con Finn. Aún si existiera esa habitación, lo único que tenemos que hacer es ¡no poner un pie ahí!

Me inundó nueva energía. Puse la mano en el brazo de Lucian.

—Regresemos con mi padre y hablemos con él —propuse, resuelta—. Él no es como Janne. Él también me protegerá y me escuchará. Nos escuchará y procurará ayudarnos.

—¿Sabe siquiera dónde estás? —preguntó Lucian.

—No —repuse—, y por primera vez desde que estoy aquí me doy cuenta de que mi padre no ha sabido absolutamente nada de mí desde hace dos días y dos noches.

«Podemos hablar con él —repetí, testaruda—. Nos va a ayudar y procurará que

estemos juntos».

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lucian.

Afuera cantó un pájaro, y yo me quede mirando a Lucian.

—Sencillamente lo sé; igual que tú.

La expresión de Lucian cambió. En su rostro apareció color nuevo, a sus ojos regresó el resplandor y las sombras se aclararon. La comisura izquierda de su boca se estremeció y se convirtió en la suave sonrisa que yo tanto amaba. Inhalé profundamente.

—¡Quiero una segunda oportunidad, Lucian! ¡Quiero una oportunidad contigo!

Lucian se recostó y miró al techo.

—Bien —respondió sin mirarme. Se volvió a incorporar—. Pongámonos en camino.



**L**egamos a Los Ángeles al atardecer. El aire era pesado y opresivo; el cielo, un gris sucio y el mar una masa plúmbea que apenas si se distinguía del asfalto de las calles.

Lucian no había dicho una palabra durante todo el trayecto, y ahora, al doblar por la calle de papá, tampoco nos dijimos nada, solo señalé cuál era la entrada de la casa.

Lucian titubeó. Luego frenó, puso la reversa y giró.

—Creo que es preferible que no entremos con un auto robado —dijo—, y menos en uno como este —rio pícaramente—. No cuadra con el lugar.

Estacionó el coche en un rincón protegido por donde pasa la estrecha senda de los amantes de la caminata y que conduce a las montañas. Luego nos bajamos, tomados y, tomados de la mano, caminamos hacia la casa. Las piernas me pesaban como plomo.

El coche de mi padre estaba ante la puerta de entrada. En el garaje abierto vi el deportivo de Michelle, y delante estaba estacionado el Bentley de Faye.

Lucian se quedó mirando.

—¿Estas preparada? —preguntó.

Pensé que no, pero inhalé aire profundamente y asentí. En la puerta de la casa, me pegué al brazo de Lucian y toqué. El ruido era tan espantoso como el sonido del teléfono que nos había despertado al amanecer en la casa del lago. Ambos dimos un salto hacia atrás, cuando de inmediato se abrió la puerta. Michelle estaba frente a nosotros, pálida y sin maquillaje, con los delgados labios comprimidos. Mientras que solo pasó su mirada por Lucian, a mí me vio como si lo que más le habría gustado hubiera sido cerrarme la puerta en las narices y de esa manera hacerme desaparecer para siempre; pero quizás eso era también lo que yo quería para mí.

Cuando abrió la puerta del todo, me vinieron unas súbitas ganas de darme la

vuelta y salir corriendo.

Pero Lucian me echó hacia delante y de golpe me sentí como una prófuga que se entrega a la policía por voluntad propia.

Mi padre estaba sentado en la cocina, donde olía a sudor y humo de cigarro. Sobre la mesa había media botella de vodka y un cenicero con media docena de colillas secas. Hacía siete años que mi padre había dejado de fumar; yo misma le saqué la promesa de no volver a fumar. Junto al refrigerador, en el otro extremo de la cocina, se encontraba Faye. Su cabellera pelirroja estaba desordenada, y su vestido azul claro arrugado. Su aspecto era como si la hubieran arrastrado fuera de la cama. Debajo de ella se veía a Val. Mi hermanita tenía tomada a Faye por las piernas y su cara redonda asomaba entre estas como si fueran barrotes.

De todo esto me percaté en fracciones de segundo.

Era como una pieza teatral donde el director hubiera ordenado a los actores que congelaran la escena. Lo único que se movía era la familia Simpson en la tele de la pared, quienes se encontraban en su sala, a todas vistas helada, castañeteando los dientes.

«Papá, me congelo», se quejaba Bart Simpson con su voz de cómic.

«No te preocupes, hijo», le contestaba Homero, mostrándole un par de calcetines de lana y unas parkas: «Estos calcetines de lana y estas parkas te mantendrán caliente».

El tonito de la esposa de Homero fue remedado con la aguda voz de mi hermanita.

—¿Este es el asesino, papá? —preguntó Val y, a través de las piernas de Faye, señaló con el dedo a Lucian.

Desde la tele, Homero Simpson contestaba: «Yo pensaba que el calentamiento global se encargaría de esto. Sería mejor que Al Gore tirara la toalla».

—Faye, por favor —escuché la voz gritona de Michelle—, lleva a Val arriba, ¿me oyes?

De inmediato, Faye se dio la vuelta, tomó por el brazo a Val, quien se defendía contorneándose y gritando, y desapareció de la cocina. Imponente, la seguí con la mirada.

Mi padre apagó el televisor y la familia Simpson se esfumó. El silencio era abrumador.

—Papá, tengo que hablar contigo —mi hilo de voz resonó en mis oídos.

Mi padre se levantó con tal lentitud que me pareció que jamás iba a acabar de hacerlo. Llevaba la camisa mal abotonada, y de inmediato caí en la cuenta de que Janne se la había comprado hacía años en el Schanze, en Hamburgo, junto conmigo.

«Le queda tan bien —había dicho Janne—. Hace que sus ojos resalten».

Ahora los tenía inyectados en sangre. Colocó las palmas sobre la superficie de la

mesa, y de un solo manotazo arrojó la botella, el vaso y el cenicero. Volaron cenizas por todas partes. Las colillas aterrizaron en el suelo, donde se repartieron en masas irregulares. El vaso se quebró en miles de fragmentos: algunos saltaron hasta la estantería, otros se deslizaron por el suelo como cubitos de hielo. El cenicero se partió en dos; fue un sonido diferente de cristal que se fragmenta: más claro, como una simple ruptura. Solo la botella de vodka quedó entera. Rodó por el suelo plano de la cocina hasta que quedó quieta como a un metro de nuestros pies. Sentí a Michelle a mi espalda. Parecía emanar frío de ella, y cuando miré la cara de mi padre me percaté del terrible error que había cometido al traer conmigo a Lucian.

—Papá, escúchame —repetí. Sentí mi lengua como apretada y mi padre aniquilaba cualquier otra palabra.

—No, Rebecca —y sonó tan tranquilo que sentí pánico—. No quiero que me digas nada. Ni una sola palabra.

Se acercó a Lucian, quien permanecía junto a mí como plantado en el suelo.

—¡Suéltala! —susurró, levantando el puño—. ¡Aparta los dedos de mi hija en este mismo instante!

—No, señor —la voz de Lucian sonó más tranquila que la de mi padre—. Y si no escucha a su hija, entonces tendrá que escucharme a mí.

—Creo que no nos hemos entendido bien —el puño de mi padre salió disparado, pero en vez de pegar en la cara de Lucian, lo agarró por el cuello de su chaqueta. Lo sacudió y yo me sacudí toda al mismo tiempo. Sentí la vibración en todo mi cuerpo. Lucian me tenía tomada de la mano con férreos dedos. Era como si se hubiera concentrado en no soltarme. Miré rápido a un lado, Faye había aparecido de nuevo en la cocina. Se puso junto a mi padre, con su expresión tranquila y concentrada. Michelle se encontraba apoyada en uno de los muebles de la cocina, no lejos de ella. Pero ni mi padre ni ella parecían percatarse de la presencia de Faye. Faye miró fijamente a Lucian, y él dejó de mirar a mi padre y la miró a ella. Luego se dirigió de nuevo a mi padre:

—Sea lo que sea que usted se haya propuesto, Rebecca y yo no vamos a separarnos —dijo.

Los ojos de mi padre parecían despedir fuego. Metió su mano libre en el bolsillo del pantalón y emití un grito ahogado. Durante un momento pensé que iba a sacar algún arma y, en cierto sentido, eso fue lo que hizo: puso el celular bajo la nariz de Lucian.

—Me puse en contacto con la policía —dijo—. Están enterados de que mi hija desapareció sin dejar rastro y probablemente se encuentra en manos de un psicópata. No necesito más que oprimir este botón y la policía se presentará aquí.

Mi padre abrió el celular.

—¡No lo hagas! —grité, fuera de mí. Corrí a sus brazos, pero mi padre me apartó

como si no pesara nada, mientras que con la mano continuaba sosteniendo a Lucian con firmeza.

—¡Papá, por favor! —comencé a sollozar—. Deja que te explique; lo puedo aclarar todo. Lucian no es ningún asesino. Él es... él... él es...

—Yo sé quién es —me cortó la palabra mi padre—. No necesito explicaciones. Lo digo en serio, Rebecca. Cierra la boca. Una palabra de cualquiera de los dos y llamó a la policía.

Me eché para atrás. Suplicante, miré a Faye, pero ella meneó la cabeza suavemente sin perder de vista a Lucian, el cual me tenía agarrada férreamente.

Michelle ahora se me aproximó. Puso la mano en el hombro de mi padre y miró de Lucian hacia mí.

—Tu madre viene en camino, Rebecca —señaló—. Ayer le llamé. Ya está en el avión y aterrizará en cualquier momento.

—¡No! —dije, mirando a mi padre—. ¡No! ¡Michelle no pudo haber hecho tal cosa!

—Así es, Rebecca —mi padre estaba muy tranquilo—. Sí lo hizo, con todo mi consentimiento. Y Janne nos contó todo.

—Mi mamá se equivoca —salté de inmediato—. ¡Ella no conoce toda la historia! Por favor, papá, escúchame solo un momento...

Mi padre oprimió el botón de su celular con el pulgar.

—Aquí Alec Reed —escuché segundos después—. Vengan de inmediato a Delamore Street número 77. Mi hija regresó y el joven está con ella... Sí, exactamente, sí... gracias. Hasta pronto.

Mi padre volvió a meter el celular en el bolsillo del pantalón y soltó la chaqueta de Lucian.

—Se acabó el juego —dijo—. Tengas lo que tengas en la cabeza y cómo te las hayas arreglado para seguir a Rebecca, no vas a tocar ni un cabello de mi hija.

—Lo único que pasa por mi cabeza —repuso Lucian, tranquilo—, es el deseo de salvar la vida de Rebecca. Y para ello hemos de permanecer juntos. Si usted me separa de su hija, señor, no seré yo el asesino de Rebecca, sino usted.

Ahora mi padre se dispuso a golpearlo, pero esta vez su mano quedó colgando en el aire. Su rostro adoptó una expresión de desconcierto. Bajo la mano, miró hacia donde estaba Lucian y luego, impotente, hacia mí, como si yo hubiera realizado un excelente truco de magia.

Estaba agitada, pero traté de permanecer tranquila. Sabía lo que había ocurrido.

Mi padre miraba directamente a donde estaba Lucian, pero no lograba verlo. Su mirada vagó de un lado para otro, como si tuviera una alucinación, y evidentemente eso era lo que tenía pues, al igual que Faye, Lucian seguía en la cocina, pegado a mi costado. Yo sentía el calor de su cuerpo y de su mano, que apretaba firmemente mis

dedos, y hasta percibía su aliento.

Michelle también estaba totalmente trastornada, y desde el marco de la puerta se oyó la voz de Val:

—¿Dónde está, caramba? —dijo angustiada y con voz de pajarito—. ¿Cómo lo hizo?

—¡Val! —Michelle corrió hacia su hija—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Faye?

—¿Y dónde...? —tartamudeó mi padre.

Sonó el timbre de la puerta. Dos, tres, cuatro sonidos estridentes, uno tras otro.

Mi padre salió de la cocina, y Michelle fue tras él.

Val se había acurrucado bajo la mesa, mientras que Faye hacía un ligero movimiento de cabeza en dirección a la puerta. Sentí cómo la mano de Lucian me soltaba. Desesperada, traté de impedirselo, pero Lucian se zafó. Entonces, me soltó del todo y se volteó hacia mí.

Su mirada era tranquila, y en ese momento sentí cómo me devolvía la confianza de que todo iba a salir bien. Como fuera, Lucian lo conseguiría. Su sonrisa me dio una vez más ese apoyo, luego se dirigió a la puerta de la cocina. Faye lo siguió. Se escucharon pisadas por el corredor. Oí una voz masculina desconocida y luego las voces de papá y de Michelle.

—Hace un momento estaba aquí...

—Desapareció sin dejar rastro...

—En un segundo...

Un policía entró en la cocina detrás de mi padre y Michelle, un rechoncho de cabello rojo zorro. En el hombro izquierdo, pegada a la insignia, resaltaba una mancha de aspecto pegajoso que parecía como excremento de gaviota.

Con las cejas juntas, miró de mí hacia mi padre.

—Puedo... —tartamudeó mi padre—. No me lo explico, Oficial. Hace un momento el joven todavía estaba aquí.

—¿Qué demonios está pasando?! —expresó Michelle entre dientes—. ¿Quién es ese tipo?

«Ahora mismo está saliendo de la cocina», dije con el pensamiento, pero en voz alta solté:

—No sé —y traté de no mirar en dirección hacia Faye, quien ahora abandonaba la cocina—. No tengo la menor idea de dónde esté.





**M**i padre me arrastró por toda la casa. Escaleras arriba, escaleras abajo, durante una hora. Era casi como el día después de mi cumpleaños, aquí en Los Ángeles, cuando yo, estando sola y como demente, me sentí azuzada a revisar cada habitación. Solo que entonces huía de mis pensamientos, mientras ahora mi padre había organizado una encarnizada operación de búsqueda.

Me preguntó más o menos una docena de veces que había pasado con Lucian, y yo respondía como un loro amaestrado: «No sé, no sé, no sé», hasta que las palabras sonaban como una letanía carente de sentido. Era claro que mi padre, lo mismo con Michelle, no me eximían de nada, mientras que el oficial, por el contrario, había empezado a dudar que los dos estuvieran en sus cabales.

—Que un joven se haya esfumado en el aire difícilmente lo podría asentar en el informe —dijo el oficial, encogiéndose de hombros con cierto sentimiento.

Luego me preguntó dónde había estado.

—Solo me fugué de casa —le respondí, y una vez que mi padre, desesperado, le describió al oficial el aspecto de Lucian, por enésima vez: delgado, pálido, rasgos afilados cabello y ojos negros, mirada perdida, el oficial se marchó.

Desde que Faye no volvió a aparecer, Michelle se había retirado con Val al cuarto de los juguetes y yo traté de hablar con mi padre una última vez. ¿Qué pasaría si Lucian no fuera mi asesino, sino mi único salvador posible? ¿Qué pasaría si mi vida se encontrara en peligro porque nadie quisiera creernos? ¿Qué pasaría si tuviera que morir porque nos hubieras separado?

La expresión del rostro de mi padre se debilitaba con cada pregunta, hasta que comprendí que creía que yo había perdido la razón. Luego miró el reloj y dijo que tenía una hora de haber aterrizado el avión en que venía mi madre.

Al escuchar esas palabras, renuncié a todo intento.

Que Janne se dejara convencer en estas circunstancias era algo que no podía imaginarme ni en sueños. Y solo perdí la razón cuando pensé en tener que aclararle todo el asunto.

Mi padre no me había creído, y mucho menos lo haría mi madre. Incluso si les llegara a quedar claro que Lucian poseía cualidades extrasensoriales, nunca aceptarían que se tratara de un ángel.

*Él es mi ángel. Si lo pierdo, moriré.*

¿Por qué las palabras que habían degenerado en cliché se volvían tan endemoniadamente increíbles? Nunca me había puesto a reflexionarlo.

Incluso si Tyger —dondequiera que ahora estuviese—, intentara intervenir, mi psicóloga madre lo declararía sencillamente loco; lo mismo que a mí, con la única diferencia de que yo no podría volverme invisible.

—Quiero ir a mi cuarto —pedí.

Mi padre me miró con tristeza.

—Creo que es preferible que te quedes conmigo hasta que llegue Janne. —Puedes encerrarme cuando haya entrado.

Me encaminé a mi cuarto con toda calma. Mi padre me siguió. Me mantuve callada incluso cuando se adelantó, entró en la habitación y echó un vistazo al vestidor, al baño contiguo y hasta debajo de la cama. Un momento después escuché cómo giraba la llave por fuera. Mi padre había observado con todo detalle debajo de la cama, pero no había visto quiénes se posaban en ella.

Lucian y Faye estaban sentados sobre el cobertor con las piernas cruzadas. Me aguardaban.

Sin decir palabra, los miré a ambos y en ese momento me percaté, con claridad y por primera vez, lo diferentes que era.

Hasta ahora había visto solos a Tyger, a Faye y a Lucian, pero en ese instante comprendí que a Lucian y a Faye los unía algo que yo desconocía, que nunca había vivido y que jamás lograría comprender.

Incluso si Lucian se había mostrado tan humano los últimos dos días, tan real, tan piel y carne, sangre, boca y corazón, no era como yo. Era como Faye. A eso se refirió por la mañana. Como Faye, él pertenecía a otra realidad, una de la que yo nunca formaría parte.

—¿Qué hacemos ahora? —rompí el silencio murmurando.

Faye y Lucian me miraron.

—Permanecer juntos —respondió Faye—. Donde sea, como sea... hasta que suceda.

Tragué saliva. Pero esta vez no me opuse ni tenía plan alguno, ninguna solución, ninguna idea. Mi repertorio estaba agotado.

—¿Qué propones? —le pregunté a Lucian.

Miró su palma abierta, como si fuera a leer allí la respuesta.

—Tenemos que buscar la habitación —contestó—. Al menos ya estaríamos allí y sabríamos dónde nos espera el suceso.

Lentamente, me dirigió la mirada. Mi corazón se lanzó a correr, como si Lucian hubiera propuesto buscar la trampa por donde caeríamos en lo profundo. Sonó como la preparación para el suicidio. Pero al mismo tiempo supe que tenía un sentido. Mi madre todavía no llegaba. Aún teníamos una oportunidad de sobrevivir o morir juntos.

Fui a la ventana. Conducía a la parte oeste del predio. Afuera comenzaba a amanecer. El mar era una franja plateada, y el jardín debajo de nosotros estaba por completo en paz. Miré el árbol que había delante de la ventana, entre la cerca que resguardaba el camino a la calle. En una de las ramas, entre espesas hojas verdísimas, se había posado un pájaro, un pequeño gorrión que, sin importarle nada, soltó un gorjeo y aleteó. Al verlo en el aire me vino una sensación parecida a la que tuve en la fiesta de cumpleaños de Suse junto al Elba. Entonces me llegó como un *déjà-vu*; supe que ya había estado aquí, que este momento no lo estaba viendo por primera vez. Había sido un momento feliz; eso también lo percibí. Había una risa interior en mí, como un eco de otro tiempo. Lentamente, me giré hacia Lucian.

—Perfecto —concedí—. Nos descolgamos y buscamos ese cuarto.

Lucian se había levantado de la cama. Se aproximó, me tomó del talle y reposé la cabeza en su hombro. Estuvimos allí callados un ratito y luego Lucian señaló al árbol. Era un tilo de grandes hojas de un color verde claro. Una de las ramas estaba bastante cerca de la ventana, pero para llegar al tronco había que pasar un buen trecho colgando de los brazos.

—¿Te atreves? —preguntó Lucian.

Asentí.

Faye corrió a la puerta y escuchó. En el pasillo estaba todo callado.

—¿Hay algo que quieras llevarte? —preguntó Lucian.

—A ti —y le eché los brazos al cuello. Por encima de su hombro vi que Faye estaba en la puerta; me sonrió... y había tanto en esa sonrisa: aflicción, añoranza, deseos...

Luego cayó mi vista sobre la esponja de la felicidad de Spatz. Se encontraba sobre la almohada, la tomé y me la metí en el bolsillo.

—Vamos —espeté.

Lucian me besó tiernamente.

—Yo primero —dijo, y rio ligeramente—. «Yo Tarzán, tú Jane».

Con pies ligeros, se impulsó hasta el alféizar de la ventana, alcanzó la rama de un salto y, bien asido a ella, fue avanzando, colgando, con soltura de sus movimientos, hasta que alcanzó el tronco, desde donde descendió hasta tierra, sin ruido, como un

gato.

Mi descenso no ocurrió con tanta elegancia. Cuando me coloqué en el alféizar, el corazón me golpeaba hasta las orejas. Para poder alcanzar la rama tuve que encorvarme mucho, y cuando mis manos atrapaban el aire, sentí que iba a caer.

—No pienses —me gritó Lucian desde abajo—. ¡Solo salta!

Inhalé, estiré las manos, di un salto y me agarré de la rama. Era lo bastante gruesa como para rodearla con las manos, pero cuando crujió solté un gritito. Mis piernas se bamboleaban y sentí como si mi cuerpo fuera a desgajarse por la mitad. Con los dientes bien apretados, llegué hasta el tronco.

La rama había resistido. Mis manos sudaban al grado de que lograba sostenerme. Temblando, busqué la siguiente rama con los pies, me raspé las palmas con la corteza áspera, y en los últimos metros me dejé deslizar hasta abajo como un costal húmedo.

Las piernas se me doblaron y caí de espaldas como un escarabajo. Lucian me tomó por las axilas y me levantó del suelo.

Detrás de nosotros se escuchó un susurro.

Yo me encontraba todavía medio levantada, bien agarrada de las manos de Lucian, que me desgarraban y arrastraban, cuando alguien apareció detrás de la cerca.

No era mi padre.

Ni Janne.

En el jardín, apenas a un metro de distancia de nosotros, estaba Sebastian.



**A**mbos, Lucian y Sebastian, hicieron una mueca, como con una sola boca. Yo me encogí toda, pero Lucian se colocó delante como escudo protector.

—¿Qué haces aquí? —acometió Sebastian—. ¿Qué quieres con ella?

—Salvar su vida —repuso Lucian—, y por lo mismo, vas a dejar que nos marchemos.

—No —dijo Sebastian—. Da la casualidad de que lo mismo me propongo yo. Rebecca me llamó diciéndome que iba a morir y hasta me contó *dónde*, solo se calló el *cómo*, pero ahora esto también lo sé.

Lucian avanzó hacia mí, con sus cejas negras bien fruncidas y una profunda incredulidad en su mirada.

—¿Qué está diciendo él? —exclamó con voz ronca.

Bajé la cabeza.

—Es verdad. Pero no es como piensas. Solo hablé de ese cuarto, el de la pesadilla; estaba por completo fuera de mí, yo...

Me paré en seco. ¡¿Dios mío, qué había hecho?! Había dicho estas palabras a los oídos de Sebastian, sin explicar lo más fundamental, y al momento siguiente olvidé por completo mi histórico *impromptu*. Había pensado tan poco en ello como en todo lo demás. No tuve conciencia en lo más mínimo de lo que se iba a armar con mis palabras.

Moví la cabeza alocadamente. Su rostro lucía tan herido, se veía tan desconcertado...

—Sebastian, tienes que dejarnos ir —le supliqué llena de pánico—. ¡Lucian tiene razón! Te lo explico luego, pero ahora debemos partir inmediatamente de aquí. Mi madre...

—... puede estar aquí en cualquier momento —completó mi frase Sebastian—. Ayer me habló y me preguntó si sabía de ti. «Una señal de vida», dijo, y de él, — Sebastian lanzó una mirada hacia Lucian—, también habló.

—¡No! —grité—. ¡No! —miré a Sebastian hecha una furia—. ¿Le contaste de nuestra conversación por teléfono?

—No tengo tiempo de hablar —contestó—. Iba camino al aeropuerto, igual que tu madre. Viajamos en diferente clase, pero en el mismo vuelo. Ella no me vio.

«Te llevaré —dijo Sebastian, estirando la mano—, a un lugar seguro, donde tu madre no pueda encontrarte. Ven ahora, ven conmigo, Becks».

Se le quebró la voz. Estaba tan desesperado que me dolió en el cuerpo. Durante un corto momento sentí el impulso de acariciar su mano, que todavía tenía tendida hacia mí. Asustada, me eché para atrás y me pegué a Lucian.

—Rebecca, ven conmigo —dijo Lucian, como escupiendo las palabras—. Y tú desapárate de aquí, ahora mismo.

—Desde luego que no lo haré —el rostro de Sebastian estaba encendido de odio—. Ya la he dejado sola bastante tiempo.

Cerré los ojos. Las palabras de Tyger vinieron a mi mente; las palabras que le había dicho a Sebastian sobre que había cosas por las que debía luchar porque la vida a veces es más corta de lo que creemos.

—¿Cómo sabes que no fue él? —Lucian se dirigió a mi y señaló a Sebastian con la cabeza. En un primer momento no capté a qué se refería, pero cuando lo comprendí, me llevé las manos a la boca. El cuarto, los cristales abundantes, yo en el suelo, la sangre...

—No —dije casi sin aire—, no... no... ¡no es posible! Sebastian no es un... Sebastian dio un paso hacia Lucian.

—¡Tú, maldito cerdo! —le gritó. Y le lanzó un golpe. Emitió un grito desgarrador, y al siguiente momento oí cómo su puño daba en el pómulo de Lucian, quien se llevó la mano a la mejilla y se quedó mirando pensativo, casi sorprendido, la sangre en su dedo, que de nuevo desapareció. Sebastian estaba tan fuera de sus casillas que ni siquiera se percató.

Y esta vez Lucian no se volvió invisible, sino que le devolvió el golpe. Agarró fuerte a Sebastian por el hombro y con la otra mano le encajó el puño en el estómago. Sebastian se dobló, se tambaleó hacia atrás, pero se repuso con rapidez y comenzó a golpear a Lucian con ambos puños. Eran golpes alocados y sin control, pero dieron en los hombros, la cabeza y la boca del estómago de Lucian.

En los ojos de Sebastian había más que odio y, totalmente aturdida, comprendí que no era solo la angustia por mí lo que lo impulsaba, sino que estaba loco de celos. Parecía que sacaba todos los sentimientos que se le habían acumulado en los últimos meses.

—¡Paren! —rogué—. ¡Estás haciendo mal, no entiendes! ¡Tienes que dejarlo! Lucian está aquí para ayudarme. Él es el único que puede hacerlo.

Él es...

Pero Sebastian no parecía tomarme en cuenta. Cuando quise asirlo por los hombros, me rechazó y de nuevo se volvió contra Lucian, quien ahora se protegía bajo su puño, y luego se volcó como una fiera sobre Sebastian. Con golpes atinados le dio en el rostro, entre las costillas, hasta que Sebastian se quedó sin aire.

—¡¿Están locos?! —grité—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Miré la ventana, pero ya no estaba abierta. ¿La habría cerrado Faye? ¿Estaría todavía en el cuarto? ¿O mi padre había abierto la puerta? ¿Aparecerían ahora en la ventana? Sebastian atacaba otra vez y tenía a Lucian en el suelo. Jadeando, comenzaron a pelear rodando sobre la hierba, hasta que Sebastian estuvo encima. Se sentó sobre el tórax de Lucian, atrapó los codos de este sobre la hierba usando sus rodillas y cerró los puños.

—¿Dónde está ella? ¿Dónde está mi hija?

Mi corazón se detuvo. Era la voz de Janne. Venía de la calle y se oía llena de pánico; de inmediato escuché a papá.

—¡Justo aquí!

Tuve deseos de lanzarme sobre Sebastian, sacar a Lucian de debajo de él, pero mis músculos no estaba bajo control. Todo parecía transcurrir en cámara lenta. Mis pasos no los oía como tales. Me pareció que me movía por los aires. Lucian seguía en el suelo. De su garganta salía un profundo ronroneo y se defendía de Sebastian con toda vehemencia, pero este era más fuerte.

Los sollozos de Janne llegaban a mis oídos. Estaban muy cerca. Me eché en la hierba delante de Sebastian y Lucian.

—Tienes que creerme lo que te digo ahora —tenía a Sebastian por el brazo—. ¡Mírame, mírame!

Retraídamente, Sebastian dirigió los ojos hacia mí, mientras su cuerpo seguía reteniendo a Lucian.

Tomé aire y le dije:

—En el verano de 1963, yo me enamoré y mi padre murió ahogado.

—¡¿Qué?! —Sebastian quedó desconcertado por completo.

—Agua salada —proseguí—. Era la primera frase de la novela que buscaste para la tarea de Tyger. Me la leíste. Tú me explicaste que el autor abría una puerta con esta frase. Sabemos lo que pasa, pero no sabemos cómo.

Sebastian se me quedó mirando.

—También yo sé lo que me pasará —añadí—, y conozco la única posibilidad de impedirlo —apreté el brazo de Sebastian—. Aquí tienes mi primera frase: Lucian no es ningún ser humano, sino un ángel, y si él no me salva, moriré.

La mirada se Sebastian seguía fija en mí.

—¡Tienes que creerme! —insistí—. No sé cómo decírtelo de otra manera.

Si Sebastian lo hizo o no, no sabría decirlo, pues en ese momento Lucian se incorporó, apartó a Sebastian de un solo ademán, con tal fuerza que voló, cayendo sobre la hierba. De un brinco, Lucian estaba de pie.

Pero era demasiado tarde.

Mi madre había llegado.

Mi padre la traía abrazada y ella tenía ambas manos en la boca. Miró de Lucian hacia mí. Traía los cabellos en mechones, su rostro estaba encendido, como afiebrado, y sus ojos destellaban un pánico que nunca había visto en ninguna otra persona.

Su mirada se encontró con la de mi padre, y antes de que Lucian pudiera tomarme de la mano, los dos estaban junto a mí, en perfecta concordancia, como si fueran dos partes de un todo. Mi madre a la izquierda y mi padre a la derecha. Me tomaron de los brazos y me arrastraron a la calle. Mis piernas pataleaban en el aire, pero no podía defenderme. Los zapatos se me zafaron de los pies, y del bolsillo de los *jeans* se salió la esponja de la felicidad. Cayó sobre la hierba y oí cómo Janne sollozaba, pero mis padres siguieron arrastrándome, y a medida que la calle estaba más y más cerca, mi mirada seguía clavada en Lucian. Él me siguió, paso a paso, paso a paso.

Cuando estuvo a mi lado y trató de estirar la mano hacia mí, mis padres se detuvieron al mismo tiempo. Y mientras las manos de Janne me aprisionaban como pinzas, escuché que decía: «¡Si tocas un solo pelo de mi hija, te mato!».

Lucian mantuvo su mirada.

—A mí no pueden matarme —replicó—, pero sí pueden matar a su hija, y si esto ocurriera, entonces me quedaría aquí para recordárselo a ustedes toda la vida. Ahora sé quién soy, señora Wolff. ¡Míreme, fíjese bien!

Lucian giró sus manos y las mantuvo en alto. Temblaban.

—¿Recuerda la frase que eligió para su hija al nacer? —preguntó Lucian.

Mi madre calló. Mi padre calló. Sebastian, Michelle, Faye y Val, quienes habían salido corriendo de la casa y estaban en torno a nosotros, callaban. En el jardín no se escuchaba nada.

—«Una vida llena de misterio, para ti —dijo Lucian—. Rodeada de mí y de muchas cosas desconocidas...».

Lucian pasó la mirada de mí a mi madre.

—Yo era una de esas cosas, señora Wolff. Cuando usted dio a luz a Rebecca, yo vine al mundo. De nuevo lo sé, lo sé todo, y su hija me ha ayudado a recordarlo. Yo siempre he estado cerca de Rebecca, desde su primer aliento. Estuve en el hospital cuando por poco se muere. Ella me llamó Lu. Ahora sé también lo que hice en aquel cuarto que le conté. Yo no quería matar a su hija, sino que traté de salvar su vida, y



eso es lo que voy a hacer ahora. Volverá a pasar, señora Wolff, y por eso tengo que estar cerca de ella. Le ruego, le suplico que, si ama a su hija, me permita estar cerca de ella.

La mano con que Janne sujetaba mi brazo comenzó a temblar; la mano de mi padre también. La esponja de la felicidad de Spatz brillaba en la hierba como una estrella.

Había servido. Lucian lo había logrado. Habían creído en él. Por fin estábamos seguros.

Comencé a inhalar aire, cuando las manos de mis padres atenazaron mis brazos nuevamente, y esta vez con más fuerza.

—Usted tiene razón —dijo mi madre, decidida—. Amo a mi hija. La amo más que nada en el mundo. Y si no se tratara de su vida, entonces trataría de ayudarlo a usted. Usted está enfermo, Lucian, peligrosamente enfermo, y es un riesgo para la vida de mi hija. Ella le cree. Le ama, y se iría con usted donde fuera. Pero no permitiré que a ella le ocurra nada, y Alec tampoco. No dude que haremos todo lo posible para mantener a nuestra hija lejos de usted.

Con estas palabras, Janne y mi padre me arrastraron al coche, ahora cada vez más rápido.

Lucian corrió tras nosotros. Vi su rostro, vi su esfuerzo desesperado por volverse invisible, y vi que no lo lograba. Todo su cuerpo tembló, y cuanto más intentaba mantenerse en control, más fracasaba.

Mi padre y Janne me arrastraron al coche. Era una minivan roja. En la portezuela del copiloto había un sol amarillo con la palabra *Sunnycars* (coches soleados).

Mi padre cerró la puerta, entonces se lanzó contra Lucian y lo apretó por la garganta. Janne prendió el motor.

Vi a Sebastian a quien ahora mi padre arrastraba por el brazo. Vi a Michelle, quien tenía a Val tomada del brazo y, muda, miraba a Lucian. Vi a Faye, que abría la boca y decía algo que no entendí. Vi el rostro de Lucian. Mi padre lo tenía atrapado por la nuca. La mirada de Lucian estaba clavada en mí. Lloraba.

Entonces Janne arrancó y aceleró, rechinando los neumáticos.



**E**l hotel se encontraba en Beverly Hill. Era casi tan alto como el Hotel Atlantic de Hamburgo, pero no era blanco, sino rosado, y tenía torres, miradores y almenas, lo que le daba el aspecto de un castillo cursi. Muy bien podría haber estado en Disneylandia. Un letrero de madera color café oscuro saludaba a los huéspedes con una escritura dorada y garigoleada: *Welcome to the Old World Hotel*. (Bienvenidos al Hotel del Viejo Mundo).

A través de un paseo orlado de palmeras, detrás de las cuales había setos floreados, Janne dirigió el coche por una rampa hasta la entrada. Un conserje de uniforme azul oscuro avanzó hasta nosotros y le abrió la portezuela a mi madre. Ella se bajó y se acercó a toda prisa para ayudarme a descender.

No supe cuánto duró el trayecto; quizá media hora. No nos había detenido ningún embotellamiento ni semáforos. Solo mi llanto hizo que mi madre condujera con mayor lentitud en determinado momento. Tuvo que haber sido agobiante para ella lo que era para mí.

Comenzó poco después de haber arrancado, y no cejó. No podía mover las piernas y el llanto me quitaba todas las fuerzas. Mi madre tuvo que colocar mi brazo sobre su hombro y sacarme del coche. Su perfume remarcaba el olor a sudor. Tenía el cuerpo caliente. Apoyada en ella y dando traspiés, recorrí el vestíbulo. En una chimenea chisporroteaba el fuego, y en sillones mullidos se encontraban señores mayores bebiendo té. En la recepción había un enorme jarrón de vidrio con lirios; su fragancia penetraba dulcemente.

Janne me condujo a un blando sofá de terciopelo rojo. Con sumo cuidado, tomó mi brazo de su hombro y me ayudó a sentarme. Duró un par de segundos. El llanto me ocasionó unas sacudidas que se transformaron en una temblorina que yo no lograba controlar.

De una de las paredes colgaban óleos en pesados marcos dorados. Tintineaban las tazas de té. Sonó un timbre. Era en tono amigable, cálido.

—Buenas tardes, señora. ¿En qué puedo servirle?

—Mi... marido ha reservado una habitación doble a nombre de Wolff, para dos personas y para una noche.

—Un momento, por favor, señora Wolff.

Escuché pasos. Se aproximaban taconazos a saltitos. Alguien se sentó junto a mí. Sentí cómo se movía el acolchado junto a mí. Olí spray para el cabello y lavanda. Sentí que una mano me toqueteaba el brazo. La voz, antiquísima y quebradiza, se sobreponía a la de Janne, aunque era mucho más queda.

—Dicen que todo saldrá bien —resonó en mi oído—, pero no tienen ninguna idea acerca de quién están hablando, ¿no es cierto? ¿Cómo habría de saber? Podían saber que Jim no estaba en el búnker.

Vi una mano arrugada, de uñas pintadas de rosa y con anillos en los dedos, que resplandecían como los ojos de la señora anciana. Que me miraba con su arrugado rostro. Sacó un pañuelo del bolso y me lo pasó. Era de un verde brillante con puntos rojos. No, no eran puntos, eran rosas. Todas eran diminutas rosas rojas.

—¡Cómo puede ser! —la voz de mi madre penetró de nuevo hasta mi conciencia. Protestaba con animosidad—. El cuarto fue reservado ayer. Confiaba en que ustedes...

—¡Naturalmente, señora, naturalmente! Permítame, por favor, un segundito...

Ahora volvió a sonar la temblorosa y antigua voz de la anciana:

—Puedes quedarte con el pañuelo, querida. ¿No te acuerdas de lo que decía la abuela Betty? «En la vida muchas veces todo lo que se requiere es un pañuelo». Así lo expresaba. Y es cierto, ¿no te parece? —la señora me miraba, pestañeando. De pronto pareció desconcertada—: ¿Tú eres May? —preguntó—. Querida, no tienes que llorar tanto. Eso no te devolverá a tu Jim, —y volvió a toquetear mi mano.

Una mujer joven se inclinó hacia ella.

—No, mamá, ella no es May —dijo con suavidad, y tomó la mano de la señora—. Vamos. Te llevo a tu cuarto.

Ayudó a la anciana a levantarse.

—Perdona la molestia —me dijo—. Mi madre está algo desorientada después del largo viaje.

Apreté el puño mientras miraba cómo ambas se iban. No podía ni levantarlo, tan agotador me resultaba el llanto. Otra vez se escuchó la voz del hombre, tranquila y con cortesía profesional:

—¡No sabe cuánto lo siento, señora Wolff, pero es claro que hubo una confusión con la reservación! No hay nada reservado con su nombre. Pero podemos ofrecerle la suite *Paris Violets* o la *Old English*. La diferencia va por cuenta de la casa,

naturalmente. Si está usted de acuerdo...

—No hay problema...

—¿Desea la señora la *Paris Violets* o la *Old English*?

—Me da igual. Lo que me interesa ahora es simplemente un cuarto. Mi hija no se siente bien. ¿Puede apresurarse?

—Desde luego, señora. Aquí está la llave y allá está el ascensor. Su suite está en el séptimo piso.

Mi madre vino hasta mí.

—Ven, lobita. Levántate. Te ayudaré. Ven, te llevaré hasta el ascensor. Son solo unos pasos.

La alfombra naranja con hojas verdes de maple, pero mi llanto absorbía toda mi energía.

Sonó un breve clinc y se abrieron dos puertas. A mi alrededor había espejos, a un lado solo botones. Algo hizo clac. Las puertas del ascensor se cerraron. Mi madre colocó sus brazos en torno a mí. El olor del sudor era ahora más fuerte que el perfume. El ascensor se puso en movimiento. Nos elevamos, tuve vértigo y noté que me sentía mal. Yo tenía... tenía... Me doblé hacia adelante y me dejé ir.

—¡Mi tesoro, mi amor, está bien! ¡No te apures! Pronto se te pasará. Ya llegamos. Apóyate en mí. Sí, así. Un paso y luego el otro.

Otra vez sonó el clinc. Detrás de mí se cerraron las puertas del ascensor. Mis piernas cedieron, me iba cayendo. La alfombra era gruesa, blanda y azul. Mi madre me tomó por las rodillas y luego sentí sus brazos bajo mi espalda y en las corvas. Jadeé. Me sentí como levantada en hombros.

—¡Todo va a estar bien, querida! Yo te llevo. Pon el brazo alrededor de mi cuello.

Sus cabellos me cosquilleaban la mejilla. Alargué el brazo fuertemente en torno a ella.

Olí algún limpiador... olí tocino... escuché música... oí voces. Una mujer, un hombre. Escuche: «¿Necesitan ayuda?».

Oí como mi madre decía, suspirando:

—Sí, con la llave... gracias. Es el número setecientos catorce. Muchas gracias.

Escuché cómo se abría la puerta. Escuche que mi madre decía: «Querida, ya llegamos. Vamos, te llevo a la cama. Pronto te sentirás mejor».

En los últimos pasos, tropecé, cayó hacia adelante y yo caí en la cama. Mi madre cayó junto a mí y le costó respirar. Yo seguía llorando, pero traté de abrir los ojos. Me costaba ver, porque estaban llenos de lágrimas. Me volví hacia un lado. El cobertor de la cama tenía dibujos de jinetes cabalgando sobre un fondo rojo.

Janne se había recompuesto. Me quitó el pelo de la frente. También yo quise incorporarme, pero el llanto no cesaba, aunque ya no era tan angustioso. La habitación era muy grande. Frente a la cama había un diván. Era de cuero y de un

rojo estridente con botones gruesos. Encima estaba el retrato de la reina. Del otro lado había una cómoda color café oscuro con una bandeja, una cubeta para champaña y muchos vasos. Las paredes eran de ladrillos color canela.

Miré en derredor. Sobre la cama colgaba un cuadro del puente de Londres. Las lámparas del techo eran faroles de vidrio verde y amarillo. La alfombra lucía un fuerte rosa. Ese color contrastaba con el rojo del diván. Miré a mi madre, que me contemplaba fijamente. Su labio inferior temblaba y sus ojos daban la impresión de que no había dormido en días. Me acarició el pelo una y otra vez.

—Lobita, mi amor, todo saldrá bien. Te lo prometo, todo estará bien.

—Sí —mi voz me sonó ajena—. Quizá tengas razón.

El rostro de Janne se estremeció; primero un poco y luego con más fuerza. Apretó las manos sobre su boca y comenzó a sacudir la cabeza sin control. Parecía que se estaba esforzando a más no poder para no desplomarse. Cerré los ojos un momento. ¡Que no comenzara a llorar! No quería ver una cosa así.

—Mamá —coloqué la mano en su brazo—, ¿puedes dejarme un momento aquí acostada?

Con la misma fuerza con que su cabeza se acababa de sacudir comenzó ahora a decir que sí.

—Sí —pronunció—, sí, por supuesto, mi tesoro.

Estaba frente a la cama y huyó al baño. En la puerta volteó hacia mí:

—¿Rebecca?

—¿Sí, mamá?

—Te amo. Te amo sobre todas las cosas.

—Lo sé, mamá —traté de sonreír—. Lo sé.

Sorbí un poco de agua de la botella que estaba sobre la mesita de noche, luego quité el cobertor, me saqué los zapatos, me metí bajo la cobija y cerré los ojos. Escuché que se cerraba la puerta del baño. Me quedé acostada con los ojos cerrados. El fluir del agua tras la puerta del baño era tranquilizante. Parecía una cascada y superaba el ruido que no quería oír en absoluto: el repelente llanto que me lastimaba los oídos. Solo quería escuchar agua que corriera. Me concentré fuertemente en ello.

Respiré con toda tranquilidad hasta que cesó el ruido del agua en el baño. También yo estaba tranquila. Mis pasos no hacían ningún ruido en la alfombra cuando fui hacia la puerta del cuarto. También la puerta se abrió sin ruido. La dejé abierta y seguí con tranquilidad pero con rapidez, con la mirada al frente.

El ascensor no llegó. La lámpara solo iluminaba, pero no se movía.

Di un paso hacia atrás. En la pared del pasillo había un cartel donde estaba pintada una escalera y una flecha que señalaba hacia la izquierda. Nuestro cuarto estaba a la derecha.

Me dirigí hacia la izquierda a lo largo de unas ocho puertas. Delante de una había

un gran carrito de servicio con restos de comida; olía a papas fritas y a carne asada. El pasillo era bastante angosto. Formaba una curva hacia la derecha. Todavía más puertas a la derecha y a la izquierda, pero delante de mí, al final del corredor, se divisaba la salida a la escalera. Encima había un cartel verde con un hombrecito corriendo. Los peldaños bajaban en círculos, como una larga escalera de caracol. Los escalones estaban recubiertos de tejido de tapete imitando mimbre. Mis pisadas hacían un ruido sordo; por lo demás, nada se movía.

Sexto piso, quinto piso, cuarto piso, tercer piso.

Me detuve. Miré hacia atrás por encima del hombro. Escuché. No había nadie.

¿Por qué comencé a temblar? ¿Por qué la temblorina se sentía tan rara? ¿Por qué tan extraña y tan familiar al mismo tiempo? ¿Por qué venía de dentro, aunque yo sabía que tenía que provenir del exterior como un eco? ¿O era el eco lo que sentía en mí?

Miré hacia arriba. Todo estaba tranquilo. Miré hacia abajo. Meneé la cabeza. Me dirigí a la derecha. Atravesé la puerta de la escalera en el tercer piso. La alfombra era lila. Ante mí, más puertas: cuatro a la izquierda, cuatro a la derecha. La tercera puerta de la izquierda estaba abierta.



**L**a habitación. Estaba aquí. Yo había llegado. Yo estaba aquí, en el *Swiss Bell Suite* en el *Old World Hotel* de Los Ángeles.

Sucedería. Volvería a suceder, justamente ahora. Me movía como en sueños, aunque estaba despierta, totalmente despierta. Me encontraba sobre la alfombra verde oscuro. Miré las paredes. Estaban recubiertas de madera. Del techo colgaba el candil. Vi la cama con el cobertor floreado. Sobre ella estaba el cuadro de un paisaje de montañas: picos oscuros, un prado soleado. Podía escucharme. Podía escucharme a mí misma tarareando la canción de Heidi. Y podía verme.

Estaba en esa habitación y me vi a mí misma dentro. Vi lo que ya había ocurrido. Me escuché reír. Estaba sola, estaba feliz. Podía sentir lo que había sentido, podía pensar lo que había pensado: mi madre estaba abajo en la recepción y había estado esperando el equipaje que el conserje todavía no sacaba del coche. Enseguida subiría. Esta noche dormiría con ella para que, siendo la primera, no tuviera que pasarla en el Casino Apenglück «ala Los Ángeles» con las bromas de mi padre. Janne y él habían tenido siempre el mismo humor. Mi padre sabía que ella se reiría de eso, igual que yo.

Mañana iríamos con él. Lo recogeríamos junto con mi hermanita Val, y viajaríamos juntos a su casa en el lago Nacimiento.

Michelle andaba de viaje de negocios. A mi padre le había costado meses lograr que ella aceptara nuestra visita.

Íbamos a estar tres semanas, y en una semana llegarían Sebastian y Suse. Así lo habíamos planeado.

Veía mi alegría anticipada en mi rostro risueño. Revisé el cuarto y musité la canción de Heidi; di vueltas y más vueltas, y entonces vi que me detenía, porque había notado a alguien. Alguien a quien conocía. Desde hacía mucho me había encontrado con él, cuando todavía era una niña pequeña. Sentía en mí ese fuerte

anhelo, un ardiente de volver a verlo, verlo de verdad, tocarlo. Pero no estaba aquí. Vi su rostro y su profundo desencanto. Fui al espejo, el espejo que estaba en la pared y frente al cual me encontraba de nuevo. Él comenzó a temblar.

Sucedió, pasó, fue realidad. El temblor estaba de nuevo aquí, justo bajo mis pies, que estaban pegados al suelo, como si hubieran echado raíces. No podía moverme, no podía echarme a correr para pedir ayuda, como las demás personas que estaban en otras habitaciones.

Solo podía estar allí y dejar que pasara. Ahora.

El espejo saltó en pedazos, vi mi rostro en miles de fragmentos, y me fui hacia él. Caí de bruces en el suelo; caí con el vientre sobre los fragmentos y con los brazos abiertos. Pasó y transcurrió lentamente. Miré la puerta, que se había caído. Miré la mesita de noche junto a la cama, el teléfono que seguía colgando de la pared. Solo se había caído el auricular; sin ruido, se bamboleaba en el aire. El teléfono se encontraba a cuatro, quizá cinco metros de mí. Pero no eran metros, eran eternidades.

De rodillas, fui hasta allá. Y ahora pensé en él, en Lucian, que no se hallaba junto a mí. En Lucian, que estaba solo. En Lucian, que ahora era un ángel fracasado y debería vivir por siempre. ¿Lo sentiría él también?

Sentía a Lucian. ¿Qué había ocurrido?

La sangre estaba tan caliente. Fluía por mi mano y caía sobre la alfombra verde. Cada vez más y más sangre. Esto me provocaba cansancio, me volvía pesada y liviana y lenta... muy... lentamente...

Me desvanecí. Primero cedió la muñeca. Había sido tonto apoyarme en ella, muy tonto, pues hacía que la sangre brotara más rápido y que la herida pulsara con mayor vehemencia. Caí sobre los codos, mi tórax siguió, vértebra por vértebra. Estaba tirada de lado y me volví de espalda. Todo estaba húmedo y caliente.

Vi el techo del aposento. Era azul cielo. La araña oscilaba en el aire sobre mi cabeza, de aquí para allá, lentamente.

*Heidi, Heidi...*

*Ven, pues, a casa...*

*Encuentra tu dicha...*

*Encuentra, pues, tu dicha de nuevo...*

*A tu Clara*

*Te haré un tomate...*

*Tanta sangre...*

*Lucian... Lucian... Lucian...*

*Por favor, no...*

*Lucian.*

*No quiero que estés solo...*



*Por favor, no; por favor, por favor, no...*

*No quiero que tú...*

*Lu.*



*A*quí estoy...  
*Rebecca, aquí estoy...*  
*¿No me oyes? Regresa...*  
*Rebecca, te amo.*  
*Abre los ojos...*  
*Mírame...*  
*Rebecca, por favor, no...*  
*No me dejes...*  
*... solo...*



A quello había sido una voz. Sonaba muy lejana y luego calló. Yo no quería que se callara, sino oírla otra vez. Traté de abrir los ojos. Todo giraba, todo estaba borroso. Sobre mí había un rostro y también el rostro giraba, muy rápido, demasiado rápido. Yo quería que parara.

—¿Dónde estoy? —dije con voz rasposa, y cerré los ojos para que los vuelcos cesaran.

—Estoy contigo. Estás en el hotel. Estás en la habitación que habíamos soñado. Estoy contigo.

Sí, era la voz que había oído antes. Ahora era muy cercana, directamente sobre mi oído. Yo conocía esa voz. Yo amaba esa voz. No podía creer que fuera auténtica, que estuviera aquí.

—Soy yo: Lucian. Ya pasó, Rebecca. Lo logramos. Abre los ojos. No podía.

—¿Qué está pulsando? ¿Qué es lo que pulsa aquí?

—Tu herida en la muñeca. Ya la vendé. Ya no sangra. Estás segura, Rebecca. Abre los ojos. Mírame.

Traté.

Los vuelcos cesaron.

Él realmente estaba aquí. Lucian estaba tirado junto a mí sobre la alfombra. Su rostro y sus brazos estaban embadurnados de mi sangre, pero sonreía y me tenía abrazada. Besó mis sienes. Besó mis mejillas. Besó mis labios.

Luego levantó mi mano herida con cuidado y besó el vendaje de mi muñeca. Era grueso y blando. Vi un paquete de pañuelos desechables envueltos en un pañuelo de tela; este era de un verde claro y tenía rosas rojas estampadas.

Escuché voces por el corredor. De afuera llegaba a mí oído el sonido de una sirena.

Besé las sienes de Lucian, besé sus mejillas, sus labios y luego la palma de sus manos.

—Lo lograste —susurré.

—Sebastian me ayudó —dijo, sonriendo ampliamente—. Trató de convencer a tu padre por todos los medios, pero no lo consiguió; aunque al menos lo distrajo tanto de mí que pude recobrar el control sobre mí mismo.

—Pero ¿cómo encontraste el hotel? —pregunté, soltando la respiración. La comisura de los labios de Lucian se retrajo nuevamente.

—Michelle nos lo dijo a escondidas.

¿Michelle? ¿Justamente Michelle?

—Sin que yo lo sospechara, me puso un papel en la mano. Creo que comprendió que estábamos diciendo la verdad, lo mismo que Sebastian, y creo que vio cuánto te ama tu madre.

En el corredor se cerró una puerta. De nuevo escuché voces. Alguien gritaba: *Mom, mom I'm here! I'm fine!* (¡Mamá, mamá! ¡Estoy aquí! ¡Estoy bien!).

—Mi madre se encontraba en la tina de baño —dije, inhalando aire—, cuando salí del cuarto. La dejé a solas. ¡Dios mío!, ¿qué habría pasado si ella...?

—Shhhh... —Lucian puso un dedo sobre mis labios—. Está bien, Rebecca. La vi en el vestíbulo. Estaba terriblemente alterada y no cesaba de llamarte. Pero no está herida. Creo que nadie ha quedado lastimado de gravedad.

Traté de levantar la cabeza, pero no lo conseguí. Todo me dolía.

—¿Te vio?

Movió la cabeza. Me mordí los labios. La muñeca me pulsaba con más fuerza. Lucian abrazó mi cara con las manos y se me quedó mirando. Recordé todas las miradas que le había visto: irónicas, furiosas, alegres, relajadas, asombradas, desconcertadas, apacibles, emocionadas, tristes, tiernas... Pero nunca lo había visto tan feliz... ni tan desesperado.

—Ya no nos queda tiempo, Rebecca —susurró.

—Suenas a despedida, Lucian —dije, cerrando los ojos.

—Sí —afirmó quedo—. Es tiempo de que me vaya.

Sentí sus manos sobre mi rostro y pensé: «No, no, no».

Lucian me acarició la cara, solo con el dedo, y no dijo nada. Ni tenía necesidad de hacerlo. Yo lo sabía. Sabía que estábamos en el principio y que ese principio era el fin.

—¿Cómo? —susurré cuando el silencio se había vuelto demasiado pesado.

—¿Cómo ocurrirá? —me sonrió con tristeza—. Mediante un sencillo pensamiento humano. ¿Qué ocurriría, Rebecca, qué ocurriría si me convirtiera en ángel de nuevo? ¿Puedes imaginarlo? ¿No lo podrías... desear?

Me quedé mirándolo. Miré las venas de su frente. Venas por las que corría sangre;

sangre caliente, humana. Acaricié su piel, blanda como era, y coloqué la mano sobre su pecho para sentir su corazón, que latía contra mi mano, suave y a un ritmo normal.

—Entonces te irías —susurré—, y yo me quedaría sola...

Lucian pasó una mano por mi cabello.

—¿No te acuerdas de lo que te dije en el lago... —preguntó tiernamente—, ...que te amo más que a mi vida? Si regreso a lo que fui, será solo por esa razón: porque no quiero dejarte sola. Estaré a tu lado por siempre, Rebecca. Pero solo puedo hacerlo de este modo. ¿Lo entiendes?

Callé. Asentí. Sí, lo entendía.

Lucian dejó caer su cabeza sobre mi pecho y nos quedamos así por un momento. En el corredor reinaba de nuevo la calma. El aliento de Lucian rozaba mi cuello cálidamente.

—¿Qué ocurriría si... —escuché su voz en mi oído—... qué ocurriría si una vez más nos sumergiéramos juntos?

Presioné mis labios contra la mejilla de Lucian.

—¿Dónde? —le pregunté—. ¿Dónde tenemos que hacerlo?

—En el lago del Dragón.

—Pero estamos aquí, en el hotel...

—Entonces salgamos de aquí de inmediato —levantó la cabeza y me sonrió—. Como en el libro Donde viven los monstruos.

Asentí, esta vez entre lágrimas, y susurré:

—La noche en que Max llevaba su disfraz de lobo y no tenía en la cabeza más que ganas de hacer travesuras y su madre le gritó: «¡Muchacho salvaje!».

Los ojos de Lucian ahora brillaban.

—Y tuvo que irse a la cama sin cenar —dijo con suavidad—, y justo esa noche brotó un bosque en su habitación, el cual creció y creció hasta que el techo se llenó de hojas, y las paredes se alejaron tanto como todo el mundo...

—... y de repente allí estaba el barco —proseguí con un susurro—, solo para Max, y él navegó en ese barco.

Lucian asintió.

—Y eso haremos, Rebecca. Navegaremos por el lago; solo que antes debemos solucionar algo.

Se desprendió de mí con suavidad y fue hacia el auricular del teléfono que seguía oscilando en la pared.

Cerré los ojos y escuché cómo hacía lo que solo como ser humano podía hacer: solicitar ayuda.

Luego sentí sus manos. Me levantó del piso y me colocó sobre la cama. Se acostó junto a mí y me atrajo con su brazo. Escuché el latido de su pecho y escuché su voz entre mis cabellos.

—¿Rebecca?

—Sí.

—¿Vienes conmigo?

Le dije que sí. Muy lentamente, mientras mi aliento se volvía cada vez más sosegado, siempre más hondo.

—Sí. Voy.

Levanté la cabeza y nos quedamos sentados el uno frente al otro. Los ojos de Lucian eran ahora muy claros y su rostro parecía más pálido que nunca.

—Bésame —susurré.

Me besó y cerramos los ojos.

El cuarto se volvió amplio, amplio como el mundo, y de repente había allí un barco para Lucian y para mí, y nos fuimos navegando. Día y noche, durante semanas, y casi durante un año, hasta el lugar donde nos despediríamos.

Había oscuridad, pero en el cielo brillaba la luna.

Ambos nos deslizamos al agua. Nos zambullimos, uno junto al otro, cada vez más y más hondo, hasta que todo fue calma, hasta que no había nada ni nadie allí: ningún mundo, ningún cielo, ninguna luna, solo nosotros dos.

Había oscuridad, pero podíamos vernos.

Nos tomamos de la mano y nos echamos a reír.

Una vez más, Lucian me atrajo hacia su pecho. Una vez más, nos besamos, y una vez más su aliento se convirtió en el mío, y el mío en el suyo.

Luego, la presión de sus labios cedió. Sus manos se soltaron y yo lo solté. Miré hacia abajo y floté hacia arriba, liviana, ingrávida, solo llevada por él.

Lucian se fue quedando cada vez más lejos, mientras mi cuerpo se impulsaba hacia arriba, de regreso a la superficie.

Emergí y luego navegué de regreso, casi un año entero y muchas semanas y un día más, hasta llegar a la habitación donde era de noche, y escuché la voz de mi madre.

Janne estaba sentada en mi cama. Tenía las mejillas húmedas. Llevaba una bata de baño color verde oscuro y rota del hombro. Detrás estaba mi padre. Tenía la mano en el hombro de mi madre, y a los pies de la cama estaba Sebastian. Me miró y sonrió.

La ventana estaba abierta y afuera la lluvia caía blandamente.

—¿Era Lucian, verdad? —susurró mi madre—. Él te salvó la vida y yo estaba equivocada. ¿Dónde está? ¿Por qué se fue? Tengo que decirle que...

—No se ha ido —interrumpí a mi madre con voz tranquila—. Lucian está aquí. Está aquí conmigo.

*Fin*



ISABEL ABEDI. Nació en Munich (Alemania) en 1967 y durante trece años se dedicó a redactar textos para la publicidad; por las noches, escribía historias para niños y jóvenes mientras soñaba con convertirse en autora. El sueño se cumplió y actualmente Isabel Abedi es una reconocida escritora, cuyos libros son editados en varios idiomas.



# Notas

[1] Los *Mainzelmännchen* son seis figurillas de enanos tradicionales, con su gorrito frigio, que tienen nombres propios —Antón, Berti, Conni, Det, Eni y Fritzchen—. Aparecen en la TV de Maguncia como separadores entre el programa y los comerciales, pues está prohibido que los comerciales aparezcan de repente como si formaran parte del programa. (T.). <<

[2] *Wolff* suena como «lobo» en inglés (Wolf). (T.). <<

[3] *Spatz* significa: «gorrión» en alemán. En este idioma, todo sustantivo se escribe con inicial mayúscula, así que está diciendo «mirada de Spatz» y de «gorrión» a la vez. (T). <<

[4] Lámeme (alemán). (T.). <<

[5] ¡Qué interesante observación señorita Loba! (inglés). <<

[6] Bésame el culo (inglés). (T.). <<

[7] Cómete mis calzoncillos (inglés). (T.). <<



[8] Ambos términos significan en inglés «sodomízame». (T.). <<

[9] Red social alemana para estudiantes. (T.). <<

[10] En Alemania llevar botas blancas denota mal gusto. (T). <<

[11] *Morgen-post*, diario de Hamburgo (T.). <<

[12] Semental de números —*Zahlem Hengst*— es una forma común de nombrar a alguien dedicado a los números, como decir «devora números», pero la protagonista cae en la cuenta de la palabra. (T). <<

[13] Barco convertido en chatarra. (T). <<

[14] Erde, nombre de un álbum de música. (T.). <<

[15] Reloj despertador envuelto en peluche. (T.). <<



[16] Esta frase latina es del poeta romano Horacio (Odas I, 11) y la puso de moda el actor Robin Williams en la película *La sociedad de los poetas muertos* (1989). Significa «toma el día» (aprovecha el presente día). (T.). <<

[17] Tres Diosas de la antigua Grecia cuyos nombres se desconocen. Han sido representadas múltiples veces por los escultores. (T.). <<

[18] «¡Oh, mierda!» (inglés). (T.). <<

[19] «Chico» en español en el original. (T). <<

[20] Cuando un convicto tiene que pasar poco tiempo en la cárcel, se dice que estará a media nalga; o sea, por el poco tiempo que estará allí no hace falta que se siente bien. Dash se está refiriendo a los carrillos llenos de mierda; Spatz pretende decirle que estará a dos carrillos (glúteos) en la cárcel, o sea, mucho tiempo. (T.). <<

[21] Como una polilla, sin llama que me persuada; como la sangre en la lluvia, que se vuelve tenue, mientras estás dentro, mirando... ¡Sálvame! <<

[22] (¡Ojalá estuvieras aquí!). Con amor, tu papá <<

[23] Malvavisco y galleta cubiertos de chocolate y con forma sugestiva (T). <<



[24] Powershopping es cuando varios consumidores se ponen de acuerdo (v. gr., por internet) para comprar determinados productos y así obtener mejor precio; aunque aquí más bien parecen hablar del afán de comprar por comprar (T.). <<

[25] Ropa de segunda mano (T). <<

[26] Calle del barrio Schanze de Hamburgo, el nombre, que significa omóplato, viene de que había una taberna cuya enseña era esa parte del cuerpo de una ballena (T.). <<

[27] Ente es «pato» en alemán, y es que la mascota del programa es un pato de madera sobre ruedas pintado con rayas amarillas y negras: es un pato tigre (T). <<

[28] Inglés. Algo así como: dichosos los ojos (T). <<

[29] Juego de palabras: *Endless Ocean* significa en inglés «océano sin fin» y ella dice también en inglés que ha estado en unas «compras sin fin». (T.). <<

[30] El libro está publicado en español. Christiane Vera Felscherinow nació en 1962 cayó en el consumo de estupefacientes desde los 12 años. Se dedicó a la prostitución en los alrededores de la estación del metro del Zoológico de Berlín para pagarse las dosis de heroína. Fue detenida por el tráfico de estupefacientes. Sus declaraciones antes los tribunales acerca de su infancia y la drogadicción llevaron a dos periodistas a proponerle entrevistas, que se publicaron en la revista Stern en 1978 y que luego aparecieron como libro con el título antes mencionado. Nunca ha logrado desengancharse de las drogas, aunque tuvo algunos periodos de abstinencia. En 2008 las autoridades Alemanas le retiraron por segunda vez la custodia de su hijo (ella lo secuestró cuando se lo quitaron la primera vez y huyó a Holanda). (T.). <<

[31] *Uebel und Gefährlich* significa «malo y peligroso». Si bien se escribe *übel* (sin la «e» al lado de la «u»), la empresa ha preferido esa grafía. Esa «e» se emplea cuando en la tipografía no extiende la diéresis. (T.). <<



[32] Es un *rauschgoldengel*, figurillas que se fabrican en Nuremberg. Y no siempre son angelitos, aunque así se llamen, como en este caso. (T.). <<

[33] «Pruébame» (inglés), en el sentido de que seré capaz de entender lo complicado.  
(T.). <<

[34] Son búnkeres de la guerra. Algunos son enormes, imponentes. (T). <<

[35] Merodeador (inglés). (T.). <<

[36] *Tacos*, en español en el original. (T.). <<

[37] ¡Joder! (inglés). (T.) <<

[38] Amenaza de los niños para que les den dulces. Similar al *trick or treat* (Truco o trato) en inglés. (T.). <<

[39] Nombre de una película alemana que continua la historia de Blancanieves, en la que esta ya es reina (T.). <<



[40] Los *Gothics* se atavían y pintan de colores oscuros, al estilo de los emos. Los *Grafties* suelen llevar camisetas donde aparece pintado el tórax del esqueleto humano. (T.). <<

[41] Personajes de la novela de Harry Potter. (T). <<

[42] Los *gollums* son personajes fatales de Tolkien. Los *disco-gollums* bailan desmañadamente. (T.). <<

[43] Personaje de los cuentos alemanes; es una anciana que hace nevar. (T.). <<

[44] Personaje del cine de terror, de repugnante máscara. (T.). <<

[45] Literalmente ¡Hola, allá, señorita Wolff!, dando a entender que ella estaba lejos. Distráida (inglés). <<

[46] Muy bien (inglés). (T.). <<

[47] Taller de artística (francés). (T.). <<



[48] ¡Excelente trabajo! (inglés). (T). <<

[49] Literalmente: «bolsa para el perro» (inglés), donde se llevan los restos de la comida del restaurante para el perro... pero también para las personas, si quieren recalentar los restos de la succulenta comida de un buen restaurante antes de ir al trabajo el lunes. «Itacate», en México. (T). <<

[50] *Rainer Maria Rilke* (1962), notabilísimo poeta en lengua, nacido checo (como Kafka). (T.) <<

[51] Kanasta en alemán. (T.). <<

[52] *Anagrama*: transformación de una palabra cambiando las letras de lugar; roma-  
amor, monja-jamón. (T.). <<

[53] *Mansarda*: buhardilla, desván (por el nombre del arquitecto francés *Mansart*, quien generalizó su uso). (T.). <<

[54] La distribución de los cursos en Alemania es muy enrevesada por los cambios que se efectúan en el sistema educativo y por las diferencias entre regiones. Valga la siguiente distribución simplista: Primaria: 1 a 4 (hasta 6 en Berlín y Brandenburgo); secundaria I: grados 5 a 10; secundaria II: grados 11-13. La secundaria es llamada *Gimnasium*, antiguamente, el *Gimnasium* se llamaba *Lyzeum* en el caso de las mujeres. El *Abitn* es el examen que posibilita la entrada en la universidad. (T.). <<

[55] Las frases están en inglés: «Pero no lo es (no es divertido). Es sabio. Algún día comprenderás su significado. Ahora vete. ¡Es tu día! Mamá y yo te recogeremos más tarde». <<



[56] Se refiere a figurillas comestibles de una goma semitransparente y de varios colores. (T.). <<

[57] Carne atravesada por un vástago o varilla vertical, que se pone a girar frente a un fuego, carne al pastor, en México. (T). <<

[58] Lugares resguardados entre edificios, o en la parte posterior de ellos, que se prestan a que la gente se reúna, escuche música, etc. (T.). <<

[59] Satz «frase» y Spatz. (T.). <<

[60] Llegó a ser el edificio más alto del mundo. Durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial sirvió de referencia para los pilotos aliados. Quedó muy dañada, pero ha sido reconstruida, aunque ya no como iglesia sino como memorial donde se celebran actos. (T.). <<

[61] Se refiere a saledizos en medio de la pendiente del tejado, con ventanas, que dan a desvanes. (T.). <<

[62] El vestido de tirolesa. (T.). <<

[63] Juego de palabras: el amable Lovell (jugando con Lovell, love «amor» y lovely «adorable», en inglés). (T.). <<



[64] Plato muy variado: desde una simple salchicha hasta muchos ingredientes. La palabra en sí significa «concejales». (T.). <<

[65] Plato de carne del norte de Alemania y propio de marinos; por lo mismo, la carne en otro tiempo sería cecina y de ahí la costumbre de añadirle huevo para ablandarlo y quitarle lo salado. La palabra viene del inglés. (T.). <<

[66] Juego de palabras en el texto alemán que carecía de sentido en castellano. La frase «¿por qué la prisa? En alemán es *Wo brennt es?* (literalmente: ¿dónde arde?), a lo que Rebecca, para sí, piensa: »por todas partes arde«. (T). <<

[67] «Tomate» se le llama al amigo que no acude a las citas, que se esconde. Quizá por Tommy, como se llama a los soldados ingleses. (T). <<

[68] Personaje de una serie de cuentos infantiles: Sams lleva el rostro llenos de pecas, llamadas «puntos del deseo», que son canjeables. (T.). <<

[69] Juego de palabras: *fett* (propriadmente grasa; aquí por lo que comieron) significa también lo que en inglés llaman *cool*, «fantástico», «buena onda». (T.). <<

[70] Despertar de nuevo sudando Otro día echado a perder / Para mi desgracia / Cavado de nuevo en mi cabeza / Siento que nunca dejaré este lugar / No hay escapatoria / Soy mi peor enemigo / Me rindo / Estoy harto de sentir / Nada me dices / Quítame todo esto / Me sofoco / Dime qué chingados está mal —conmigo— / No sé cómo tomarlo / Pensé que estaba enfocado, pero estoy asustado / No estoy preparado / Hiperventilo / Buscado ayuda de alguna manera, en algún lugar / Y a nadie le importa / Soy mi peor enemigo / Me rindo / Estoy harto de sentir / No me dices nada / Quítame todo esto / Me sofoco / Dime qué chingados está mal —conmigo— / Sácame de este suplicio. <<

[71] «Noche y niebla». (*Nacht und Nebel*) eran prisioneros especiales de los nazis, de ordinario por haber participado en conjuras, etc., que se encontraban recluidos en determinados campos de concentración y su destino era, simplemente, desaparecer. Llevaban en la manga del brazo las dos letras, «NN». Sin embargo, la frase es del máximo escritor alemán, Woolfgang Goethe (f1832). (T). <<



[72] «Escuela secundaria chárter de Pacific Palisades. Hogar de los Delfines». Una escuela chárter es aquella que, por constitución, debe cumplir determinadas metas, y puede ser pública o subvencionada con donativos. (T.). <<

[73] Una escuela magnet o imán es aquella que atrae a estudiantes de todos los niveles económicos. (T.). <<

[74] El nombre alemán del pan moreno es *Schwarzbrot*. La oficinista confundió el nombre con el del actor y gobernador de California. (T). <<

[75] La frase que le dijo en alemán significa «Odio a mi madre». En alemán pronuncian con una especie de «a» las palabras terminadas en *er*: *Mutter* «madre» = *mutta*; Hitler = *Hitla*. (T.). <<

[76] Hay aquí un chiste que se entiende solo en alemán: *Hi* es un saludo en inglés que se pronuncia hai, pero tiburón en alemán se dice precisamente Hai. Cucú, aquí, es un saludo infantil cuando alguien está escondido. <<

[77] «Voldemort vota republicano». Lord Voldemort, persona de Harry Potter. (T.). <<

[78] El *Kiez* es todo barrio periférico; en Hamburgo es el barrio de la vida de perdición, por Sankt Pauli. (T.). <<

[79] «*Spitz*, ¡atento!». (¡Vigila!). *Spitz* es el perro lobo o alsaciano. El juego consiste en colocar cuatro pequeños conos sobre un tapete redondo, de goma o de plástico, encima de una mesa en torno a la cual se colocaban los jugadores. Los conos llevan un cordón que cada uno de los jugadores deberá jalar. Un jugador tiene un cubilete boca abajo y echa un dado. Si sale seis, los jugadores tienen que apresurarse a retirar los conos, para que no sean atrapados con el cubilete. Las fallas o los errores suponen multas; por ejemplo, si los jugadores retiran los dados cuando no ha salido el uno o el seis, etc. Para niños pequeños que no saben contar, el dado, en vez de puntos, lleva dos lados de diferente color. La caja suele mostrar en la tapa un perro lobo atento al juego. (T.). <<